

Gustavo Forero

AMANTES Y DESTRUCTORES

Un episodio del anarquismo



Amantes y destructores es una novela que, como atmósfera dramática, toma lo histórico y, como foco de su mensaje humanístico, las experiencias de vida de figuras significativas que marcaron la historia universal en torno a uno de sus más controvertidos fenómenos: el anarquismo. La trama recrea la hipótesis de un supuesto plan antimonárquico del anarquista colombiano Biófilo Panclasta (1879-1943): la eliminación de los reyes de Europa para establecer los valores republicanos. Novela asombrosamente seductora por su curiosa mixtura de aventuras políticas, pasiones encendidas, decisiones peligrosas, veladas intrigas, y contrapunteos entre el pasado (con Biófilo Panclasta y sus luchas) y el presente (una voz, un escritor, que sigue las huellas europeas de Panclasta). Realidad y ficción entrecruzadas en una obra que muestra que la acartonada historia, los viejos archivos y las anécdotas del pasado suelen ser un material invaluable para escribir una excelente novela.

“Novela curiosa esta, que juega de modo magistral con el contrapunteo entre la Gran Historia y los sueños más simples del ser humano que teje, con sus luchas íntimas y públicas, su propio capítulo en esa historia”.

Amir Valle

Gustavo Forero

Amantes y destructores

Una historia del Anarquismo



Gustavo Forero

AMANTES Y DESTRUCTORES

Un episodio del anarquismo

ILIADA EDICIONES

www.iliadaediciones.com

Cubierta original: Esteban Arango Montoya

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

A los amantes de la libertad,
les forçats de la faim!

ÍNDICE DE CONTENIDO

En prisión

ANTECEDENTES

I.– De América a Europa

II.– Barcelona

III.– París

INVESTIGACIÓN

IV.– En Ámsterdam, y Barcelona aún

V.– La primera bomba

VI.– La Educación

EL ATENTADO DINAMITERO

VII.– Holandilla

VIII.– París, otra vez

IX.– Una temporada en Capri

X.– ¡A Rusia, Camarada!

EL CAMINO DE VUELTA

Epílogo

ACERCA DEL AUTOR

En agosto de 1907 se realizan dos grandes eventos en Holanda: el primer Congreso Anarquista en Ámsterdam y la II Conferencia de Paz en La Haya. El primero tenía como propósito reunir a los rebeldes de todo el mundo con el fin de emprender una revolución social, en tanto la segunda buscaba establecer las pautas estratégicas de la “paz armada” en beneficio de las potencias imperiales. A pesar de la inminencia evidente de una guerra, ninguno de estos encuentros planteó políticas internacionales de prevención de la catástrofe que finalmente se desató el 28 de julio de 1914 con el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria. Dos colombianos de disímiles orígenes coincidieron entonces en los Países Bajos: Vicente Lizcano (también conocido como Biófilo Panclasta), rebelde trashumante, presuntamente judío, que viajaba desde Buenos Aires en representación de la Federación Obrera Regional Argentina al Congreso Anarquista, y Santiago Pérez Triana, diplomático y hábil comerciante de armas (además de hijo del expresidente Santiago Pérez Manosalva) que hacía parte de la delegación oficial de Colombia en la Conferencia de Paz. Una carta del gobierno holandés enviada al Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia que anuncia la detención en este país de uno de sus representantes por participar en un atentado dinamitero amenaza dar al traste con la diplomacia internacional y provoca un incidente político que sirve de pretexto para comprender la infamia de la realidad occidental.



Vicente Rojas Lizcano, alias Biófilo Panclasta

Yo amante de la vida no puedo ser desleal a mi amada. Esta es pues, una obra realistamente vivida. A través de sus páginas corre mi existencia, que ora rueda por un despeñadero, ya corre por un valle florido, poniendo aquí quejas y sollozos, poniendo allí cánticos y arpegios.

Biófilo Panclasta

EN PRISIÓN

Reino de Holanda

Ámsterdam, 31 de agosto de 1907 a las 23:51 h

Cable recibido en Bogotá, República de Colombia, a las 23:59 h, y transcrito por Tte. A. Gómez Vesga. Traducido del inglés por Tte. Ricardo Mallarino

Corps de Maréchaussée

Penitentiare

Havenstraat 6, 1075 PR

A Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia.

Detenido hoy, en inmediaciones del *Plancius Hall*, en Plantage Kerklaan, a las 22 h, delegado de su gobierno a

certamen internacional. Motín luego reunión anarquistas.
Atentado dinamitero.

El sindicato no opuso resistencia.

No presentó pasaporte.

Posible deportación.

La pena por manipulación de explosivos es de tres años de prisión. Por movilizarse sin papeles, seis meses.

Firmado:

Joost van Oosten

Comisario (Sellos)

—¿En una cárcel de Ámsterdam?

—Como lo ves, mijo.

—Pero... ¿qué hace usted por allá, Panclasta?

—Luchar por la paz con los que de verdad creen en ella.

—¿En Ámsterdam?

—Aquí están los míos, los desheredados de la humanidad, los olvidados... El Congreso de Anarquistas los convocó.

—Pero no harán la revolución allí, usted lo sabe. La reina no lo permitirá.

—De lo que se trata aquí no es de la revolución, miijo. Eso ya lo sé. La monarquía europea no dejará que esta avance un ápice.

—Entonces...

—En realidad las cosas van por otra vía.

—¿Otra vía?

—Un plan de guerra.

—¿Un plan de guerra, Panclasta? ¿De quién?

—De quienes tienen las armas o comercian con ellas.

—¿Y usted cree que los anarquistas pueden evitar esa guerra?

—Somos nosotros quienes establecemos los principios de la paz universal porque hablamos de seres humanos, no de capital.

—Sigo sin entender qué tiene que ver eso con su prisión en Ámsterdam.

—Es sencillo: los representantes a la Conferencia Mundial de Paz de La Haya, que también se celebra aquí, en Holanda, han sido enviados por los gobiernos burgueses del mundo para colocar los cimientos de la paz, pero de sus gestiones solo podrán salir incontables y sangrientas guerras en el futuro. Su diplomacia responde a intereses económicos. Nosotros, anarquistas, representantes de todos los pueblos oprimidos de la Tierra, vinimos a un congreso revolucionario y luchamos por el cambio fundamental del orden social. Por eso somos perseguidos.

—¿Y usted cree de verdad que el cambio del orden social impedirá la guerra?

—Mire, mijo: el Ministro holandés Dirk van Tets tiene cierta inclinación por la revolución. Fue un embajador progresista en Turquía y Alemania, y algunos piensan que es un crítico de la lógica del capital.

—Pero Panclasta: van Tets es ministro de la reina y es el líder de la Conferencia Mundial que usted cuestiona, la misma que, además, se realiza en uno de los palacios de Guillermina... ¿Cree que se opondrá a la guerra?

—Mi ilusión es que él quiera atacar el capitalismo y por eso se oponga a la guerra.

—Me parece ingenuo de su parte. Él no querrá el fin de los privilegios, ni mucho menos oponerse al capitalismo y a la guerra que los asegura.

—Es verdad, mijo. Es iluso contar con los áulicos de los monarcas para detener la guerra. Sin embargo, creo que solo desde esas esferas se puede hacer algo para evitarla.

ANTECEDENTES

I. DE AMÉRICA A EUROPA

Viajar... dice el poeta, es un instinto, lo mismo en ciertas aves como en ciertos seres.

Los que sufrimos el mal de Lord Byron, Bolívar y Gómez Carrillo, “locómanos”, sentimos la necesidad angustiosa de errabundear, como las aves sienten la angustia de volar.

Biófilo Panclasta

“Incidencia de lo criminal en la novela colombiana actual”... ¿Quién habrá titulado así la mesa? Hasta ahora he creído que la novela no es de un país sino de una persona. Además, ¿hay una novela colombiana *actual*? ¿Puede haber un progreso o un cambio siquiera en estas cosas? ¿Y puede haber una

relación especial de una novela con *lo* criminal? A fin de cuentas, ¿qué es *lo* criminal? Un veneno, un cuchillo, una bomba, ¿una idea? ¿Las masacres, las fosas comunes, las bombas... el descuartizamiento, la desaparición forzada, los hornos crematorios... pueden provocar una novela específica? Si fuera así, los colombianos tendríamos solo novelas de crímenes. Dice el programa al respecto:

Las noticias sobre Colombia ocupan los titulares de los periódicos, pero no son la única realidad de este país. Hay otra, llena de vida y de esperanza, de zonas oscuras que la literatura ilumina. La escritora y los escritores colombianos Laura Restrepo, Sergio Álvarez y Gustavo Forero, también director de Medellín Negro, hablan sobre la novela actual colombiana. Temas cruciales como la violencia, el espacio urbano, el intimismo, y nombres de peso como los de Jorge Franco, Mario Mendoza o Santiago Gamboa aparecerán en esta sesión del *off de BCNegra* 2015.

¡Los periódicos! Unos mentirosos. ¿Esperanza? Pfff. Y la perla: las facultades lumínicas de la literatura. Justo ahora me vengo a enterar de que lo que hago tiene propiedades eléctricas. ¿Qué queda? La novela y la violencia, el eterno tema de esta Colombia impune; el espacio urbano, que ya no define el género (como insiste mi amigo David Knutson cada vez que habla de la literatura rural de su tierra); el intimismo, que no sé exactamente qué es (supongo que la interiorización de aquella violencia como yo mismo he intentado plasmar en *Desaparición*... Tal vez). Y, finalmente, los grandes nombres

de hoy, los escritores colombianos que se reconocen en todo el mundo. ¡De eso sí que podría decir muchas cosas! Tengo un libro al respecto. Pero no...

¿Por qué *off*? ¿Requiero el *off*? Seguramente. Hace años Panclasta vivió en medio de un gran *off* nacional que lo llevó al exilio.

Hoy, con sus inequidades, Colombia tiende a expulsarme a mí, y Barcelona puede ser el inicio de la ruta contemporánea al mismo exilio. El mío.

En Colombia los años pasan en vano.

Buenos Aires, 4 de enero de 1907

La Protesta. Periódico anarquista

Panclasta: un anarquista colombiano en Argentina

Expulsado del Ecuador, Vicente Lizcano llegó a Buenos Aires hace pocos meses y ya descolla con su oratoria revolucionaria. Sus discursos incendiarios sobre la libertad individual cuentan cada vez con más oyentes. Gracias a este impacto social, el colombiano de solo veintisiete años de edad ha sido reconocido

ya como miembro de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), el organismo más progresista de nuestro naciente movimiento social. Con su largo y ondulado cabello negro, unas barbas hasta el tórax al estilo de Piotr Alekséyevich Kropotkin y una mirada de lince ruso como la de Mijaíl Bakunin, Lizcano prefiere que le llamen Panclasta, seudónimo que quiere decir *destructor de todas las cosas*. Con tal perfil, este hombre constituye hoy por hoy el prototipo del anarquista, ejemplo de propaganda teórica y acción revolucionaria.

Panclasta nació justo en los límites de Colombia con Venezuela, en un pueblecillo olvidado de la geografía llamado Chinácota en honor de un Cacique indígena de nombre Chinaquillo, donde justamente hace unos cinco años se firmó el pacto de Paz de la llamada Guerra de los Mil días ocurrida en su país. Hijo de Bernardo Rojas, un campesino, y Simona Lizcano, lavandera de un palacio episcopal, este líder de las multitudes ha luchado por la educación libertaria de su pueblo y en contra de la tiranía imperialista de Estados Unidos sobre Colombia y los países del sur. En 1897, junto con Eleazar López Contreras fundó la primera Escuela Pública en Capacho Nuevo, Venezuela (otro asentamiento indígena olvidado que había sufrido además un terremoto), y luego participó en el derrocamiento del gobierno del general Ignacio Andrade Troconis junto con su colega José Cipriano Castro Ruiz, líder de la “Revolución Liberal Restauradora”. En 1901 regresó a su país como “protesta de imparcialidad”, pero por poco fue fusilado como “enemigo de la patria”. Su amigo Castro Ruiz era el líder de una revolución que

implicaba nada más ni nada menos que restaurar la Gran Colombia, lo que incluyó la invasión de la ciudad de Cúcuta, al norte de Colombia, el 23 de mayo de 1899. El hecho puso en guardia al encumbrado general Rafael Reyes Prieto, que nombró desde Bogotá al comandante Benjamín Herrera Cortés como Jefe Militar de la frontera para expeler posibles ataques del país vecino y, en especial, evitar el retorno del anarquista.

Declarado enemigo de la patria, Lizcano no pudo volver a su país. Se vio obligado a regresar a Venezuela, donde ya había explotado una guerra civil dado el avance de los anticastristas y de los propios intereses transnacionales, entre ellos los de la reina Guillermina de Holanda en el petróleo. Con todo y eso, Panclasta continuó apoyando a los revolucionarios venezolanos que persistían en su ideal grancolombiano en contra de las potencias, al punto que, en noviembre de 1904, como coronel del presidente Cipriano Castro Ruiz, volvió a Colombia, a la ciudad de Barranquilla, para transmitir su discurso revolucionario a los inquilinos, los jornaleros agrícolas o los braceros del ferrocarril. Así, desde esta ciudad del Caribe, junto con los cien mil colombianos dispuestos a recuperar Panamá a órdenes del general Rafael Uribe Uribe, Lizcano ofreció sus servicios y encabezó una expedición militar contra la usurpación yanqui en el Istmo. Un suspiro soberano oxigenaba la política colombiana y, por tal razón, fue nombrado en Bogotá, por el presidente José Manuel Marroquín, primer ayudante general de la Cuarta Expedición sobre Panamá. El presidente recapacitaba así respecto de lo sucedido con Estados Unidos, pretendía restaurar

las cosas en favor de Colombia y auguraba dignidad para la República. Este espíritu independentista, sin embargo, no perduró, pues no era más que demagogia presidencial respecto a distinguidos ciudadanos indignados por lo sucedido. Muy poco tiempo después, los empresarios de la guerra lo convencieron de que era estúpido luchar contra las leyes del mercado internacional. El oscuro general Rafael Reyes Prieto ascendió al poder y desde entonces Colombia entera, como un buró moderno del presidente, atiende sobre todo sus negocios y evita, de acuerdo con el propio Panclasta, oponerse de cualquier modo a la voluntad de sus *clientes*, Estados Unidos incluido. Lo de Panamá se quedará en Panamá, según puede inferirse de su proceder actual, y una región colonizada por los dueños del capital fijará el camino de las repúblicas bananeras. El sueño de la independencia de una Gran Colombia libre se queda atrás.

El año pasado, entonces, ni su amigo Castro Ruiz contaba con el poder en Caracas ni Marroquín seguía de presidente en Colombia, por lo que Lizcano fue acusado de conspirador en Venezuela y sus connacionales colombianos, sobre todo el ahora presidente Rafael Reyes Prieto, aprovecharon la imputación y le iniciaron una férrea persecución política y aun policiva. La consecuencia: como millares de revolucionarios grancolombianos, Panclasta tuvo que emigrar al Ecuador, donde en principio había mejores aires para los librepensadores con la revolución liberal de José Eloy Alfaro. Desde allí intentó detener la guerra que se veía venir entre Colombia y Perú como consecuencia, entre otras, de lo ocurrido en Torres Causana

(acaso por intereses de Reyes Prieto), pero una vez más tuvo que huir de un país latinoamericano por diferencias políticas con los conservadores, que a fin de cuentas mantenían su poder en el país. Panclasta no aceptaba y no acepta el arbitraje del rey Alfonso XIII de España en las diferencias entre los países suramericanos, pues, en general, es un opositor radical de la monarquía y de la intervención de las potencias, cualesquiera que sean, en los asuntos de América Latina. Lo ocurrido con el petróleo en Venezuela, en manos de la reina Guillermina de Holanda, la secesión de Panamá y la guerra en Colombia en beneficio de Estados Unidos o la ocupación yanqui de Santo Domingo ya le han enseñado bastante acerca de los alcances de la intervención de esas potencias extranjeras en los conflictos latinoamericanos. Justamente por su oposición a la política de la monarquía holandesa había tenido que salir de Venezuela y lo de Ecuador —la intransigencia frente a la intervención del rey— no fue más que la confirmación de la actitud pusilánime latinoamericana ante esa lógica imperial a la que él se rebela furiosamente.

En estas complejas circunstancias, el anarquista colombiano llega a la Argentina. Enuncia aquí como su principal motor ideológico su fe en el movimiento libertario de este país y su efecto futuro en toda América Latina. “Es necesario el cambio social en todo el continente”, dice. “Es necesario acabar con la lógica del capital mundial en beneficio de la libertad de cada uno de los hombres y mujeres que lo habitan. Atacar la pervivencia de privilegios implica defender la soberanía de las repúblicas. Los intereses de las monarquías europeas o del gran capital

norteamericano no pueden decidir nuestros destinos nacionales”.

Con tal discurso, Vicente Lizcano, a. Panclasta, cumplirá un gran papel como invitado estrella al próximo Congreso Nacional de Librepensadores de Buenos Aires, que, con el apoyo del presidente de la nación, Manuel Quintana, tendrá lugar en septiembre de este año. En este espacio podrá ofrecer su perspectiva de la educación y la política frente a personajes de la vereda contraria como Leopoldo Lugones, inspector de enseñanza de la ciudad, que tiene su propia perspectiva de esos asuntos. O bien, es posible que, en lugar de tal certamen, Lizcano represente a la FORA en el Congreso Anarquista en Ámsterdam, convocado para agosto de este año, donde tendrán asiento los revolucionarios más importantes del mundo: Malatesta, Goldman, Kropotkin, Nieuwenhuis.

De concretarse esto último Panclasta tendrá que abandonar el país a más tardar en julio, acaso cuando José Figueroa Alcorta dirija al fin el futuro político de esta nación en remplazo del presidente Quintana. Poco más se puede esperar ante el vacío de poder que soportamos los argentinos con este gobierno.

Hasta entonces, suerte al camarada Panclasta en Argentina.

¡Viva la revolución social!

Alberto Ghiraldo

La estancia en Barcelona será de diez días, pero el viaje es largo y la distancia que me separará de Ángela e Irene será de algo así como 8.500 kilómetros. ¿Podré soportarlo?

En estos casos pienso inevitablemente en los peligros que rondarán a mi familia y en la necesidad rotunda de hacer cosas fundamentales para cambiarlo todo.

¿Podría?

Ayer una masacre, hoy un caso de corrupción en el gobierno; ayer un atraco a mano armada a una vecina, hoy la muerte de un joven arrollado por una motocicleta a pocos metros de casa. En las noches, disparos indiscriminados, balas perdidas...

¿Seríamos capaces de dejarlo todo? ¿Instalarnos al fin en otro lugar?

Ámsterdam, 2 de enero de 1907

Camarada Vicente Lizcano, a. Panclasta

Independencia 766

Federación Obrera Regional Argentina FORA

Buenos Aires. República Argentina

Estimado camarada:

Nos permitimos extenderle nuestra invitación al próximo Congreso Anarquista Internacional, espacio de encuentro de federaciones regionales libertarias del mundo, que se celebrará entre los días 24 y 31 de agosto del año en curso en esta ciudad.

Por disposición del Comité Central, en consonancia con la directriz local, usted y su colega Aristide Ceccarelli han sido seleccionados para representar a la Federación Obrera Regional Argentina, FORA.

Si acepta esta invitación, su participación será en la mesa “El anarquismo como vida y como actividad individual”, que tiene como objetivo reflexionar en torno al carácter individual del anarquismo, o bien, en su propósito sindical y comunitario. Los

demás ponentes de esta mesa serán Émile Armand, que presentará su trabajo “El anarquismo individualista. Lo que es, puede y vale”, y Maurice Vandamme, a. Mauricius, que disertará sobre la relación entre el anarquismo individual y la revista *L’Anarchie*. Probablemente los acompañarán Benoît Broutchoux, de la Fédération Syndicale des Mineurs du Pas-de-Calais, con una conferencia titulada “La anarquía contra la vida”; Pierre Monatte, que acaso desarrolle un trabajo sobre el sindicalismo revolucionario; y Charles Malato, que disertará sobre la función de las redes sociales como base de una organización política para el cambio.

Algunos de estos intelectuales han fundado en París el grupo *Les Causeries Populaires*, que cuenta, además, con Georges Paraf-Javal y Albert Libertad, invitados que aún no han confirmado su presencia en el certamen pero han manifestado gran interés en él.

La mesa “El anarquismo como vida y como actividad individual” tendrá lugar en la última jornada del día sábado 31 de agosto del año en curso, a las 18 h.

Este Congreso Anarquista Internacional se realizará en el *Plancius Hall*, ubicado en Plantage Kerklaan, 61, de la ciudad, espacio al que se puede acceder en bicicleta (contamos con un área reservada para su custodia) o bien, en tranvía, dirección Middenlaan.

El texto de su autoría, como los demás que nos remitan los participantes, será publicado en el *Bulletin de la Internationale Liberaire*, que coordina desde Francia el camarada Christiaan G. Cornelissen. Puede enviarlo con antelación o entregarlo personalmente una vez se haya instalado en la ciudad.

Dada la limitación de fondos económicos para la organización del certamen, el Congreso le ofrece solo hospedaje en la ciudad entre los días 22 de agosto y 1 de septiembre. Para este efecto, le solicitamos que confirme su participación lo antes posible y que una vez se encuentre en la ciudad se comuniquen con el señor J. J. Lodewijk, que puede ayudarlo en lo relativo a su estancia en Ámsterdam en uno de los hogares ofrecidos por la comunidad a nuestra federación.

Le agradecemos entonces confirmar lo más pronto posible su asistencia. Para nosotros será un honor recibirlo en esta ciudad de la libertad y la solidaridad.

¡Hacia una revolución social!

I. I. Samson

Director Grupo Estudios Sociales

Federación Anarquista de Holanda

Pretoriusstraat 43, 1092 Ámsterdam

Recibido en Buenos Aires el 6 de marzo de 1907.

Doce pesos la comida, veinte el alquiler, seis pesos de transporte... Catorce que me ha dado la princesa, treinta que me dieron de la FORA este mes... ¿Cómo ahorrar?

Dicen que me enviarán algún dinero a través de Kropotkin a Holanda. Quedan seis.

El viernes he ganado veinte en la cocina de Damián, pero me he gastado diez en unas copas en *La Comparsita*. Todos resultamos ahí para celebrar lo de la invitación a Holanda.

El viernes gasté tres pesos en una lectura de poemas con Federico Gutiérrez —que ahora firma sus poemas como Fag Libert—, José de Maturana y Alberto Ghirardo. Leí “Carcelarias”. “*Por la vida y con ella. Arte y libertad*”. Sentí que mi voz retumbó en todos los rincones. “*Arte y libertad*”, repetí. “He aquí mi programa periodístico. La revolución por el arte y el arte por el arte no es una inconsecuencia sino la confirmación del escéptico luchador”, dije. Federico, entusiasmado, aplaudió hasta el cansancio. “Eres un gran orador”, dijo; y, luego, como desnudando su interés, agregó que deberíamos presentarnos juntos otra vez, él con sus “Noticias de policía”, que escribió después de retirarse del cuerpo, y yo con mis “Carcelarias”. “Ambos hacemos un gran equipo en contra del mundo”, afirmó riendo.

En 1907 se proyectó la reunión del Congreso Internacional de Libre Pensamiento que el mismo año se reunió en Buenos Aires. Los librepensadores de esta ciudad, porque bajo ese nombre cabían todas las ideas, iniciaron una larga serie de sesiones preparatorias con el fin de organizar el programa. Asistí a ellas, como todos los que lo hicieron, en calidad de adherente. Pero fue tanto el número de grandes oradores anarquistas que asistieron, que los promotores del Congreso, que no eran sino anticlericales, tuvieron necesidad de cambiar el nombre de Congreso de Librepensadores por el de Congreso Liberal Mundial. No obstante esto, se reunieron bajo aquel título. Ningún revolucionario asistió. Yo salí para Europa antes de su reunión.

(De una carta de Panclasta a Aurelio de Castro).

—¿Aló?

— ¡Martha Patricia, querida!

—¡Gustavo Isaías!

—Te llamo para despedirme, voy a Barcelona.

—¡Vas a ver a nuestros viejos camaradas!

—¿Camaradas? ¡Qué palabra!

—¡Con respeto, camarada Gustavo!

—Te estás burlando...

—¡Qué va! Sabes a lo que me refiero. ¿Vas a resolver ahora sí nuestras desgracias nacionales en Europa?

—¡Bah! ¡Eso no lo resuelve ni Mandrake! ¡Y mucho menos de lejos! No voy al exilio, Marthica, voy a un congreso de literatura.

—En todo caso, deja el pesimismo que todo tiene arreglo.

—Pesimismo, nada; realismo, camarada. ¿Has leído el periódico de hoy o hablado con tus vecinos para saber si están vivos?

—”¡Si no sigues luchando, te vas a morir!”, decía la camarada Sarah Kahn. ¿Te acuerdas?

—¡Deja a la pobre Sarah en paz! ¡Y deja tanto camarada que ya pareces del Partido! Solo voy a un congreso.

—Ya... ¿Y cuándo sales?

—En un par de horas.

—¿Y pasas por Bogotá?

—Apenas mientras conecto vuelos. La ruta es Medellín–Bogotá–Barcelona.

—¡Qué falla! No podré verte. Pero tomarás fotos del reencuentro con los demás camaradas, ¿verdad?

Alberto celebró nuestras intervenciones sugiriéndome que las publicara en *La Protesta*. Ha de ser una propuesta seria, supongo, pues dirigió la revista hasta hace poco. Planas me lo había dicho como dictando una sentencia: “Tienes que difundir tus ideas, de otro modo nadie reparara en vos y a la mierda tu nombre para la historia”.

Compré este cuaderno de apuntes que necesitaba, con lo que me quedan once pesos. Se me ha ocurrido iniciar un diario con lo de Holanda. Algo interesante debo sacar de aquí. No es cualquier cosa que me hayan invitado a Ámsterdam y que yo pueda transmitir mis ideas en semejante escenario. ¡Si me vieran los generales colombianos!

Pan, tomates... serán otros cuatro. Restan siete. ¿Cómo voy a cruzar el océano con un puñado de pesos?

15:35 h

La salida de Medellín no fue fácil y por poco llego tarde al aeropuerto. El tráfico en la ciudad está cada vez peor. Sin duda, la entrada diaria de doscientos automóviles nuevos o la venta indiscriminada de motocicletas, que crece en desorden como el país (en 2013 se vendieron seiscientos sesenta mil!), provocan el embotellamiento de la ciudad. El transporte público es un fracaso y cada uno avanza como puede. Buena metáfora de Colombia: desorden y aire contaminado.

Un día Colombia se detendrá en un gran atolladero, no por los problemas sociales —que hace rato ameritan que el país colapse— sino por el efecto de la venta (y compra, por supuesto) de automóviles y motocicletas de todo tipo, con dividendos exorbitantes para las transnacionales.

16:10 h

Aún tengo entre mis dedos la rosa roja que me dio Irene, “para que te acuerdes todos los días de mí, papá”. No es fácil dejarla, ni a ella ni a Ángela. Medellín es el ojo del huracán, la boca del lobo... Otro cráter del terror nacional. Por más que las administraciones públicas se empecinen en asegurar que la

ciudad ha superado la violencia, la realidad diaria se impone y nos cerca. Temo que les pase algo mientras estoy fuera.

Irene no lo sabe, pero como le sucede a la flor, lejos de ellas tiendo a marchitarme. Comienzo a plantearme los temas irresolubles de mi país, la democracia, la impunidad, lo que significa la libertad para mí y para Colombia, el peligro constante de muerte, la inseguridad, la locura homicida que se respira en la calle. Y tiendo a caer en un estado febril, de pesimismo y neurosis. Fluctúo entre la ansiedad y el abatimiento. La necesidad de un cambio radical me agobia sin pausa.

16:30 h

Tengo el dinero justo para los diez días en Barcelona, días para hablar de libros, crímenes y memoria y vincular los certámenes dedicados a la novela negra: Medellín Negro y Barcelona Negra.

He cambiado todo lo que tengo a euros. Cada euro me costó 2.500 pesos. Finalmente logré que la Universidad me diera otros 500.000 pesos, que cambié en el último minuto. Parece que cayeron en cuenta de que es importante que yo represente a la institución y a Medellín Negro... Claro que si juzgo el monto, difundir el conocimiento, estrechar relaciones con otras universidades, realizar investigaciones conjuntas y

hacer representaciones en certámenes internacionales son básicamente palabras muertas. O palabras bonitas escritas para seducir incautos que no conocen realmente cómo funciona la educación en Colombia. Hace años que esta debió transformarse como buscaron los anarquistas. Pero en lugar de ello, cada vez más se convierte en un terreno de ganancias para los capitalistas... al menos en Colombia, donde la educación pública es exigua.

Memoria. Eso sí que hace falta en mi país... Sería justo dedicarle un congreso entero a la memoria.

La milonga del miércoles, dos pesos (pagaron los bocadillos los Lannuti); una camisa blanca, la necesitaba; medias, mate... cinco pesos.

¿Y estos reales? Uno, dos, tres...

Con esto no llego ni a Uruguay. No sé qué voy a hacer para tener más guita.

—¿Estará mucho tiempo en Barcelona?

—Solamente una semana.

—¿Y su familia?

—Se queda en Colombia. Mi mujer y mi hija serán las que más eche en falta. Temo que les pase algo. Y Ligia, mi hermana, que vive en Bogotá. Está en medio de una quimioterapia.

—Lo lamento. He oído decir que el cáncer es una enfermedad horrorosa.

—Así es. La he conocido de cerca. Es la cuarta persona de mi familia que la sufre.

—Lo siento.

—Para mí, hay una relación fatal entre Colombia y el cáncer.

—No piense eso, confíe en Dios y verá que a su hermana le sienta bien el tratamiento. He visto personas que después rehacen sin problemas sus vidas.

—Sí...

—Y ojalá a usted le vaya bien en este viaje. Ser colombiano no es fácil...

—¿Y usted?

—¿Yo?

—Sí, ¿usted también va a España?

—Ah, sí, me quedo en Barcelona.

—¿Trabaja allá?

—Sí.

—¿Y le va bien?

—Se podría decir que sí... Soy prostituta. Hace rato que vivo por la Barceloneta. Pero quiero regresar...

—¿Regresar?

—Sí. Estoy reuniendo pelas para comprarme una casita en Neiva.

Pamplona, 5 de febrero de 1942

El Observador. El periódico del pueblo

Santiago Pérez Triana, el delegado de Reyes Prieto en la Conferencia Mundial de Paz de 1907

La vida de Santiago Pérez Triana, delegado del dictador Rafael Reyes Prieto a la Conferencia Mundial de Paz de La Haya de 1907,

supera con creces la de cualquier personaje del Siglo de Oro español en lo que a aventuras concierne. De hecho, sirvió de fuente de inspiración para el personaje José Avellanos, de la novela *Nostromo* del escritor polaco Joseph Conrad. En ella, el *alter ego* de don Santiaguito es un pobre refugiado político, autor de un libro llamado *Cincuenta años de desgobierno*, que alude a la situación de Costaguana (Colombia) en el marco de la independencia de Sulaco (Panamá) y en beneficio evidente de los intereses norteamericanos.

Don Santiaguito, como lo llamaba el expresidente Miguel Antonio Caro, era hijo de príncipe, es decir, de presidente en el caso de Colombia: su padre, el radical Santiago Pérez Manosalba, Presidente de la República de 1874 a 1876, rector de la Universidad Externado de Colombia en 1891 y director del periódico *El Relator* desde 1892 hasta agosto de 1893, cuando el diario fue cerrado por el gobierno conservador, tuvo que salir desterrado del país hacia Alemania por supuestas persecuciones políticas cuando el motivo, en realidad, eran los enredos de este hijo.

Formado en la Universidad de Leipzig, don Santiaguito estudió las Ciencias Físicas, especialmente la Química, en Estados Unidos, pero no pudo graduarse porque, según Baldomero Sanín Cano, su amigo, le faltaron estudios de latín. Lógicamente para su empeño empresarial no le interesaba el latín, señor Sanín; ni que fuera a ser cura. Pérez Triana hablaba con fluidez lenguas modernas, que le sirvieron, esas sí, para su labor como empresario internacional. “En los bancos le abrían cuentas al

descubierto porque ni los prácticos americanos resistían su palabra persuasiva”, dice refiriéndose a él Eduardo Zuleta, primer individuo de número de la Academia Colombiana de la Lengua, otro de sus adeptos.

Para la época de la Conferencia Mundial de Paz de 1907, don Santiaguito se había escabullido ya de procesos civiles y penales en Estados Unidos, Colombia e Inglaterra, y de acusaciones que pusieron no una sino varias veces en riesgo las relaciones de Colombia con Estados Unidos, Italia y Holanda. Esto, al menos, se puede colegir de publicaciones de la prensa internacional de entonces, porque los historiadores e intelectuales colombianos se han esforzado en maquillar o ignorar ciertos episodios de su existencia, cuando no se dedican a emular su personalidad o a repetir los elogios que sus amigos o familiares fijaron intencionadamente en la historia oficial en desmedro de verdaderos personajes a quienes rendir memoria.

Entre otras muchas fechorías, don Santiaguito sobornó a quienes debían decidir asuntos públicos como la construcción de los ferrocarriles de Antioquia y Santander, cobró comisiones a empresas europeas para garantizarles la firma de contratos con el Estado, engañó al Western National Bank en New York junto con los Pombo y los Kopel, intentó burlar la justicia colombiana arguyendo que era ciudadano estadounidense y huyó en varias oportunidades de la justicia norteamericana o europea. Su relato de viaje titulado *De Bogotá al Atlántico* no menciona la razón fundamental de la aventura, que fue su huida por la Cordillera Oriental y por los ríos Meta, Vichada y Orinoco de las manos de la

justicia colombiana. Eso a nadie le ha importado. En ese entonces se le perseguía por los sobornos que cobró en Europa en las negociaciones de los Ferrocarriles de Antioquia y Santander, pero, como había ocurrido algunos años antes, cuando fue acusado ante los tribunales de Nueva York por los préstamos de al menos 200 mil dólares no saldados por su compañía al Western National Bank, logró salir impune.

A falta de apostura, Santiago Pérez Triana daba conciertos como tenor, catava té y poseía un encanto y una habilidad excepcionales para imponer las ideas que le garantizaban éxito en sus oscuros negocios. Era un gran anfitrión y mejor gestor, y así realizó transacciones exitosas con todas las fuerzas que lo requirieron, de derecha, de izquierda, de centro, revolucionarias o no. Asimismo, como buen burgués iconoclasta, tuvo una rica vida literaria: escribió libros como *Reminiscencias Tudesca*, sobre su vida como estudiante en Alemania, y el relato de viaje mencionado antes, *De Bogotá al Atlántico*, sobre sus curiosas observaciones en la selva colombiana mientras huía en 1893. Ambos libros fueron elogiados por la crítica oficial: por el inefable Baldomero Sanín Cano y Sergio Elías Ortiz, su biógrafo, y por Eduardo Zuleta y Hernando Téllez, otros de sus allegados. El primero dijo alguna vez: “Pérez Triana fue objeto de persecuciones en que su vida corrió peligro y al fin hubo de expatriarse, buscando sendas impracticables y vías fluviales apenas conocidas de los salvajes para poner su persona al abrigo de la persecución. No volví a verle en mucho tiempo. Solía escribirme de Londres. Me enviaba sus libros y los de amigos

suyos con quienes por ese medio entré en comunicación, como Fitzmaurice–Kelly y Cunninghame Graham”. ¡Vaya lujo el de ustedes los elegidos, señor Sanín, que se “expatrian” a Europa, lejos de *los salvajes*, cuando les inician una investigación! ¡Y los amigos que hacen! El primer amigo común, Fitzmaurice, hispanista escocés, miembro de la Real Academia Española de la Lengua, nada menos que Caballero comendador de la Orden de Alfonso XII, y el segundo, don Robertico, como le decían cariñosamente sus amigos, también escocés, gran orador, uno de los fundadores y primer Presidente del Partido Socialista Escocés, que sufrió la persecución del Estado inglés durante el denominado Domingo Sangriento de 1887 y vivió un tiempo en Argentina al frente de sus propios negocios. Ellos son solo un ejemplo de las excelentes relaciones de Pérez Triana y, por qué no, del nivel social y económico de sus contactos entre culturales y comerciales. Todo gracias al erario público colombiano.

En 1891 don Santiaguito fundó una Sociedad Literaria con personajes de la talla de José Martí, Néstor Ponce de León, Benjamín Ibergá, Cirilo Villaverde, todos ellos revolucionarios de Cuba con los que forjó una gran amistad, pero también con el general Nicanor Bolet Peraza, de Venezuela, y el peruano Alberto Falcón, entre otros que debieron ayudarle en sus propósitos culturales pero sobre todo comerciales. También participó en la edición de la revista *La América*, impresa en Estados Unidos y dirigida por el político colombiano Clímaco Calderón Reyes, familiar del dictador Reyes Prieto y del propio Pérez Triana, pues era esposo de su hermana, y en la revista *Hispania*, fundada por

él mismo, que se publicó entre 1912 y 1915 en Madrid y Londres para beneplácito de los intelectuales burgueses de la época. La relación entre cultura, negocios y éxito resultaba en él una obviedad y la literatura misma una forma más de publicidad.

En 1906 el mismo Pérez Triana escribió y publicó en inglés un libro de cuentos infantiles dedicado a su hijo, titulado *Tales to Sonny*, editado al año siguiente en Madrid como *Cuentos a Sonny*, con la traducción de otro buen amigo suyo, Tomás O. Eastman. Mucho de niños debió aprender este hombre manipulando a sus conciudadanos y en general a contemporáneos que lo frecuentaran. Con el apoyo del establishment se desempeñó incluso como uno de los fundadores de la honorabilísima Academia de la Lengua Colombiana, que aún hoy le rinde homenaje, presuntamente merecido. Todo por la patria.

Con tal prontuario, se comprende la sorna con la que el presidente Marco Fidel Suárez concluye el perfil del hombre enviado a Holanda en 1907 por el dictador Rafael Reyes Prieto como delegado oficial por Colombia a la Conferencia Mundial de Paz de La Haya:

“Corrieron los tiempos, sin embargo, y el comisionado e interventor [de los contratos relativos a los ferrocarriles de Antioquia y Santander] figuró después en grandes congresos internacionales como representante diplomático de su patria y luego su nombre vino a ser honrado como distintivo de un barrio o una plaza en la capital de Antioquia”.

Sí, Presidente Suárez: este hombre era aquel por el cual el dictador Rafael Reyes Prieto, a través de su colega, el otro general, Alfredo Vásquez Cobo, su Ministro de Relaciones Exteriores, elevó su voz de protesta ante las autoridades holandesas el 1 de septiembre de 1907, cuando creyó que había sido detenido en medio de un atentado terrorista.

Dada la extensión del asunto, de este hablaremos en la siguiente entrega.

¡Hacia una revolución social!

Julia Fuentes Calderón

Maestra

17:05 h

Estoy leyendo la novela *La ficción del monje* de Francisco Montaña Ibáñez, un libro sugestivo para una novela sobre Biófilo Panclasta. Trata sobre un investigador que decide abandonar su propósito de escribir la biografía del anarquista cuando se ve atiborrado de información. Alude a un incendio en el que se quemaron las pertenencias de Panclasta e insiste, creo que a modo de excusa, en que José Antonio Osorio Lizarazo profetizó que nadie podría escribir sobre él porque el

personaje se rebelaba a cualquier voluntad de configurar una historia: “¿Cómo no pensar en el problema de lo literario cuando el objeto narrado es una sarta de invenciones imposibles de comprobar?”, escribe Montaña Ibáñez aludiendo a la vida de Panclasta. Y agrega: “No había encontrado ningún otro personaje menos asible que Panclasta”.

Me pregunto si yo puedo emprender la tarea de escribir una novela sobre él, sobre Biófilo Panclasta... ¡Con la cantidad de papeles suyos que he encontrado en el baúl de la abuela! ¿Podría así vencer el sortilegio de Osorio Lizarazo? Puedo intentarlo.

Buenos Aires, 23 de febrero de 1907

22 h

La princesa vendrá en un rato. No le diré una palabra de mi viaje a Ámsterdam.

Si no pago lo del alquiler de marzo, me quedan setenta para el viaje...

¿Cómo iré a Europa con setenta pesos?

¡Qué importa, Panclasta! Lo importante es moverse. ¡Lo del dinero ya lo irá solucionando! ¿Quién ha dicho que para viajar se necesita dinero? Si es muy fácil.... Vas a un puerto, esperas un buen barco y te metes en él. Dejas que lleguen a altamar y te vas presentando muy tranquilo al capitán del buque, diciéndole que estás dispuesto a lavar los pisos, preparar los alimentos o lavar platos para pagar tu pasaje. ¿Ves cómo es de fácil?

17:15 h

Lo que sé de Panclasta y lo que leo de él o de quienes se ocupan de su historia parece una novela. La primera vez que oí su nombre fue en 1981. Yo tenía trece años. Aún estaba en el colegio y cualquier cosa relativa al pasado de mi familia me interesaba. Mi madre, Margarita, me contó entonces una anécdota que quedó grabada por siempre en su memoria, y, por lo visto, en la mía.

A sus trece años, más o menos en febrero de 1942, su abuela Margarita, a quien le decía Mamaíta, la llevó al Hogar San José de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, es decir, al asilo de viejos de Pamplona, a ver a un amigo suyo de juventud: nada más ni nada menos que el anarquista Biófilo Panclasta. La abuela, dijo, lo había conocido hacía años, por lo

menos cincuenta, cuando habían convivido durante una época en casa de su madre, Salomé. Ella alquilaba habitaciones para estudiantes y un día cualquiera lo había recibido como arrendatario. Fue una estancia corta, pero suficiente para determinar su propia vida y su ideario rebelde y hacer de Panclasta una presencia permanente en su historia personal.

De esos días de la visita de mi madre y Mamaíta al ancianato es la fotografía que tengo ahora entre estos papeles —una de las que quedan de Panclasta. En ella aparece viejo, pícaro y socarrón, como mamá lo recordaba. Mirándolo ahora con atención lo imagino en función de esta historia familiar: hablando con la abuela y con mi madre. Está con un sombrero calabrés (curioso que solo dos hombres de los que están en la fotografía lleven un sombrero así) y una bufanda o un pañuelo alrededor del cuello que le da cierto aire intelectual en medio de la humildad del ambiente. El sombrero debe ser el mismo que se ve en otras de sus cinco fotografías atesoradas por Julia: dos tomadas en 1911, otra de 1929 y otra de cuando estaba más joven, de unos cuarenta años, publicada en 1940 en el diario *El Deber*, de Bucaramanga.

En este retrato del hogar San José, Panclasta está sentado en el pedestal del monumento del lugar, con su bastón, que sería más bien un palo cualquiera que le ayudaría a desplazarse, o como lo dijo alguna vez un “bastón de peregrino como arma”. A su lado está un niño, el único infante de la fotografía, un último discípulo como mi madre, quizá, que le debía ayudar en su desplazamiento. Aparece en medio de unas cincuenta

personas, la mayoría mujeres. Algunas tienen sus pañolones oscuros en la cabeza (de viudas, deduzco, acaso en razón a las guerras que acabaron con los hombres de esa generación, o por el clima). Hay junto a él otros ancianos de disimiles apariencias: más o menos mayores, más o menos blancos, más o menos mestizos, más o menos tristes, con sendas ruanas, típicas de la región, que les permiten conservar el calor en medio del frío extremo. En el centro del grupo, está el que puede ser el director del establecimiento, o bien, un cura cualquiera vestido de blanco, no sé; una monja que funge como personaje principal de la imagen, con su cofia y gran cuello blanco; y algunas personas más jóvenes, posiblemente ayudantes del lugar (¿estará Julia ahí?) que complementan el grupo situado alrededor de la estatua blanca de San José. Atrás, hay un árbol y una tapia, similares a los de la casa de la bisabuela, y a lo lejos se ven los techos de tejas de barro y las montañas que circundaban y circundan todavía la ciudad. La bisabuela Mamaíta y mi madre debieron visitar al viejo un día como este. Bajaron, tal vez, de la calle seis con segunda, en la que vivían, hacia la carrera séptima, que conduce al Humilladero, el cementerio de la ciudad, ubicado después del Hogar San José de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, adonde luego fueron a parar sus despojos mortales. Llegarían de mañana, a eso de las diez, preguntarían por el hombre y las llevarían hasta el patio de la foto, donde él estaría sentado esperándolas con su bastón de peregrino. Según mi madre, ese día, burlándose de la parca, Panclasta les anunció con júbilo su próxima muerte, acaecida solo unos días

después. “Al fin vendrá la parca, como ruego hace años”, dijo. “Al Humilladero. ¡Allá me llevará rapidito!” Mi madre se ofreció entonces, cándida, a acompañarlo en esa última morada, y he aquí el meollo de la anécdota: el viejo, muy tiernamente le respondió: “Margarita, mijita: si comienzas a acompañar a los muertos, ellos jamás te soltarán”.

Dadas las circunstancias, a mi madre se le quedaron grabadas en su mente estas palabras de Panclasta y desde entonces las repitió en las más curiosas oportunidades. Tanto que en su propio lecho de muerte, muchos años después, me preguntó: ¿Te soltaré a ti?

Al escribir esta última frase yo también me pregunto ahora, Panclasta, si eso es posible, si los muertos no lo sueltan a uno. ¿Mi bisabuela Mamaíta, la abuela Zoraida, mi tatarabuela Salomé, mi tía-abuela Julia, mi madre Margarita y usted mismo no me han soltado a mí?

23 h

El tiempo va rapidito persiguiéndome. Anoche soñé que yo era muy pequeño y el minuterio del reloj iba detrás de mí arriándome.

Me iré pronto.

De todas maneras, todos nos vamos pronto.

Pequeños círculos me rodean y yo voy siguiéndolos sin saber adónde llevarán.

Sin ley, sin autoridad, ni conceptos de propiedad ni poderes judiciales: este es mi proyecto. Una vida para la libertad, ¿qué más puedo pedir?

La princesa lloró en mi pecho, y yo lloré también sin que ella lo notara. Estábamos a oscuras. Supo lo de Holanda. Al fin me lo sacó sin que yo me diera cuenta.

Ambos sabíamos que esto era temporal, que todo es temporal, le digo.

El deseo tampoco se mantiene, agregué, y si me quedo será costumbre. Así no podrías vivir.

—Te esperaré— dijo.

Me ha traído un libro, *El único y su propiedad*, de Max Stirner. Dice que estaba en la biblioteca del presidente y que pensó que nadie más que yo se interesaría por él.

—Te hará compañía durante el viaje.

Le hago de nuevo el amor.

Acaso un día volveré. Le hablaré de mis aventuras y eso encenderá su pasión. Es lo que quiere, y lo que quiero yo.

Las mujeres y los hombres necesitamos pasión.

Somos como ríos que ha retenido la cultura, pulsiones que han sido estancadas por el cristianismo y la mala educación.

El tiempo me va persiguiendo y yo quiero ganarle, sentir lo que es la vida.

He escrito lo anterior en el aeropuerto José María Córdova, el “héroe de la batalla de Ayacucho”, dicen, mientras espero el embarque.

Este militar Córdova llevó el Perú a la independencia y se rebeló a las pretensiones monárquicas de Bolívar: “... no podríamos prestar nuestra aquiescencia a la continuación de un gobierno absoluto, ni al establecimiento de una monarquía, sea cual fuere el nombre de su monarca”, dijo.

Los militares siempre peleándose el poder en este país, distribuyéndose sus riquezas... Y la famosa seguridad que nos proporcionan, por la que les pagamos, a su aire.

¿A Córdova le molestaba un Bolívar rey o no ser él mismo rey?

De aquí sigo a Bogotá y luego a Barcelona, en un vuelo largo que acaba de empezar.

—Parece un pordiosero, abuela.

—¡Calla!

—Pero ¡mírelo! Ese pelo, esa barba...

—El pobre ha sufrido mucho, hija. Desde el principio. ¿O no, Vicente? Desde que lo echaron de la Escuela Normal de Bucaramanga se enfrentó al gobierno. ¡Junto con algunos profesores se opuso a la reelección de Miguel Antonio Caro! Ya se sabía entonces quién iba a ser usted... Y cómo son las vueltas de la vida, hija: ahora lo echan de nuevo de Bucaramanga, por no pagar esta vez unas cuantas botellas de aguardiente, y resulta aquí, en Pamplona. ¿Ve, Vicente? La vida da vueltas y usted ha regresado viejo y maltrecho al punto de partida.

—Un *épave* me decían, mijita. ¡En francés, Margarita! Tan sofisticado yo, ¿verdad? ¡Una ruina, pero en francés! ¡Ja!

—Usted como siempre sacándole la gracia a todo. ¡Con lo que ha sufrido!

—¡Qué va! Yo he vivido bueno, Margarita. He conocido más de cincuenta países. ¡A ver: quién en este pueblo ha hecho eso!

—¡Déjese de engreimientos!

—¡Ay, Margarita! Mas bien déjeme conversar con la niña.

—A mí me da cosita hablar con usted...

—No sea bobita, mijita, Panclasta ya no muerde.

—Usted siempre tan altiva y tan hermosa, Margarita.

—¡Deje las flores, Vicente! Ya estoy vieja.

—A que no se imagina lo linda que era su abuela, mijita.

—Margarita, me llamo Margarita.

—¡Igual que su abuela! Mire: ella era la más linda de Pamplona, hija Margarita.

—¿La más linda?

—¡La más linda! Y usted se le parece, claro.

—¿Verdad?

—Todos en Pamplona estaban locos por ella. Y la mamá, Salomé, apenas nos dejaba mirarla. ¡Ya le dije que se vaya,

bobo! ¡Que ella no mira mantecos como usted!, decía la mamá.

—¡Ay, Vicente! ¡Déjese de recuerdos de esa época que no le interesan a nadie!

—A mí me interesan, Mamaíta.

—¡No diga sandeces!

—Déjela, Margarita. Esta niña... de verdad que esta niña se parece a usted, no solo en el nombre. ¿Es la hija de Julia?

—No. De Julia, no. De Zoraida, la segunda.

—A ella no la conozco. Yo alcé a Julita, de un añito entonces. Quién hubiera pensado que iba a ser ella la que ahora iba a estar pendiente de mí. ¡No me desampara desde que volví a Pamplona!

—Deje el pasado atrás, hablemos de lo importante: vine a traerle esta petaquita que le mandó Julia, que en estos días no puede venir...

—Mamaíta, pero...

—Shhhh. No interrumpas, Margarita. Vicente, aquí tiene unos cuantos dulces y panelas que le servirán para coger calor.

—¡Con este frío que hace!

—¿Verdad que sí?

—Usted y Julia tan queridas como siempre, mijita.

—Recíbame pues. ¡Coja! ¡Coja! Un dulce le sirve para soportar este frío.

—Pero yo apenas como. Mejor dicho: ya no necesito comer, hija Margarita. Eso es echar en talego roto.

—No diga eso, Vicente, que usted debe mantenerse bien para seguir instruyendo a tanto burro.

—Apenas me puedo instruir a mí mismo.

—Contando su vida al que se le ponga por delante ya hace mucho.

—¿Mi vida?

—Hable de Francia, Vicente, de la revolución...

—Pero a quién, hija, si en este pueblo a nadie le importan esas cosas. Solo Julia...

—Un día le importarán a todos, Vicente. A todos. Ya verá. Mi hija Julia decía... *dice* que usted es el personaje más importante de este país y que así se lo reconocerán algún día.

—Pues yo ya tengo una pata en la tumba. Ni me importa saber si eso pasará... Si es que sucede. ¿No ve que se la pasan

echándome de todos lados? Además... la parca ya está aquí. ¡Miren a la parca! ¡Mírenla! ¡Sucia y vieja! ¡Ja! ¡Quiere llevarme allá, abajo, con ella!

—¿Usted irá al Humilladero?

—Sí, hijita. Ya me están recogiendo.

—Yo puedo acompañarlo.

—No, Margarita, mijita. Espero que no me acompañes. Si comienzas a acompañar a los muertos, ellos jamás te soltarán.

1 h

Me sorprende la rapidez con que he hecho el embarque. Hace un tiempo la aduana se esforzaba en requisar cada cosa que se llevaba en el equipaje. Ahora dejan esta obligación a las autoridades españolas. Al final, el comercio de drogas es un problema de Europa, pensarán aquí. Lo mismo que el terrorismo o cuestiones “globales”. En Colombia siguen las aspersiones de glifosato y con eso se le da gusto a Estados Unidos, sin importar las enfermedades consecuentes que trae. Como el Plan Colombia, el TLC o los acuerdos internacionales. Al centro solo le importa el centro.

21 h

“El Estado trata de ahogar toda actividad libre mediante su censura, su vigilancia y su policía, y considera su deber estrangularla, porque debe conservarse a sí mismo”, dice Stirner.

Creo que podría comunicarme con este hombre en su tiempo, ajustando un poco nuestros relojes...

1:30 h

Ciento ocho años después de Panclasta yo cruzo el Atlántico, de Bogotá a Barcelona. Para él, un puerto en su periplo hacia el norte de Europa, a Ámsterdam. Para mí, el destino.

22 h

Hoy he empezado la jornada extra donde Damián. He hecho los trabajos de la cocina en *La Comparsita*. Damián me lo ha permitido. Es un buen hombre. Con su mal genio y su

alcoholismo, le tiende la mano al que se lo pida. Luego de que su mujer lo abandonó dejándolo con los dos pibes, ha caído en una crisis lamentable; no obstante, sigue haciendo lo que puede. Este puto sistema tiene que caer, dice mientras friega los pisos. Unos en la mierda y otros forrándose en guita y cogiendo a gusto. A ver cuándo espabilamos y los bajamos a todos de una vez. ¡Qué gobierno de mierda!, grita mientras los pibes le sacan unos pesos.

Luego de lo de la cocina, y como para agradecer la oportunidad, le ayudé con la limpieza de los receptáculos. Íbamos hablando mientras lo hacíamos y eso aligeró el laburo. Mejor dicho, yo le oía sus insultos al sistema, al gobierno, a las mujeres. ¡Todos son unos hijos de puta!, insistía mientras yo fregaba.

El hombre aprovechó mi disponibilidad y me dejó lo que ninguno quiere hacer: solucionar los atascos de verdadera mierda. Yo apenas me quejé. No estoy como para lamentos. Son cuarenta pesos. Así me gano el plato de comida y abono algo del alquiler.

Desde ahora empiezo a sentir este malestar que me acompaña cada vez que me separo de Ángela. Se trata de una sensación de abandono, de soledad, pero al mismo tiempo una

cuestión física: escalofríos, dolores... Imagino que ella e Irene salen a la calle y que un monstruo como aquel del que habla Chaparro Valderrama está esperando afuera para liquidarlas. De lejos creo que Fernando Vallejo tiene razón, Colombia parece un *bulldozer*...

No quiero que les pase nada.

¡Los arrendadores son unos vampiros! Y la ley los protege. Vivo en una pocilga y no puedo retrasarme en los pagos. Hace varios días le pedí al mío un compás de espera y el muy cabrón se rió en mis narices. ¡Si no tenés la guita, te podés largar a tu país!, me gritó. Este mundo es de los que trabajan. Finalmente llegué a un acuerdo con él de que le pago la deuda acumulada en unas semanas. El hombre no tiene más objetivo en la vida que pasar periódicamente por los conventillos. Varios dicen que es lo único que hace, y que le gusta hacerlo, joder a los inquilinos. Ese es su trabajo. Y mientras tanto el resto moliendo, cargando mierda o limpiando reservorios...

Creo que después de todo, me quedan unos pesos de la paga de Damián para ir a Holanda.

¿Cómo pensaría Panclasta cambiar el sistema desde Europa?

23 h

En la tarde intenté escribir un poco y asistí a la secretaría de la FORA. La correspondencia es nutrida en esta época. Cables de aquí y de allá. Nada de Colombia.

Respondí que sí a los holandeses. Les dije que puedo escribir algo sobre los que no leen para el bulletin ese del que hablan. Ante todo aproveché la carta para pedirles algo de dinero para los gastos del viaje. Supongo que ellos tienen un fondo para apoyar a los invitados. Lo del albergue es poco.

Pagando todo lo que debo del alquiler, no tengo en qué caerme muerto. Pero he decidido no pensar en ello.

Mientras limpiaba el retrete, pensaba en la princesa.

1:45 h

Se puede cruzar el Atlántico por el grado 41 al norte en seis horas.

Pero no en el tiempo de Panclasta.

Su ruta incluía escalas en La Guaira, Aruba, Guadalupe, Santa Cruz de Tenerife y Cádiz. La mía solo se detiene en Bogotá.

Para él, esta era su primera vez en Barcelona; para mí, la tercera.

En la Introducción de este libro se dice que Max Stirner era un pseudónimo que hacía alusión a la amplia frente del autor (*Stirn*). Su nombre real era Johann Caspar Schmidt.

Nació en Bayreuth, en Baviera, Estado federado alemán, en 1806. Fue hijo de un artesano luterano que fabricaba flautas, en medio de una mayoría católica, y de una mujer con problemas mentales. Estudió filología, filosofía y teología en Königsberg, Erlangen y Berlín. Trabajó como educador y en tal sentido escribió un sencillo manual, “Las normas de la escuela”, que prescribe sencillas pautas de comportamiento con inspiración libertaria....

En 1837 sucedieron dos hechos importantes en la vida de Stirner: se unió al club “Los Libres”, de jóvenes hegelianos, en Berlín, con Engels y Bruno Bauer, y se casó con Agnes Klara

Kunigunde Butz, hija ilegítima de la propietaria de la vivienda en la que por entonces residía como arrendatario. Lamentablemente, su esposa murió en el parto de su primer hijo, que tampoco sobrevivió.

Fundó *La Gaceta Renana (Rheinische Zeitung)* con Heinrich Bürgers, Hess, Marx, Bruno Bauer, Köppen, y en 1844 publicó *El único y su propiedad*. Después, en el 46 se volvió a casar, pero pronto se separó de esta segunda esposa. No tuvo hijos....

Dejó sin terminar *Historia de la reacción*, sobre la revolución de 1848 en Alemania.

En su madurez, vivió en la pobreza y fue aprehendido algunas veces por deudas.

Claramente no soy el único que sufre el hambre y el ansia de libertad.

A Barcelona Negra son invitados escritores del mundo entero, incluidos Alicia Giménez Bartlett, Sue Grafton, Anne Perry, Andreu Martín, Lorenzo Silva, Tony Hill, William Gordon, entre otros. Yo voy como escritor y como director del Congreso Medellín Negro, que realiza cada año desde 2010.

Esto se anuncia en el programa:

Ya ha pasado 2014, un año lleno de acontecimientos, de polémicas y de noticias que han hecho palidecer a nuestros narradores y periodistas negrocriminales. Aquel dicho de “La realidad supera la ficción” se cumple una vez más. Es una realidad compleja y poliédrica que necesita a los periodistas para ser descrita, pero también a los novelistas para que nos acerquen a la parte oscura que se esconde tras la lluvia de escándalos, mentiras y casos de corrupción.

Realidad Poliédrica que necesita a los *novelistas*...

La última frase del párrafo es de lo que se habla ahora en España y Europa entera: la lluvia de escándalos, mentiras y corrupción. La crisis económica ha sacado lo peor del fondo social, la parte oscura de verdad.

Con esta frase no se reconoce la acción y responsabilidad de los individuos ni en los medios ni en la cotidianidad. El poder de los bancos, las mentiras de las burbujas inmobiliarias, la realidad de la política... todo eso que define desde hace años el sistema mundial se conjuga en una sola queja.

Al escribirlo pienso que la realidad puede volverse tópica al describirse, y lo negro ya no define un género literario. Barcelona Negra podría ser Medellín Negro o Black Week en Turquía. Todo un sistema ruinoso del capital.

Aboné el resto del alquiler. ¡La puta guita!

Me he quedado en cero.

“Tienes el derecho de ser lo que Tú tienes poder de ser”, dice el Stirner.

Me pregunto qué pensaba Stirner cuando escribía cosas como esas. ¿Se imaginó el poder de ser mientras uno lava un reservorio? ¿Se imaginó que uno se identifica con su trabajo cuando friega pisos o receptáculos de mierda?

Razón tenía Bakunin cuando se opuso a Marx. Es necesario ver la vida desde la vida misma.

Los libros afectan algunas inteligencias.

2:10 h

La Barcelona de Panclasta no sé si tiene un color tan determinado como el negro. Solo sé que para él resulta de paso. Camino a Holanda, es su puerto de llegada a España.

23:50 h

El pensamiento es burgués, como me imagino burgués a Kant ajustando la hora de su reloj cuando la criada le avisa que está servida la cena. El hombre habrá estado trabajando como un loco, con su pluma y su papel, mientras la pobre se hace un lío en los reservorios del castillo. Ella dale que dale a la mierda y él describiendo pautas universales que se ajustan a lo que él cree que es la vida; ella machacándose las manos y la espalda para que él siga con sus abstracciones universalizantes.

¿Qué clase de soberbia puede llevar a alguien que no ha conocido más mundo que un pueblecillo prusiano o ruso a definir lo que es la naturaleza humana?

Panclasta va de paso a Barcelona. Se encontrará allí con algunos camaradas de la Confederación Nacional del Trabajo, CNT, que le informarán de la situación del colectivo en la ciudad y, con suerte, le ayudarán a continuar el viaje. De ahí, en uno o dos días, acaso, tomará el tren a Holanda.

Por mi parte, casi veinte años después de mi primer viaje a España, en octubre de 1995, voy a participar en ese festival dedicado a la novela negra, para mí novela de crímenes.

Otro día. O mejor, otra madrugada: 1 h 4'...

“Hay seres como Kant, que nunca han salido de su ciudad natal, y otros que viajamos sempiternamente”, he dicho en un discurso.

A pesar de estos ciento ocho años de diferencia, soy pesimista, Panclasta. Creo que la situación de Colombia en 1907 es semejante a la que se vive hoy en 2015, como la situación general del planeta. Hace más de cien años usted salió huyendo por primera vez de Colombia. Hoy somos muchos los que intentamos huir del crimen y la impunidad... a un mundo plagado de lo mismo: escándalos, mentiras y corrupción.

Colombia, América Latina, Europa. Centro y periferia; amigos y enemigos; Felipe VI en Madrid, Guillermo Alejandro y la argentina Máxima (hija del ministro de la dictadura) en Ámsterdam, Nicolás Maduro en Venezuela, Cristina Kichner en Buenos Aires y Juan Manuel Santos Calderón en Bogotá, nombres que, no sé porqué, me suenan a lo mismo de su época, Panclasta: Alfonso XIII, el que había acabado de perder América en Madrid y quería mantenerse vigente metiéndose en todo; Guillermina, la ricachona del petróleo venezolano en

Ámsterdam; los generales Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez Chacón en medio de guerras intestinas en Venezuela; José Figueroa Alcorta, miembro de las sociedades secretas en Argentina, con amantes a su izquierda y masones a su derecha, y Rafael Reyes Prieto, un general corrupto en el poder en Colombia, para muchos un dictador. ¿Ha cambiado algo?

Usted no vivió realmente la miseria, Stirner. No sintió la vida en su profunda miseria. La miseria económica y moral de Colombia, por ejemplo. O la de los conventillos aquí en San Telmo.

La primera vez que estuve en Barcelona fue en 1996, cuando hacía el doctorado. Una beca de la Agencia Española de Cooperación Internacional de la Embajada de España en Colombia me había permitido ir a Salamanca y, una vez instalado allí, fui cinco días a Barcelona, durante el verano. Entonces aprovechaba cualquier ocasión para huir de donde estuviese. Una pulsión aprendida por años de miedo en Colombia. Errabundear.

Cumplí 29 años en la ciudad. Yo quería visitar Montjuic, el Barrio Gótico, La Pedrera, el Parque Güell, la Sagrada Familia... Lo que quedara del mundo revolucionario en Barcelona.

Biófilo Panclasta es el único anarquista colombiano, Margarita. Su nombre mismo a todos les da miedo, tanto que a los niños de este pueblo los amenazan diciéndoles que si no se toman la sopa los llevarán con Panclasta. Yo sería incapaz de decirte algo así. Todos hablan de Vargas Vila, pero ese era demasiado vanidoso para ser anarquista; por eso se quedó en Barcelona. Biófilo, o Vicente, como yo lo conocí, era distinto. No le interesó ni le interesa el reconocimiento o la fama... Muy pocos conocen esto que guardó Julia: diarios, artículos de prensa, cartas... No es Vargas Vila... Panclasta sí vivió como un anarquista, miya; conforme a lo que saliera en el día. Eso fue lo que yo vi. No te puedes imaginar lo que hizo, y aunque no le creo más que la mitad de lo que dice, el otro 50% no lo dudo. Que lo de Venezuela, que lo de Holanda... que lo de París. Que si le dejó sus zapatos a Lenin, que si estuvo detrás del atentado a Boris III, zar de Bulgaria, en 1925; que lo del plan Europa... que patatín que patatán... Tantas cosas que darían para una novela. Yo es que lo conozco de hace años, Margarita. De cuando éramos jovencitos.

Al escribir este nombre, Sagrada Familia, recuerdo lo importante que fue para mí conocer ese lugar. Ha sido el único templo que me ha inspirado a la vez un sentimiento estético y religioso: en construcción permanente, este proyecto de iglesia sugiere la condición inacabada de una obra; con la bóveda del cielo aún como techo, la libertad del artista tiende a conservarse tanto dentro como fuera de ella. Ineludiblemente fragmentado, ese espacio lleno de recovecos y accesorios magníficos e innecesarios, en un inusitado equilibrio de las partes que supone su tensión, se identifica con lo que yo considero una obra de arte.

Hoy, volando sobre el Atlántico, a 12.000 metros de altura y guardando una rosa roja, sagrada, en mi bolsillo, revivo ese sentimiento de libertad y reposo, de inmensidad y fragmento, de fisura y dolor que ese sitio emblemático de Barcelona me inspiró.

Usted, Stirner, vivía en un imperio, del cual, a pesar de todo, se beneficiaba: el Imperio de Francisco I. Yo no tengo imperio en qué apoyarme. Ni siquiera un Estado detrás que me respalde.

La segunda vez que estuve en Barcelona fue para presentar mi novela *Desaparición*. Fue hace dos años. Cristina Fallarás tuvo la gentileza de presentarla en su librería de la Calle Luna. También era verano y el evento tuvo lugar en El Rabal, con la gente del barrio. Recuerdo con gran emoción ese día en que tuve la oportunidad de conocer a Tony Hill, Willy Uribe, el diseñador Peret —que nos llevó a su casa después de que presentara el libro— y otros artistas, escritores, periodistas y editores de la ciudad. Tuve la felicidad de que me acompañaran Ángela e Irene. ¿Volverá el espíritu claro de ese día? ¿Estaré de nuevo en España con esas dos mujeres que son mi vida?

“El pensar no puede cesar más que al sentir. Pero el poder de los pensamientos y de las ideas, la dominación de las teorías y de los principios, el imperio del Espíritu, en una palabra, la jerarquía, durará tanto tiempo como los sacerdotes tengan la palabra, los sacerdotes, es decir, los teólogos, los filósofos, los hombres de Estado, los filisteos, los liberales, los maestros de escuela, los criados, los padres, los hijos, los esposos, Proudhon, Jorge Sand, Bluntschili, etc., etc. La jerarquía durará tanto como se crea en los principios; tanto como se piense en ellos y aunque

se los critique; porque la crítica, incluso la más corrosiva, la que arruina todos los principios admitidos, aún cree en definitiva en un principio”.

Max Stirner

La mayoría de los pasajeros parece dormir y los que están despiertos tienen encendido el televisor. Cada uno trata a su manera de matar el tiempo, como decía mi madre. Ninguno lee.

He hablado un poco con mis vecinos, una prostituta y un economista, pero ya se han quedado dormidos. La primera es una colombiana radicada en Barcelona; el segundo, un español que ha venido a Colombia, según sus propios términos, a buscar “oportunidades de negocio”. Sus propósitos en el país que les es extraño no difieren mucho, pienso. La primera vino a Colombia de visita familiar, gana dinero en Barcelona, pero dice que ya quiere quedarse en Colombia, regresar. El segundo vuelve a su tierra con algunas ideas.

La pobreza nos acechaba, Margarita, y mamá alquilaba cuartos para conseguir al menos lo de la comida. De este modo, Panclasta resultó en la casa que luego él mismo llamaría Las Margaritas en honor de la abuela, que había apoyado al ejército revolucionario en la guerra de 1876, el de los radicales, y del mío propio. Estudiaba en el Colegio Eudista de Pamplona y mientras vivió con nosotras se encargó de instruirnos en cosas de las que nadie hablaba, que el marxismo, que Bakunin, que la revolución, que la lucha de clases... Él sabía de todo, hija. Era el mejor estudiante de Historia del colegio de los hermanos eudistas. Fouyard, Tressel, Viel y Piriou habían sufrido el cambio hacia la República y no se abstendrían de mencionar las circunstancias de su destierro a Colombia. Fueron expulsados por la Francia revolucionaria y sobre todo laica que no quería curas en su seno, y resultaron en Pamplona. Imagino que alguno debió mostrar empatía por la República y explicar positivamente el sentido de la Comuna que los expelió. Tal vez de ahí surgió su francofilia y, en general, la francofilia de algunos pamploneses. Puede que así sea. Los curas han estado detrás de todo en Colombia. Lo bueno y lo malo.

“¿Sabes que Colombia es uno de los países con mayor proyección en América?”, me preguntó el economista español. Yo no comenté nada del asunto, pero ni falta hizo, su entusiasmo hacía que se contestara solo: “En 2018 Colombia

tendrá el ingreso per cápita más alto de América Latina y 3,0 de crecimiento económico constante. La legislación nacional para la inversión extranjera es favorable, lo mismo que la legislación laboral. Por esta razón se ha desarrollado la industria y el sector del turismo, ha aumentado la construcción no residencial y de vivienda de interés social. ¡Yo mismo tengo ya varios amigos que han venido aquí a invertir y trabajar! Además, Colombia es uno de los países con mayor apertura cultural al extranjero y con mejor índice de...”.

Sin contertulio, el economista terminó por decir que iba a dormir un poco, se giró y se arrellanó hasta quedarse roncando en su asiento como la mayoría de los pasajeros.

Desde mi asiento, el 7E, pienso en el desarrollo económico de mi país y veo al frente todas las pantallas de televisión encendidas. Alguna relación debe haber entre los dos hechos. Este aparato es dios entre nosotros. Es omnipresente y se ha encargado de estandarizar los cerebros, de hacer olvidar las identidades, los sueños, los pasados nacionales, y el presente. Los problemas no son los de abajo sino los que dicten los poderes económicos, la prensa.

La azafata me mira como un bicho raro porque no paro de consultar los papeles de Panclasta. Me pregunta si sé cómo encender la televisión. Le respondo que no la necesito. Hace una mueca, levanta los hombros y sonrío. Sigue su camino. Lo

de bicho debe ser cierto, debe concluir entre el resplandor hollywoodense que titila a lo largo de todo el vuelo.

Cuando los demás peleaban en uno u otro bando, él hablaba de la fraternidad, de la solidaridad y, ante todo, de la libertad. “¡La libertad!”, repetía. “Esta es la base de todo”. Nosotras lo escuchábamos como encantadas. Para nosotras la libertad era algo extraño, difuso... Panclasta decía que él era él ante todo y que el ser humano era un individuo libre más que otras cosas. “Los Partidos son lo peor; ni liberales, ni conservadores, ni comunismo, ni socialismo”, explicaba; “el hombre debe ser simplemente él mismo”. Amaba por doquier, engañaba por doquier... “Todo por alcanzar la libertad”, arengaba. ¡Ay, Margarita! ¡Yo hubiera querido ser como él!

2:30 h

Ese hombre del Hogar San José de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados se diferencia mucho del hombre joven, más o menos de mi edad, que aparece en otra de las imágenes que tengo con traje, corbata, un sombrero semejante al del jardín del ancianato y barba.

Esta última fotografía a la que me refiero es la del periódico *El Deber*, del 31 de enero de 1940. Ignoro la fecha del retrato mismo. En él Panclasta aparece como un hombre... ¿cómo decirlo?... común y corriente. Muy distinto del hombre mayor, con cabellos larguísimos y enmarañados y una luenga barba, con mirada negra y delirante, de otra de las fotografías que conservo entre mis papeles. Esta última imagen, incluida en su libro *Mis prisiones, mis destierros y mi vida*, de 1929, me recuerda el Antonin Artaud del psiquiátrico de Sainte-Anne en París, el Artaud “suicidado de la sociedad”, el Artaud de las conferencias en que, según Anaïs Nin, se salían todos los asistentes por incompreensión o intolerancia: un hombre muy delgado, con manos a punto de quebrarse, con las venas a flor de piel y una camisa blanca, muy ligera, como la de un Cristo a punto de ser crucificado. ¿Qué edad tendría entonces? ¿Cuánto tiempo habría pasado desde su temporada en Ámsterdam y cuánto faltaría para los días del ancianato de Pamplona? Su imagen ha cambiado mucho respecto del hombre común y corriente de la fotografía de *El Deber* y cambiará aún más para identificarse con la del viejo de 1942. ¿Esto nos sucede a todos, madre? ¿Es así como los muertos nos llevan poco a poco con ellos?

Caracas, 24 de enero de 1904

Ciudadano José Manuel Marroquín:

Escribo esta carta con el espíritu indígena que parte de la base de que nada cambiará pero aún así se debe continuar la lucha. Mis palabras nada cambiarán y yo seguiré la mía. A pesar de todo escribo.

Usted como buena parte de nuestros presidentes ha trabajado más para el extranjero que para su pueblo. Le ha dado gusto al imperio, de la misma manera que los viejos lacayos a los monarcas. Como aquellos, usted ha pensado antes en el interés del gigante que en la justicia de David. Y, lamentablemente, esta lógica se mantendrá como necia costumbre de aquí en adelante.

Yo descreo de las fronteras y la división del mundo por países, pero es un hecho que los límites de Colombia se redujeron por su incompetencia y servilismo. Usted pudo conservar Panamá pero decidió venderla, dejarla al único postor, y con ello perder no solo el territorio, sino lo más caro: dignidad y ciudadanos “nacionales”. Usted cercenó el país, como se corta un dedo de una mano. Y, lo

más grave de todo: sin sentir dolor alguno. Como los generales de la República, como Esteban Huertas, que por entregar la soberanía recibió su paga; o José Vásquez Cobo, vil hermano de nuestro ministro, que dio el golpe sin que usted ni se inmutara.

Por eso le pregunto si usted y sus secuaces son en realidad agentes encubiertos del extranjero, si trabajan para el enemigo. Nadie piensa al revés de manera tan evidente. Nadie pierde sin asomo de pena.

El peligroso ascenso de su general Rafael Reyes Prieto y sus amigos, los empresarios de la guerra, Santiago Pérez Triana, los Pombo, los Kopel, los Calderón, entre otros, iniciaron y, por lo visto, lograron subordinar la dignidad de la nación y la justa reivindicación de su soberanía a sus viles propósitos comerciales. Su negocio bélico quedó por encima de los derechos de los ciudadanos y en este panorama usted se convirtió en un idiota útil.

¿Si el presidente de un país no piensa ni se conduce, en tal país se le puede exigir a alguno de sus conciudadanos que lo haga? Yo lo hago ahora por asombro y por indignación; más aún porque sé que de no existir una manifestación como esta el hecho pasará, como pasa todo en este país. Sin pena ni gloria. Usted pasará a la historia, yo no, y los liberales de Panamá tampoco. Acaso ni la Colombia que se reduce lo haga. La historia es de los poderosos y ninguno de nosotros lo es. No cabemos en grandes discursos. Yo menos. El pueblo por no contar con dirigentes que le den alguna dignidad. Ahora los yanquis saben quién tiene el poder; o por lo

menos oficialmente. Roosevelt se quedó con Panamá y usted fundó una tradición que, sin duda, fijará el camino de la República.

¡Viva la revolución social!

Panclasta

De estas fotografías se diferencia también otra imagen, una en la que Panclasta “expone su pensamiento desde la cárcel, en 1911”, según reza el pie de foto que la acompaña. Es de un diario de Bogotá llamado *El Gráfico*, que el 11 de febrero de ese año hizo un reportaje sobre su aprehensión por cuestiones de moral pública.

El artículo empieza con “Biófilo es un ciudadano pacífico y más atento a los preceptos bíblicos que a la propaganda demoledora”. La ironía respecto de los preceptos religiosos me gusta mucho. En esa ocasión, señala la crónica, Panclasta ha sido detenido por actos indecentes: “Al llegar a la alta ciudad interandina —escribe el periodista Aurelio de Castro— oyó una voz que le gritaba como en los tiempos del Antiguo Testamento ‘creced y multiplicaos’, y Panclasta, anarquista y

rebelde de profesión pero ignorante de ciertos requisitos para en calma cumplir el mandato de lo alto, fue a dar a la cárcel por 24 horas”.

En este retrato luce esbelto y elegante, de cabello corto, con traje y corbata y el sombrero calabrés, de ala corta, que le resulta tan propio. A su alrededor hay unos once o doce personajes: un cura de sotana; unos gendarmes ataviados con su ropa de servicio y un grupo de unos cinco hombres (incluido el periodista, supongo) vestidos de traje y sombrero bombín, propio de los burgueses. Panclasta se dirige especialmente al cura, que parece rechazar sus ideas al igual que los agentes de policía, mientras los otros hombres lo rodean atentos e interesados. Tiene una mano elevada en señal de discurso y la otra en el bolsillo, asegurando, quizá, una pluma que en dado caso le pueda servir de única defensa. Todos se encuentran de pie, a su alrededor: “Un Estado como en el que yo me encuentro es el peor enemigo que uno puede tener”, afirma entonces refiriéndose a Colombia. En esta oportunidad su crítica no se vincula con el anarquismo, pero da cuenta del sentimiento de desprotección común de los ciudadanos de a pie en este país, que se mantiene intacto. “El terrorismo me aterra”, agrega a continuación, confirmando las palabras iniciales del periodista, aquellas que vinculan su acción con la Biblia. Sin duda, esta fotografía fue realizada en un espacio abierto, donde se hizo, acaso, la entrevista que leo hoy.

Mamá y yo vivíamos en esta misma casa, hija. Aquí llegaban los estudiantes que alquilaban las habitaciones por el año lectivo, de enero a noviembre, porque en diciembre se iban a pasar la navidad con sus familias. Llegaban a estudiar desde diferentes lugares del país o de Venezuela.

Pamplona tenía fama de ser un centro cultural; y no era raro que así fuera porque además de ser cabecera del arzobispado —lo que determinaba la apertura y el desarrollo de colegios religiosos—, contaba con centros de enseñanza laicos con reconocimiento nacional. Ahí estaban el Provincial y la Normal de Señoritas para sustentarlo. Ambas cosas provocaban la migración anual de una buena cantidad de jóvenes que llegaban con el propósito de labrarse una vida, ya fuera en el magisterio o en la Iglesia. La vía de las armas se la dejaron al Batallón García Rovira que se había encargado con eficacia de azuzar las numerosas guerras intestinas de la región con carne de cañón de soldados campesinos.

Esta foto de 1911 sugiere una síntesis de los intelectuales en este país, olvidados, humildes, rodeados de curas, militares o policías y uno que otro periodista que los quiere escuchar.

De ella me sorprende el hecho de que a un lado, abajo, aparece aumentado a manera de *collage* el rostro de Panclasta. Su perfil es anguloso y alargado, con una frente muy amplia, la nariz aguileña y el cabello corto enmarañado. La perilla en el mentón le afina los rasgos y le otorga un halo que, no sé por qué, estoy seguro de haber visto en otra persona. ¿Quién es?

Su rostro me recuerda a alguien muy importante en mi vida. Creo que es alguien que pudo padecer una situación similar a la de Panclasta. Pero... ¿por qué no puedo recordarlo? Siento su ausencia aún sin saber su realidad. ¿Es un hombre? ¿Cómo puedo olvidar a alguien que, aunque parezca absurdo, me resulta fundamental?

Este hombre de ceño arrugado, preocupado, resentido o indignado de la fotografía me atrae sobremanera.

Cuando murió la abuela Margarita, La Radical, yo fui la única que se quedó con mamá. Mis hermanos Efraín y Enrique se marcharon a la guerra del 84 y Tulia y Chinca se casaron y no volvieron; creo que tuvieron familia en Pamplonita. Dadas las circunstancias, las dos nos ingeniábamos entonces las maneras de hacernos a algunos centavos: mamá cosía y yo trabajaba en la parroquia. Luego, con el nacimiento de Julia, yo ya no pude

salir a trabajar y el alquiler de las habitaciones de la casa se volvió indispensable para sobrevivir. La situación era crítica. Además, colindábamos con la Normal de Señoritas, con lo que además de los conservadores, los liberales, los curas, las señoras de la sociedad y los vecinos de toda la vida teníamos que aguantar a esas señoritingas del plantel y sus familias como fiscales de nuestras vidas. Que si estábamos solas, que si conocíamos a los estudiantes, que si hacían fiestas, que si... Las malas lenguas no paraban. Y nosotras sin un rial en el bolsillo.

Esta es la que más me gusta de las fotografías de Panclasta: salió en *El Republicano*, un diario de Bogotá, en febrero de 1911, por el tiempo del reportaje de *El Gráfico*. En ella aparece Panclasta como un Baudelaire, con traje completo, un pañuelo blanco alrededor del cuello (semejante al de la foto del ancianato), un talego debajo del brazo y el sombrero calabrés en la mano izquierda. Posa.

Miro esta foto y no puedo dejar de relacionarla con descripciones que he leído sobre Panclasta. Ese talego, quizá, sea el mismo que, se dice, llevaba siempre consigo, “lleno de libros”. Me pregunto si en su novela debería presentarse con este talego, o si, por el contrario, se debería subrayar la condición ligera y trashumante que le permite desplazarse. Según distintas reseñas, Panclasta errabundeó por Rusia,

Estados Unidos, Holanda, Japón o Argentina y esta condición impide imaginarlo con un gran equipaje. No, Panclasta no puede tener peso. Creo que a semejanza de Sebastián San Vicente, el personaje de Paco Ignacio Taibo II, este Vicente que es Panclasta debe viajar liviano. Lee libros que caen en sus manos, pero a continuación los regala para que otros se beneficien con sus enseñanzas. Así debió ser. Por lo menos en los años juveniles de Bogotá, Buenos Aires y Ámsterdam, cuando no tenía un domicilio fijo, ni una amante que se lo ofreciera. Además, en tales circunstancias, uno no quiere ni puede tener peso: a lo sumo, un cuaderno de apuntes y una muda de ropa. Un libro, acaso. Nada más. En tales circunstancias, a medida que uno avanza incluso va dejando cosas. A mí me pasó al errar por España, Francia, Marruecos o Polonia. También cuando pasé por Holanda. El peso ancla. Moverse exige ligereza. Distinto a un tiempo de estabilidad en el que las circunstancias permiten acumular. Durante buena parte de su vida, Panclasta fue de paso como Sebastián San Vicente. De paso por la vida y por el paisaje, como dice Taibo.

En la época en que llegó Panclasta, por allá en 1896, la situación era todavía más difícil para nosotras. ¡No te imaginas, Margarita! Julia tenía solo un año y el pueblo estaba encima mío a punto de crucificarme. Todos especulaban en torno a quién podría ser su padre y decían lo peor. Yo apenas podía

salir a comprar los víveres. En la calle querían apedrearme. Vicente llegó a mediados de enero, uno de esos días en que al salir por panela yo había tenido que soportar los insultos del cura Ordóñez en plena calle. ¡Como si no se hubiera dado gusto suficiente hacía ya varios meses, cuando prácticamente me había excomulgado por querer bautizar a la niña en la que llamó su iglesia sin mancha, prístina! Él, el bueno de Vicente, tocó a la puerta y dijo que venía por lo del aviso. Le mostramos la habitación y no tuvo reparo alguno en quedarse aunque no fuera la mejor. Era una habitación pequeña, sin ventana, que hacía poco habíamos acondicionado para ganar espacio y garantizarnos un inquilino más. Otros dos estudiantes ya vivían en las piezas que daban al patio, las más grandes.

Desde ese mismo momento Vicente fue muy cariñoso con la niña. Le hablaba como a un adulto y ella lo miraba. Si Julia lloraba, al oír a Vicente se calmaba. Para nosotros él se convirtió de algún modo en un bálsamo en medio de esos tiempos amargos.

En mi caso, mucho después de la errancia vino el peso: los libros heredados de mi casa materna, los que fui comprando para leer o investigar, los de mi esposa, que contaba a su vez con una gran biblioteca, y los de los amigos, regalados en su mayoría, que difícilmente se encuentran en el comercio.

Ahora mismo, en el curso de Literatura Contemporánea que tengo en la Universidad, he tenido que prestarles a mis alumnos la mayor parte de los catorce libros básicos que leemos. Estos no se consiguen en el mercado, y si los hay, difícilmente pueden comprarse. Así, mi propia talegada académica de novelas de crímenes incluye textos como *Bajo la mirada de Occidente*, de Joseph Conrad; *El mejor y el peor de los tiempos*, de Rolo Díez —que no estaría en mis manos si no fuera por Cristina Fallarás—; y *De paso*, de Taibo II, que me sirve para hablar del anarquismo en México y que ha inspirado en parte mi inquietud por Biófilo. También contiene la novela *Cruz de olvido*, de Carlos Cortés; *Insensatez y El asco*, de Horacio Castellanos Moya; y *El material humano*, de Rodrigo Rey Rosa. Esta última obra, entre novela y diario, constituye una imagen de la fragmentación narrativa a partir del *performance* del escritor y concreta una búsqueda formal que me gustaría continuar, si llego a escribirla, en la novela de Panclasta. También está *Los derrotados*, de Pablo Montoya, que ofrece una mirada histórica a la infamia colombiana, e *Historia de una caída*, de Orlando Villamizar, texto preparado por Gabriel Pabón, que, desde una perspectiva agónica, da cuenta de lo que era la sociedad pamplonesa, religiosa y pacata, en los años 1970 cuando mi familia y yo abandonamos Pamplona. Ni qué decir de los libros de Panclasta, o aquellos relativos a su vida. Son poco menos que inconseguibles, libros que deberían ser leídos por muchos y no solo por ratones de biblioteca posmodernos.

20 h

El Trasatlántico Juan Forgas zarpará el próximo martes 16 de abril.

La princesa ha venido hoy a despedirse. Tiene el *tikh* propio de su tradición. Cuando se despoja de él, su cabello se escapa maravillosamente por sus hombros y yo lo huelo. Tiene un aroma que jamás olvidaré, una especie de mezcla entre el sándalo y el maracuyá.

Dice que tiene que decirme algo antes de que me vaya. Le respondo que no tenga ilusiones, que debo partir a Europa, a Holanda...

La cuestión del apellido sí que era importante, hija. Mamaíta nunca habló del asunto porque... ¡ya imaginarás! Le daba vergüenza. La pobre tuvo que lidiar siempre con el asunto y ni siquiera ahora que ha pasado todo lo puede superar. Se siente culpable con nosotras por habernos dado tantos problemas, pero, hija, yo no la culpo. Es Safira, tu hermana, la que hace comentarios, la que la hace sentir mal, la que la lleva a pensar

de nuevo en eso... que la perdonemos, que no hubiera querido que fuéramos hijas naturales, que ella fue la culpable de que no tuviéramos un apellido, que... ya sabes, la has oído. Con los años se pone peor. A mí eso me interesa cada vez menos. Hemos llegado hasta aquí y ya está.

Al observar esta fotografía de *El Republicano*, pienso que la talegada de Panclasta era la de un intelectual que echaba de menos un domicilio fijo; un hombre formado en un contexto de miseria cultural y económica que está lejos de las acumulaciones burguesas. Es un letrado en un medio en el que solo los privilegiados tienen derecho a serlo, un sabio que no ha podido llegar al sedentarismo de una casa pero que en su constante errancia persiste en su empeño ilustrado. Lee libros, pero no carga con ellos. Si este hombre hubiera nacido en París hubiera sido Baudelaire o Artaud; y si hubiera sido en Alemania, Stirner o Nietzsche. Sin duda, las circunstancias le hubieran permitido alguna estabilidad y luego notoriedad, o por lo menos las condiciones materiales para escribir sus propios libros. Él quiso ser una voz original y servir de referente cultural para una sociedad sumida en la guerra y la ignorancia. Su condición real fue la marginalidad. Como dice Ortega y Gasset, se es en función de las circunstancias. Panclasta en las suyas era un adelantado, pero también un paria que los

políticos y luego los historiadores se encargaron de borrar del paisaje.

Con su habilidad oratoria, Vicente convencía rápidamente a quienes lo escuchaban. Por esta razón, y porque nosotras lo permitíamos, comenzaron a llegar de visita a nuestra casa otros estudiantes y sus amigos, y luego profesores, sastres y artesanos, e incluso algunos curas progresistas y uno que otro tipógrafo comprometido con sus principios revolucionarios. Todos éramos jóvenes, creíamos en la vida y la celebrábamos reuniéndonos a discutir sobre los temas que Vicente nos planteaba. Al abrigo de una fogata en el solar de la casa compartíamos ideas y aguapanela. Los otros dos inquilinos —Julio Luzardo Fortoul, un muchacho que venía de Venezuela, con ancestros franceses, y Carmelo Pulido, de Sincelejo, que a la postre estudiaban también en Pamplona—, él y yo nos convertimos en poco tiempo en líderes del grupo y en “camaradas” y empezamos a asumir que éramos una especie de célula progresista que tenía su fortín en la casa de la calle seis, la de “Las Margaritas”, como empezamos a llamarla en honor a mi abuela, La Radical, y a mí, y en honor a flores con pureza revolucionaria, según dijo el propio Panclasta.

23 h

Hacemos el amor de nuevo. El viento entra por la ventana y con él el rumor del tren.

Escribo mientras la princesa duerme.

La miro y sé que no podré olvidarla, ni en Colombia ni en Holanda.

Debo irme, susurro mientras la acaricio.

El ritmo de su respiración se mantiene.

Con mi mano dibujo su perfil, recordando sus palabras al llegar: tenemos un futuro.

Me pidió que me quedara, dijo que creía que lo nuestro podría durar.

La finura de sus rasgos me conmueve. Aún sin galas su realeza destaca.

Me ha dejado un sobre al lado de la almohada. Dentro hay unos billetes y un papel con una sola línea: “Llévalo. Te servirá para luchar por la libertad”.

Supongo que esta fotografía de *El Republicano* se la hicieron también en el momento en que fue aprehendido por los supuestos actos inmorales en Bogotá. Aquí su rostro es como el del pie de foto de la otra: delgado, trágico, con una perilla que lo hace más... romántico. Todo un personaje de Max Nordau, de “mal del siglo”, como se dijo posteriormente. Un Rimbaud sin imperio detrás suyo.

De verdad que si Panclasta hubiera nacido en Europa o en Estados Unidos su destino hubiera sido muy distinto. Ahí están Poe, Wilde o Dostoievski para confirmarlo. También George Engel, Samuel Fielden, Louis Lingg y August Spies. Malditos pero recordados.

Así, de reuniones de estudiantes en Las Margaritas, se llegó a un cenáculo clandestino con propósitos secretos: conmemorar la acción de los héroes del 15 y 16 de enero de 1893 que con banderas rojas y negras se agolparon frente al periódico *Colombia Cristiana* y se opusieron a la fuerza pública en Bogotá —ellos habían gritado consignas invitando a la Comuna, exaltando a Ravachol y contra el gobierno, la policía y la Iglesia—; apoyar a los revolucionarios liberales en contra de Manuel Antonio Sanclemente, otro bueno para nada; azuzar al gobernador, el general Ramón González Valencia, en contra del otro general, Rafael Reyes Prieto, que era peor; oponernos

al enlistamiento y así a la guerra... Estos objetivos fueron admitidos poco a poco por nosotras, si te digo la verdad, Margarita, pues solo gracias a los estudiantes habíamos tomado consciencia de la gravedad de nuestra propia situación. Nos incorporamos de este modo al grupo que se autodenominó Comité de Libertarios *Enfants Perdus*, radicalmente rechazado por el resto del pueblo, mayormente conservador, que ya nos había repudiado antes a nosotras como consecuencia del nacimiento de Julia. En tal sentido, promovíamos reuniones, entregábamos panfletos ideados por Panclasta o imágenes jocosas de los políticos de entonces hechas con nuestras propias manos. Hablábamos de cambiar el sistema y poco a poco de revolución.

Hoy varios hacemos un viaje como este, Panclasta. Cruzamos el océano. Para hacerlo no se necesita ser un personaje público y reconocido como usted o, como en sus tiempos, un Santiago Pérez Triana. Personajes y personas comunes y corrientes podemos ir ahora en un avión como este a Europa. Ricos y pobres, intelectuales o no. Todos vamos en un mismo avión. Fernando Carrillo Flórez, el flamante embajador de Colombia en España, a quien los medios y los nombramientos ya se encargaron de borrarle el pasado judicial; Plinio Apuleyo

Mendoza, el inefable autor de *Años de fuga* que persigue a los jueces y aún a sus ochenta y algo posa de donjuán; Álvaro González Joves, el exrector de la Universidad de Pamplona que evade la justicia y disfruta del dinero arrancado ilícitamente a la paupérrima educación pública; Víctor Maldonado, el antes gran estadista, perseguido hoy por un delito financiero que le ha dejado euros de sobra para pagar su nueva nacionalidad; Héctor Abad Faciolince, el escritor que amerita todas las invitaciones y sabe de todos los temas porque resulta ameno y neutro; y los demás, los subalternos de esta época que encontramos nuestras propias rutas hacia la libertad o la miseria. La mayoría son o pueden ser emigrantes, como usted, como Vargas Vila, como Fernando Vallejo en nuestros tiempos o como Juan Gabriel Vásquez, Pablo Montoya, Jorge Franco, Laura Restrepo y Sergio Álvarez. Cada uno en sus propias circunstancias, pero emigrante a fin de cuentas. La mayoría busca quedarse. Unos quieren hacerlo y a otros les toca. Nadie puede negarlo. La mayoría emigra a Europa con alguna esperanza, incluso los que van clandestinos. Todavía estamos en el tiempo de los centros, Panclasta; y de la periferia, por supuesto. Y muchos siguen estando fuera y quieren entrar. Afuera y dentro son para mí entonces metáforas de la vida. En términos internacionales se sabe muy bien qué es dentro. La lógica, a pesar de los años, no ha podido cambiar. Ni La Haya y su corte, ni los congresos anarquistas, ni los festivales, ni los diálogos entre los movimientos insurgentes y los gobiernos, ni los tratados de libre comercio, ni la creación de la Comunidad Económica Europea, ni Fidel, ni Chávez; nadie ha podido

modificar esto. La monarquía y la anarquía siguen en el mismo lugar, como las élites europeas y el proletariado periférico. ¡Y estamos en el siglo XXI, Panclasta! ¡En otro milenio! Usted no hubiera creído que se mentara su nombre en 2015 y que sus sentencias pudieran ser repetidas como si se refirieran a nuestros problemas actuales. Hoy yo solo intento hacer el paralelo entre 1907 y 2015 y reconstruir una historia, escribirla para que otros la sepan. La que se conoce y se replica estúpidamente es la de los hombres de alcurnia, militares o políticos, y me tiene harto. Yo quiero escribir la historia de un hombre sencillo como usted, Panclasta.

—Si te vas, no tendremos otra oportunidad.

—No seas melodramática. Volveré.

—Acaso no me encuentres.

A Barcelona, le digo encantado a la princesa. A la Barcelona de los procesos de Montjuic; la del anarquismo obrero; la de Ferrer i Guàrdia, que quiere transformar la educación; la de José López Montenegro y Joan Montseny. La Barcelona de

Ascheri, Nogués, Molas, Mas y Joan Alsina, y la de los sesenta y tres desterrados que pudieron regresar, y la del indulto de los que estaban en prisión. La Barcelona republicana.

En medio del sigilo que poco a poco se fue constituyendo alrededor de nosotros, los *Enfants Perdus*, se formaron tertulias de discusión de nuevas ideas y propósitos políticos. Y aunque nosotras teníamos muy poco que ofrecer además de nuestro sentido interés intelectual, algo de comer sí se les daba a los camaradas a fin de mantenerlos atentos y amenizar el encuentro. ¡Esos muchachos poco comían, hija! Y nosotras no era que comiéramos mucho, claro está, pero lo hacíamos. En ese tiempo era así. Una aguapanela y pan de agua, por ejemplo, o, si se tenía suerte, génovas de un caserío cercano llamado Berlín o embutido de oscura procedencia, que eran los bocados preferidos de los jóvenes de esos tiempos. Poca carne se comía para esa época y era un gusto verlos a ellos y a la pequeña Julia acabar con esas singulares viandas. Los estudiantes se quedaban hasta tarde “arreglando el país”, como se decía entonces, estudiando o escribiendo sus cosas, y había días en que hasta les daba el amanecer con medio bocado. El llanto de la niña apenas los importunaba. Hablaban y leían mucho. Fumaban a menudo. Mamá y yo oíamos sus conversaciones y todo lo que decían nos parecía original. Y esto último sí que era cierto porque ni antes ni después hubo

alguien que dijera lo mismo en otra parte, ni siquiera en el mercado o en la plaza, que eran los únicos sitios a los que yo salía si podía. O por lo menos nadie que nosotras conociéramos, si es que veíamos a alguien luego de lo de Julia. Nos tenían entre ojos, hija, porque justamente hablábamos de otras cosas. Imagínese eso sumado al rechazo que ya sufríamos por lo de la niña. En la casa hablábamos poco de religión o politiquería, poco de fiestas sagradas o meriendas, que eran los temas preferidos de la “sociedad”. A nosotras ya nos habían proscrito en esos ambientes. Y esa marginación, que la gente “de bien” nos infligía por sentirse mejores que nosotras, —cosa curiosa— terminó dándonos independencia y hasta libertad. Yo misma empecé a sentirme así, a pesar de mis circunstancias, de las habladurías y de las miradas fiscalizadoras. Incluso, se me fue pegando ese lenguaje particular de Vicente y sus amigos: que la revolución, que la Comuna... que camaradas... A mi mamá le gustaba vernos reír incluso de cosas sagradas como la santísima concepción o los milagros. Luego del nacimiento de Julia, ella misma había cambiado. Mamá también tenía sus ideas entonces. La vida la había llevado a ellas y con los muchachos progresistas las encauzó hacia un radical anticlericalismo. Al final, en nuestra casa de Las Margaritas todos hablaban de libertad y razón, de secularización, de la Comuna de 1871, de cambios y, en todo caso, de revolución social.

Atravesamos el Atlántico, Panclasta, y aunque ya no tardemos meses sino un poco más de diez horas en hacerlo, el viaje es agotador. A bordo de un vuelo los pasajeros a duras penas podemos movernos. Intento ordenar este archivo suyo, pero me siento abrumado por tantas cartas, periódicos, cuadernos...

No sé ya cuál es la hora colombiana. La pantalla del avión me ha anunciado el cambio horario hace un rato y yo, intentando hacer más corto el trayecto, ajusté mi reloj al tiempo español.

El economista sentado a mi lado me ha dicho que Colombia cuenta con un sólido sector financiero y un bajo nivel de inflación. La demanda interna aumenta y hay un equilibrio en la balanza comercial. Intenta saber lo que pienso, pero yo apenas lo oigo y muevo la cabeza en señal de asentimiento, sin verlo. Solo quiero escribir, escribir... Acaso esto cambie algo. O al menos logre darle cierta paz al desasosiego que siento al sentirme lejos de lo que más quiero.

“Los colombianos somos en otra tierra parias del Derecho”, dijo Panclasta. Se lo escribió al presidente Olaya Herrera, hija, por allá en el año treinta, cuando creyó que algo podía hacerse por los emigrantes de este pueblo perdido. Debía haberlo concluido hacía años por el asunto del atentado en

Ámsterdam, el 31 de agosto de 1907, cuando comprendió los sensibles vínculos entre el poder y los negocios, en detrimento, claro, de las personas. Sus aventuras en Ecuador, Argentina, Francia u Holanda se lo debieron confirmar. Insistía en que conoció trescientas prisiones de más de cincuenta países y en que para él no hubo defensa alguna; que andaregueó por Rusia y el oriente, por Italia o Brasil sin nadie que lo protegiera o lo representara. Vivía al margen de la ley, como un verdadero paria. Que sabía más de cinco lenguas por necesidad, que había departido con Rasputín o Lenin, con terroristas franceses y españoles, con intelectuales y escritores de todos los orígenes. Decía que cuando hablaba de Colombia la gente no entendía que era más que una selva exótica: ni qué decir si mencionaba a Pamplona (cuando se refería a ella, por mucho creían que hablaba de la de Navarra) o a Chinácota. Nombres extravagantes para los extranjeros, muy distintos a Buenos Aires, un nombre simple y cosmopolita, o Madrid y París. Yo no dejaba de seguir sus relatos cuando los contaba. Cuando todos se aburrían de sus anécdotas, yo persistía en escucharlo, Margarita. Sabía que lo que este hombre decía era historia y que si no lo oía y me encargaba de transmitir cada una de sus experiencias, su vida, Panclasta sería terriblemente olvidado. Por eso te lo cuento, porque si no lo hago, si no divulgamos esto, su historia desaparecerá al fin, será tergiversada y enterrada, como decía Julia. Es necesario hablar de Panclasta, miya, contar quién fue, qué hizo... Este país se encarga día a día de borrar y eliminar la memoria. El olvido garantiza que se

mantengan las estructuras que los políticos, los militares y las familias adineradas protegen desde hace siglos.

Recuerdo el año de 1995, mi primer viaje a España, mis expectativas de entonces. Yo creía que allí podía ser libre, tener una vida normal, es decir, lejos de la guerra y la injusticia social, sin peligro de morir en media calle porque algún ladrón quiera robarme un reloj o por una ideología que alguien considerara temeraria.

Veinte años después me pregunto si debí quedarme entonces, exiliarme como mis camaradas de La Tramoya. Tal vez hasta me hubiera ido bien y hoy ya no tendría miedo. Pero entonces... ¿dónde estarían Ángela e Irene?

Hay una especie de razón esencial que vincula las cosas.

—¡Cuídate!

—Tú también.

—No es fácil ser colombiano.

—No es fácil ser ruso, princesa.

Sí, Margarita. Panclasta es muy diferente de Vargas Vila. No ha bebido las mieles del poder, hija. Ni se le ocurriría tener un cargo público, alternar con el Rey de España o tener la disciplina suficiente para editar revistas... No quiso quedarse en Barcelona, como el tolimense. Lo suyo es errar. No tiene estabilidad, ni dinero, ni le importa tenerlos.

Mi viaje de 1995 a España fue el de mi primera estancia allá. Entonces pensé que iba a otro mundo, literalmente, que atravesaba miles de años de historia y cultura para llegar a la igualdad y el orden. A la libertad. Pensaba que habían tenido que pasar muchas cosas para que un pamplonés como yo —un provinciano desde el punto de vista de un centro de la periferia— pudiera atravesar el océano. ¡Iba a estar en Europa, Panclasta! Jamás podré transmitir lo que significaba esto para mí y para mi familia, para mi cultura de fueras y dentro, de doble periferia. Ir a Europa significaba ir a la civilización.

Este viaje a Barcelona en 2015 y el encuentro con mis colegas de La Tramoya me darán una imagen precisa de lo que hubiera sido mi futuro en España, cómo sería ese yo que pudo vivir a este lado del océano de no haber regresado. Verlos,

escucharlos hablar de sus vidas, me permitirá entender las cosas en una proporción justa.

Colombia me da trabajo, comida, familia... Y miedo. A salir, a hablar. Miedo a la guerra, a los paramilitares, a los delincuentes, a la barbarie... Miedo a caminar, a desplazarme de día y de noche. Miedo a pensar.

Pero, ¿adónde va el buey que no are?, preguntaba en estos casos mi madre.

Vicente le tenía verdadera inquina al capital. Algunos dicen que en Estados Unidos intentó estampar todos los billetes con un sello que decía *Fake*. Tomaba trabajos marginales antes que apoyar el sistema: cocinar, lavar platos, limpiar letrinas o calderas. Quiso evadir ese sistema a toda costa. A veces hasta le dio por leer el cigarrillo, hacer sesiones espiritistas y comunicarse con personas del futuro, adivinar la suerte o, en el mejor de los casos y si las circunstancias se lo permitían, dar cursos de español a extranjeros que escasamente balbuceaban su nombre. Todo eso le dio cierta fama de “Doctor” que supo aprovechar en Bogotá... Aunque apenas cobraba por su trabajo, lo suficiente para una comida o una botella de aguardiente. En sus cartas, su madre le pedía que

dejara las locuras y volviera a trabajar en su tierra, en Pamplona. Pero él ni respondía.

Teodoro Gutiérrez Calderón, el bueno de Teo, me ha contado que un día lo encontró en un bar, de regreso de Europa, más o menos en el año veinte, de pie sobre el mostrador. “La bohemia, el alcohol y el socialismo se le habían refundido en el cerebro para hacer funcionar a su manera la *Kodak* espiritual”, dijo. ¡Qué terminología! Lo de la cámara fotográfica era algo que estaba de moda, por supuesto, pero Teo intentó hacer una comparación que aún hoy me resulta un poco abstrusa, muy propia de él, sin duda. “La *Kodak* ya no tenía placa, y el obturador se le había roto”, explicó. Luego agregó que Vicente le recordó a Rubén Darío “cuando un americano negociante lo llevó a exhibir a Nueva York como algo raro y original”. Todo esto me parece rebuscado, pero puedo jurar que así lo dijo, Margarita. Casi textual. Teodoro se daba sus mañas para hacer alarde de su apellido apropiado y su educación prestada. Al agregar el Calderón a su nombre pensó que ganaría respeto y por fin sería tenido en cuenta, y no perdía oportunidad para demostrar con sus palabras esa estirpe necesaria en el sistema. Incluso comparaciones como esa de la *Kodak* o la mención de Rubén Darío y Nueva York le daban prestigio. Eso pensaría. Con una buena retórica y un apellido pomposo haría lo que podía lograr. Ahí estaba el general Guillermo Quintero *Calderón* para demostrarle hasta dónde podía conducir el apellido: este fue designado por Caro para reemplazarlo en 1895, por sobre todas las cosas, incluso por

encima de su condición militar, por el apellido, y el hecho había inspirado a Teo. Ser un general de la República y pertenecer a la estirpe de los Calderón le permitió a Guillermo gozar de las mieles del poder; aunque fuera por cinco días, se aseguró una jugosa pensión como Presidente de la República.

A pesar de lo mucho que se ha facilitado el viaje de América a Europa en los últimos sesenta años, no vienen todos los que quisieran, por falta de dinero o de visa (a muchos se la niegan).

Además, hace algún tiempo se viene tomando conciencia de que España no está como para emigrar, y Francia o Alemania son destinos menos asequibles por la lengua.

Muchos prefieren ir a Estados Unidos en busca del “sueño americano”, popularizado por los dramas y comedias gringos. Europa no tiene sueño, o no para todos. En Estados Unidos es distinto porque hay colonias enteras de “hispanos” y el sistema necesita abiertamente a quienes realicen sus oficios generales, aunque hablen español.

¡Voy rumbo a Europa! ¡A España! Logré colarme en el Forgas como cargatalegos. Me oculté en las bodegas, esperé hasta que zarpáramos y luego me quedé un día más escondido, por seguridad. En medio del hambre y el agotamiento, con las piernas entumecidas, al tercer día salí a cubierta y una vez me pidieron el billete dije olímpicamente que no tenía. Entonces me condujeron ante el capitán, que no estuvo muy contento con eso. Los controladores que me escoltaban le dijeron, acaso en broma acaso en serio, que a los polizones había que darles una lección y tirarlos al agua. Yo apenas si me exalté, sabía lo que había hecho y asumía las consecuencias. El capitán, por su parte, hizo cara de que eso podía ser una solución al problema y con un fuerte acento catalán dijo: “¡Te ves bien pobre e inútil, macho! Sería un favor a la humanidad tirarte al mar”. Todos rieron, incluso yo que era la víctima de ese extraño humor. Le propuse que me permitiera pagar con trabajo las expensas del boleto, que era fuerte, que sabía cocinar, limpiar... El hombre se echó a reír. “¡Si eres un enclenque!”, dijo. Aceptó al final, pero a regañadientes, porque según él, “con ese aspecto, ¡joder!, tengo es que pegarte el ojo para que no me robes ni a mí ni a ningún pasajero”. El catalán buscaba amedrentarme, pero no me importó. Estoy a bordo, rumbo a Europa.

Friego la cubierta del Forgas, tiro al mar la mierda, lavo platos, letrinas y bodegas y hasta ayudo a mantener la dirección de las velas. La tripulación siempre necesita que se le eche una mano y yo sé que mientras lo hago me puedo

informar un poco más sobre lo que me voy a encontrar. Me gusta, a fin de cuentas, ayudarle a la gente y conversar.

De más está hablar de la migración a países como Rusia, Holanda o Suecia, para poner algunos ejemplos. Allí solo llegan quienes tengan las condiciones materiales para hacerlo: los ricos de la periferia, los que, por una circunstancia u otra, se han casado con nacionales de esos países o quienes obtienen un empleo o una beca de estudios para mantenerse. Resulta tan difícil acceder a los países del norte que quienes lo hacen y logran aprender el idioma, en su mayoría, se quedan, sin importar el modo de vida que tengan para lograr su subsistencia.

Ahora pienso que hay países de países, que la división entre ellos hace que desde la periferia el centro también se vea piramidal y arriba solo queden dos o tres potencias que ejercen presión sobre las demás.

Colombia es un país que ha logrado reducir su déficit fiscal, su deuda pública, su relación entre deuda y Producto Interno Bruto. El país está en medio de un desarrollo económico apenas comparable al de Corea del Sur. La perspectiva es crecer el 3,6 en el 2015...

Lo del apellido de Panclasta era cosa de nunca acabar, hija, tanto como lo de su nombre de pila. Varios lo llamaban Vicente Rojas, pero esto no era cierto, es decir, no se acomodaba a la realidad, que era más dura de lo que muchos podrían imaginarse. Su padre nunca lo reconoció, nunca le dio el apellido, hija. Y no es que fuera un encumbrado, como otros, era un campesino como muchos, que ni para dar ni convidar. La mujer le insistía en eso del reconocimiento, para aligerarle las cargas al hijo, pero él nada, nada de nada, y no era por malo, claro, es que, según Vicente, no pensaba en eso, no le interesaba el tema... Panclasta decía que al viejo Bernardo Rojas no le pasaba por la mente ir a la parroquia y decir que el muchacho era su hijo. Tal vez era por eso, o porque no era su papá, como decían otros de mala voluntad, quién sabe. A lo mejor el viejo dudaba de que fuera el papá, como tantos, o es que simple y llanamente no quería hacerse cargo del niño, darle vestido, comida.... Es que... eso de ser hijo natural es muy grave entre nosotros, hija, te lo digo por experiencia. A mí no me gusta hablar del tema, todas lo saben, y saben porqué,

pero te juro que lo hace sufrir a una. Y no se trata del apellido por el apellido, ni de lo de la comida o la educación, es que... la gente empieza a rechazarlo a uno, en la calle, en la iglesia, en los colegios... que si el papá no lo ha reconocido no es de fiar, que si no tiene taita no vale la pena, que si ni siquiera el papá lo reconoció qué se puede esperar... Por eso es tan importante el matrimonio, como dice Safira. Ella sueña con casarse y arreglar este problema del apellido desde un principio. Ustedes... ojalá se casen, claro, para que las cosas les salgan bien, para que sus hijos no tengan nada que reprocharles... para qué... ¡Ay! No sé para que te hablo de estas cosas, a ti, que todavía no sabes de esto. Yo... es que no aprendo. Pero bueno... lo que te decía: el pobre Panclasta tenía un nombre de lo mas complicado. Será por eso que se lo cambió tan fácil por ese de Panclasta, que suena tan feo, ¡vaya uno a saber! Imagínate que además se llamaba Ramón. Sí, así como lo oyes... Ramón. Ramón Vicente Lizcano. Por supuesto que el Ramón nadie lo conoce, él se lo quitó siempre, no le gustó nunca. Cuando se presentaba, decía Vicente, así, a secas, Vicente Lizcano; o luego, Panclasta y ya está, o Panclasta, anarquista. Y cómo son las cosas, hija. ¡Usted ni se imagina el primer nombre de tu madre, el que yo le puse, y de Safira, la pobre! Pues, sí, usted lo ha dicho, hija, tan fácil: Ramona. Debe ser por lo de Panclasta que ellas mismas lo aborrecen. A mí es que me gustó de siempre. Si no tuve un Vicente, pues... por lo menos una Ramona debía acompañarme en esta vida tan dura.

Con el colombiano estaba un italiano de apellido Ceccarelli. Según dice, va con él a Ámsterdam. Lo llevamos también ante Mas. El capitán le preguntó qué hacía y él le dijo que podía pagar el billete como fontanero. El catalán pensó que le estaban tocando los cojones, “¡idos en un viaje!”, pero el italiano le mostró herramientas que demostraban su oficio. Mas vociferó que luego del colombiano esto sí que era un coñazo, que si continuaban apareciendo polizones lo mejor era tirarlos al mar. Sin embargo, creo que nos viene bien tener a este a bordo porque limpia desagües, desatasca letrinas y contiene fisuras del casco, que no faltan. Con él, el capitán ha sido más indulgente que con el otro. Sabe que es ciudadano italiano y que, a pesar de su sencillez, cuenta con el gobierno de su país para representarlo. Muy diferente al otro, que viene de un pueblecillo perdido de la selva sudamericana del cual ni me acuerdo el nombre.

¡Setenta pesos! La princesa no lo podría creer si se lo dijera. Y menos mal que no se lo dije. ¡Con setenta pesos no llego ni a Venezuela!

Meto los billetes en la camisa más vieja. La doblo y la dejo entre la mochila, junto al abrigo negro de aristócrata que me dio ella. Entre risas, antes de salir, me confesó que se lo sonsacó a Figueroa. Tiene muchos, dijo, y este apenas si se lo pone.

Meto todo debajo del colchón que me han asignado en las literas de los marinos, junto a la cocina. El cuaderno también.

Desde aquí se oye permanentemente el ruido de los motores del buque. Me recuerdan el día en que salí de Caracas. ¡Con todo lo que hice por ese pueblo y me tocó salir huyendo! El motor sonaba igual.

Los olores apestan.

La vida es un continuo saludar y despedirse. A mí me toca decir adiós en las prisiones, en las estaciones de tren, en hoteles de mala muerte... Dejar a los amigos, a los hermanos, a los camaradas, a mis amantes...

Quiero ser optimista, pero no hay por dónde, y no quiero sentir hambre.

Desde la ventanilla todo es azul y blanco, colores que no tienen mucho que ver con usted, Panclasta, que imagino en

sepia y negro; aunque usted mismo tuvo que haber visto esos colores esperanzadores en su época, cuando estaba a bordo del Forgas.

Es mediodía, han cocinado unos cincuenta almuerzos. Luego de que recogimos y lavamos platos y cubiertos, nos dieron un pedazo de pan untado con aceite y algo de jamón, aunque el capitán no tiene idea de esto último. Reserva el jamón para sí mismo y para los de primera clase. Ceccarelli devoró todo en menos de cinco minutos. Refunfuña sin parar. Está más débil que yo por la maldita tos.

Al colombiano le gustaría llegar de noche, cuando pueda pasar desapercibido frente a los de Migración. El otro, el Ceccarelli, le dora la píldora y le asegura que eso es posible, que, a menudo, los buques atracan en la noche y entonces son dos o por mucho tres los guardias de Migración para atender a la gente; que si cumple unos mínimos de viaje y responde lo justo al requisitorio pasará tranquilamente los controles. España no es Francia, le dice su compañero. Allá saben lo que es emigrar. Yo espero que ambos lo logren, que entren sin ningún problema a España...

La mayoría de los que viajan viene a sufrir el exilio definitivo, a hacer los oficios varios que aún quedan en Europa. Cocinar, limpiar, cuidar niños y ancianos... O prostituirse. Esa mayoría no tiene otra salida. Y aunque algunos denunciemos la injusticia que nos rodea y hasta vamos a congresos internacionales a hablar como Panclasta lo hizo en Ámsterdam, los que la sufren e intentan sobrevivir en España o sus países vecinos, buscándose la vida, como en su época, son la mayoría que no tiene voz. Ellos, los que no hablan, o sencillamente no pueden hablar son los que más necesitan ayuda. En eso, sin duda, las cosas siguen igual.

—Quiero ver Europa, colega.

—¡Che, pero si es igual que el resto del mundo!

—Será porque nací allá.

—¿Cómo?

—Cuando los niños nacen en mi pueblo dicen que llegan de París.

Uno tiende a pensar que en 1907, 1911 y 1942 todo era en blanco y negro, mi querido Biófilo. Debe ser la influencia del cine, el dibujo o la fotografía. El comic.

Podría realizar una novela gráfica de su vida como las de Moynot. Con personajes decimonónicos al filo de la vida. Acaso este formato corresponda más a su experiencia, entre épica y rocambolesca.

Y, además, en cada uno de esos años usted debió ser distinto, Panclasta. Supongo que el viejito del ancianato de Pamplona no puede ser el mismo hombre de este 1907 al que me dirijo. Tanto papel suyo que se conservó en el baúl de la abuela y que tengo ahora entre las manos me exige pensarlo desde distintos puntos de vista, en negro y en colores, en matices... en viñetas.

Lo imagino atravesando este Atlántico en 1907, en un vapor inmenso de los que hacían la extraña ruta de occidente a oriente. Como en Moynot. En literas de inmigrantes hacinados en circunstancias lamentables, sin poder bañarse y con la única muda con que emprendieron el viaje.

Aunque normalmente los vapores venían cargados de allá para acá con unos mil quinientos pasajeros, y se devolvían con mercancía y casi nadie a bordo. De Europa iban a “hacer la

América”. El suyo, Panclasta, va desde Buenos Aires hacia Barcelona...

Aquí, entre nosotros, ojalá Panclasta logre entrar. El tío es de buena pasta. Habla hasta por los codos, pero sin llegar a molestar. Tiene sus ideas, y lo que dice tiene sentido. Todos deberíamos emprender la lucha, como dice, hacer efectivos nuestros derechos... Además, no se da aires como el italiano, trabaja y hasta saca tiempo para alebrestarnos cuando no tenemos cerca al capitán. Dice que en Argentina los estibadores se revolvieron y algo han logrado.

“Yo obro como siento”, dice. Su dios está dentro de sí, él es su propio camino, su única razón de ser, su única causa, *yo soy yo*, por eso no tiene secta ni bandera, es un espíritu liberado, egoísta, no propone nada porque no cree ni afirma nada. Eso dijo alguien y yo le creo, y me lo he aprendido de memoria, Margarita. Así era Panclasta.

Ahora soy algo que fluctúa entre tripulante y pasajero del trasatlántico Juan Forgas, un vapor magnífico de la Sociedad Anónima de Navegación Trasatlántica, con capacidad para cargar más de tres mil toneladas. Escribo cuando me dan tiempo y puedo quedarme en la cubierta un rato. El buque, me dicen, cuenta con una tripulación de treinta y un hombres, bajo las órdenes del capitán Avelio Mas. Yo escribo mientras el mundo ondea a mi alrededor.

Trabajo al mediodía y en la noche. Charlo con los marineros y algunos pasajeros de tercera clase y me informo bien sobre Barcelona, mi puerto de arribo. A medida que el tiempo avanza sé que estoy más cerca de Ámsterdam.

Algunos compañeros españoles se han ofrecido a ayudarme a conseguir laburo y techo al llegar.

La incomodidad de los asientos va haciendo mella en nuestra paciencia. Vicente Leñero, mi vecino, lo confirma. Hablamos un rato de esto, y por derivación conversacional de las diferencias entre Europa y Colombia. Él dice que hemos llegado al momento en que poco se diferencian los países latinoamericanos de España. “Vivimos en una sociedad global y en una sociedad así todos los países son iguales. Ya no es necesario incluir cláusulas de privilegio para apoyo a países del

tercer mundo en los contratos. Ahora de lo que se trata es de tener socios. Mira a Colombia: tiene unas cifras sorprendentes de desarrollo por encima de España”.

Ceccarelli es un romano fontanero y anarquista. Con el pseudónimo de Refrattario publicó algunos artículos de combate en la prensa italiana y como consecuencia de eso le iniciaron una terrible persecución en su país. Nadie quería a un fontanero denunciando la injusticia social y mucho menos invitando a la revolución. La causa de la libertad es para él el gran tema, el pacifismo y el antimilitarismo sus consecuencias. Ha pasado su vida en medio de arrestos, investigaciones, prisiones y atentados. Hace dos años llegó a Buenos Aires y se vinculó a la FORA. Alquiló una habitación en Corrientes y trabajó duro para hacerse un lugar en la sociedad. Como italiano, es bien recibido en algunos círculos culturales.

Una novela dedicada a Panclasta podría llamarse *yo soy yo*. Mi identificación, como la de otros, con su figura lo justificaría. Sin embargo, este título carece de contexto. Habría que decir algo como *Yo soy Panclasta* para que se concretara el sujeto de la proposición y lograra personalizarse. Sin embargo, ¿quién

conoce a Panclasta?, ¿quién puede identificarse con él solo con un título? Panclasta no es un personaje comparable a *Charlie Hebdo*, por ejemplo, o a Nietzsche. Diferente sería afirmar *Yo soy Nietzsche* o algo así... Hasta para esto deben tomarse en cuenta los referentes de una cultura dominante (de ahí *Ursúa* o *Bolívar*, de William Ospina, *Abraham entre bandidos*, de Tomás González, o *Historia secreta de Costaguana*, de Juan Gabriel Vásquez). También, si la escribo, he pensado en aludir en el nombre al origen de la Primera Guerra Mundial, o por lo menos a fechas que son fundamentales en mi historia de Panclasta, 1907, 1910, que se asocian con ese evento internacional. Tal vez. Las fechas constituyen referentes comunes para todo Occidente y de las guerras llamadas mundiales sabe todo el mundo. Además, el inicio del siglo XX resulta ahora de gran interés para los lectores. Uno se imagina la *belle époque*, los cambios industriales, los movimientos artísticos “modernos”...

No obstante la importancia de la primera guerra llamada “mundial”, también he pensado que en el nombre del libro me gustaría recoger el espíritu de los nihilistas rusos que influyen en los acontecimientos relatados. El personaje tiene un espíritu semejante al de ellos, a uno de los personajes de Turgueniev, por ejemplo. En *Padres e hijos* se plantea el cambio generacional que es a la vez un cambio ideológico, un cambio que para Bazárov comporta un progreso. De una cultura confesional a otra laica, de una señorial a otra moderna. Yo descreo de ideales de progreso o evolución, pero

por ahí iría la novela. Con la imagen de Panclasta, la oposición podría ser entre amantes y destructores. Al margen de la progresión histórica, de lo que se trata es de una tensión permanente entre opuestos que paradójicamente conviven. La confluencia de ambas visiones del hombre es la que determina la revolución o la guerra, como en Rusia; y esto el personaje lo intuye.

Sin embargo, no es fácil unir dos tradiciones tan distintas en un nombre. Rusia y Colombia son muy diferentes y el título debería dar cuenta de esta diferencia. El nombre no puede en efecto establecer la progresión histórica, sino una comparación. Al respecto, recuerdo lo que decía Marina Kusmina, mi profesora de Literatura Rusa por allá en 1987 en la Universidad Nacional, en Bogotá: ambos países, Rusia y Colombia, tienen una cultura semejante en cuanto a lo que corresponde a la idea del orden y el caos. “En los autores rusos como en los colombianos hay cierta exaltación del desorden, de aquello que se opone a la razón lógica derivada de la Ilustración”. Aquí puede estar el origen de la persecución a los anarquistas en ambos países. Se teme lo que se tiene y a nadie le gustan quienes dicen la verdad sin arandelas o subterfugios. Ahora, casi treinta años después de esa clase, pienso que ese juicio de Kusmina puede identificarse con mi teoría de la anomia aplicada para explicar el desarrollo de la novela negra. Recuerdo que en un momento dado comparé el desarrollo de esta narrativa con la evolución misma del realismo hacia el realismo psicológico ruso. La ausencia de espesor psicológico

en los personajes de la novela colombiana es muestra de una cultura que persiste en el realismo como forma literaria y en los crímenes como tema. El realismo representa el dominio de la acción sobre la reflexión, supuesto mismo de la dinámica del caos en mi país. Puede ser. La anomia, desde la perspectiva positiva de Jean-Marie Guyau, se explica ahí como previsión de una moral sin sanción ni obligación, una cuestión psicológica. Esta es su visión optimista. Mis personajes deberían dar cuenta de los efectos de la guerra en la interioridad y, *a posteriori*, de una moral individual suficientemente poderosa como para determinar la vida sin sanción. Superando el caos, encontrar el sentido de la libertad. Creo así en la acción por voluntad libre y no por coacción. Aquí recuerdo a Stirner: *El único y su propiedad*. Yo hablo de esto a propósito de Colombia: un mundo sin ley en el que se desarrolla su literatura y en el que puedan vivir personas libres. Pero todo esto me resulta ahora demasiado complejo para establecer un simple título.

Con todos los problemas que ha tenido Ceccarelli en su país, la embajada italiana se encargó de que el gobierno argentino lo tuviera entre ojos. Cuando lo conocí ya había rodado por varios empleos porque, apenas empezaba a instalarse en alguno, llegaban de visita los del Servicio Secreto. Nadie quería tener encima al gobierno y con cualquier excusa lo mandaban

de paseo. ¡Ni qué decir de lo que pasó cuando se adscribió a la FORA! ¿Además de italiano, anarquista? Su única alternativa fue la de ser pocero a domicilio. Según dice, buena parte de sus compatriotas creen que trabajando duro podrán “echar raíces” en Argentina. Él, por su parte, ya sabe que no tendrá esa suerte. Acaso en este viaje decida que es mejor quedarse en Italia.

Sin embargo, nombrar un libro debe ser una tarea de concisión, de precisión. Nada de devaneos intelectuales. Mi libro debe comparar el espíritu de Panclasta con el de toda una generación de personas que posee una identidad de sueños, de ilusiones; todo un conjunto de seres humanos, de los más variados orígenes y tradiciones, que cree que es posible cambiar el sistema, transformarlo en la medida en que muera lo malo para que renazcan reglas justas. Superar el espíritu de la guerra. De esto hablaba Panclasta, como tantos revolucionarios que intentaban e intentan hacer algo por vivir mejor.

Ceccarelli llegó expulsado de su país, como yo, y trató de hacerse una vida en Argentina. Nos conocimos en una huelga en San Telmo. Gritábamos las consignas anarquistas. Él tiene treinta y cinco años, solo ocho más que yo, pero creo que por su enfermedad se ve más viejo. No para de toser. En el bolsillo lleva un pañuelo que ya está ennegrecido a fuerza de contener abscesos constantes de tos sanguinolenta.

“No nací para catequizador. Egoísta como soy, creo inútil sacrificarme por nada; me repugna tanto gobernar como ser gobernado; cada hombre debe ser su camino; ni sigo a nadie ni quiero que nadie me siga. Y si lucho con tesón y heroísmo; si de mi vida he hecho un reto contra todo lo despótico, vulgar o pequeño, es que en ello estriba la satisfacción de mi alma. Lucho por mí, al defender un derecho ajeno conculcado, al salvar un condenado al dolor. Al ayudar a alguien no hago otra cosa que satisfacer las necesidades tan imperiosas para mí como el amor mismo. Así yo no tengo escuela, doctrina, partido, secta, deber, compromisos o nexos con nada ni con nadie. Tengo, como todo hombre, energías, sentimientos, pasiones. Mi lucha por la libertad no es sino pasión por la libertad. Mi amor a todo lo que tiene vida no es sino el sentimiento del placer reflejo prolongado hasta el infinito. Mi odio a los tiranos no

es sino el desarrollo mentalizado del instinto de defensa por la conservación. Por eso he obrado como he sentido”.

Biófilo Panclasta

Pamplona, 10 de abril de 1941

El Observador. El periódico del pueblo

Panclasta en la Semana Santa de Pamplona

El pasado Jueves Santo, en medio de la procesión de la Catedral Santa María la Real, en el Paso del Señor de la Humildad, en la Calle Real, se presentó un disturbio del que queremos dejar constancia en esta publicación.

Justo cuando se desplazaba este Paso Mayor, encabezado por el señor Obispo, monseñor Rafael Afanador y Cadena, el líder anarquista Vicente Lizcano, llamado desde hace años Biófilo Panclasta, tuvo a bien expresar su propia y original perspectiva de la Semana Santa.

Su mítica y extraordinaria voz, renacida de sus cenizas, rompió la beatitud del silencio y, desde el balcón de la Casa Anzoátegui, vociferó una sarta de improperios sobre la muchedumbre y las dignidades eclesiásticas.

“Adoradores de muñecos de palo, devotos del opio del pueblo...”, arengaba.

Los fervorosos y sorprendidos pamploneses reaccionaron energúmenos. “Es un loco”, “bájenlo”, “está borracho”, “¡A la cárcel!”, y frases por el estilo.

Como siempre, nuestro líder anarquista, Biófilo Panclasta, fue a parar a la prisión.

Y, como para ilustrar la visión oficial, conservadora por demás, los alumnos del Colegio Provincial expresaron en otro periódico, del que aquí no queremos recordar el nombre, que:

Ni su figura desmirriada, con su talegada de libros raros escritos en idiomas extraños. Ni a escuchar su verborrea y, a veces, extender la mano para que de nuestro avío algo llegara a sus raídos bolsillos. Dinero jamás le dimos. Primero porque no lo teníamos y luego porque sabíamos que con la caída del crepúsculo la borrachera de aguardiente sería incontenible, miedosa y fenomenal.

Poca esperanza hay para un país en que la juventud se refiere así respecto de uno de sus pocos anarquistas; y menos aún para uno en el que esa misma juventud se entrega absolutamente a

los ritos religiosos y banaliza de esta manera a un líder de la categoría de Panclasta, catalogándolo simplemente de borracho. Su importancia ha sido minimizada hasta tal punto que ha llegado a ser solo eso para los jóvenes. La expresión misma da cuenta de la pérdida de la memoria colectiva. La *talegada* de libros en idiomas extraños no es más que el anexo de un hombre rechazado durante años en el país: un hombre que denuncia con lo único que posee como arma, su voz y su conocimiento. Entre sus libros pueden ir los de Stirner, Nietzsche, Proudhon, Bakunin, que también denunciaron la injusticia social en ruso, alemán o francés, idiomas que desgraciadamente en nuestro contexto resultan “raros”. Ojalá los leyera esos jóvenes. Eso que llaman su “verborrea” es en realidad lo único que nos queda de dignidad entre los discursos políticos. Su aparente condición de limosnero es la prueba más fehaciente del lugar al que desechan las fuerzas dominantes a quien no se subordina a ellas y replica su discurso avasallador. El aguardiente es su único escape.

Como siempre, el dogma católico se ha superpuesto a otras opciones vitales como el liberalismo, el comunismo y, en el caso de marras, el anarquismo. Biófilo Panclasta ha caído en el olvido, la indiferencia y la subestimación como Francesc Ferrer i Guàrdia en el campo de la educación. ¿Qué podemos esperar entonces de una sociedad así?

Julia Fuentes

Maestra

Biófilo no creía en nada, atacaba todo, hija. Quería un cambio radical, decía, pero prefería las ideas a los hechos. ¿No te recuerda esto algo? Luchar por ideas era también la bandera de Julia. Por la libertad de la mujer, por la igualdad, por el amor libre, por la vida barata, porque los campesinos y los obreros tuvieran una paga justa, por horarios humanos... Ideas, ideas. Pero... ¡Quién quiere ideas en este pueblo pobre!, le decían. El trabajo es lo único que puede ayudarnos a salir de la pobreza. ¡A trabajar!, dicen los patrones. ¡Menos labia y más azadón!, agregan. Y el discurso se lo apropian los de abajo, los esclavos modernos, Margarita.

A pesar de su gravedad y un tanto de prepotencia, el italiano Ceccarelli es simpático. No para de carraspear y de quejarse de mareos, pero es comprensible, lo está pasando mal. Basta con verle el pellejo. No sé cómo viajó hace un par de años, de Italia a Buenos Aires. Él asegura que en esa ocasión los vaivenes apenas si los sintió. Dice que el cuerpo le está cobrando la mala vida que le han dado en Argentina: “Es que ya no damos más, che. En Argentina no hay ni pan, ni laburo. Los inmigrantes nos

seguimos muriendo de hambre. Vivimos a gatas. Judíos, italianos, polacos, rusos...”

Yo no le contesto. No quiero ponerlo a hablar. Tose permanentemente. Sin embargo, me gusta oírlo. Comparto su punto de vista y todavía me causa gracia ese acento suyo, una mezcla entre el español y el lunfardo que tiene el ritmo del tango. Ha aprendido a hablar el español bastante bien pero cada tanto suelta expresiones que me llevan de vuelta a la vida en los conventillos, en las milongas, en los garitos.... Recuerdo la noche en que la princesa me enseñó a bailar...

Tose de nuevo. Se pasa el pañuelo por la boca. Sigue con su diatriba: “Llegué a la Argentina hace casi dos años, pero ahí no hay minga. Solo pobreza. Debe detenerse la migración”, dice entre dientes. “Usted no ha conocido Colombia”, le digo. “Allá nadie lee, y los que lo hacen es para sacar jugo. La mayoría no tiene qué comer y los ricos no paran de robar. Ahora tenemos un dictador con negocios propios”. Él apenas se interesa por el asunto. En su cultura, Colombia es un espacio informe que hace parte de algo impreciso que, a su vez, no se asimila a lo humano. Está fuera de sus fronteras culturales o psicológicas. Los anarquistas luchamos por la libertad, pero esta libertad requiere algo de civilización, una infraestructura alfabetizada, por decir lo menos, y ciertos países no han llegado a este estadio, Colombia entre ellos. “Por eso en mi país es tan difícil movilizar al pueblo, hacerlo pensar, le digo. Apenas si hay educación para algunos y, en general, no hay espacio para la reflexión porque no hay seguridades de ningún tipo. La gente

tiene que conseguir la comida del día, ¡como un perro callejero!”.

Continuando con lo suyo, Ceccarelli repite que está aburrido de la persecución que emprendió en su contra el gobierno argentino. “Eso fue la embajada italiana, que siempre nos escorcha. ¡Tenía que presentarme en la oficina de gobierno cada cinco días! ¿Qué se creen? Piensan que los italianos vinimos a hacer la revolución. ¡Groso! Ese pueblo ya está revuelto”. A mí me pasa igual. “La policía de Buenos Aires fijó en mí toda su atención —le digo—. Para el jefe de Orden Social yo era el único autor de la gran propaganda teórica y de acción que se hace en Buenos Aires. No obstante esta seguridad y mi negativa de aceptar un empleo independiente, justo y sin compromisos, el gobierno argentino no quiso expulsarme”. Ceccarelli emite un bufido: “Eso es porque sos sudamericano y no de Italia como yo”.

Julia creía que en Pamplona era posible una comuna como la de París de 1871. Decía que había que movilizarse para lograr el cambio social, Margarita. Insistía en que había que organizarse, tomar conciencia.

Recuerdo el impacto que provocó el hecho de que escribiera en *El Observador* una breve historia de los movimientos

sociales, de lo sucedido en la Escuela Santa María de Iquique en Antofagasta en 1907, cuando más de dos mil trabajadores del salitre se declararon en huelga con el fin de obtener mejores condiciones laborales; o de la Comuna de Encarnación, en Paraguay, en 1931, la primera de América, que sin derramar una gota de sangre propuso un Nuevo Ideario Nacional. Mira: yo guardo este número en mi baúl con los demás papeles de Julia, incluidos sus recortes y diarios sobre Panclasta. A lo mejor algún día quieras verlos. Yo sería incapaz de deshacerme de algo que le hubiera pertenecido, hija. Por eso le exigirían a Julia que dejara de hablar, que trabajara. Porque las mujeres deben callar y obedecer, decían los idiotas. La pobre sufrió un repudio peor que el de su madre porque ella, a pesar de ser hija natural, cuestionaba y reclamaba un sitio en la sociedad.

—Mamaíta, usted ni le mencionó lo de Julia.

—¿Y para qué, hija?

—Él debe saberlo... Fue por su culpa que pasó todo.

—Nada de eso, hija. Él no tiene nada qué ver. Julia tomó sus propias decisiones y era responsable de sus actos. Cada uno responde por lo que hace.

—¿Nada qué ver? Si ella no se hubiera puesto a hablar de lo de Holanda y de las armas, nada hubiera pasado.

—Por eso mismo, hija. Fue decisión de Julia, no del viejo. ¡Mírelo! Él ya está más allá del bien y del mal. Lo de anoche lo dejó frito.

La verdad es que el gobierno argentino y la Embajada de Italia hace rato que tienen entre ojos a Ceccarelli. Saben que es revolucionario. Por eso, acaso, él querrá volver a Italia. Está harto de la persecución. Al escucharlo me doy cuenta de que su situación es muy diferente a la mía.

A diferencia de lo que ocurre con él, la Embajada de Colombia hace la vista gorda conmigo. Ni siquiera se toma la molestia de perseguirme. El general Rafael Uribe Uribe, ministro plenipotenciario del país en Argentina, Chile y Brasil, nada menos, apenas se interesa por lo que nos sucede a sus connacionales en el sur. Además —eso hay que señalarlo— somos muy pocos los migrantes colombianos como para requerir algún interés. Unos cientos. He llegado a pensar que puede ser que yo le resulte menos molesto a Reyes Prieto en Argentina que en Colombia. Después de haber luchado al lado de Uribe Uribe en lo de Panamá, ¡una sandez!, este flamante general de la República debe querer olvidarlo todo y

aprovechar su nueva condición de ministro. Lo de la expedición contra los yanquis ya es pasado. ¡Quisimos enfrentarnos al imperio norteamericano cuando eso parecía posible y al gobierno le interesaba! O mejor dicho, cuando por pura demagogia Marroquín fingió que le interesaba para darle gusto a algunos oligarcas y burgueses indignados que se inventaron una expedición para recobrar el Istmo. No fue sino que aparecieran los dólares para que eso fuera historia patria. Uribe Uribe lo sabe. Para los colombianos, y para los generales de la expedición, incluido este Uribe Uribe, Estados Unidos logró lo suyo. Luego llegó al gobierno su colega Rafael Reyes Prieto y enterró definitivamente el asunto. Concluyó que era una verdadera necesidad enfrentarse a la potencia del norte y que, por el contrario, era el momento de iniciar relaciones comerciales con ella. Un panorama económico se abrió frente al dictador de Colombia y no dejó de aprovecharlo al mejor estilo de los militares colombianos: un general aquí y otro allá... un regalo aquí y otro más allá, un ministerio para este y una embajada para el otro... todos pueden satisfacerse con algo. Ahora Uribe Uribe, como ministro plenipotenciario, disfruta la pavita, el mate, la milonga o los prostíbulos de las rusas.

Panclasta se ha empilcha'o. Va con un paletó largo de piel y terciopelo, un pantalón negro, macanuto, de paño chileno, que le enviaron los obreros de la huelga en Santiago, y una

camisa que compró en Corrientes, cerca del conventillo donde vivo. Yo, que de la fiaca apenas me sostengo, no entiendo esa obsesión suya por brillar. ¡Ni que fuera músico! Entre el laburo, el sudor, los olores y la humedad... ¿cómo puede pensar en la ropa que usa? Y, mucho más, ¿cómo saca ánimos para lavar? Se lo digo, pero el tilingo se cierra: que la apariencia es muy importante, que la camisa no se puede manchar, que no se puede ver cualquier... Y, claro, yo intento entenderlo, pero no puedo. Le digo que si sigue lavando esa camisa la va a romper. ¿Y qué me dice el pibe? Que no, que es fina, que le ha costado una guita grosísima. Me río entonces. Aunque intente conservar limpia esa ropa, la humedad de este sucucho y la sal del mar se la van a manchar.

El gobierno argentino es el que no entiende qué hago yo, un colombiano anarquista en Buenos Aires, sin trabajo, sin dinero, sin familia, sin nada. Ese gobierno pregunta y nadie responde. Solo ella, la princesa, sabe lo que pasa. Quise quedarme en Venezuela, pero no pude; y luego en Ecuador, y nada. Luego la conocí a ella, conocí a los revolucionarios rusos en Buenos Aires y pude hacerme un lugar ahí en Argentina. Ahora también prefiero la milonga del Río de la Plata a los bambucos de Colombia, como Uribe Uribe. Argentina tiene sensibilidad, cultura, y además, anarquismo. En Colombia ni la palabra se conoce. Los que la invocan son llamados terroristas. Los que luchan por un cambio son rechazados incluso por los liberales. En Argentina, por el contrario, cada vez se hace más fuerte el

movimiento. Incluso algunos de los de arriba nos apoyan. Los burgueses progresistas. Figueroa es amigo de la princesa y hace como que no se entera. Desde Buenos Aires puede cuajar entonces un proyecto importante para América Latina entera, acaso también para Colombia, aunque esta no quiera. El resto del gobierno argentino puede estar molesto con el asunto, claro, pero hasta ahora no nos enfrenta. Es tolerante, dicen. Aunque, si se piensa bien, no se trata de tolerancia. Ni siquiera lo de Uribe Uribe lo es. En lo que a mí respecta, hay otras razones... Razones particulares, quiero decir.

Yo sé por qué nadie repara en mi condición en Argentina. De no ser por la princesa, hace rato que me hubieran expatriado. Algunos del gobierno han hecho públicamente sus amonestaciones en mi contra, pero la princesa siempre me protege. Lo sé y lo infiero de la seguridad extraña que me acompaña, de ese sentir que les molesto pero se hacen los de la vista gorda. Desde la prensa reaccionaria se ataca la inmigración, pero la princesa sabe cómo maneja sus asuntos y logra ponerme en ese círculo protector que se cierne en torno suyo. Yo, como Aristide, no soporto el asedio y a veces me rebelo, pero ahí está la princesa. Mi participación en las huelgas ya me hubiera provocado el destierro de no ser por ella... Siempre la princesa.

Mirando a Aristide, celebro mi suerte. Una princesa vale un ejército y no todos la tienen. Con seguridad, este hombre no vuelve al Río de la Plata, se queda en Italia, y si no, en Ámsterdam. No tiene una princesa como la mía. Mucho menos

sabiendo que en cualquier momento podemos ser expulsados de Argentina por la maldita Ley de Residencia. La militancia revolucionaria sería el mejor pretexto para expatriar a personajes incómodos como nosotros. Esos desocupados no le hacen ningún bien a la nación, dirán. Si se buscó la inmigración europea fue para reformar el sistema, para incrementar la mano de obra y mejorar la raza. El que no cumpla con esto debe regresar a su país de origen. Eso dicen todos. Aristide lo sabe.

En Roma, Aristide puede hacer algo de su vida. A pesar de su enfermedad, todavía tiene mucho por ofrecer y en Europa las cosas avanzan a pasos agigantados.

¿Y vos, Panclasta? ¿Volverás algún día a tu país?, me pregunta el romano a la hora de dormir.

La azafata de Avianca distribuye los diarios españoles. Mi vecino Leñero los recibe con avidez.

Hubiera querido seguir escribiendo, pero la apertura de ventanas, el desayuno, el movimiento de los pasajeros, me lo impiden.

El agotamiento es feroz.

Una camisa blanca permite la entrada a los restaurantes, Aristide; una camisa blanca permite robar lo que necesitas en un momento dado. Con una camisa blanca, los dueños de los restaurantes o los vendedores no se enteran de que no pagarás la cuenta hasta que estás lejos. Con la camisa blanca te podés pirar.

Julia iba por su camino, Margarita. Se inspiró en las mujeres anarquistas de la historia para emprender su lucha. Decía que, como ella, Louise Michel solo contaba con su madre y comenzó esta lucha desde el destierro, denunciando, escribiendo cartas al presidente en que le explicaba la situación; que Inessa Armand también era maestra y que impulsó la revolución como ninguno creando comités de apoyo; que ella misma podía crear un Comité de Mujeres y lograr al fin una revolución social en Colombia que se extendiera a todo el continente; que en Colombia puede haber una Teresa Claramunt... ¡Ya ve usted, hija, adónde llevan las ideas! Yo no sé de dónde sacó todo esto de la revolución pero así era, ignoro si fue de los eudistas, como Panclasta, o de un tal Rigaud, un pintor francés que vivía en el pueblo y que ella frecuentó, o de lo que había

leído de una periodista española de apellido Mañé que mencionaba a menudo. Desde muy joven, Julia hablaba con propiedad de lo ocurrido en Francia y de Michel como si fueran temas propios. Yo siempre me sorprendí de esto, Margarita. No es común en este país mentar a Francia como ella lo hacía. ¡Y en una ciudad como Pamplona!

Luego del atentado al diario *Charlie Hebdo* en París, *El País* anuncia las manifestaciones en solidaridad con los damnificados. No es sino que algo suceda en el centro para que todos hablen de ello. En Colombia puede haber bombas todos los días pero a nadie le importan. *Je suis Charlie*, arengan todos, lo que me recuerda, no sé porqué, el *Je suis Gallifet!* de la Comuna del 71.

Este es el *Je suis Charlie* de Mario Vargas Llosa:

Creo que lo que ha ocurrido en París en estos días es no solo un hecho horrible que pone los pelos de punta por su crueldad y salvajismo sino también una escalada en lo que es el terror. Hasta ahora mataban personas, destruían instituciones, pero el asesinato de casi toda la redacción de *Charlie Hebdo* significa todavía algo más grave: querer que la cultura occidental, cuna de la libertad, de la democracia, de los derechos humanos, renuncie a ejercitar

esos valores, que empiece a ejercitar la censura, poner límites a la libertad de expresión, establecer temas prohibidos, es decir, renunciar a uno de los principios más fundamentales de la cultura de la libertad: el derecho de crítica.

Lo que pretenden con este asesinato colectivo de periodistas y caricaturistas es que Francia, Europa occidental, el mundo libre, renuncie a uno de los valores que son el fundamento de la civilización. No poder ejercer esa libertad de expresión que significa usar el humor de una manera irreverente y crítica significaría pura y simplemente la desaparición de la libertad de expresión, es decir, de uno de los pilares de lo que es la cultura de la libertad. Creo que Occidente, Europa, el mundo libre deben tomar nota de que hay una guerra que tiene lugar en su propio territorio y que esa guerra debemos ganarla si no queremos que la barbarie reemplace a la civilización.

Intenté contarle lo sucedido ayer a Panclasta, pero se quedó dormido. No tiene ni idea de lo que pasó con Julia y la razón por la cual no ha vuelto a verle, que ahora debemos ser nosotras quienes vamos a protegerle.

Anoche salió de nuevo a las calles a vociferar en contra de todo y de todos y por eso se queda así, dormido, mientras está hablando. Detesta la Semana Santa y el aguardiente lo impulsa a explayarse en contra suya. Lo mismo que hace dos años, lo mismo que Julia denunció entonces en *El Observador*. Cada Semana Santa el hombre sale a vociferar en contra de los muñecos de palo, como les dice a los pasos, contra los curas y los feligreses, de quienes se burla sin misericordia. Su voz, aunque envejecida, acallada después de todo, la oyen los pamploneses, sobre todo algunos como yo, que de verdad estoy harta, hija.

Tanto rezar y nada de piedad; tanto muñeco de palo y poca solidaridad. El mundo se viene abajo y todos siguen con el Ave María; el país entero cae en manos de las fuerzas oscuras y todos siguen el Paso Mayor o la Virgen del Carmen. Razón tenía Julia: buena parte de este pueblo es ignorante, no sabe lo que significa la república, le tiene sin cuidado palabras como soberanía, democracia o dignidad.

Aunque estén lejos sus discursos arengando en favor de los braceros del ferrocarril o de los inquilinos, algo queda de la potencia de este anarquista.

Adelante, Vicente. ¡Despierte! ¡Vocifere! ¡Este pueblo tiene que cambiar! ¡Este país tiene que cambiar! Lo de Julia no puede quedar impune.

Dice Stirner:

...nada de lo que somos o de lo que tenemos está... aislado, sino que nos viene de las influencias circundantes y, en resumen, nos es dado.... ¿Quién no se ha percatado, consciente o inconscientemente, de que toda nuestra educación consiste en injertar a nuestro cerebro ciertos sentimientos en lugar de dejarnos a nosotros mismos su elaboración, cualquiera que fuese su resultado? Cuando oímos el nombre de Dios, debemos experimentar temor, cuando se pronuncia ante nosotros el nombre de Su Majestad el Príncipe, debemos sentirnos penetrados de respeto, de veneración y de sumisión, si se nos habla de moralidad, debemos entender alguna cosa inviolable, si se nos habla del mal o de los malvados, no podemos dispensarnos de temblar, y así sucesivamente.

“Un temperamento tan revolucionario y tan inquieto como el mío, excitado por mil preocupaciones y miserias tenía que volver por reacción moral toda su energía contra el peso de atavismo que encadena mi acción. Y como ese atavismo en sus manifestaciones exteriores tiene las formas de la naturaleza que lo transmitió, atribuí a Colombia el mal de mi educación humanicida y cruel”.

Biófilo Panclasta

En la foto de primera página de *El País* de las manifestaciones *Je suis Charlie* están los presidentes François Hollande (¡vaya apellido para mi novela! Reúne a Francia con Holanda, como haría yo al hablar de 1907); el británico David Cameron y el italiano Matteo Renzi; Mariano Rajoy (con ese nombre tan católico y ese apellido gallego que me hace pensar en un hacha afilada); Ibrahim Boubacar Keita, de Malí, y curiosamente, el israelí Benjamin Netanyahu y el palestino Mahmud Abás (cuando hace apenas unos meses Israel atacó a los palestinos en la Operación Margen Protector). También enfila la marcha Ángela Merkel, esa mujer adusta con apellido comercial que en nada se parece a mi dulce Ángela. El atentado ha puesto al mundo entero a hablar de los árabes y a emprender una horrible cruzada en su contra, así como ya sucede en Alemania. La “Comunidad Internacional”—¿Occidente? ¿América Latina? ¿Colombia?— se ha solidarizado con el asunto, pues lo de *Charlie Hebdo* le parece un ataque frontal a la libertad de prensa. Dicen que Occidente debe oponerse a la masacre yihadista y la paranoia reúne en un mismo saco a los árabes comunes y corrientes y a los terroristas (“Las fronteras del islam están cubiertas de sangre” escribió Samuel Huntington hace poco). Hablan de “Choque de civilizaciones”, desconociendo que durante siglos todas sus colonias sufrieron esa colisión.

Lo más importante de la indumentaria de Panclasta es el sombrero calabrés: según cuenta, lo tiene desde los viejos tiempos de Colombia y Venezuela. Todos lo distinguimos por él. El anarquista del sombrero campesino lo llaman algunos, sobre todo los burgueses. “A mucho honor”, le dijo Panclasta un día a uno, un pasajero de primera que llevaba su bombín, cuando le esgrimió el hecho como una costumbre primaria, rural, que le parecía “curiosa” en un intelectual “moderno”. ¡Gilipollas! No sabía de lo que hablaba.

Además del sombrero, los domingos de descanso Panclasta lleva un corbatín rojo. Dice que el color va acorde con sus ideas. Persiste en dejárselo, pues además de que evoca el fajín de la Comuna de la que tanto habla le da cierta aristocracia. ¡Qué contradictorio, Panclasta! Tratando de acabar con un sistema y se ata a estos símbolos de clase. Por estética, dice. ¿O será más bien por necesidad? Como con lo de la camisa blanca, porque así lo dejan entrar a los restaurantes, en los salones selectos o pasar libremente en Migración y en la Aduana. Eso dice Ceccarelli cuando le pregunto si sabe por qué se esmera tanto en su indumentaria. A lo mejor tiene razón. En Barcelona, quizá, puede funcionar.

Según Panclasta, cuando se llega a Argentina por Iguazú, los guardias de Migración separan a la gente en dos filas: una para

la gente común y otra para los de “buen ver”, como dicen ellos, aquellos que posean prendas de categoría, como el abrigo, una corbata o el sombrero. Panclasta dice que cuando llegó a la fila no tenía ni corbatín, ni abrigo, solo el sombrero calabrés, y que por eso tuvo que esperar más y sufrir porque sus documentos no le fueran devueltos, porque su pasaporte fuera rechazado y no lo dejaran entrar...

De una manera casi imposible aquí, sé que puedo conservar cierta presencia. Incluso en estas circunstancias del Forgas hay que parecer una persona *normal*. No es que quiera, es que a veces es útil. La princesa me hizo tomar conciencia del asunto.

En Buenos Aires, la princesa se encargó de ofrecerme un abrigo y la camisa blanca. El corbatín de Comuna lo compré en una miscelánea que tenía cosas de segunda mano baratas. Me gustó en cuanto lo vi. Sentí que me ponía a tono con la época. El accesorio me ayuda a guardar las formas, algo que debo cuidar en mis circunstancias. Hoy he hablado del asunto con Palmeiro, uno de los tripulantes, y con Ceccarelli y algunos de los de la tripulación. Quiero entrar sin problemas en Europa, les digo. Ser colombiano no es fácil. Mucho menos en los restaurantes, los puertos o las estaciones de tren. Lo del

corbatín puede resultar. Todos ríen. No saben lo que significa esto de la ropa para alguien como yo.

Nosotros, los europeos, éramos recibidos directamente en los barcos, donde los guardias hablaban con un oficial que venía a bordo y que garantizaba que el viaje se hubiera desarrollado libre de contagios. Luego podíamos desembarcar. Nos pedían que nos distribuyéramos por oficios y que registráramos nuestros nombres. Después nos ofrecían tres noches en el Hotel de los Inmigrantes, un edificio octagonal de barro y hierro que está al llegar en el puerto de Buenos Aires. Desde ahí no se divisa la ciudad porque la geografía es muy plana, pero se llega fácilmente al andén del tren, que queda justo al frente del edificio. Entonces, nos separaban a los hombres de las mujeres y los niños y nos ofrecían billete de tren si no nos quedábamos en la ciudad. Muchos recibían gustosos el servicio porque tenían ya oferta de trabajo o un familiar que los recibiera en algún lugar del país. Yo, con la dirección de mi padre en la mano, tenía el destino más que cantado.

La estadía a la larga será dura para todos, pero la entrada desde Europa, sin duda, está llena de esperanza. En América hay trabajo, en España poco. En Argentina la raza blanca es altamente valorada, mientras que en España apenas si se

piensa en el asunto. Los argentinos tienen una obsesión por blanquearse a como dé lugar y eso hace que nos reciban bien, que nos abran las puertas.

Charlie Hebdo ya había recibido amenazas a comienzos del 2006 por reproducir unas caricaturas que el periódico danés *Jyllands-Posten* había publicado en septiembre del año anterior. En ellas se representaba de manera ofensiva a Mahoma, ataviado con un turbante-bomba. Entonces once embajadores de países árabes trataron de reunirse con el primer ministro danés Anders Fogh Rasmussen para pedir un desagravio, pero no obtuvieron respuesta. Esto y la reproducción de las mismas caricaturas en Noruega, Alemania, Francia, Rusia, Indonesia y Jordania hizo que algunos extremistas incendiaran embajadas y realizaran ataques dinamiteros que dejaron medio centenar de muertos. Los árabes estaban cansados de que se insultara al profeta.

En Francia, se llegó a denunciar a *Charlie Hebdo* por injuria religiosa, pero la publicación fue absuelta en primera y segunda instancia. La migración musulmana es numerosa en este país y se siente estigmatizada, menospreciada. Aún la gente habla de un francés de origen argelino, marroquí... A pesar de haber nacido en el país galo, todavía el “origen” constituye una condición de identidad individual. No es lo

mismo ser francés de origen argelino que francés-francés. Ahora el terror yihadista ha hecho que esta comunidad sea rechazada en su vida cotidiana y la xenofobia aumenta. Además, el ejército francés se sumó a los bombardeos norteamericanos sobre posiciones del Estado Islámico, conocido localmente como “Daesh”, en Siria, bajo el argumento de que este grupo yihadista supone una amenaza directa para su seguridad nacional. Después del ataque a *Charlie Hebdo* varios países de Europa se han alineado con esta guerra y bombardean Siria. Al hacerlo, se convierten a su vez en blanco militar.

“Todos saben lo importante que es un símbolo en el medio al que se va”, dice Panclasta. Con el trasfondo negro y el corbatín rojo, de satín, él mismo se parece a los intelectuales que en Europa tienen un aura de románticos: Baudelaire, Poe o Wilde, esos que tanto les gustan a los argentinos; pero también con los pequeñoburgueses bolcheviques que respetan en Ámsterdam. Se trata de la imagen, y la propaganda es una de las zonas públicas conservadas celosamente por los anarquistas. Él ha aprendido algo de esto en Argentina, al parecer gracias a su trabajo con la federación que lo envía a Holanda. Lo deduzco por sus palabras y por su obsesión con el corbatín y la camisa.

No podré ser propagandista. Me falta la fe. No obstante, no quiero que mi gran misión sea obstaculizada por fronteras impuestas artificialmente. Si debo valerme de símbolos o de imágenes para poder moverme y para que mis ideas trasciendan, me valdré de ellos aunque me cueste hacerlo.

Me sorprende la participación de jóvenes catalanes o franceses que están en paro en la guerra contra el Estado Islámico. Sin embargo, no es un problema solo de Cataluña y Europa, también existe en Canadá. Militancia joven a favor del islamismo. Algo que parece imposible desde la perspectiva que dan los medios de comunicación, pero que evidentemente es real. Algunos de estos jóvenes son de origen árabe, por supuesto, pero otros no. Me pregunto entonces si existe una relación entre el separatismo catalán y la guerra emprendida por los “aliados” al Estado Islámico. Pero ¿puede algo no tener relación en Europa con esa guerra? Las grandes empresas armamentísticas son Thyssen Krupp, Siemens, Bosch, Fujitsu, BAE Systems, Serco, Thales, EADS, Finmeccanica; y los bancos que invierten en el comercio de armas son Axa, ING, Paribas

Fortis, KBC, Belfius... Las armas se envían desde el Puerto de Amberes, Lieja...

Además, Al Qaeda recibe financiamiento de cuarenta países por tráfico ilegal de oro y el Estado Islámico recibe más de ocho millones de dólares mensualmente por impuestos revolucionarios y comercia al negro con el petróleo, afectando así sus precios mundiales. Venezuela y Colombia son algunos de sus damnificados.

Como lo preveía la princesa, la indumentaria me sirve para lo que comienza a ser una fiesta de domingo a bordo. Ceccarelli es el primero que oye los acordes y nos invita a Palmeiro, el gallego que hemos conocido a bordo, y a mí para que vayamos a echar un ojo en los alrededores. Al llegar a cubierta, nos topamos con el capitán, Avelio Mas, que después de inspeccionarnos nos deja pasar. Suenan acordes de ritmos populares, según dice Palmeiro, que también lleva una corbata bermeja y fue admitido más fácilmente por el odioso catalán. Pasado un rato, Mas se acerca al rincón en el que estamos:

—¿Y qué vas a hacer en Barcelona?

—La revolución, camarada, la revolución.

—Sí, claro... ¿pero mientras tanto?

—Voy a un congreso en Ámsterdam.

—¿Un congreso?

—Sí. Un congreso de anarquistas.

—¿Y eso qué es?

—La libertad.

Esta vez mi corbata ha tenido su uso. Hay una fiesta en cubierta y nos dejan entrar. El capitán nos ha mirado de hito en hito antes de permitirnos el paso, pero creo que al final nuestra indumentaria lo ha llevado a claudicar en su negativa inicial. Al final lo de la ropa tiene importancia, como dice Panclasta.

Caminamos siguiendo el sonido de la melodía que nos lleva hacia las escaleras del salón principal. Al subir al espacio de la segunda clase descubrimos un pequeño fonógrafo desde donde se emite la música. Empujo a Panclasta para que cruce la entrada. Se ha quedado absorto contemplando el lugar.

Julia era maestra de la Normal de Señoritas de Pamplona, Margarita. Luchó contra todo para conseguirlo. Y desde cuando era estudiante, tenía sus ideas, alimentadas, seguro, por la abuela y por su propia condición de “hija natural”. ¡Vaya fatalidad jurídica! Sabía que la educación era el arma más efectiva para transformar el sistema que la excluía a diario y se esforzó por obtenerla. Incluso logró que su padre la recomendara en la Normal de Señoritas cuando todo el mundo se oponía. El pueblo entero se revelaba a que esta hija natural tuviera educación. Hicieron hasta lo imposible por impedirle el ingreso a la Normal, pero las tretas de su padre fueron más efectivas. Si hasta entonces apenas le había importado su bienestar, quiso ayudarla en algo recomendándola ante las autoridades del establishment, no como una hija, claro, sino como una “buena estudiante”. También yo tuve que pedírselo. Y su poder fue suficiente para que la recibieran. Esta sería la única gestión del hombre a favor de Julia, dos palabras que la absolvían de todo pecado y en consecuencia la condujeron por la senda del magisterio. ¡Y vaya si tuvo educación! El plantel era de lo mejor de la época. Y la formación que se aseguró ella misma no era poca. Era una autodidacta, hija. Todo el tiempo estaba leyendo, de política, de historia, de educación. Leyó las teorías de Rousseau y Francesc Ferrer i Guàrdia y quiso ponerlas en práctica.

Esta fiebre de escritura es lo que me mantiene. Siempre es así. Lejos de Ángela, solo encuentro tranquilidad escribiendo. Como ella dice, la escritura exorciza los miedos, nuestros miedos derivados del mundo que nos toca vivir. Esa era mi terapia de sobrevivencia cuando no estábamos juntos. Y es también la terapia a la que vuelvo cuando no está junto a mí.

Por un rato me quedo mirando el fonógrafo y recuerdo *La Comparsita* y a la princesa. ¡Le gustaba tanto el tango!

Con timidez, atravieso el lugar después de Ceccarelli y Palmeiro, que dirigen sus pasos hasta un rincón oscuro del salón. Me quedo de pie pensando en la manera de hacerme a la música. Quiero bailar y el ritmo no será un obstáculo. Así pues, haciendo un ademán de despedida, me aventuro a invitar a una de las jóvenes que parece menos melindrosa, una de las que están sentadas cerca de donde estoy, vestida de verde. La muchacha sonríe y se anima. Se pone de pie y me tiende la mano.

Mientras viaja a bordo del trasatlántico que lo llevará a Europa, usted irá pensando en las batallas que ha dado en

Colombia, en Venezuela, en Ecuador, en Argentina... y en las que le falta dar. Pensará, sin duda, en su discurso ante sus colegas anarquistas, en su encuentro con los catalanes, en el amor de la princesa, pero también en las noches que le esperan en medio de los míticos burdeles holandeses, o en las discusiones teóricas sobre individualismo o sindicalismo que usted mismo no ha saldado. Pero lo más importante del viaje es que tendrá que convencer a todos de su objetivo: acabar la monarquía para cambiar el orden social. No es solo objetivo de clase, dirá, es una necesidad imperiosa de la humanidad. Tendrán que creerle y tendrá que encontrar la manera de poner en marcha el proyecto que le permita hacer realidad este sueño.

Julia creía que era necesario educar a los niños en el principio de la libertad y por eso se oponía a un sistema patriarcal en que la autoridad era el hombre, que se representaba ferozmente en las imágenes del presidente de la República, los gobernadores, los arzobispos, los curas de parroquia, los militares y los propios maestros de las escuelas. Ella misma había sufrido todo esto, hija. Y lo sufría entonces con su marido. Todos esgrimían su poder por los diferentes medios sociales y en especial sobre mujeres y niños. Desde su punto de vista, era necesario cambiar esta jerarquía, luchar por un sistema en el cual todos fueran iguales. Adoraba reconstruir los

hechos con otra lógica y decía que si no conocíamos nuestro pasado y nuestro presente desde una perspectiva franca siempre estaríamos a merced de otros, mucho más nosotras las mujeres. Ella hablaba de Louise Michel entonces, que a la postre gozaba de gran impacto en España y que conocía a través de *La Revista Blanca*. Estaba informada de la Michel y, por ella, de lo ocurrido en París por el 71, de la masacre de la Comuna, de la lucha de los ciudadanos por establecer su propio modo de organización social.

—¿Vous aimez le chahut?

—Le...

—Le chahut, la danse...

—¡Oh! Oui. J'aime beaucoup.

De *El único y su propiedad*:

Estado, Emperador, Iglesia, Dios, Moralidad, Orden, etc., son estos pensamientos o espíritus que no existen más que para el Espíritu. Un ser simplemente vivo, un animal, se inquieta de ellos tan poco como un niño. Pero los incultos

no son en realidad más que niños y el que no piensa más que en proveer a las necesidades de su vida, es indiferente a todos los fantasmas; pero por otra parte, carente de fuerza contra ellos, acaba por sucumbir a su poder y ser dominado por pensamientos. Tal es el sentido de la jerarquía.

El desayuno ha hecho que los viajeros despierten. Las ventanillas se abren completamente. En unas horas llegaremos a Barcelona.

Leñero vuelve a hablar de la prosperidad de Santos Calderón y de la manera en que Uribe Vélez dejó el terreno abonado para el desarrollo económico de Colombia. “La confianza inversionista ha hecho que las empresas españolas vengan a buscar oportunidades en Colombia”.

Julia logró que un grupo de maestras la apoyara en su proyecto de crear un periódico progresista. Imagínate la ambición de mi tía, Gustavo. No era común encontrar mujeres así en esa época. La primera que se le unió, lógicamente, fue su hermana Zoraida, mi madre. Ella no era como Julia, claro

está, despierta, luchadora, intrépida, pero poseía la disciplina necesaria para sistematizar el material que iba recopilando la tía. Tomando el modelo de Michel y de las mujeres del 71, las dos formaron poquito a poco un colectivo de maestras dispuestas a emprender dos propósitos: implantar un nuevo método pedagógico inspirado en la libertad e impulsar un periódico que sirviera de órgano de difusión de nuevas ideas como corazón del movimiento, mijo.

En 1995 emprendí la primera de varias huidas de Colombia de las cuales apenas tengo consciencia ahora cuando escribo sobre usted, Panclasta.

Huir constituye un instinto si no queremos sucumbir en medio del fuego. Llamémoslo desplazamiento, errancia, exilio o como queramos, lo real es que algunos huimos siempre. Errabundeamos, decía usted. Los colombianos que sufrimos de este mal de intentar escapar no queremos detenernos nunca. Como ratones cercados, queremos aprovechar hasta el último suspiro de vida mientras nos alcanza el fuego.

El 2 de noviembre de 1995, el mismo día en que mataron a Álvaro Gómez Hurtado, el líder conservador y exiliado alguna vez en España, abandoné el país con destino a Salamanca. Iba

todo vestido de paño, con traje, corbata y abrigo recién comprados, como exige la parafernalia bogotana, pues, según ella establece, debía parecer el burgués latinoamericano que viaja frecuentemente, por turismo, a la civilización que es todavía Europa.

Luego de competir con más de trescientas personas de mi área de Ciencias Humanas (que incluía desde Antropología hasta Filosofía, Enseñanza de la Lengua hasta Historia, Derecho o Literatura) había obtenido del Estado español una beca de estudios que me permitía eso: *huir del país*. Se trataba de un apoyo económico de la Agencia Española de Cooperación Internacional para mis estudios de Doctorado en Literatura en la Universidad de Salamanca que me aseguraba no solo la feliz salida de mi país sino el bienestar material suficiente para que yo pudiera dedicarme a lo que más me interesaba en la vida: escribir.

En la puerta del horno, es decir, en el aeropuerto El Dorado de Bogotá, debía entonces “vestirme bien”, estar tranquilo y comer mucho, decían todos, para que no se quemara el pan del exilio “voluntario”. Si no, si no acogía todas esas recomendaciones, me confundirían con una mula o pensarían que era un pobre diablo que se instalaría en la península como inmigrante y ahí terminarían mis sueños de libertad. Así eran las cosas. La gente me daba esas recomendaciones con el fin de prevenirme sobre lo que podía pasar al viajar al exterior. La tradición oral fundaba así, como “sabiduría popular”, las

pautas para la liberación de los sentenciados a vivir en el *bulldozer*.

De *El único y su propiedad*:

Los buenos burgueses se inquietan poco por quien los protege a ellos y a sus principios; rey absoluto, rey constitucional o República, son buenos para ellos con tal de que sean protegidos. ¿Y cuál es su principio, ese principio cuyo protector aman siempre? No es el trabajo, no es tampoco el nacimiento; pero es la medianía, el justo medio, un poco de trabajo y un poco de nacimiento; en dos palabras: un capital que produce intereses. El capital es el fondo, lo dado, lo heredado (nacimiento); el interés es el esfuerzo dedicado (trabajo): el capital trabaja.

La azafata nos ofrece agua, cerveza, vino... pero yo no dejo de escribir. La miro para responderle que no quiero nada y curiosamente su rostro amable, que dibuja una sonrisa, me impulsa para seguir en mi labor. Es el rostro mismo de la diligencia, del servicio, que describe a buena parte de los colombianos, me digo. ¡Ese anhelo por agradar, por ayudar,

por servir me resulta tan propio de nuestra cultura! Le sonrío a mi vez tomando consciencia con mi gesto de que tanto su actitud como la mía responden a un espíritu, a toda una educación que nos hace ser como somos, amables, dulces, disponibles... Recuerdo las palabras de Ángela: a nosotros nos han enseñado a dar gusto, a atender, a servir porque partimos de la base de la pérdida, de la lógica de la vulnerabilidad. Por eso poco nos quejamos, poco denunciemos, poco nos revelamos a un sistema que día a día nos agrede.

Panclasta sabía lo que hacía, hija. Desde jovencito. Atacar la reelección del presidente Caro Tobar en Colombia, el hijo, nada más y nada menos, de Caro Ibáñez, era algo así como encauzar las distintas fuerzas de oposición. ¡Encabezarlas! Desde entonces él quería ser un líder social y transformar el sistema, hacer de Colombia una verdadera república, libre de la oligarquía, la militarización de la vida y la intervención yanqui. Por eso mismo, luego, en 1904, cuando se dio cuenta de la traición, dirigió una carta a José Manuel Marroquín, el arrodillado, en que le decía que le escribía con el espíritu indígena que parte de la base de que nada cambiará pero aún así se debe continuar la lucha. Ese espíritu que compartía con Julia. Como buena parte de nuestros presidentes, ese viejo Marroquín, apoyado en su momento por Caro, traicionó a Sanclemente, su presidente, y desde Villeta empieza a trabajar

más para el extranjero que para su pueblo, dándole gusto al imperio de la misma manera que los viejos lacayos a los monarcas. Panclasta le sacaba en cara lo que había hecho. Como los áulicos de cualquier reyezuelo de leyenda, este regalado había pensado antes en el interés del gigante que en la justicia del David. Y, lamentablemente, como decía Panclasta, esta lógica se replicaría como necia costumbre de ahí en adelante: Marroquín no le contestó. Ni a él ni a nadie que le hablara sobre los intereses del país. Estaba ocupado en las rimas de sus poemas finales.

Gracias a la princesa y en general a los migrantes rusos, en Argentina pudo hacerse una idea clara de lo que estaba sucediendo en Europa, del poder injusto de las monarquías y los efectos que esto tiene para el mundo. En Venezuela y Ecuador se había dado cuenta del asunto con lo de Guillermina de Holanda y Alfonso XIII de España. La primera se apoderaba del petróleo venezolano y el segundo buscaba lo suyo en el sur de Colombia. Después, la cuestión se le reveló con la intervención de Guillermo II o Eduardo VII en lo de Panamá; y en el Río de la Plata, la cosa sí que le resultó evidente: a través del testimonio directo de los exiliados rusos del Zar concluyó el meollo del problema. Por eso viene con ese objetivo preciso. A pesar de todo lo que él mismo diga sobre el valor implícito de las ideas, en la situación extrema de América Latina se

necesitan acciones en vivo y en directo y esta lucha en contra de la monarquía es fundamental. De ello depende la soberanía de las repúblicas. En Europa debe contactar a los catalanes antimonárquicos, a los líderes de la federación anarquista en París, a los nihilistas rusos, a los emigrantes latinoamericanos que estén fraguando la libertad de sus propios países aún en garras de los imperios. Dada la situación, el fin de la monarquía es el objetivo exacto de su revolución internacional. Lo demás, vendrá como efecto lógico de una causa. Si lo logra, se acabarán los privilegios, terminará el capitalismo y con él los imperios, incluido el norteamericano, que ya ha mostrado sus fauces. Muchos han muerto por esto, pero solo el dolor conduce a la justicia.

Mi historia es más enrevesada de lo que yo mismo me esperaba, Panclasta: salí de Vigo hace algunos meses para buscar a mi padre, Severo Palmeiro, que había emigrado a Argentina cuando yo apenas era un crío, en 1893. En ese entonces la pérdida de la última cosecha había precipitado su viaje, contemplado hacía unos meses cuando la situación empezó a empeorar. Con esfuerzo juntamos lo de su billete, por lo que decidimos que mi madre, mi hermana menor y yo postergaríamos nuestra partida. Ya había familias en el pueblo que habían logrado hacerlo, juntando el dinero que iba enviando el primero en emigrar. No obstante... pasaron los

años, Panclasta, y las cartas de mi padre se fueron espaciando. Al principio sobrevivíamos con lo que él nos mandaba y con la ayuda de mi abuela materna. Luego, logramos cierta autonomía, pues pude hacerme cargo de la tierra, y mi madre y María, mi hermana, consiguieron trabajar en un telar. La situación fue mejorando hasta el punto que le escribimos a mi padre diciéndole que volviera, que con el dinero que juntábamos en Galicia podíamos salir adelante todos. Esperamos su respuesta e incluso pensamos que quizá se había embarcado al recibir nuestra postal, pero pasados ocho meses sin noticias tuyas perdimos toda esperanza. Mi madre aseguraba que a mi padre debía haberle pasado algo, pero no logró saber nada al respecto por más que intentó averiguar sobre su paradero con las familias vecinas que tenían parientes en Argentina. Me rogó entonces que tomara los ahorros y viajara en su búsqueda. Me negué primero, pero terminé prometiéndole que viajaría una noche en que ella se decidió buscarlo por sí misma. No estaba dispuesta a renunciar.

Desde el aeropuerto El Dorado de Bogotá hasta el de Madrid-Barajas (hoy aeropuerto Adolfo Suárez, en memoria de uno de los endimios estrategias de la Transición), en cada uno de los distintos espacios sociales en que estuve había sentido lo que significaba ser colombiano. Si en el país uno hace parte de una masa indistinta que en su cotidianidad

construye una especie de solidaridad social, al salir de las fronteras se van comprendiendo poco a poco las características que la cultura en general establece como propias de eso que se puede llamar la identidad nacional. Fuera de Colombia uno entiende muy bien lo que representamos los colombianos para el resto del mundo.

De tal modo, desde el viaje y una vez llegué a España, sentí el peso de mi nacionalidad y, por supuesto, sin apenas tener certeza de lo que implicaba, quise desprenderme de ella.

Mi país me pesaba como un karma, como esas catedrales españolas en que hay que pagar para entrar pero no dan nada por salir.

Ignoro la razón por la cual existen los países, y por qué estos le hacen daño a los individuos, pero así fue. Colombia era lo que era y, sin duda, había hecho daño, y yo como otros era la fisura. Colombia: un pozo sin fondo que me definía hasta en mi más íntima condición. Colombia: una selva. De lejos, masacres, muerte, corrupción, dolor... No quiero pertenecer a eso, decía entonces como un mantra.

Gustavo se pierde en medio de su país, de su tradición, de su locura. ¿Cuál es tu país? ¿De dónde vienes? Las preguntas de rigor se repetían a mi alrededor en Salamanca, preguntas que me difuminaban en tópicos.

La nacionalidad absorbe mi identidad.

En Salamanca viví el primer estigmatismo que en París se haría regla.

¿Cuál es tu origen?

Querían que el periódico diera cuenta de la actualidad, pero también de hechos históricos que concernieran sustancialmente a los colombianos. Así, reflexionaron mucho en torno al nombre y, por sugerencia del propio Teo, escogieron *El Observador. El periódico del pueblo*. Era necesario insistir en la condición de testigo y, a la vez, en la importancia de la gente para la publicación. Querían que esa gente, el pueblo, se lo apropiara, lo tomara como el lugar de su testimonio. Buscaban participación de todos, colaboraciones editoriales, caricaturas, secciones de cartas de los lectores... Para Julia sería la barricada desde donde podía enfrentar la contundencia del sistema.

Durante la Colonia, los nativos de cierto rango en sus antiguas comunidades mostraban sus mejores galas a fin de lograr la clemencia o el favor de los invasores españoles. Quienes las tuvieran eran considerados por estos por encima de la “plebe” indígena y hasta cierto punto podían conservar la vida o eximirse de los trabajos materiales en las minas y las

haciendas. Sus prendas eran parte del precio a pagar por conservar la vida y la integridad personal, y, en el mejor de los casos, participar en la vida social. Ante la fatalidad de su diezmo o el camino del suicidio, los indígenas buscaban hendiduras del sistema como esta para penetrar. Podían así ser intérpretes, secretarios o albaceas de los blancos y garantizar hasta donde les era posible un mejor futuro a sus descendientes. Luego, con la Independencia, también los mestizos buscaban que los criollos no los relegaran por su condición y por eso pusieron especial esmero en su cuidado personal. Así lo señalan las crónicas y las novelas de la época, las de Clorinda Matto de Turner, Jorge Icaza Coronel o Machado de Assis. La apariencia era mecanismo de protección y, en el mejor de los casos, de ascenso social. Algunos hijos de distinguidas familias se casaban con bellas mujeres de “piel canela” y estas podían, si tenían aptitudes para eso, conformar círculos culturales. La regla era la división social por la raza y los resquicios para filtrarse en otro escaño eran reducidos.

Para finales del siglo XX las cosas no habían cambiado sustancialmente: la apariencia y aquí la ropa eran un mecanismo de ascenso social para quienes no poseían alcurnia y abolengos, es decir, para aquellos que no pertenecían a las familias importantes de la ciudad, descendientes estas de conquistadores y criollos blancos, que monopolizaban aún los buenos empleos y posiciones de poder. Si no hacías parte de esa élite pero contabas con buena apariencia física, es decir, eras blanco, de belleza excepcional o, en último término, ibas

“bien vestido”, según las exigencias de los sanedrines oligárquicos y del mercado, podías ser asimilado por el sistema y tener acceso a peldaños menores pero importantes de la cultura y el poder. Una clase media, formada y ambiciosa, “bien vestida” entonces, ilustraba con creces el efecto. Estudios aparte (no es esto lo indispensable aunque sí lo sea una “universidad de prestigio”), esa clase podía ser recibida gracias a su apariencia entre los Ospina, los Vargas, los Santos, los Holguín o los Calderón y lograr un nicho de poder. El sistema le ofrecía esta ranura al subalterno por el que algunos pocos se colaban, en el mejor de los casos, como los ratones de un submundo a un primer mundo civilizado que intentaba una y otra vez taponar sus propias grietas.

Por todo eso, muy bien trajeado y bien dispuesto para la hazaña (“muy tieso y muy majo”, según el privilegiado poeta bogotano José Rafael de Pombo y Rebolledo) tomé el vuelo de Bogotá a Madrid en 1995.

De la trascendencia de mi acto y la importancia de la apariencia solo tomé gradual consciencia en España, cuando comparaba lo vivido con lo nuevo. Entonces entendí que, como en el siglo XVI y como en el XIX, gracias a circunstancias como esas de la apariencia yo mismo había accedido al orden llamémosle señorial colombiano, y que, ahora, si me lo proponía, por esos mismos resquicios que implicaban la figura, acaso podía acceder también al “orden internacional”. Malicia indígena llaman en Colombia a esos rezagos conscientes e inconscientes de mecanismos de defensa surgidos ante el

dominio evidente de una casta surgida —como ocurre siempre en estas circunstancias— en desmedro de todos los demás.

—¿Y yo, Panclasta?

—¿Y usted, miijo?

—Sí, ¿qué piensa usted de mí? ¿Cree que en Barcelona tengo un objetivo tan contundente como el suyo?

—Usted habla de lo que sabe, miijo, de la anomia social, de los cambios, de la inoperancia del Estado...

—Sí, pero también creo en el poder del arte. El arte y la libertad, Panclasta, en un ejercicio de ambos por fuera de las leyes del mercado. Ya no se puede hablar de novela negra, esta denominación se queda corta frente a la realidad de la literatura. Yo mismo quisiera expresar el estado individual y social de mi época, dar cuenta de las pulsiones que entretejen este tiempo, el efecto de los conflictos sociales en la interioridad, Panclasta.

—Pues, ya sabes: en la obsesión está la semilla del cambio.

—¿Y cree que escribiendo novelas puedo tener el impacto social que tuvo su idea de revolución?

—Usted sabrá. Cada uno conoce su época. Los románticos fueron los ideólogos del Estado alemán, los nihilistas de la revolución rusa.

—Yo pienso que los escritores actuales ponen en duda los discursos de la modernidad, las nociones de Estado, democracia y ley en sus novelas. Por eso hablan de la inminencia de un nuevo orden. Pero... ¿podría hablarse hoy por hoy de revoluciones nacionales?

—La lógica ahora es otra, mijo. Todos hablan de globalización, ¿verdad? La intención debe ser la misma.

—¿Fueron así las novelas de los nihilistas rusos? ¿Lograron ellos acabar con la monarquía?

—Nadie sabe, mijo. Uno lucha como los indígenas: muchas veces sin conocer aliados y sin pretender la victoria. Así como lo han hecho ellos desde hace cinco siglos... como debemos luchar nosotros.

Los revolucionarios catalanes de principios del siglo XX decían que los profesores cumplían su papel revolucionario en

las aulas, no con las armas. Ya bastante arma era el conocimiento. ¿La teoría de la anomia que he formulado para entender ese discurso que recrea la novela de crímenes es un arma? Es necesario hablar entonces de anomia, de desajuste entre los discursos de la modernidad y la realidad, de ausencia de sanciones, de estados ilegítimos, de anarquismo; es necesario hablar de novela de crímenes, es decir, de aquel espacio literario que cuestiona la naturaleza de las conductas que los estados han determinado como ilegales. A esto me refiero con lo de reflexionar en el sentido del crimen para las sociedades contemporáneas, una afirmación que he vuelto epíteto fijo en el Congreso Medellín Negro. ¿Podré comunicar esto aquí en Barcelona? ¿Tendrá la misma importancia que tuvo en 1907 plantear el fin de la monarquía? Tal vez. En alguna dimensión pueden identificarse los objetivos políticos y los literarios. Panclasta confiaba en el arte por el arte y en los nihilistas rusos, a la vez que en la revolución social; yo creo en la labor de los escritores contemporáneos de novela de crímenes. Y creo en mí, y en Ángela.

Dice Louise Michel: “...siendo el pensamiento electricidad, sería posible fotografiarlo. Además, como no tiene idioma, trazaría unos signos parecidos a los relámpagos, los mismos para todos los dialectos, una especie de taquigrafía”.

Por su parte, los salmantinos eran impermeables a lo distinto; además de los franceses, a los italianos los evitaban. Esa es otra perspectiva del asunto.

Elisa ha venido desde Génova a investigar la poesía de Santa Teresa de Ávila y se ha aislado en un apartamento por la imposibilidad de establecer relación alguna con la gente de la ciudad. Lo mismo que Besna, una chica serbia, que no entiende que los castellanos se aferren tanto a su lengua y no hablen otra (ella habla por lo menos cinco idiomas). Los norteamericanos, llamados despectivamente guiris, andan en gavilla porque se sienten simples clientes con dólares en una ciudad que depende de su gasto. Los alemanes, más cercanos a los latinoamericanos que a los salmantinos, intentan aprender la lengua rápidamente y en cuanto lo hacen cambian de domicilio, se van a otro lugar de la península o a América Latina. Los rusos, los polacos, los húngaros, los árabes y otros muchos colectivos pasan por la ciudad sin ton ni son.

Entre los papeles de Julia que estaban en el baúl de la abuela encontramos varios con párrafos subrayados, mijo. Párrafos enteros de documentos viejos que tenían líneas firmes

dispuestas por mi tía. Recuerdo en especial uno de Louise Michel, esa francesa de la Comuna de París de la que ella tanto hablaba. Me lo aprendí de memoria casi sin querer porque lo que decía me liberaba de mi trabajo. En ese entonces, había tenido que aprender taquigrafía para tomar notas de las cartas que el jefe quería que transcribiera. Cada vez que me llamaba y tenía que entrar a su oficina me sentía limitada, puesta en funcionamiento como una máquina. Cuando encontré la oración de Louise Michel en la caligrafía de mi tía Julia, esa del pensamiento como electricidad, sentí una especie de libertad, Gustavo. Con ella empezó a deshacerse la angustia que me había acostumbrado a sentir desde hacía cinco años, tras mi llegada a Bogotá. Comprendí que ese lenguaje cifrado con el que llenaba mi libreta volaba en mi mano como un relámpago y que el hecho de que mi jefe no pudiera entenderlo me instalaba en un terreno abierto, libre. Comencé a llenar libretas con palabras de la tía Julia, de Panclasta, de Louise Michel, de Teo... Y a medida que lo hacía iba encontrando en mí un aliento renovado. Me encantaba saber que ninguno de mis jefes podía entender mis textos y que mientras me veían leyéndolos se ufanaban de un control fantasma, del que yo, gracias a su desprecio, me liberaba.

Con todo, hice grandes amigos en Salamanca. Stéphane, Justo, Germaine... El primero, francés, de Bretaña. Llegó a

España sin saber una palabra de castellano y su asiduidad a los bares de la ciudad lo hicieron un perfecto hispanohablante. Me hablaba de París, de Artaud, de la Revolución. Quería ir a México, a Colombia, a toda Suramérica... Al final volvió al lugar donde se sentía más cómodo, París. Mi amigo Justo, por su parte, vivió en Rusia, pero llegó a Salamanca a hacer su doctorado en Física. Vivió las limitaciones soviéticas, la prohibición de viajar de un lugar a otro, las carencias, la falta de electrodomésticos, entre otras cosas, y por eso decidió cambiar de aires para vivir la libertad que se respira en España. En Rusia tenía que pedir permiso para ir de una ciudad a otra y, al igual que en Colombia, tenía que buscarse la manera de sobrevivir en medio de un sistema en crisis. Allá, como los mismos rusos, llegó a involucrarse con el mercado negro para poder subsistir. Ya estaba harto de eso, así que después de ahorrar un poco, en el mismo tren en el que poco tiempo después yo emprendería mi huida a San Petersburgo, se encaminó a España y llegó a hacerse doctor en Física de Salamanca. Poco tiempo después de su llegada conoció a una chica salmantina con la que se casó. Otra fue la historia de Germaine: era de Camerún y hablaba varias lenguas, incluido el árabe. Socializaba con los franceses, principalmente, y con los norteamericanos. Después de terminar su licenciatura, quiso hacer el doctorado en Estados Unidos. Supe que lo consiguió algunos años después.

La literatura fue entonces una de las herramientas para procurar el cambio y por esta razón mamá se convirtió en una ávida lectora, mijo. En detrimento acaso del cuidado de los niños, como decía Mamaíta, pero en definitivo beneficio del proyecto libertario. Fue ella, mi madre, la que se encargó de escoger obras dramáticas para los centros literarios en que se socializarían tales propósitos. Las veladas del Corpus Christi o los días de Navidad cambiaron entonces su naturaleza y paradójicamente se transformaron a un mismo tiempo en cristianas y revolucionarias. Lo mismo sucedió con los rosarios por las ánimas del Purgatorio que se rezan el Día de los Difuntos y con La Pascua. Cristo es uno de los nuestros, decía la tía Julia, al tiempo que celebraban el 18 de marzo como fecha emblemática de la Comuna de París. Estas mujeres fueron pioneras, mijo. Iniciaron un proceso libertario que aún continúa.

Llegué al Hotel de los Inmigrantes como casi todos los que venían a bordo y después de tres días allí me encaminé a Buenos Aires en busca de la última dirección desde la que nos había escrito mi padre: una pulpería regentada por un gallego, en el centro de la ciudad. El hombre se emocionó tanto al oírme que me dijo sin reparos cómo llegar al sector en el que vivía Severo Palmeiro.

Algunos compañeros de doctorado en Salamanca dicen que hablo el castellano del siglo XVIII; que en “Hispanoamérica” perduran el lenguaje y las relaciones sociales del siglo XIX. Me sorprende la arrogancia con la que definen mi cultura pero los escucho con atención. Saben más de mí y de Colombia que yo, o por lo menos eso creen. Lo han leído en los libros, o lo han visto en la televisión. Vosotros los hispanoamericanos... Vosotros los colombianos... Hablas de usted en vez de tú; usas verbos como durar, palabras como cobija, talego, pieza, exequias... ¡Ese lenguaje ya está olvidado en España!

Relaciono sus palabras con la parafernalia de la apariencia burguesa y anticuada con que llegué a España y luego a darles la razón: abrigos, trajes, camisas y corbatas que nadie usa en Salamanca. La cuestión del vestido no es menor, como en la historia de Panclasta. Al reflexionar en ella tomo conciencia de mi propia historia en los términos de la apariencia personal y del lenguaje.

No fue difícil dar con el lugar. Pero por poco pierdo el equilibrio cuando al llegar y tocar la aldaba me encontré frente a una copia de mi hermana. La chiquilla, de unos seis años, se

quedó mirándome. Yo apenas atiné a preguntarle su nombre. Cuando me dijo que se llamaba María Palmeiro me quedé estupefacto. En ese momento, justo detrás suyo apareció una versión canosa y morena de mi padre y, a su lado, una mujer embarazada de unos treinta años. Una hora más tarde, hablando a medias con quien hasta entonces había sido para mí un hombre intachable, conocí a un muchacho mayor con mi nombre exacto. Y en ese momento, como si hubiera recibido con mi cuerpo el embate de un huracán, me sentí definitivamente fuera de sitio. Mi padre, supe entonces, ya solo vivía para mí en el pasado.

Pese a las expectativas, en España no encontré lo que buscaba. Lo que podría denominar ahora el choque cultural me hizo rechazar a Salamanca, lugar donde se produjo la colisión. Supongo que el nivel de las expectativas, las prevenciones, los miedos, los pormenores del propio viaje provocaron ese choque.

En agosto de 1996 huí de Salamanca a San Petersburgo. La segunda de mis huidas en Europa, Panclasta. Quería conocer, de primera mano, la meca del comunismo. El lugar donde ocurrió la matanza del 22 de enero, el Domingo Sangriento, de 1905, que hacía parte de la historia libertaria. Doscientos mil trabajadores organizados por el padre Gueorgui Apolónovich

Gapón se reunieron a las puertas del Palacio de Invierno, residencia del zar Nicolás II, a pedir un aumento del salario y mejores condiciones laborales y fueron masacrados por la Guardia armada. El hecho aceleró las huelgas y manifestaciones y hasta la deserción misma de “efectivos” del ejército, como dicen ahora, pero, sobre todo, la persecución infame contra los que se consideraran peligrosos para el régimen, intelectuales y judíos. Fue este un hito para los exiliados y yo quería percibir algo del espíritu revolucionario que hizo de trabajadores sujetos expatriados.

Entendí entonces que aunque había llegado a mi meta, era tiempo de volver a Vigo. Unos días después, antes de subirme al Juan Forgas ya sabía que sería incapaz de contar en casa que había encontrado a mi padre, pero que no regresaría jamás, que se había hecho en América una nueva familia a imagen y semejanza nuestra.

Al mismo tiempo me molesta el ostracismo cultural con que me encuentro en Salamanca: a nadie le interesa lo que hay fuera del centro, que orgullosamente se percibe como Europa. La entrada de España a la Comunidad Europea (firmada de

manera oficial a mediados de este año de 1995) le ha dado al país la imagen de que hace parte de una civilización. La realidad en las calles, no obstante, es abigarrada. Me sorprende cada día de las ventanas y las cortinas cerradas, de la luz eléctrica encendida a todas horas, del rechazo al sol y la luz natural, y de los salones anacrónicos que se quedaron en 1970, con jarrones chinos, espejos con arabescos en yeso dorado o sillones con espaldares gigantes estampados con flores. Lo que ha de saberse respecto de lo que hay fuera se conoce si acaso en televisión. Una mujer me pregunta si iré a mi casa en Navidad. Yo le respondo que es muy lejos, en Colombia, que el billete de avión es caro y me tendré que quedar. Ella, muy amablemente, me aconseja que tome el autobús, que es más barato, que es importante compartir las fiestas en familia.

Hasta cierto punto, me identifico con los franceses, es decir, con los gabachos en jerga salmantina, que andan en corrillo criticando esta cultura. Son formales, alambicados, un poco fanfarrones. Acaso por el peso de mi tradición familiar o cultural pienso como ellos: ven a España como un lugar de fiesta, de juerga, de copas... “La marcha”, como le dicen los españoles, es toda una institución social que implica la evasión alcohólica y ruidosa de un sinsentido social. El socialismo ha traído la libertad, pero con ella la banalidad. El hedonismo exacerbado ha convertido a los españoles en niños que simplemente se divierten y disfrutan (verbo que yo jamás utilicé en Colombia) la vida.

A la vez, desdigo de las nacionalidades. Me tienen hasta el cogote. España debería ser Colombia y ya está. Lo mismo que Francia o Rusia.

Yo quiero asimilar algo de esa ligereza vital que vuelve a los españoles felices. Quisiera aprender a disfrutar de la vida.

Sin embargo, me niego a vivir encerrado en paraísos artificiales. Necesito vivir, sí, pero también necesito pensar, transformar.

Las siguientes huidas fueron a Barcelona, París, Polonia, Roma... y sobre todo a Marruecos. Quise perderme en el Sahara, tal como consigné en “Maktub”....

En definitiva, lo que quería era huir de Colombia, que cargaba auestas como un lastre a toda hora.

II. BARCELONA

España está sobre el cráter de un gran volcán social.

Biófilo Panclasta

- ¿Cuál es el propósito de su visita?
- Voy a un congreso en Ámsterdam.
- ¿Fechas?
- Del 24 al 31 de agosto.

- Enséñeme su pasaporte.
- Aquí tiene.
- Carta de invitación...
- Aquí.
- ¿Y el objeto de su visita a España?
- Voy de paso.
- ¿De paso?
- Voy a Holanda, ya se lo dije.
- ¿Ocupación?
- ... Profesor.
- ¿Algún carnet?
- No. Fui profesor en Venezuela.
- Muestre lo que lleva en la mochila.
- Son dos bobadas.
- ¡Muéstrelas!
- Aquí tiene.

- ¿Y este libro?
- Es un obsequio.
- ¿De qué se trata?
- Puede leerlo. Yo espero.
- ¿Es una novela?
- Sí.
- ¿Y este?
- No es un libro. Es un cuaderno.
- ¿Es escritor también?
- Sí.
- No parece.
- ¿No?
- No.
- ¡Que lo diga el tiempo!
- ¿No lleva más equipaje?
- No.

– Puede permanecer en España hasta el 30 de julio. Ni un día más.

Barcelona... la Barcelona del anarquismo obrero. La Barcelona de Panclasta, de Vargas Vila. La Barcelona republicana.

Hace años, en 1996, huí a San Petersburgo, pero resulté en Barcelona. ¡Qué extrañas son las decisiones! Un tren puede tener un destino, pero uno puede bajarse en cualquier estación.

–Señora, ¿ya llegó el vapor Juan Forgas?

–Hace rato, chico. Si no aprietas el paso, no encontrarás viajeros a quienes ayudar.

13 h

Hemos iniciado el descenso. La azafata dice que debemos inclinar correctamente el espaldar de la silla, doblar la mesa y

dejar la *cobija* en el bolsillo de enfrente... devolver los audífonos. Yo intento, además, recoger todo este batiburrillo de papeles de Biófilo. No debo perder nada, quiero retenerlo todo, leerlo todo... Una fiebre panfílica me ha atacado y no quiero parar. Quiero escribir una novela, escribir la vida de este personaje, sus pensamientos, sus andanzas, su relación evidente con mi propia vida. Son tantos los puntos comunes que me agobio. No es solo este viaje a Barcelona, es más... Es un espíritu. En principio toda mi atención la acapara la cuestión de Ámsterdam.

—Yo le ayudo, señor.

—No es necesario, chiquillo. No tengo equipaje, solo un talego de sueños. ¡Ah, y ya no hay señores, muchacho!

—¡Le llevo la mochila!

—Tengo fuerza todavía para cargarla.

—Entonces... el sombrero.

—Para eso me sirve la cabeza...

—¿Y su amigo?

—Pregúntele usted mismo. Se llama Ceccarelli.

—¿Cómo?

—Aristide para los amigos. Colega Aristide.

—¿Colega?

—Sí, colega. Y en cuanto a mis cosas, gracias, pero no necesito que me llevés nada.

—Entonces os acompaño si queréis. ¿Buscáis alojamiento?

—Pues tenemos a esos amigos con banderas rojas que están allí. Ya nos dirán ellos.

—¿Esos? ¡Entonces vosotros sois muy importantes!

—Nadie es importante.

—Pues vosotros sí.

—Son de la CNT, pibe. ¿Los conocés?

—¿La CNT?

—Sí, chaval: la CNT. Confederación Nacional del Trabajo. Los de la Calle Costa.

—¡Eh, colegas! Gracias por venir por nosotros.

—Hace rato os estábamos esperando. Mi nombre es Eliodoro Farfani, y este es Fábrega.

– Un gusto. Yo, Aristide, y este es Panclasta.

–Hombre, pero tú no pareces sudamericano...

–Soy italiano.

–¡Como yo!

–Mucho gusto, entonces.

– Encantado.

– Hola, compañero.

–¿Y tú, eres argentino?

–No, pero vengo representando a la FORA como Aristide.

–Pues están llenos de sorpresas en Sudamérica.
¡Bienvenidos camaradas!

–¿De dónde eres entonces?

– De Colombia.

–¿Colombia?

–Sí. También en Sudamérica.

–¡Vaya! ¡Vienes de lejos!

–Mucho, la verdad.

Estamos aproximándonos al aeropuerto de Barcelona, El Prat, nada menos, en memoria del anarcosindicalista José Prat, administrador de la Escuela Moderna de Francesc Ferrer i Guàrdia.

¡Las vueltas que da la vida!

Barcelona... Voy llegando a Barcelona, por fin.

—Y vosotras...

—¿Qué, rico?

—¿Venís a recibir a estos señores?

—Si ellos quieren...

—¿Quiénes sois?

—¡Adivina!

—¡Putas!

—¡Las mismas que cogen y vuelan y que te hacen ver estrellas!

—Ya las había visto por aquí...

—Tú eres...

—Carmela.

—¿Y tú?

—María. ¡Un gusto!

—Venís del barrio chino, ¿verdad?

—A mucho honor, chaval. ¿Y tú?

—Yo vivo en El Rabal, a veces trabajo para don Cosme.

—¿El de la librería?

—Sí.

—¡Qué condición!

—¿Y hoy vosotras no trabajáis?

—Deja, chaval. Se han unido a la causa.

—Y... ¿puedo ir yo en la causa?

—Haberlo dicho antes, mocete. Acompáñanos que todos son pocos y bienvenidos.

—¿Adónde vais?

—¡Al *Bar Marsella*! Allí también os darán posada.

—¡Al *Marsella*!

— ¡Con un joven camarada!

— Mi nombre es Joan, Joan Moncayo, camarada.

El viaje ha sido demoledor. Cumplí más de veinte horas de trayecto desde que salí de casa, en Medellín. Intenté dormir, pero la silla del avión me resultaba incómoda. Me dediqué a leer los papeles que tengo de Panclasta y a escribir el esbozo de lo que puede llegar a ser una novela. Sus huidas de Colombia tanto como su obsesión por cambiar la humanidad me parecen fascinantes.

En el *Bar Marsella* concurren pescadores, estibadores, comerciantes, prostitutas, algunos estudiantes y los de la CNT. Se ha formado un corrillo y todos juntan sus cabezas

escuchando a los viajeros del otro lado del Atlántico. Incluso el joven Joan sigue atento las palabras de sus nuevos camaradas.

—Todos tenemos algo en común— dice Eliodoro Farfani, de la CNT, al tomar la tercera copa. —La conciencia social.

—Por eso debemos hacer la revolución en el mundo entero.

Bajamos del avión y caminamos por un pasillo que nos dirige a Migración. Allí uno de los uniformados que se apostan fuera, al lado de las filas, me pregunta cuál es el propósito de mi visita. Le digo que participaré en una mesa redonda en un festival sobre novela negra. ¿Negra? La que cuenta un crimen, le aclaro, resumiendo el objeto de esta literatura. El hombre se sorprende del adjetivo y me pide la carta de invitación. Yo se la enseño. Va firmada por Paco Camarasa, el “Comisario” de Barcelona Negra. El hombre repara en que está en catalán. ¿Y tú si entiendes el catalán?, me pregunta. Pues no es difícil. ¿Y el festival será en catalán? No sé. Supongo que algo habrá en catalán. Pues espero que entiendas, dice. Lo intentaré, respondo.

Esto de las lenguas es un tema complejo cuando de fronteras se trata, pienso: recuerdo cuando aprendí el francés en París: la necesidad tiene cara de perro, decimos en Colombia. La lengua se vuelve sinónimo de frontera. Yo intento pasarla y,

por lo tanto, me sumerjo en otra lengua así sea a la fuerza... Como Panclasta.

Más adelante, un oficial de uniforme negro en una ventanilla verifica mi visa expedida por las autoridades españolas en Bogotá. De nuevo me pregunta el objeto de mi visita. Turismo, le digo. El hombre examina la visa. Como consecuencia de mi oficio de profesor, la última visa de la Unión Europea me la han dado por un año. ¿Ocupación?, me pregunta casi de inmediato. Profesor universitario, le respondo en desmedro de mi condición de escritor. Soy profesor y escritor, agrego de inmediato, pero presiento que esta última no sea en estricto sentido una profesión para las autoridades españolas, mucho menos si la persona viene de un país como Colombia, que hace parte de la selva de un tercer mundo, en su lógica, un país lejano y pobre, y sin duda analfabeta. Ignoro si esto último es un prejuicio de mi parte, pero por su mirada siento que el hombre así lo debe pensar. Como muchos españoles, puede estar acostumbrado a que los colombianos seamos curas o ciclistas y yo no soy justamente Rigoberto Urán. Me mira a los ojos, escudriña un posible miedo y al fin me deja pasar. Debí discernir en mí al criminal y solo tenía dos opciones. Escogió dejarme entrar.

Con el pasaporte sellado, salgo a recoger la valija, como llaman aquí al talego, en la banda giratoria. Tarda —y no “demora”, como decimos nosotros— una eternidad. Además, como somos muchos del mismo vuelo, la operación se hace aún más lenta.

Yo pienso que ese desplazamiento circular de la banda es como la historia de Colombia: no contiene nada más que talegos de desplazados sin rumbo.

Al fin sale mi equipaje. Rápidamente lo tomo y empiezo a andar con él arrastrándolo por el pasillo hacia la salida. Ruego a las divinidades que no me retengan en la última estación del camino, donde ya se encuentra la policía de aduana con sus perros haciendo lo suyo con algunos viajeros. Llevo los papeles de Panclasta, varios libros de la colección Medellín Negro para obsequiar y algo de ropa, nada que resulte sospechoso. Odiaría, en cualquier caso, retrasarme ahí en el aeropuerto. La espalda, el sueño y la ausencia de las voces de Ángela e Irene disminuyen mi ánimo considerablemente.

—Yo creo que la cosa ya empezó.

—¿En México?

—No. ¡Qué va! Aquí, camarada.

—¿Aquí, Panclasta?

—Ustedes son los que la han iniciado.

—¿Nosotros?

—Por supuesto. Europa lleva años siguiendo un plan y ustedes ya lo han concretado en Madrid.

—¿Un plan? ¿En Madrid?

—¡No es necesario hablar de eso, Panclasta!

—Yo creo que debe hacerse, Aristide. Nadie parece aceptarlo, pero resulta evidente.

—¡Vamos, parad! ¿A cuál plan os referís?

—Al Plan Europa.

—Callate, che.

—¡Déjame!

—¿El plan Europa?

—¿De dónde habéis sacado eso?

—Solo es un nombre...

—Pero bueno, ¡dejad!

—Deja tú, camarada italiano: ¿Qué es el plan Europa, camarada Panclasta?

Antes de la salida, varios policías requisan equipajes de los viajeros del vuelo. Les hacen preguntas a los dueños, les piden mostrar cosa por cosa y les inquietan sobre su propósito en España, su ocupación u oficio, si se van a quedar... Les piden demostrar lo que afirman. Casi todos, como yo, tienen una gruesa carpeta con varios papeles en sus manos. Deben ser la una y mil certificaciones de decencia que aprendimos a cargar los colombianos.

—¿El plan Europa? Consiste, especulo yo, en eliminar a los monarcas de Europa para lograr así cambiar el orden social.

—¿A los monarcas de Europa? Pero si son muchos...

—Pues Morral ha ayudado en la tarea.

—¡Ja! El pobre lo intentó, pero...

—Pues yo creo que no estaba solo. Creo que detrás de él había un plan.

— ¿Un plan? Si sabes algo tienes que contárnoslo.

— Es solo una hipótesis por ahora, pero...

— Espera. ¡Guapa: más ajeno para todos!

— ¡A calentar el gaznate! ¡Esta historia exige nuestra atención!

De verdad que no es fácil ser colombiano en un aeropuerto en España. Ni en Europa, claro; ni en Estados Unidos, ni en Antofagasta: hace unos días se han presentado desórdenes en Chile por la llegada masiva de comunidades negras provenientes del Pacífico de Colombia. La gente de la ciudad se opuso a esta migración. Trae la delincuencia y la inseguridad, dicen. Como consecuencia de esto y de otros casos en el mundo, en *El Espectador* (el segundo diario más importante de Bogotá) anuncian lo que denominan una colombianofobia planetaria derivada de esta migración masiva de colombianos a distintos países. Un éxodo de parias, como de los que hablaba Panclasta. Son unos ocho millones de colombianos los que errabundean por ahí buscando vivir una vida normal en cualquier sitio. A Venezuela llegan anualmente más o menos quinientos mil. No sé la cifra de los que viven en España, pero también son miles. Yo me pregunto si hoy hago parte del éxodo y soy víctima potencial de la xenofobia. A mayor migración, mayor rechazo.

—¡El Plan Europa! Panclasta, ¿está usted loco?

—Locos quienes no se han dado cuenta del asunto, mijo. El Plan es lo único que explicaría lo que está pasando.

—¿Pero, de verdad usted cree que existe ese plan?

—Cada vez más pienso que sí, mijo. Aunque... ¡Qué importa si no es verdad! La lucha no requiere planes ni resultados, no es una inversión. Con que existan los hechos, el cambio se irá produciendo.

—Pocos entenderán eso.

—Pues yo lo entiendo. Y la princesa. Y tú. Y Mateo Morral también, por supuesto. Son muchos los que lo han comprendido. Esto hace que sea entendible, ¿verdad, mijo?

—A muchos les gustan los reyes, Panclasta.

—Cuando tomen conciencia de lo que la monarquía significa, esa mayoría cambiará de gustos.

—Si de verdad cree posible llegar a ello, hay una gran tarea por hacer. Hay reyes por todas partes, Biófilo...

—Aquí está hecha. Los catalanes no quieren al rey.

—Pues no todos. Lo vio en el *Marsella*.

—Cambiarán de opinión, mijo.

Algunas veces sufrí la discriminación en directo. Recuerdo como en un *flash* cinematográfico uno que otro hecho afrentoso: un policía en Roma que irrumpió en mi habitación a las cuatro de la madrugada a exigirme documentos y razones de mi estancia en Italia; un *skinhead* que me buscó camorra en una cabina telefónica en París; un grupo afro que cerró un restaurante en la *banlieue*, en la capital francesa, cuando entré en compañía de Stéphane...

“Se dice de Dios: Los nombres no te nombran. Eso es igualmente justo para Mí; ningún concepto me expresa, nada de lo que se considera como mi esencia me agota, no son más que nombres. Se dice, además, de Dios, que es perfecto, y no tiene ninguna vocación, no tiene que tender hacia la perfección. También esto es cierto para Mí.

“Yo soy el propietario de mi poder, y lo soy cuando me sé Único. En el Único, el poseedor vuelve a la Nada creadora de que ha salido. Todo ser superior a Mí, sea Dios o sea el Hombre, se debilita ante el sentimiento de mi unicidad, y palidece al sol de esa conciencia.

Si yo baso mi causa en Mí, el Único, ella reposa sobre su creador efímero y perecedero que se devora él mismo, y Yo puedo decir: Yo he basado mi causa en Nada”.

Max Stirner

Grave fue lo que le pasó hace años a mi amigo Hernando en Madrid –golpes en la calle, pérdida parcial de la visión y afectación de un oído.

La cuestión particular refleja la situación política: recuerdo que perdí el trabajo luego de la paranoia y la cacería de brujas en París por lo sucedido en las torres gemelas de New York en 2001. En ese momento todo cambió, incluso los vigilantes de los aeropuertos empezaron a requisar y restringir equipajes como producto de la alucinación norteamericana respecto del terrorismo árabe.

Todo esto se agolpa en mi cabeza mientras intento salir incólume de la escala aduanera.

–Lo del plan los ha dejado mudos.

—Y a mí su reacción, Gustavo. Parecían sorprendidos. Pero es un hecho que Morral no está solo... Y es catalán.

Finalmente, logro salir al corredor del aeropuerto Prat. Está a tope. Una gran cantidad de aviones aterriza al mediodía y la gente parece un desfile de hormigas. He culminado la tercera etapa de obstáculos que significa este viaje (luego de la visa y el dinero para venir). Afuera, numerosos familiares de colombianos esperan, los de aquellos que están requisando dentro, supongo. No es una persona, ni dos, es una comunidad entera esculcada por las autoridades policivas. Seguro no todos entrarán a España.

Hay abrazos y lágrimas en el *hall*. Muchos colombianos, claro. Los familiares de aquellos que no pudieron entrar deben ser los que más lloran.

Silvia, la chica que venía a mi lado en el vuelo, está ahí esperando que le revisen el talego. Me pregunto si algún día volverá a Colombia, si vivirá en Neiva.

—Pero acuérdense de que Morral no salió muy bien librado del asunto.

—Eso no cambia nada, mijo. Su ejemplo cunde. ¡En España otro lo logrará!

Sebastián está en primera línea. Apenas salgo, advierto su sonrisa y su cabeza brillantes. Me acerco y lo abrazo.

—¡Qué gusto verte! No te imaginas cuánto te agradezco que hayas venido a recogerme.

—No es nada, Gustavo.

—Para mí, sí. Venir hasta el aeropuerto es mucho.

—No tanto.

—Gracias de todas maneras.

—Desde aquí es difícil llegar a casa. Lo mejor era venir y acompañarte. La ruta es larga. Por eso te dije que trajeras un equipaje liviano.

—Pues espero que este talego sea adecuado.

—¡Vaya cabello tienes! ¡Mira el mío!

Nos reímos. Su cabeza totalmente afeitada es parte de su sello.

—Es uno de mis medios para encontrarme conmigo mismo.

—Pues si sigues buscándote, terminarás como Rapunzel.

Nos reímos de nuevo.

Pienso en Irene, en los cuentos que le leo en las noches, y en que justamente le pidió ese disfraz hace dos meses al Niño Dios. Nuestras costumbres son agnósticas, pero las tradiciones navideñas nos rodean donde vamos y nosotros, sin mayores aspavientos, las dejamos estar. Hablamos con ella del pesebre y de los Reyes como un cuento de hadas, explicándole que algunos creen en ellos, que otros no, que cada cultura tiene sus propias costumbres y que puede soñar.

—Mi hija habla mucho de ella.

—Todos los niños lo hacen. Está de moda.

—Pues a ella le gusta escuchar una y otra vez el cuento. Le fascina la parte en la que Rapunzel, con ese cabello infinito que no para de crecer, acude al llamado de la bruja desde lo alto de la torre en la que está presa. Irene repite entre risas una y otra vez “Rapunzel, Rapunzel, deja caer tus cabellos”, remedando la voz de la bruja. Yo le digo que Rapunzel es la precursora más arcaica de los ascensores *Schindler*.

Entre carcajadas, emprendemos nuestro camino a su casa.

—¡Sensatez, Panclasta! La violencia ha llevado a que la gente rechace el anarquismo. Toda posición libertaria la catalogan de terrorista.

—¡Malagradecidos! Gracias a nosotros disminuyó la jornada laboral, la educación cambió...

—El problema es la violencia, Panclasta. Eso del plan hace que pululen los Morral y escaseen los Ferrer i Guàrdia.

—Ferrer también debe hacer parte del Plan. De hecho, me pregunto si él es su cerebro en Cataluña.

—Por cosas como esas confunden a los anarquistas con los terroristas.

—Para los rusos ese no es un problema.

—Usted y yo somos colombianos, y estamos en Barcelona. Por qué pensar siempre en Rusia.

—Desde Rusia surgirá el cambio que se extenderá al mundo.

—Pues ni siquiera en Rusia los antimonárquicos cuentan con todo el apoyo.

—Los nihilistas nos apoyan.

—Valiente apoyo. Los nihilistas hacen novelas, Panclasta.

—Ellos están hartos de matar príncipes.

—Pero no serán ellos los estrategas del plan, ¿verdad?

—Podría ser. Los nihilistas están sembrando la semilla del cambio. La verdadera revolución no es un hecho puntual, es un cambio en el espíritu y eso es lento.

—Entonces habrá que confiar en los lectores de novelas para la ejecución del plan, ¿no le parece, Panclasta? Y de eso, creo, *pocón*. Ya sabe usted cómo se lee.

—Ten fe, miijo. La acción individual puede ser revolución. Los escritores lo saben, claro, y con el tiempo encuentran uno o dos verdaderos lectores, y con ellos, quienes ejecuten sus ideas.

—¿Un nuevo plan?

—Y esa ropa tuya, cálida y negra, ¿hace parte de tu búsqueda o de tu aversión al frío?

—Un poco de ambas, claro. ¿Has oído de Panclasta?

Barcelona, 3 de junio de 1907

10 h

Treinta pesos. Al final, tuve que pagar tres noches en el albergue.

También se me fue la guita en unas cuantas copas y un libro, *Así habló Zaratustra*, de Friedrich Nietzsche. Los colegas dicen que es una lectura necesaria. Seis pesos. Comidas, cuatro pesos...

Debo dejar de pensar en pesos. Ahora son duros. ¡Duros!

Un café, un duro; una tortilla, dos duros... Tres pesos, un duro. He cambiado algunos pesos por duros en un estanco. Me ha sorprendido lo poco que es lo que tengo aquí en España.

Algunos colegas me han dado unos cuantos duros, pero Ámsterdam no está a la vuelta de la esquina y debo emprender camino antes de que se me acabe el dinero aquí.

Sebastián y yo llegamos a su piso en la Rambla del Poblenou. Rosa, su mujer, no está. Es trabajadora social del sector público y está de guardia.

Otra vez los nombres y la memoria: hace años, por Poble Nou se apostaban las mujeres y en general las familias de los condenados a muerte para seguir el paso de los camiones oficiales que llevaban a los presos hasta el muro de fusilamiento del Camp de la Bota. Intentaban encontrar a sus seres queridos y si tenían suerte lograban despedirse de ellos. Hoy la rambla comercial parece no tener nada que ver con eso.

“El hombre es algo que debe ser superado. Por esto necesitas amar tus virtudes, pues perecerás por causa de ellas”.

Así habló Zaratustra.

Barcelona, 5 de junio de 1907

10 h

Envié una carta a *Le Temps Nouveaux*, a Jean Grave, el autor de *La Société Mourante et l'Anarchie* y *Las aventuras de Nono*, ese maravilloso libro para niños utilizado en las escuelas modernas de América Latina. Grave busca transformar la educación en Occidente. Nono se identifica con el propósito de Francesc Ferrer i Guàrdia y se adecúa a los más progresistas principios revolucionarios. Como *Corazón*, de Amicis, que también tuvo un gran impacto en Italia, pues logró unir el campo de la educación con el de la vida social –infancia y política. Cosas como estas me impulsaron a escribirle a Grave.

Alrededor de *Le Temps Nouveaux* se han reunido los camaradas franceses y la princesa me aconsejó que una vez en Barcelona tomara contacto con ellos.

Le informé a Grave de mi estancia aquí y le pedí ayuda, por lo menos hasta que reciba el dinero de Buenos Aires.

El envío de la carta me costó dos duros.

Por las obligaciones de mi trabajo en la Universidad, no pude venir antes a Barcelona y he llegado el octavo día del certamen Barcelona Negra, que empezó el pasado 29 de enero.

Traté de dormir un poco luego del viaje, pero fue imposible. El frío y la ausencia de Ángela me lo impidieron. Me levanté entonces y traté de hacerme al ritmo de la ciudad.

Las actividades que he perdido han sido varias. Entre otras, la entrega del Premio *Crims de Tinta*; una charla con Anne Perry, la autora de *La médium de Southampton Row*, que leí hace poco; una mesa redonda titulada “Barcelona, capital de la novela negrocriminal europea”; otra llamada “Nuevas geografías criminales”. Perdí también otra mesa que por su nombre parece una broma: “¡Qué viva Darwin! La evolución del personaje en la novela negrocriminal”; la charla “¡Queremos tanto a Mankell!” (escritor que invité a Medellín Negro el año pasado y no pudo ir por quebrantos de salud) y las mesas redondas “Cataluña, tierra de crímenes”, “Con B de Buenos Aires, con B de Barcelona” y “Nos gusta el amarillo. Tres propuestas negrocriminales italianas”.

La repetición del adjetivo negrocriminal me confirma la necesidad de hablar de una manera diferente para referirse a este género de la novela actual. El nombre novela negra en efecto se ha quedado corto para lo que es esta experiencia literaria de la recreación del crimen en un mundo sin los referentes clásicos de lo que significa la democracia.

20 h

“Apenas llegó Zaratustra a los treinta años, dejó su patria y el lago de su patria y se refugió en la montaña”, escribe Nietzsche.

¡Qué privilegio irse a la montaña cuando hay tantos problemas que sortear en la patria, que, por demás, no tiene un lago!

23 h

Ceccarelli ha corrido a Roma. Quiere ver a su familia y a sus amigos, visitar a un joven colega, un tal Gramsci. Hoy ha venido a despedirse al albergue antes de irse. Me ha dejado unos duros. Toma. Con esto te ayudas. Yo tengo a los colegas de Roma, dijo. Su tos, tal vez por el verano o por su temporada más cerca de casa, ha menguado. Está de mejor espíritu.

“Nos encontraremos en Ámsterdam el 20 de agosto. ¿Te parece?”, me preguntó retóricamente porque en realidad él ya había decidido lo de su viaje y la fecha de su llegada a Holanda hacía rato. Se le notaba que quería volver a Roma. Yo lo venía venir. Por mi parte, no he querido decirle que quizá tomaré la ruta de Francia, que acaso vaya a París.

¿Ir a París?

Es curioso, Panclasta. Al escribir su plan, no puedo dejar de pensar en el mío de hace años. Todavía no sé lo que París signifique para usted, si lo ve como una simple ruta para Ámsterdam o qué, pero para mí la ciudad tenía un contenido muy preciso.

Para un colombiano como yo, París *era* la Revolución. No se trataba de historia, o no solo. La vigencia del sueño de la revolución era evidente. Mi madre y mi abuela me lo habían inculcado.

A finales del siglo XX, yo quería comprobar la vigencia del espíritu revolucionario en Francia.

Hacía poco, en 1989, con el apoyo de la Embajada de Francia, había asistido a una celebración de los doscientos años de la Revolución en mi Universidad, en Bogotá. Allí, se habló de la presencia de Francia en Colombia; de la tradición revolucionaria en Hispanoamérica; de los intelectuales de la época, de Voltaire, Rousseau..., de la vigencia de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad.

Una acuarela adornaba los volantes del evento. Se trataba de *Toma de la Bastilla*, de Jean-Pierre Houël. En el centro de la pintura se observa la detención del alcaide, el marqués de Launay.

Con mi tradición familiar y este volante en la mano, que nunca tiré, yo me puse como meta llegar algún día a La Bastille. Prometer allí mi liberación y la de los míos y abogar por la detención de todos los Launay que pudiera.

París, la meca de la libertad, de la revolución. París, refugio de emigrados. Desde niño sueño con ver París. Conocer la torre nueva, Notre Dame, la Sorbonne... Caminar por las calles adoquinadas de las que hablaban los clérigos en el colegio eudista, aquellas en que se formaron las barricadas. Quisiera visitar a Nordau, al profesor Romain Rolland...

“En verdad, también yo he aprendido a esperar, a esperar largo tiempo, pero a esperarme a mí. Y he aprendido, sobre todo, a tenerme en pie, a andar, a correr, a saltar, a trepar y a bailar. Pues esta es mi doctrina: el que quiera llegar a aprender a volar un día, debe, de antemano, aprender a tenerse en pie, a andar, a correr, a saltar, a trepar y a bailar; ¡no se aprende a volar de buenas a primeras!”.

Así habló Zaratustra.

Yo me moría por ir a París, Panclasta. A la París de Margarita La Radical y Salomé, de Mamaíta, de Julia, de Zoraida, mi abuela, y de mi madre, Margarita; a la París de las fijaciones libertarias de todas ellas. Cada una a su manera soñaba con una París: la de los 72 días de la Comuna del 71, que obsesionó a Julia; la de Víctor Hugo, que atraía a Mamaíta; la de *La educación sentimental*, de Flaubert, y *El vientre de París*, de Zola, que comentaba mi abuela Zoraida; la de Proust, de Margarita, mi madre. En mi casa de Pamplona existían rezagos de cada uno de estos sueños: una gramática francesa; viejas ilustraciones de los impresionistas; libros sobre educación en francés, un grabado galo de un desembarco del Río Magdalena en Sogamoso de 1870, novelas, muchas novelas... Siempre me pregunté qué fundaba la relación entre París y las mujeres de mi familia. Por qué esa obsesión con París y por qué su insistencia en eso de que la cigüeña nos trajo de París. Ignoro si en el mundo entero se habla así del nacimiento, pero en Pamplona se machaca el mito. Esa imagen infantil de la cigüeña siempre me inquietó, me llevó a pensar de niño que mi origen mismo era París, que allá había nacido y por el capricho de un simple pájaro migrante había resultado en Colombia, la de la barbarie, y en Pamplona, la invisible. Yo era el niño –no *la niña* – de una cuarta generación de inmigrantes de París que, como las anteriores, deseaba conocer su verdadero terruño, el Quartier Latin, La Sorbonne, La Bastille,

el Louvre... Y también por esto tenía grandes expectativas con los franceses, Panclasta. La libertad, la igualdad, la fraternidad, todo eso que mi abuela celebraba en sus clases de la Normal de Señoritas y mi madre en Bogotá en sus tiempos de compromiso; la París de Baudelaire, Flaubert, Balzac, Zola, la de la Comuna.

Nada. Ni un duro de los camaradas. Uno que otro me ha ofrecido su casa, pero ni un duro. A veces duermo donde Fábrega, en su taller, o en la sede de la CNT, en la calle Foc, cuando hay espacio. Cuando otros camaradas llegan temprano no puedo quedarme allí. No quiero interferir con esa rutina; por lo menos mientras me voy a París.

Voy de un lado para otro, pero no sé qué hacer para obtener unos duros. Intento contactar a los colegas del Forgas, pero ha sido imposible.

Camino a lo largo y ancho de la ciudad y me obnubilo con su belleza. El templo expiatorio de la Sagrada Familia de Gaudí me ha dejado sin palabras.

Pero... ni un duro de más y el hambre arrecia.

A las 19 h asisto a la Entrega del Premio Pepe Carvalho otorgado este año a Alicia Giménez Bartlett, en el Salón de Cent del Ayuntamiento de Barcelona. Están presentes el Alcalde de la ciudad, Xavier Trias, y las personalidades que definieron el premio, Jordi Canal, director de la Biblioteca La Bòbila de L'Hospitalet; los escritores Andreu Martín, Daniel Vázquez Sallés, los periodistas Rosa Mora y Sergio Vila-Sanjuán y Paco Camarasa, comisario de BCNegra 2015, que me invitó al evento. Me sorprende ver entre estos a Ernesto Mallo, comisario de Buenos Aires Negra, BAN—a quien conocí en Mar del Plata el año pasado—, arriba en la tarima. Me pregunto si ha intervenido en lo del premio.

Así anuncia el programa tal reconocimiento:

El Premio Pepe Carvalho pretende ser un reconocimiento especial a autores nacionales e internacionales de prestigio y de reconocida trayectoria en el ámbito de la novela negra. Este galardón constituye un homenaje a la memoria del escritor Manuel Vázquez Montalbán y a su célebre detective Pepe Carvalho. El fenómeno Carvalho contribuyó enormemente al resurgimiento, en los años setenta, del género literario negro y criminal europeo, convirtiéndose en parte significativa de la educación sentimental de varias generaciones de lectores. El personaje de Vázquez Montalbán también potenció en gran medida la ciudad de Barcelona como pionera en la renovación del género. En

las nueve ediciones anteriores del Premio Pepe Carvalho han sido premiados Francisco González Ledesma, Henning Mankell, P. D. James, Michael Connelly, Ian Rankin, Andreu Martín, Petros Mårkaris, Maj Sjöwall y Andrea Camilleri.

Original eso de educación sentimental de los años setenta en España. Me sonó a Flaubert. Lo mismo que hablar del género negro y criminal luego de mencionar la novela negra. Creo que todos vamos por la misma onda. La lista de los ganadores así lo demuestra. Francisco González Ledesma, que fue uno de los primeros, y Giménez Bartlett, la última, constituyen una nueva forma de hacer novela, más humana y cotidiana que la anterior, la de los ingleses o los norteamericanos. Una novela que puede poner en duda ideas clásicas de ley, Derecho, sanción y justicia.

Me pregunto si al fin ganará este premio Paco Ignacio Taibo II.

Otra carta a Grave. Dos duros más. Le manifesté mi interés por encontrarlo en París y consultarle acerca de la situación del movimiento en la ciudad, del plan antimonárquico, de los avances de la revolución... de posibles ayudas financieras para invitados al Congreso de Ámsterdam.

Espero que esta carta sí tenga una pronta respuesta.

Al entrar al Salón de Cent, me encuentro con mi amiga Laura, fotógrafa que acompaña siempre a William Gordon, autor de *El rey de los bajos fondos* y *Duelo en Chinatown*, en sus actividades literarias. Coincidimos en Mar del Plata el año pasado, en el Festival Azabache que coordina Javier Chiabrando. Entonces hizo una serie de fotografías en blanco y negro de los escritores invitados y tuvimos tiempo de departir en una visita que prepararon los organizadores del evento a la casa de Victoria Ocampo. Allí nos hizo algunas fotos a Mallo, Sasturain, Marisa Potes, en el lugar donde a su vez se había fotografiado la artista en compañía de Borges y Bioy Casares. Después de saludarla, me lleva adonde Willy. Me alegra el encuentro. Willy me recibe con la amabilidad de hace un año. Es un verdadero gusto verlos en Barcelona.

14 h

Hoy aprendí a fabricar bombas de tiempo. Fábrega me instruyó. El hombre está obsesionado con este asunto y dice que todos debemos aprender. Cuenta con ácidos perforantes y desintegradores y otros artefactos hechos a base de hierro y vidrio. Las bombas se accionan por un pequeño reloj. Ignoro si

aplicaré esto como Durruti, pero lo que sí sé es que resulta fundamental aprender a hacerlo para lograr el objetivo. Uno nunca sabe.

El hambre lo hace pensar a uno cosas extremas.

La ceremonia del Premio Pepe Carvalho se realiza en catalán. Hablan el Alcalde y algunas de las personalidades y la entrega se sustenta de esta manera: “por haber renovado la novela policiaca española, aportándole una perspectiva femenina y feminista que ha sido pionera en este ámbito. Y por haber creado dos personajes de ficción —la inspectora Petra Delicado y su inseparable Fermín Garzón— que en sucesivas novelas han ido consolidándose hasta obtener el reconocimiento propio de las figuras clásicas del género, así como la difusión internacional. Y por ser una autora destacada del género negro barcelonés, en la línea de Manuel Vázquez Montalbán, en memoria del cual se concede este premio, y de Francisco González Ledesma y Andreu Martín, que lo obtuvieron anteriormente”.

Interviene entonces la escritora Giménez Bartlett. En español. Sus palabras brillan por su amenidad y sentido común. Su acento se aviene con sus ideas y con el género que escribe.

A continuación, nos trasladamos a un restaurante ubicado a algunas cuadras del Ayuntamiento para la celebración. Vamos caminando varios de los asistentes a la entrega del galardón. En el lugar, conozco a la escritora homenajeada, que habla un poco sobre su obra actual y un poco sobre su vida en la ciudad, a dos chicas catalanas que se encargan de difundir el evento en una página web y a una pareja de franceses que hacen difusión del *Pirineus Negres, Primer Festival Transfronterer de la Novel·la i Cinema Negre*, que se realizará del 1 al 3 de mayo en la Cerdanya. Me gustaría volver a Francia a algo como esto. Me encuentro, además, con Tatiana Goransky, escritora argentina que también había conocido en Mar del Plata, autora de *¿Quién mató a la cantante de Llaz?*; Marcelo Luján, escritor argentino que me ha presentado Laura, autor de *Subsuelo*; y a Émpar Fernández, escritora catalana que en 2013 quedó de finalista del Premio de Novela de Crímenes Medellín Negro. Con ella hablé en su momento. Pensamos en la edición de una novela suya en nuestra colección.

Mientras yo practico lo de las bombas, Joan lee en voz alta del libro de Stirner:

La burguesía se reconoce en su moral, estrechamente ligada a su esencia. Lo que ella exige, ante todo, es que se tenga una ocupación seria, una profesión honrosa, una

conducta moral. El caballero de industria, la ramera, el ladrón, el bandido y el asesino, el jugador, el bohemio, son individuos inmorales y el burgués experimenta por esas gentes sin costumbres la más viva repulsión. Lo que les falta a todos es esa especie de derecho de domicilio en la vida que da un negocio sólido: medios de existencia seguros, rentas estables, etc.; como su vida no reposa sobre una base segura, pertenecen al clan de los individuos peligrosos, al peligroso proletariado: son particulares que no ofrecen ninguna garantía y no tienen nada que perder, ni nada que arriesgar.... Se podrían reunir bajo el nombre de vagabundos a todos los que el burgués considera sospechosos, hostiles, peligrosos.

¡Soy peligroso!

París, mijo. Tienes que ir a París, la ciudad de la revolución, la de la Comuna. Tienes que estudiar en La Sorbonne. Tienes que caminar por el Quartier Latin, por el Luxemburgo, por lo que quede de La Bastille.... Julia, mi queridísima hermana Julia, la militante, habló siempre de París, de la Libertad... Tu mamá, Margarita, seguramente te ha contado algo de esto. Julia imaginó que una pequeña París era posible en Pamplona; que podíamos fundar una generación ilustrada de intelectuales progresistas: Teodoro Gutiérrez Calderón y su hermano,

Alejandro; el médico Alfredo Lamus Girón, Martín Carvajal, Milciades Peralta, Pacho Blanco, José Rozo Contreras, Francisco de Paula Rivera, Ramón González Valencia, si es que quería, Manuel Guillermo Cabrera, Orlando Villamizar y otros tantos, decía... Otros tantos nombres que se irán perdiendo en el olvido nacional y que entonces podían impulsar nuevas ideas por encima de los discursos de la Iglesia y los temibles partidos políticos.

Laura me presenta a Andreu Martín, con quien me embarco en una seria discusión sobre el tema de la policía en los estados contemporáneos. Él arguye que se trata de una necesidad social (¿quién te defendería si no hay policía?, me pregunta); yo, que es una imposición violenta del Estado. Él con sus ejemplos, yo con los míos. Justamente para Malatesta, la anarquía es la abolición del gendarme, es decir, cualquier fuerza armada, cualquier fuerza material al servicio de un hombre o de una clase para obligar a las demás a hacer lo que no quieren voluntariamente. Al final me dice: “en vuestros estados, tu opinión se entiende”. Sé lo que quiere decir con esto. Recuerdo Salamanca y París. En sus palabras noto la división de mundo entre civilizados y bárbaros. La división me parece tan vigente como las fronteras; ambas ideas son aún hoy imposibles de resolver. En Europa todavía se piensa que hay países en un estadio inferior de la cultura y lo más triste de

eso es que, dada nuestra situación, pueden tener razón. Sesenta años de guerra consecutiva en Colombia lo probarían. Aunque nadie lo admita, este juicio se respira en el ambiente. Hay estados en que puede pensarse la democracia y otros en los que no, en los que sencillamente se ha asumido la barbarie. Recuerdo mi charla de hace un mes en Madrid, en Casa de América, con la escritora Marta Sanz. Mientras yo hablaba de masacres, ella hablaba del paro; mientras yo hablaba de dictaduras, ella exaltaba el valor de los “problemas cotidianos” para la literatura. Partíamos ambos de bases establecidas. Desencuentro total; ausencia de reconocimiento mutuo. Me sorprendió en esa ocasión que respondiera, sin rubor, que no tenía conocimiento alguno de la novela negra latinoamericana y que por tal motivo no podía opinar al respecto. Centro y periferia aún, ¿qué hacer? A la semana siguiente, en enero, Sanz iría a Bogotá a promocionar su obra. Me pregunto si afirmó allí que no tiene ni idea de la novela negra latinoamericana. Seguro que sí. ¡Centro y periferia! Dos mundos que se revelan esta noche en esta conversación entre Martín y yo.

Barcelona, 13 de junio de 1907

He tratado de conseguir algo qué hacer en las cocinas, pero no hay quién contrate a un colombiano en lugar de un polaco.

Todos dicen que estos son fuertes como toros, y lo he comprobado. Pasan jornadas enteras sin dormir y siempre están contentos y de buen humor. He conocido algunos. Viven juntos, hacinados, en apartamentos de El Rabal. Se apoyan entre sí y el trabajo que no puede hacer uno, lo hacen los demás. Por la misma paga. Nadie les gana. Son fuertes y entusiastas. Envían dinero a sus mujeres en Polonia y tienen para gastar los domingos luego de la misa. Son muy católicos. Cuando hablo de revueltas miran hacia otro lado. La palabra huelga no les entra en su idioma y poco saben del anarquismo o de las bombas de tiempo. Son emigrantes por razones políticas, pero la religión sentidamente vivida les impide seguir en la militancia o vivir conforme a principios liberales. Su misma revolución de 1905 es hermana de la rusa y buscaba la autonomía nacional por encima de los intereses imperiales de su vecina. Sin embargo, estos inmigrantes de El Rabal apenas hablan de la independencia y confían demasiado en la Duma; acaso porque no quieren verse en problemas ni con su gobierno ni con el gobierno español, que los vigila. Solo uno de ellos, Jósef, un joven que llegó de Varsovia y trabaja en la panadería anexa a la sede de la CNT, tiene una visión diferente del asunto. Antes de venir a España trabajaba en una fábrica en su ciudad, pero tuvo que salir luego de la revolución. Dice que para él solo la muerte del Zar permitiría la llegada del socialismo a Rusia y, con ello, del reconocimiento de la identidad polaca. Cuenta que Alejandro III prohibió el uso de la lengua polaca, así como el ucraniano o el bielorruso, además de que persiguió sin piedad a los judíos. Yo pienso igual

respecto del Zar; sin embargo, dudo mucho de esta teoría del respeto por Polonia.

—Los rusos, a mi entender, solo están pensando en Rusia y se niegan a entender su propia condición imperial frente a los países vecinos.

—Espero que el futuro no te dé la razón— dice Józef.

La obsesión de los latinoamericanos con París es increíble; la colombiana es peor. O por lo menos eso fue lo que yo viví.

¡París! Allá están los colegas, escribe Panclasta, y al hablar de ello recuerda a Juan Vicente González, el escritor romántico de Venezuela que fundó el colegio “El salvador del mundo” y estuvo en la cárcel de la Guaira por oposición a los regímenes de facto.

“¡Francia es otra cosa! —opina Panclasta—. Yo, como mi buen amigo Juan Vicente González, siento que todo hombre tiene dos patrias: aquella en que nace y Francia, la tierra del pensamiento. Y con Schopenhauer, el filósofo pesimista, alemán de nacimiento, pero como todo pensador, latino de corazón, diré que ‘Europa está poblada de franceses, el resto del mundo lo habitan monos’”.

“Un mar de fondo sereno hay en mí. ¡Cualquiera adivinaría que oculta graciosos y traviesos monstruos! Impasible en mi profundidad; sin embargo, brilla de enigmas y carcajadas. He visto hoy a un hombre sublime: un hombre solemne, un penitente del espíritu. ¡Cómo se ha reído mi alma de su fealdad! Ahuecando el pecho, como quien contiene la respiración, estaba ahí de pie, el sublime, silencioso. Engalanado con horribles verdades, su botín de caza, y riqueza de harapos, cubierto con muchas espinas pero con ninguna rosa”.

Así habló Zaratustra.

En la tarde, en medio de un gran agotamiento, asisto a dos actividades, en la Sala Barts: “Una letra más en el abecedario del crimen. Charla con Sue Grafton y Kinsey Milhone” a las 17:15 h; y “La primera policía se llama Petra, Petra Delicado”, a las 18:15 h.

La primera sesión ilustró la relación entre la novela y Hollywood. Me sorprende lo consciente que es la escritora norteamericana de que al escribir novelas del género está

haciendo un negocio, un buen negocio. Sus novelas de alfabeto han sido publicadas enteramente en español por Tusquets y distribuidas desde España a todo el orbe hispánico. El dominio cultural de Europa se mide por este tipo de éxitos comerciales.

La segunda sesión fue una apología del personaje de Giménez Bartlett. Eché de menos que en esta última no se hablara de la novela *El silencio de los claustros* y, sobre todo, de algo como el tratamiento del tema de la Semana Trágica de 1909, que tanto me interesa. Algo así hubiera dado profundidad a las intervenciones que, por el contrario, brillaron por su simpleza.

Al salir, llamo a Laura y quedamos para cenar en la noche.

También llamo a Gerardo, mi amigo colombiano que, como Sebastián, se ofreció a hospedarme en su casa. Nos veremos mañana para almorzar (otra palabra sin uso en España).

Con *El Observador*, Julia tenía la idea de seguir el ejemplo de *La Chispa*, de Rusia, o de *La Revista Blanca*, de España; de *El Neogranadino*, de Manuel Ancízar, y *El Alacrán*, de Joaquín Pablo Posada y Fernán Pineros; de *El Faro* y *La Razón del Obrero*, de Jacinto Albarracín; de *Voz popular*, de Pedro E. Rojas, Gerardo Gómez, Carlos F. León y otros; de *La Antorcha*,

del Grupo Sindicalista Antorcha Libertaria; de *Pensamiento y Voluntad* o *El Sindicalista*, de algunos militantes bogotanos, y en especial de *El Anticristo*, el periódico de Panclasta de 1909; publicar en su periódico las ideas del anarquismo y, en particular, de Biófilo, sistematizarlas, y reproducir lo que iba investigando en torno al Congreso de Anarquistas de 1907.

Pamplona, 5 de noviembre de 1941

El Observador. El periódico del pueblo

La II Conferencia Mundial de Paz de La Haya de 1907

Dada la similitud de la situación actual de Europa con aquella de principio de este siglo XX, ofrecemos un análisis de lo sucedido en la II Conferencia Mundial de Paz de 1907, un prelude diplomático que permite entender la conflagración de 1914, la importancia del comercio de armas en el ordenamiento mundial y las tensiones y conflictos internacionales de la actualidad. Buscamos con ello generar conciencia sobre la situación de Colombia en la geografía planetaria y el riesgo que supone la autorización presidencial otorgada

recientemente a Washington de adelantar operaciones en el país a cambio de ayuda militar.

Antecedentes

No pueden entenderse las discusiones generadas y los acuerdos logrados en la II Conferencia Mundial de Paz de 1907 sin conocer la pugna por el poder, el territorio y el capital que protagonizaron los imperios europeos durante el siglo XIX.

Europa vivió entre 1870 y 1914 la llamada “paz armada”, un período de creciente tensión entre las naciones caracterizado por una desmesurada carrera armamentística que estaba a punto de llevar a varias de ellas a la quiebra. De ahí que la lógica señalada por la máxima latina «Si vis pacem, para bellum», “Si quieres paz, prepara la guerra”, fue la que rigió sus relaciones “diplomáticas” y determinó tanto la I Conferencia Mundial de Paz en 1899 como la II a la que nos referimos.

La guerra franco-prusiana, ocurrida entre 1870 y 1871 entre Francia y el Reino de Prusia (que para la época se extendía a todo el norte de Alemania) trajo como consecuencia el nuevo orden mundial. Hasta entonces, Gran Bretaña era el país más poderoso del mundo, tanto por su poder militar como por su estabilidad económica. No obstante, tras el triunfo de Prusia sobre Francia se proclamó el Imperio Alemán, que fundaba una sola nación germánica en lugar de la unión de pequeños estados que existía desde 1815. Alemania se consolidó entonces como el Estado más grande e

importante de la Europa continental, convirtiéndose en una amenaza para Gran Bretaña. El nuevo Estado buscó inicialmente preservar la paz en Europa, pero esta política cambió tras la muerte del emperador Federico III en 1888. Su hijo Guillermo II (hijo también de la primogénita de la Reina Victoria) destituyó del cargo al canciller que se había esmerado en la paz, Otto von Bismarck, rompió relaciones con su abuela, la reina de Inglaterra, y con el imperio ruso, e inició una campaña de militarización que aisló a Alemania del resto de Europa y la erigió como rival y enemigo de los imperios más poderosos de la época. Al mismo tiempo, la intervención iniciada en los Balcanes por el imperio austro-húngaro, que había perdido el liderazgo de la Confederación Germánica en 1866 y un poco antes su dominio de terrenos en el norte de Italia, provocó mayores conflictos. El imperio ruso promovía la unificación de los eslavos para lograr una salida al Mediterráneo, pero la oposición directa de los austro-húngaros a estos intereses llevó al monarca de estos últimos, Francisco José I, a aliarse en 1879 con Alemania definiendo radicalmente la política internacional. Así, se inició un proceso de alianzas en Europa que determinó, años después, junto con las luchas nacionalistas, los bandos enfrentados en la Primera Guerra Mundial: la “Triple alianza”, también conocida como la de las naciones del eje, constituida entre el imperio austro-húngaro y Alemania y posteriormente Italia; y la “Entente”, surgida entre Rusia y Francia en 1894, e Inglaterra en 1904. De aquí surgieron los intentos de hablar de paz en el contexto de una verdadera carrera armamentística.

La I y la II conferencias “mundiales” de paz

Las crisis desatadas por la llamada paz armada y por los continuos enfrentamientos por territorios que se daban entre imperios en el norte de Italia, Francia, los Balcanes, África y Asia llevaron al zar Alejandro II a promover a finales de 1868 lo que se conoció como la Declaración de San Petersburgo, un acuerdo que establecía los principios fundamentales para el control de hostilidades. Esta reunión buscaba limitar el uso de proyectiles huecos llenos de material inflamable, creados por los británicos, sus enemigos de entonces, en su campaña de posesión de Asia Central. El acuerdo se logró, pero resultó insuficiente tras la guerra franco-prusiana. Henry Dunant, un negociante suizo que promovió en 1859 la ayuda humanitaria a más de cuarenta mil soldados heridos tras la batalla de Solferino (ocurrida entre austriacos y franceses en su lucha por territorios del norte de Italia), creó entonces lo que se conoció como la Alianza Universal del Orden y la Civilización, que fue la que convocó en 1874 una reunión de naciones en Bruselas con el propósito de aprobar un convenio para la protección de los prisioneros de guerra. Cuando el gabinete reunido años antes en San Petersburgo conoció esta invitación, propuso la incorporación de lo aprobado en 1868, logrando así la definición de un proyecto internacional concerniente a las leyes y costumbres de la guerra. Dicho documento no llegó a ratificarse, pero propició que el nuevo zar, Nicolás II, a través del Conde Mouravieff, convocara en 1899 una I Conferencia Mundial de Paz. Su propósito fue solicitar la firma del convenio de Bruselas, estableciendo la limitación de armamentos, la reglamentación de la guerra y la creación de un tribunal internacional de arbitraje. A pesar de ello, solo

se lograron los dos últimos propósitos y se mantuvo viva la paz armada entre las naciones.

En 1907 se convocó una II Conferencia de Paz con el objetivo de fijar al fin la limitación de armamentos de las naciones, desangradas en su mayoría por las rentas y presupuestos que exigían sus ejércitos. Para lograr esto, de nuevo Nicolás II emprendió un arduo trabajo de diplomacia internacional que incluyó el apoyo del propio Theodore Roosevelt, entonces presidente de la potencia emergente en el nuevo orden mundial. En consecuencia, Estados Unidos propuso un modelo de acuerdo que sirvió de base para que el 16 de agosto se aprobara la limitación de armamentos. Así, sin llegar al desarme total, las naciones reunidas regularon el número, el tipo o las características de los armamentos adquiridos o utilizados, al igual que precisaron indicaciones sobre la fuerza numérica y la organización de las fuerzas armadas nacionales. Lo que continuó fue el establecimiento de las pautas materiales de lo que vendría hasta que un código más completo de las leyes de guerra se publicara: se dispuso que en los casos no incluidos las poblaciones y los beligerantes quedaran bajo la protección y el imperio de los principios de la ley de las naciones, de las leyes de la humanidad y los dictados de la conciencia pública. De tal manera, lo que se conocía como Cláusula Martens en 1899 (nombre derivado de su ideólogo, el consejero del zar Nicolás II, Fiódor Fiódorovich Martens), se actualizó en 1907 introduciendo esta fórmula de compromiso entre las potencias mundiales, que consideraban a los francotiradores como combatientes ilegales, sujetos a su captura y ejecución; y a los estados más pequeños, combatientes legítimos. Como dijo Santiago Pérez Triana, delegado

de Colombia en la II Conferencia, se establecían las leyes de la guerra en medio de la Conferencia de Paz.

Una III Conferencia, prevista para 1914, no llegó a realizarse por la guerra que se desató entre el Tríplice y los aliados, conocidos como la Entente. Entonces se demostró el fracaso de la política armamentista.

La limitación de armamentos

Pero, en 1907 ¿cuál es la médula de la política armamentista? El 11 de abril de aquel 1907, solo cinco días después de la inauguración de la II Conferencia Mundial de Paz, Inglaterra aceptó la limitación de armamentos propuesta por Estados Unidos, lo que quería decir que consentía la restricción del desarrollo, experimentación, fabricación, implementación, proliferación o utilización de armas en el espacio nacional o internacional (marítimo o aerostático). La decisión respondió al afán de los ingleses de quedar libres de obligaciones económicas y, al mismo tiempo, a una hábil jugada diplomática: al seguir la línea impuesta por Estados Unidos establecía un principio de no agresión entre las dos potencias y en particular se lograba la regulación de la expansión colonial con Francia. El pago de veinte millones de dólares que hizo la potencia americana a España por Puerto Rico, Filipinas y Guam —oficializado en París un año antes— y la política imperialista en Santo Domingo y Panamá habían establecido el poder de Estados Unidos en el continente, así como los intereses estratégicos comunes entre Europa y Estados Unidos. Además, el fallo favorable a Inglaterra del Laudo Arbitral de París de 1899, por el

que se dirimía la frontera de Venezuela y la Guyana Británica servía de telón de fondo a la decisión: en aquella ocasión Estados Unidos medió en representación de Venezuela, pero perdió por la componenda política de los jueces británicos que hacían parte del Tribunal. Y, sobre todo estaba lo de Panamá: en 1901, Estados Unidos e Inglaterra firmaron el tratado Hay–Paunceforte con el que se desconoció la soberanía colombiana en el istmo, al cual se le dio el estatus de “zona de importancia internacional”, es decir, de interés para Europa y Estados Unidos. En el proyecto del canal interoceánico intervenían franceses, alemanes y norteamericanos y había que aclarar las cosas.

En 1907 el rey Eduardo VII prefirió entonces apoyar al coloso del Norte antes que a algunos de sus colegas europeos continentales (con quienes ya había tenido diferencias derivadas del atentado que sufrió en 1900, de su generosidad con los judíos o del asunto del Congo belga) con el propósito de llegar a un convenio, llamado “entente”, que ampliara el viejo acuerdo de no agresión y regulación con Francia y Rusia y, por qué no, el Reino de Serbia. Así, además de defender las áreas de dominio respecto de Estados Unidos o Europa continental, Inglaterra se aseguraba el apoyo de naciones poderosas en caso de un enfrentamiento con Alemania. Esta decisión del monarca exigió precisar los límites de poder de las demás potencias en las diferentes regiones del planeta, incluida por supuesto América Latina. Así, el 18 de julio, tras el debate planteado por los delegados Joseph H. Choate, de Estados Unidos, Luis María Drago, de Argentina, y Santiago Pérez Triana, de Colombia, en torno al uso de armas en caso de obligaciones económicas no cumplidas, las potencias

europeas se vieron impelidas a concretar sus intereses respecto de Estados Unidos. O se aceptaba su propuesta o se rechazaba.

El Tribunal de arbitraje propuesto por Estados Unidos

El 14 de agosto, en la II Conferencia Mundial de Paz, Estados Unidos propuso un Tribunal Internacional de Justicia que estableciera que “no se recurrirá a ninguna medida de fuerza, que implique el empleo de fuerzas militares o navales para el cobro de deudas contractuales, sino después de que se haya hecho una oferta de arbitraje y esta haya sido rechazada o dejada sin respuesta por el deudor o hasta que, habiendo tenido lugar el arbitraje, el Estado deudor haya dejado de cumplir con la sentencia dictada”.

En su contra, Luis María Drago, el argentino que presidía la delegación de su país, señaló que “la victoria no da derechos” y que es un principio de paz eliminar el cobro coercitivo de las deudas por las naciones poderosas. Lógicamente Estados Unidos y las potencias europeas rechazaron su propuesta, pues de lo que se trataba era de establecer la división del poder sobre el planeta en general y ahí no tenía lugar la voluntad de lo que en estricto sentido eran las colonias. Holanda buscaba neutralidad, a condición de que la dejaran en paz con sus negocios en Venezuela y Bélgica; Rusia quería solucionar su poder en Persia, Afganistán y el Tíbet respecto de los intereses de Inglaterra; e Italia quería mantener sus privilegios en Irán. España, que se vio relegada, quiso participar de la Entente, el grupo de aliados surgido entre Inglaterra, Francia y Rusia, y manifestó su deseo de

asumir un tipo de tutela moral sobre los países latinoamericanos, de acuerdo, claro está, con los principios de supuesta moderación que inspiraron la proposición norteamericana, “los mismos que su gobierno y el rey han seguido y seguirán siempre”, manifestó su delegado, el marqués de Villa-Urrutia. “España —dice la declaración— ve hoy cumplido su deseo desde la última conferencia: la presencia en La Haya de los representantes de las naciones latinoamericanas, que son nuestras hermanas en lengua y raza. Por ello,... está dispuesta a aceptar cada proposición que se circunscriba a los límites de la ley internacional para facilitar el desarrollo legítimo y pacífico de las repúblicas hispanoamericanas”.

Desde este curioso punto de vista —entre colonial y proteccionista—, la no agresión, la regulación de la expansión colonial y aquí la limitación de armamentos en caso de obligaciones económicas no cumplidas por parte de los países latinoamericanos que quería Estados Unidos dependería entonces de la tal tutela moral del rey Alfonso XIII, por lo menos entendido el problema desde el punto de vista de la antigua metrópoli.

Si Inglaterra y Estados Unidos de Norteamérica delimitaban el uso de armas conforme a sus intereses imperiales, España no quería perder su viejo poder en la región: al no poder ejercerlo por las armas, reclamaba el reconocimiento de su supuesta supremacía moral.

La cuestión llegó a dirimirse por tanto entre los países que apoyaban a Estados Unidos e Inglaterra y aquellos que no lo hacían, dentro de los cuales estaban el Imperio austro-húngaro, el reino de Italia, Alemania u Holanda. España quería alguna porción del pastel

imperial del nuevo orden y podía estar en cualquiera de los dos bandos: el creado por Inglaterra, Rusia y Francia, o el surgido entre Alemania, Austria e Italia. Las fuerzas imperiales tendían así a establecer un equilibrio inestable de sus tensiones internacionales que de nuevo estaba determinado por su poder bélico en el mundo.

La ley de la espada

En *Aspectos de la guerra*, Santiago Pérez Triana, don Santiaguito, concluyó: “Las grandes potencias formaron dos grupos rivales para sostener el equilibrio internacional: la Tríptica y la Entente. Se dieron a repartirse lo repartible en el hemisferio oriental. Cortaron por lo sano. Su ley fue la de la espada. Aquellas guerras de éxito asegurado por la disparidad de fuerzas, en comarcas apartadas acaso fueron válvulas de escape para la tensión moral y ciertamente lo fueron de la tensión y de las rivalidades políticas.

Los hombres se avienen con relativa facilidad en sus querellas cuando pueden endulzarlas con el despojo de un tercero incapaz de defenderse. Cuando ya no quedó nada que repartir, se inició un peligro, inherente a la naturaleza de las cosas, como el fermento al mosto. La jauría famélica, falta de presa, se destroza a dentellada limpia”.

En esto hay que darle la razón a don Santiaguito: en la Conferencia Mundial de Paz de La Haya de 1907 se plantearon las pautas de la próxima jauría famélica que, en tal condición, se dio en llamar guerra

mundial, semejante a la que ahora sufre Europa: con invasiones imperiales en Polonia, China, Inglaterra u Holanda.

En el contexto bélico de hoy, sorprende entonces la decisión de nuestro gobierno de firmar un tratado con Estados Unidos que nos lleva a alinearnos con “los aliados” y en tal sentido declarar la guerra a las fuerzas del eje.

La vieja experiencia de las conferencias de paz parece no habernos enseñado nada, pues el orden internacional todavía tiende a depender de la voluntad de las potencias, y la paz de su simple buena voluntad.

Nosotros, anarquistas, representantes de todos los pueblos oprimidos de la tierra, somos los únicos que realmente queremos la paz, pues pedimos el cambio fundamental del orden mundial que provoca esta guerra, dice Biófilo Panclasta desde su retiro.

¡Viva la revolución social!

Julia Fuentes Calderón

Maestra

Panclasta ha exaltado a Francia hasta el cansancio y confía en que los anarquistas de *Le Temps Nouveaux* le apoyen su viaje a Ámsterdam, donde los desheredados de la tierra darán su lucha contra los privilegiados. Por esto ha escrito a Grave. Piensa que la París del siglo XX es semejante a la de la Comuna del 71, de la que oyó hablar a los padres eudistas en Pamplona.

—Cuando llegues a París, frente a La Bastille, di mi nombre.

—Lo haré, Joan Moncayo.

—Y piensa en Carmela.

—Lo haré.

—¿Volveré a verte?

—No sé. Toma este libro. Ahora te servirá más a ti.

III. PARÍS

El habitante de París hallará más bella una ciudad de provincia que la Ciudad Luz.

Biófilo Panclasta

République Française

París, 5 de julio de 1907. 21 h

Préfecture de Police de Paris

La Conciergerie

Captura de Vicente Lizcano, a. Panclasta, ciudadano colombiano. Aprehendido por disputa en el *Restaurante Lhérot*, 1, rue d'Eupatoria, XXeme arrondissement.

El sindicato gritaba *à la grève* y *à la revolution*.

Lizcano no tiene antecedentes en Francia.

Exhibe carta de invitación a congreso en Ámsterdam.

Se espera satisfacción económica al dueño del restaurante, o bien, se estudiará la condena por abuso de confianza y daño en bienes, y la consecuente deportación.

Firmado: Comisario E. Laclau.

—¿Ahora en una prisión de París?

—Ya ve, mijo. Como el cangrejo... pero en París.

—Usted soñaba con venir a París, ¿verdad?

—Todos lo soñábamos. Tú también.

—Sí. Mi sueño se condensaba en esas cinco letras.

—París...

—Pero ahora creo que es una locura, Panclasta. Una enajenación. Nos convencieron de que la vida y la libertad estaban allá y corrimos como ratas hambreadas a devorárnoslas. Como en toda nuestra historia, creímos que nuestro lugar estaba en otra parte y poco nos importó este.

—Sí. Por eso no ha cuajado la revolución. Aunque... mire, mijo: si comenzamos por una revolución individual podemos alcanzar la otra. Por eso también, París.

—Usted se fue tras la libertad, tras la revolución, pero terminó encerrado y condenado allí. ¡Mírese! ¡Y todo por una comida!

—Y usted, mijo, ¿acaso no vivió algo parecido?

—Ni de lejos, Panclasta. Mi hambre no era tanta, y no conocí nunca la prisión como usted.

—Espero que jamás las conozcas, ni a la una ni a la otra.

—París, la ficción; París, la mentirosa... Nos convencieron de un sueño que nos llevó al sufrimiento y dejamos atrás lo más querido, a su suerte.

—No reniegues tanto, Gustavo. Ya querrás volver, y volverás. Una vez que entras a París, como si adquirieras una enfermedad, no puedes prescindir de ella. Esta es también nuestra historia. París te atrae siempre como la última mujer del planeta, como una droga, como un centro que engulle.

La París de 1907 es muy distinta a la del siglo XIX, la de 1848 y 1871, y a la de últimos años del siglo XX, Panclasta. Ya no hay Hugos, Van Goghs o Toulouse-Lautrecs por ahí. Flaubert y Mallarmé buscan su lugar en los anaqueles, lo mismo que Baudelaire o Rimbaud. En 1996, yo hablaba de Proust, de Marcel Proust, o de Sainte Geneviève, y esto era recibido por mis contemporáneos franceses como burgués y reaccionario. Lo mismo que el uso del desodorante o las lociones. ¡Vaya aprendizaje! Yo busqué a Artaud o a Sartre y me encontré con los *Sans Domicile Fixe*, los SDF; los *Sans Papiers*, SP, y sobre todo con los árabes. La Comuna de París estaba muy lejos, como 1968. En el 98, me di cuenta de que la cuestión más importante para el planeta era la inmigración y sus derivados: el racismo y la xenofobia. Lejos estaban los sueños de libertad individual o los paraísos artificiales; lo que se requería era

aceptar o no a otras etnias y colores; otras religiones, a los musulmanes sobre todo. A pesar de los esfuerzos, del multiculturalismo o la alteridad, de simples teorías, las diferencias resultaban irreconciliables y los que aceptaban al otro seguían siendo los blancos. En los colegios de la *banlieue* donde trabajé (*Sainte-Geneviève-des-Bois, Athis Mons...*) tuve alumnos que se consideraban árabes a pesar de haber nacido en Francia y ser descendientes de la tercera o cuarta generación de migrantes. “Sur le Coran d’la Mecque”, juraban a menudo para dar valor a sus palabras y evitar la contradicción. Querían el fin de la Francia excluyente y, al mismo tiempo, el establecimiento de los valores arcaicos del islam. Alguno me dijo que la masacre del 17 de octubre de 1961 y el sacrificio de sus abuelos argelinos, tirados al Sena por la policía francesa ese año, resultaban más importantes que lo que se conoció como el movimiento estudiantil en La Sorbonne en mayo de 1968: los árabes de entonces se opusieron al toque de queda y marcharon sobre la ciudad en la noche. Querían entrar a París porque creían que no era justo trabajar en la construcción en el día y hacinarse en la noche en los barrios marginales, cuando los parisinos del Quartier Latin y Saint-Germain-de-Prés aprovechaban los placeres de la República y vivían al margen de su guerra de independencia.

En 1998, París ya no era la París de Henry Miller o Anaïs Nin, ni siquiera la de Ernest Hemingway, César Vallejo o Julio Cortázar. Las minorías le tenían terror a la policía. El erotismo se confundía con el miedo de las chicas a pasar por Les Halles

a las diez de la noche y la rebeldía política con el temor de los inmigrantes de ser aprehendidos al montar en el metro. Los *Sans Papiers* de distintos orígenes esperaban la sopa en filas larguísimas en las calles y el odio racial se respiraba en el ambiente. *Sous race* era un insulto frecuente. Todo ello se superponía a la metáfora arcaica de la Ciudad Luz.

Me pregunto si París volverá a ser lo que se cree que fue, si el propio Panclasta tiene una idea romántica de París y si sus ojos le permitirán conservarla; o si yo mismo superé mi romanticismo y he dejado a la verdadera París atrás, entre los papeles revueltos de Mamaíta, Julia, mi abuela Zoraida y mi mamá.

Del muro de la prisión:

Los ricos nunca compartirán voluntariamente con los pobres. Es necesario quitarles el dinero. Algún método deben encontrar los pobres para sobrevivir. Yo he preferido hacerme contrabandista, falsificador, ladrón y asesino.

En la noche he tenido fiebre y mareos. No logro superar el frío. Rosa me dice que es raro, que ya no están en invierno, pero a mí me lo parece.

Me arrellano en la cama y quiero dormir.

Pienso en Ángela e Irene, en Ligia, ¿cómo la estarán pasando en medio del peligro?

Me quedo consultando las páginas de internet a las que me ha llevado esta historia de Panclasta y tomo apuntes. Quisiera escribir toda la historia de Panclasta de un jalón.

La Conciergerie

París, 5 de julio de 1907

M. Charles Malato

Le Temps Nouveaux. Ex Journal "La revolte"

4, Rue Broca

Paris (Ve)

Querido camarada:

Soy un anarquista, individualista. Acabo de llegar a París procedente de Barcelona. Fui aprehendido como consecuencia injusta de una cuenta que fui incapaz de saldar ayer en la noche en un restaurante. Tenía hambre y tenía que comer.

I. I. Samson, Director del Grupo Estudios Sociales de la Federación Anarquista de Holanda, ha tenido la deferencia de invitarme al próximo Congreso Anarquista Internacional y voy camino a Ámsterdam.

Por consejo de uno de sus camaradas de *Le Temps Nouveaux*, que hace un tiempo me informó que usted conocía bien el castellano, me veo en la penosa obligación de pedirle su ayuda

para superar este *impasse* de mi detención. Espero que usted entienda mi pedimento y a través de la Federación pueda ayudarme.

Me deben llegar fondos de América adonde nuestro amigo Kroptokin en Ámsterdam, fondos de los cuales usted, como líder de nuestro movimiento, acaso podría ser depositario. De tales fondos le ruego se digne adelantarme algo para pagar mi fianza ante las autoridades competentes y devolverme la libertad. Se lo agradeceré toda la vida.

Quedo a la espera de su amable respuesta.

¡Viva la revolución social!

Vicente Lizcano

a. Panclasta

Luego de verificar mi pasaporte, el controlador del *Tren Intercité* en que iba de Salamanca a París me dijo que no podía seguir el trayecto sin la visa de Francia. Al principio, yo me hice el que no entendía, claro está, pero él insistió. Muy despacio, como hablándole a un *sous race* que no sabía su lengua, me explicó que no era suficiente el billete, que si no tenía tal visado debía descender del tren en la próxima estación, pues no podía ingresar a *La France*. El hombre tenía su razón, claro, la razón de Estado. Él lo sabía. Luego de mostrarle el billete, mirándome a la cara muy despectivo me pidió el pasaporte. Yo se lo entregué con recelo. Él era un controlador de billetes y no tenía por qué solicitarme documentos de identificación ni mucho menos la visa. Sin embargo, lo hizo y yo no tenía la condición legal para quejarme de su arbitrariedad. De hecho con una amable sonrisa que era algo así como una amenaza de remisión el hombre siguió con lo que anunció como su protocolo: la amenaza de informar sobre mi situación a la policía si no me bajaba del tren. *Vous n'êtes pas en situation régulière*, afirmó. Desde su punto de vista, las cosas eran clarísimas y yo estaba fuera de la ley.

Sin embargo, ¿realmente yo estaba equivocado? Yo partía de la base de que el billete de transporte era suficiente para llegar a París. La cuestión del visado no era asunto del controlador y, además, las fronteras en sí me parecían cosa de poder más que de derecho, una injusticia planetaria. Yo intentaba avanzar en mi camino hasta donde pudiera. En

Colombia había aprendido muy bien que existe un resquicio para todo: por un golpe de suerte había pasado por lo del servicio militar obligatorio sin tener que prestarlo (lo cual, en el contexto de guerra civil permanente en mi país, era un alivio), así como por las infranqueables fronteras de clase social que logré eludir. También conocí la brutalidad del poder con lo del Palacio de Justicia, quemado en 1985, que sufrí en carne viva como estudiante de Derecho de la Universidad Externado, y logré graduarme de abogado. Conocía de primera mano la injusticia; sabía, por supuesto, de la “probidad de las instituciones” y del significado mismo del “Orden legal”. Era un hecho que este día de enero de 1996 no contaba con la visa francesa para pasar la frontera, pero no me parecía justa la exigencia; y como buen colombiano, con esa teoría del atajo asimilada, contaba, además, con una inferida y gratuita dosis de suerte que *no podía fallar*, como se dice en Colombia, con una ilusión peregrina de poder deslizarme con éxito por los resquicios del sistema. En efecto, gracias a ese aprendizaje vital y atormentado que llevamos auestas los colombianos, a menudo pensaba que solo los riesgos podían conducir a éxitos importantes y que estos solo los alcanzaba quien lograra franquear hábilmente los límites mismos de ese régimen absurdo en que vivíamos. Los medios legítimos, como decía Robert Merton, eran siempre limitados y en la mayoría de los casos no hacían más que conservar las pautas del orden oficial.

El controlador, por supuesto, exigió lo que consideraba legítimo. Extralimitando sus poderes me mostraba la esencia

misma de la diferencia que hay entre las personas derivada de su origen: yo pertenecía a un país de la periferia sin ninguna prestancia internacional en medio de un primer mundo que tenía sus normas estrictas de protección para los ciudadanos europeos. Así lo advirtió desde el principio, y yo, aspirante a *Sans Papiers*, intenté en vano convencerlo de que me dejara seguir el viaje, que yo era estudiante, que hacía una investigación sobre el legado de París en Colombia, que mis abuelas, que los novelistas, que Flaubert... Él, sordo a mis palabras, me reprochó una y otra vez mi inobservancia de la ley, negándome cualquier posibilidad de continuar el viaje a *La France*. *Vous ne pouvez pas entrer en France!*, repetía. Así, a instancias del hombre, tuve entonces que descender en la siguiente estación y sortear la que fue para mí la primera sentencia odiosa de las autoridades francesas.

République Française

París, 6 de julio de 1907. 20 h. Cable recibido en Bogotá, República de Colombia, a las 20:40 h, y transcrito por Tte. Filiberto García. Traducido del francés por Tte. José Moya.

Préfecture de Police de Paris

La Conciergerie

Al gobierno colombiano. Ministerio de Relaciones Exteriores.

Captura de Vicente Lizcano, a. Panclasta, por disputa en París el 5 de julio pasado.

El sindicato no tiene antecedentes en Francia.

Exhibe carta de invitación a congreso anarquista en Ámsterdam.

Se solicita informe de antecedentes en Colombia y Sudamérica; se estudiará su condena y deportación.

Firmado: Comisario E. Laclau.

En medio del frío inclemente y la lluvia, en la estación ferroviaria de Erretería, a unos kilómetros de la línea de frontera, me planteé dos alternativas: una, regresar a Salamanca en el mismo tren, adelantar pasivamente mi doctorado, quieto y conforme, o seguir adelante en esta simbólica huida. Lo primero iba en contra de mis principios, claro está, y afectaba mi bienestar psicológico, mi idea de libertad. Lo segundo, se me imponía por voluntad, por tradición, por orgullo, incluso por convicción política. No era razonable que alguien como yo no entrara a Francia después de esperarlo 28 años de vida, justo cuando estaba en la puerta del horno.

Recordé entonces un parlamento teatral de mis años de La Tramoya: “Un fin de semana a París y un paseo nocturno a través de los Pirineos. ¡Es el camino de atrás!”, decía Dave Simmons, el pacifista de la obra *Sopa de Pollo con cebada*, del escritor inglés Arnold Wesker, para referirse al trayecto revolucionario que de Inglaterra llevaba a España pasando por Francia, el trayecto que seguiría para ir a combatir a los fascistas. La idea del *camino de atrás* surgió como un acertijo, tenía algo que ver con mi propia ruta, de Colombia a Francia... ¡era mi camino de atrás!, concluí.

Pasaré, me dije entonces repitiendo las palabras de Simmons. Iré por mi camino de atrás, como Dave. Este era mi destino heroico.

Así, decidido todo, con el espíritu de mis viejos camaradas de La Tramoya, me dispuse entonces a cruzar la línea de frontera que existe entre España y Francia, con los riesgos que la aventura suponía.

París, 7 de julio de 1907

M. Vicente Lizcano

La Conciergerie

Estimado amigo:

Reciba mi más entrañable saludo de colega en la causa.

Lamento mucho su situación, pero yo no cuento ni he contado nunca con los fondos económicos a que usted se refiere, ni creo que vaya a contar con ellos en el futuro. No tengo comisión por parte de comitente alguno para cumplir esa función. Ni el camarada Kropotkin me ha informado del asunto, ni la Federación Argentina nos ha comunicado algo al respecto.

Poco más tengo que decir.

Espero de todo corazón que usted encuentre otro camino para solucionar este *impasse*, pues por experiencia propia sé lo que significa la privación de la libertad en un país extranjero.

Como colega ideológico, estaré atento, si es el caso, de ofrecerle otro tipo de ayuda si lo considera procedente.

¡Viva la revolución social!

Charles Malato

Mi historia del paso por la frontera entre España y Francia es reveladora de lo que significa ser de la periferia. En Salamanca me habían informado que si quería ir a París lo mejor era tramitar la visa para Francia en Bogotá o, por mucho, en Madrid. Claramente las autoridades policivas de la ciudad no comprendían la razón por la cual habiendo acabado de llegar a España como estudiante quería encaminarme a Francia como turista. Un estudiante colombiano no podía tener esos devaneos burgueses aceptables solo a los europeos. Ocurrírsele abandonar la ciudad donde iba a estudiar a pocos días de su llegada resultaba poco menos que sospechoso. Pero bueno... “¡Es tu problema, chaval! Y... si insistes, debes hacer las diligencias correspondientes, en tu tierra o en Madrid”. La cuestión les resultaba de una simpleza absoluta: “Debes pedir el visado y ya está”.

Pero la cosa no era así de simple. Era absurdo devolverme a mi país por la visa de Francia y consideraba oneroso gastarme el dinero que tenía para ir a París en un viaje a Madrid. Yo no quería dar explicaciones y, desde mi punto de vista, no tenía por qué darlas. A ninguno de los españoles que conocía se le preguntaba por qué quería ir a Francia un fin de semana o más a hacer lo que le viniera en gana. Yo era un estudiante de la Universidad de Salamanca y esta condición debía ser suficiente para llegar a la “Ciudad luz”.

Además, en uno u otro caso, en Bogotá o Madrid, el visado de Francia exigía tales condiciones para alguien como yo que en mis circunstancias estaba lejos de cumplir. En efecto, había logrado llegar a España cumpliendo numerosos requisitos de “respetabilidad” (el *resquicio* al que me refiero siempre), pero para entrar a Francia las exigencias eran mucho mayores por no decir que imposibles: desde el detalle hasta lo sustancial. Así, debía rellenar un formulario rosado con datos como domicilio *fijo*, que no tenía, pues aún iba de albergue en albergue en Salamanca; nacionalidad, vergonzante (requería todo este proceso para exculparla); fiadores, inexistentes en Europa; prueba de ingresos mensuales (“tres últimos extractos bancarios o fotocopias de certificado de ahorros a término fijo con vigencia actualizada”, cuando apenas iba a cumplir un mes en “la madre patria”); certificado de estudios actuales... ¡en España! Y todo esto sobre la base fatal de que ¡“la Embajada de Francia se reserva el derecho de solicitar otro tipo de documento adicional necesario al momento de otorgar la visa”!

¡Y yo solo quería ir a París!

Bolívar cruzó los Andes, Carlo Magno, los Pirineos. El primer obstáculo no podía hacerme desistir de una empresa que era un destino, como ese de los del Mayflower que iban a fundar el paraíso de la libertad en América. Así pues, emprendí el “camino de atrás” pensando que no sería tan difícil. Unos kilómetros y nada más. Gustavo Forero cruzaría también los Pirineos.

París, 11 de julio de 1907

M. Charles Malato

Le Temps Nouveaux

4, Rue Broca

Paris (Ve)

Estimado camarada en la causa:

Le agradezco su pronta respuesta a mi solicitud y le pido de antemano disculpas por insistir en mi pedimento.

Espero que entienda mi situación y la razón por la cual me he dirigido a usted. Contaba con ese dinero ofrecido por la FORA y ahora no tengo ni siquiera lo necesario para mi subsistencia y, sobre todo, para cubrir mis obligaciones judiciales y así poder continuar mi camino a Ámsterdam.

Como usted entenderá, la cuestión es extrema: va en contra de mi sobrevivencia y de mis proyectos personales, pero, sobre todo, de la voluntad de la federación a la que represento.

Mi objetivo es efectivamente llegar a Holanda en agosto próximo, razón por la cual le imploro a usted, como camarada

anarquista, cualquier apoyo económico que usted o ustedes se dignen dispensarme. Si la FORA no me envía el dinero, yo no tengo sustento de ninguna otra institución. Los fondos que traía se me han terminado. La federación francesa a través de *Le Temps Nouveaux* y usted son mi única esperanza.

Discúlpeme la confianza al transmitirle mis limitaciones económicas, pero espero que entienda la gravedad de mi situación.

Por lo pronto, estoy presto a explicarle lo ocurrido personalmente, si usted quiere y su gentileza se lo permite.

Gran consuelo tendría yo de contar con su visita. No conozco a nadie en París y bastante me reconfortaría hablar con alguien que conoce mi lengua y se solidarice con mi pena.

Le reitero mis disculpas.

¡Viva la revolución social!

Su amigo y camarada,

Vicente Lizcano

a. Panclasta

PD: Las visitas son los domingos a las 10 a.m.

El 3 de enero de 1996, día de Sainte Geneviève, crucé corriendo la frontera entre España y Francia. Luego de que descendí del tren, en Erretería, caminé un buen rato para llegar a la carretera. Allí hice autostop y una o dos horas más tarde tuve la suerte de que un camionero que venía de Iruña (Pamplona) me dejara justo enfrente de la línea, a unos pocos metros del límite.

Ese día, tres guardias apostados en la caserna no se dieron cuenta de mi paso. Poco interés, creo yo, le ponían entonces a la franja porque sabían que pronto se acabarían algunas fronteras en Europa. Schengen daba sus primeros pasos. Esta frontera entre España y Francia sin duda sería de las primeras en clausurarse. Luego vendrían las demás. Aunque... se dudaba que el ánimo llegara a toda Europa, o siquiera a Inglaterra.

Este 3 de enero, entonces, yo tomaba mi camino de atrás, emprendía mi destino hacia París pasando a pie la frontera de España y Francia.

Mientras corro repito entre dientes el parlamento de Dave, “Un fin de semana a París y un paseo nocturno a través de los Pirineos. ¡Es el camino de atrás!” Y, así, como un clandestino rebelde, entro a mi mitificada Francia, la revolucionaria.

París, 14 de julio de 1907

Préfecture de Police de Paris

La Conciergerie

Camarada Vicente Lizcano:

Reciba mi fraterno saludo.

Le reitero que lamento mucho su situación, pero dados mis propios recursos y aquellos de la federación de los que pudiera disponer no puedo ofrecerle solución.

Lo único que le puedo brindar para calmar su ánimo es mi sencilla compañía.

Estaré el domingo próximo a las 10 a.m. en la sala de visitas.

¡Viva la revolución social!

Charles Malato

Sueño con Panclasta. Alrededor suyo hay una multitud de personas en un mar proceloso de fuego. Todos levantan las manos como pidiendo ayuda. Me hacen señales desesperadas. Parecen avergonzados de algo. Se cubren el rostro y lloran sin parar.

République Française

25 de julio de 1907. 20 h

Préfecture de Police de Paris. La Conciergerie

Se formaliza la orden de detención y condena de la República Francesa contra Vicente Lizcano, a. Panclasta, ciudadano colombiano, por los delitos de Abuso de confianza y Daño en bienes en grado de tentativa.

El sindicado fue aprehendido como consecuencia de una disputa en el *Restaurante Lhérot, 1, rue d'Eupatoria, XX arrondissement*, el pasado 5 de julio de 1907.

Según testimonio de Mr. Laurent Cavadiells, dueño del establecimiento, el señor Lizcano se opuso a pagar la cuenta de 13 Fr. 15 céntimos por concepto de una cena que incluía entrée, plat et dessert y tres botellas de Burmester. El mencionado señor se negó a hacer el pago correspondiente y armó una trifulca poderosa arguyendo en su lengua que tenía hambre y que no tuvo más salida que pedir comida en el restaurante. Esto de

acuerdo con la versión de la cocinera española que trabaja en el lugar, Mme. María Ángeles Pérez, que escuchó lo sucedido y pudo transmitir sus palabras al teniente Jérôme Charpentier, asignado para esta diligencia.

Teniendo en cuenta las circunstancias, la detención de Lizcano, a. Panclasta, será por tres semanas, en el calabozo de La Conciergerie, y se dispone que inmediatamente cumplida la pena en los términos que su situación de turista del país se establecen, se proceda a su expulsión de La France. Esta decisión se deberá cumplir, a más tardar, el día 31 de julio del año en curso.

Lizcano no podrá entrar de nuevo a Francia sin orden anterior de autoridad competente.

Se le permitirán visitas hasta el día domingo 29 de julio a las 10 a.m.

Firmado: Eugène Poubelle

Prefecto

Notificado el acusado el día 26 de julio de 1907.

Paris, Mercredi, 6 juillet 1907, p. 10.

Le Temps Nouveaux 4, Rue Broca. Paris (Ve)

Correspondance et communications

Un nommé Vicente Lizcano (a. Pandlasta), colombien, se disant anarchiste individualiste, récemment expulsé de France... se présente chez les camarades en leur disant qu'il doit lui arriver d'Amérique chez notre ami Kropotkin, des fonds dont je serais actuellement détenteur.

Bien que Lizcano m'ait écrit, me demandant des recevoir ces fonds, je tiens à déclarer, pour éviter que la bonne foi de camarades soit surprise, que non seulement je ne les ai jamais eu entre les mains, mais que je ne crois pas à leur existence et qu'existassent-ils, je refuserais absolument d'en être depositaire.

Lizcano, ne parlant que l'espagnol, avait été envoyé chez moi par nos camarades de *Le Temps Nouveaux* (pour la simple raison que Malato connaissant l'espagnol pourrait nous dire ce qu'il volait.) Arrêté ensuite, et condamné pour déjeûner impayé, ne connaissait personne à Paris, il m'a, de sa prison, adressé des lettres auxquelles j'ai répondu. Voilà tout, je l'ai vu deux fois pendant dix minutes, et, sans m'ériger en moraliste, j'entends ne pas plus être mêlé à ses actes que notre ami Kropotkin.

Charles Malato

Algunos tienen jirones de lo que les resta de ropa. Las llamas empiezan a devorarlos pero nunca se consumen de veras. Van desnudos en orgías de sangre y llamas.

República de Colombia

Ministerio de Relaciones Internacionales

Bogotá, 10 de julio de 1907. 20 h

A Préfecture de Police de Paris

La Conciergerie

Estimados señores:

Vicente Lizcano, alias Panclasta, tiene antecedentes penales en nuestro país y en los países de la región (Ecuador, Venezuela y Argentina). En 1901 participó en una sublevación en Venezuela en contra de la República de Colombia e intentó luego seguir su prontuario delictivo en este país, en la ciudad de Barranquilla. Por tal razón, se le investiga por presuntos punibles de Rebelión y Sedición contra la patria.

El sindicato cuenta además con procesos judiciales en Ecuador y Argentina, que ustedes pueden consultar con las autoridades judiciales de esos países.

Se sugiere deportación inmediata a Colombia.

Rogamos informar prontamente destino de esta diligencia.

Firmado: Gral. Alfredo Vásquez Cobo

Ministro

El mar proceloso de fuego es semejante a la imagen de la Virgen del Carmen con el niño que la abuela conservaba cerca de su cama. En mi sueño, al igual que en la lámina, hay dos ángeles azules que intentan sacar a los murientes. Estos son muchísimos. Intentan aprehenderse de ellos, con una fuerza inaudita, pero es imposible. Los ángeles no pueden agarrarlos a todos. De vez en cuando uno de los sufrientes sale del fuego, pero solo para demostrar a los demás que es imposible hacerlo, que en general se deben quedar ahí, en medio de las llamas, que el destino de la multitud sufriente son las llamas.

Tengo frío y me pregunto por qué esas llamas no me dan calor. Además, siento sed. Le pido a uno de los ángeles que me dé agua.

La Conciergerie

Sala de visitas

—Disculpe la molestia.

—No se preocupe. Somos camaradas y nos debemos solidaridad.

—Habla usted perfectamente el castellano.

—Lo aprendí en España.

—De ahí sus relaciones con el anarquismo español, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Y de ahí su participación en el atentado de la rue de Rohan el año pasado contra Alfonso XIII.

—Yo no participé en ese atentado, camarada. No sé por qué lo trae a colación y afirma además con tal convicción que lo hice. La Justicia dispuso mi libertad.

—Perdone. Lo había oído por ahí. Lo mismo que lo de Nueva Caledonia, o lo de su relación con Louise Michel y la Comuna de París... Usted es un mito. No debe avergonzarse de eso.

—Pues lo del atentado no es verdad.

—Lo siento. Sin embargo... atentar contra un monarca tiene dignidad.

—No se trata de eso. No tuve nada qué ver con el asunto.

—Entiendo.

—Eso espero.

—Lo del dinero es verdad.

—¿El dinero?

—Espero lo de la FORA.

—¡Ah! Por mi parte, solo le puedo dar esto.

—Es una ayuda que sabré apreciar siempre, camarada. Una gran ayuda.

—No es mucho, pero le servirá para el billete a Holanda.

En la frontera no se veía diferencia alguna entre España y Francia. Había chalets lujosos a ambos lados, enrarecidos por la niebla del invierno y el atardecer. Para mí la línea de división entre estos dos países no era lo importante. Físicamente era como cualquier otro lugar en el mundo. Lo que me impactaba sobremanera era la propia línea de separación de dos mundos: el de mi probable futuro y aquel de mi tradición. Por esos tiempos, yo me prefiguraba una vida en Francia y sentía como si España fuera solo un puente hacia el país en el que iniciaba verdaderamente la Europa libertaria: del mundo hispanoamericano al mundo europeo. Un puente hacia la libertad, hacia mi real liberación espiritual. No sé cómo decirlo con claridad, pero se trataba de algo así como el paso de un mundo hispánico a uno franco, con todas las connotaciones culturales que el hecho suponía en mi cultura... Para alguien

como yo, educado en la francofilia de Pamplona, en las noticias de Cristina Falla, profesora de francés que me había inculcado desde hacía años mi amor por París, o de Hélène Pouliquen, profesora de la Universidad Nacional originaria de Francia que me había transmitido su pasión por los estudios literarios en su país: un viaje hacia la razón, la lógica, el pensamiento cartesiano y, sobre todo, hacia la revolución y la literatura conjugadas para la liberación del hombre, la liberación que preveía para mí. Así lo sentía.

Al atravesar la frontera pensé en todo esto y principalmente en mi madre, en la abuela... en Julia y Mamaíta, en todas esas personas que habían inspirado mi llegada a Francia. Todas ellas me apoyaron en la carrera, supongo. Como Voltaire, Artaud, Anaïs Nin y mi gran amiga y camarada Marisol, que hacía tiempo me había hablado de la vida teatral de la Ciudad Luz.

Corrí unos pocos metros y, como sacada de una caja de Pandora, surgió ahí mismo, Francia, la verde.

La emoción fue tal que me puse a llorar. Mi camino de atrás se identificaba con la tierra del pensamiento a la que se refería Panclasta, un lugar mítico que había soñado como tierra prometida. Lloraba porque después de todo la bisabuela Margarita, mi abuela Zoraida y mi madre lo habían logrado: Gustavo Forero estaba en Francia y podía luchar por la revolución de los suyos. Esta era una nueva manera de entender que en realidad los muertos se le pegaban a uno.

—¿Usted irá al Congreso de Ámsterdam?

—Aún no lo he decidido. Malatesta insiste en que lo haga pero...

—Ojalá nos veamos otra vez.

— *Au revoir.*

— *Au revoir.*

—¡Ah! En cuanto a la cena...

—¿La cena?

—Sí. La cena de *Lhérot*. Nos reunimos cinco personas para hablar del plan.

—¿El plan?

—¿Usted no sabe del plan?

Luego de la carrera clandestina del 3 de enero de 1996 y de varias temporadas ilegales en Francia, llegué a establecerme

en París, definitivamente, en 1998. Quería vivir en la Ciudad Luz, la de la libertad, la fraternidad... Ya se sabe. Así, contra viento y marea, contra la burocracia kafkiana del país, su xenofobia evidente, e incluso contra mi propia dignidad, que desde ese momento tuvo más de un duro golpe, insistí en este anacrónico proyecto que se fue volviendo, poco a poco, más bien, una obsesión rastacuerista.

Desde el principio los obstáculos administrativos no faltaron y difícilmente podría describirlos en toda su complejidad. Acaso remitir al lector al célebre relato “Ante la ley” de Kafka o solicitarle reparar en mi afirmación de que *la igualdad de los hombres es un soberano mito cuando de orígenes distintos se trata* puede dar una idea aproximada del asunto. “Si todos aspiran a la ley... ¿cómo es posible que en tantos años nadie excepto yo haya solicitado la admisión?”, decía el judío de Bohemia y eso lo sentí hasta mis tuétanos en Francia. Ser francés no es igual a ser colombiano y creo que la diferencia no es en ningún sentido a favor de este último.

Clandestinamente presenté el examen de admisión en La Sorbonne en el 97, puesto que aunque no podía entrar Francia la Universidad me lo permitió. Una primera incongruencia que aproveché y que ahora puedo identificar con aquello de los resquicios del sistema: el Estado exigía la visa, la universidad el simple pasaporte, y, además, el transporte aéreo ya seguía las pautas de Schengen. Así, logré por ese medio residual la plaza académica e iniciar mi camino para la “legalización” en el país. Primer paso. A continuación, gracias a la gentileza de una

dama de apellido Manger, a quien solo le presenté el pasaporte, obtuve la “Attestation de résidence” en la Cité Universitaire, documento obligatorio para obtener el *Titre de séjour*, es decir, la autorización para establecerme en el país regularmente e iniciar un Diplome d’Université de Fin d’Année Préparatoire au 3.ème cycle, DFAP. Segundo paso. Los ahorros de los últimos años me permitieron demostrar recursos para el tal *Titre* (que aumentaron familiares y amigos a fin de completar el monto exigido) y, en medio de ires y venires, con el dinero en una cuenta bancaria francesa, superé la anomia financiera en la que me hallaba. Tercer paso. Hasta aquí solo el comienzo del *proceso*. De vuelta la cándida fe colombiana en los resquicios del sistema por donde uno puede colársele. De hecho sentí en este punto como si la buena de Francia me recibiera con agrado y no, como la generalidad de los inmigrantes me decía, con la amabilidad de una prisión.

“Aquí nadie más podría obtener admisión, porque esta entrada estaba destinada solo para ti”, dice, como en un oráculo, el portero de “Ante la ley” de Kafka. Esto tiene algo en común con la idea del hombre egoísta de *El único y su propiedad* de Max Stirner. Yo debía estar por encima de todo; de la realidad, incluso. Así pues, continué con el viacrucis de la inmigración.

El *Titre de séjour d’étudiant* informaba tautológicamente: “N’autorise pas à travailler sans autorisation provisoire de travail délivrée au préalable”, un contrasentido. Cuarto paso. El Estado espera que uno como estudiante extranjero viva de

las rentas (lo que resulta apenas comprensible para aquellos estudiantes con dinero que venían de mejor cuna que la mía), o bien, que continúe al quinto paso, que es otro peldaño injusto hacia el agrimensor de este castillo: si no tiene dinero para vivir de la renta, el inmigrante recibe entonces el instructivo “Notice a l’usage d’une demande d’autorisation provisoire de travail (A.P.T)”, que es uno de los innumerables formularios que le entrega la administración francesa al migrante para que de ahí en adelante haga de su vida un verdadero proceso kafkiano en aras de vivir en la cuna de los “derechos del hombre”, y que ese inmigrante asume como el precio justo a pagar por estar en la meca de la “libertad”, lo que significa en plata blanca acostumbrarse a la ignominia.

Conforme a las disposiciones del artículo R. 341-1, línea 1 del *Código del Trabajo Francés*, debe usted estudiante saber que hay una primera solicitud de la diligencia, unas instrucciones para la renovación y “casos particulares” en curso del proceso. Para lo primero, nada más debe contar con la promesa de contrato de trabajo (anexando el original fechado mensualmente); el contrato de trabajo mismo, si es el caso; “l’attestation d’emploi si le contrat de travail est daté de plus d’un mois lors du dépôt du dossier”; documentos todos con la calificación del trabajo, el salario bruto mensual o su tasa horaria bruta, el periodo de empleo; y el lugar, los días y horarios de trabajo. Fácil. Sexto paso.

Para el segundo caso, séptimo paso en el castillo kafkiano, es decir, el de la renovación de *l’autorisation provisoire de*

travail (A.P.T), se deben anexar a la solicitud la última *autorisation provisoire de travail*, los *bolletines* de salario correspondiente a los últimos A.P.T., y un sobre timbrado con su nombre y dirección a fin de enviarle a su domicilio (si lo tiene) el documento solicitado. Para este estadio de las pruebas de resistencia ya uno tiene callo y cree que va a llegar a conocer al agrimensor algún día o que el celador de la puerta le abrirá al fin el acceso a la ley. Pero siempre son ilusiones vanas, amigo, sobre todo si usted no está en poder de los *bolletines* de salario aún o pide *l'autorisation* con menos de un mes de antelación al inicio de la fecha del contrato de trabajo o se le cumple el término del *titre de séjour* sin *l'autorisation provosioire de travail*.

Además, tenga en cuenta usted que se puede trabajar máximo 19 horas 30 minutos (o “19 h 50 centièmes”, dice el documento) semanales, aunque “le contrat de travail peut être établi sur la base d’un temps partiel annualisé”, eufemismo que pocos toman en cuenta, pues en este caso no se permite “un travail à temps plein plus de 3 mois consécutifs, ni dépasser la moyenne un mi-temps annuel”. La precisión es estupenda. Pasos octavo y noveno. Principalmente sobre la base de que todo esto debe establecerse desde la promesa de contrato o en el contrato mismo, y antes de hacer toda la diligencia ante el honorable Ministère de l’Emploi et de la Solidarité Sociale (en serio, así se llama) que evalúa los *dossiers* en la medida en que van llegando y decide cuando los términos del contrato tienden a caducar, en el mejor de los

casos, si la solicitud es recibida en la casilla correspondiente (además de que es posible que al terminar esta parte del proceso las fechas del contrato no coincidan ya con las de la *autorisation*).

Con todo lo anterior, y surge de la simple lógica, como el lector comprenderá, los estudiantes extranjeros deben invertir buena parte de su tiempo en menudas diligencias administrativas que dejan lo que se conoce como la investigación académica en el campo de la ficción. Esto lo puedo asegurar desde el umbral de la ley en el que me vi siempre. “Me voy ahora y la cierro”, decía el celador del cuento de Kafka refiriéndose a la imposible entrada a la ley, que finalmente cierra sus puertas al peregrino. En medio del hambre que se aproxima a diario, del peligro de perder el *logement* o el empleo que se tenga, a ningún estudiante le interesa justamente explicar el origen del átomo o la naturaleza del realismo en la novela histórica contemporánea. Por su parte, los empleadores no están dispuestos a ofrecer un contrato tan dispendioso con tan poco tiempo de disponibilidad y pobre ganancia.

Y bueno, punto décimo del castillo: lo de los casos particulares se refiere a estudiantes que hagan *stages* remunerados y obligatorios; “Allocataires de recherche”; “Attaché temporaire d’enseignement et de recherche (ATER) ou Assistant de Langue” (de lo que yo mismo tuve el privilegio de favorecerme al principio, cuando este castillo tenía algunas puertas abiertas, resquicios, en la

Éducation Nationale) y “Stagiares expert-comptables ou commissaires aux comptes” porque siempre hacen falta quienes hagan las cuentas y ordenen las finanzas en un sistema dominado por la lógica perversa del capital.

Leo el viejo formulario y pienso de nuevo en el abogado de Praga, en el K de su castillo y en lo que sufrí rellenando papeles como este (innumerables), visitando oficinas, haciendo *rendez-vous*, llamando por teléfono, escribiendo *lettres de motivation*, rogando un trabajo, pidiendo un apoyo, haciendo filas, renovando documentos, pidiendo la renovación de los documentos, solicitando el perdón, en fin, por no haber nacido en París, etc., etc...

Los días en prisión han sido largos, pero han valido la pena, entre otras cosas, por mi segundo encuentro con Malato. Consideré peligroso recurrir a Grave después de lo sucedido. No puedo dar ninguna pista de su paradero porque, sin duda, a través suyo llegarían fácilmente a Monsieur K. y esto sería imperdonable. Ya Grave me había hecho saber del peligro que implicaba la correspondencia epistolar en Francia en estos tiempos. “La Policía vigila cualquier comunicación entre nosotros... nos siguen, saben de nuestros hábitos, nuestros horarios... abren nuestras cartas, somos hostigados...”.

Malato se solidarizó conmigo cuando conoció mis circunstancias. Hoy me trajo velas. Las que me había dado un guardia ya se habían consumido. El camarada sabe que me gusta escribir y cree que abrigado y con lumbre podré hacerlo. Se ha dado cuenta de la humedad y el frío del aislamiento. Mientras estuvo aquí, vio cómo me dejaban en el piso el alimento, una sartén con un potaje asqueroso, y cómo recordaban a través de la rendija que las visitas no pueden quedarse por más de veinte minutos. El colega intenta consolarme diciendo que su prisión en España fue peor, que tenía que dormir en un hangar con otras seis personas, que la celda era totalmente oscura, sin ninguna ventana como esta, y con una especie de cisterna en un rincón que olía inmundito. Yo, como para cambiar de tema, le inquiero sobre su vida en general, sobre su origen.

Su padre Carlo Antonio era italiano, de Nápoles, y, aunque provenía de la nobleza —era conde—, migró a Francia por razones políticas: luchador del *Risorgimento*, carbonario y mazziniano, fue miembro de la Primera Internacional, que para entonces no tenía ninguna acogida en su país. Una vez en Francia, se hizo militante de la Comuna del 71 como capitán de un batallón de Federados y por eso fue deportado a Nueva Caledonia; con un raro privilegio (propio de estos países): en compañía de su esposa, Mme. de Corné, e hijo de 17 años. Allí Charles conoció a Louise Michel, a Henri Rochefort, Andrieux, a otros muchos deportados, franceses y argelinos, y entre

todos, el conde de unos noventa años ya, la madre, el hijo, Louise, su madre, su tía y los sobrevivientes de unos siete mil condenados más, configuraron lo que sería el anarquismo que se consolidó luego en París a su regreso.

Ahora, además de su trabajo en *Les Temps Nouveaux*, Malato trabaja en *La Guerre Sociale*, un diario antimilitarista fundado el año pasado, y trata de publicar *Les classes sociales au point de vue de l'évolution zoologique*, escrito en prisión, que revela sus curiosos intereses intelectuales, cercanos a los planteamientos de Darwin. De esto me habla con pasión.

Los creyentes dicen que la Virgen del Carmen saca las ánimas del fuego eterno y por eso la llaman redentora.

Yo recuerdo la lámina de la abuela Zoraida. En ella la Virgen aparecía sentada en una nube gris y en su regazo descansaba el niño Jesús con dos escapularios en las manos. Abajo, los santos que acompañaban a las almas en el fuego estaban vestidos de riguroso negro y se confundían con las piedras.

Pienso en todo eso y me da una sed terrible.

Me levanto entonces, voy a la cocina por un vaso de agua, y, a la luz minúscula de una lamparita, sigo escribiendo lo que puede ser la epopeya de Panclasta.

“No te ilusiones”, dijo el clérigo. “¿Con qué podría ilusionarme?, preguntó K. “Te equivocas con el tribunal”, dijo el clérigo, “en los escritos introductorios a la ley se habla de esta equivocación: ante la ley está apostado un portero. A este portero acude un hombre del campo y le pide la entrada a la ley. Pero el portero dice que por ahora no le puede conceder la entrada. El hombre reflexiona y luego pregunta si más tarde podría entrar. “Es posible”, dice el portero, “pero no ahora”. Ya que el portón frente a la ley está abierto como siempre y el portero está parado a un lado, el hombre se agacha para mirar al interior a través de la puerta.

Cada año presento entrevistas para ser profesor, instructor, *locuteur* o cualquier denominación que me impida llegar a los “servicios generales” que parecen consubstanciales para las personas de mi origen: cocinar, lavar platos, barrer baños, limpiar casas, cuidar niños y, sobre todo, cuidar viejitos en circunstancias extremas de abandono. Beatriz, mi amiga de la *Cité*, me ha hablado de esto último y yo siento que caer en ello sería la prueba mayor a mi voluntad de estar en París.

La entrevista laboral que más recuerdo es una en la *Mairie de París* que presenté para ser profesor de Español. Cada año ansiaba este trabajo, pero siempre resultaba imposible obtenerlo: hay que competir con los españoles que, aunque no tengan mi formación, “enseñan su propia lengua”. Esto era una verdad de Perogrullo para todos, y en especial para Mme. Sully, con quien presento periódicamente las entrevistas. Ella, como la mayoría de las personas que reciben a los entrevistados, creía que en Colombia se hablaba un dialecto y que yo había aprendido el español en España. Entonces jugó un papel importantísimo el diploma de Salamanca, uno de “Suficiencia Investigadora”, pues curiosamente demostraba a los franceses mi competencia en la lengua española y habría de servirme, sin que jamás lo hubiera considerado antes, cuando de buscar empleo se trataba. Al tercer año, cansada de verme como candidato, con todos mis diplomas sobre la mesa, la pobre mujer acabó por reconocer que estaba “muy preparado”, pero que la situación se le salía de las manos. *Vous n’etes pas citoyen europeén*, concluyó, sintetizando el verdadero problema: mi origen. Problema imposible de resolver puesto que, era un hecho: no era ciudadano francés ni de la comunidad y existía entonces una voluntad europea de solucionar el *chômage* en el país y, por mucho, el índice de desempleo europeo (lo que incluye a España). *N’êtes-vous pas marié?*, me pregunta enseguida como para buscar atajos. No. No soy casado, y no tengo voluntad de casarme por cuestiones administrativas, le contesto. *Mais... Vous pouvez rencontrer un fille francaise et...*, sugiere. Eso atentaría contra mi dignidad, le

digo. *Alors...* finaliza Mme. Sully. *Au revoir!*, con lo cual termina nuestra entrevista. El sueño de vivir normalmente en París se esfuma así cada año. Debo seguir en los límites, presentar currículos en colegios privados, en academias, en empresas... Allí algunos me preguntan dónde aprendí a hablar el español y cómo puedo asegurar que domino la lengua para enseñarla. Para esto sí mi nacionalidad no es suficiente. Solo me permite desempeñarme como *Locuteur natif* en institutos de *banlieue*, es decir, con *contrats kleenex* de la Éducation Nationale, como ellos mismos denominan a los trabajos precarios que se realizan para reemplazar al titular enfermo o solo por unos días al año por otras circunstancias. Agradezco entonces que el diploma con que cuente sea español, garantizado por el Rey Juan Carlos I de España, y que el bendito documento dé testimonio en Francia de que puedo desempeñarme como profesor de mi lengua *natif*. De nada valen mis diplomas de Colombia, el de abogado de la Universidad Externado, ni el de Literato de la Universidad Nacional de mi país. Las universidades *de por allá* no son fiables, pensarán los franceses y acaso, también en esto, tengan razón. Colombia es un país atrasado y selvático. *Y at-il l'éducation là-bas?* No quiero describir aquí las caras que me hacen cuando presento tales títulos. Sería largo y complejo. Esto además de que, a fin de cuentas, el trabajo no requiere que yo demuestre que soy abogado o literato, ni siquiera que sea licenciado: los jóvenes que quieren aprender el español en Francia piensan en los toros, las tortillas, el sol, el vino, las chicas... y estas palabras no son muy difíciles para un *natif* que se ha educado en España.

Luego, en clase yo intento informar que en América Latina existe algo más que playas y palmeras, que no todos hablamos lenguas nativas y no todos somos indígenas de taparrabo; además, tengo que hacer un esfuerzo supremo para señalar las diferencias entre España y mi país. Y no porque no las haya, sino porque quien habla español es por antonomasia español. La conquista española de siglos no es cosa suya. ¡Allá cada uno! Para mis alumnos, en promedio, desde España empieza África y Colombia resulta ser algo así como las Indias orientales del siglo XV de Colón. Terreno inhóspito por conquistar, una parte de España aún. El abismo de Santo Tomás. En general creen que por hablar español soy español y cuando se enteran de que no lo soy, desconfían de mis enseñanzas, de mi gramática, de mi vocabulario... Juran que mi lengua oficial es un dialecto indígena. América Latina hace parte de un *mare magnum* mítico como el que debió tener en su cabeza Rousseau, y ellos solo quieren ir a divertirse en España en el verano, con toros, flamenco y tortillas. Debo asegurarles entonces que con lo que yo les enseñe podrán ir de *Fiesta* (palabra que, sin lugar a dudas, resulta sinónimo de español) y pedir tortillas o jamón. Eso es lo general. Lo particular también tiene sus tópicos: una alumna, muy filantrópica ella, quiere ir a Perú a ayudar a los indígenas. Alfabetizarlos y convencerlos de que su mundo puro es mejor que Europa. Me pregunta si conozco alguna comunidad. Yo debo responderle que no, que siempre viví en Bogotá, una ciudad de más de siete millones de habitantes. Otra quiere investigar nuestro consumo de plantas medicinales y me pide

información al respecto –quiere ser *médecin sans frontières* (ocupación asegurada para los franceses o los alemanes, según me informan los médicos rumanos o húngaros que conozco en París)–; otro me pregunta si en Colombia hay calles o semáforos, si hay automóviles y si conocemos el televisor. A veces respondo que no, que habitamos en bohíos y comemos carne humana. No quiero destruir su propio sueño calibanesco de que hay todavía espacios vírgenes en la humanidad. Algunos me dicen que tienen un amigo en Buenos Aires y “se llama Carlos”; me preguntan si lo conozco. Entonces tengo que explicarles que de Colombia a Argentina hay más o menos 5.000 kilómetros de distancia, lo que debe haber de París a Estados Unidos, o que Francia cabría casi tres veces en Colombia. No me creen. ¿Qué puede saber un *sous race* de lo que puede haber entre Francia y Estados Unidos? Lo que me concierne debe ser la *salsa*, palabra tan propia a los *latinos*, derivada quizá de los catálogos vigentes para identificar a inmigrantes del sur... Yo soy la encarnación misma de este tópico. Ahí están Chayanne y Ricky Martin para corroborarlo.

Pero lo anterior no es algo exclusivo de estudiantes de instituto. El profesor ante quien sustento mi Diplôme d'Études Approfondies, DEA (sobre *Xicoténcatl*, la primera novela histórica hispanoamericana, de 1826, de la que hice una edición notada publicada en 2012 en Iberoamericana–Vervuert), cuyo nombre he querido olvidar, aclara en medio de la actividad –a cuento de que no lo sabré

nunca— que los latinos venimos a París *solo a acostarnos con las francesas*. Luego de profundizar mis investigaciones sobre la novela histórica con Jean–Paul Duviols y trabajar como profesor de Español en la Éducation Nationale Française y en institutos privados donde enseñaba “Español empresarial”, y cuando expongo el significado del eufemismo del *paso* de Hernán Cortés por el imperio Tlaxcala, él saca esta joya a colación frente a todos los asistentes, profesores, alumnos, legos, que llevaré colgada en mi memoria por años, como uno de los peores insultos a mi cultura y a mi inteligencia en la “Ciudad Luz”. La Ciudad Luz del año 2000 que en poco se debe diferenciar de la de los años 1500; por lo menos en lo que a su recepción de una persona como yo respecta.

“El portero engañó entonces al hombre”, dijo K. enseguida, fuertemente atraído por la historia. “No seas precipitado”, dijo el clérigo, “no aceptes la opinión ajena sin examinarla. Te he contado la historia con las palabras exactas de la escritura. Allí no se dice nada de engaño”.

François Claudius Koëningstein ha servido de inspiración a los anarquistas de todo el mundo. También a Panclasta.

Hijo de un holandés inmigrante y una francesa, conocido por su alias Ravachol, Koënigstein era cartonero y tocaba el acordeón. Robaba a los ricos e incluso saqueaba tumbas para ayudar a las familias de ladrones sentenciados por resistirse a los arrestos. Rechazaba la ley y se había vuelto famoso por atentados dinamiteros contra jueces, comisarías y restaurantes burgueses en París. Justamente fue arrestado mientras comía en el *Restaurante Lhérot*, como consecuencia del propio Lhérot, propietario y camarero del establecimiento, que *ipso facto* lo denunció a las autoridades. Luego del juicio fue condenado a la guillotina en 1892, poco antes de la llegada de Panclasta a La France.

Así habla Ravachol una vez condenado:

solo la sociedad, que por su organización pone a los hombres en lucha continua los unos contra los otros, es la responsable. Hay más criminales para juzgar, pero las causas del crimen no se destruyen. Creando los artículos del código, los legisladores han olvidado que ellos no atacan las causas sino simplemente los efectos, y, entonces, no destruyen de ninguna manera el crimen; en verdad las causas siguen existiendo y, por tanto, los efectos todavía se desencadenarán.... Sí, lo repito: es la sociedad quien hace los criminales, y vosotros, jueces, en lugar de golpearlos, deberíais usar vuestra inteligencia y vuestras fuerzas para transformar la sociedad. De golpe suprimiríais

todos los crímenes; y vuestra obra, atacando las causas, sería más grande y más fecunda que vuestra justicia que se limita a castigar sus efectos. Yo no soy más que un obrero sin instrucción, pero porque he vivido la existencia de los miserables, siento más que un rico burgués la inequidad de vuestras leyes represivas. ¿De dónde tomáis el derecho a matar o encerrar a un hombre que, puesto sobre la tierra con la necesidad de vivir, se ha visto en la necesidad de tomar aquello que le faltaba para alimentarse? Yo he trabajado para vivir y hacer vivir a los míos; hasta tal punto que ni yo ni los míos hemos sufrido demasiado. Me he mantenido lo que vosotros llamáis honesto. Después el trabajo faltó, y con el paro vino el hambre. Es entonces cuando esta gran ley de la naturaleza, esta voz imperiosa que no admite réplica: el instinto de conservación me empujó a cometer ciertos crímenes y delitos que ustedes me reprochan y de los que reconozco ser el autor.

Y así como es un beso de amor para los parias,
para los opresores de castas milenarias,
un látigo de rayos esgrime: la Anarquía.

(De Adelio Romero. *Ravachol*, 22 de agosto de 1910).

[L]a señora Souhain... ha dado muerte a sus hijos para no verlos sufrir por más tiempo, y [hay otras] mujeres que, en el temor de no poder alimentar a un niño, no dudan en comprometer su salud y su vida destruyendo en su seno el fruto de sus amores.

“Y todas estas cosas pasan en medio de la abundancia de productos de toda especie. Se comprenderá que algo así tenga lugar en un país en el que los productos son escasos, en el que hay hambruna. ¡Pero en Francia, donde reina la abundancia, donde las carnicerías están abarrotadas de carne, las panaderías de pan, donde los vestidos, el calzado, se encuentran amontonados en las tiendas, donde hay alojamientos desocupados! ¿Cómo admitir que todo está bien en la sociedad, cuando lo contrario se ve de forma tan clara? Habrá gentes que se lamentarán de todas estas víctimas, pero que os dirán que no pueden hacer nada por ellas. ¡Que cada cual se las apañe como pueda! ¿Qué puede hacer quien carece de lo necesario mientras trabaja si se queda sin empleo? No queda más que dejarse morir de hambre. Entonces se arrojarán algunas palabras de piedad sobre su cadáver. Es lo que he querido dejar para otros. Yo he preferido hacerme contrabandista, monedero falso, ladrón, criminal y asesino. Habría podido mendigar: es degradante y cobarde e incluso está castigado por vuestras leyes, que hacen de la miseria un delito. Si todos los necesitados, en lugar de esperar, tomasen de donde hay y por no importa qué medios, los satisfechos

comprenderían quizá más rápido que existe un peligro en querer consagrar el estado social actual, en el que la inquietud es permanente y la vida está amenazada en cada instante”.

(De la declaración de Ravachol ante el tribunal
que lo condenó a muerte en 1892)

Viví un tiempo en la Cité Universitaire, luego en Pigalle, en una *chambre de bonne*, y finalmente en Place D’Italy, en casa de una protectora de colombianos llamada Françoise, cuando se me hizo imposible pagar la renta mensual de *logement* y obtener la “Attestation de résidence”(obligatoria para el *titre de séjour*), o presentar el *Certificat de Prise en Charge*, es decir, la garantía de un ciudadano francés que se hace cargo “d’un étudiant non ressortissant de l’Union Européenne ou de l’Espace Économique Européen”.

En cuanto a lo primero, hay que decir que cada contrato de alquiler requería fiadores franceses, que no eran fáciles de conseguir, sobre todo si uno carecía de trabajo estable que permitiera asegurar los pagos mensuales. En cuestión de alquileres, en Francia se piensa que el extranjero es menor de edad y en tal sentido requiere un representante legítimo, es decir, un nacional que se asegura a sí mismo solo con el hecho

de que su protegido trabaje. Lejos Kant o mi registro civil que aseguraba que yo era con creces mayor de edad y que tenía el dinero para el efecto. Dado que es una liberalidad de parte del fiador francés, lo mínimo es contar con un protegido que produzca dinero y no un mantenido. En cuanto a lo segundo, si definitivamente era imposible demostrar que se tenía un trabajo (aunque lo tuviese), lo mejor era obtener el favor de un ciudadano francés que dijera que se hacía cargo de uno, asignándole una mesada por la “*somme de 500 euros chaque mois*”, mínimo. En general, esto no es verdad, los franceses no se hacen cargo de los estudiantes, pero ahí están todos los *charges* para desvirtuarme. Por mi parte, llegué a la conclusión de que este era solo un procedimiento para reunir los documentos del *titre de séjour* y evitarse todo el rollo de la *autorisation de travail* o la *attestation de aubergement*. De lo que se trataba entonces era de que había que guardar las apariencias. Eso era todo. Si ya tenían muchísimos desempleados en Francia acostumbrados a la *assédict*, es decir, al auxilio periódico del Estado para el retorno al empleo, el sistema exigía que por lo menos nominalmente algunos particulares se hicieran responsables de estudiantes extranjeros sin ingresos reportables. Lo importante era ordenar las finanzas o, por lo menos, fingir que todo estaba en regla. Lástima que lo comprendí cuatro años después cuando el celador me dijo con claridad “Me voy ahora y cierro la puerta”. Al final, yo no tuve ni una cosa ni otra permanentemente y debí pedir abrigo a Françoise.

Ravachol hacía parte del imaginario revolucionario en la Colombia de Panclasta. En 1910, en Bogotá, el abogado Juan Francisco Moncaleano, otro de los pocos anarquistas colombianos, y Alejandro Torres Amaya, su compañero de litigio, publicaron *Ravachol*, un periódico anarquista, que explica así su nombre en honor del “mártir de la libertad”:

Ravachol era un neurótico de la democracia: su gran corazón, sus grandes energías, las consagró hasta morir por la causa de los desheredados, de los que sufren, y sus glóbulos cerebrales que no tenían latidos sino para la libertad y los sentimientos altruistas de su gran carácter, iban como el efecto solar, dando luz y sombra a su personalidad. Él, impulsado por su idealismo, llevaba su mano impulsiva y delictuosa a favor de la caridad. La patria, cansada, como Polonia, de sus íntimos dolores, necesita en estos instantes, más que nunca, del empuje de los soldados de la Idea para la salvación de Colombia.

La referencia a Polonia en paralelo con Colombia en 1910 puede aludir a la ocupación rusa y austro-húngara en ese país y la intervención sistemática de Estados Unidos en Colombia: luego de lo sucedido con Panamá, el designado a la Presidencia de la República por entonces, Ramón González Valencia, precisó las funciones del presidente en caso de ataque armado

por parte de otro país, todo al margen de un ataque norteamericano, claro está.

Algunos dijeron que Panclasta había conocido a Ravachol, cosa imposible dada la fecha de su ejecución. El propósito de mitificar al colombiano como soldado de la Idea debió estar en el origen de esta leyenda. Varias historias como estas fueron creadas por la gente para dotar al anarquista colombiano de una gran estatura internacional.

10 de julio de 1907. 19 h

La Conciergerie – Celda 4032

Llevo varios días encerrado en esta prisión pero solo hasta ahora puedo sentarme a escribir. Con las velas de Malato y una frazada que me dejó uno de los guardias por pura conmisericordia empuñé la pluma. Quiero consignar los hechos que me condujeron a esta detención.

El lunes mismo que llegué a la ciudad le dejé a Jean Grave una nota en el buzón de la revista *Le Temps Nouveaux*. Le proponía encontrarnos a eso de las 18 h. La idea vino de los barceloneses de la CNT, pero Kropotkin ya me había aconsejado que buscara al francés en París para que me apoyara con unos duros, lo mismo que la princesa, que insistía

en que tomara contacto con el hombre en cuanto me encontrara en la ciudad. Yo concreté el lugar de la entrevista.

Los camaradas catalanes hablaban de *Lhérot* por considerarlo un lugar emblemático de la ciudad y para mí no había circunstancia más precisa para conocerlo que una entrevista con uno de los hijos intelectuales de Ravachol. Eso creía yo. El lugar era un pequeño restaurante del XIXeme, con espacio apenas para unas cuantas mesas, unas tres o cuatro, con sus respectivas sillas. Las paredes sucias exhibían algunas ilustraciones antiguas de revolucionarios olvidados publicadas en almanaques del pasado siglo. En una barra de dos metros de largo se acumulaban parroquianos en avanzado estado de ebriedad y tabaco en los labios. Nada de lo que yo esperaba, claro. No digo esto por ser un ramplón burgués, sino porque el restaurante *Lhérot* se volvió lugar de peregrinación de los camaradas del mundo y yo esperaba otra cosa, imágenes de Ravachol, afiches alusivos a La Comuna, bandas republicanas, turistas ingleses o canadienses, italianos despistados, obreros... yo qué sé. No era el caso. A diferencia de otros bares emblemáticos del movimiento que se han vuelto lugar de encuentro de progresistas de todo el mundo, este local ha entrado en un franco proceso de decadencia que amenaza con culminar en cierre. Apenas hay un camarero y el hombre que lo atiende tiene tan mala leche que refunfuña frente a cualquier solicitud de su clientela. Así es el *Lhérot* hoy.

Pero la decadencia del espacio no fue el lunes pasado lo más extraordinario, y a esto debe ajustarse mi relato. Yo de verdad

no tenía muchas expectativas porque ya antes Grave me había remitido a Malato arguyendo el tema de la lengua (que él no hablaba español y Malato sí). Al parecer, una entrevista entre nosotros siempre estaría limitada por este asunto. Sin embargo, hoy sé que esto no era verdad. Grave tenía ciertos objetivos, distintos a los de Malato, y una vez que supo de mi estancia en París quiso concretarlos, y rápidamente.

De ahí vinieron los acontecimientos que me trajeron a esta prisión y que quiero consignar con tal fidelidad que algún día sirvan de fuente para mis propias elucubraciones libertarias o para legado de futuras generaciones.

Ese día yo llegué a la hora en punto y luego vino lo impensable. Para mi sorpresa, y acorde con mi solicitud, arribó el que inmediatamente yo supuse que era Grave. Su presencia singular evidenciaba su identidad. Se dirigió hacia mí persona (mi apariencia misma también le debió servir para reconocerse y acaso sorprenderse de igual forma) y se presentó, estrechándome la mano con vigor. Con un viejo chaleco de gamuza descolorida y botas de invierno en julio, parecía más bien un habitante de los extramuros marginales de la ciudad que un intelectual. Fumaba sin parar, con lo cual su boca y sus dientes estaban oscuros, y cada gesto suyo parecía más un tic que un movimiento. Se movía de un lado a otro, atento a lo que pasaba a su alrededor, escudriñando por la ventana o virando su cabeza cada vez que llegaba un cliente nuevo al establecimiento.

No obstante, si su pronta respuesta a mi petición y su apariencia me habían sorprendido, lo que siguió de veras me sacudió.

El colega Grave vino acompañado de tres hombres que, juntos, daban la apariencia de una verdadera caterva delincuencial. El primero de ellos, un individuo de apellido Mirbeau, Octave Mirbeau, si mi memoria no falla, de gran talla y complexión, que, a pesar de su distinguida apostura, poseía una evidente apariencia criminal. Vestido con un traje negro de segunda, con largos bigotes oscuros y sucios, parecía un *clochard* baudelaireano, más por voluntad que por naturaleza. Su manera de expresarse, en un francés castigado o dispuesto como por insultos, así lo confirmaba. El segundo, un hombre llamado Sébastien Faure, de quien yo ya había oído hablar entre los colegas de España, era un hombretón robusto y calvo. Iba todo vestido de marrón, muy serio y circunspecto, con un sombrero calabrés ladeado a la usanza de los vagabundos de las ilustraciones de Lemoisne. Una especie de dandi en decadencia. Con su chaleco igualmente marrón cubría oscuros chiriles en proceso de descomposición. Por esto hacía un juego especial con su colega. El primero, autor de *Le jardin des supplices* y *Le journal d'une femme de chambre*, según dijo, y de otras novelas con las que buscaba denunciar los crímenes de esta “putain sociedad capitalista”, según me transmitió Grave; el segundo, creador de una escuela libertaria llamada *La Colmena*, un ensayo educativo semejante al de Ferrer i Guàrdia en España que consiste, según me he

informado aquí, en un experimento libertario para las nuevas generaciones de Francia proclives a las ideas revolucionarias. Ambos, hombres de una gran cultura, sin lugar a dudas, pero con el denominador común de contar con una apariencia que, como la de Grave, no distaba de aquella que generalmente se le adjudica a los criminales de la *banlieue*.

Así eran las cosas esa noche.

En la París oficial poco hice en realidad. Y al parecer el hecho no debería interesarme. En la otra, la marginal, ocurrió lo importante: tuve contactos con grupos de inmigrantes colombianos y latinoamericanos, aquellos que tenían que caminar todo el día, pues temían desplazarse en el metro a sus trabajos y ser detenidos como SP; con los inmigrantes viejos y recientes del Magreb, de Marruecos, Túnez o Argelia, que hacían los trabajos duros de la ciudad y que, desde mi punto de vista, mantenían *propres* —es decir bien dispuestos— los espacios del *statu quo* del sistema: cocinas, metro, cabinas de vigilancia, baños, etc.; algunos armenios, por quienes me enteré de su propio holocausto de principios del siglo XX ocasionado por la ambición del imperio otomano; los africanos subsaharianos (de Niger, Costa de Marfil, Senegal, Congo...), que trabajaban en la construcción, la vigilancia nocturna o la atención políglota en locales comerciales de venta de

souvenirs; los rusos y los polacos, dedicados también a labores de la construcción que no aceptaban otros, o a la prostitución: las mujeres del Este, como las colombianas y latinoamericanas, son ampliamente reconocidas en el medio. Me vinculé con grupos de apoyo a personas con VIH y cáncer, que demostraban el valor de los esfuerzos de las comunidades solidarias a la hora de atender las necesidades sociales; con algunos jóvenes anarquistas —muy pocos— que pertenecían a la Federación Anarquista Francófona y se llamaban así, anarquistas, sin adjetivo alguno, pues se adscribían más a un modo de vivir que a objetivos sindicales (entre ellos había uno de una emisora radial que se enorgullecía de cada emisión cumplida); y con historiadores que hablaban del negacionismo y del anarquista y pacifista Paul Rassinier. De estos últimos recibí información de algunos libros que entraron a mi talego errante: *Une Troisième Guerre Mondiale pour du pétrole?* y *Les responsables de la Seconde Guerre Mondiale*, de este antiguo profesor de Belfort, condenados en la comunidad académica del momento, cosa que motivó singularmente mi interés. Este particular hecho no ha dejado de sorprenderme, sobre todo porque se relaciona con la detención de un maestro de un colegio en el que trabajé por haber hablado de su teoría en clase de Historia. Para Rassinier, la sanción a las naciones fascistas por crímenes contra la humanidad, así como las guerras coloniales de los años cincuenta y sesenta, “eran parte de un esfuerzo continuado por dividir a la clase obrera de diversas naciones tras los muros de la xenofobia, el nacionalismo y la hostilidad”. Ahora que transcribo esta idea

creo que la teoría de Rassinier puede ajustarse a aquello del plan del que hablaba Panclasta, y más aún visto desde la perspectiva del sionismo o las reformas en la educación contemporáneos. A la sazón, lo que se cocía en espacios marginales de París tendría que ver con lo que ocurriría en 2001 y determinaría mi propia vida.

—Las almas de los fieles difuntos descansen en paz.

—Así sea.

Pero ahí no acaba el asunto de la imagen en el *Restaurant Lhérot*. Por encima del impacto provocado por los tres hombres en el lugar, quien más me sorprendió fue el tercer invitado de Grave: un hombre muy bajo —lo que lo hacía paradójicamente más visible entre los demás—, de complexión muy fuerte, diríase un deportista, un boxeador o algo así, tal vez eslavo, y con una cicatriz en la calva, al lado izquierdo, producto de un navajazo o una efectiva cuchillada. Vestido de negro riguroso, incluso sus botas altas de lúcido cuero, y ataviado con accesorios rojos, era todo un emblema del comunismo: un escudo brillaba en su pecho con el martillo y la

hoz, un pañuelo sobresalía en su bolsillo izquierdo y un cinturón muy grueso, que era más bien una correa ecuestre de fuerte textura, sujetaba sus pantalones. Un personaje... literario, por decir lo menos, posiblemente inspirador de una de esas novelas de Mirbeau, que atraía las miradas de los borrachos y los pocos comensales del lugar más por lo que sugería que por lo que fuese realmente. Sin duda alguna, un hombre que, a pesar de su talla, se imponía como el personaje de la noche y del lugar.

—Un colega que se ha unido a nuestro grupo hace poco— dijo Grave luego de que el hombre fuese al orinal y él estuviera en medio de las presentaciones oficiales de Mirbeau y Faure. —Monsieur K— dijo luego de que este volvió del receptáculo, señalándolo desde su sitio en la mesa. El hombre me ofreció su mano fortísima y me confirmó su “nombre”: K, Comandante K, en un acento evidentemente ruso que me daba indicio de su identidad, aunque deliberadamente él mismo y los demás quisieran mantener esta en secreto.

En general el contacto con personas, llamémoslas comunes y corrientes, me resultó muy difícil en París. Aquellas a las cuales podía acceder hacían parte de minorías, grupos que reivindicaban algún derecho o algo así; el lumpen proletariado, como el eximio Marx denominaba a ciertos colectivos que

carecen de conciencia de clase y no tienen en realidad sitio en la sociedad, los vagabundos de Stirner. Aquellos *clochards* de Baudelaire que engrosaban las filas de los *Sans Papiers* y los SDF de la Francia postindustrial. Jamás los defensores de los animales, debo decir, puesto que este colectivo era parte de una élite acomodada que los prefería a los inmigrantes. Al respecto, alguien me contó la simpar anécdota de mi exdiva Brigitte Bardot relativa a su defensa de pollitos engordados con hormonas peligrosas para la salud humana. “¿Por qué no los envían al tercer mundo?”, propuso ella demostrando su consideración por la *sous race*. Las cosas son así o “eso es lo que hay”, dicen los españoles.

Por ser inmigrante, yo, Gustavo Forero, pertenecía a un colectivo determinado, casi un *guetto*. Como señala Santiago Gamboa en *El síndrome de Ulises*, como inmigrante colombiano uno empieza a frecuentar a sus pares, es decir, a las prostitutas paisanas y las del Este, a los árabes del metro, a los peruanos que se buscan la vida cantando con sus cuatros y quenas, a estudiantes eternos con trabajos miserables o a los polacos que trabajan en la construcción. Uno de estos se asombra de que yo sea abogado y lleve una vida tan humilde, por decir lo menos. Lo de buscar ser escritor le parece una locura. ¿Entonces para qué estudiaste Derecho?, me pregunta. Yo mismo me lo he preguntado toda la vida. Sobre todo en ese momento, en circunstancias extremas, cuando me doy cuenta de que ser abogado colombiano en París no significa nada, o de que la ley es en definitiva cuestión de los poderosos.

Aunque... en esto de ser abogado debo fijar matices. Normalmente a un abogado colombiano le va mal en París (homologar la carrera en Francia es literalmente imposible y el propio ordenamiento jurídico francés sería difícil de dominar a la hora de presentar un examen de equivalencia); excepto si se es un abogado “agregado” a la Embajada de Colombia, como mi colega Llinás, externadista como yo, que en su *chaise* de la Unesco me informa que gana 5.000 euros al mes representando a nuestro país en la sempiterna Ciudad Luz. “Esto debe lucharse”, me dice cuando voy a pedirle ayuda. “¿Desde la cuna?”, le pregunto, pero no se da por aludido frente a mi ironía. Debe saber bien que su nombramiento no obedece a una oposición o un concurso de méritos, sino a la endogamia que rige desde hace siglos la representación diplomática en Colombia. Su condición familiar, consular ahora, le asegura desde la barbarie sudamericana *sustatus* social en la bendita Ciudad Luz.

Oración de la Ánima Sola

Oye, mortal, el lamento
de un alma aprisionada,

sola, triste, abandonada
en este oscuro aposento.

Ánima mía, Ánima de paz y de guerra,
Ánima de mar y de tierra,
deseo que todo lo que tenga ausente o perdido
se me entregue o aparezca.

¡Oh, Ánima la más sola
y desamparada del purgatorio!

Yo os acompaño en vuestro dolor
compadeciéndoos al veros gemir y padecer
en el abandono de esa dura y estrecha cárcel,
y deseo aliviaros vuestra aflicción;
ofrendaos todas aquellas obras meritorias,
que he pasado, paso y he de pasar en esta vida
para que paguéis vuestras culpas a Dios,
y alcancéis su gracia
esperando me haréis el gran beneficio
de pedirle que dé a mi entendimiento
la luz necesaria para que yo cumpla su Santa Ley,
amándole sobre todas las cosas
como a mi único y sumo bien,
a mi prójimo como a mí mismo,
pues así mereceré de su “Divina Majestad”

misericordia infinita y mi salvación.
Amén

Una vez hechas las presentaciones de rigor y sentados en una de las humildes mesas del *Lhérot*, Grave, Mirbeu, Faure, Monsieur K y yo ordenamos la comida. El mismo menú para todos. Una entrada, de légumes; un plato fuerte, con viande y patatas; y un postre, fruta o crème brûlée. Todo rápido como convenía al suceso. Muchas cosas importantes habían de resolverse en este espacio y no parecía haber intención alguna de retrasar el propósito de la reunión por un interés culinario en un lugar que tampoco daba para sutilezas. Yo me dejaba llevar por nuestro anfitrión que, a pesar de sus constantes disculpas, sin duda sabía hablar el español tan bien como para acompañarme, traduciéndome buena parte de la conversación. En cuanto a Monsieur K, el ruso me permitió el acercamiento directo a él.

Así las cosas, lo que hubiera parecido una iniciativa de mi parte, la propuesta de encuentro con Grave, acabó por constituirse en una reunión organizada minuciosamente por el líder de *Le Temps Nouveaux* y de la federación francesa con algunos de sus integrantes más importantes. Al parecer, la directriz de la CNT así como la recomendación de Kropotkin habían calado favorablemente en esta “bienvenida” y la

delegación del asunto Panclasta en manos de Malato, “por cuestión de la lengua”, quedaba en el pasado.

En tales condiciones, Grave me informó lo que pudo de la situación del anarquismo en Francia repitiendo palabras como *foutu de fiche, à la grève, pétard, casse la gueule, fraternité*, que pronto se me quedaron en la memoria, lo mismo que varias palabras que me parecían semejantes al español y que, por evidente necesidad, me iba apropiando. Esto sobre la base de que este hombre, que era en todo el sentido de la palabra un intelectual, se tomó el trabajo de traducir del francés al español y viceversa todo lo necesario en el encuentro con una escrupulosidad admirable, cosa que me permitía ser un participante activo en lo que a ideas y decisiones correspondía. Lo que se sumaba a mi cada vez más fluida conversación con Monsieur K en ruso, que sin lugar a dudas fortaleció el campo de las importantes decisiones de la noche, pues yo mismo empecé a cumplir la labor de intérprete respecto de mis camaradas franceses. Aunque Monsieur K hablaba algo de francés, a menudo prefería expresarse en su propia lengua al tiempo que mojaba el gaznate con sabio regocijo.

Desde el principio, Grave había pedido una botella de vino de un franco, según pude informarme en la carta de bebidas, y cuatro copas, pues al parecer el Comandante K no participaría de la bebida. En realidad, los cinco comensales locuaces bebimos a discreción. K pidió su copa y no dudó en llenarla periódicamente. Luego, a medida que la charla avanzaba, Grave fue pidiendo otras botellas, lo que amenizaba

la charla e invitaba al furor exigido para la ocasión. Los demás estuvieron silenciosamente de acuerdo en cada solicitud de bebida y una vez llegada cada botella de vino se disponían en la tarea apremiante de consumirla, incluido Monsieur K.

En estas circunstancias hablamos de lo que, al parecer como una cita oficial, nos concernía: del plan; conversación que tendría como consecuencia posterior mi conducción a esta prisión, primer domicilio negro de este adorado país revolucionario.

Panclasta y la multitud me hacen señales de que se están hundiendo en el mar proceloso de fuego. Levantan las manos una y otra vez pidiéndome ayuda. Se hunden y yo debo salvarlos. Yo quiero ayudarlos, quiero ir hasta allá, abajo, y sacarlos del fuego, pero no puedo, algo me impide moverme, estoy paralizado. Descubro entonces que junto a Panclasta están Ligia y Martha Patricia. Yo me siento aún más comprometido. Debo ayudarlas. Lo intento de veras, me muevo en su dirección o trato de hacerlo. Mi quietud es fatal, al igual que la angustia, la angustia que se acrecienta porque no puedo hacer nada por ayudarlas. Esta aumenta cuando veo, detrás de ellas, a mi madre y a la bisabuela Mamaíta, a un hombre desconocido y a otras ánimas que me gritan auxilio sin que yo las oiga. Están lejos, muy lejos, y yo no las puedo oír.

Todas están ahí, con sus torsos desnudos, los brazos arriba, agitándose, pidiéndome ayuda una y otra vez con sus bocas abiertas, como paralizadas en medio de la palabra socorro que yo no puedo oír. Son como las almas benditas de los tiempos de la abuela Zoraida, de ese cuadro que tenía junto a la cama y frente al cual rezaba ya de mayor, anciana. Lo recuerdo inmediatamente. Con los brazos larguísimos agitándose, los cuerpos suplicantes se multiplican. Todas en medio de un mar proceloso de fuego que es más una metáfora del infinito que un mar real. Y de repente, Julia gana en importancia, la veo más grande, más activa, con un puño elevado sobre todos llamando a la revolución social.

Más de una vez me encuentro sin domicilio, no *Sans Domicile Fixe*, SDF, es decir, en la calle, como dirían los *Sans Papiers* colombianos, pero sí en situación *précaire*, como ellos dicen, que me exige contar con un buen amigo, de aquellos que se tienen en circunstancias extremas y le permiten a uno dormir en su casa cuando se ha perdido el techo. De ahí mi amistad entrañable con Wilson, mi amigo medellinense que siempre estuvo a mi lado protegiéndome de la miseria; con Françoise, la dama de la Place d'Italy que resguardaba a los colombianos en situaciones críticas (que eran comunes) y a menudo nos ofrecía su casa como albergue; Marco, el intelectual ecuatoriano que por una decepción amorosa con

una francesa a la que aún perseguía por la calle no quiso volver a su país y que algunas veces me ofreció su *chambre de bonne* en Montparnasse; Beatriz, la chica que acogía a todos los necesitados sin importar cuántos viejitos tuviera que atender (¡Qué mas da limpiar una cagada!, decía. Cuando limpias una, las demás te dan lo mismo), que me ofreció su apoyo económico mientras pudo; Stéphane, mi colega bretón, a quien conocí en Salamanca y que me ayudó en el aprendizaje del francés y me ofreció varias veces su piso para dormir; Diana, la médica rumana que hizo todo lo posible para que yo no sufriera la miseria al punto que llegó ella misma a ese destino; Nancy, la jovencita bogotana que finalmente encontró un jubilado como padre del hijo que desde hacía rato quería tener y quien me pasó algunos vales de comidas en los comedores populares; Jorge, el poeta boyacense que, como muchos de su generación, había tomado el modelo existencial de Baudelaire para hacer de su vida un sacrificio romántico y étlico e hizo que su esposa francesa me sirviera de fiadora, es decir, garante de la *Prise en charge* hasta que la situación lo permitió; o Dominique, el psicólogo de los colectivos de prevención del sida, que me ayudó, además, por pura liberalidad, si no piedad, a hacer las traducciones iniciales de mis trabajos de La Sorbonne al francés, requisito ineludible para permanecer en La France. Cada uno de estos camaradas, y otros más que me resultaría extenso nombrar, podría ser la semilla de una novela de los márgenes periféricos en el centro. Un mundo muy complejo que se va formando alrededor del nómada, del transterrado que se va erigiendo en la Francia

miserable al margen de la Francia oficial del presunto conocimiento y la *intelligentzia*, de la mítica Francia del 68, la de la *gauche-caviar*. Un mundo marginal, en todo el sentido de la palabra, que siempre amenaza ruina, un mundo *épave*, un mundo al margen que tiende siempre al abismo, a la enajenación, a la muerte... Todo está en mis diarios de esa época, guardados celosamente desde entonces. Alguna vez los haré públicos, digo, y temblará el mundo. Yo no indico, como Gamboa en *El síndrome*, yo denuncio, y denuncio en sus cimientos un planeta absurdo de exclusión que garantiza el terrible orden mundial.

—Debemos avanzar hacia la revolución, cambiar el orden social, acabar con la lógica inhumana del capital.

—Pero... ¡Camarada K! Perdóneme usted, pero eso ya suena a discurso vacuo del Comité. Es necesario concretar acciones.

—Es verdad, camarada Faure. El comité lo sabe y ya habla de medidas de choque real, propaganda por el hecho, de acciones que les permitan a todos creer que avanzamos.

—¡Una buena noticia, Monsieur K! La muchedumbre está harta de la explotación y quiere ver a la burguesía replegada, miedosa.... Suficiente de retórica combativa, es necesario actuar. No es posible que en un país tan rico como La France

haya hambre por doquier, gente mendigando el sucio metal para sobrevivir...

—Aquí creen que reformando los códigos, dictando leyes villanas, pueden solucionar algo, Monsieur K. ¡Esto debe cambiar!

—Sabemos a lo que se refieren.

—A nosotros nos vigilan. Desde los tiempos de *La Révolte* nos tienen en la mira. *Le Temps Nouveaux* es oficialmente legal, pero no tenemos derecho a reunirnos, nos sindicán de asociación delictiva, usted ya sabe. Aunque informemos periódicamente a la Préfecture que nuestro apoyo a la revista es una decisión individual, tenemos que cuidarnos de la policía, pues nos tiene entre ojos. Todavía somos perseguidos... Y eso no es solo por darle gusto a los jueces. El Juicio de los Treinta ya demostró que todo el sistema puede caer sobre nosotros.

—¿El Juicio de los Treinta?

—Hace ya trece años detuvieron a treinta y siete de nuestros camaradas y los llevaron a juicio, colega Panclasta. En Francia esto fue todo un espectáculo.

—¡Un espectáculo!

—Sí. El propósito del juicio era enseñar a todos que podían encontrarnos cuando quisieran y llevarnos ante los jueces

como a delincuentes comunes. Lógicamente varios salieron en desbandada. Se exiliaron.

—¡Huyeron, camarada Grave! Le dieron gusto a los jueces y a los burgueses.

—¡Yo no huí, Sébastien! Me quedé luchando, como otros de los nuestros que persistieron en su objetivo aquí, en Francia... Reclus, Constant Martin, Émile Pouget, Luis Duprat, Alexander Cohen...

—A ellos, finalmente, no los pudieron condenar.

—Es verdad, camarada.

—No pudieron.

—Sin embargo, todos entendimos que en cualquier momento podían encontrarnos y que en una segunda oportunidad, sin publicidad ni nada de eso, podíamos ser condenados a cadena perpetua, o incluso a la muerte como en España.

—Sí, camaradas, todo eso venía de España. Y en la investigación misma cayeron varios españoles y extranjeros también, Paul Bernard, entre ellos.

—Pero Camarada Mirbeau: Paul no era extranjero. Él era francés. Y tampoco fue condenado.

—Bueno... Lo tomaron por español porque participó en lo de Plaza Real en Barcelona, en el 92, y tenía un dominio completo de artefactos explosivos en el inquilinato donde habitaba, en Belleville. Por eso lo creyeron barcelonés. En su *chambre* había varios de estos explosivos arrumados en cualquier rincón. Los incautaron durante el allanamiento. No sé por qué no lo condenaron entonces.

—No lograron demostrar la relación entre los artefactos y atentados terroristas. La defensa se encargó de argüir que él vivía de alquiler en el lugar y que eran los dueños del inmueble los responsables del arsenal. Se trataba más de un espectáculo judicial que de una verdadera acción en contra de los anarquistas. Una propaganda por el hecho, como nosotros mismos decimos y ellos entendieron, y como deberíamos hacerlo de veras dada la situación.

Juan Francisco Moncaleano... transitó como director fundador del periódico *Ravachol*, de ideas liberal-socialistas, a una postura definidamente anarquista en el curso del año 1910. Nombre temible eligió nuestro libertario, porque representaba un ícono en la práctica del tiranicidio. François Claudius Koëningstein (1859–1892), quien realizó tres temibles atentados dinamiteros contra figuras de autoridad en el París de 1891, usó el pseudónimo

de Ravachol. En los medios anarquistas y liberales el tiranicidio fue considerado como práctica extrema y fue muy temida en los medios europeos, norteamericanos y latinoamericanos. El tiranicidio es una forma de terrorismo, pero en ese tiempo y bajo ese nombre buscaba legitimarse ideológicamente. En 1902, con motivo del Congreso Panamericano celebrado en México, los delegados colombianos al igual que sus pares mexicanos y de otros países, en particular, los procedentes de Estados Unidos, estaban conmocionados por la muerte de McKinley, su presidente, en manos de un libertario tiranicida....Por lo anterior, reivindicar a *Ravachol* era toda una provocación simbólica. El periódico de marras más que convertirse en una tribuna a favor de medidas tan extremistas, lanzó sus bombas de papel contra el clero y las autoridades gubernamentales, aunque en su vida [la de Moncaleano] la acción directa había sido incorporada durante su paso por el ejército colombiano y las huestes radicales del liberalismo. Nuestro protagonista había llegado al grado de coronel del ejército colombiano y militado en las filas del Partido Liberal, antes de encauzar su vida bajo el ideario del socialismo libertario. No fue el único caso de mudanza ideológica a favor del anarquismo.

Ricardo Melgar Bao

—Estoy de acuerdo con usted, camarada Faure. Ya han pasado años desde lo de Los Treinta. Ahora tenemos que hacer algo portentoso que tenga eco en todas partes, un hecho sin antecedentes que reitere en la gente la necesidad de un cambio total. Si ellos se inventaron toda esa campaña de desprestigio, es justo que nosotros hagamos algo que lleve a tomar consciencia de la injusticia en la población. Yo no le temo a la ley infame del 81.

—El Comité ya ha pensado en eso, camaradas. Hemos discutido esto hasta la saciedad. Pero todavía nos preguntamos qué podría conmover verdaderamente a la gente. Un hecho que a todos impacte...

—Yo tengo una propuesta, camaradas, si ustedes me permiten intervenir.

—¿Una propuesta?

—Por supuesto camaradas. Ya la expuse en Barcelona y tuvo acogida. A lo mejor entre ustedes también tiene eco.

—Adelante, amigo Panclasta. Ideas es lo que necesitamos.

—Por lo que veo, en España ya van muy adelantados en el asunto y creo que es tiempo de que Francia aproveche el terreno abonado allá...

—Continúe.

—Hablo de... un plan antimonárquico.

—¿Un plan antimonárquico?

—¿Antimonárquico? ¿Qué quiere usted decir con eso, camarada Panclasta? En Francia no hay monarquía. Desde hace tiempo Francia es una república, usted lo sabe.

—Por eso mismo, Monsieur K, porque lo sé es que les hablo de esto. Francia es una verdadera república y por eso debe ser la abanderada de una gran revolución europea que garantice el cambio del orden social en todo el mundo. Tal como lo ha venido haciendo desde 1789, con 1848 y 1871 de por medio: enarbolar las banderas del gran cambio social que se requiere para toda la humanidad. Ustedes los franceses saben muy bien que, a pesar de todas sus revoluciones, el poder del capital se conserva intacto en manos de los monarcas europeos y que lo que garantiza el orden es la permanencia de las casas reales en Europa. Su poder es el poder del capital. Esto mismo hace tambalear a cada rato la república francesa, desde los napoleones hasta hoy. Fallières no venció a la oposición cuando tuvo que enfrentar la cuestión de la expulsión del país de los pretendientes al trono de Francia. La monarquía es aún un peligro para el país.

—Tiene usted razón, amigo. Lo de Fallières fue una vergüenza nacional. No supo mantener la dignidad del país, se doblegó al poder.

—Pero, entonces, ¿qué cree usted que debemos hacer?

—Mire, Monsieur K, señores, yo sigo esta lógica que es la lógica misma de los últimos acontecimientos: si se eliminan en un término preciso a los monarcas que quedan de Europa se produciría, como efecto evidente de una causa, el cambio del orden social que queremos.

—Como en el ajedrez, matar al rey para vencer.

—Eso es.

—Pero... ¿eliminar a todos los monarcas de Europa?

—¡Eso sería imposible! Y costoso, camarada Panclasta. Cada operativo requeriría toda una infraestructura.

—No, camaradas. Ni una cosa, ni otra. Morral demostró en Madrid y Acciarato en Italia, y muchos otros, que un hombre consciente es el peligro más real, que acciones eficaces de uno solo pueden llevar a resultados insospechados. Se trata de diseminar la Idea por todas partes y encontrar hombres conscientes que se hagan cargo de las acciones.

—¿Provocar un rumor, camarada? ¿Un simple rumor?

—Pues sí, si usted quiere denominarlo así, camarada Grave. Un rumor que sería una especie de orden para estos hombres excepcionales.

—Un rumor que no cuesta nada y que tendrá sus consecuencias inmediatas, ¿verdad, camarada Panclasta?

—En efecto, camarada Mirbeau. Hasta ahora no lo había pensado así, pero me parece perfecto como usted lo ve. Yo solo había considerado la necesidad de un hecho con impacto mundial.

Tuve que salir de Francia por el atentado a las torres gemelas de New York el 11 de septiembre de 2001. Tras el ataque en Washington y Nueva York, el 21 de septiembre de 2001, George W. Bush declaró que la causa del horror era clara: “They hate our freedoms”, y la respuesta también: “Either you are with us, or you are with the terrorists.” Entonces empezó una persecución infame contra los extranjeros en el Occidente desarrollado. En Francia, contra los árabes, luego los turcos, los negros, los senegaleses y, al final, contra todo lo que no fuera europeo. Caímos todos. La visa de estudiante, esto es, la *Carte de Séjour* que cada año debía mendigar en la policía francesa dependía del contrato de trabajo (que demuestra los ingresos) y este de una autorización para trabajar que requiere la visa. Un círculo vicioso. Cada año me había visto aprisionado por este bucle infinito que no tiene resolución. En 2001 la cosa se puso peor. Además de que solo podía trabajar 19 horas 30 minutos semanales, debía encontrar un empleador que se

ajustara a las imposibles exigencias del gobierno francés: contratarme cuando este quiera, hacerme el contrato cuando él lo disponga, expedirme un certificado a la manera que el Estado señale, etc., etc. Mejor casarse (pero en este caso te envían la policía a ver cuántos cepillos de dientes tienes en la *chambre de bonne*). Ningún empleador pasó tantos obstáculos. Hasta que pudo, solo Monsieur Marciano lo hizo, y se lo agradecí al punto de trabajar al negro varias horas en su beneficio, pues todo tiene efecto y compensación en Francia. En noviembre, ese amable empleador, con quien por demás trabajaba desde hacía tres años, me informó que el año siguiente no podía renovarme el contrato para la enseñanza del español en empresas. “El trabajo ha disminuido, las empresas no quieren contratarnos. No consideran estratégico seguir ofreciendo cursos de español a sus trabajadores”, dijo, como si mi labor fuera arengar en pro de las huelgas o llamar a la revolución social. La temporada en Francia tendía así a finalizar, pues lo que seguía era trabajar en las cocinas o lavarle el culo a los viejitos abandonados. Entonces vino el hambre y con ella lo que en Colombia llamamos “recursividad”, que es algo como “sacarle leche a las piedras”: alquilar la propia cama para turistas de ocasión, comprar bolsos Louis Vuitton para japoneses que pagaban una buena comisión por la gestión, dar cursos de baile en lupanares o, cuando la oportunidad resultaba, leer las cartas, el cigarrillo, la taza de café o el huevo en el agua a los incautos... adivinar la suerte de cualquier manera (el origen también ofrece estas insólitas posibilidades)... u ofrecer un contacto con los muertos, todo

para asegurarse la comida del día. El arduo camino de descenso social que lleva a la prostitución —si se tienen los atributos para el efecto... es decir, eso que antes llamaban apariencia— o, finalmente, si ya no hay otro mecanismo de sobrevivencia, al cuidado de los viejitos, es decir, a limpiar mierda, hijueputa.

En la caída, como puertas del destino, sucedieron dos cosas muy diferentes en mi vida: conocí a Ángela y mi madre enfermó en Colombia. Desarrolló el cáncer que había controlado durante cinco años y tuve que volver a Bogotá. El retorno se me planteó entonces como salida y como parte de ese determinismo stirneriano que lleva al hombre a no ser más que ilustración de su cultura...

“[S]i esta lucha en pro de mi desgraciada patria me ha de llevar mañana al sacrificio del destierro o del patíbulo, es decir, a ese Gólgota en el cual fue inmolado el inmortal Ferrer, partiré o subiré tranquilo, como ese sublime mártir, con la conciencia del que ha cumplido con su deber y la firme convicción de que otros como yo seguirán la ruta luminosa que informan las doctrinas del socialismo”.

(Fragmento de “Memorial”, de Juan Francisco Moncaleano, publicado en *Ravachol* el 7 de octubre de 1910)

Fue entonces cuando llegó la policía al *Lhérot*. Hizo una redada. Al principio no sabíamos qué ocurría, pero pronto comprendimos que fue el mismo camarero el que llamó a las autoridades y que por tal razón nos aprehenderían como sospechosos de sedición o agitación. La historia tiende a repetirse vilmente. Tal vez el hombre había reconocido a Monsieur K y consideró que debía delatarlo, lo mismo que a sus colegas, que al parecer pertenecían a la misma camada. Entonces, como salidos de la nada, aparecieron cinco gendarmes uniformados y luego de la rápida desbandada de la clientela, entre la que estuvo la de Monsieur K, que huyó a través del orinal, se dispusieron a hacer las requisas correspondientes. A los primeros que les cayeron encima, claro, fue a los extranjeros que quedábamos en el lugar. Éramos pocos, nos notábamos a simple vista y podían rodearnos. Un rumano, algún musulmán y un suramericano. Advirtieron en efecto que yo era uno de ellos. Mi apariencia me delataba. La mayoría de los franceses abandonaron el lugar y los dos o tres extranjeros que señalaron los gendarmes, incluido yo, por supuesto, nos quedamos para responder por el asunto. Éramos unos siete. Nos ordenaron pararnos frente a la barra del local con brazos y piernas abiertos y procedieron a la requisa. Mientras esta sucedía, el dueño del establecimiento se acercó entonces a nosotros y con palabras hostiles y un ademán evidente de malestar nos pidió a cada uno cancelar su cuenta. A mí me pasó la factura de todos los

comensales de la mesa 3, según decía el papel: cinco cenas y tres botellas de vino, que daban un total de 13 francos y quince céntimos. Yo le hice el gesto de que no pagaría esta cuenta por cuanto no era mi obligación, a lo que el hombre muy envalentonado, con el apoyo de los guardias, procedió a insultarme y, después, a golpearme. Fue entonces que, a instancias de uno de los guardias, entró la cocinera, que muy gentilmente intentó hablar conmigo en español y, al mismo tiempo, en su limitado francés pidió que me dejaran tranquilo, que, según lo que yo había dicho, no era justo que pagara la cuenta de los otros... Palabras menos palabras más que no provocaron el interés de los gendarmes. Yo como un loco empecé a vociferar, como hacía en estas faenas con el ánimo de oponerme al sistema; y como sabía que en mi idioma no habrían de comprenderme, ni corto ni perezoso les espeté las palabras combativas que momentos antes había aprendido de mis propios camaradas: *Foutu capitalo! Cochon de bourgeois! Casse-toi le cou! liberté, à la grève, fraternité*, lo que a mí mismo y a la amiga española nos dio para risas. Todo esto en contraposición, claro, a la violencia de los guardias y del dueño del lugar que seguían con lo suyo sobre mi propia humanidad. *Bandit! Chenapans!*, me gritaban.

Recobrado mi buen humor con mi retahíla y saneado ya con más de diez aprehensiones anteriores, me dio por pensar que esta de la Francia no podría ser la excepción; además, era un verdadero privilegio para un hombre como yo acceder a una prisión francesa, a lo mejor una Bastille, que me daría

prestancia internacional, linaje revolucionario, que era lo que en últimas me hacía falta, lo que siempre hace falta a la sociedad, que no cree en la libertad, ni en la solidaridad, ni en la fraternidad...

A las 22 h vienen dos hombres a sacarme de la celda. Tienen en la mano la decisión judicial correspondiente. La expulsión debe verificarse ahora mismo.

Debo abandonar inmediatamente La France.

Debo cerrar mi cuaderno.

INVESTIGACIÓN

IV. EN ÁMSTERDAM, Y BARCELONA AÚN

La revolución social es un gran grito de dolor.

Biófilo Panclasta

El *Plancius* del barrio Joodse Buurt o Jodenhoek de Ámsterdam debe su nombre a Petrus Plancius, clérigo calvinista y geógrafo experto en viajes de descubrimiento que llegó a la ciudad huyendo de la inquisición española. Sirve de sinagoga y salón de conciertos, pero también se usa para reuniones de carácter socialista, credo de muchos simpatizantes en la comunidad judía actual. La sociedad coral Oefening Baart Kunst se ha encargado de mantener el edificio en la calle Plantage Kerklaan. Esta se extiende desde el Lau Mazirelbrug (puente 259) sobre la plantación Muidergracht, donde Roetersstraat pasa a Plantage Kerklaan, hasta la esquina de la plantación Doklaan, donde la calle se encuentra

con el Puente de los hipopótamos de Entrepotdok. De lejos se ve la gran fachada amarilla con una estrella de David en el triángulo superior, justo encima del nombre *Plancius*. Ignoro la razón precisa por la cual se escogió este lugar para el Congreso, pero ya hace tiempo yo había colegido la importancia de la comunidad judía para el desarrollo del anarquismo en Europa. La relación entre el judaísmo y el anarquismo en últimas se erige, como el *Plancius*, en algo central para el movimiento revolucionario. Ahí están los exiliados rusos, judíos, para demostrarlo, o camaradas como el austriaco Pierre Ramus, Schapiro y Ludwig von Mises de Lemberg, Siegfried Nacht, Nicolái Rogdáev y Vladimir Zabrézhnev, Emma Goldam y Max Baginski, la compañera Zielinsky, de Polonia, y Munitch, de Serbia, que han venido desde lejos con su tradición hebrea; también, la cantidad de judíos exiliados en Inglaterra y Estados Unidos que envían al Comité de Relaciones Exteriores que tiene su sede en París sus contribuciones al movimiento. De esto yo ya había tomado conciencia en Buenos Aires, sobre todo gracias a la información de la princesa, que sabía además de la colecta periódica para apoyar la Revolución. Ella insistía en que la comunidad judía era perseguida en Rusia no tanto por ser judía y profesar su religión como porque entre algunos de sus adeptos germinaron el comunismo y el anarquismo. Ella misma se vinculó con la Unión de Trabajadores Judíos Lituanos, Rusos y Polacos, en yiddish *Algemeyner Yidisher Arbeter Bund in Lite, Poyln un Rusland*, la Bund según los alemanes, que luchaban por sus derechos. No obstante,

pronto entendió que lo suyo no era el comunismo sino el anarquismo, esto es, la lucha por la libertad y que si esto no encajaba en el sistema tampoco tenía lugar en los valores de la comunidad judía. Ella quería ante todo la igualdad de derechos de las mujeres frente a los hombres y las reivindicaciones exigidas por esa comunidad resultaban cortas frente a esto. La mayoría era sionista y quería un Estado judío. Ella no. Se revelaba a la propia idea de Estado y mucho menos consideraba afortunado unirla con la religión. ¡Qué le iba a hacer! El Estado es el primer foco de represión, decía; ¿cómo sería si se le sumaba la religión? ¿Y, más aún, una religión patriarcal? Experimentos como el norteamericano o el irlandés demostraban sus siniestros efectos y ella estaba muy lejos de luchar por tal causa. Ella creía para esto en el internacionalismo: luchaba por los derechos de las mujeres del mundo entero y no solo de las mujeres judías. No quería retornar a una Palestina idílica (a la que por demás no conocía) sino contar con los mismos derechos de los hombres. Fueron judíos como ella los que no quisieron comulgar de ninguna manera con el régimen del Zar, los perseguidos y expulsados. Por eso, como Plancius, la princesa emigró y llegó al otro lado del planeta, a la Argentina.

Luego de una noche fatal con malestar en todo el cuerpo, mi anfitrión medellinense, ahora catalán, y yo salimos a dar un paseo por la ciudad.

Sebastián me enseña el Camp de la Bota y, luego, el Fossar de la Pedrera, en el cementerio de Montjuic, donde se levantará un monumento en homenaje a los fusilados por orden del generalísimo y en memoria de todos aquellos que defendieron la libertad y la revolución social.

En el Fossar se construirá un cuasi ciprés de acero, símbolo del ascenso hacia el ideal como la bóveda, celeste aún, del templo de la Sagrada Familia, con un calado final que dejará entrar libremente el sol por el metal. Su escultor es vasco: Juanjo Novella, quien cuenta con otras obras dedicadas a la memoria.

La inscripción de este monumento será la siguiente: *Als homes i dones de la CNT que van morir en la conquesta de la llibertat i per la revolució social.*

Esta fue la historia:

Una vez el caudillo, el “Enterado” (valga la redundancia), sabía la decisión militar de la condena a muerte a un cautivo, otorgaba el “Permiso” correspondiente y se llevaba a este y a los demás presos en camiones hasta el Camp de la Bota. Al alba o a la luz de los coches oficiales, los condenados eran fusilados contra un muro. Luego, los

cadáveres eran trasladados hasta el Fossar de la Pedrera a una fosa común.

La historia me recuerda las fosas comunes de Colombia, llenas de jóvenes que caen diariamente en un país donde la pena de muerte está proscrita desde 1910. Allí son los jefes militares, los paramilitares o los hombres armados de cualquier calaña quienes dan la orden. Por eso, mi novela *Desaparición* está dedicada a todos los NN de las fosas comunes... a las víctimas del oprobio.

El monumento catalán también trae a mi cabeza la imagen de la cantidad de tumbas de jóvenes que llenan el cementerio de San Pedro en Medellín. La guerra se ha ensañado con ellos: son perseguidos por los más de 300 “combos” de los barrios (que cuentan con 5.400 menores en sus filas), por los líderes paramilitares de diferentes sectores de la ciudad, por la “Oficina de Envigado”, que se mantiene incólume, por las “culebras”, como les dicen a quienes los obligan a enlistarse en uno u otro fuego, o sencillamente por la miseria, el hambre y la exclusión: los enemigos de todos.

Aquí, en Barcelona, se hacen monumentos a la memoria, ¿pero alguien distinto a sus familiares recuerda a los desaparecidos o los ajusticiados en mi país?

Las reuniones del Congreso se realizan en la gran sala del *Plancius*, donde Henry Polak, presidente de la Algemene Nederlandse Diamantbewerker Bond, ANDB, el Sindicato de Trabajadores de Diamante, se ha revelado como uno de los oradores más famosos del país. Lideró la huelga de noviembre de 1894, donde participaron unos diez mil trabajadores. Él vino anoche a visitarnos. En medio de su discurso dijo que es necesario unir esfuerzos para lograr el cambio mundial. Al terminar todos querían saludarlo, entablar una conversación con él. Sobre todo los franceses, que están muy organizados en su país y quieren emprender acciones conjuntas con los camaradas holandeses. Al escucharlo, creo que acaso fue Polak quien logró que el congreso se realizara en este edificio de *Plancius*.

Esta última reunión se dio por casualidad, luego de la conferencia de la mañana, al otro lado del edificio, en el Plantage Kerklaan. A menudo descansamos allí luego de las sesiones junto a quienes buscan profundizar en alguno de los temas expuestos por el orador de turno.

Desde ese pequeño jardín podemos estar al tanto del curso del Congreso y a la vez tomar el sol estival.

—Mira cómo brilla el sol, Gustavo.

—Lo veo, pero no lo siento.

Al fin, Panclasta y Ceccarelli caminan por el centro de Ámsterdam, por Raadhuisstraat, por los canales... Luego de las sesiones del Congreso Anarquista del miércoles 24 de agosto.

El verano es espléndido para un paseo y ellos tienen varias cosas en común. Tienen mucho de qué hablar mientras conocen la ciudad.

—¡Otra vez con lo mismo, che! ¿Por qué estás tan interesado en lo del 97?

—Creo que tiene que ver con lo de Morral.

—Pues será en que ninguno de los dos, ni Morral, ni Acciarito, tuvo éxito.

—No fueron los únicos, colega. Hubo otros fracasos, o mejor... otros intentos de acabar con la monarquía europea. También está lo de la bomba de Ignaty Grinevitsk contra Alejandro II en San Petersburgo, en el 81, y lo de Alexander Ulianov contra Alejandro III, en el 87; o lo de Humberto I de Saboya en Monza en 1900 a manos de Gaetano Bresci, ¡increíble!...; o lo del

Archiduque Rodolfo de Habsburgo–Lorena, en el 89, y lo de su madre, Sissi, en el 98, a manos de Luigi Lucheni. Todos tienen un talante, Aristide. Presuntos anarquistas que buscan eliminar a los monarcas.

—Tus conjeturas ya me tienen harto, sos un pesado, Panclasta. ¡Hasta los pelos! Desde Buenos Aires andás con lo mismo. Y en Barcelona, estuviste insoportable.

—¿No te parecen demasiadas coincidencias?

—No son coincidencias, Panclasta, hay fangote de anarquistas activos por ahí.

—Hasta lo del atentado de 1905 contra Manuel Quintana en Argentina o lo del general Reyes Prieto, el dictador de mi país, en febrero de este año, me parecen fruto de una conspiración mundial. Esa es mi teoría: creo que todo esto hace parte de un plan.

—¡Un plan!

—Sí. Y por eso me interesa lo del 97. Y creo que tú debes saber mucho del asunto, pero no me quieres contar.

—A mí me escorcharon con Acciarito, me llevaron a la cárcel, sí, pero yo no tuve nada qué ver con ese atentado.

—Lo mismo dice Malato respecto del asunto de Alfonso XIII.

—Pues será verdad...

—Pero tú debiste saber del plan para acabar con la monarquía.

—¿De dónde sacás eso?

—Umberto I es solo un ejemplo de la racha de atentados en Italia. De hecho, ya Giovanni Passannante había buscado acabar con él en el 78. El rey no era una joya y todo el mundo lo sabe, pero el atentado contra él no es excepcional. Hasta un aprendiz de detective puede deducir que hay una constante en todo esto recopilando noticias. Lo que me interesa del caso es conocer los detalles a fin de barajar hipótesis.

—¿Qué detalles? ¿Qué hipótesis? No sé nada de eso, che. Hablás como en el siglo XIX. Creés que todo es producto de una conspiración, que hay un plan, que es fato...

—Aquí me parece evidente.

—Pues es solo tu idea, no más. Tu hipótesis. No pensés más en eso, che. Pará.

—Solo dime: ¿quién o quiénes ordenaron la muerte de Umberto I?

—Te repito: no tuve que ver con ese asunto ni minga. Apenas conocía a Pietro Acciarito.

—¿De qué lo conocías? Te aseguro que nadie se enterará de lo que me cuentes, el secreto me lo llevaré a la tumba.

—Acciarito... era romano como yo. Y, ¡che!, tenía un simple cuchillo, no más.

—¿Y?

—Dijo que el rey estaba dispuesto a gastar 24.000 libras en un caballo, pero no se interesaba de ninguna manera por los pobres, que era un garca.

—No entiendo.

—Mirá, Panclasta: Acciarito era una persona... macanuto, sí, pero también singular, incluso dijeron que estaba loco. Quiso matar al rey con sus propias manos y por sus propias ideas.

—Yo no creo que un regicidio sea cosa de locos. ¡A Passannante también se le llegó a considerar loco! A todos estos regicidas los quieren presentar como enajenados y encerrarlos en psiquiátricos. Acciarito habló de otros responsables. Eso no es locura, es otra cosa, Aristide.

—Es locura. Por su culpa fui inculpado y fue detenido Romeo Frezzi y torturado. Frezzi no tenía minga que ver con el atentado. Lo detuvieron, che, porque en su casa le encontraron una fotografía de Acciarito.

—¿Una fotografía? Pero ¿qué diablos hacía ese hombre con una fotografía de Acciarito en su casa?

—Somos anarquistas, podemos hacer con nuestras vidas lo que nos dé la gana, ¿verdad? No tenés derecho a juzgar los actos de otra persona. Vuelvo y te digo, pará.

—Juzgar nada. Yo no juzgo, Aristide. Lo que digo es que dudo muchísimo de que detrás de estos “locos” no haya habido nada. La locura no puede ser una regla general. Lo de la fotografía puede llevar a algo, ¿verdad? Una fotografía puede ser el desencadenante de algo, solo una fotografía...

—¿De algo? ¡De verdad que te estás haciendo una novela con nada! No hay ningún plan.

Sebastián es amigo de mi Ángela desde hace años y sabe mucho del desarrollo urbano de Barcelona. Se ha vuelto un experto en esto, tanto por experiencia como por curiosidad. Los años y las acciones lo van llevando a uno por su camino, y el de Sebastián terminó trayéndolo a la ciudad que se había erigido a la lo largo de su vida como un imán. Mi esposa y él se conocieron cuando estudiaban en una universidad en Medellín, ella, Comunicación Social y Periodismo, y él, Diseño Gráfico. En 1995 viajaron juntos a una estancia académica en la Pontificia Universidad de Salamanca, por acuerdos hechos

desde su universidad en Colombia con las directivas de la homóloga salmantina. Él volvió al país, pero regresó, creo que en el 2000, a Salamanca, de donde huyó como yo un tiempo después a Medellín. Luego en el 2004 retornó a España, pero esta vez a Barcelona, seguro de que esa era su ciudad. Se quedó desde entonces y, con altibajos, se ha mantenido hasta ahora con lo del diseño. El apoyo y el amor de Rosa le han sido fundamentales. Ángela, por su parte, volvió a Colombia, fue luego a Estados Unidos y regresó a Salamanca en el 2001. Allí nos encontramos en el 2002 y decidimos regresar a Colombia para iniciar una nueva vida, tratar de cambiar algo y enfrentar juntos lo de mi madre. Su amor es mi estabilidad. “El amor es fuego y el fuego devora lo que quiere ocultarlo”, dice Panclasta.

Si no nos dieran la comida en el *Plancius*, no sé cómo podría mantenerme. Regateo entre los colegas un emparedado de queso o una botella de vino.

Al final, en la tarde, luego de las jornadas, algunos caminamos hasta nuestros albergues y otros toman el tranvía. Como apenas tengo para una cena y no voy a gastarme nada tomando el tranvía, que cuesta 0,25 florines, camino lentamente hasta el centro de la ciudad. Hasta Warmoesstraat, donde me han conseguido abrigo con una

familia de artesanos anarquistas. Son ellos los que me han dado una o dos comidas estos días. Entienden mi situación, pero no pueden hacer mucho más por mí. Su pobreza es notoria. Tratan de explicármelo con gestos pero es más que evidente y yo intento transmitirles del mismo modo lo que pienso. Han tenido la gentileza de dejarme un espacio cerca del horno donde cocinan sus alimentos y esto ya me parece mucho. A mi lado duermen los tres pequeños de la familia: el mayor, de unos cinco años y los gemelos. Todos muy rubios y delgados. Cuando uno calla, el otro llora. Yo prefiero llegar muy tarde a casa para no causar molestias.

La ciudad es muy hermosa y es un gusto caminar por ella, conversando con los colegas, en medio del clima estival. No es como París, claro, pero no le desmerece en lo absoluto. De hecho, me siento más seguro aquí. La gente es... indiferente, introspectiva... Deja ser. Nada qué ver con la vigilancia que parecen ejercer los parisinos sobre uno, que, con sus baguettes en la mano, parecen señalar cualquier cosa que consideren fuera del orden. Al observar a los holandeses, por el contrario, entiendo por qué resultaron aquí los judíos y por qué se ha desarrollado tanto el arte o la pintura en la ciudad. Rembrandt no hubiera podido pintar como lo hizo en París. Aquí la vida parece más fluida, más tranquila, más liberal.

— Tal vez es el verano que te hace ver todo así. En invierno las cosas son muy distintas —dice Samson. —En el frío, la gente se repliega, de alguna manera se envilece. Empieza a vivir en su cabeza, al margen de su cuerpo y de los demás, y esto revela

cierto egoísmo. No sé cómo explicarlo, pero así es —afirma mirando a sus camaradas tomando el sol de mediodía en el jardín—. Durante el invierno, se olvida el cuerpo, la vida se intensifica en la cabeza y surge entonces la ley o el respeto franco a ella en desmedro de una vida corporal. El invierno exige el orden. Los canales de esta ciudad que se construyeron para domeñar el agua y sacarle jugo a un terreno pantanoso son muestra de eso.

Por mi parte le explico que en Colombia vivimos fuera, físicamente, por ese trópico maravilloso que nos lo permite todo el año, pero también fuera de nosotros mismos, como sin intimidad.

—Alguna vez le oí decir a un cura que la vida íntima es la vida familiar. Esta es la idea común, camarada. No hay espacio para la introspección. La cultura dominante nos impide un mundo psicológico, por decirlo con palabras modernas. Los colombianos buscamos rellenarnos con lo que haya al lado y así nos apropiamos de los otros, amándolos o destruyéndolos. El lenguaje mismo de la muerte y el amor se confunden. “Por ti sería capaz de todo, incluso de matar”, dicen los enamorados arrobados de pasión.

—En verano buscamos satisfacernos a nosotros mismos. El frío aunque es triste resulta útil al grupo —concluye Samson.

Por varios años Sebastián trabajó como diseñador gráfico en algunos talleres de arquitectos en Barcelona, en editoriales de prestigio. Su experiencia le sirve para acompañar procesos de producción de libros y por eso le consulto sobre los míos. Luego, la crisis llegó a su gremio y los contratos y los encargos se fueron acabando. Ahora hace algunos trabajos de diseño, pero su *hobby*, las bicicletas, resultó ser su primera ocupación. Así, prepara publicidad para rutas ciclísticas, propone circuitos, recomienda repuestos, reparaciones, etc. Hay mucho que hacer en ese campo, dice, y, además, involucrarse en él le ha permitido vivir al margen, naturalmente, un sueño que ahora comparte con su mujer.

Rosa es una chica catalana sosegada y dulce, que hace visitas a adultos mayores con el fin de custodiar su bienestar. “¡Un trabajo duro, pues haciéndolo te enteras de la ingratitud de los hijos!”, dice ella. “Quiero dejarlo. Es agotador”, agrega. “Hay viejos que requieren una atención total y otros que carecen de cualquier cuidado y mueren sin que nadie se dé cuenta. Tiempo después, por el olor o por la descomposición, los vecinos sospechan que ha pasado algo y llaman a la policía. El Estado trata de prever esto a través de trabajadores sociales como yo, pero poco puede resolver. Son muchísimos los casos de abandono”.

25 de agosto de 1907

23 h

Las sesiones del Congreso Anarquista me llevan a pensar que unos abogan por el anarquismo individualista –Émile Armand, H. Croiset, el holandés, yo...– y otros por la acción sindical del colectivo, visión que sintetizan Malatesta, los rusos o Kropotkin. Por esto y por otras opiniones que he oído, creo que para los franceses el anarquismo es más libertario que cooperativista; de ahí que quieran una revolución sexual, el amor libre, una vida barata...

Mauricius me explica que el Congreso es una contraofensiva a la *Carta de Amiens* del año pasado, que reconoce las reivindicaciones inmediatas y cotidianas y la lucha por una transformación del conjunto social con total independencia de los partidos políticos y del Estado. Él mismo firmó ese documento junto con Georges Dumoulin y Pierre Monatte, convencido de que el anarquismo no debe ser doctrinario.

Sin embargo, en este congreso de Ámsterdam la mayoría busca un equilibrio entre individualistas y colectivistas a fin de concretar el sueño de la revolución socialista. Algunos hablan de falso dilema y niegan el ala individualista. A primera vista esto parecería lo más sensato, pues todos queremos un cambio social.

No obstante, Dunois ha dicho que la organización tiende siempre, en menor o mayor medida, a absorber la personalidad del individuo. Malatesta afirma, por su parte, que lo que divide a los anarquistas en este momento son palabras que se entienden de manera diferente:

Todos los anarquistas, sea cual sea la tendencia a la que pertenecen, son de alguna manera, individualistas. Pero lo recíproco está lejos de ser verdadero: todos los individualistas no son, ni mucho menos, anarquistas. Los individualistas se dividen entonces en dos categorías muy marcadas: unos reivindican para todas las individualidades humanas, tanto para la suya como para la del otro, el derecho al desarrollo integral; otros no piensan más que en su sola individualidad y no dudan nunca en sacrificarle al otro. El Zar de todas las Rusias está entre estos últimos individualistas. Nosotros, estamos entre los primeros.

Me sorprende esta identificación entre el anarquismo individualista y el Zar, y mucho más, el unitarismo con que quiere definir el movimiento. La reflexión me parece llena de trampas. Reducir la cuestión a las palabras no resulta justo. Yo creo que Malatesta se ha excedido con eso de unirnos a todos para oponernos. Los individualistas no somos como el Zar de Rusia, y esta identificación entre anarquistas y monarquía sintetiza incorrectamente el conflicto del mundo moderno. ¿O no? ¿Soy yo el que se equivoca? ¿Podemos parecernos en algo al enemigo? ¿O no somos en realidad enemigos de la monarquía y con nuestras ideas la vamos a validar? La

oposición teórica de Malatesta me resulta incomprensible. ¿Qué tiene que ver el Zar de Rusia con el ala individualista del anarquismo?

—Desde que vivo en España he cambiado mucho, Gustavo. Ahora me sorprende lo que yo era en Medellín.

—Yo sé a lo que te refieres. En París tuve una verdadera transformación. Llegué a preguntarme cómo había vivido antes sin conciencia de muchas cosas.

—Sí. De eso se trata. Europa lo cambia a uno.

—Supongo que sí. Aquí tiene uno una mirada... panorámica, por decirlo de alguna manera.

—Entiende cosas que antes ni pensaba. En Colombia no contamos con toda la información, Rosa. Solo viviendo aquí uno se da cuenta de eso.

—Eso no me extraña. El acceso a la información, objetiva y veraz, es parte de una democracia, y según vosotros los colombianos, vuestro país tiene poco de democrático.

—Exacto. ¡Yo apoyé la presidencia y hasta la reelección de Álvaro Uribe Vélez! ¿Puedes creerlo, Gustavo?

—Muchos lo hicieron.

—Ahora no entiendo cómo, Rosa. Sería como apoyar a Le Pen en Francia.

—Una locura.

—¿Alguien lo detendrá?

—¿A Uribe?

—¡Claro! A Le Pen, lo dudo.

—Lo investigan en la Corte de La Haya. Pero... no sé si eso tenga algún futuro.

—Confiemos en que sí. Colombia tiene que cambiar, no pueden seguir pasando los años y seguir empeorando.

—Aunque a veces pienso, como Panclasta, que los representantes a La Haya son enviados por los gobiernos burgueses del mundo y sus gestiones solo favorecen a los dueños del poder.

—Ojalá que no sea así. Durante el gobierno de Uribe el país tuvo un retroceso radical en derechos humanos.

—Pero a pesar de eso él sigue contando en Colombia con el apoyo de un 50% de la población. Para el resto, no es muy esperanzador un juicio en La Haya...

—Claro que aquí no están mejor las cosas: mientras Rajoy va a manifestarse a París al grito de *Je suis Charlie*, en España se ha establecido una ley que reprime las manifestaciones, la “Ley Mordaza”.

—Y en Alemania, se han fortalecido los movimientos en contra de los musulmanes. Y si a eso se le suma que Grecia está ahorcada por los bancos y se vuelve un simple protectorado alemán... Tu amigo Panclasta hablaría de un complot.

—¿Quién es ese Panclasta que tanto nombráis?

—Biófilo Panclasta, quizá el anarquista colombiano más importante de nuestra historia.

—Nunca había oído hablar de él.

—Ya te contaremos. Es el tema de una novela que Gustavo está escribiendo.

Malatesta continúa:

Lo que libera al individuo, lo que le permite desarrollar todas sus facultades, no es la soledad, es la asociación. Para llevar a cabo un trabajo realmente útil, la cooperación es indispensable, hoy más que nunca. Sin duda, la asociación

debe dejar una autonomía completa a los individuos que adhieran a ella, y la federación debe respetar en los grupos esta misma autonomía: guardémonos de suponer que la carencia de organización sea una garantía de libertad. Todo demuestra que sucede de otra manera.

Este es el pensamiento del líder del Congreso. Sin embargo, yo no creo que los anarquistas tengamos que asociarnos o actuar en cooperativas. Nuestro deber es ser nosotros mismos, en efecto, encontrar nuestra propia libertad. La asociación puede ayudarnos en eso, supongo, pero el desarrollo del proletariado como clase no es común para la humanidad y la asociación de la que Malatesta habla exige un desarrollo industrial o, al menos, cultural, para el nacimiento de las federaciones. Colombia, por ejemplo, no está preparada, ni de lejos, para una dictadura del proletariado. Allí sucede como en Rusia, no hay sino campesinos, gente que trabaja la tierra para arrancarle lo mínimo para su subsistencia, gente que tiene que sufrir cada tiempo la avalancha de la naturaleza y, además, de los distintos agentes de la violencia, hombres que cada tanto deben empuñar las armas por las luchas intestinas que se inventan los gamonales y terratenientes que fungen de generales. Además, las fábricas son pocas puesto que no ha habido realmente un desarrollo industrial. Los puertos cuentan con cierta fuerza de trabajo moderna; acaso el personal ferroviario, los obreros de las plantaciones de banano y pare de contar. Algunos obreros son de espíritu liberal, como algunos tipógrafos, carpinteros, artesanos o sastres, pero

siempre faltan líderes. La organización solo parece posible en las sociedades de artesanos. En general las cosas todavía se plantean en términos de religión o estado laico. El sistema carece de una cultura de la asociación: muchos ignoran la importancia de la huelga general como fórmula de presión y de la efectividad de las manifestaciones masivas. No hay una formación libertaria. Lo mismo entre los indígenas y los negros, que son los colectivos más discriminados. Falta el germen de la libertad en cada uno de ellos para que se consideren a sí mismos libres. Solo de ahí podría salir la fuerza de la revolución social.

Al respecto, continúa Malatesta en relación con Ferrer i Guàrdia, el profesor acusado por el atentado frustrado de Morral en España:

Es tiempo de ponernos juntos a trabajar para ejercer una influencia efectiva sobre los acontecimientos sociales. Me es penoso pensar que para arrancar a uno de los nuestros de las garras de sus verdugos, tuvimos que dirigirnos a otros partidos y no al nuestro. Y sin embargo, Ferrer no debería su libertad a los francmasones y a los librepensadores burgueses, si los anarquistas agrupados en una Internacional potente y temida hubiesen podido tomar en sus manos la protesta universal contra la infamia criminal del gobierno español. Tratemos entonces que la Internacional anarquista se vuelva al fin una realidad. ¡Para ponernos en condiciones de llamar rápidamente a todos los camaradas, para luchar contra la reacción, como para

hacer acto, en el momento requerido, de iniciativa revolucionaria, es preciso que nuestra Internacional sea!

Sí. En esto tiene toda la razón Malatesta. ¡Y me gustó que hablara de Ferrer, el profesor catalán que quiere transformar la educación! Pero... ¿Verdaderamente lo apoyaron los francmasones y los librepensadores? Es horrible pensar que un profesor solo encuentre apoyo en una élite ilustrada, es decir, en una fracción de la burguesía. Así sucedería en Colombia y de eso no se puede depender. No serán unos cuantos privilegiados los que logren el cambio del sistema, deben ser los de abajo, los oprimidos, los que necesitan la revolución social. De aquí la labor inmensa de los profesores, de la educación igualitaria y pública. Solo ellos pueden garantizar esta tarea.

Por otra parte, ¿el anarquismo puede ser un partido? ¿Detendrá la guerra una Internacional anarquista?

En una línea semejante se ha pronunciado Vohryzek:

Es imposible pretender que el anarquismo, por el solo hecho de sus principios, no pueda admitir la organización.... Kropotkin o Stirner no pueden ser opuestos el uno al otro: han expuesto la misma idea desde puntos de vista diferentes. Eso es todo. Y la prueba de que Max Stirner no era el individualista a ultranza, como gustan decir, es que se ha pronunciado a favor de la organización.

Incluso ha dedicado un capítulo entero a la asociación de los egoístas.

No lo creo, y esta insistencia me molesta: Stirner era individualista y ya. No entiendo la obstinación en establecer elementos comunes entre los distintos anarquistas. De hecho, vuelvo y digo: el unitarismo me parece sospechoso. Kropotkin encarna una visión muy diferente a la de Stirner. Mauricius puede tener razón, todo esto parece un ataque abierto contra el individualismo. Y, además, nadie se pronuncia en torno a la persistencia del poder monárquico y a la inminencia de una guerra, que es lo importante. “La guerra es el medio indirecto que tienen los gobiernos para acallar las libertades públicas”, denunciaban los internacionalistas franceses el siglo pasado, y creo que tenían toda la razón.

El plan. Creo que todo esto hace parte del plan que lleva a que aquí en el Congreso Anarquista de Ámsterdam nosotros omitamos los temas que en realidad nos deben importar.

Al final, estoy de acuerdo con lo que dijo Emma Goldman respecto a la organización: “temo que esta, un día u otro, caiga en el exclusivismo”. Sus palabras me parecieron en su momento una alarma. Ahora creo que en efecto puede existir un grupo *exclusivo* donde se discuten los temas fundamentales... como el tema de la guerra.

—Dos ciudades me parecen Barcelona. Una antigua, medieval, y otra tremendamente moderna. Una con calles estrechas y murallas y otra conforme al ensanche y la malla ortogonal.

—Supongo que es una de esas cosas que justamente notas más cuando caminas o vas en bicicleta por la ciudad...

—Sin duda. En coche no podrías ni siquiera acercarte a muchos sitios que, desde esa perspectiva, resultan invaluable. Las calles de la Barcelona moderna están construidas simétricamente como en un gran damero, ordenado y lógico, que, supongo, favoreció el desarrollo industrial (que incluye el editorial) y ahora el comercio y el turismo. Todo tiende a ordenarse cuando la arquitectura ordena. En 1999 la ciudad recibió la Medalla de Oro del Real Instituto de Arquitectos Británicos. Ha sido la única vez que este premio se le ha entregado a una ciudad y no a una persona.

En *La médium de Southampton Row*, Anne Perry alude a las transformaciones políticas y sociales de Inglaterra en 1892 que se revelan a través de la investigación del asesinato de una

supuesta médium, coyuntura simbólica en medio de una sociedad dominada por el desarrollo industrial y el pensamiento científico. Los grandes temas de la preservación del imperio que paradójicamente provoca la estabilidad de los trabajadores; la reducción de la jornada laboral, que, según se advierte, es solo cuestión de unos pocos socialistas que quieren hacer *tabula rasa* de la historia británica; la autonomía de Irlanda que es una simple cuestión política pero exige transformaciones legales y el derecho al voto de las mujeres, del cual comienza a hablarse, aparecen recreados en medio de las obsesiones de algunos personajes que tienen la esperanza de comunicarse con sus seres queridos habitantes en el mundo de los muertos.

Lo sucedido en Inglaterra durante esa época determinó las grandes transformaciones sociales en el resto de Europa: algunos empresarios ingleses fueron, de hecho, quienes promovieron los movimientos de trabajadores en Barcelona a finales del siglo XIX, adonde llegaron con el propósito de crear industrias conjuntas con los catalanes. ¡Qué poco les debió interesar a estos la comunicación con los muertos!

Panclasta y Ceccarelli prefieren la noche, algunas copas demás y los prostíbulos. En Buenos Aires se informaron mutuamente de algunos. En Barcelona buscaron en el barrio

chino. Aquellos en los que trabajaran rusas. Son las preferidas de Panclasta. En Ámsterdam, sin embargo, las chicas no son de lo mejor y van de prisa, a lo suyo, observa Ceccarelli. A no ser que cuentes con una gran suma de dinero, el servicio tiende a desmejorar. Pese a su reputación, los colegas encuentran pocos lupanares en Ámsterdam y de ellos no rescatan gran cosa. Ambos echan de menos los garitos argentinos, donde, desde su punto de vista, el servicio es excelente, las mujeres dan tiempo al tiempo y el vino no es caro.

Mientras discuten el tema, en la calle Warmoestraat los dos hombres encuentran a Lorena, una argentina.

—¿Qué me cuentan de Buenos Aires?

—¡Mirá! ¿Lo conocés?

—Soy de allá. Llegué a Europa en 1904, en un trasatlántico.

—Como yo.

—Como todos, chicos.

—¿Todos? ¿Hay muchos argentinos aquí?

—No muchos, pero los hay... y sobre todo mujeres. Vinieron luego de la Ley de Residencia. ¡Ya sabés! Algunas se habían casado con holandeses y fueron ellos los que decidieron volver a su país. No querían seguir trabajando para nada... A pesar de las promesas de Quintana, no pudieron estabilizarse.

—¿Y entonces...? Volvieron.

—Volvieron juntos. Pero, al llegar, ellos las abandonaron.

—¿A ti te pasó eso?

—Sí. Somos varias, unas diez. Desde entonces trabajamos aquí. Es duro, pero no tanto como en otros países, según dicen. En Francia reciben la paga por clientes, ocho diarios mínimo; aquí, por jornada. Nos pagan en la madrugada, independientemente de los clientes que hayamos logrado atender.

—No me gusta que nos llames clientes, che.

—Pues eso son. Clientes.

—Pero... yo soy colombiano y estuvimos en el mismo barco.

—No hay diferencia cuando de hombres se trata. Todos son la misma cosa, y tienen los mismos deseos. Conocés uno y conocés todos.

—Lo mismo que en política...

Sebastián ha asumido de una manera personal la colombianidad, si esta existe; rechaza la persistencia de los

inmigrantes colombianos en un cúmulo de valores que justamente han perdido pertinencia para él. En su lugar, se identifica con la identidad catalana y entiende incluso el independentismo como una forma de decisión política en este momento de España. Así me lo explica mientras recorremos La Rambla.

—En este momento me siento más catalán que colombiano.

— ¿Y qué cosa es una y otra?

— A mí me tiene sin cuidado el hecho de ser colombiano, o por lo menos en el sentido de otros colombianos que permanentemente están comparando Colombia y España para decir que aquí no hay esto y aquello.

— ¿Y el catalanismo?

—Es algo que siento más cercano que España. Cataluña tiene una identidad, una lengua, una cultura, que justifica que sea reconocida como nación.

—Mi buen amigo: la cosa me parece igual pero vista de dos maneras distintas.

— A lo mejor tienes razón...

— Yo sé poco del tema de la independencia catalana. Tampoco me interesan los nacionalismos. Sin embargo, me han impactado mucho dos noticias: una, la apertura hace unos

meses de un museo militar en Barcelona con la intervención del rey Felipe VI; la segunda, la de un proyecto de constitución catalana en que se eliminan las fuerzas armadas. La primera, una vergüenza; la segunda, una esperanza.

—Sí. Creo que ambas cosas te dan una idea de lo que es Cataluña. Lo del museo en Barcelona tuvo muchos enemigos. Los barceloneses querían un edificio para la cultura.

—Por supuesto. Un museo militar en estos tiempos es una torpeza y mucho más en Barcelona, e inaugurado por un rey.

—Y en cuanto a lo de la constitución, no sé dónde lo leíste.

—En *El País*. La noticia salió en diciembre, luego del escándalo del referéndum independentista.

—Pues no sé nada del asunto, pero una cosa sí te digo: como consecuencia del referéndum por la independencia de Cataluña le abrieron procesos penales a los responsables. Es un delito pretender la segregación del territorio nacional.

—Sí, claro. Legalmente no tenían derecho a convocar elecciones. Pero lo hicieron...

—Por supuesto. Lo hicieron por encima de las leyes. Y tendrán que responder. Aunque muchos hayan votado el sí, la propia convocatoria era ilegal.

—¿Y tú qué piensas del asunto?

—Pues reconozco la ilegalidad, pero en este momento creo que si hubiera de votar, legalmente quiero decir, lo haría por la independencia. Un poco como lo que ocurre en Colombia con Antioquia... O no. Es una mala comparación. Antioquia es Colombia. Para mí, el problema en este momento en sí mismo no es este. Ni siquiera habría que plantearlo como la separación de una comunidad de España. La cuestión es que el gobierno de Rajoy se ha montado en una absurda labor de exaltación de la unidad española, la unión frente a Europa y el mundo, y el hecho ha afectado a las comunidades autónomas. El fortalecimiento de la Idea de la independencia me parece solo el efecto de una causa: la estúpida idea de que España debe ser una sola, monolítica y homogénea, sin espacio para la diversidad.

—Y el Rey encarna todo eso.

—Por supuesto. Aunque lo del rey me parece todavía más complejo. Muchos se opusieron a la abdicación de Juan Carlos en beneficio de Felipe, pero ganó la “monarquía constitucional”. ¡El PP y el PSOE celebraron la sucesión!

—En efecto, lo del PSOE es para llorar.

—¡Una vergüenza!

—Pero esa ha sido la dinámica siempre: a buena parte de la gente le gusta el rey y por eso la institución se mantiene.

—No creas. Hay mucha oposición.

—No sé, la verdad. Solo recuerdo que cuando vivía en Salamanca, un hombre, que se decía de ETA o por lo menos proclive a ETA, no lo recuerdo bien, me contó que Juan Carlos sufrió varios atentados y que de eso no se había hecho publicidad alguna.

—No me extrañaría. Te aseguro que no toda la gente está contenta con la monarquía.

—Con los escándalos de corrupción en que se ha visto involucrada la familia, a mí me sorprende que sigan apoyándola. Además, ¡los monarcas tienen una participación del PIB mayor que el apoyo al tercer mundo! Eso es lo que a mí más me indigna.

—Te digo que hay mucha gente que está indignada con los reyes. Indignada de saber que sus impuestos se van a los vestidos de Letizia o a las cuentas de Iñaki Urdangarin. La peña, como dicen, está cansada de eso.

—Entonces... ¿cómo siguen en el poder? ¿Cómo, en pleno siglo XXI, Felipe VI, hijo de Juan Carlos, hereda un trono y es el jefe del Estado español?

—Sinceramente, creo que luego de Franco la gente estaba como dormida, y el tal Juan Carlos era... digamos que *guay*. El sistema se encargó de mostrar su mejor cara. Y como Franco había dejado todo arreglado para que él siguiera en el poder, los españoles entendieron casi como una dádiva que después

de una dictadura él accediera a establecer una monarquía parlamentaria. Con eso parecía dársele contentillo a todo el mundo: a los monárquicos, que eran muchos y persistían en el Reino de España, y a los republicanos que quedaban, que creían en la democracia. Pero ahora la cosa es distinta.

—¿Tú crees?

—Con lo de la crisis los españoles empiezan a despertar y ven que lo de la transición fue una pantomima, que los de arriba se encargaron de arreglar todo para que cambiaran las cosas siendo las mismas... no sé cómo decirlo. Me he hecho un embrollo. Hay un adagio francés que dice eso...

— *Plus ça change plus c'est la même chose.*

—¡Eso es!

—Es que para nosotros la monarquía resulta impensable.

—Sí, esa es una de las cosas buenas de Colombia, que en papel es una democracia, sin rey.

—Ese fue uno de los buenos proyectos derivados de la Independencia. “El pueblo es soberano”, como dice el himno. Y eso que no fuimos tan lejos como otros pueblos de la región. En Bolivia, hace más de 200 años se dijo “Muera el rey”, como los anarquistas de la república. ¡En el siglo XIX! Aquí todavía existe. Y lo peor: creo que se mantendrá.

—Pero, como te dije, hay muchos que no quieren rey, ni charadas de esas... Mira todo lo que se puede encontrar sobre el tema en la red. Además de la independencia de Cataluña.

—Pues algo tienen que ver ambos temas, como has dicho. En lo del museo militar, el rey representa el Estado, la patria, la unidad de España. Su intervención en la inauguración confirma su condición de Capitán General de las Fuerzas Armadas y, por ende, el apoyo a un modelo político que incluye la presencia de España en las guerras transnacionales.

—Eso me parece evidente.

—Pero, según dices, hay muchos que quieren que eso acabe.

—De ahí la independencia, el plebiscito, la constitución...

—Pues sí.

—Y de ahí mi comprensión del catalanismo. Mis suegros todavía recuerdan que no podían hablar catalán, y que las calles fueron nombradas en castellano durante la dictadura. Históricamente los catalanes siempre han tenido reservas con Castilla, y mirado el gobierno central, hasta yo, que no nací aquí ni mucho menos, lo entiendo.

—Sin embargo... ¡ahora se quiere todo en catalán! La educación, la administración... El martes, la entrega del premio Carvalho a Alicia Giménez Bartlett, en Barcelona Negra, se hizo

en catalán, aunque en la sala estábamos muchísimos que no lo entendíamos.

—La entrega era en un recinto de la administración catalana.

—Yo trato de comprender la situación, pero un escritor argentino criticó esto. Los catalanes hablan castellano, dijo, pero no quieren utilizar esta lengua.

—Pues hay que entenderlo. La lengua catalana es la lengua de los catalanes, la lengua madre. No se trata de enrostrar la lengua, es que hablan esta lengua naturalmente. Es como si te dijeran en un momento dado que hablaras otra lengua distinta del español por cuestiones políticas. ¡El español se te sale por las orejas!

—Como te digo, viniendo de donde vengo me es difícil entender en toda su esencia estas cosas. Lo que sé es que eso de eliminar las fuerzas armadas en una constitución me parece loable. ¡Cuánto bien le haría a Colombia una constitución que eliminara las fuerzas armadas! ¿Te imaginas el ahorro público? Sería como del 35% del presupuesto nacional. Como en Costa Rica. ¿Te imaginas? Esto sí es republicano.

—Un sueño.

—Sobre todo frente a una España que hace parte de los países alineados en la guerra contra el yidahismo.

—¡Una locura!

—¡Y en una comunidad que ha visto a sus parados unirse a los ejércitos árabes!

—Pero bueno... ¡Estás enterado de todo! Tú sí que sabes adónde apuntan las cosas. Aquí pocos entienden estos temas y sencillamente rechazan el independentismo o la oposición a la presencia de España en la guerra transnacional contra los islamistas.

—Yo solo creo que las cosas hay que mirarlas con perspectiva. Me ha sorprendido de veras que en buena parte de los edificios de Barcelona haya banderas de Cataluña, o que en otros haya banderas de la república española. Creo que en esto este país tiene su democracia y, para mí, su encanto: incluso yo aquí hablando de independentismo, anarquismo o antimonarquismo tengo un espacio.

—¡No creas tanto! Dudo que estas cosas pudieran decirse por ahí o publicarse alguna vez.

27 de agosto de 1907

19 h

La relación entre el movimiento libertario y la monarquía es ambigua. El Congreso fue patrocinado por un anarquista que

es también un príncipe: el príncipe Pietr Alexievich Kropotkin, de la dinastía Rurik. De esto no quieren saber nada los camaradas con quienes hablo. Cuando lo digo, me miran como a un enemigo de la revolución. Nadie se atreve a cuestionar a Kropotkin, y no es que yo quiera hacerlo, pero lo señalo. Kropotkin se ha portado muy bien conmigo ofreciéndome su apoyo para mi estancia en esta ciudad. Sin embargo, las cuestiones personales trascienden en cuestiones públicas. Muy a su manera, es un personaje como el ministro, el Sviatopolsk–Mirski holandés, el primer ministro de la reina Guillermina: vive liberalmente y apenas se interesa por el protocolo. Varios elogian esta actitud, pero yo la encuentro sospechosa. Lo que me interesa de hombres como estos es que demuestran el papel progresista que cumplen algunos de los miembros o agentes de la monarquía en su propio beneficio. La monarquía rusa, la belga o la holandesa tiene príncipes revolucionarios y ha encontrado colaboradores que se han encargado de configurar una imagen pública de liberalismo. Nicolás II ha sido promotor del Congreso de Paz, ha hablado de su deseo de evitar guerras como la que en 1904 enfrentó a Rusia y a Japón y provocó la pérdida de numerosas vidas y la ruina material. En Rusia también, Lev Nikoláievich Tolstói, el príncipe escritor, amigo del esperanto, la lengua internacional, propone la resistencia pacífica y su linaje le ha permitido manifestarse como lo hace respecto del sistema corrupto. Me pregunto hasta dónde pueden llegar los que están dentro del sistema, pero manifiestan ese espíritu progresista. Para la junta organizadora del Congreso

Anarquista, Guillermina, la mujer más rica del mundo, mantiene “en relación al congreso y a los congresistas, una actitud de neutralidad que calificaríamos de *republicana*”. Esto, que en primera instancia es valorado de forma positiva por los congresistas, me provoca a mí, sin embargo, un definitivo rechazo. ¿Habrás visto mayor disparate? ¡Una monarca republicana!

William Gordon me ha invitado a cenar en el restaurante *Botafumeiro*, en Grande Gracia, 81. Nos conocimos hace un año en el Festival Azabache de Mar del Plata, donde compartimos la mesa “Capitales, violencia y relato” con Jorge Volpi, de Ciudad de México; Bruno Arpaia, de Nápoles; Javier Núñez, de Rosario; y Fernando del Río, de Mar del Plata. Nuestra empatía fue inmediata. Entonces hablamos del narcotráfico, de su experiencia en México y el racismo; de la parafernalia de la literatura que viven él y su esposa, Isabel Allende, y en general sobre la naturaleza de los certámenes dedicados a la literatura. Desde entonces siento su amistad como una de esas amistades que perdura en el tiempo. Si el año pasado, en Argentina, hicimos buenas migas, aquí en Barcelona confirmo nuestra empatía.

Cuando veo llegar a Willy a la mesa, me sucede algo extraordinario. Pienso que, como sucedió con la foto de

Panclasta, me recuerda a alguien (una vez te has hecho mayor todo te recuerda algo, pienso al escribir esto). Con su elegancia, su traje oscuro, su sombrero de película norteamericana de los años 30, Willy me parece... un Miller, ¡un Miller! Claro, eso es: Willy me recuerda a Henry Miller. El Miller que tenía en mi cabeza antes de partir a España en 1995, el que yo deseaba ser... el destructor, el iconoclasta, el revolucionario de París. El Miller de *Plexus* que fue a darse contra el muro de la modernidad (“Quería describir el mundo que conocía y estar en él al mismo tiempo”; “Quiero escribir. Quiero escribir sobre la vida, al desnudo”; “Me gusta la idea de no llegar a ninguna parte” decía y eso se quedó en mi alma). El Miller–Panclasta que tal vez quiero crear. ¿Willy, Panclasta?

En medio de la cena, la semblanza de Willy con mi referente literario de juventud no parece salida de la nada. Me resulta increíble que en un momento dado él me diga que conoció al mentado Henry Miller. Una vez lo vio. No sé de dónde vino el tema, pero se dio. Como por arte de magia. Cuando pronuncia su nombre, Henry Miller, y dice que lo conoció, yo le pregunto si le provocó una gran impresión.

—No, no especialmente— dice —aunque fue hace años.

—¿Cuándo?

—En los setentas... Algo así.

—¡Tendría unos ochenta años entonces!

—Casi los que yo tengo ahora, ¡ja!

—¿Y?

—Me quedé con la idea, no me preguntes por qué, de que lo único que le importaba al hombre era la comida. Era un *gran gourmet*.

—También le gustaba montar en bicicleta.

—Eso no lo sé.

—Y... ¿Qué más?

—Y, bueno, que no era tan bien parecido como se cree.

—Pues eso no le importó a Anaïs Nin.

Yo le digo que Miller es uno de mis fetiches, como Anaïs Nin (que por demás también se llamaba Ángela).

—Por allá en los noventas me leí toda su obra— le digo. —Me la presentó una amiga entrañable del grupo de teatro en el que participaba, Marisol. Era lectora incansable de su obra.

—Anaïs Nin... Era hija de un compositor catalán, ¿verdad?

—Pues en realidad era cubano, o mejor, español. Para la época, Cuba era España. Joaquín Nin.

—¿Y no será familiar del revolucionario Andreu Nin?

—Ni idea.

—A lo mejor. Supongo que ambos eran de origen catalán, y Nin no es un apellido común.

Mi sorpresa crece cuando continúa:

—De hecho, estuve a punto de conocer a Anaïs Nin— dice sonriendo.

—Por una amiga muy querida que era su sobrina. Quiso presentármela una vez, pero yo no pude acompañarla.

Yo le digo que Nin influyó mucho en mi juventud, y no solo a mí sino a todos los integrantes del grupo de teatro La Tramoya.

—También conocí a Ava Garner— concluye riendo, tratando de cambiar de tema. —¡Quise follármela!

Hasta ahora yo había partido de la base de la contradicción fundamental entre la institución anacrónica de la monarquía y la república, y mucho más con los ideales anarquistas. Son dos mundos aparte. De allí que me sorprendieron las palabras de Malatesta al equipararlos en su discurso. La observación misma de la neutralidad de la reina me resulta sospechosa. ¿El Congreso Anarquista requería el permiso de la reina? Este me

parece el efecto de la acción “liberal” de agentes como Kropotkin o van Tets. ¿Dan gracias a Guillermina, la dueña del petróleo del mundo y, en especial del de Venezuela que echan de menos los norteamericanos, porque se mantiene al margen? De verdad que esto me resulta incomprensible. Al exaltar su neutralidad, se exaltan los privilegios de la monarquía con los que los revolucionarios hemos intentado acabar desde hace casi dos siglos. Por eso ayer se me ocurrió pensar en que algo había detrás del Congreso que impedía hablar de la guerra; hablo de un plan o algo así. Tuve el presentimiento de que ambos temas se relacionan. No quiero resultar maniático con esto de los planes, como dice Aristide, pero tiendo a pensar a cada rato en planes deliberados en Europa para todo, en conspiraciones, y la historia podría confirmarme este palpito. Para este caso, creo, además, que algo debe haber por encima que explique la situación, acaso un grupo privilegiado que esté detrás de todo, lo que justificaría lo del exclusivismo que ha criticado Emma Goldman. La visión de esta líder desde Estados Unidos acaso pueda ser más clara que la del resto del mundo y deba tenerse primordialmente en cuenta. Fuera de Europa las cosas se entienden gracias a la perspectiva. Por mi parte, afirmo hoy que justamente la monarquía es la negación de la república. Una perogrullada. La persistencia de su poder garantiza el sistema burgués que nos oprime. Esto lo sabía hasta un niño en la vieja Comuna de París. Así lo denunciaba Michel al hablar de la injusta persistencia de privilegios en el siglo XIX. Hablar de neutralidad monárquica implica desconocer hechos que

perduran en perjuicio del pueblo. La monarquía no es ni ha sido neutral jamás. El Reino de los Países Bajos posee las Indias Holandesas en Asia, y Surinam y las Antillas; la monarquía española acaba de obtener beneficios de la zona de Marruecos, el Sahara y el Rif. ¿Es esto neutralidad? Nosotros los anarquistas no podemos aceptarlo. Pedimos el cambio fundamental del orden social. Mateo Morral no puede estar solo en su objetivo de acabar con la monarquía. Digo esto y de nuevo me miran como a un loco. Pocos defienden lo que hizo Morral. ¡Eso es terrorismo!, dicen. Pero insisto. Morral es solo una muestra de las tensiones contemporáneas. Es necesario entender la relación entre la monarquía y el dominio capitalista, y por lo tanto la necesidad de acabar con los reyes. Al parecer, esto es lo que nadie quiere decir en voz alta.” Abajo el rey y abajo también la ley”, decía Stirner, pero eso ya parece discurso de viejo. Algunos me dicen que lo de la neutralidad es estrategia, que en nuestra situación es mejor tener buenas relaciones con la reina; que ya no estamos en las barricadas de París. ¿Pero se puede hablar de estrategia en momentos como el que vivimos? ¿La república puede tener “buenas relaciones” con la monarquía? ¿Sobran alguna vez las barricadas? Las consecuencias de conservar la monarquía en Europa deberían ser lo más importante para el Congreso. Sin duda, la inminencia de la guerra depende de esto. ¡El movimiento parte de la base de la tolerancia de los monarcas cuando en realidad somos nosotros, el pueblo, los que los toleramos a ellos! Me pregunto si es por esta razón que los franceses Armand y Mauricius se muestran tan escépticos con el Congreso; si por

cosas como esta Benoît Broutchoux reniega sin parar de todo... que Paraf-Javal ni siquiera se molestó en venir. Qué les va a interesar hablar de la relación entre el anarquismo y la vida en un ambiente en que tal relación se ha dejado de lado. Me pregunto también si es por esto que se ha producido una verdadera proliferación de anarquistas regicidas y una férrea persecución contra ellos. Con sus barricadas, los franceses ya acabaron con los privilegios y estas relaciones espurias con la monarquía holandesa les deben parecer a ellos un atentado contra el anarquismo que defienden. Aunque ya Nieuwenhuis había sido condenado a prisión por insultar a la reina Guillermina, al parecer no es este el espíritu general de los anarquistas. De hecho Nieuwenhuis tampoco participa de este congreso puesto que, en principio, no cree en una organización estructurada del anarquismo, que ve como una contradicción fundamental respecto de su naturaleza. ¿Será en realidad por su oposición a la monarquía que no lo hace y que esto solo lo sepan los círculos exclusivos del movimiento? No lo sé. Por ahora, pienso que Francia es otra cosa. El francés Paraf-Javal se ha mostrado en completo desacuerdo con el anarcosindicalismo por asegurar el poder de las fábricas y por tanto el capital. Es obvio lo que diría respecto del papel de la monarquía en Europa, que es la que principalmente detenta ese capital. El principio de igualdad impide respetar privilegios y esa es la base misma de la república, digo yo. Y si en Francia el poder de unos sobre otros a pesar de todo se mantiene, es un hecho que los ciudadanos lograron ajustar su república a los ideales de la revolución acabando con su propia monarquía.

Por eso el Congreso Anarquista de 1900 fue prohibido por ministros –Waldeck–Rousseau y Millerand– y no tolerado por un monarca. En esto se conservaron las pautas del estado republicano francés. Y, por si fuera poco, aquí en Holanda dudo que la tal neutralidad de la monarquía sea real. He visto cómo en las calles se apostan los gendarmes –que son en realidad esquirols– cuando estamos en medio de nuestras reuniones. Esperan cualquier acción de nuestra parte para atacar. No tolerarán nuestra presencia por mucho tiempo. Saben del impacto que puede alcanzar el Congreso entre el pueblo y la importancia internacional de la ciudad.

Al lado de Willy se encuentra Laura, a quien le comento mi proyecto de escribir una novela sobre el primer anarquista colombiano; una novela un poco facsimilar que incluya documentos históricos y pseudohistóricos.

–La idea me parece genial– dice. –Pero.... ¿Crees que en tu país la publiquen?

–Por supuesto que no, Laura. Ninguna editorial se comprometería con algo así. Además alude al legado de Panclasta en la actualidad, y de esto sí que nadie quiere hablar.

–Pues parece muy interesante. Si quieres puedes dejármela y yo le doy una ojeada, ¿vale?

29 de agosto de 1907

19 h

Del Congreso de Ámsterdam:

Los anarquistas, queriendo la liberación integral de la humanidad y la libertad completa de los individuos son, natural y esencialmente, los enemigos declarados de toda fuerza armada entre las manos del Estado: ejército, gendarmería, policía, magistratura. Comprometen a sus camaradas –y en general a todos los hombres que aspiran a la libertad, a luchar según las circunstancias y su temperamento, y por todos los medios, a la revuelta individual, a rechazar el servicio militar aislado o colectivo, a la desobediencia pasiva y activa y a la huelga militar– para la destrucción radical de los instrumentos de dominación.

Expresan la esperanza de que todos los pueblos interesados contestarán a toda declaración de guerra con la insurrección.

Declaran pensar que los anarquistas darán el ejemplo.

Esta moción, que lleva las firmas de Malatesta, Marmande, Thonar, Cornelissen, Ramus y Domela

Nieuwenhuis (que no vino al Congreso), es aprobada sin discusión.

La cuestión del antimilitarismo ha sido la bandera de batalla de muchos de nosotros. La insurrección frente a esto me parece apenas justa.

Sin embargo, ¿por qué no se dice abiertamente que esta insurrección debe consolidarse frente a la inminente guerra? Hace tiempo Nieuwenhuis hablaba de “¡Guerra a la guerra!”. ¿Se trata nuevamente de exclusividad? ¿Un grupo exclusivo del Congreso será el enterado de este tema de la guerra?

En la mesa del *Botafumeiro* nos acompañan los argentinos Marcelo Luján y Tatiana Goransky, luego se nos une Daniel Rojo Bonilla, más conocido como Dani el Rojo. Este último escritor, español, con un impacto mediático notable, me parece a mí un *Quijote Rojo* (así debió ser el caballero de La Mancha o así podría ser en esta época de novelas de crímenes: muy alto, delgado, de cara angulosa, una rara simbiosis entre criminal y revolucionario).

Dani el Rojo vivió el delito, luego la prisión y ahora ha hecho de esta experiencia su materia prima literaria. Hace varios años estuvo en Medellín dándose la gran vida con el producto de uno de sus crímenes financieros. Así me lo cuenta con lujo de

detalles, histriónicamente. Hace teatro y puede presentar monólogos de horas hablando de su vida en la cárcel. Al escribir esto, me pregunto: ¿Su rostro puede asociarse con el de la fotografía de Panclasta? Podría ser. La novela sobre el anarquista se me ha convertido en una obsesión.

En ese momento, Carlos Zanón se suma a nuestra mesa del *Botafumeiro*. Su cara de monje medieval parece confirmar lo que dicen. Puro encanto y amabilidad. Ha escrito *No llames a casa*, una novela sobre chantajes por sexo en Barcelona. Recuerdo, entonces, lo que ha dicho en alguna entrevista: “La ventaja de la novela negra... es que el personaje siempre está en situación límite, y para una novela no hay nada mejor que una situación límite”. Me pregunto si justamente Biófilo Panclasta estuvo día a día en situación límite, si todos los colombianos vivimos en esta situación límite y por eso los escritores de este origen podríamos escribir novelas de crímenes en serie.

Poco a poco, en este espacio del certamen he llegado a comprender algunas cosas; aunque suene rimbombante, he comprendido la médula del conflicto mundial. Los dueños del capital quieren la guerra y algunos anarquistas buscan, como proponía Nieuwenhuis hace años, convertir esa guerra inminente entre naciones en una guerra internacional

revolucionaria de clases: mediante lo que puede ser una huelga general antimilitarista cambiar el orden social.

En medio del frío, los sueños con Panclasta se reproducen. Trato de cambiar de pensamiento, pero siempre llega él con todo el peso de su probable imagen. Cambio de posición en la cama, envuelvo mis pies con dos pares de medias (calcetines aquí) y me envuelvo a mí, todo entero, con la manta que me ha traído Sebastián. Quiero dormir. Tengo escalofríos, malestar estomacal, pero también un tremendo cansancio. Me siento muy solo sin Ángela. Mañana la jornada será agitada y quiero estar fresco.

Debo dormir.

¿Una guerra internacional revolucionaria de clases?

Al respecto, caigo en la cuenta de otra cosa: los anarquistas del Congreso se preguntan a menudo si aceptan o no la violencia. ¿Será que esto obedece a la propuesta de Nieuwenhuis de oponerse al fin a aquellos que quieren la guerra con una huelga general antimilitarista?

Además, yo pregunto: ¿No es derecho de los pueblos o de los individuos oponerse a la opresión? ¿No es justa la violencia menor cuando protegemos un derecho mayor como el de una cantidad ingente de personas que se encuentran en peligro de muerte?

Hoy he ido a la librería de la Confederació General del Treball de Catalunya, la CGT, *La Rosa de Foc*, en los bajos del número 34 de la Calle Joaquim Costa. Luego del almuerzo, me acompañó mi amigo Gerardo, a quien he vuelto a ver después de casi treinta años de exilio. En 1984 hicimos parte del grupo de teatro La Tramoya que se disolvió definitivamente diez años después por migraciones como la suya. Como otros integrantes del grupo, como Pedro, mi mejor amigo, como Rosa Julia, como Filemón, él emigró en los peores tiempos del país, si es que hay “peores” tiempos en Colombia donde todos parecen peores a los anteriores. Le informé que venía a la ciudad y él muy amablemente se ofreció a acompañarme. Cuando supo de mi interés por Panclasta y por el anarquismo, no dudó en traerme a *La Rosa de Foc*, una librería reactivada hace poco, unos cuantos años, cuando la administración pública le devolvió el edificio a la CGT. Vive muy cerca del lugar y por eso sabe de ella. Se lo agradezco apenas se ofrece a acompañarme. Esta visita me ayuda en esta investigación personal y familiar. Le aclaro que mi objetivo en España no es

investigar sobre Panclasta ni mucho menos, sino la participación en Barcelona Negra y, en particular, en la mesa redonda “Incidencia de lo criminal en la novela colombiana actual” de la Casa de Amèrica, donde hablaré sobre la novela de crímenes en Colombia. No obstante, por diversas circunstancias, Panclasta se me ha venido imponiendo. Ha pasado de ser el personaje de una novela a convertirse en una verdadera obsesión, le digo. Siento aquí, en Barcelona, como si su novela, mi novela, saliera de mí con toda la fuerza del mundo, como un parto, como una explosión, y yo solo fuera el cráter.

En *La Rosa de Foc* le pregunto a la dependienta (vaya denominación española para este empleo) por los libros de Panclasta. Como era de esperar (poco éxito he tenido con el asunto) no encuentra nada. Muy circunspecta dice que a menudo le preguntan por el personaje, pero es más popular su nombre o su condición mítica que su producción bibliográfica. Ella insiste en buscar, pero no encuentra nada. Solo referencias a él, menciones... Por mi parte, mientras ella se va a lo suyo, yo encuentro el libro de Max Stirner que le sirvió de base teórica al colombiano, *El único y su propiedad* (editado, o más bien copiado de una página web, aquí en Barcelona ¡el año pasado!); y, también, del mismo autor, *Escritos menores*, un grupo de columnas de opinión publicadas en diferentes diarios alemanes de la época, con un prólogo de Luis Andrés Bredlow que explica en breve la crítica del autor al Estado mismo. Textos como estos debieron impactar soberanamente al

Panclasta de fin del siglo XIX, me digo. Stirner. ¡Un libro como *El único y su propiedad* en Colombia! Lo mismo que sucede ahora, pienso: las ideas revolucionarias de Europa llegan a América años después, por las vías más inusitadas, para provocar efectos devastadores. El libro llegaría a Pamplona o a Venezuela, a Argentina, de la manera más impensada, y más extraordinario debió ser el modo cómo llegó a sus manos. Lo sabré por las fuentes objetivas o debo imaginármelo.

La dependienta, un poco más relajada y ella misma sorprendida por la escasez de información sobre Panclasta, me trae *Una historia del anarquismo en Colombia, (Apuntes, momentos y páginas selectas para una historia del Movimiento Libertario Americano)*, del colectivo Alas de Xue, compilación, edición y notas de Luis Alfonso Fajardo Sánchez. ¡Quién lo creyera! Gerardo y yo nos reímos. ¡Llegar hasta Barcelona para tener entre las manos el trabajo de un grupo colombiano anarquista sobre este tema! Esto da cuenta de lo que es Colombia, digo: la diferencia excluida, silenciada. Un libro que resulta tan cercano a mí como profesor de universidad me es totalmente desconocido hasta ahora. Y no por falta de interés sino de difusión. Poca circulación tienen estos libros allá. El sello Madre Tierra de la portada me recuerda a Abadio Green, mi colega de la Universidad, a quien conocí hace años hablando sobre otra forma de enseñar a los estudiantes en función de la sabiduría de la Pachamama. Al instante caigo en la cuenta del milagro. ¿La anarquía en la educación a través de

la sabiduría indígena? Pienso en esto porque, como para Stirner, la educación fue el objetivo inicial de Panclasta: él quiso transformar en un pueblecillo de Venezuela la enseñanza, y me sorprende gratamente que un colega tan cercano tenga algo en común con él. Los vasos comunicantes son extraños: la transformación de la educación era uno de los objetivos tanto de Stirner como de Ferrer i Guàrdia, a quien se refirió Malatesta en el Congreso de 1907, como el de Julia y mi abuela Zoraida en la Pamplona de los años 1930. El espectro de las ideas es inmenso. Uno de mis propios objetivos personales en el Colegio Los Nogales o en la Universidad Autónoma de Colombia, en Bogotá, en París en la Éducation Nationale, como lo pretendo ahora en la Universidad de Antioquia, es cambiar la manera de enseñar a los jóvenes. Enseñar sobre la base de la libertad, como hizo mi abuela y como hizo Julia, la tía de mi madre, y como hace el Instituto Jorge Robledo, en que estudia mi hija, donde se sigue la tradición de la escuela moderna de Ferrer i Guàrdia. Acaso muchos persistimos en metodologías de enseñanza que aseguren sujetos libres. El objetivo de Rosa Julia, la colega de la vieja Tramoya exiliada en República Dominicana, es, también, hacer un trabajo de transformación educativa en la isla que hace más de cien años sirvió de prisión a Panclasta. Con el apoyo de algunas ONG internacionales, Rosa Julia busca transformar el modelo oficial de la enseñanza y así lograr cambios políticos. Se ha especializado en estudiar la relación estrecha que existe entre la educación no formal y los derechos humanos. Lamento, por estas razones, que en esa

compilación de Alas de Xue no haya mucho, por no decir nada, en estricto sentido, del sueño educativo de Panclasta y en general de las transformaciones progresistas de la educación derivadas del anarquismo. Solo se incluye una breve e incompleta reseña del lanzamiento del libro *Biófilo Panclasta, el eterno prisionero*, del mismo colectivo Alas de Xue (Renán, Orlando, Juan Carlos, Amadeo y Luis Alfonso), realizado en el Planetario Distrital de Bogotá el 1 de marzo de 1992. La reseña misma está dedicada “a Beatriz Sandoval, La Negra, asesinada en el campus de la Universidad Nacional en Bogotá el 16 de mayo de 1991”. Los autores son Orlando Villanueva Martínez, Renán Vega Cantor, Juan Carlos Gamboa Martínez, Amadeo Clavijo Ramírez, y Luis A. Fajardo Sánchez, personas estas de las universidades Nacional, Pedagógica y Distrital, es decir, de la universidad pública colombiana como yo, que bien me gustaría conocer. Curiosamente este trabajo se realizó con el patrocinio de la Campaña de Autodescubrimiento de América: 500 años de resistencia indígena, negra y popular, y es un homenaje (quizá anticipado, pues algunos dicen que Panclasta murió en 1943) al quincuagésimo año de la muerte de Panclasta (“Año 499 de la invasión”, señala el Grupo Alas de Xue solidarizándose con el colectivo anarcoindigenista). Este vaso comunicante entre el *autodescubrimiento* y el anarquismo representa otra vía para una novela sobre Panclasta. En general, cada vez más pienso que los cruces de las historias que de un modo u otro rodean a Panclasta son extravagantes, difusos y en todo caso épicos. La transformación del modelo de educación, mis abuelas y mi

madre, Gerardo y Rosa Julia, La Tramoya, *La Rosa de Foc*, las distintas Julias o Rosas en mi vida... Incluso esta historia sublineal de La Negra, la estudiante y militante anarquista asesinada en la Universidad Nacional, que me recuerda la historia que inspiró mi novela *Desaparición*, una estudiante víctima de la violencia de las fuerzas militares; mi metáfora misma de los ratones rodeados de fuego, apareándose, son otras formas de imaginar la rosa de fuego con que nombraron la ciudad de Barcelona ligada al sindicato anarquista CNT hace un siglo. En el centro del dolor está el placer, pensé al escribir una de las últimas escenas de mi novela y pienso ahora en la actualización de las metáforas del placer y el dolor de Baudelaire y de Panclasta en la violencia colombiana. “La vida de la sociedad habría que tomarla como la vida de una rosa cuyos pétalos muy hermosos y bellos se caen y marchitan para dar lugar a sucesivos movimientos”, dice Guillermo Vargas Villamizar, otro biógrafo de Panclasta al sintetizar su espíritu libertario.

Aún tengo la rosa de Irene entre el programa de Barcelona Negra... Echo mucho de menos contarle un cuento en la noche y dormir abrazado a Ángela.

El año pasado el general Franz Konrad envió un memorando oficial al emperador Francisco José I en el que dijo que “el

futuro de la monarquía se encuentra en los Balcanes” y por eso defendió la tesis de la necesidad de una guerra preventiva contra Serbia, así como la “solución” a la cuestión eslava del Sur a través de la fuerza militar. Él cree que el futuro de la monarquía y su existencia dependen exclusivamente de tal guerra. ¿No es justo entonces que los bosnios y los serbios se opongan incluso con violencia a esta decisión?

Me quedo leyendo “El trabajo agradable”, uno de los artículos compilados en *La conquista del pan*, de Piotr Kropotkin. ¡Vaya exotismo el trabajo agradable en una sociedad como aquella de la que vengo!, pienso. Marx se hubiera visto en aprietos para justificar que el trabajo infantil en las minas de Tibú o Sabanalarga pueda ser agradable. O limpiar letrinas en Buenos Aires o en la París del siglo XX o XXI. ¿Qué pensaría Stirner del asunto? Esto debo incluirlo en mi novela. Recuerdo sobre esto *Germinal* de Zola o *Le ventre de Paris*. ¡Existen tantas relaciones entre la novela de esa época, el anarquismo y la actualidad colombiana! “El trabajo inicuo”, debería escribir yo. De esto quisiera hablar también en la mesa redonda de la Casa de Amèrica, aquí en Barcelona. ¿Tendré tiempo para hacerlo?

Por ahora, en *La Rosa de Foc*, quisiera poder seguir consultando sus libros.

“En esta hora negra, cuando todas las tiranías, fanatismos, miserias se ciernen sobre el indefenso pueblo colombiano, en esta hora cruel en que Colombia agoniza entre ladrones y traidores, cuando la vida se ha hecho insostenible, cuando ni gobierno, congreso ni sociedad hacen otra cosa que inmolarse al sufrido e indefenso pueblo, cuando al país lo postran de rodillas ante los filibusteros yanquis, cuando carecemos de leyes protectoras, de defensa, de pan, de techo, de vida, la defensa es un derecho sagrado y esa defensa solo puede hacerla el mismo pueblo que sufre, agoniza, expira.

“Por eso llamamos a la unión a todos los que sufren, a todos los que piensan, a todos los hombres de buena y noble voluntad.

“¿Es un crimen asociarse para la defensa del derecho a la vida?”

Biófilo Panclasta

En una hora tengo una cita con la profesora Elena Losada Soler, de la Universitat de Barcelona, a quien me dirigió mi amiga Shelley Godslund para discutir, entre otras cosas, lo relativo a una investigación conjunta en torno a la novela de crímenes escrita por mujeres. Nada qué ver con Panclasta,

claro, ni con el anarquismo, ni siquiera con *La Rosa de Foc* en que estoy metido. De no ser por la existencia o inexistencia de la princesa rusa o de Julia Ruiz, la militante anarcofeminista, exreligiosa y pitonisa con quien descrestara Panclasta a la sociedad bogotana con el flamante rótulo “Doctores en ciencias naturales y mentalistas”, no sabría cómo hilar cosas tan extrañas entre sí. Además de la novela *El silencio de los claustros* de Giménez Bartlett y lo poco que conozco sobre el tema, es difícil hallar relaciones entre la novela de crímenes y Panclasta. La novela *De paso*, de Paco Ignacio Taibo II, es lo más concreto que puedo señalar sobre el vínculo entre las mujeres, el género negro y el anarquismo latinoamericano, y por extensión, con Panclasta, con la presencia de las mujeres en la vida de los anarquistas. La prostituta alemana Greta, amante de Sebastián San Vicente, en *De paso*, y la princesa rusa o la Julia Ruiz de Panclasta pueden llevar a entender el papel de esas mujeres. Al respecto, me pregunto: ¿qué representarían las mujeres para estos hombres anarquistas? ¿Estaban a su lado? ¿Querían estos hombres también la libertad de ellas? A diferencia de lo que sucede en las novelas de Giménez Bartlett, en que las mujeres se dan su lugar, en esos casos las féminas adquieren todavía un papel de protectoras, de dadoras, que se adecúa a pesar de todo al mito cristiano y patriarcal. Esta es mi intuición por ahora. Las mujeres a las que me he referido parecen difuminadas por el ideal del hombre-líder anarquista. Pero bueno... ¡otra perspectiva aparecerá! Todavía Panclasta y sus mujeres se me van entre las manos. En esto el personaje también debe ser

comparable a mí, rodeado de esposa, hija, madre, hermanas, abuelas, bisabuelas... Un mundo femenino. Hay algo en él que soy yo. Algo en él que somos todos los colombianos, los ratones contemporáneos en medio de nuestra rosa de fuego.

“If it is right for men to fight for their freedom, and God knows what the human race would be like to-day if men had not, since time began, fought for their freedom, then it is right for women to fight for their freedom and the freedom of the children they bear.”

(Emmeline Pankhurst, activista política británica y líder del movimiento *Suffragette*)

De prisa, me topo con *El anarquismo individualista. Lo que es, puede y vale*, de Émile Armand, autor mencionado en las actas del Congreso de Ámsterdam de 1907. ¡Qué suerte!, me digo. Se trata de una edición actualizada de 2011, de “Pepitas de Calabaza Ed.” (¡Vaya nombre!), de Logroño. Lo leeré atentamente, sobre todo en lo que atañe al ideal anarquista individualista, que concede un lugar secundario al interés económico, la vida como lucha y “la cuestión feminista”. De

esto pudo haber hablado el francés con Panclasta en Ámsterdam, pienso, y me dará además una idea de la cuestión de las mujeres en sus vidas, no sé. Sobre el tema también escribió Malato, que debe estar por aquí en uno de los anaqueles... La reflexión de los anarquistas en torno a temas como el matrimonio, la mujer, la educación de los niños resulta de gran interés para mi novela.

La dependienta continúa su propia búsqueda de los autores que le menciono. Nada de Mauricius ni de Benoît Broutchoux, los franceses anunciados en la misma mesa de Panclasta. Ni remota idea de ellos. Le digo que Mauricius colaboró con el periódico *L'Anarchie* de París. La mujer, que ya se ha congraciado con mi búsqueda, es incapaz de dar razón de ellos. En su lugar, cree que “me interesaría este libro”: *Ideología anarquista*, de Errico Malatesta. Un clásico. Por supuesto, le digo, más por amabilidad que por interés. Ya leí este libro, pero todo lo que pueda tener de este hombre es poco. Dominó la discusión en el Congreso en 1907 en detrimento de los individualistas como Panclasta. En Colombia casi nada suyo impreso se encuentra. Llevo años leyéndolo por otros medios y ahora sus ideas me sirven para componer un perfil de Panclasta. Sobre todo, en lo que atañe a la distinción, según el italiano falaz, entre anarquismo individualista y sindicalista que determina cada vez más mi interés en la novela sobre Panclasta. Por este camino, entre otros, tengo que llegar a sus aristas. Además, Malatesta tuvo que compartir espacios con Panclasta durante la estancia en Ámsterdam. Acaso caminaron

juntos por la Calle Henri Polaklaan (o como se llamara entonces) y así contrastaron sus ideas. Me los imagino hablando sobre el propósito del Congreso, las tareas concretas de los revolucionarios, la idea de la libertad o la acción política de los anarquistas. Panclasta era individualista, él no; o por lo menos, no furiosamente como Panclasta. Esto debió darles de qué hablar. También sus historias de mujeres. Pudieron tener algo en común en este campo. Lo intuyo. Shelley me ha dejado ideas del feminismo al hablarme de la cuestión en la novela de crímenes actual y esto me lleva a pensar en tal tópico para mi novela sobre Panclasta. Habrá mujeres en ella. Serán importantes, con seguridad. La contradicción entre Malatesta y Panclasta a propósito de Kropotkin, su estancia en Argentina, sus frecuentes detenciones o la oposición a la Iglesia no pueden ser lo único común entre ambos intelectuales. La persecución de que serían víctimas posteriormente, por parte de los generales Rafael Reyes Prieto y Benito Mussolini, respectivamente, puede confirmar que tenían senderos semejantes y enemigos parecidos. Las mujeres bien pudieron ser otro “aspecto en común”, rusas, colombianas o italianas. Con esto podría acercarme a la investigación de las profesoras Losada y Godsland. “A todas he amado como Jesús a María de Magdalena o como Teresa de Jesús a Cristo”, dijo Panclasta. Esto puede ser todo un manifiesto en mi novela para entender el acercamiento del anarquista a sus mujeres, entre prostitutas y santas. O entre amantes y destructoras... O incluso, como bien merecerían mis abuelas, mi madre y su tía, entre revolucionarias y libertarias. Me gusta la inversión en la

focalización de género en esta frase de Panclasta, como en *Desaparición* (el emisor se identifica con Jesús y enseguida con Teresa de Jesús en una alternación de géneros y personajes), y para mí, una ayuda. Algo debe haber en común entre la novela de crímenes, las mujeres y Panclasta, y hasta por interés académico me gustaría encontrar esta relación. Después de haber crecido rodeado de mujeres y de haber encontrado a mi Ángela (y con ella a Irene) considero reduccionista esa idea de las mujeres que he referido antes: ni santas ni prostitutas. Mujeres simplemente.

Una conversación con Schapiro, antiguo secretario de Kropotkin, que es judío y hace poco creó la Federación anarquista de lengua yiddish, me ilustra sobremanera en el asunto de la revolución rusa. Por eso intento transcribirla fielmente en este cuaderno. El colega se interesa muchísimo por América Latina y quiere practicar el castellano conmigo.

—En 1905 hemos abierto las puertas a la revolución.

—Sin embargo, el Zar conserva su autoridad.

—Por desgracia. La Duma no ha sido suficiente para obtener una verdadera representación del pueblo y la acción represora del ejército todavía es eficaz. Aunque no todo está perdido,

camarada... contamos con alguna soldadesca entre los nuestros.

—Soldados inconformes.

—Sí, y desertores de la guerra con Japón. La derrota los lleva rápido a nuestro frente.

—Eso sería imposible en Colombia.

—¿No tienen ejército oficial allí?

—No en estricto sentido. Si lo hay, en realidad son facciones de campesinos que dependen de los terratenientes. Cada gamonal se va forjando el suyo de acuerdo con sus intereses. Por eso creo que un grupo armado no se voltearía a favor del pueblo. Perdería su trabajo.

—Campesinos... como en Rusia. Sin embargo, no se desanime, camarada: hay cosas que solo los campesinos entienden; todos quieren la tierra, que es lo fundamental para el triunfo de la revolución. El hambre los hará reaccionar, con los incendios, los atentados, las huelgas... Nosotros estamos ahí para encauzar esas fuerzas. Por eso luchamos.

—Espero sinceramente que en Rusia lo logren. El ejemplo cundirá.

—Tenemos mucho apoyo. Es cuestión de tiempo. Hasta los fineses, las provincias bálticas o los polacos quieren ser

autónomos; quieren usar sus lenguas libremente, y nos apoyarán. Y los musulmanes, en quienes poco pensábamos antes, quieren su unidad por encima del poder autocrático.

—Creo, sin embargo, que hasta que no caiga el Zar en Rusia no habrá revolución.

—Pues yo creo que se debe acabar de una buena vez con toda la estirpe Romanov. Esa es la única solución, camarada. Todos lo sabemos. Y lo venimos intentando desde hace años. Alejandro III se salvó, pero su hijo no se salvará.

—Pero Nicolás II reconoció la Duma.

—A su pesar.

—¿Y hay un plan para acabar con él?

—¿Un plan?

—Sí. Mi apreciación es que toda Europa está implicada en un gran plan para acabar con los monarcas y así cambiar el orden social.

—La revolución cambiará el orden social, de eso no hay duda, camarada; y el Zar caerá. Tarde o temprano, caerá. Ese es el plan de nosotros los rusos.

No obstante, en términos generales ¡hay tan poco fuera del mito que han tratado de alimentar tantos sobre Panclasta! La bibliografía es muy poca, y ninguna en la línea que me interesa, que es biográfica en buena parte, pero también ideológica. Sobre todo en relación con lo sucedido en Holanda y el tiranicidio, según Panclasta, que es lo que me importa. Además de la nota biográfica que se repite por doquier (incluida en el portal de un colectivo catalán), hay poco. Los libros del autor, *Siete años enterrado vivo en una de las mazmorras de Gomezuela* (escrito en Bogotá y hallado en el Instituto Internacional de Historia Social, ¡en Ámsterdam!, ¿lo llevó el mismo?, sobre su prisión sin juicio en Venezuela en 1914, justo al iniciar la Primera Guerra Mundial), de 1932; y *Mis prisiones, mis destierros y mi vida*, publicado en 1929, me han ayudado bastante, pero no para lo que atañe al sustrato de su temporada en Ámsterdam. *Camino de milagros*, como *Veinte años de bohemia anárquica* y *Mi éxodo infinito*, a los que se refiere Francisco Montaña Ibáñez, no fueron más que proyectos, según Mario Eduardo Mejía Díaz, un médico historiador de hombres ilustres de Chinácota, y si existen como obras terminadas me resultaron inconseguibles. Solo Montaña Ibáñez declara haber tenido el privilegio de conocerlos. El primero, en inglés, “es el fruto maduro de los últimos años de su relación con Julia en los que están presentes los niveles de compenetración a los que habían llegado después de compartir pan, lecho y toda suerte de aventuras estético-políticas”, dice Montaña Ibáñez. Los artículos mismos que escribió Panclasta, sobre todo la carta “Datos

autobiográficos de Panclasta”, dirigida desde el cuartel de policía de Barranquilla a Aurelio de Castro el 15 de abril de 1910; así como la reseña de José Antonio Osorio Lizarazo, en que se parangona al personaje con Lenin, que incentiva el mito que yo quisiera desarrollar en mi novela (con un retrato de Ignacio Gómez Jaramillo); la de Rafael Gómez Picón, de 1939 (que va acompañada de una imagen de *Estampillas de timbre parroquial* con el rostro de Panclasta); o la de Honorio Mora Sánchez, que cuenta la anécdota de su encuentro fugaz con él en marzo de 1941, y poco más, apenas me dan una idea del personaje; una idea más allá de ese mito. Por oposición, los textos sobre su figura resultan muy interesantes. He leído, además de *Biófilo Panclasta el eterno prisionero. Aventuras y desventuras de un anarquista colombiano*, de 1992 (donde encuentro además de los ensayos críticos, textos del autor y sobre el autor bastante útiles), los libros *Biófilo Panclasta*, de 1988, de Guillermo Vargas Villamizar (un acercamiento muy subjetivo a su vida); *La revolución soy yo: vida y obra del anarquista colombiano Biófilo Panclasta*, de 1999, de Orlando Villanueva Martínez (con casi igual contenido que *Biófilo Panclasta, el eterno prisionero*); y la novela de Francisco Montaña Ibáñez, *La ficción del monje*, que cuenta la historia de Arturo Molano, el bogotano que recibe una beca de la Universidad de Tulane para escribir la biografía de Biófilo Panclasta, pero desiste antes de lograr su cometido. “La vida de Biófilo es un ejemplo de la imposibilidad e inutilidad de la noción de verdad para referirse a la experiencia humana; y precisamente ¿qué otra cosa puede oponerse más

dramáticamente al ejercicio de poder que duerme bajo cualquier intento de relato y de imagen finalizada?”, dice lúcidamente este último. Este mismo personaje afirma, además, que Panclasta tenía un hijo de apellido Olaffson, elemento que sin duda tomaré en cuenta en mi libro. Hasta las canciones de *Biófilo Panclasta*, el grupo musical argentino, me sirven en algo para comprender el perfil del protagonista de mi novela. Como esas canciones de un minuto, Panclasta es estridente, difuso, impreciso, y se me va entre las manos, se me confunde entre mis propias ideas de lo que debe ser un intelectual, el compromiso social del anarquismo de Colombia y todas esas cosas que me acompañan ahora. Mi propia condición, de escritor y profesor, y tener una visión política progresista, amar la vida, detestar los yugos me identifican con Panclasta. Lo mismo que ser colombiano. Esto último, acaso lo más importante, paradójicamente me resulta casi un acertijo. Creo que Panclasta representa la línea individualista del anarquismo, pero ante todo una línea que tiene mucho que ver con el individualismo colombiano, con su cultura, si algo tan etéreo como la cultura colombiana existe. La insistencia en la libertad por encima de otros valores puede ser el sustrato de esta, lo que yo recibí como legado. Más de cien años me separan a mí del personaje y aún así lo siento cercano, filial.

La mujer de la librería parece darse cuenta del furor de mi interés y me obsequia algunos periódicos de *Solidaridad Obrera*. “100 años de anarcosindicalismo”, anuncia la primera página del ejemplar.

30 de agosto de 1907

19 h

Al Congreso ha venido una nutrida comunidad de rusos, algunos de los cuales asistieron igualmente al Congreso del Partido Socialdemócrata alemán en septiembre del año pasado en Mannheim. Vienen de París, de Londres (de los que varios son judíos expulsados) y del resto de Europa. Así, he tenido contacto con exiliados como Aleksandr Schapiro y representantes de los sindicatos anarquistas de Rusia. Algunos de estos se han mantenido curiosamente neutrales durante el certamen. Ni individualistas ni sindicalistas o corporativistas... Los matices parecen tenerlos sin cuidado. En general creo que para ellos solo hay una palabra de interés: la revolución. Hablan por eso de 1905, de la Constitución y de la Duma, donde, según dicen, tienen asiento los oprimidos. Estas últimas son sus conquistas y, por supuesto, sus cartas de presentación. A diferencia de otras federaciones, ellos tienen estos éxitos que mostrar, de los cuales se sienten orgullosos; aunque hayan sido conseguidos a punta de sangre y muerte.

¿Me pregunto cuáles son los éxitos en Colombia? Yo solo podría hablar del indígena Jacinto Albarracín, un verdadero Quijote Rojo, periodista de Arauca, autor de obras de teatro

como *Por el honor de una india* y *La hija del obrero*, que entre 1899 y 1890 organizó la comuna autogestionaria llamada *Otache* en la selva del Magdalena medio boyacense en Colombia, sin ley, sin autoridad, ni conceptos de propiedad ni poderes judiciales.

En Casa Amèrica Catalunya, Calle de Còrsega, 299, en el entresuelo, me encuentro con Cristina Osorno, quien coordina la actividad de la mesa redonda y me sirve de anfitriona. Me recibe en la puerta del lugar y hablamos unos minutos aquí del evento de la noche. Me sorprende entonces toparme con la exposición “Medellín 2 miradas”. Con fotografías del barcelonés Pepe Navarro y textos de Héctor Abad Faciolince, se exhibe desde el 11 de diciembre hasta el 11 de marzo en el vestíbulo del edificio. La presencia de Medellín en este espacio me lleva a comprender la razón por la cual se programó aquí la mesa redonda de los escritores colombianos de Barcelona Negra. Además del Ayuntamiento, el Auditori del Conservatori del Liceu, la sala Barts o la Biblioteca Barceloneta–La Fraternitat, sin duda Paco Camarasa ha querido vincular este año la Casa de Amèrica con el festival Barcelona Negra. Mi presencia en representación de Medellín debe ajustarse además a la programación de la Casa que, gracias a la gestión de Cristina, da especial importancia a la ciudad de la que vengo.

El programa de la exposición con que me recibe dice que el proyecto fotográfico fue “patrocinado por el Ayuntamiento de Barcelona y... concluyó con la edición del libro *Medellín que estás en los cielos*”, prologado por el propio Abad Faciolince (el título me recuerda no sé porqué las pesadillas de anoche). Y agrega:

Navarro retrata un Medellín que crece y mejora. Una ciudad que en ocasiones baja un peldaño pero que, sobre todo, resiste.... A la visión fotográfica... le acompaña la mirada, convertida en palabras, de Héctor Abad Faciolince, quien mira a su Medellín (ciudad donde vive, en la que nació y sufrió) como un desordenado resumen del mundo. Una urbe que afronta su futuro sin esconderse del pasado, consciente de que el sueño de un Medellín habitable para todos, aunque difícil, es hoy posible con la ambición de todos.

Casi me lo creo, a pesar de la redacción. Aunque, eso de que el cambio de la ciudad sea posible con la ambición de todos desplaza a los individuos un tema como la seguridad (que le correspondería a la flamante “política de seguridad del Estado” de los sucesivos gobiernos). ¿Entonces qué utilidad tiene el Estado? Teóricamente se le cede a él el monopolio de la fuerza, pero normalmente esta se impone sobre los ciudadanos de a pie y no los criminales: “Desde el inicio del Plan Colombia, más de 6 millones de personas fueron víctimas, más de 4 millones fueron desplazadas, más de 4300 civiles fueron asesinados por las fuerzas de seguridad del gobierno para aumentar la cantidad de cuerpos, más de 1000 sindicalistas y 400

defensores de los derechos humanos fueron asesinados, e incontables mujeres sufrieron de violencia sexual”, informa *Latin American Working Group*.

Y, en cuanto a las imágenes, la visión de Medellín del fotógrafo muestra lo mejor de mi ciudad adoptiva, vista desde Europa: colores, belleza subalterna, peligro, exotismo. Una de las fotografías incluye mujeres hermosas y primitivas como aquellas de las pinturas de Gauguin. Como los textos de Abad Faciolince, las fotografías constituyen una “mirada” privilegiada de la guerra nacional.

El programa mismo cuenta con breves textos de escritores que demuestran el dinamismo intelectual de la ciudad en medio de un ambiente constante de anomia social: los clásicos Tomás Carrasquilla y Gregorio Gutiérrez González; los contemporáneos León de Greiff, Manuel Mejía Vallejo, Fernando Vallejo, Fernando González y Gonzalo Arango, otro de los escritores llamados anarquistas de Colombia; los actuales Jorge Franco, que habla de “las ganas de largarnos” de Medellín y del hecho de que la ciudad “siempre termina ganando”, esto es, haciéndonos quedar (¡Qué pertinente para el espíritu de la novela que estoy esbozando!); Alfonso Buitrago Londoño, sobre Barrio Triste; Ana María Bedoya; Juan Diego Mejía, director de la Fiesta del Libro en que se realiza cada año Medellín Negro, sobre Junín; César Alzate Vargas, profesor de la Universidad de Antioquia como yo; Helí Ramírez Gómez; Víctor Heredia; Pascual Gaviria, sobre el barrio Caribe; Jaime Jaramillo Panesso, sobre el antiguo barrio Antioquia o

Santísima Trinidad; Luis Miguel Rivas, sobre el Parque de Berrío; Ana y Jaime, los cantantes, con un poema alusivo a la ciudad que se hizo canción; José Manuel Arango; Carlos Palacio, “Pala”; Dora Luz Echevarría Ramírez, sobre los tangos en Medellín; Juan Manuel Roca; Anabel Torres; Juan José Hoyos; Alejo García; Carlos Egio; Rubén Vélez; Sofía Ospina de Navarro, sobre la Avenida La Playa; Camilo Jiménez; María Isabel Naranjo, sobre la “Revolución” en la calle Barbacoas; y Jordi Sierra, el barcelonés amigo de la ciudad, que habla sobre la singular costumbre de Medellín de poner estrellas en el asfalto luego de la muerte de una persona en medio de un accidente de tránsito: “Más de seis, de siete mil estrellas en los primeros cinco años. Y la suma sigue”, denuncia. Lo negro cotidiano que está en la realidad de hoy. Y eso que Sierra no habla de esas figuras de los cadáveres delineados en el piso con reseña general de las circunstancias de su muerte que surcan calles y aceras de la ciudad como recordatorios de la violencia. Ni habla puntualmente de los 2.754 motociclistas muertos en 2013 en Colombia que superan los 341 muertos por la violencia.

30 de agosto de 1907

22 h

Hoy Emma Goldman ha propuesto apoyar una resolución a favor de la revolución rusa. A pesar de vivir en Estados Unidos, esta militante exiliada es fiera en su compromiso con su país, quiere que el proyecto cuaje allí y se replique en el mundo entero. Esta resolución ha sido apoyada por los camaradas Rogdaëff, Wladimir Zabrejneff, Cornelissen, Baginsky, Peter Mounitch, Luigi Fabbri y Malatesta.

“El Proyecto Cultural Alas de Xue (PCAX) fue una iniciativa de estudiantes universitarias libertarias, con una apuesta y un trabajo político enmarcado en la idea de consolidar y difundir los principios anarquistas en la realidad colombiana. Editaron una revista de opinión crítica en donde se discutían los temas de la realidad nacional y a la que llamaron *Convergencia Intelectual*. Luego emprenderían otras acciones de corte más social y menos academicista relacionadas con la coyuntura del movimiento estudiantil y el movimiento indígena. Así, poco a poco y durante sus diez años de existencia se fueron consolidando como una alternativa libertaria y cultural en la lucha social colombiana”.

Página web.

Gerardo ha vivido desde el 86 en Barcelona. Emigró de Colombia a los 25 años, poco después de lo del Palacio de Justicia. Vino a hacer un doctorado en medios de comunicación, pero la vida le fue imponiendo su propio curso. Por un tiempo realizó una investigación bajo la dirección de Carme Farre, una reconocida intelectual de la Universitat de Barcelona, pero dejó los estudios. Tenía que vivir de algo y por su parte el ambiente de la academia dejó de atraerle: “Estaba impregnado de independentismo hasta los tuétanos”, dice. “Muchos de los independentistas que luego de Franco no lograron un lugar se refugiaron en la Facultad y crearon allí un fortín infranqueable. Marchar al margen de eso era difícil. Y lo mío no tenía nada que ver con Cataluña o su independencia”. Un día conoció a un gran cocinero catalán y comenzó a trabajar con él. “Viajamos por los pueblos investigando recetas y tradiciones que ahora aplico”. Gracias a este trabajo, en un momento dado obtuvo la residencia y luego los papeles de ciudadano español. Así, después de que estuvo indocumentado, por un azar del destino logró esta nacionalidad. “No fue nada difícil. Aquí siempre son necesarios los cocineros, y yo tengo buena sazón”, dice satisfecho. A veces le asalta la idea de volver a Colombia, pero no se ve definitivamente allá. “Cuando voy todo me parece extraño. Y más aún, la manera de pensar de la gente, su obsesión con el dinero”. Además, solo le queda un hermano en Chía, un pueblecillo cercano a Bogotá. Su madre y hermana emigraron hace tiempo a Estados Unidos. Luego de divisiones familiares como consecuencia de una herencia, ellas decidieron que lo

mejor era abandonar Colombia y buscarse la vida en el país del norte. “No tendría adónde volver, es decir, familia o casa. Uno necesita un referente, ¿verdad?”. Su trabajo aquí le da para vivir. Lleva comidas a grupos de actores o realizadores que filman una película en la noche o grupos de teatro que cenar un “bocata” en medio de funciones. A veces debe pasar en blanco la noche entera puesto que es el responsable de la alimentación de grupos musicales en un concierto o eventos de gran envergadura fuera de la ciudad. “Con uno o dos negocios grandes que haga al mes puedo mantenerme”, dice. Sin embargo, el hecho no le satisface. “Mi problema no es el dinero, nunca lo ha sido. Lo que más me preocupa es que pase el tiempo y yo no haga nada interesante. La vida no puede ser ganar dinero y sobrevivir”. Yo lo miro a los ojos y sé a lo que se refiere. Recuerdo mis trabajos *kleenex* en París como profesor de español en la *banlieue*, el sinsentido que puede llegar a agobiarlo a uno en semejantes circunstancias. Le digo, no obstante, que esta situación resultaría un privilegio para personas que buscan mantenerse con vida en Colombia, los perseguidos, los desplazados... La multitud errante de la que habla Laura Restrepo. Está de acuerdo con esto.

30 de agosto de 1907

18 h

Soy Santiago Pérez Triana y soy colombiano, dijo. Mi sorpresa fue mayúscula al escuchar su nombre, claro. Jamás hubiera podido imaginar encontrar aquí, en el Plantage, en medio del Congreso Anarquista, ¡a Santiago Pérez Triana! El mismo que representa a Colombia en la Conferencia Mundial de Paz y, como si fuera poco, el que acaba de publicar, en Madrid, un libro de cuentos infantiles titulado *Cuentos a Sonny*, dedicado a su hijo. Menciono ambos elementos para ilustrar lo que para cualquiera puede ser una contradicción. ¡Viene a hablar de guerra, visita el congreso anarquista y al mismo tiempo publica un libro para niños! La sorpresa fue verdaderamente mayúscula cuando el hombre se me acercó luego de una de las sesiones de la mañana. Yo estaba en el jardín bebiendo uno de los cafés que ofrecen en una especie de estanco y un hombre de baja estatura, un poco amanerado y modosito, abandonó el grupo de italianos en que estaba y vino hacia mí. “Un buen café”, dijo en un castellano bogotanísimo. “Un buen café”, repetí automáticamente reparando en el amable paisano. De no ser por este ligero acercamiento, no lo hubiera reconocido como colombiano, claro está, puesto que su apariencia es engañosa: aunque es muy bajo, y gordito, parece norteamericano o europeo. Es bastante blanco y, cómo decirlo, un poco... desabrido. Además, según yo mismo me había dado cuenta minutos antes, habla en italiano y con tal soltura que, al parecer, el grupo de los napolitanos, incluido el propio Malatesta, lo acoge como parte suya. Así, como lo había visto en ese corrillo, hasta ese instante, pensé que era italiano. Solo cuando vino a

saludarme y dijo lo del café, caí en la cuenta de que era colombiano. Soy Santiago Pérez Triana, dijo, arrastrando las eres como un puro cachaco de Teusaquillo, al punto de volverlas las consonantes más importantes de las palabras. Entonces reparé en su nombre y tomé consciencia de que era justamente el delegado de Colombia ante la Conferencia Mundial de Paz de La Haya. ¿Querrá inscribirse en la línea de una nueva educación como Ferrer i Guàrdia?, le pregunté, mencionándole que había visto su libro infantil en una librería de Barcelona (libro, por demás, traducido al español por Tomás O. Eastman, un filólogo muy reputado en Madrid), a lo que me respondió de inmediato que ese sería su más profundo deseo. ¿Ironía? La pregunta misma la justificaba.

Luego de presentarse, con una gran cordialidad, me dijo, en tono de secreto, complicidad y confidencialidad fraterna, que quiere asistir a algunas de las reuniones y participar, aunque sea de manera clandestina en el Congreso. ¿Clandestina?, le pregunté. Creo que solo podría hacerlo así, respondió. Según me explicó, por disposición de Reyes Prieto, debe estar pendiente de las reuniones de la Conferencia Mundial de Paz en La Haya, pero, a la vez, de este congreso anarquista. Esto me sorprendió soberanamente. Jamás hubiera pensado que el dictador se interesara por el anarquismo. Y lo hace, claro, hasta donde lo considera pertinente, dice Pérez Triana. Oficialmente la labor de la Conferencia Mundial de Paz marcha al margen de cuestiones políticas. Colombia hace presencia a fin de liderar un bloque hispanoamericano frente a Estados Unidos, pues

hoy por hoy, afirma, resulta necesario impulsar bloques de influencia en el nuevo orden mundial. Lo del anarquismo le parece al Presidente una veleidad de algunos biempensantes de la aristocracia criolla, incluidos algunos judíos. ¡Vaya perspectiva!

Habrà que ver lo que pase con este hombre en nuestro congreso y su desempeño mismo en La Haya.

V. LA PRIMERA BOMBA

Una idea no es sino la resultante de dos extremos absolutos que chocan. La chispa de dos nubes que se encuentran.

Biófilo Panclasta

Pamplona, 5 de enero de 1942

El Observador. El periódico del pueblo

Una bomba en la Conferencia de la Paz de La Haya de 1907

En 1917, en su “Elogio de Santiago Pérez Triana”, dice Ernesto Zuleta, primer individuo de número de la Academia Colombiana de la Lengua, sobre la intervención de don Santiaguito como Delegado de

la República de Colombia ante la Conferencia de la Paz de la Haya el jueves 18 de julio de 1907:

La voz sincera, franca y viril de Pérez Triana cayó como una bomba en ese centro de disimulo y medias palabras. Fue una nota tropical y resonante, fue la revelación de una raza considerada como inferior; fue la elocuencia copiosa y desbordada y hasta la nota alegre que disipó por un momento la tristeza anticipada de los rostros de esos diplomáticos que medían sus fuerzas en silencio, para enfrentarse pocos años después en el campo de la muerte.

Además de la curiosa exaltación de las supuestas sinceridad y franqueza o la virilidad de Pérez Triana (¿la conocía Zuleta?) y de la cuestión del disimulo y la hipocresía de la Conferencia de Paz (evidente), la significativa revelación de la raza inferior en un medio de razas superiores (tema recurrente en filosofía política y en la vida real de cierta aristocracia nacional), lo que más interesa corroborar de la intervención del delegado colombiano en la Conferencia de La Haya es: ¿cuál fue la bomba que lanzó Pérez Triana en Holanda en 1907?

Antecedentes

Durante la Conferencia de la Paz de la Haya, Pérez Triana apoyó la doctrina del representante de la Argentina, Luis María Drago, que establecía la ilegalidad del cobro violento de las deudas por parte de las potencias imperiales en detrimento de la soberanía, estabilidad y

dignidad de los Estados débiles. “El principio del cobro forzoso solo puede aplicarse cuando el deudor es débil —dice Drago— y el acreedor es fuerte. En el caso, que muy bien pudiera presentarse, de un acreedor militarmente débil ante una potencia militar, el derecho de ejercitar el cobro forzoso sería irrisorio. Así las cosas, en un contexto de deudas y acreencias, lo realmente importante no es el capital —como correspondería a una teoría económica liberal— sino el poder militar que poseen esas potencias”.

Por su parte, don Santiaguito confirmó entonces que la intervención militar no podía ser la vía para cobrar deudas; que, por el contrario, debía partirse de la buena fe del deudor y que si un país no pagaba era porque no podía, que las deudas nacionales eran eternas y que podía haber otras formas de hacer esos cobros.

Llevado acaso por su experiencia personal con eso de las deudas incumplidas a extranjeros, Pérez Triana llegó a apoyar la creación de un tribunal de arbitramento internacional en estos casos, pues si un país no estaba en capacidad de pagar, mucho menos estaba en capacidad de responder militarmente a una invasión y procedía un eventual acuerdo económico:

Tratándose de países deudores, es posible que a pesar de la mayor prudencia, el Gobierno se encuentre en la imposibilidad de hacerles frente a sus obligaciones pecuniarias. Pueden sobrevenir revoluciones internas, guerras internacionales o cataclismos de la naturaleza, que destruyan o disminuyan las rentas públicas en grado incalculable; pueden sobrevenir malas cosechas durante varios años sucesivos o la baja sostenida y ruinosa del precio de venta de los

productos nacionales; todo esto es de la mayor gravedad cuando se trata de países nuevos que, a diferencia de los viejos países de Europa, no poseen riquezas acumuladas durante siglos.

En la proposición de que se trata y en todas las demás que aceptan el empleo de la fuerza —agregó Pérez Triana— una vez que el arbitraje haya sido agotado, hay un vacío; ese vacío consiste en olvidar, o en dejar de tener en cuenta el caso, que muy bien puede presentarse, de que se trate no de falta de voluntad, sino de falta de posibilidad de pagar; se olvida que un Estado, lo mismo que un individuo, puede hallarse en condiciones en que, aún con la mejor voluntad, le sea imposible cumplir sus compromisos pecuniarios.

La cuestión no se queda en el plano teórico, por supuesto, sino que tiene nombre propio: se está hablando del poder militar de Estados Unidos y Europa sobre el resto de la humanidad. Apoyando a Drago, tal proposición de don Santiaguito pudo tomarse como una verdadera bomba en la Conferencia, con los posibles destrozos anejos del lugar.

Sin embargo, ahora, con perspectiva histórica y conociendo al susodicho, se puede afirmar que no fue esta la verdadera bomba que Pérez Triana arrojó en La Haya.

La verdadera bomba de Pérez Triana

Desde 1902 Estados Unidos aplicaba la doctrina Monroe —que establece que este país debe intervenir cualquier nación americana

que ponga en riesgo la estabilidad de su país— y, ante el bloqueo naval que algunos países europeos (Gran Bretaña, Italia y Alemania) hicieron a Venezuela en 1902 y 1903 por no pagar sus deudas, se impuso la tarea de dirimir áreas de influencia de estos países respecto de Estados Unidos en territorios americanos.

En efecto, la intervención de los estados europeos en Venezuela era vista como un acto de agresión a todo el continente y, en virtud de la doctrina Monroe, sobre todo en contra de los intereses de Estados Unidos que podía reaccionar, incluso militarmente. Era necesario establecer entonces el “derecho” de cada una de las distintas potencias en América Latina (sin contar con esta, por supuesto).

En tal contexto, al oponerse a la acción militar de Estados Unidos, paradójicamente Pérez Triana favorecía los intereses europeos en la región: “los golpes no caerán sobre los culpables o sobre los responsables, sino sobre víctimas inocentes, a quienes les tocará sufrir todo el peso de los errores, de las faltas o de los crímenes de aquellos que las gobiernan”, dijo aludiendo a la posible acción de la potencia americana. Desde su punto de vista, el peligro de la reacción militar de Estados Unidos se cernía ante todo sobre “víctimas inocentes”, cosa que acaso no había pensado o no habían querido pensar los delegados europeos de esa Conferencia de Paz, verdadero espacio del disimulo y la hipocresía, espacio del que hacía parte el propio orador que, por tal argucia demagógica, sugería nada más ni nada menos la necesidad de intervención armada de las potencias europeas en la América Latina si las circunstancias lo exigían. La reina Guillermina se lo debió agradecer, lo mismo que los monarcas europeos en pleno (familiares todos entre sí). Y, como para apoyar

todavía más esta tesis, y sobre todo sus verdaderos propósitos, Pérez Triana esgrimió un argumento shakesperiano: “Todavía es casi omnipotente en nuestra civilización moderna el espíritu de Shylock; antaño el acreedor podía vender como esclavo al deudor insolvente o reducirlo a prisión si bien le parecía. Algo hemos adelantado de entonces para acá, pero Shylock continuará exigiendo su libra de carne humana en todo tiempo y tomándola cada vez que pueda hacerlo”.

De más está decir quién es, desde la perspectiva de don Santiaguito, el Shylock en 1907. El vínculo teatral entre la potencia del Norte y el judío de *El mercader de Venecia* pretendía, más que un juego literario, ofrecer toda una perspectiva de la situación política en pro de la necesaria presencia de Europa en América. Para don Santiaguito la defensa de los oprimidos, y por lo tanto, la acción militar europea sobre los países latinoamericanos constituye una indiscutible necesidad, sobre todo frente al imperialismo norteamericano. Esta es la verdadera bomba de don Santiaguito en La Haya: es imprescindible que Europa defienda sus intereses en la región, incluso por medio de las armas o más que todo por estas.

Y para asegurar el efecto letal de esta bomba el colombiano afirmó: “Proclamamos la inviolabilidad de la soberanía de los Estados, de acuerdo con la Doctrina Drago. El establecimiento del cobro forzoso crea un nuevo peligro para la paz del mundo. Los financistas aventureros, en liga con los gobiernos codiciosos, formarán un maridaje amenazador; los corredores podrán decirles a sus clientes: ‘este es un valor absolutamente seguro; contamos con el ejército y con la marina para hacerlos pagar’”.

De esta manera, el hábil orador llegaba al meollo del asunto internacional: como quiera que se vea el uso de las armas es ineludible, pues responde al contexto político del mundo.

Los empresarios de la guerra

Don Santiaguito sabía muy bien de lo que hablaba, pues su experiencia comercial lo había llevado a entender que de lo que debía hablarse en ese espacio internacional era de la venta y el suministro de armas. De aquí el interés de España por participar del acuerdo entre las potencias sobre los límites territoriales y la actitud de Inglaterra respecto de América. El negocio de las armas empezaba a consolidarse como tal en Europa y los elegidos del capital podían pescar en río revuelto. Su buen amigo Conrad, contrabandista de armas en América, le había hablado al respecto, entre otros.

En realidad, el delegado colombiano a La Haya hablaba como el pragmático que era en beneficio de sus asuntos personales, esto es, del floreciente comercio de armas en Europa que podía derivarse de su propuesta arbitral. Cualquier acuerdo que pudiera firmarse en términos internacionales estaba condicionado por la dinámica de la paz armada.

Esta visión comercial del asunto que comprendía minuciosamente, era compartida por el dictador de Colombia, el general Reyes Prieto, que justamente lo había enviado a Holanda

con la intención de verificar oportunidades de negocios en Europa e iniciar las gestiones correspondientes.

En efecto, gracias a la agencia de don Santiaguito, se sobrentendía que Europa debía asegurar su presencia en la zona, Estados Unidos su objetivo imperialista, y en tal sentido ellos, él, delegado a la Conferencia, y su representado, el dictador colombiano, ofrecerían su apoyo diplomático y comercial, ya sea como directos proveedores o como mediadores en un conflicto, o bien, como intermediarios de unos u otros en el consecuente mercado de armas. Esta era la verdadera bomba de Santiago Pérez Triana para Colombia y el mundo. Existían dos ejes y había que apostar por cualquiera de ellos o por los dos al mismo tiempo: el más útil para los negocios internacionales de armas o sencillamente por el de este mercado considerado en sí mismo. Aquí se ubicaba la subterránea idea de aprovechar la competencia armamentística del propio Pérez Triana tanto como la de su mentor en Colombia, general Reyes Prieto.

¡Viva la revolución social!

Julia Fuentes Calderón

Maestra

Gerardo y yo caminamos por la ciudad. Él me muestra lugares que de otra manera no conocería. El monumento a Bolívar, pagado por el gobierno bolivariano de Hugo Chávez; o el del dirigente anarquista Salvador Seguí, *El noi del sucre*, inaugurado en 1982 por el alcalde de Barcelona, Narcís Serra. Intentamos entrar a la Biblioteca Arús, del Paseo de Sant Joan, cerca del Arco de Triunfo, la biblioteca más importante sobre anarquismo de toda Europa, fundada por un masón que cedió el legado a la ciudad, pero desgraciadamente se encuentra restringida la entrada. En una próxima visita tendré que venir, le digo.

Durante el paseo hablamos de Colombia sobre todo, de la cantidad de amigos suyos colombianos que han muerto como consecuencia del cáncer. ¿Puede ser que la comida o el agua envenenada con cianuro de las minas canadienses produzca el cáncer? ¿O acaso el glifosato contra los “cultivos ilícitos” provoca la enfermedad?, nos preguntamos conmovidos. ¿O será simplemente el sufrimiento y el miedo?

Luego de este y muchos otros temas llegamos al de nuestro pasado en el grupo La Tramoya.

En la obra de teatro *Sopa de pollo con cebada*, Gerardo hacía el papel de Dave Simmons pero él recuerda especialmente un parlamento de Ronnie Kahn, el personaje que yo interpretaba. De Ronnie, que al principio trabajaba en una librería, quería ser

escritor y “¡tenía tantas ambiciones!”. En la primera escena del Acto tercero, casi al terminar la obra, se sabe que está en París..., “de cocinero”, según dice Sarah, su madre, en una frase lapidaria.

Esta frase, dice Gerardo, lo ha perseguido implacablemente en su experiencia como cocinero en Barcelona. Jamás pensó que se le aplicaría a él: ¿Gerardo? Está en Barcelona... “de cocinero”, se burla. La cuestión nos da para risas... Risas trágicas, por supuesto. Representa una expresión precisa de su destino.

En la escena que él refiere, para Monty Blatt y su esposa Bessie, la pareja arribista de la obra, resulta un éxito que el muchacho Ronnie *esté en París*, por lo menos en un primer momento cuando Sarah Kahn lo informa sin detalle. “Viste, te dije que iría lejos”, dice Monty con entusiasmo. No obstante, cuando Sarah agrega que está en París... *de cocinero*, los Blatt se dan cuenta del lugar dónde quedaron sus sueños de escritor: en una cocina de la Ciudad Luz. Así pues, con menos entusiasmo Monty pregunta a continuación: “¿Cocinero? ¿Ronnie?”. Y, para “arreglar la situación”, según la acotación del autor, Bessie remata: “Un cocinero gana mucho”. El fracaso que la cocina supone para el personaje es tan cruel que, un poco más adelante, en la última escena de la obra, en relación con su oficio en la cocina, el propio Ronnie Kahn exclama: “¡Yo odiaba la cocina! Gente yendo y viniendo, y ninguno tenía el tiempo suficiente para comprender al otro”.

Al escribir esto comprendo la evocación de Gerardo y la trascendencia personal del hecho de que ahora él mismo sea cocinero en Barcelona. Luego de abandonar sus estudios doctorales, se quedó en Barcelona... de cocinero. Y la experiencia no es solo suya. Recuerdo la cantidad de inmigrantes que conocí en París dedicados a la “restauración”.

El dramaturgo Arnold Wesker retrató en esta obra su condición de escritor inmigrante en París, donde efectivamente trabajó como cocinero en un medio donde, según dice en voz de Ronnie, nadie contaba con el tiempo suficiente para comprender al otro. La lógica misma de la sociedad industrial exigía el trabajo autómatas que robaba el tiempo individual e impedía cualquier fraternidad entre los hombres. Hijo de un sastre de origen judío-ruso y de madre judía-húngara, Wesker ejerció diversos oficios para ganarse la vida: vendedor de libros, plomero, trabajador rural, soldado de la Fuerza Aérea, comerciante de granos y mesero en el Bell Hotel de Norwich, donde conoció a quien sería su esposa, Dusty. Inicialmente ebanista, tuvo que luchar mucho en la vida hasta que logró lo que quería. Solo hasta 2005 publicó su primera novela *Honey* y fue nombrado Caballero, y en 2006 fue nombrado miembro de la Royal Society of Literature en su país. *Sopa de pollo con cebada* fue el inicio de su denuncia al capitalismo industrial y de su éxito en las altas ligas literarias.

Por ahora, Gerardo trabaja de cocinero en Barcelona... Ojalá, *gane mucho*.

Mi madre Zoraida intentó llevar a la Normal de Señoritas de Pamplona el método de Ferrer i Guàrdia, mijo. Aunque en Colombia esto era muy difícil, ella propuso cambiar en algo la metodología tradicional de enseñanza que se seguía en el plantel por considerarla anacrónica. A la postre se enseñaban las *Reglas de urbanidad para uso de las señoritas ordenadas*, de Fernando Bertran de Lis (Valencia, 1859), que ella amablemente despreciaba por ofrecer simplemente pautas para el buen comportamiento de una jovencita que tiene como fin el matrimonio; o, en el mejor de los casos, el más reciente *Breve tratado de urbanidad para las niñas*, de Pilar Pascual de Sanjuán (Barcelona, 1919), y “Autoeducación. Dirección del hogar. Educación de los hijos”, de Martín Restrepo Mejía, pedagogía doméstica difundida desde la *Revista de instrucción pública de Colombia* (Bogotá, 1916), que establecía pautas para la futura esposa: “Ahora vos, la mujercita dulce y buena que acaba de ser elevada a la categoría de esposa, oídme:... Hay que conservar el amor del esposo”.

Luego de leer algunos ejemplares de *La Revista Blanca* de Madrid, que llegaron a sus manos gracias a su hermana, y de vivir en directo el compromiso de Julia con *El Observador*, mamá intentó llevar a la escuela lo que creía revolucionaría la enseñanza de las jóvenes; o, mejor dicho, transformaría su

educación, porque la palabra revolución no existía ni podía existir en su vocabulario, ni en el mío, por supuesto.

El método consistía en incentivar la libertad del individuo, propender por su autorregulación, desarrollar sus facultades creativas o impulsar su aptitud investigativa y su amor por el conocimiento.

En un medio como el de la Pamplona de los años treinta todo eso resultaba poco menos que peligroso. Además, no estaban las épocas como para promulgar la autonomía de las personas, y mucho menos la de las mujeres. El sistema mismo tenía que reaccionar, como en efecto poco después sucedería.

Al principio, en *Sopa de pollo con cebada*, Ronnie Kahn dice que quiere ser escritor: “Nunca aprenderé un oficio que odie, como él [como su padre Harry]... y nunca me casaré... por lo menos hasta que esté parado sobre mis dos pies”, aclara. Entonces el muchacho quiere escribir una novela sobre los “explotadores capitalistas, canallas”: “los mostraré tal cual son”, explica, en una “fábrica de ropa, obreros, trabajando como esclavos por una paga miserable”.

Según sus palabras, don Santiaguito aprovecha el tiempo para recorrer el país y, en general, Europa, a fin de estrechar lazos con gobiernos amigos. También para entender las nuevas olas ideológicas. “En Italia he visto un fuerte movimiento social y anarquista”, afirma. “En Capri está Gorki, en Nápoles, la Federación, Malatesta... Él está en permanente contacto con los argentinos. Vivió allá, ¿sabes? ¿Has ido a Italia?”, me pregunta pasando de un tema a otro. “Aún no”, le respondo. “Este Congreso Anarquista —continúa— demuestra el grado de desarrollo de la sociedad holandesa. Ni siquiera Italia es tan liberal. Solo un país como este puede tolerar institucionalmente el anarquismo”. Y de nuevo oigo esta palabra: tolerancia. Recuerdo la de la reina Guillermina. Supongo por esto que este hombre puede estar muy enterado del presunto grupo exclusivo del certamen, que, acaso exista, como lo he sospechado desde hace tiempo. “La Conferencia de Paz no tiene la intensidad de este congreso anarquista”, continúa. “Las sesiones son extendidas en el tiempo (va de abril a octubre) y las comisiones tienen suma libertad a la hora de cumplir sus horarios y, aún, establecer sus temas. A decir verdad, los organizadores cuentan con el hecho de que la estadía en Holanda puede ser también un periodo de vacaciones para los diplomáticos asistentes que quieren aprovechar el viaje para conocer el país, hacer turismo y darse sus gustos en medio del ocio y la diversión propios de la estación”. ¡Vaya burgués! Apenas soporto escucharlo. Sin duda, él mismo cuenta con esto. “A mí me fascina Europa en verano”, sigue, “tanto como la ópera”, agrega. Su apariencia es

una muestra de este espíritu, entre banal, libertino y cosmopolita. Perfectamente acicalado a la usanza criolla, exhibió hoy un traje de lino color sepia, camisa blanca, impecable, y corbata de seda color bourdeaux. En su mano izquierda lleva un ostentoso anillo con esmeralda y en la derecha lleva un bastón de cabeza dorada para apoyarse distinguidamente en su desplazamiento e ir de uno en uno por los corrillos de los asistentes y conversar. Tiene la elegancia cachaca del “hijo de buena familia”, lo que es. Pocas veces se sienta, si no es para alternar con uno de los concurrentes que a su vez esté sentado. Usa sombrero bombín del mismo color que su vestido. Andareguea de aquí para allá saludando a unos y otros. Sonríe permanentemente y posee un encanto natural que haría muy difícil resistirse a su amistad o a sus sugerencias. “He oído hablar mucho de usted y hace tiempo quería conocerlo, querido Panclasta. El propio van Tets, en contra de cualquier previsión, amigo mío, me ha manifestado que le resulta muy interesante saber del movimiento anarquista en Colombia y por tal razón me ha hablado de usted”. “¿De mí?”, le pregunto sorprendido. “Sí. De usted. Sé quién es. He oído hablar de la fuerza de su oratoria”. “Yo no soy nadie”, le he expresado sin dudarlo. No me interesa saber lo que un hombre como este piensa de mí. Tampoco decirle lo que pienso de él, de su influencia en la traición de Marroquín, de sus oscuros negocios o de su lóbrega relación con Reyes Prieto o con los Kopel. Resulta mejor callar. “He sabido de usted, claro”, me espeta. “Usted representa esas fuerzas negadas en el país, esas fuerzas que no encuentran un conducto reconocible”, afirma,

como leyendo mi pensamiento. Y, al instante, “No lo había visto antes por aquí”, acota cambiando rápidamente de tema como antes. Esta debe ser una de sus estrategias para manipular. “Con los franceses, camino por el costado sur del jardín, allá donde están los abetos, allá me la paso”, le contesto huraño. “Nos gusta ver el lago y les damos comida a los patos”. Por mi parte, no quiero profundizar en temas substanciales con él. Su cachaca amabilidad me resulta sospechosa.

No obstante, don Santiaguito insiste en ofrecerme conversación. A continuación, dado su obvio interés en hablar conmigo, confluimos en el tema del futuro de los movimientos libertarios en América Latina, del caso de Argentina, donde, según él, cuaja el movimiento. “La llegada de los italianos, incluido Malatesta —dice—, ha permitido su consolidación. Yo he seguido de cerca su desarrollo allí”, comenta. “Pero es un hecho que todavía resulta peligroso pertenecer a esa cofradía, al punto de la muerte”. “Ya no tengo miedo”, le digo. “He vivido en Buenos Aires y he intentado hacer algo por la gente, por los inquilinos sobre todo”. Él parece muy interesado en el tema y, para mi sorpresa, tal vez para congraciarse conmigo, continúa hablando en tono confidencial: “los italianos tienen esperanza de que desde allí, desde Argentina, empiece la revolución en América Latina”. Su rostro ha cambiado de blanco a rojo mefistofélico. Parece que al hablar del tema y bajar su voz, el hombre adquiriera otra identidad. Sus palabras poseen la contundencia de un manifiesto. Habla de la lucha de los desposeídos, de la revolución social y de la necesaria

violencia que esto entraña. ¡Hay que destruir el capitalismo!, afirma con vehemencia.

Yo tomo sus palabras con beneficio de inventario. Me es difícil ofrecerle mi confianza a un personaje que, en estricto sentido, encarna todo a lo que me he opuesto en Colombia. Su amabilidad aristocrática me parece un canto de sirenas. Sé quien es este mequetrefe. La apariencia es su mundo y el mundo un simple lugar para sus negocios. Podría vender a su madre a cualquier postor. Como provocó el exilio de su padre. Intenta acceder a mí con frases de presunta complicidad, pero sé cuál es su juego. Prefiero volver al lago con los franceses.

Así, luego de esas palabras de Pérez Triana sobre la revolución, nos despedimos amablemente, como se estila en la capital. Él me ofrece su mano como para que yo la bese. Yo le doy la espalda y me marchó.

Regreso a casa rendido. He aprovechado el día, caminando de un lado para el otro, y espero dormir como un lirón.

Trato de comunicarme por teléfono con Ligia, pero la llamada resulta imposible o ella misma no contesta por sus circunstancias. Espero que Ángela la haya llamado y me tenga noticias de su salud.

Sebastián y Rosa se han dormido antes de que yo llegara. No pretendo molestarles esta noche con lo del frío.

Escribiré un rato más y trataré de dormir.

“¿Recuerdas cuando escribía, Sarah? Yo iba a ser un gran escritor socialista. Y ahora no puedo darle sentido ni a una palabra, ni a una simple palabra”, dice Ronnie Kahn casi al final de *La Sopa de pollo con cebada*.

Afirma el doctor Tomás O. Eastman, amigo de don Santiaguito y prologuista de su libro *Cuentos a Sonny*:

Pérez Triana es un escritor inglés meramente por circunstancias de tiempo: cuando empezó a escribir vivía en un país donde se hablaba esa lengua y en ella se produjo para que lo entendiera el público a quien tenía que dirigirse. Si entonces hubiera vivido en Francia, hoy sería escritor francés, y lo sería italiano o alemán, si otra hubiera sido su residencia ocasionada. Pérez Triana no solo posee todas esas lenguas, sino que con facilidad dominaría literariamente la que por cualquier motivo reclamara su

atención. Sus capacidades lingüísticas son sencillamente maravillosas: su percepción es tan rápida, su intuición tan segura, su poder de asimilación tan grande, que a él le acontece con las lenguas extrañas lo que a los demás apenas les sucede con la propia; y es que no se dan cuenta de la mayor parte de las irregularidades idiomáticas sino cuando se ponen a analizarlas. Tales irregularidades que para otros son motivo de perplejidad y de desorientación, a él le sirven como asidero para penetrar más hondamente en la índole de la lengua que estudia. Cuando más idiomática es una expresión, con más firmeza se le graba en la memoria, más rápidamente le acude a los labios y con más galanura la engarza en el discurso. Su procedimiento para aprender idiomas es enteramente sintético, y difiere tanto del que sigue y tiene que seguir el común de las gentes que si fuese a enseñárseles por método una lengua extranjera a estudiantes de capacidades ordinarias, de fijo no aprenderían mayor cosa. Cuando se le hace una pregunta sobre algún punto complejo de lingüística, la respuesta que da deja ver en el acto que para él es bastante extraño el modo como a los demás se les presentan las dificultades: hay sustancial diferencia de dicción. Él se apodera del genio íntimo de las lenguas, de su índole recóndita; adquiere el instinto del idioma respectivo y se pone en capacidad de sentir al oído si una expresión es exótica o no, sin necesidad de confrontarlas con reglas de ninguna especie. Para la generalidad de los estudiantes es casi imposible dejar de establecer comparaciones entre la

propia lengua y la extraña; no aciertan a descartar las asociaciones mentales anteriores y propenden de un modo casi invencible a traducir en otras lenguas las frases y expresiones de la suya. Para Pérez Triana no solo no existe esa dificultad sino que existe la contraria: no puede traducir a un idioma lo que ha escrito en otro. Cuando la necesidad le obliga a intentar esa empresa, suda la gota gorda. Pérez Triana goza de fama de orador inglés muy aplaudido; las más serias revistas inglesas y norteamericanas solicitan y pagan generosamente su colaboración; en la prensa sus libros han arrancado aplausos a la redonda, aun siendo hostiles en ideas muchos de los críticos que lo han juzgado.

El frío de verdad me impide dormir. Al desayuno, Sebastián y Rosa han insistido en que no hace frío, que mi sensación térmica es distinta a la realidad, pero yo persisto en que por esa razón no puedo conciliar el sueño.

Anoche, cuando encendí la luz de nuevo, Sebastián me trajo una colcha gruesa. Dice que la usa para el invierno y que acaso esta sí logre amainarme los escalofríos. Yo se lo agradezco.

Necesito descansar, dormir profundamente.

— Tengo pesadillas, ¿sabes?

— Ya se te pasarán con el calor— contesta.

Ángela me hace una falta infinita. Hablamos por teléfono a diario, pero eso no es suficiente. Dice que también me echa de menos, pero que debo estar bien en Barcelona, que esta es una experiencia muy importante para mi trabajo, que ellas están bien... Yo no dejo de pensar en los peligros que pueden correr ella e Irene en Medellín. Sebastián me ha contado sus propias experiencias en la ciudad y me ha dejado perplejo: su familia ha sido víctima de robos callejeros en más de una oportunidad; sus padres han sido “boleteados”, es decir, obligados a pagar “vacunas”; varios de sus amigos ya han salido de Colombia.

—¿Conoces a David Tobón? Era amigo también de Ángela. ¿Sabes lo que le pasó? Un hombre, al parecer drogado, entró a su apartamento y los acuchilló a él y a su esposa. Ambos se opusieron al ataque como pudieron y al fin lo pudieron controlar. Él quedó con la cara marcada por un navajazo, como un criminal, y su mujer sufrió varios ataques, incluso una puñalada en el pulmón que la tuvo entre la vida y la muerte varios días. Su niña se salvó porque estaba dormida en su cuarto. Están vivos de milagro.

Ronnie Kahn marcha a París tras su sueño de ser escritor, pero allí pasa años como cocinero. Al volver a casa, en 1956, se ha desilusionado del Partido Comunista y de la revolución. Ha sufrido la marginalización como consecuencia de su origen y ha llegado a la cocina. Esto le lleva también a perder la fe en la escritura.

Me pregunto hoy si yo mismo creo en una ideología y si conservo la fe en la escritura, si mi experiencia en París cambió tanto mi visión política y artística respecto a un pasado de ideales y proyectos.

La tesis de Francisco Montaña Ibáñez en *La ficción del monje* es de lo más audaz y se comenta de igual manera: Panclasta era judío:

... el asunto no importaba porque ser judío significara algo especial más allá de sus relaciones de poder en que lo situaba su origen étnico. Es decir, entendió Molano —el personaje principal de la novela—, si tal como ha venido sospechando todo el problema sionista se pudiera reducir al problema de lo homogéneo. Un esfuerzo por imponer lo homogéneo sobre la historia, incluso sobre la historia hecha de cuerpo y, en especial, sobre esa. La historia de los estómagos y las mercancías. En los estómagos y las

mercancías afectan la intimidad y lo social a través de cualquier clase de acción. Ahí. Precisamente, ahí habría pretendido influir Biófilo. En la herida de lo homogéneo. En el astro minúsculo de la intimidad. Y al ser judío su acción, o la pretensión de su acción, se convertía en un gesto doblemente político. Político por controvertir el orden familiar, recuérdese que Biófilo amó con devoción a Julia, la actriz... Allí, contra todo lo que se consideraba propio de un anarquista de su época, Biófilo hizo profundas consideraciones sobre la monogamia y se dedicó con ahínco a cultivar el amor por esa única mujer. Político porque al hacerlo, al dedicarle su experiencia entera... a un solo ser durante muchos años, estaba escribiendo con su propia vida una página de la historia, de una historia que contó con su sangre y sus huesos para levantarse sobre las demás pero que por cosas complejas y ajenas a su voluntad (¿la de quién?) no había entrado a formar parte de la memoria.

—Estamos bien, te lo aseguro, mi amor.

—Sabes que no exagero cuando te lo pregunto. En la distancia se ven las cosas claras y confirmo que en Colombia tendemos a minimizar la realidad.

—Yo sé, mi amor, pero no hay otras alternativas. Estamos aquí... y ya. No podemos vivir pensando todo el tiempo en que algo nos va a pasar, en que algo puede suceder... Tenemos que sobrevivir todos los días como lo hacen cuarenta millones de colombianos que también están acá...

—Aquí pienso que no se trata de ser valientes, deberíamos vivir en paz, libres y sin miedo. Esta debería ser la regla.

Al volver de París en 2003 y hablar con mi madre le dije que me gustaba lo que hacía, que era profesor pero fundamentalmente escritor. Ella temió por mí, claro. Lo primero me daría de comer, lo segundo... ¡Quién sabe adónde lo conducirá!, dijo. Ese día, sin embargo, ella comprendió que a esto me había guiado su propia formación y en tal sentido se sintió satisfecha, me alentó a seguir la lucha. París “había cuajado en mí”. En medio de su enfermedad y con la lucidez derivada de la lenta agonía, me expresó su orgullo.

Trato entonces de precisar las cosas aquí y ahora, en Barcelona, de responder a las palabras recuperadas de Ronnie con lo que me ha sucedido a mí mismo y siento satisfacción. Pienso entonces en Wesker y no puedo dejar de compararme con él... Luego de ir y venir, de ejercer oficios como vendedor de libros, abogado, profesor, bailarín, adivino, prestidigitador,

etc., etc., creo que logré lo que quería. Escribir, denunciar. Eso que me fijé desde niño, que me ayudaron a forjar mi madre y mis hermanos...

A diferencia de Ronnie, creo que puedo decir que aún creo en la escritura.

Y la cuestión del matrimonio a la que alude también él: ¿por qué cambié mi decisión juvenil de no hacerlo jamás? O bien: ¿Lo celebré justo cuando tenía los pies sobre la tierra como dice él? Reflexiono en esto y llego a conclusiones impensadas para mí y para mi novela sobre Biófilo Panclasta: en la época de *Sopa de pollo con cebada*, en 1958, Wesker buscaba rastrear los límites del socialismo en la Inglaterra de la guerra y la posguerra, el curso de las ideologías en Europa con el estalinismo, la represión en Hungría y la actitud de la Izquierda frente al poder soviético. Poco tiempo tenía para pensar en sus asuntos personales, en un matrimonio, por ejemplo. En el grupo de teatro La Tramoya de los años ochenta, nosotros también vivíamos en medio de la guerra y el hecho nos exigía pensar en aquello que se puede denominar *lo social*. Nosotros, los de La Tramoya, éramos, en el sentido más preciso de los términos, amantes y destructores a la vez: queríamos celebrar la vida en su fugacidad, amar príncipes y princesas, y, al mismo tiempo, echar abajo lo peor de ella, la represión, la injusticia... Queríamos vivir al margen, sin estado, sin familia, sin autoridad... Librementemente. Esta era nuestra opción personal y a la vez política. Como para Ronnie y para Wesker, su joven creador, para mí ser escritor era una de las vías para concretar

esas ilusiones, quería escribir acerca de la injusticia de mi propio mundo, quería encontrar mi propia libertad. “Está en París”, decía Rosa Julia/Sarah, como previendo mi época allá, en la París de *fin de siècle et du millénaire*. La identificación de los ideales políticos con los personales constituía entonces, sin saberlo siquiera, una identificación con el nombre que había escogido para sí Biófilo Panclasta, creador y devastador al mismo tiempo, amante y destructor. Luego, varios años más tarde, vino para mí lo del matrimonio, con los pies en la tierra y el corazón en el cielo, según dice el dramaturgo inglés.

Wesker conoció a Dusty, su esposa, en el Bell Hotel de Norwich, donde, además, se inspiró para escribir *The Kitchen*, su primera obra teatral; yo conocí a mi Ángela cuando terminaba el doctorado en Salamanca y comenzaba *Desaparición*. El mismo día en que la encontré dejé mis diarios y empecé a trabajar seriamente en mis novelas, que ella, invariablemente, lee antes que nadie. Dusty, en cambio, esperaba a que las obras de Wesker llegaran a las tablas sin leer antes una sola letra. Ella fue su polvo dorado (“gold dust”, y de ahí su apodo), Ángela es mi cielo, mi mundo, mi patria.

“We live in an era of destruction. Destruction and creation are sometimes balanced: great wars, great cultures. But now destruction is predominant. People die for systems that are masks for personal power and gain. Against them I close the door of a small but loving world,

cells of devotion, care, work, to fight the disease and madness of the world. A small world has sometimes defeated great systems born of delusions.”

(Anaïs Nin, *The Diary*, octubre de 1940)

Leo lo que he escrito y lo reescribo. Panclasta me resulta inaprehensible de veras. De no ser por mi propia experiencia, poco entendería a un personaje como él. Su imagen onírica como alma en pena me ha sugerido muchas cosas. El hecho de que se me aparezca en sueños con esta representación me parece una metáfora fundamental de lo que he estado escribiendo.

Rosa me ha traído una bebida caliente, con un poco de brandy. Dice que me ayudará a dormir.

Ambas hermanas, Julia y Zoraida Fuentes, creían que solo gracias a la educación podía haber un cambio en Pamplona y de ahí su entrega fervorosa a este propósito. Pensaban que esto requería el apoyo de la sociedad en pleno. Lo que buscaban era entonces articular el trabajo de la escuela con el

de la tipografía y así poner a marchar el conocimiento y el periodismo hacia el cambio social. Bastante les había servido de ejemplo la labor de Soledad Gustavo, que se había encargado de la reedición de *La Revista Blanca* en Barcelona desde 1923 y buscaba a través de la escritura efectos sociales. La colección literaria de *El Observador* contaba con gran recepción entre las profesoras y con numerosos lectores en la comunidad pamplonesa, a pesar de la dura oposición de Afanador y Cadena y del padre Julián Ordóñez, que se le unió. Los artículos relativos al matrimonio, la educación femenina o el trabajo de las mujeres y los niños hacían un contrapeso valiosísimo a las pautas conservadoras de Bertran de Lis.

—¿Y Ligia?

—En el tratamiento.

—¿E Irene?

—Te echa mucho de menos.

Ahora, aquí en Barcelona, pienso que escribir para mí puede significar la concreción real de ese sueño del Gustavo/Ronnie que fui en 1985. Esto sobre la base fundamental del amor de una familia y de las diferencias radicales que existen entre Inglaterra y Colombia. La realidad me ha mostrado qué lejos estábamos los tramoyistas del Londres de 1936, de la guerra y de la posguerra europeas y del París de 1958 o del 68. En ese entonces no teníamos una idea exacta de lo que significaba la revolución social, el capitalismo o el fascismo. Conocíamos poco del socialismo soviético. Sabíamos poco de la Comuna de París, de la Guerra Civil española, del No pasarán o de los Camisas Negras y esto afectaba, sin duda, nuestro criterio. No sabíamos nada de Stalin y Hungría. Por falta de difusión de la hecatombe o por desinterés particular, no sé. Vivíamos el día a día de nuestros propios conflictos nacionales, que eran muchos, y eso nos hacía un colectivo aislado, “montano”. No se trata solo de hablar mal de la educación, que era mediocre, sin lugar a dudas, ni de exculparnos irresponsablemente de nuestra ignorancia de ese momento. La formación universitaria no era la mejor eso lo sabíamos: solo repetición, memoria y banalidad. La juventud nos hacía inconscientes o simples revolucionarios emocionales. Las obligaciones económicas de nuestras familias nos llevaban acaso a esto que se decía a menudo: *trabajar para comer*, en desmedro de la lectura, el diálogo o la vida del ocio indispensable para reflexionar. Eso puedo decir del ambiente en mi propia casa. Mi madre solo trabajaba, como mis hermanos. Y entonces, por circunstancias como estas, yo no había tomado en serio la cultura o mi

tradición. Acaso por eso mismo de la ignorancia generalizada, de la inconsciencia, los tramoyistas queríamos un cambio radical de nuestro pequeño mundo que nos parecía tan mal dispuesto, sin pensar en el gran mundo que era su reflejo. Lejos estaban la conciencia histórica, el sentido común, el pragmatismo con que es necesario observar la realidad; lejos, claro, la madurez que nos dan los años y la constitución de una familia, por ejemplo, que permite evaluar el mundo sensatamente.

Yo he intentado conservar sueños de entonces, aunque... justamente, como le sucedió a Wesker, en París muchos de ellos quedaron sepultados. Allí las ideologías se acercaron demasiado a las injusticias, a los imperialismos, a la división racial, y para mí el discurso político llegó a una encrucijada: la de la división radical entre el primer y el tercer mundo que todo lo permea. De alguna manera a mi regreso a Colombia se produjo en mí una identificación parcial con el Ronnie que le pregunta a su madre y de inmediato, como lo había hecho antes, se responde a sí mismo: “¿Qué le ha pasado a todos los camaradas, Sarah? Me sonrojo cuando uso esa palabra. ¡Camaradas! ¿Por qué me sonrojo? ¿Por qué me avergüenzo de usar palabras como democracia, libertad, fraternidad?”; y, para su sorpresa, concluye en ese momento, dándose por vencido como escritor: “Ya no tengo más nada sobre qué escribir”.

En su momento, frente a mi madre, yo no dije esto último, claro. A mi vuelta a casa, con consciencia de las diferencias de

los mundos, yo tenía mucho sobre qué escribir. Y creo que, después de su desengaño ideológico en París, el propio escritor inglés tuvo mucho qué escribir. Ahí están sus obras de teatro posteriores y sus novelas, sus premios, para demostrarlo. A lo que me refiero ahora es que, de ese tiempo de La Tramoya a hoy, yo he cambiado: entre otras cosas, me he casado. Como Wesker con Dusty. Y nuestra nueva migración me hizo ver desde ese punto de vista de la diferencia entre los mundos la realidad de las cosas. Mi encuentro con Ángela y el sosiego que encontré a su lado desde el primer momento me devolvieron algo de la ilusión y la esperanza de mis primeros años. Su mirada, a un mismo tiempo amorosa y crítica de la humanidad, me reconcilia, si no con el ser humano, con el individuo y sus pequeñas y personales conquistas de libertad. Ahora me pregunto: ¿Será por eso que los camaradas y yo hemos cambiado? ¿Será que a pesar de todo la palabra misma, “camarada”, conserva para nosotros su sentido y por eso nos la decimos? y ¿que palabras como libertad, igualdad o fraternidad aún hacen parte de nuestro vocabulario? Con Ronnie, y como su creador Arnold Wesker con Dusty, ¿nos planteamos el mundo a partir de nuestra migración?... ¿como pudo haberlo hecho el propio Panclasta, para persistir en sus ideales?

Las maestras de la Normal de Señoritas de Pamplona adquirieron fama de “librepensadoras”, lo que para la época era algo así como incluirlas en la lista de posibles víctimas de monseñor Rafael Afanador y Cadena y las fuerzas oscuras.

Arnold Wesker fue miembro de los *angry young men*, una generación que expresó la ira y la frustración de las clases bajas británicas de la posguerra y buscó acercar el teatro a la clase obrera. *Sopa de pollo con cebada* con *Raíces* y *Hablo de Jerusalem* constituyen lo que se publicó como *Trilogía* en 1960.

Sopa de pollo con cebada, la primera obra de este volumen, es la historia de la descomposición de la familia Kahn, judía y comunista, durante veinte años del siglo XX, de 1936 a 1956. Inicia en un apartamento subterráneo, un sótano, de East End, un barrio pobre de Londres, con una manifestación antifascista del movimiento obrero y jóvenes enlistándose para ir a España (“¡Hoy Madrid, mañana Londres!”, se advierte en las calles); pasa por un apartamento de Hackney, en un edificio de la clase obrera luego de la Segunda Guerra, en 1946, cuando ya la clase media avizora su probable ascenso social y el mundo se polariza entre aliados y enemigos; y concluye en ese mismo apartamento donde conocemos las deserciones políticas de

los años cincuenta del siglo XX cuando se conocen los excesos de Stalin en Rusia.

“Una pieza de teatro es en definitiva un esfuerzo cooperativo”, escribe el autor como nota inicial de su obra que en mucho tenía que ver con el ambiente tanto político como teatral de la Bogotá de los años ochenta del siglo XX.

Escrita hacía casi treinta años, en 1958, cuando ya se conocían esos excesos del comunismo soviético, en medio de las circunstancias históricas colombianas de 1985 *Sopa de pollo con cebada* nos inspiraba la reflexión profunda en torno al avance del fascismo y la vigencia misma de la utopía comunista entre nosotros. Así sintetiza la obra, en un momento dado, su evaluación de la ideología: “¿Qué clase de audacia te dice que puedes albergar a tantos millones de personas en una sola teoría? ¿Qué clase de enorme, estupenda y egoísta, audacia?”, dice Ada Kahn, la joven de la familia que debe sufrir la soledad como consecuencia de la guerra de España. El parlamento era expresado por Lilián, una compañera de Derecho, como el centro mismo del discurso político de la obra, como una crítica sensata a los excesos fascistas, comunistas o de cualquier ideología.

Los anarquistas franceses y yo hemos hecho del jardín anexo al *Plancius* nuestro fortín. Otros vienen a hablarnos y se quedan; algunos invariablemente nos rechazan y nos insisten en que volvamos a la plenaria. Yo advierto que no somos nosotros los que nos hemos separado, son los demás los que poco a poco nos han aislado. Además, no creemos en unitarismos. El anarquismo está lejos de ser homogéneo, al punto de desdibujar identidades como ha venido ocurriendo.

—Si no tenemos proyectos conjuntos, no lograremos el cambio— repiten todos como un mantra.

—Nosotros creemos en la libertad.

Hoy, esos periodos de mi vida, tanto el de La Tramoya como el de París, pueden contrastarse con este del matrimonio feliz, del Festival Barcelona Negra 2015 y con el del Congreso Internacional Medellín Negro, que organizo cada año en Colombia. Sobre todo, cuando sé lo que pasa mi hermana Ligia que lucha contra el cáncer, y cuando los tramoyos Martha Patricia desde Bogotá me llama a la lucha, Gerardo y Filemón en España me felicitan por mis éxitos personales, Rosa Julia desde República Dominicana me sugiere realizar labores conjuntas en el campo de la educación o Pedro en Inglaterra me habla de la injusticia económica de Europa. Yo asocio el

montaje de esa obra teatral en 1985 con el curso mismo de nuestros destinos como colombianos, como migrantes, y lugares, nombres, ideas se conjugan en un espacio inusitado de la utopía libertaria.

Sopa de pollo con cebada tenía un carácter dilucidatorio de nuestra realidad y, más aún, un margen de profecía, si de vigencia y variedad de discursos en torno a la revolución se refiere. En una Colombia fatigada del bipartidismo estúpido, la mayoría de los ciudadanos se sentía apolítica, reacia al comunismo y, en el mejor de los casos, pienso ahora, proclive a discursos libertarios e individualistas acallados desde hacía tiempo. Luego de años de guerras, conflictos y masacres era pertinente proponer una nueva idea de la política y del compromiso; encontrar salidas más originales que las conocidas y reivindicar el lugar de la libertad individual. La imagen de una Sarah Kahn, la protagonista de la obra teatral, luchadora hasta el final, cobraba su verdadera dimensión de fe en el hombre por encima de toda indiferencia ideológica. “Las instituciones políticas, la sociedad... realmente no afectan tanto a la gente”, decía Ronnie, pero eso no llegaba a anidar en el pensamiento de Sarah; “Todo se ha roto a tu alrededor y no te has dado cuenta”, le insistía este hijo, pero ella continuaba con su compromiso comunista que era en su contexto esa fe en el hombre. En tal sentido Sarah responde a quienes la reprueban criticando a su vez la sociedad industrial en que “en cuanto tienen unos chelines en el banco y se pueden comprar un televisor creen que ya está todo hecho,

que ya no hay más nada por conseguir, ¡que ya no tienen que pensar más!”. Con los años esta imagen de Ronnie, escéptico respecto del Comunismo, y de Sarah, crítica del materialismo y la banalidad, perdurarían en cada uno de nosotros, los integrantes del grupo de teatro La Tramoya, con diversos resultados; sobre todo en función de la permanencia de nuestros propios principios políticos y la manera en que se verificaban en nuestra vida cotidiana. A lo mejor, como decía Sarah, de lo que se trataba entre nosotros era de que continuáramos o no la lucha. “No pudieron seguir el ritmo del partido. Ellos se acabaron. La lucha sigue”, afirmaba ella casi al final de la obra y la Idea la repetiríamos de ahí en adelante como lema de la generación. Para nuestro contexto político, e independientemente de la línea ideológica que siguiéramos, de lo que se trató justamente fue de seguir un ritmo, de verificar si continuábamos con vida y seguíamos luchando. Más allá de un Partido, si seguíamos en pie respecto de nosotros mismos. Yo me pregunto ahora si en sus diferentes acepciones los que nos mantenemos con vida seguimos en efecto una lucha en su más genuina concepción.

31 de agosto de 1907

19 h

Del Congreso de Ámsterdam:

El Congreso Internacional Anarquista declara la Internacional constituida. Esta está desprovista de toda función central. Su funcionamiento está asegurado de la manera siguiente: las federaciones, grupos y movimientos de tendencia anarquista de cada país elegirán individual o colectivamente a dos corresponsales cuyos nombres y direcciones serán publicados en cada número de los periódicos anarquistas internacionales. Conformemente a las instrucciones de sus grupos o federaciones, estos corresponsales estarán en contacto constante con los corresponsales de los demás países. La publicación de un *Boletín internacional* está decidida.

Al respecto debe inquirirse: ¿por qué se mantiene el presupuesto de los países si queremos acabar con las fronteras? Deberíamos pensar en términos de internacionalismo; ¿quién será el corresponsal en Colombia o Argentina?; ¿tendré acceso a esos periódicos? ¿Qué pasará con el *Boletín*?... ¿llegará a todos?

Hoy entregué mi trabajo “La voz del anarquismo individual” a Christiaan G. Cornelissen para el tal *Boletín*.

La Tramoya, el grupo teatral de la Universidad Externado de Colombia del que yo hacía parte, comenzó el montaje de *Sopa*

de pollo con cebada en enero de 1985. Entonces Jorge Plata fungía como director general del grupo, pero como consecuencia de las últimas propuestas dramatúrgicas que se imponían en la ciudad, y más aún en La Tramoya, logramos que la dirección de la obra quedara en manos de los estudiantes. Así lo habíamos decidido entre todos, tomando muy en cuenta las consideraciones de los grupos alternos de teatro de la ciudad; y en especial, del grupo de teatro de la Universidad Nacional de Colombia, donde nuestros grandes amigos Pablo y Jairo realizaban un valioso trabajo de creación colectiva. A decir verdad Jorge lo tomó muy bien puesto que en su compañía, el Teatro Libre de Bogotá, se encontraban inmersos en la misma discusión y tendían hacia los mismos fines.

Lo de mi tía Julia fue infame, mijo. Como consecuencia de lo que publicó sobre Santiago Pérez Triana y el Congreso de La Haya en *El Observador*, o por lo que dijo de Panclasta o López Pumarejo, fue perseguida incansablemente por aquellos que se creían legitimados para defender el *statu quo*; en especial por los curas, por monseñor Rafael Afanador y Cadena, a quien le repugnaba sobre todo el origen espurio de la tía. Sin duda este hombre influyó en los políticos de la región y, en especial, en las “fuerzas oscuras” que denunciaba Julia, que aseguraban el imperio de las “buenas costumbres”. Nada de cachiporros en la ciudad era la consigna. Qué se cree esta mujer hablando de anarquismo y de armas, hablando mal de nuestras fuerzas armadas, dirían. ¡Una mujer!

“Sostener en Colombia un órgano de prensa, aún subvencionado, es una tarea abnegada, heroica, casi suicida”, decía Panclasta, y tenía razón.

La cosa empezó en el púlpito de Afanador y Cadena, luego en la escuela, en la calle, hasta que llegó a su propia casa. Su marido, el terrible Arturo, no tuvo empacho en exigirle que abandonara lo del periódico, que se estaba metiendo donde no cabía, que ella era una mujer y debía conservar su lugar en la casa, cuidando los niños. ¡Ya bastante es que usted sea una bastarda!, le dijo.

Julia, sin dudarle, se opuso al hombre, le dijo una y otra vez que comprendiera que lo suyo no era por molestar, que no creía que le hiciera daño a nadie; que era necesario cambiar las cosas, que los campesinos, que los trabajadores, que.... Ya sabes. La familia entera —o por lo menos las mujeres de la familia— lo comprendía, pero él no. Ni siquiera Mamaíta fue capaz de convencerlo. Ella le dijo que gracias a personas como Julia las cosas mejoraban, que efectivamente eran necesarias las transformaciones sociales, que él mismo era víctima de la iniquidad y que lo de jornadas de trabajo o los tres 8 —para el trabajo, el estudio y el sueño— con horas determinadas era un tema de justicia y no cosa de mujeres y hombres. Arturo, por supuesto, se puso peor. Él, como todos los machos, tenía muy bien establecida su cabeza y en medio de gritos implacables repitió que una mujer debía quedarse en su casa cuidando de la familia. Así lo dijo un día y lo ratificó desde entonces con golpizas periódicas a Julia, mijo. Cada publicación de *El*

Observador, una tunda. Imaginarás el ambiente que vivíamos. Mi padre, por supuesto, no hizo nada. Entendía la actitud de Arturo como la propia de un hombre y cuando venía de Tibú, de la Petrolea, ni se pronunciaba al respecto. “Uno no puede meterse en cosas de marido y mujer. Bastante tengo por allá con los sindicatos, con el Mahecha, como para preocuparme por pendejadas de mujeres”, dijo cuando le conté. Y yo ya sabía a lo que se refería. Ya bastante había renegado del tal Raúl Eduardo Mahecha, amigo por demás de Panclasta, como para esperar otra cosa de él. Era un hombre y la educación había hecho lo suyo en su caso, como en el de los demás hombres. Tampoco Teo, a quien le informamos de la situación, dijo nada. Aunque no vivía con nosotros, como medio hermano de Julia pudo haber hecho algo, pero no lo hizo. Colaboraba con *El Observador* y creía en las denuncias de la injusticia que se hacían desde el periódico pero pare de contar. Nuestro famoso poeta Teo, Teodoro Gutiérrez *Calderón*, no fue capaz de llevar su pensamiento a la acción. Siguió haciéndonos la visita y hablándonos de lo que pasaba en Centroamérica con Sandino, en España, la guerra y todo eso, pero no dijo nada de la situación de Julia en esta Pamplona, conservadora y pacata. Decía que, a pesar de *nuestra voluntad*, poco a poco iban perdiendo terreno los republicanos, que todo parecía colapsar, que iban ganando los fascistas... que el imperialismo yanqui, que la guerra de Europa... Mamaíta me miraba de reojo. El muy ilustrado hablando de fascistas y del eje, y nosotros con esa pena de Arturo. ¡Una guerra en nuestra propia casa! Y todo el pueblo

en contra de la pobre tía Julia. “Los hombres no entienden nada de nada”, decía la viejita entre dientes. “Tienen las cosas enfrente y hablan pendejadas”.

Luego de la clausura oficial del Congreso Anarquista, nos entregaron en varios idiomas la letra del himno que se hizo popular desde 1885 y que había sido presentado a la Primera Internacional, aquella en que Bakunin se había opuesto a Marx y Engels y estos habían falsificado sus credenciales (lo acusaron de ser agente del zarismo). En ese momento lo entonamos en diferentes lenguas, incluido el esperanto.

Mi emoción, debo aceptarlo, fue suprema, y por eso transcribiré la letra en este cuaderno. La entonamos los asistentes al final del encuentro. Fue verdaderamente apasionante.

La imagen de las almas benditas del Purgatorio es recurrente en mis sobresaltados sueños. La persistencia del frío, o peor, de lo que yo, en medio de temblores, asumo como frío, me la hace ver en todo su esplendor.

Es exactamente igual a la imagen que veía desde niño. El cuadro lo conserva Ligia en su casa. Esto lo sé en medio del sueño y la vigilia.

La imagen de las almas en medio de las llamas, tratando de escalar para llegar hasta la Virgen, se repite una y otra vez en mi mente. Me desespera al punto de despertarme y llevarme a escribir, como siempre, para intentar tranquilizarme.

La cuestión de la creación colectiva estaba a la orden del día. En reemplazo del director se disponía efectivamente que los estudiantes actores lideraran proyectos autónomos de puesta en escena.

No obstante esas buenas intenciones, desde mi punto de vista actual el proyecto no cuajó para el montaje de *Sopa de pollo con cebada*. Los actores no nos hicimos responsables del trabajo y dejamos pasar la oportunidad de la creación colectiva. Por simple delegación generosa del director general, Roberto, un estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad, emprendió entonces la dirección de lo que buscaba ser un trabajo original de puesta en escena de una obra realista y muy política. De la dirección en cabeza de una persona preparada y reconocida del gremio teatral de la ciudad, llegábamos, pues, a la dirección de uno de nuestros

compañeros de labor estudiantil que quería explorar nuevas rutas dramáticas, según advertía. Esta fue la máxima conquista del momento.

Hijos del pueblo

Hijo del pueblo, te oprimen cadenas
y esa injusticia no puede seguir,
si tu existencia es un mundo de penas
antes que esclavo prefiere morir.
Esos burgueses, asaz egoístas,
que así desprecian la Humanidad,
serán barridos por los anarquistas
al fuerte grito de libertad.

Rojo pendón, no más sufrir,
la explotación ha de sucumbir.
Levántate, pueblo leal,
al grito de revolución social.
Vindicación no hay que pedir;
solo la unión la podrá exigir.
Nuestro pavés no romperás.
Torpe burgués.
¡Atrás! ¡Atrás!

Los corazones obreros que latén
por nuestra causa, felices serán.
Si entusiasmados y unidos combaten,
de la victoria, la palma obtendrán.
Los proletarios a la burguesía
han de tratarla con altivez,
y combatirla también a porfía
por su malvada estupidez.

Rojo pendón, no más sufrir,
la explotación ha de sucumbir.
Levántate, pueblo leal,
al grito de revolución social.
Vindicación no hay que pedir;
solo la unión la podrá exigir.
Nuestro pavés no romperás.
Torpe burgués.
¡Atrás! ¡Atrás!

Roberto, el líder del montaje de *Sopa de pollo con cebada*, simpatizaba con el Movimiento 19 de abril, M19, una de las guerrillas progresistas que se había formado unos cuantos años antes en el país, en 1970, como consecuencia del fraude electoral ocurrido en las elecciones presidenciales de entonces. Ese día dizque había resultado ganador Misael

Pastrana Borrero en perjuicio del general Gustavo Rojas Pinilla (otro general con pretensiones presidenciales). Aunque este no era una pera en dulce, el fraude evidenciaba la relatividad de la democracia colombiana. Como siempre, la oligarquía y las maquinarias políticas habían demostrado su poder sobre las urnas.

En 1985, el M19 era blanco de todo tipo de acusaciones. El fracaso a que habían conducido los acuerdos de paz con el gobierno había llevado a su rechazo por parte de la opinión pública y al triunfo de una política represiva por parte del ejército. Por su parte, con el fin de hacer un juicio al presidente y al sistema, esa guerrilla planeaba una acción radical, de la cual el propio Roberto pudo haber tenido noticia. La toma del Palacio de Justicia sería solo dos meses después del estreno de *Sopa* y, conociendo del asunto, los militares hostigaban todo lo que olier a subversión. El estreno de una obra de corte progresista no debió sentarles nada bien. La gente percibía el equilibrio inestable entre guerra y paz y lo que significaba la oposición. El ejército estaba al acecho. El comandante guerrillero Jaime Bateman Cayón y su colega Conrado Marín habían muerto hacía muy poco en un presunto accidente de avioneta y se confiaba en que las acciones militares acabarían con la subversión.

En tal contexto, y sobre tales bases ideológicas, Roberto quería encauzar su perspectiva política a través del teatro. Su compromiso lo llevaba a ello. La representación de la obra de Wesker hacía seis años por parte de una compañía madrileña

le sirvió de inspiración. Desde su punto de vista, *Sopa de pollo con cebada* podía responder a los problemas de una sociedad como la colombiana, agobiada de indiferencia política, deserciones ideológicas por doquier y sobre todo un tremendo miedo. La fe en el partido que encarnaba Sarah Kahn podría servir de inspiración para un cambio social; lo mismo que un acompañamiento u homenaje a los “camaradas” que estaban cayendo a diario a manos de nuestros propios fascistas.

Ninguno de nosotros tuvo conciencia entonces de la trascendencia de la filiación política del líder del grupo que lo llevó a escoger la obra *Sopa de pollo con cebada* para ser representada por el grupo de teatro La Tramoya de la Universidad Externado. En realidad, como sucedía a propósito de la Unión Soviética, nuestro conocimiento de la realidad política, del origen de las guerrillas y de las ideologías era bien limitado. El hecho de que Jorge, el director general del grupo y miembro del Teatro Libre hubiera hecho parte del Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR, o de que alguno de nosotros pudiera haber tenido contacto de una u otra manera con integrantes de células guerrilleras del más variado linaje izquierdista en el resto del país, eran parte de la experiencia directa del conflicto que vive buena parte de los colombianos sin mayor conciencia del asunto ideológico. En general, poco entendíamos los demás miembros de La Tramoya de las distintas vertientes de este conflicto y ya no estábamos en los años sesenta y setenta como para interesarnos por el destino del Comunismo. Eso creíamos

como generación y, sobre todo como parte de una clase media apolítica e inconsciente. De hecho, en la Universidad –privada por demás– poco o nada se hablaba de esto. Ni siquiera en la Facultad de Derecho de la que hacíamos parte varios de los integrantes teníamos información alguna acerca de las distintas opciones políticas del país. Allí se hablaba de escuelas jurídicas clásicas, de sistemas políticos ortodoxos, de las pautas de la democracia, en el mejor de los casos, pero no de *la realidad*. El Derecho estaba al margen del mundo, era una disciplina estancada en las simples normas o, si acaso, se entroncaba con una historia liberal donde el “Olimpo Radical” del siglo XIX se exaltaba a la menor oportunidad como origen de una tradición tolerante y democrática que se debía mantener. Desde entonces, la libertad individual se identificaba con la libertad empresarial que podía garantizar el progreso nacional. El Partido Conservador no aparecía en el panorama y los partidos de izquierda parecían dinosaurios estancados en la Cuba del 58. Conocer algo de las numerosas constituciones liberales, repetir los códigos y saber un poco de las sentencias de la Corte era suficiente para graduarse de abogado. La realidad, por lo menos hasta noviembre de 1985, estuvo al margen de nuestra vida. Tal era nuestra ignorancia.

San Alfonso María Liguori decía que aunque las Santas Almas no pueden ya lograr méritos para sí mismas pueden obtener para nosotros grandes gracias.

El Congreso de Colombia de 1855 decretó el libre comercio de armas y municiones. La Constitución de 1858 prohibía a los estados limitar este derecho. Por su parte, la Constitución de Rionegro de 1863 nuevamente declaró libre tal comercio, razón por la cual el dramaturgo José María Samper, impulsor de la Universidad Nacional de Colombia, denunció: “cada comerciante pudo inundar al país de revólveres, puñales y sables, y de cápsulas, balas y pólvora, de suerte que todos los ciudadanos pudiesen proveerse de elementos de destrucción individual y colectiva, tan libremente como si se proveyesen de vestidos, alimentos o calzado. ¿Qué garantías podían tener el orden público y la legalidad con un sistema de armamento libre, en ilimitada escala...? ¡Ninguna!”.

La Constitución de 1886 estableció que: “Solo el Gobierno puede introducir, fabricar y poseer armas y municiones de guerra.

Nadie podrá dentro de poblado llevar armas consigo, sin permiso de la autoridad. Este permiso no podrá extenderse a los casos de concurrencia a reuniones políticas, a elecciones o

a sesiones de asambleas o corporaciones públicas, ya sea para actuar en ellas o para presenciarlas”.

Al tiempo que avanzaba el montaje *Sopa de pollo con cebada*, el grupo La Tramoya persistió en una reflexión general sobre el significado de la labor del teatro universitario. Y como otros grupos de Bogotá, buscaba realizar modificaciones estructurales en la manera de concebir un montaje teatral. En primer lugar, habíamos logrado superar la presencia autoritaria de un director y reemplazarla por un estudiante. No obstante, la mayoría de nosotros consideraba que debíamos continuar en la senda de la creación colectiva: la tarea del actor debía ser una tarea de libertad; queríamos sentirnos independientes y realizar un trabajo mancomunado sobre las bases de la propia creatividad personal. Así progresábamos en la discusión.

El experimento de la creación colectiva respondía a la polémica generalizada sobre la labor del actor en contraposición a la labor del director. Eventualmente se creía en la presencia de actores autónomos o, máximo, de un actor/director, en reemplazo del simple director, onnipotente y autoritario, ya caduco. Este tema estaba candente dentro del ambiente general del teatro universitario y, en desarrollo de la experiencia de *Sopa*, nosotros no podíamos seguir al margen:

desconfiábamos, como ocurría también en el teatro “profesional”, de una jerarquía tradicional donde los actores se subordinaran a un director infalible y absoluto en sus decisiones. En contraposición a esto, y dado que gran parte de la responsabilidad de la puesta en escena recaía en el actor, él debía ser autónomo e, incluso, lograr ser el director de su propio trabajo; el actor debía realizar de hecho una labor independiente y libre. Solo a partir de esta perspectiva, una compañía podría consolidarse de veras. El teatro de La Candelaria y Enrique Buenaventura y su Teatro Experimental de Cali lo comprobaban.

Desde tal perspectiva, sobre todo Julia y Jose, Sarah y Harry en *Sopa*, buscaban autonomía dramática en la obra y en tal sentido empezaron a hablar de creación colectiva para *Sopa de pollo con cebada*. Sobre tal presupuesto, la cuerda se rompió por lo más fino. El hecho de que Roberto hubiera suprimido apartados relativos a los excesos de Stalin bajo la premisa de que eran demasiado “retóricos” o “ladrilludos” los puso sobre aviso de lo que significaba la dirección unipersonal. Eliminar la referencia a los fusilamientos de Feffer y del Comité Judío Antifascista en la Unión Soviética o la referencia a lo que sucedía en Hungría a principios de los años cincuenta no era poca cosa. Implicaba sesgar la visión política de la obra teatral en aras de dejar incólume la perspectiva del honorable Partido Comunista. Y aunque nuestra intención no era atacar el discurso revolucionario de izquierda –al que por demás nos adscribíamos la mayoría y, por supuesto, con el que nos

solidarizábamos dado el ataque criminal del momento al partido político colombiano de la Unión Patriótica— no queríamos constituir un manifiesto unilateral de las bondades del comunismo. Stalin no era una pera en dulce y las guerrillas comunistas en Colombia constituían un problema más del sistema. Los textos cercenados debían volver a la escena. Hacían parte de la historia y como teatro universitario debíamos cumplir cierta función formadora. Este podría ser el sustrato mismo de nuestra acción teatral. Éramos un grupo de teatro universitario y sentíamos que otra idea de la educación era posible. Así pues, con nuevas bases empezamos un nuevo ciclo en el teatro.

VI. LA EDUCACIÓN

No creo ni afirmo nada. Vivo. Obedezco a la fatalidad, obro con ella y la ayudo. ¿Podré ser propagandista cuando me falta la fe? En consecuencia, yo no propongo nada.

Biófilo Panclasta

Texto entregado al camarada Christiaan G. Cornelissen,
del *Bulletin de la Internationale Libertaire*

La voz del anarquismo individual

Pocos leen. Muchos no tienen tiempo o posibilidades para hacerlo y los que pueden no lo requieren: no necesitan cambiar radicalmente el mundo porque si pueden leer es que para ellos está medianamente bien hecho. En Colombia se lee poca prensa, se escribe menos y los establecimientos de educación son medioevales y monacales; todos contribuyen a la edificación de templos, al sostén del culto católico, a las exigencias del párroco para fines suyos, he dicho antes. Deberían leer quienes más necesidades tienen: los desarraigados, los marginales, los criminales, los más pobres... los que no lo hacen ni pueden dadas sus circunstancias. A través de la lectura, a lo mejor, podrían cambiar algo en sus vidas, sus costumbres, sus hábitos... Comprenderían, acaso, las causas mismas de su situación y se rebelarían furiosamente contra ellas. La lectura del aristócrata, del burgués, es, por decirlo de alguna manera, prescindible. No va a encauzarse en nada. Sus intenciones de cambios se concretan en simples reformas. El privilegiado no atentará radicalmente contra nada. Luego de una epifanía, una utopía de revuelta o algo así, retomará los hábitos y seguirá el curso de su cómoda vida. Eso pasará acaso con algunos bolcheviques. Si el campesinado leyera, si el pobre pudiera hacerlo, se rebelaría a su explotador, a su verdugo. Se opondría a la injusticia de la manera más bárbara. Esta es la historia de algunos anarquistas de Europa. Por eso, los sistemas se protegen: cultivan a los que comen, así aseguran su permanencia. Al final son muy pocos, poquísimos, los burgueses que instruidos se enfilan a buscar un cambio. Paradójicamente son estos los que han hecho las revoluciones, que en todo caso han sido bien pocas, pero una vez se instalan en el poder lo

aprisionan, claro, lo vuelven a su origen, a su condición de clase. “Si se despierta en los hombres la idea de libertad, los libres no cesarán de liberarse a sí mismos una y otra vez; en cambio, si se los hace meramente *cultos*, se amoldarán en todo momento a las circunstancias *de la manera más culta y refinada* y degenerarán en almas sumisas de criados”, decía Stirner.

De ahí que yo crea más en la voz, en mi voz. Aquellos a quienes va dirigida son los que la requieren, los que no leen, los que no han leído y no pueden hacerlo. Yo hablo, arengo, manifiesto, en las fábricas, en las calles, en las tabernas, en todo lugar en que pueda hacerlo. Alguien me oirá. Con un solo interlocutor que tenga me conformo. Uno puede ser la mano que ejecute la acción. La cabeza de la tormenta. Lo mejor serían miles, claro. Al escuchar, esos hombres olvidados, analfabetas en el mayor número de los casos, sentirán la poderosa inclinación a cambiarlo todo, a transformar su mundo y el mundo. A este hombre u hombres me dirijo. Por experiencia lo advierto: me dirijo al que no lee. ¿Y qué le digo? Le hablo de la libertad fundamental, de la igualdad, de la solidaridad. Las ideas que otros escribieron para ser leídas. Le hablo de un porvenir sin ley, gobierno o autoridad. Sin estado. Un mundo en que solo su espíritu le dirija, un mundo de sensibilidad y razón. Nos han hecho creer que este mundo no es posible y la falta de fe en él es lo que lo hace imposible. Es necesario cambiar esa falsa apreciación. Resulta tan posible ese mundo como este enajenado en que vivimos. Tampoco el mundo del capital que se nos ha impuesto resultaba tangible: no se veía en directo y no nos ha hecho felices. Ni siquiera satisfechos

o conformes. La dictadura del proletariado también es un proyecto, y surgió de la mente de hombres. El mundo de la autorregulación, de la autocomplacencia, es una idea y debemos luchar por conseguirla. Frente al mundo del capital, deben existir esta y muchas más opciones.

Digo esto y más: hablo de individualismo, de individualidades, de singularidades... Hablo de la libertad de elección, de relaciones horizontales, de afinidades. Los panaderos de Buenos Aires me preguntan cómo lograrlo y yo les digo que se trata de voluntad. Lo mismo que a los inquilinos de Barranquilla, que tienen que liberarse de sus verdugos, los propietarios. Querer es poder, dice el viejo dicho. El principio es la mitad. Consignas populares que están en la raíz de esos sofisticados movimientos que Occidente ha bautizado con ismos y que no son más que su sistematización utilitaria. En esencia son un saber ancestral, intuición. Todos lo sabemos. Les digo que es frecuente el juicio de que los gobernantes son injustos, arbitrarios. Todos nos rebelamos por instinto al que tiene poder, al padre, que lo ejerce sobre nosotros. Ellos asienten inmediatamente y se hacen proclives al movimiento. No es más que pensar lógicamente. El mundo se ha vuelto enemigo del hombre y eso hasta un mocoso de brazos lo advierte. Cuando no tiene a su madre a su lado porque ella sale a trabajar a la fábrica, cuando no tiene a su padre cerca porque está en la guerra, cuando tiene hambre y frío, cuando no puede ir a la escuela y tiene que producir reales para el sustento de la familia. Entonces su espíritu se rebela, o quiere rebelarse, y normalmente

no encuentra la vía, el discurso, el sustento teórico para oponerse al sistema.

Yo les doy las herramientas. Les hablo, les digo, los instruyo, y ellos entienden en palabras lo que tienen en su espíritu. La libertad es una naturaleza, es aire, es el aire de cada día. Lo que hago al hablar es hacer tomar conciencia de este hecho cotidiano. Por eso hablo, porque quiero que todos comprendan el milagro que es respirar.

¡Viva la revolución social!

Panclasta

Anarquista

Sopa de pollo con cebada se estrenó el 24 de septiembre de 1985 en el espacio del Auditorio León de Greiff de la Universidad Nacional, en Bogotá. A partir de ahí la obra tuvo más de cincuenta representaciones en todo el país, desde Bogotá a Calarcá (la tierra del comunista Luis Vidales), pasando por Apartadó, puerto del Urabá, donde los sindicatos bananeros pudieron identificarse con su discurso y acaso, por tal razón, fue boicoteada; hasta Tunja y Duitama,

departamento de Boyacá, donde tuvimos la última función. La puesta en escena obtuvo premios en todo el país y significó la consolidación del grupo de teatro de la Universidad Externado de Colombia como el mejor en el medio.

Miércoles 11 de febrero de 2015, a las 19.30 h, en Casa Amèrica Catalunya, C. de Còrsega, 299, entresuelo. Barcelona.

En el marco del Festival Barcelona Negra, hoy tiene lugar la Mesa redonda “Incidencia de lo criminal en la novela colombiana actual”, a la que fui invitado junto a los escritores Laura Restrepo y Sergio Álvarez. El Moderador es Paco Camarasa, comisario de BCNegra 2015 y librero.

Esta es la actividad concreta por la cual vine a esta ciudad.

Paco abre la mesa con una pregunta muy general en torno a la violencia en Colombia. Por esta razón, creo, nuestras intervenciones se explayan en lo que atañe a los problemas nacionales, al punto que los tres hablamos menos de literatura de lo que era de esperar. Laura expone sus ideas acerca de la relación entre la vida y la muerte en Colombia. Afirma, en principio que allí “toda la novela es negra, sin detectives, sin investigación y sin justicia”, puesto que responde a una realidad semejante. Establece entonces un paralelo entre las primeras oraciones de *Cien años de soledad*, de Gabriel García

Márquez, y *El desbarrancadero*, de Fernando Vallejo. Dice que en ellas queda claro el ir y venir del tiempo, del pasado al presente y de este al pasado, describiendo un *boomerang* temporal donde la muerte se confunde con la vida. La idea se relaciona, según ella, con la importancia que le hemos dado los colombianos a la muerte por encima de la vida. “Normalmente la civilización parte de la idea de que la vida debe estar por encima de todo. En Colombia, por el contrario, la muerte resulta más atractiva y ofrece incluso la posibilidad de *ser alguien*. Existe así un contubernio con la muerte”; por eso —dice— en Colombia no hay novela negra sino simplemente novela. Todos los escritores se topan con lo negro y su literatura en general se inscribe así dentro del género visto de la manera más profunda.

La cuestión de novela y no novela negra en Colombia sirve de introducción a la intervención de Sergio que, con su humor trágico, transmite su experiencia personal en los barrios humildes de Bogotá, donde un ladrón puede ser linchado por el vecindario y las propias autoridades. Para él, los narcotraficantes mismos hacen parte del paisaje nacional. “En un desfile al que asistí estuvo presente el narcotraficante Fabio Ochoa”, dice, “hacía parte de la comparsa”. El crimen hace parte de nuestra cotidianidad. En tal sentido, luego recrea otras anécdotas que pretenden demostrar el carácter oscuro de esa cotidianidad colombiana. Esta intervención de lo particular, incluso de lo anecdótico, de Álvarez, sirve de contrapunto a la visión global de Restrepo. Es difícil escribir en

Colombia por fuera de lo negro, dijo Laura. Sergio lo representó con detalle en la vida, en su vida.

En tercer lugar, yo tengo la palabra. Estoy de acuerdo con el juicio de Laura en el sentido de que el género negro es el género por antonomasia en Colombia. En mi país no hay novela policiaca, hay novela de crímenes, digo, puesto que este responde al ambiente generalizado de anomia nacional; y no hay novela negra puesto que un orden no se restablece porque no hay un orden establecido. Así expongo los resultados de mi investigación en torno al tema de la anomia en la novela de crímenes: la visión positiva de Guyau, la posible desaparición del Estado, el antimilitarismo, el pacifismo.... Y, como Laura y Sergio, acabo hablando de mi propia novela: *Desaparición*. Menciono la metáfora con que inicia la historia, que puede ilustrar lo que nos sucede a los colombianos: los ratones que se aparean cercados por una *rosa de foc*. Nosotros los colombianos, rodeados por todos los fuegos, nos parecemos a esos ratones: queremos aprovechar segundo a segundo la vida, en medio de los distintos fuegos. Di estadísticas de desaparecidos o desplazados, dije que detrás de nosotros los colombianos no hay ningún Estado que nos proteja, que estamos “a la intemperie” y nuestros pasos son inciertos... que si nos dieran a todos el visado correspondiente, todos sin excepción huiríamos de Colombia...

Al final de nuestras intervenciones un español ha llorado con mis palabras.

Me sorprende que, frente a una de las preguntas del público, Laura responde algo que serviría para sustentar todo un libro: la situación de Colombia es semejante a la de Somalia, al este del África, en que, según ella, la gente también vive como en mi metáfora de los ratones, cercada por distintos fuegos. Ambos países tienen una gente que lucha denodadamente por salir adelante, por vencer las circunstancias adversas, por sobrevivir. “Colombia y Somalia pueden ser tomados como un crisol del gran conflicto mundial”, dice.

Entonces, una colombiana, que se identifica como tal a pesar de hablar con un marcado dejo extranjero, expresa su indignación con el panorama que he dado de “nuestro país”. “Si fuera como usted ha dicho mejor sería meterse un tiro”, afirma. Al respecto, no puedo dejar de pensar que, si todos los colombianos tuviéramos su condición social, su origen belga, los índices de suicidios no serían tan altos. En Colombia hay una estrecha relación entre el bienestar y la clase social a que se pertenece. Lamento que no pueda responderle esto. Rápidamente la discusión abierta al público se cierra. Los organizadores, sobre todo Cristina Osorno, gestora cultural de la Casa de América aquí en Barcelona, hacen presencia y el recinto debe cerrar. Son más de las 21 h. Como dicen en Colombia: “quedé iniciado”, es decir, con la sensación de que faltó mucho por decir y por dialogar.

El registro de este evento por parte de José Luis Espina se publicará luego en YouTube, según me dicen, desde la cuenta de Bracket Cultura. El título tentativo del video será “Colombia:

Narrativa actual y novela negra”, “para enlazarlo fácil con búsquedas frecuentes en Google”, me explica Osorno. No me extraña. Es un hecho que la reputación ganada por lo “negro” de Colombia puede más que la realidad expuesta.

Es este un lugar ajeno y lejano de todo lo mío, regido por códigos privativos que a cada instante me exigen un enorme esfuerzo de interpretación. Sin embargo, por razones que no acabo de esclarecer, es aquí donde está en juego lo más interno y pertinente de mi ser. Es aquí donde resuena, confusa pero apremiante, la voz que me convoca. Y es que yo, a mi manera peculiar y aunque ellos no se den cuenta, también hago parte de la multitud errante, que me arrastra por entre encuentros y desencuentros al poderoso ritmo de su vaivén.

(Laura Restrepo, *La multitud errante*).

Ese mismo año de 1985 una compañía bogotana estrenó la obra de teatro *Biófilo Panclasta*, inspirada en la pareja de personajes de Vicente y Julia Ruiz, que fue desde 1934 su compañera. Ambos se tomaban la escena con toda la “juglería” de unos adivinos, sanadores y rocambolescos personajes dedicados a ganarse la vida en la Bogotá de los años

treinta. Andrés Rodríguez Ferreira, uno de los actores de esta creación colectiva, llamaba a Panclasta “personaje histórico teatral” y señalaba a la postre:

...la trascendencia política de Vicente Lizcano no puede ser desvanecida por la censura que lo descalifica y lo llama loco y alucinado. Se puede pretender reconstruir teatralmente una figura histórica como Biófilo, sin caer en los efectismos que falsean la esencia del personaje, pero también es posible la recreación del mismo aportándole aquellos elementos que por ser nacidos de una interpretación colectiva del grupo (o sea, con tantas interpretaciones como miembros tenga el grupo) dejarán entrever una visión más amplia y especialmente más universal.

Esta pauta podría aplicarse a una novela sobre Biófilo Panclasta, y, pienso hoy, a lo que fue nuestro montaje de *Sopa de pollo con cebada*. El tema de la locura, en tensión con una técnica teatral donde la interpretación colectiva del grupo define el montaje, tiene que ver con eso que he llamado opción ideológica: aunque aparentemente son dos cosas muy diferentes, ahora me parecen hermanadas. Locura, política, creación colectiva, revolución, son ideas que rondan la literatura, ideas que se han venido consolidando en mi vida como alternativa frente a la infamia social.

Domingo 1 de septiembre de 1907

3 h

Ayer, en la décimo séptima y última sesión, el orden del día del Congreso incluyó la discusión sobre “El anarquismo como vida y como actividad individual”. Hicieron el llamado correspondiente a los ponentes. Una y otra vez por altavoz convocaron a los responsables de la mesa.

Los expositores franceses y unos cuantos más estábamos fuera del recinto, pero podíamos escuchar los llamados por el altoparlante. A su vez, los que estaban en el salón sabían que nosotros estábamos en el jardincillo que sirve de vestíbulo del *Plancius Hall*. El llamado era justamente para nosotros.

En la mesa principal la cuestión tendía a quedar resuelta por sustracción de materia. Varias veces emplazaron a los ponentes, a Armand, Mauricius y Broutchoux, a Ceccarelli, a mí... pero ninguno se presentó. ¡Era para risas! Nos llamaban una y otra vez y todos los asistentes veían cómo arengábamos en el vestíbulo sin tener la menor intención de exponer arriba, en la mesa.

Entonces, discutíamos sobre los objetivos del Congreso y para ese momento del llamado, debo consignar aquí, no nos identificábamos ya con ellos. Nos sentíamos incapaces de entrar a exponer lo que ya a nadie le importaba. “Vida”,

“Actividad individual”, qué lejos parecía esto del anarcosindicalismo o el corporativismo que se había impuesto. Las sesiones anteriores habían determinado el curso de la discusión y en ellas dominaron los intereses de las mayorías. Los demás temas quedaban en el olvido. Las minorías quedábamos en el vestíbulo.

Rotamos la botella de vodka que alguno de los franceses consiguió y al oír una y otra vez nuestros nombres en la mesa empezamos a vociferar en contra de todo orden establecido, incluso del orden anarquista (¡vaya contradicción!) de Kropotkin, Malatesta o Goldman; y del “orden” mismo de las sesiones que terminaban con un tema que acabó por ser definitivamente prescindible dado el avance de las discusiones. A nosotros nos tiene sin cuidado el anarcosindicalismo, que sentimos como una imposición. ¡Qué más da salir allá, a la mesa principal, si ya han decidido cuál es la vía a seguir!, gritó Benoît Broutchoux. Nosotros queríamos hablar por nosotros mismos y ya está. Hablar de lo que se nos diera la real gana. No estábamos ahí para ilustrar una línea ideológica que para todos había resultado ser una simple locura.

Tampoco nos interesa que quede constancia en el acta de que se ha dado la palabra a la disidencia por simple consideración. Nos cagamos en el respeto burgués, en la tolerancia. Otra copa de vodka y ya está.

Al hablar de la relación entre locura, política, creación colectiva, revolución y literatura, me surgen preguntas que revelan la proximidad de lo aparentemente extraño: ¿estaba Sarah Kahn loca por persistir en sus ideales comunistas? ¿Podríamos nosotros hacer un teatro más allá de la figura del director convencional en pro de una forma de entender el mundo más progresista? ¿Habrá sido el mismo Panclasta catalogado de loco por querer eliminar la monarquía, cambiar el orden social y haberse opuesto al sistema? Lo curioso del asunto es que estos interrogantes son semejantes a los de mis investigaciones actuales sobre la naturaleza de la novela de crímenes: ¿es el criminal el responsable íntegro de su proceder o es la sociedad?, ¿se puede plantear una resolución de la novela privilegiando la condición colectiva del criminal por encima de su circunstancia individual? Al escribir esto pienso en ese pasaje de Stirner donde dice que hasta la más mínima brizna del hombre responde a códigos culturales. Lo mismo que pudieron haber pensado Marx o Lenin. Sin embargo, ¿dónde queda entonces la singularidad a la que apunta Nietzsche? ¿Existe? Y lo más importante: si no existe, ¿se puede pensar en la enajenación mental como la causa de crímenes de tinte político?

5 h

La mayoría en el Congreso Anarquista considera nuestra postura naif. Se burlan incluso de ella. Si algo puedo resumir de esta última sesión es que libertad es la palabra más pronunciada y adentro la más caricaturizada. Va de allá para acá y de acá para allá, como una pelota sin dueño que a veces se le devuelve a uno. “¡La cuestión que preocupa a todos es la militancia sindical y eso me tiene sin cuidado!”, renegó Armand.

Al final, el pobre Ceccarelli no resistió la tensión y abandonó nuestro grupo. No había tomado ni una sola copa y esto le aflojó la voluntad. Además, a pesar de que me acompaña, fundamentalmente él está a favor de los anarcosindicalistas.

La cuestión del origen del crimen me lleva a una reflexión pertinente para la novela que estoy escribiendo ahora sobre Panclasta: yo podría demostrar la vigencia de su pensamiento hoy, año 2015, otro siglo, otro milenio, a través de mi novela. Quisiera entonces denunciar la relación entre la oposición al sistema y el establecimiento de lo que es la criminalidad. Una novela sobre su vida en paralelo con la mía, con la nuestra de La Tramoya, permitiría dar cuenta de una historia nacional y continental donde se criminaliza la diferencia.

“... unir lo íntimo y lo público de la vida del anarquista en un relato que los dispusiera en una cierta coherencia que no buscara la simple explicación, sino que avanzara hacia la comprensión, hubiera podido ser el artífice de esa comunión”.

(Francisco Montaña Ibáñez)

Otra pesadilla: Panclasta es el ánima sola. Con sus largos cabellos negros y su torso desnudo, agita sus manos hacia el cielo buscando alguna redención.

Recuerdo las oraciones en los velorios... Que las almas de los fieles difuntos descansen en paz. Así sea.

Dos grilletes de hierro detienen su gesto y yo intento en vano arrancarlo del fuego que lo devora. Intento ayudarlo pero los barrotes de su cárcel me lo impiden.

Panclasta me ruega que lo ayude, que lo saque de las llamas que le calcinan la piel, pero yo no puedo ni siquiera hablar y

ofrecerle consuelo. Quiero hacerlo, pero mi voz ha desaparecido. Sé que no tengo voz.

5:40 h

El camarada Aristide Ceccarelli se atrevió a hacer una solicitud a la plenaria, que no tenía nada qué ver con los de dentro o los de fuera y que, por eso mismo, acaso daba simple cuenta de su ánimo conciliador y pacifista. Supongo que lo hizo, además, por no dejar mal parada a la FORA. De todos modos él y yo estábamos ahí como representantes de México (por delegación) y Argentina, es decir, de América Latina y, en sus términos, dejábamos pasar nuestro momento sin cumplir una misión tan importante. “¡Es nuestro compromiso!”, me dijo cuando abandonaba la subcélula del vestíbulo. “A la FORA no le va a gustar que no intervengamos en el Congreso”. “Yo solo tengo un compromiso: conmigo mismo”, le contesté y me devolví al corrillo. El pobre se fue corriendo con el rabo entre las piernas, abucheado por nuestra subcélula, hacia la mesa principal, tratando de evitar que se diera por concluido el espacio para nuestro tema.

Una idea me queda luego de la mesa redonda de Barcelona Negra de ayer: los colombianos que viven en Barcelona sufren el marginamiento pero no quieren que se hable mal de su país. Una contradicción lógica. Sentí esto en el ambiente. Había varios colombianos y no se nos acercaron a los conferencistas. Nos miraban de reojo. Al terminar, son tres chicos españoles los que vienen a hablarnos. Nacho Cabana, escritor y guionista, entre ellos. Me dice que es difícil imaginar un país sumido en semejantes excesos, que lo han conmovido mucho mis palabras. Le respondo que me he quedado corto, que tengo más estadísticas, que... no he venido a hacer publicidad. ¿Cómo así?, pregunta. En efecto, poco creo de la prosperidad democrática de Juan Manuel Santos Calderón (el sobrino de Eduardo Santos Montejó, presidente de Colombia entre 1938 y 1942) o de los diálogos de paz del gobierno con las FARC. “El peligro es que te quieras quedar”, es el slogan de una campaña que promueve el turismo, las exportaciones y la llegada de inversionistas al país y que todos los pasajeros vemos de forma obligada al inicio de los vuelos de Avianca. Yo creo que en realidad es un peligro vivir en Colombia. Por eso quienes pueden se exilian.

Osorno, la gestora cultural, interviene recordando que pronto cerrarán el recinto y me pide que nos veamos el día siguiente. Quiere darme algunos libros y hablar sobre probables proyectos conjuntos.

To Freedom's cause till death
We swear our fealty.
March on! March on! Face to the dawn
The dawn of liberty.
March on! March on! Face to the dawn
The dawn of liberty.

(De *The Women's Marseillaise*)

Luego vamos a “cenar” (no comer, como diríamos en Colombia) Laura, Sergio y yo. El acontecimiento lo exige. Entre raciones de pulpo a la gallega, tortilla española, jamón serrano, etc., mantenemos una conversación que quisiera transcribir alguna vez en una novela.

Sergio se las sabe todas en cuestión de industria editorial. Literalmente afirma: “Lo sé todo”. Y debe ser así, pues su agente literario es uno de los más reputados: Willy Schavelzon. Laura parece una recién llegada a este tema y expresa su sensación de que ella se ha mantenido al margen de este pragmatismo de la literatura (las publicaciones útiles para el sistema, los premios arreglados, los escritores diplomáticos, etc., etc.) gracias a la labor quijotesca de su agente Thomas Colchie. A ella solo le interesa escribir, dice, y por él vive

resguardada de toda esa parafernalia de la literatura de la que habla Sergio. Yo los oigo discutir entonces en torno a lo que podría sintetizarse en dos corrientes: uno que cree en la literatura como un campo cualquiera de la producción y la otra que confía en que la sensibilidad artística tenga un espacio en el mercado. Yo debo decir que me siento entre las dos aguas. La vida me ha enseñado los efectos del pragmatismo en la literatura (Vargas Llosa, Mutis o Fuentes lo demuestran), ese objeto material que se compra y se vende, tal como lo ve Sergio. Sin embargo, mi ilusión es que la literatura sea más que ese objeto (¿como Macedonio Fernández?). La cuestión, claro, me parece irresoluble en este momento de la noche. Además, lo que me interesa es escucharlos, tener la posibilidad de alternar con estos grandes escritores que admiro. Ya he estudiado sus obras y me parece un privilegio estar charlando con ellos.

Más o menos a las diez de la noche, Sergio nos informa que debe retirarse. Sus hijos le exigen su presencia en casa. ¿Nos encontramos esta semana?, me pregunta, y yo por supuesto le digo que si quiere cenamos mañana.

Así, nos quedamos Laura y yo en la mesa, compartiendo un vino y nuestras percepciones de ese gran problema que es Colombia. A pesar de lo que queramos o digamos es esto lo que sirve de base para nuestro diálogo; y lo que ahora me parece el tema central de todas las conversaciones que he tenido en estos días. Como yo, ella es bastante escéptica respecto de lo que está sucediendo en el país. Aunque los

acuerdos de paz han provocado una gran expectativa entre los colombianos, ella duda de su efectividad. Laura misma vive en el exilio desde hace años y no cree que esta situación vaya a cambiar. Vivió el fracaso de los acuerdos del gobierno y la traición al M19, luego tuvo que salir del país y acaba de salir huyendo de México porque lapidaron a una pareja amiga. “Así como lo oyes. La lincharon a punta de piedra, como en la antigüedad”. A pesar de la dulzura de su voz y de la sensibilidad que irradia, me parece imbuida de la sensatez que deja la decepción en Colombia o México. Acaso sus juicios resultan más mesurados que los míos, pienso, pero en el fondo su escepticismo frente a la realidad me parece el mismo. Es difícil ser optimista en una sociedad como la nuestra, le digo. Yo mismo pienso ahora en el exilio, en la huida.

Y, como un ruego estúpido (repito: nada tenía que ver con el tema del anarquismo individual y el anarcosindicalismo en cuestión), Ceccarelli pidió que se oyera una solicitud que hacía la FORA desde Argentina a la plenaria. Lógicamente, los líderes de la mesa, incluido Malatesta, aceptaron, y él habló: “Solicito que se haga algo para que no salgan tantos europeos con destino a la Argentina, que no hay espacio allí para tanta gente; que no hay trabajo, ni pan, ni....”; ni nada qué ver con lo que interesaba en el Congreso en síntesis. Ni individualismo, ni vida, ni sindicalismo... El hombre sudaba hablando de

estadísticas, de pobreza, de necesidades en Buenos Aires, en El Chaco... etc., etc. Mi colega y amigo Aristide Ceccarelli elaboraba un sombrío retrato de la miseria de los trabajadores en Argentina y acababa declarándose comisionado para proponer al Congreso Anarquista el voto de una resolución destinada a obstaculizar, en la medida de lo posible, la emigración europea a un país en donde, tanto, y mucho más que en otras partes del mundo, el pan como la libertad faltaban. Esas fueron sus denuncias. Por supuesto, a nadie le parecía que en esencia su denuncia fuera a favor de la Argentina, México y América Latina. Esto era obvio. Parecía que estaba más preocupado por los italianos que iban a aguantar hambre allá que por los propios argentinos que soportaban la avalancha de inmigrantes y que le habían dado su mandato a través de la FORA. Además, de nuevo sacó a relucir lo de la vigilancia de la Embajada de Italia a izquierdistas como él, que lo tenía totalmente indignado y así lo hizo saber. Al final, uno de los asistentes se atrevió a preguntarle qué opinaba su papá de lo que estaba diciendo y todos rieron. Muy molesto por la intervención, Ceccarelli explicó que nada tenía que ver su familia con la ola actual de miseria para los inmigrantes, que todos los extranjeros que llegaban ahora a América tenían muchos inconvenientes para encontrar trabajo, que patatín que patatán... él mismo no las había tenido fácil cuando decidió emigrar con los suyos. Sin embargo, el hombre del público arremetió: ¿Y los telares de los italianos con mano de obra femenina...? Eso da dinero, y mucho, voceó. “Repito: la migración de los años setenta trajo

desarrollo, pero ahora es diferente”, contestó Ceccarelli. Los asistentes volvieron a reír. Al final su queja no tuvo ningún eco. A pocos, por no decir ninguno, les interesaba el asunto. Argentina está muy lejos de Europa, y Europa era, como siempre, lo importante. Y, como Ceccarelli temía, se siguió adelante con la programación. Como nadie pidió tratar el tema “El anarquismo como vida y como actividad individual” se procedió a clausurar el evento con los agradecimientos del caso a cargo del flamante maestro de ceremonias, el propio Malatesta. “Y con esto damos por clausurado el Congreso Anarquista de Ámsterdam”, concluyó el hombre triunfante. Se empezó a cantar entonces “Hijo del pueblo, te oprimen cadenas...”. Había triunfado la perspectiva anarcosindicalista por encima de lo demás.

En tiempos de La Tramoya hablaba de esto de las opciones vitales a menudo. Lo recuerdo ahora. Lo hacía, supongo, desde la mirada poética de *Anamorfosis*, una de mis obras teatrales, que intentamos montar al final de nuestra experiencia artística, más o menos en el año 91, cuando yo ya pensaba en emigrar. En ella, frente a la anomia colombiana existen dos caminos: la evasión o el compromiso. Luchar o eludir. También en *El Rinoceronte*, de Eugene Ionesco, que montamos luego de *Sopa de pollo con cebada* (como una manera de reunir de nuevo a los integrantes de La Tramoya), se planteaba esta

alternativa, y frente a la evasión de Dudard, quedaba claro el compromiso con la libertad, para el caso, la libertad de Berenguer. La oposición influyó *Anamorfosis*, tanto como la obsesión por la libertad que encarnaba Marisol, mi gran amiga y anarquista compañera. Una camarada. Ella había creído siempre que el arte era la respuesta para un mundo en crisis, que el teatro podía ser el camino individual al margen de compromisos políticos. Para mí, esta era una muestra de su evasión en el arte. Una bella evasión. Ahora afronto el problema desde un punto de vista maduro; aunque no por eso menos radical. Tener esposa e hija cambia la perspectiva de la vida y dos respuestas son muy pocas. El encuentro con Gerardo, mis conversaciones telefónicas con Pedro, que me llama en las noches desde Inglaterra a casa de Sebastián, o las palabras de Rosa Julia, que me escribe desde República Dominicana, me han abierto de nuevo la herida de Colombia. Para mí, ellos y los demás sobrevivientes de La Tramoya encarnamos una generación con ideales progresistas en tiempos de guerra, ideales que todavía hoy exigen la lucha, la huida o la muerte. Eso de lo que hablamos esa noche Laura Restrepo y yo en Barcelona.

EL ATENTADO DINAMITERO

VII. HOLANDILLA

...de Francia, España, Inglaterra, Suiza, Italia, Bélgica y Holanda puedo apreciar el estado general de sus cosas. Estudié las fábricas, la conferencia, la huelga y el movimiento social. Y no obstante mi temperamento artístico, a ello apliqué el tiempo que las cárceles, el destierro o las miserias animales me dejaban.

Biófilo Panclasta

Reino de Holanda

Ámsterdam

Corps de Maréchaussée

ORDEN DE CAPTURA

Fecha: sábado 31 de agosto de 1907 a las 22 h

Sindicado: Vicente Lizcano, a. Panclasta

Lugar y fecha de nacimiento: Chinácota, 26 de octubre de 1879

Nacionalidad: Colombiano

Circunstancias de captura: aprehendido como consecuencia de atentado dinamitero en Plantage Kerklaan.

Explosiones dinamiteras surgieron del grupo anarquista.

Posible tipificación: Manipulación de explosivos y movilización sin documentos.

Observaciones: El sindicado no presenta documentos.

Firmado:

Joost van Oosten

Comisario

Reino de Holanda

Ámsterdam, 31 de agosto de 1907 a las 23:51 h

Cable recibido en Bogotá, República de Colombia, a las 23:59 h, y transcrito por Tte. A. Gómez Vesga. Traducido del inglés por Tte. Ricardo Mallarino

Corps de Maréchaussée

Penitentiare

Havenstraat 6
1075 PR

A Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia.

Detenido hoy, en inmediaciones del *Plancius Hall*, en Plantage Kerklaan, a las 22 h, delegado de su gobierno a certamen internacional. Motín luego reunión anarquistas. Atentado dinamitero.

El sindicato no opuso resistencia.

No presentó pasaporte.

Posible deportación.

La pena por manipulación de explosivos es de tres años de prisión. Por movilizarse sin papeles, seis meses.

Firmado:

Joost van Oosten

Comisario (Sellos)

—Se lo dije, Panclasta, usted es un ingenuo.

—Ya me conoces, mijo: yo creo. Soy un idealista, un hombre *de ideas*.

—Me alegro, eso sí, de que no haya mostrado sus papeles. Eso le convino.

—Una rara confluencia de azares ha dirigido mi vida, Gustavo. No llevaba nada conmigo. Todo me ha parecido una rocambolesca aventura, pero a la vez una magistral obra, acabada y suprema.

—Lo importante es que salga de aquí.

—Por supuesto. Eso es lo importante. Y tú me vas a ayudar.

—¿Yo? Está usted loco.

—Sabes que no, mijo; que parecía pero no.

—¿Entonces cómo cree que yo le puedo ayudar? Estoy en otra época.

—Escúchame bien, mijo. Es muy fácil. Tengo el palpito de que Dirk van Tets tiene la voluntad de ayudarme.

—¡Y dale con lo mismo! Mírese, usted aquí, en prisión, y ellos en sus óperas.

—No. De verdad. La cosa es muy simple. Tú escribe eso y ya está.

—¿Escribir qué, Panclasta?

—Pues que el Ministro holandés Dirk van Tets decidió otorgarme la libertad.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

—¿Nada qué ver con Reyes, ni con Pérez Triana, ni con Vargas?

—Nada. Solo eso.

—No, Panclasta. Las cosas no pueden resolverse así tan fácil.

—¡Tú, hazlo! Ten fe en mí.

—Porque tengo fe en usted, escribo lo que escribo, Panclasta.

—Pues entonces escribe eso. ¡Hazlo! Ingéniate la manera. Tú sabrás cómo.

—Mi querido anarquista, yo solo escribo lo que considero verdad. Si van Tets decide ayudarlo, será porque en realidad así lo hizo, no porque lo invente yo.

República de Colombia

Bogotá, 1 de septiembre de 1907 a las 20 h

Recibido a las 21 h

Ministerio de Relaciones Exteriores

Palacio de San Carlos

Calle 10 # 5-51

A Corps de Maréchaussée de Holanda.

Nuestro representante es persona de bien. Su padre fue presidente de la república. Tiene domicilio permanente en Londres y se dedica al comercio de té.

Solicitamos dejarlo en libertad.

Firmado:

Gral. Alfredo Vásquez Cobo

Ministro

Pamplona, 5 de diciembre de 1941

El Observador. El periódico del pueblo

Santiago Pérez Triana y los negocios de Reyes Prieto en Europa

Dado el interés que suscitaron nuestros artículos del 20 de noviembre y 5 de noviembre pasado sobre la II Conferencia Mundial de Paz de La Haya de 1907 y la acción terrorista del diplomático Santiago Pérez Triana, antecedentes fundamentales para entender la posición de Colombia en los conflictos contemporáneos en Europa, ofrecemos ahora otra perspectiva sobre lo ocurrido hace casi 35 años conforme a la versión de Vicente Lizcano, a. Biófilo Panclasta, intelectual chinacotero, anarquista, que vive en esta ciudad desde hace algunos años y que nos ha ofrecido en directo su perspectiva de los hechos. Sin duda, este enfoque equilibra la visión histórica oficial sobre las conflagraciones bélicas llamadas mundiales, la tarea de la Conferencia de La Haya y la posición de Colombia en ellas.

Del elogio a la diatriba

Frente al “Elogio de Santiago Pérez Triana”, leído por Eduardo Zuleta en la Academia Colombiana de la Lengua el 6 de agosto de 1917, del cual dimos noticia antes, hoy queremos realizar desde este espacio periodístico una diatriba contra el mismo Santiago Pérez Triana y ofrecer en consecuencia una defensa del anarquista Vicente Lizcano, a. Biófilo Panclasta, injustamente detenido en Ámsterdam el sábado 31 de agosto de 1907. Tal anécdota permite hilar muy fino en torno a la curiosa posición —por decir lo menos— de nuestro país en medio de los conflictos bélicos internacionales, sin que el pueblo tomara apenas conciencia de ello.

Contrario a lo que informa la historia oficial, Santiago Pérez Triana hizo parte del atentado dinamitero del 31 de agosto de 1907 en el Plantage Kerklaan de Ámsterdam, pero gracias a su habilidad conspirativa y diplomática no tuvo el menor inconveniente en evadir su responsabilidad frente a la policía local en perjuicio evidente del líder popular Vicente Lizcano, a. Biófilo Panclasta, que resultó detenido ese día por esos hechos sin tener responsabilidad alguna en ellos.

Antecedentes

En efecto, el encargo secreto del presidente conservador Rafael Reyes Prieto —dictador para muchos y sobre todo para un hombre como Panclasta—, derivado de su interés personal en el negocio de las armas, llevaron a don Santiaguito, como le decían todos, a participar activamente en los hechos del *Plancius Hall* de Ámsterdam y, como dicen, a “tirar la piedra y esconder la mano”.

Pero vamos por partes.

La relación entre el dictador y Santiago Pérez Triana pasa por el nombre de Clímaco Calderón Reyes. Sobrino del dictador, fungía como Designado o vicepresidente de Colombia para 1907, en reemplazo del santandereano Ramón González Valencia, nuestro paisano, que no se había ajustado a los designios deshonestos de aquel. Exembajador de Colombia en Estados Unidos, expresidente y exministro de relaciones exteriores del país,

Calderón Reyes estaba casado con la hermana de don Santiaguito, Amelia Pérez Triana, y como consecuencia de esta alianza marital se juntaron estos hijos de Dios e iniciaron los negocios conjuntos.

El vínculo entre Calderón Reyes, Reyes Prieto y Pérez Triana consistía poco menos que en un conciliábulo con un objeto ilícito: intervenir en el mercado de armas internacional.

Desde los años ochenta del siglo XIX, Santiago Pérez Triana “compraba las armas para los conservadores y para los liberales que estaban en guerra”, según el propio panegirista Zuleta, y desde entonces adquirió una amplia experiencia no solo en el comercio de armas sino, gracias a sus estudios de Química en Estados Unidos, en la propia manipulación de explosivos de distinta naturaleza. Su libro de exculpaciones no pedidas titulado *Una explicación* (1887), que responde al libro *Una exposición* (1886), de Benjamín Gaitán Obeso, explica estas cosas y en consecuencia su método de evasión de las obligaciones que este negocio le generó en Estados Unidos.

El dictador Reyes Prieto quiso aprovechar tales habilidades y, en particular, la índole empresarial de don Santiaguito para iniciar su propio negocio armamentista en Europa. El “ilustre” militar ya había hecho sus tanteos empresariales en la materia en París, cuando se desempeñaba como Embajador de Colombia el siglo pasado y bien sabía lo que hacía. En ese entonces tuvo contacto con el general Jean-Baptiste Billot, Ministro de Guerra del presidente Jules Méline, quien le informó minuciosamente de la

lenta pero fatal carrera armamentística de las potencias europeas durante los últimos años y, en especial, del nicho comercial que tal hecho suponía. En breve, don Santiaguito le cayó como anillo al dedo: era políglota, diplomático, un hombre rotundamente hábil para los asuntos comerciales además de gran conocedor del negocio de armas, y lo más importante de todo: ¡estaba varado!, esto es, literalmente sobreviviendo en una suerte de exilio vergonzante, ¡atendiendo una tienda de té con su esposa!, una tienda que, por demás, le había montado su suegro, el rico aristócrata Mister O'Day, a fin de soliviantar las estrecheces económicas de la familia. Las cosas de la vida. El universo conflagraba para que el asunto se diera. Definitivamente era designio de Dios emprenderlo y a él sabiamente se encomendaba, dirían Reyes Prieto y Calderón Reyes.

Dada la extensión y trascendencia de esta historia para nuestra actualidad política nacional, en el próximo número culminaremos el perfil del oscuro personaje diplomático y, luego, en la cuarta entrega, demostraremos cuáles son las razones para explicar la negra presencia de Pérez Triana en el atentado dinamitero de la noche del sábado 31 de agosto de 1907 en Plantage Kerklaan, en perjuicio evidente de nuestro anarquista individualista Vicente Lizcano, más conocido como Biófilo Panclasta.

Hasta entonces.

¡Hacia una revolución social!

Julia Fuentes Calderón

Maestra

Reino de Holanda

Ámsterdam, 5 de septiembre de 1907

Cable recibido en Bogotá, República de Colombia, a las 2 h, y transcrito por Tte. A. Gómez Vesga. Traducido del inglés por Tte. Gonzalo Meyer

Corps de Maréchaussée

Penitentiare

Havenstraat 6, 1075 PR

A Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia.

Por solicitud del 1 de septiembre pasado, suscrita por vuestro Honorable Ministro, general Alfredo Vásquez Cobo, se expide

Orden de libertad a favor de Vicente Lizcano, a. Panclasta,
diplomático detenido el 31 de agosto a las 20 h.

Se ordena notificar la presente resolución al gobierno de
Colombia y al sindicato.

Se libra además la Orden de libertad correspondiente ante la
Policía local.

Firmado:

Joost van Oosten

Comisario

República de Colombia

Bogotá, 5 de septiembre de 1907 a las 16 h

Recibido a las 17 h

Ministerio de Relaciones Exteriores

Palacio de San Carlos

Calle 10 # 5-51

ASUNTO URGENTE

A Ministerio de Asuntos Extranjeros de Holanda.

Vicente Lizcano, a. Panclasta, es anarquista. Posee un prontuario que bien amerita su detención y consecuente expatriación.

Don Santiago Pérez Triana, diplomático colombiano, es representante de Colombia en la Conferencia Mundial de Paz. No posee vínculo alguno con absurdos movimientos anarquistas.

Firmado:

Gral. Alfredo Vásquez Cobo

Ministro

Reino de Holanda

Ámsterdam, 15 de septiembre de 1907 a las 10 h

Recibido a las 11 h y transcrito por Tte. A. Gómez Vesga

Ministerie van Buitenlandse Zaken

Bezuidenhoutseweg 67

2594 AC La Haya

A Gral. Alfredo Vásquez Cobo, Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia.

De acuerdo con su solicitud del 1 de septiembre de 1907 a las 20 h, se procedió a dejar en libertad al señor Vicente Lizcano. Además, el profesor J. J. Lodewijk, representante del Congreso Anarquista, avaló su presencia en Holanda.

Firmado:

Jhr. Dirk Arnold Willem van Tets van Goudriaan

Minister

Otra noche en Barcelona sin poder dormir. Luego de que hablo con Ángela, me quedo mirando el techo. Me ha dicho que está bien, que Irene y ella están bien, que Ligia está en buenas manos, que debo dejar de pensar en lo que pasa en el país, que es lo mismo que ha pasado siempre, que no debo

preocuparme por ellas... En fin. “Estaremos bien, estaremos juntos... Faltan ya muy pocos días para que estés otra vez con nosotras, aquí.”

Apenas quiero cerrar los ojos por el temor que siento de encontrarme con el mar proceloso de fuego, las tales benditas almas del purgatorio y, entre ellas, Panclasta.

Él me habla sin parar y yo trato de ayudarlo.

Una pesadilla.

Mi dolor tiene algo de grande.

No soy yo quien sufre; es la humanidad viviente y doliente la que dibuja en la placa sensible de mi alma los dolores todos de su misericordia incomprensida.

Yo no estoy preso por mí.

... La cárcel no puede existir para mí.

Ella como todas las tiranías solo está en el corazón de los esclavos.

(Panclasta, *Carcelarias*.)

Rosa Julia era la gran actriz del grupo. De hecho la llamábamos así: La Actriz, con mayúsculas. Su talento y disciplina eran de admirar. Y estas virtudes no eran como tendemos a imaginárnoslas. Ambas brillaban con la intensidad de la locura. Rosa Julia no representaba a Sarah Kahn, *ella era Sarah Kahn*, con todos sus problemas y expectativas, con sus complejos y ansiedades... con su obsesión política. El teatro nos exige todo de nosotros mismos, decía, tenemos que tener una vida de artistas, no es solo representar un papel en una obra y ya está, es más, mucho más, es hacerse al personaje al punto de no distinguir las fronteras entre tu vida y la suya, entre tus ideas y las tuyas. En tal sentido, representar a un personaje por más de un año hizo honda mella en su personalidad. Hablando de otras formas de asumir el trabajo teatral, sin duda la de Rosa Julia era la más radical.

Lunes 2 de septiembre de 1907

13 h

No obstante lo ocurrido en el interior de la sala, lo del himno anarquista para culminar el Congreso, la clausura de Malatesta

y todo eso, en el jardincillo del *Plancius* la discusión de la subcélula ardía. Y se animó aún más cuando llegaron varios de los asistentes a la plenaria a expresarnos sus críticas o sus voces de apoyo. Compartimos el vodka con ellos, claro, y pronto llegaron nuevas botellas ofrecidas por algunos de los holandeses, de un trago destilado que no supe identificar, pero que surtía efecto inmediato. Entonces se animó aún más la subcélula y literalmente, al calor de las copas, iniciamos un nuevo congreso, el Congreso Subanarquista, dijimos en medio de carcajadas ebrias. Mauricius expuso sus ideas acerca de la razón individual y la voluntad. Además, hizo un recuento de la labor de la Liga Internacional para la Educación Racional de Francia y los adelantos en la enseñanza, que eran de elogiar. Ya bastante habían pedido Stirner y Ferrer i Guàrdia a la educación como para seguir en el siglo XIX, dije. Luego, Lodewijk recordó que van Tets van Goudriaan, Minister van Buitenlandse zaken, fue quien abrió el 14 de junio pasado el II Congreso Mundial de Paz y quien obtuvo la Medalla de la II Conferencia Mundial de Paz en Ridderzaal... “¿Y... qué pasa con eso?”, inquirió uno de los que se nos había unido en el jardín y no comprendía la relación de esto con el tema de la Liga Internacional. “No sé cómo explicarlo con exactitud —respondió Lodewijk—, pero algunos confiamos en que él sea prorevolucionario y apoye nuestros objetivos”. “Pero si es monarquista”, continuó el joven que lo había inquirido. “Es un ministro de la reina”. “Sí. Pero van Tets no quiere la guerra”, contestó Lodewijk. “Se ha manifestado en contra de cualquier conflagración desde 1905”. “Pues nosotros tampoco

queremos la guerra”, agregó el joven, “y no trabajamos con la reina”. “No *todos* nosotros”, concluyó Lodewijk con un gesto que daba a entender que sabía del tema, pero no quería hablar más del asunto. Yo comprendí perfectamente la naturaleza de este gesto y como por arte de magia confirmé en ese momento, gracias a él, mis intuiciones de hacía rato sobre un grupo exclusivo del anarquismo mundial, un grupo que eventualmente podía admitir la guerra como mecanismo de solución de conflictos. Así, en un instante lúcido, como consecuencia de sus palabras, me pareció todo claro como el agua; incluso recordé las palabras de Marx respecto del zarismo de Bakunin. Bakunin y sus amigos fueron expulsados de la Internacional porque se mostraron federalistas, descentralizadores, insurreccionales, ha dicho Armand. Desde hace años la relación de algunos anarquistas con la monarquía estaba determinada por la opción entre la paz o la guerra. Por eso me aventuré entonces a inquirir a esta asamblea lo que se me evidenció con el gesto de Lodewijk: ¿Existe una relación entre el anarcosindicalismo y un plan para eliminar la monarquía europea? O bien: ¿Hay dos alas entre nosotros: un ala que no quiere la guerra y otra que la considera mecanismo para alcanzar sus reivindicaciones? ¿Un ala del anarquismo monárquica y otra antimonárquica? El gesto de Lodewijk me había llevado a especular esto concretando mis intuiciones de hacía tiempo: lo del plan para eliminar a los monarcas. Lo expresé entonces con estos interrogantes como para tentar a aquellos que supieran algo del asunto y se manifestaran en consecuencia. Los asistentes me miraron con sorpresa

entonces. De inmediato Lodewijk lo negó rotundamente. Dijo que no era lo que había querido decir, que no se podía afirmar algo así, que.... Sin embargo, el joven que había hablado antes se mostró interesado en el tema y emitió una simple frase, “¡Puede ser!”, casi en un susurro, como cayendo él mismo en la cuenta de algo muy importante, con un acento peculiar que me hizo pensar, además, que venía del Este, un acento que conocía de mis tiempos en Argentina. *¡Puede ser!* Y, aunque, había entre nosotros decididos antimonárquicos a mi entender, pocos además de él se mostraron acordes con la idea de que podía existir un plan predeterminado para provocar una guerra con los monarcas de por medio. Sus gestos demostraban rechazo por ella. “Malatesta ha insistido en que nuestro movimiento no debe avalar la violencia”, señaló Mauricius. “Si bien es cierto que algunos anarquistas han intentado y a veces logrado eliminar a algunos monarcas, no es este nuestro objetivo. Nuestro objetivo es vivir en libertad”, sentenció. Frente a esto, el joven eslavo recordó que anarquistas como Georges Paraf-Javal no solo defienden el anarquismo individualista, sino que hablan del absurdo sindical y cooperativo para el movimiento. “Para Paraf-Javal —dijo— los sindicatos buscan hacer menos intolerables las relaciones entre patrones y obreros, es decir, aseguran la estabilidad de los patronos; y las cooperativas contribuyen a la competencia en el comercio, es decir, coadyuvan a la subsistencia del comercio”. “¿Y?”, preguntó Lodewijk como devolviéndole el sarcasmo de hace un rato frente a su intervención aparentemente ajena al tema de discusión.

“Pues... —continuó el joven con su acento eslavo retomando el asunto— si hay alguien que quiere la guerra son los dueños del capital, y al fortalecer los sindicatos y las cooperativas nosotros les apoyamos en su cometido”, dijo. Y de nuevo, todos se quedaron absortos, mirándolo como si fuera una aparición. Yo mismo me quedé lelo con sus palabras. A mí me pareció muy lógica su perspectiva y de nuevo aproveché la coyuntura. Les pedí a los subcongresistas que desde este punto de vista analizaran las condiciones particulares de los atentados a varios monarcas europeos y pensaran en la posibilidad de que existiera un plan del que no nos habían dado noticia alguna en el Congreso, un plan que reuniría tres temas fundamentales: capitalismo, guerra y monarquía. Este era el momento para el efecto. No obstante la importancia del asunto, de nuevo, ninguno dijo nada. Se miraron las caras como si yo estuviera hablando en chino y no en el ruso que aprendí en Argentina. El joven eslavo, robusto y desgarrado, siguió entonces con su exposición apoyando mis palabras: “Yo sí creo que algunos de nosotros quieren la guerra y no sería nada descabellado que hubiera un plan para lograrlo”, afirmó con ímpetu. Frente a esta manera de establecer el objeto de la reflexión, un rotundo “no” se produjo, en coro. Todos parecían indignados con su afirmación y convencidos de que cualquier anarquista, por esencia, debía oponerse a la guerra, pues, según habíamos declarado, tanto los anarcosindicalistas que nos acompañaban en el jardín desde que terminaron las jornadas como los anarcoindividualistas que habíamos iniciado este subcongreso nos oponíamos al militarismo. Por su parte, Lodewijk se

negaba a hablar a pesar de que el chico eslavo y yo lo mirábamos exigiéndoselo. Al parecer no quería comprometerse con algo tan grave, sobre todo siendo uno de los organizadores del Congreso. Así, viendo que ni él ni nadie se manifestaba, tomé de nuevo la palabra e insistí: “Camaradas, en este momento podemos decir que hemos llegado a la conclusión real de este subcongreso: existe un plan contra los monarcas y eso implica...”. Fue en este momento en que todos hicieron mohines demostrando que querían entender con precisión meridiana mis palabras. Entonces, Charles Malato, el bueno de Malato que me extendió su mano en París, el discípulo de Louise Michel, intervino. Señaló que con gusto traducía lo que yo decía entre español y ruso al francés y al inglés, pues no todos entendían el ruso o el castellano. Así, luego de su oferta y gracias a la voluntad de la mayoría, dije de manera muy pausada en mi propia lengua española: “Existe un plan contra la monarquía, y un plan contra los monarcas implica el estallido de la guerra”. La frase, en boca del colega francés, en su propia lengua y al instante en inglés, adquirió una contundencia tremenda. De nuevo dejó en silencio al auditorio, que estaba estupefacto. Frente a esto, fue el propio Malato, que la había transmitido, el nada más ni nada menos anarquista absuelto hace poco por lo del atentado a Alfonso XIII de España, quien hizo un claro gesto de querer dejar su traducción y, mirándome de reojo, pidió la palabra, quitándomela a mí abruptamente. “il faut que je parle!”, afirmó con seguridad, “il faut que je parle!”, repitió con urgencia. “Adelante”, le dije, entre molesto y sorprendido, y

asintieron todos. El hombre parecía muy apremiado y, además, preocupado por el giro que había tomado la conversación. Así, pues, inició agitado, pero en un tono conciliador: “Camaradas... hago una moción al orden”. Entonces todos guardaron silencio, prestos a escuchar. “No hay un plan para acabar con los monarcas. Eso es una especulación”, afirmó en tono de burla. “Aquellos que han atentado contra la vida de los reyes lo han hecho a título personal, exclusivamente individual. Las teorías conspirativas resultan hoy poco creíbles”. Agregó esto con un tono sarcástico que me llevó a dudar entonces de sus palabras y en general de todo lo que se decía de él como viejo anarquista. Tanto así que, enseguida, cuando algunos lo acompañaron con una breve sonrisa, yo me quedé mirándolo de reojo. De inmediato, sugirió devolver la discusión al tema de la oposición entre individualismo y sindicalismo, y dijo que el apoyo de los anarquistas a los sindicatos y las cooperativas era necesario, que si bien solo individuos conscientes podrían madurar la anarquía para estos tiempos modernos, esta nunca se consolidaría sin el desarrollo de redes sociales que apoyaran la organización política, que por eso era imprescindible penetrar el campo laboral para provocar la revolución social que se quería. A lo que el joven que había venido manifestándose de antemano aclaró que, confirmando lo que había dicho antes, ese era un paradójico apoyo al capital y que si estábamos a favor de continuar con esto debíamos tomar consciencia de que era lo mismo que manifestarnos a favor de la guerra. Y de este modo continuó, por encima de Malato que sin duda

quería seguir: “Aunque no queramos fortalecer el capital, lo hacemos, camaradas. Me extraña que el camarada Malato no lo advierta. Pero, lo más grave de todo –dijo muy emocionado, como queriendo retomar el giro de sus palabras anteriores–: es obvio que el dueño del capital es ante todo la monarquía que no quiere avanzar en nada en el cambio social”. Enseguida, dado el desarrollo de la subasamblea, sus palabras adquirieron un tono solemne que me pareció la síntesis misma del subcongreso que se había creado: “Camaradas –agregó–, os hago una pregunta que resume toda esta cuestión: ¿tenemos nosotros, los verdaderos anarquistas de la humanidad, los individualistas, que proteger a los monarcas a fin de contener la guerra?” Su inglés era clarísimo y, por eso, todos, holandeses y extranjeros, rusos y polacos, individualistas o cooperativistas, le entendimos con facilidad. Incluso Santiago Pérez Triana, a quien solo hasta ese momento descubrí entre los oyentes, desde su oscuro rincón, asintió. La cuestión resultaba de una simpleza extraordinaria. Por tal razón, seguro, la asamblea calló por varios minutos. Un silencio absoluto se apoderó de ella. La cuestión era esta, precisamente esta. Supuse entonces que justo por eso fue que para algunos, entre los que se contaban Armand, Broutchoux o Mauricius, el Congreso había soslayado el asunto del individualismo. Existía una estrecha relación entre el anarquismo sindicalista y la guerra (quienes iban por esta línea podían apoyarla). Eso era lo que había que discutir y no se había hecho, el tema se había soslayado. Este debió ser el punto central de nuestro encuentro, parecían decir ellos: la relación entre nuestros principios y la guerra

inminente. ¿Podíamos admitir libremente el estallido de una guerra donde se enfrentarían jóvenes del mundo entero por cuestiones de capital transnacional? Y como consecuencia de tal interrogante debía hacerse otro: ¿La responsabilidad de los atentados es personal o grupal; se adjudican a una persona o al plan de un comité? La discusión real estaba perfectamente planteada.

Antes de mi llegada al grupo La Tramoya, Rosa Julia había hecho el papel de la novia en *La boda de los pequeños burgueses*, de Bertolt Brecht, la obra de 1919 con muebles malos, como decía ella. Yo la conocí, sin embargo, en el ensayo de una escena de otra obra que para mí resultó inolvidable y en la que tuve la fortuna de participar después representando, nada más ni nada menos, a un policía que poco a poco se identifica con el objetivo religioso del protagonista: una audición inicial del personaje de Rosa en *El pagador de promesas* (el nombre se repite en este libro y en la realidad), del brasilero Alfredo Díaz Gómez. Esta escena me la enseñó en toda su magnitud artística. Jorge, a la postre nuestro director, la seguía, y su silencio, su mirada y una que otra expresión de asentimiento demostraban el beneplácito que sentía ante la representación escénica de Rosa Julia cuando Rosa, la esposa de Zé, comprendía el sinsentido de la promesa de su marido frente a un mundo de corrupción y maldad. Incluso me susurró

al oído que estábamos en presencia de una *actriz* y que, con seguridad, esta actriz llegaría muy lejos...

El estreno de *El pagador de promesas* se realizó en el Teatro Libre de Bogotá, en 1984, donde hicimos una corta temporada de la obra. La Actriz, con mayúscula, tuvo numerosos reconocimientos y un premio nacional como mejor actriz del teatro universitario del año.

Luego vino *Sopa de pollo con cebada* y con ella más premios. En Bogotá, en Apartadó, en Tunja, en Calarcá... Tal fue el reconocimiento nacional que, poco después, como consecuencia de eso, Rosa Julia obtuvo el papel de Lucile en *El burgués gentilhomme*, de Moliere, del Teatro Libre, bajo la dirección de Ricardo Camacho. Y luego, con la misma compañía, encarnó a la reina Margarita en *El rey se muere*, de Eugene Ionesco, bajo la dirección de Ricardo Sarmiento, en 1990. ¡Nunca olvidaré la última escena en que aparecía colgada de un columpio instando al rey a aceptar su próximo fin!

Tras este último montaje, con un nombre simbólico para nuestra historia teatral y personal, y dada la enemistad que el mismo le granjeó por parte de otras actrices del Teatro Libre, así como la ausencia misma de oportunidades laborales o de otro tipo que impidieron su desarrollo profesional, Rosa Julia emigró definitivamente a República Dominicana, donde aún está. La Actriz abandonó el teatro y, por tanto, su naturaleza. El exilio provocó estas dos cosas.

ROSA

...sentí que había una voluntad más fuerte que la mía que me empujaba... y tú la ayudabas... sí, tu también tienes culpa... yo no quería ir pero tú insistías... Insistías... No trato de disculparme pero todo fue obra de Santa Bárbara, que podría hacer yo...

(de *El pagador de promesas*).

Me encuentro con Cristina Osorno. Hablamos de las publicaciones de la Casa de América de Barcelona y me obsequia varias con el fin de que las conozca y haga su difusión en Colombia: *Penélopes*, conmovedor libro de fotografías y textos sobre mujeres abandonadas, de Héctor Mediavilla; *Literaturas amerindias*, resultado del V Foro de las Lenguas Amerindias; *Cuba mía. Rodrigo Moya. 1964*, que reúne una serie de fotografías de la época, y otros cuantos.

Cristina me recuerda a Anna María Rodríguez Arias, coordinadora del área de literatura de la Casa de América en Madrid, que, en su día, me ofreció ese espacio para presentar

resultados de mi trabajo de investigación en torno a la anomia en la novela de crímenes en América Latina. Dos colombianas en esta labor, me digo; otras caras del exilio. Cristina es egresada de la Universidad de Antioquia y emigró hace unos cuantos años a España; Anna tuvo que huir de Colombia en 1995 por cuestiones políticas o, más precisamente, por amenazas de muerte que se cernían sobre su esposo, Hernando Valencia, Procurador Delegado para Derechos Humanos en ese entonces. Valencia, que había dictado una sentencia en contra de cuatro suboficiales y un general del ejército por la desaparición forzada de Nydia Érika Bautista, socióloga y economista de la Universidad Nacional y militante del M19, fue víctima de una terrible persecución contra él y su familia, semejante a la que sufrieron por esa misma época dos amigos míos, Lucía, Juez “Sin Rostro”(así los llaman en Colombia), y Jorge, juez también de Derechos Humanos, que dictaron sendas sentencias contra militares responsables de torturas y masacres. Estos últimos tuvieron que huir, a Canadá y España respectivamente, por emitir sus fallos judiciales, al igual que tuvieron que hacerlo en su momento, también por buscar justicia, Hernando y Anna.

Me solidarizo con estas víctimas de la injusticia no solo porque como ciudadano y, más aún, como abogado aspiro a la justicia, sino porque contra ellos también operó una persecución “estatal”, la misma de la que fue víctima Panclasta.

Anna es hija de un catalán que, a su vez, hace años, tuvo que huir de su país durante la Guerra Civil con el fin de conservar su vida. Ires y venires de la injusticia, dice. “Transterrados” es la palabra que ella utiliza para hablar de los hombres y mujeres con principios que tienen que huir.

Ahora no está mucho mejor, le dije a Anna en Madrid. Ocho millones de emigrantes; doscientos cincuenta mil desaparecidos, más de cinco millones de desplazados, más de seis mil ejecuciones extrajudiciales, es decir, asesinatos perpetrados por las mismas fuerzas armadas. Colombia no cambia.

MARGARITA:

Todavía percibe los colores. Recuerdos coloreados. No es una naturaleza auditiva. Su imaginación es puramente visual... es un pintor... demasiado partidario de la monocromía.

(Al rey).

Renuncia también a ese imperio. Renuncia también a los colores. Eso sigue extraviándote, te retrasa. No puedes detenerte más, no puedes pararte, no debes.

(Se aparta del rey).

Anda solo. No tengas miedo. Adelante.

(Margarita, en un rincón del escenario, dirige al rey, de lejos).

Ya no es de día, ya no es de noche, ya no hay día, ya no hay noche. Déjate dirigir por esa rueda que gira delante de ti. No la pierdas de vista, síguela, no demasiado de cerca, está ardiendo, podrías quemarte. Avanza, yo aparto los abrojos, atención, no tropieces con esa sombra que está a tu derecha... Manos viscosas, manos implorantes, manos y brazos lastimeros, no volváis, retiraos. ¡No lo toquéis o tendréis que habéros las conmigo!

(Al rey).

No vuelvas la cabeza. Evita el precipicio de la izquierda, no temas a ese lobo viejo que aúlla... Tiene los dientes de cartón, no existe.

(Al lobo).

¡Lobo, no existas!

(Al rey).

No temas tampoco a las ratas. No pueden morder los dedos de tus pies.

(A las ratas).

¡Ratas y víboras, no existáis!

(Al rey).

Salta la barrera... el camión no te aplastará. Es un espejismo... Puedes pasar, pasa... No, las margaritas no cantan, aunque están locas. ¡Absorbo yo sus voces, las borro!... No des oído al murmullo del arroyo. Objetivamente, no se le oye. Es también un arroyo falso, es una voz desafinada... ¡Voces desafinadas, callad!

(Al rey).

Ya no te llama nadie. Huele, por última vez, esta flor y arrójala. Olvida su olor. Ya no tienes palabras. ¿A quién podrías hablar? Sí, eso es, aviva el paso... levanta un pie... el otro. Aquí está la pasarela, no temas el vértigo.

(El rey adelanta en dirección a las gradas del trono).

Bien derecho. No necesitas tu garrote, además, no lo tienes. No te inclines, sobre todo, no caigas. Sube, sube.

(El rey empieza a subir las tres o cuatro gradas del trono).

Más arriba, aún más arriba.

(El rey está ya junto al trono).

Vuélvete hacia mí. Mírame. Mira a través de mí. Mira este espejo sin imagen, sigue derecho... Dame tus piernas, la derecha, la izquierda.

(A medida que le da esas órdenes el rey pone rígidos sus miembros).

Dame un dedo, dame dos dedos... tres... cuatro... cinco... los diez dedos. Entrégame el brazo derecho, el brazo izquierdo, el pecho, los dos hombros y el vientre.

(El rey está inmóvil, cuajado como una estatua).

Eso es, ya lo ves, ya no tienes palabras; tu corazón ya no necesita latir, ya no vale la pena de respirar. Era una agitación bien inútil, ¿verdad? Puedes sentarte.

(Súbita desaparición de la reina Margarita por la derecha. El rey está sentado en su trono. Se habrá visto, durante esta última escena, desaparecer progresivamente las puertas, las paredes de la sala del trono. Este juego escenográfico es muy importante.

Ahora ya no hay nada en el escenario más que el rey en su trono envuelto en una luz gris. Después, el rey y el trono desaparecen igualmente.

Por fin, no queda más que la luz gris.

La desaparición de las ventanas, puertas, paredes, Rey y trono debe hacerse lenta y progresivamente, pero con mucha limpieza. El rey, sentado en su trono, debe permanecer visible algún tiempo antes de zozobrar en una especie de bruma).

TELÓN

París, 15 de octubre–15 de noviembre de 1962.

El rey se muere, de Eugene Ionesco.

Pamplona, 5 de septiembre de 1941

El Observador. El periódico del pueblo

Biófilo Panclasta y José Martí

Hay varias cosas en común entre Panclasta, anarquista colombiano radicado en esta ciudad, y José Martí, el poeta y militante cubano, que interesan sobremanera. Una sola puede sintetizar esta relación: ambos parten de la recreación de un material como metáfora de la labor del escritor. Para ambos, el acero es el único metal precioso, siempre y cuando venga “hecho pluma o hecho puñal”.

Dice Martí:

Mi verso es como un puñal
que por el puño echa flor.
Mi verso es un surtidor
que da un agua de coral.

Dice Panclasta:

Porque existen en la vida de los pueblos y de los hombres tres armas, que son siempre terribles y muchas veces mortales para todos los déspotas, embaucadores y explotadores del hombre: la lengua, el puñal y la pluma.

Y la lengua tiene dos formas que la sustituyen en sus obras vengadoras; el puñal, como ella agudo, alevoso, fino, y la pluma como el puñal de acero, único metal inflexible, agudo, implacable, frío.

Como varios revolucionarios de la Cuba de finales del siglo XIX, Martí participó en la Sociedad Literaria fundada por Santiago Pérez Triana en New York, de la cual incluso fue su presidente en 1891. A la postre, Martí era Cónsul en New York de la Confederación Argentina, Paraguay y Uruguay, delegado de la Conferencia de Política Monetaria, Ministro Plenipotenciario de Uruguay y corresponsal de periódicos en Buenos Aires y México.

Esta capacidad política del líder cubano se diferencia de la incompetencia de Panclasta en este campo, claro está.

¿Es la habilidad política una condición del intelectual?

Julia Fuentes

Maestra

Paso la noche en medio de pesadillas absurdas con Panclasta. Ahora está en Medellín y me pide que lo ayude, dice que tenemos que huir...

Me levanto y escribo sin parar.

En medio del insomnio encuentro relaciones entre los acontecimientos que en una vigilia cualquiera jamás establecería. Vasos comunicantes que de otro modo no existirían. Esto debe ser lo positivo de semejante estado.

Nombres: *Rosa de foc*, Rosa Julia, Rosa de *El pagador de promesas*, Rosa de Sebastián, la rosa de Irene...; Julia, Rosa Julia, Julia Ruiz, la pitonisa...; Reyes Prieto; Jose Rey, reyes de *El rey se muere*, de Ionesco; Margarita, mi madre, Margarita, La Radical, la reina; príncipes y princesas: Gavril Princip, las princesas de Panclasta, las de José, Prince Silver...

“Ocultar un prisionero es como ocultar una chispa. Lo que se le arroje para esconderla, con el tiempo, que todo lo seca, solo servirá de combustible.”

Biófilo Panclasta

Lo de Rosa Julia, La Actriz, no eran solo las tablas. Sabía de la relación estrecha entre el teatro y una visión política de la vida. Para 1985, Rosa Julia evocaba el antiguo movimiento estudiantil, el de los años setenta del Festival Internacional de Teatro de Manizales, y exaltaba allí, además de la idea de liberación sexual, la importancia que se le había concedido al teatro universitario en función de los cambios sociales y, en últimas, de la revolución. Valoraba la conciencia política de entonces y la eventual función crítica del teatro universitario para la cultura nacional. Confiaba en la importancia de mecanismos como el *sketch* o el *happening* para denunciar los problemas sociales del país; proponía realizar pequeños montajes alusivos a la desaparición de estudiantes, de campesinos e intelectuales por fuerzas autoritarias; atacar el militarismo de la sociedad y el servicio militar obligatorio; defender la objeción de conciencia; hacer mucho teatro callejero. Quería incluso iniciar una labor de crítica escrita al

Estado de Sitio en que nos manteníamos en Colombia, a la represión general, a la falta de libertades civiles y, en general, a todas aquellas formas de violación de los derechos de los ciudadanos. Quería escribir obras de teatro para privilegiar la autonomía del ser humano, su propia determinación y su interioridad sobre cualquier forma de organización política. Esto, además de ser un discurso siempre vigente, se volvía en ella verdadera bandera de reivindicación que identificaba con su vida. Rosa Julia quería sentir y hacer sentir la libertad. Podía ser exigente consigo misma en la medida en que lo era con las personas. De ahí su identificación con Sarah Kahn, la militante comunista de *Sopa de pollo con cebada* de Wesker, y de ahí su exilio. Con dificultad, el sistema podía asimilar una persona con sus características, y mucho menos si era una mujer.

Nota a los actores y directores:

Mis personajes no son caricaturas. Son reales (aunque en la ficción), y si son interpretados como caricaturas el objetivo de estas obras se habrá perdido. El cuadro que he esbozado es severo. Sin embargo, mi tono no es de disgusto, ni debiera serlo en la representación de las obras. Me identifico en un todo con mis personajes: solo que estoy aburrido con ellos y conmigo mismo.

Arnold Wesker

Homenaje a Rey

Hoy recuerdo a mi gran amigo Jose interpretando a Harry Kahn en *Sopa de pollo con cebada*. ¡Era él!, pienso de inmediato. Era a él a quien me recordaba la fotografía de Panclasta. ¡Jose! ¡Cómo pude olvidarme de él! Jose Rey. Su imagen, su nombre sin tilde (“El nombre de José en Colombia ha sido símbolo de tragedia y desventura”, diría Panclasta), su apellido mismo, me parecen ahora evidencias de esos vasos comunicantes que demuestran la trascendencia inusitada de una manera original de ver el mundo y de vivir, tan cercana a la de Panclasta. Jose Rey.

Con su aplomo e irreverencia, Jose era Harry. El Harry que dice refiriéndose a la huelga de 1926, aquella en la que tomaron parte más de un millar de personas contra el desmejoramiento de las condiciones laborales de los mineros del carbón: “¡Cristo! ¡La Huelga General! Qué tiempos, ¿eh, Sarah? ¡Qué tiempos!”. Y más adelante el que dice: “Basta mostrarle a un joven lo que significa el socialismo y no podrá menos que aceptarlo. ¡Es la vida! ¡El futuro! Pero en nuestra generación todavía no podrá ser puro, ¿se dan cuenta, no es cierto?”.

Paradójicamente, en la obra Jose era también “el que nunca luchó”, al que “no le importaba nada”, según Sarah; el que “no quiere morir pero tampoco le importa vivir”. Jose/Harry, el que

sacaba los chelines de la cartera de Sarah para darse sus gustos personales en detrimento de su propia familia, el que no tuvo empacho en salir a comer un emparedado cuando su hija Ada estaba enferma y se morían de hambre. Estas y muchas otras imágenes del personaje, su evolución en escena, su intensidad psicológica fueron los elementos que engolosinaron a Jose al encarnar a Harry Kahn. Jose, el Rey, Jose Rey, que hablaba de sus princesas y de la necesidad de “acabar con el sistema putrefacto en que vivimos, hijueputa”.

Antes de *Sopa de pollo con cebada*, Jose había representado, con Roberto, la *Moralidad del ciego y el cojo*, una serie de cuadros medievales, de autor anónimo, que denunciaban la vileza a la que podían llegar personajes caídos en circunstancias extremas. Los dos, un ciego y un cojo, exhibían públicamente sus limitaciones con el fin de obtener el sucio metal, como decían los revolucionarios franceses del siglo XIX. Así los dos lisiados lograban hacerse a un capital que cuidaban preciosamente en perjuicio de aquellos que, como el lazarillo del ciego, les tendían la mano. Jose era el cojo. Y como en el caso del papel de Harry, en principio el personaje no tenía nada que ver con su realidad histórica. Fue él quien le proporcionó vida y vigencia pues, como en las demás oportunidades, como verdadero actor se identificaba plenamente con su personaje.

Así, como el cojo, Jose era un genio errante e iconoclasta, y cada vez que salíamos en la noche, iba en busca de una “princesa” y con la pretensión de transmitir el mensaje de la libertad. Creía que ambas cosas le daban a la vida su verdadero

sabor. Pedro, Roberto y yo lo acompañábamos en la conquista y nosotros mismos aprendíamos de sus habilidades oratorias y seductoras y de su visión de eso que furiosamente definía como la libertad. Los bares de La Candelaria, el barrio bohemio de Bogotá, Las Nieves, la Perseverancia eran su campo de aventuras y nosotros sus escuderos, sobre todo cuando empezaba a perder noción de los límites entre la realidad y la ficción, entre su voluntad de aventura y la represión policial de la ciudad. Así, cuando había bebido demasiado, éramos nosotros los que le acompañamos hasta su casa en La Perseverancia, el barrio de los antiguos obreros de Bogotá, y lo dejábamos dormido en su cama. Su locura, o bien, su ingenuidad, le impedían entender la realidad extrema de la capital en la década de 1980 y los riesgos que podía correr. Él quería la libertad total, la locura, la bohemia, el donjuanismo... La Revolución. Hacía de la noche su mundo rebelde y de las “princesas” su vida. Mientras que Bogotá y Colombia vivían un Estado de Sitio donde las autoridades se habían encargado de vigilar, perseguir, detener y torturar a sospechosos de comunismo, personas comunes (valga la redundancia) y corrientes que desde su punto de vista eran agentes de la guerrilla, Jose vivía en las brumas de su utopía libertaria, adosadas de fuertes dosis de alcohol.

Nuestra amistad surgió como consecuencia de que Jose insistiera en hacerme repetir hasta la saciedad los parlamentos del joven Ronnie en *Sopa*. Decía que debía apropiarme de las palabras del personaje si en realidad quería ser actor,

apropiarme de su espíritu. De tal modo, en un momento dado y como consecuencia de mi inexperticia, me preguntó si ser actor era lo que realmente quería. Le respondí que no lo sabía aún, que me gustaba el teatro pero que en realidad quería escribir... Que lo que quería era ser escritor. Entonces, como por arte de magia todo cambió en su expresión. Me miró con sus ojos negros brillantes y sonrió. Estábamos en la cafetería de la Universidad y el ruido que había alrededor nos impedía conversar tranquilamente, pero su sonrisa mefistofélica hizo que el lugar adquiriera condiciones de cápsula y el ruido desapareciera. Lo miré a los ojos y me acerqué a él al punto en que oía perfectamente sus palabras, de una manera u otra extraídas de algo más amplio que su humanidad. Dijo muy quedo que sería yo entonces quien escribiera nuestra vida: lo de la universidad, lo de La Tramoya, lo del grupo, y, en lo que a él concernía, sus historias con las princesas, su discurso, su manera de vivir la libertad... “¡El anarquismo, Gustavo!”. Yo me quedé atónito entonces mirando sus ojos negros resplandecientes cuando dijo esa palabra. Anarquismo. Su intensidad fulminante pudo ser acaso producto de una locura o de la ebriedad, o de mi propia visión suya, no sé. En principio sentí que él poseía un grado de egocentrismo tal que rayaba en lo absurdo, que se pensaba a sí mismo como una especie de héroe de novela y que, por esa misma razón, asumía en general su vida como una serie de experiencias trascendentales y aventuras extremas con la entidad justa para ser escritas; incluso, que su trabajo como Harry en *Sopa de pollo con cebada* constituía una cuestión de vida o muerte

épica. Una parte de mí pensó esto. ¿La otra? Se sacudió y me llenó de “magia”, una palabra repetida entonces a menudo por Jose, Lilián y Marisol. Magia. O de la “intensidad” que describían Rosa Julia o Giovanna, y la “locura” que invocaban Pedro o Martha Patricia para precisar una sensación con fuerza metafísica, como nos ocurría a menudo en esa época gracias al teatro. Por mi parte, había vivido pocas veces la realidad de esas palabras y en tal momento presentí su trascendencia como un relámpago. La vida teatral tiene otra frecuencia, pienso ahora. Justamente anárquica. Así, con el paso de los años, de estos treinta años, quiero concluir que no sé cómo Jose tenía la razón, acaso por una sensibilidad especial, acaso por un gran sentido común o una sabiduría natural que lo llevaba a ver más allá del mundo cotidiano. Jose, como comprendí luego, siempre decía la verdad.

Jose Rey fue el único estudiante de la Universidad Externado de Colombia que se manifestó en contra del rector Fernando Hinestroza cuando este ofreció en el Auditorio de la Universidad un discurso en medio de la ceremonia fúnebre de los magistrados de la Corte Suprema de Justicia inmolados el 6 de noviembre de 1985. Ese día, luego de que trajeron unas bolsas plásticas de basura, negras, con lo que quedaba de ellos (o lo que se creía que quedaba de ellos), el rector dijo nada más y nada menos que el presidente había tomado la decisión correcta, que había salvaguardado las instituciones al ordenar el ataque del ejército al Palacio. “¡Este hijueputa no puede estar hablando de instituciones cuando han quemado a cien

personas!”, gritó Jose indignado desde la puerta del auditorio. Inmediatamente los asistentes, guardaespaldas, familiares de las víctimas, profesores y algunos estudiantes, lo abuchearon y, en consecuencia, dos celadores lo condujeron fuera del lugar. Pero solo él tenía razón. Decía la verdad, como siempre.

Recuerdo a Jose así, con todos sus excesos, y no puedo abstenerme de compararlo con Biófilo Panclasta: su espíritu visionario y revolucionario, su primitivismo, su ingenuidad, su pasión, pero también su bohemia, su alcoholismo, su transparencia... Y su apariencia: Jose era un hombre como aquel de la foto de Panclasta: esbelto, fino, con esa mirada de fiera a punto de atacar. Aún hoy, treinta años después de su partida lo veo como aquel día. Lucha contra todo, critica todo, no cree que haya nada respetable. Dice que nadie lee y que por tanto está rodeado de burros, que a nadie le importa la cultura, que la universidad es un falso espacio académico, que en realidad es un medio para el enriquecimiento de unos pocos que negocian con el saber. Supongo que de aquí surge lo que más lo acerca a Panclasta: su voluntad destructora, y sobre todo, autodestructora, que no cedía ante su sensualidad “príncipesca”. Su malestar era tal que fueron frecuentes sus conatos de suicidio. Yo viví dos: uno en Pasto, su ciudad, donde representamos *El pagador de promesas*, y luego otro en Bogotá. Aquí, la última vez se sumió en una crisis espantosa que le impidió continuar sus estudios o su relación con una de sus princesas. Tuve que reiterarle las mil formas de darle sentido a la vida, los mil placeres que esta depara. Pero nada...

en medio de sus oscuridades insondables solo advertía el sinsentido, la corrupción, la imbecilidad... De ahí su obsesión por el teatro, una representación tangible de la intensidad y el sentido; y de ahí también su vacío final, cuando por circunstancias económicas tuvo que salir de la universidad, terminó su participación en La Tramoya y, sobre todo, en *Sopa de pollo con cebada*.

Siempre pensé que a Jose la realidad le quedaba corta, que él no se acostumbraba a la vida tal y como era, con sus horarios y rutinas, con su vulgaridad y banalidad, y quería más. Su visión de la vida lo llevaba a exigir la libertad rotunda por encima de todo lo demás.

Panclasta intentó suicidarse dos veces en Barranquilla: una, con los cables de la luz, y otra, degollándose con una navaja. “El día en que la vida deje de serme fiel, la destruyo”, había dicho. Jose decidió ponerle él mismo punto final a la suya. Se montó en una moto y fue a darse contra un muro.

Como Panclasta y como otros tantos hombres iluminados inexistentes en la historia oficial, Jose permanece imborrable en mi memoria. Él y su rotunda verdad.

La vida es la única verdad real, vivirla es nuestro destino, mostrarla desnuda es nuestro único deber.

Biófilo Panclasta.

“¿Tenemos nosotros, los verdaderos anarquistas de la humanidad, los individualistas, que proteger a los monarcas a fin de contener la guerra?”. Esta era la pregunta clave del asunto. Y frente a la pregunta del eslavo que sin duda se había revelado como el líder de la reunión, el silencio se impuso. Parecía como si con tal interrogante este joven rubio hubiera puesto sobre la mesa el problema fundamental del anarquismo transnacional y su propio carácter irresoluble. Por mi parte, en medio de ese silencio espectral del *Plancius* sentí que mi intuición iba camino a la certeza: existía un plan preconcebido contra la monarquía y nosotros éramos sus ejecutores. Todo en paradójico beneficio del gran capital y, en consecuencia, a favor de la guerra. Así pues, en mi ruso argentino, y con la picardía que, según todos, me caracterizaba para sacar verdades con sorna dije: “ni uno ni otros sabéis lo que es anarquismo; los que os llamáis así, no lo sois y los que no, sí.... La filosofía anarquista individualista me repugna tanto como la socialista–conservadora. Una y otra se inclinan a extremos absolutos. Y el hombre ni es socializable meramente, ni meramente individualista. El hombre es el más sociable de

los animales y a su vez el más individualista. Y de aquí que yo no me llame ni anarquista como John Henry Mackay ni comunista como Grave. Yo históricamente soy un radical socialista”.

Luego de la pregunta trascendental del esclavo, mi sintética apreciación produjo sus efectos. Los silentes soltaron una carcajada y yo mismo empecé a reír estruendosamente. Todo me parecía una especie de engaño, una apariencia sin ton ni son. ¿Qué era entonces el anarquismo? ¿Cuál era la frontera del anarquismo con el monarquismo? Mi presencia en ese recinto, *Holandilla*, la monarquía, la guerra inminente, todo me pareció retórica falaz frente a una realidad signada por los grandes poderes, por el capital que todo lo coopta, por los prejuicios... Solo quedaba la risa. Todos nos echamos a reír entonces, a carcajadas batientes.

Fue justo en ese momento cuando irrumpió la gendarmería entre nosotros.

Antes de la mesa redonda de la Casa de América tuve la fortuna de encontrarme con mi amigo Filemón, de La Tramoya, el Ronnie mayor de la sexta escena de *Sopa de pollo con cebada* y el Harry que reemplazó a Jose desde diciembre de 1986, cuando este murió. File, nuestro amigo File de La

Tramoya, quien hizo al principio el papel de Ronnie adulto, vive en Alpens, un pueblo cercano a Barcelona, en la misma comunidad catalana. Él en ese tiempo era estudiante de Comunicación Social y ya se perfilaba como líder del grupo en reemplazo de Jose. Su compromiso con el teatro y su ánimo conciliador así lo determinaban.

Filemón vino expresamente de Alpens para saludarme. No lo veía desde hace unos cinco años, cuando estuvo en Medellín con su esposa, Gloria, y vino a visitarnos a casa.

Como entonces, y como en el tiempo de La Tramoya, File hoy no para de hablar. Quiere transmitirme su experiencia de inmigrante con lujo de detalles. Y hablar de nuestras reminiscencias de La Tramoya, por supuesto.

Un guardia nos explicó que teníamos que abandonar *ipso facto* el Plantage Kerklaan. Por supuesto, todos nos opusimos. No íbamos a dejar pasar la oportunidad de aclarar el plan bélico, y también de compartir el vodka y las ideas naturales de los asistentes. Era la mejor oportunidad de hablar de lo que en realidad valía la pena: la inminencia de la guerra... Eso que ahora nos importaba de veras. ¿Cuál era nuestra función como anarquistas en este nuevo panorama?

—Solo llevas en Barcelona cinco días...

—No me siento capaz de continuar aquí, mi amor. Apenas puedo conciliar el sueño.

—Tienes que hacerlo, debes esperar el viaje de retorno. Si no lo haces, luego lamentarás haber desaprovechado esta oportunidad...

—Me da miedo que estés sola allá.

—Estoy bien, Gustavo. Créeme. Además, aunque quisieras, es casi imposible cambiar la fecha del tiquete. Valdría una fortuna y no se justificaría. Tú puedes hacer muchas cosas en Barcelona, puedes reencontrarte con tus amigos de La Tramoya, pasear por la ciudad, conversar con Sebastián y Rosa, impulsar la publicación de los papeles de Panclasta...

—Su novela...

—Sí, su novela. Has hablado mucho sobre eso y algún editor español podría interesarse en ella.

—¿Y Ligia?

—Está bien. Tus hermanas han estado pendientes de su recuperación. Ya sabes cómo son ellas y cómo es la solidaridad familiar aquí.

—No he podido comunicarme con ella. Estoy preocupado.

—No utiliza el teléfono. Y es comprensible; es mejor que repose en su estado. Sigue haciendo tus cosas tranquilo, que yo te estaré contando cómo sigue todo aquí.

Luego de que nos volvimos a ver tú y yo por última vez, en 2009, perdimos el *camping*, Gustavo. Mis hijos se fueron a vivir a Alemania; uno trabajando en medios de comunicación y el otro terminando su carrera de Ingeniería gracias a un intercambio del programa *Erasmus*. Ambos tienen mucha personalidad y están empeñados en sacar adelante sus proyectos allá. No ven mucho futuro en España por lo de la crisis. Luego, Gloria y yo, solos, tuvimos que trabajar muy duro para sostener un restaurante en el pueblo. Cocinábamos todo el día, desayunos, almuerzos, cenas... y contábamos con algunos comensales periódicos, incluida la dueña, que se aparecía a menudo y que, por supuesto, tenía atención privilegiada: menús especiales, buena mesa, buena silla... Creíamos que con su apoyo podíamos seguir trabajando y sobreviviendo. ¡Esa era la vida! Teníamos poco, pero con eso nos bastaba. Entre tanto ayudábamos a los hijos, a los amigos, a quienes nos rodeaban y que estaban en peor situación que nosotros...

El escocés John Henry Mackay (1864–1933) es autor de la primera biografía de Max Stirner. Escribió, además, las novelas *Los anarquistas*, *El buscador de la libertad*, *El nadador* y *El inocente*. Con el pseudónimo de Sagitta publicó *Libros del amor sin nombre* y *El Puppenjunge*. *Fenny Skaller* es su obra autobiográfica, la historia de un homosexual.

Desde 1906 Mackay fue miembro del *Gemeinschaft der Eigenen*, asociación gay fundada por Benedict Friedlander, Adolf Brand y colaboradores y lectores de la revista de arte *Der Eigene* en peligro de desaparición. El grupo usó la técnica del *outing*, es decir, la exposición pública de la homosexualidad de personas conocidas o influyentes. La homosexualidad era un delito severamente castigado.

Algunos dicen que Mackay se suicidó el 16 de mayo de 1933, diez días después de la quema de libros efectuada por jóvenes nazis en el Institut für Sexualwissenschaft (Instituto para la Ciencia Sexual), institución privada para el estudio y la investigación sexológica en Alemania dirigida por el médico judío Magnus Hirschfeld. Esta entidad defendía la educación sexual, la contracepción, los travestis frente a la policía, el tratamiento de las enfermedades de transmisión sexual y la emancipación de las mujeres. El Instituto era pionero en la defensa de los derechos civiles y la aceptación social para

homosexuales y transgénero; ofrecía servicios endocrinológicos y quirúrgicos y las primeras operaciones modernas de cambio de sexo.

En medio de la quema, Joseph Goebbels dio un discurso político frente a una multitud de unas 40.000 personas.

10 h

Como era de esperar, la gendarmería holandesa como cualquier otra no entendió razones. Empezó a empujarnos y a exigirnos abandonar el lugar. De hecho amenazaron con recoger la papelería que había por allí, la del Congreso y la que otros habíamos traído, en perjuicio de los propios impresores que contaban con la difusión y el dinero de las ayudas. Fue entonces cuando Armand, Malato y yo nos opusimos de verdad. No estábamos aquí para soportar faltas de respeto, éramos intelectuales y no buscábamos riña. Armand dijo en su francés académico, intentado ser muy claro, que venía de visita a un certamen político no a un encuentro mano a mano con la policía. Por mi parte, intenté explicar como pude que mantuvieran la distancia, que nos iríamos, que no era necesario ejercer la fuerza. Los demás nos apoyaban. Decían cada uno en su lengua, o aún en neerlandés, que era nuestro derecho quedarnos ahí si no hacíamos mal a nadie.

“¡Acracia! Nunca reinaré, ni tampoco reinado seré”.

John Henry Mackay

Nos topamos con Joan Moncayo, un gaditano anarquista que vino a Cataluña muy joven, buscando a su padre. Lo cogió la guerra civil aquí, en Alpens, cerca de la frontera, y aquí se quedó; un hombre muy mayor, que desde la muerte de su padre no tenía a nadie y vivía literalmente en la miseria. Con su talego de libros a la espalda, no tenía sino un hijo por ahí en cualquier lugar de España que poco veía. Nosotros le dábamos la comida y nos encargábamos de que estuviera bien. Hacía años andaregueaba por el pueblo, hablando de su padre, también anarquista. Para mí era muy grato hablar con él de libros, de literatura y sobre todo de teatro. El hombre tenía mucho conocimiento de eso y en algunas oportunidades me traía un libro —prestado claro está— a fin de discutirlo posteriormente. A la semana volvía y me lo pedía, pues eso hacía parte de una especie de juego común que se fue haciendo constante entre nosotros. Él me ponía sus tareas y yo las hacía en beneficio de mis propios intereses intelectuales. Mi *hobby* entonces era leer teatro, montar *sketches* con los

vecinos del lugar y retomar en España algo de nuestro pasado en La Tramoya. Con el tiempo, Gloria y yo nos hicimos responsables de este Moncayo, hasta el punto de disponer lo necesario para que anduviera mejor vestido, comiera bien, tuviera atención médica y, en un momento dado, cuando supimos donde vivía, nos esforzamos porque su casa tuviera las condiciones necesarias para ser habitada. No te imaginas cómo vivía, Gustavo. Tenía el síndrome de Diógenes y recogía todo lo que se le atravesaba en el camino. Había que limpiarle de punta a punta el lugar donde vivía. Para esto último, nos encargamos de hacer una recolecta entre la gente del pueblo con el propósito de limpiar su casa, arreglarla, pintarla y asegurarle un mejor vivir. Vivía llena de basura, ropa vieja, botellas, recipientes de mil cosas y montones de libros. Libros de toda especie. Él fue ante todo un librero, cosa que quizá no te he aclarado como se debe, y tenía los libros que heredó de su padre, el anarquista; aquellos que vendió por años y los que ofrecía ya de viejo, y todos los que iba recogiendo por aquí y por allá. Así pues, su casa era, entre otras cosas, una biblioteca de viejo y a la vez un desastre. Nosotros nos encargamos de adecuarla. Si dormía entre la basura, nosotros nos encargamos de ponerle una cama. Si no tenía un baño, nosotros lo construimos. Los libros los pusimos en una inmensa biblioteca, clasificada hasta donde nos fue posible por temas. Bueno... el tiempo pasó, Gustavo, y el hombre enfermó más. Lo tuvimos que cuidar como a un niño puesto que las piernas se le inflamaban y no podía caminar. Le poníamos vendas y estábamos pendientes de los medicamentos para evitar una

infección o dolor. Y al fin pasó lo que tenía que pasar. Un día de enero el hombre murió en nuestra casa, y nosotros, en nuestras precarias condiciones de entonces, tuvimos que disponer su entierro. Te digo que en circunstancias lamentables porque para ese justo momento todo se nos había complicado. La dueña del establecimiento, y sobre todo su marido, que se lo había obsequiado, empezó a tener problemas con mi mujer. Una simple diferencia por una comida, una queja algún día, ya ni me acuerdo. El caso es que la pareja no dudó en echarnos a la calle y, de un momento a otro, nos vimos sin casa y sin trabajo. ¡Y con el entierro de Moncayo de por medio! ¡No te figuras la embalsada, Gustavo! Sin casa, sin el restaurante, sin nada... Enterramos al hombre, claro, y desde ahí, empezó la lucha. Buscamos trabajo en todas partes y hasta pensamos en volver a Colombia o irnos a Alemania a probar fortuna. No sabíamos qué hacer. Entonces se nos ocurrió una peculiar salida: le explicamos nuestra situación al hijo de Moncayo, que como en estos casos había aparecido por lo suyo, y el hombre, sorpresivamente, resultó bastante comprensivo: nos permitió quedarnos en la casa del viejo. Sí, así como lo oyes. Nos fuimos a vivir en la casa del viejo Moncayo, la que habíamos organizado antes. En principio, el hijo de Moncayo aceptó esto en pago por nuestros cuidados a su padre; luego, con el paso del tiempo, el hombre aceptó que estuviéramos allí por liberalidad. No se sentía capaz de sacarnos. Sabía que no teníamos dónde caernos muertos y no tuvo corazón para echarnos. Al final, habíamos cuidado a su padre cuando él no lo había hecho. Así arreglamos el techo, lo

principal. Después, yo pude pedir el apoyo del Estado por ser mayor de 55 años, y Gloria siguió haciendo cosas con las manos, manillas, pulseras... Empezamos a sortear los gastos.

Ahora vivimos los dos en esa casa de Moncayo y vivimos, como te he dicho, al día, sobreviviendo apenas. La cuestión de la anarquía me llegó por este hombre, antiguo miembro de las juventudes anarquistas que ayudaba a pasar republicanos que huían del franquismo a Francia, es decir, como por carambola, y se volvió una especie de colchón doctrinal para nuestra precaria situación. Ahora hemos prescindido de todo pero hemos encontrado muchísimas cosas que le dan valor a la vida por fuera del dinero: el amor de pareja, la tranquilidad del pueblo, los libros, labores sencillas con las manos, una comida... ¡Ya me entiendes!

Al final, sucedió lo que era de esperar: los gendarmes dispararon al aire para amedrentarnos y así dispersaron a la mayoría. El uso de las armas ya suponía algo distinto a la confrontación verbal. En consecuencia, solo unos veinte hombres de los que estábamos ahí seguimos enfrentándonos a ellos. Pero la cosa se puso cada vez peor. Ellos esgrimían sus armas y nosotros les pedíamos respeto... Entonces, como cualquier policía de Europa, acudieron a la estrategia más efectiva con los que quedábamos reunidos: empezaron a pedir documentos. Ellos sabían que en cuestión de extranjeros, y evidentemente había muchos, este era el mejor método de

dispersión. *Documenten, documenten, documenten* era lo único que decían como robots mecánicos... Así huyeron otros colegas. Unos diez. Del Este, ingleses, un japonés... Cuando llegaron a mí, que no quise marcharme, dije que no tenía documento alguno conmigo; que yo era un habitante de la humanidad y no necesitaba papeles para ir por ahí, adonde quisiera. “En una república los hombres son libres de salir a la calle”, dije. “No creo en fronteras”. “Usted es extranjero. Debe tener salvoconducto”, me respondió uno de los gendarmes en inglés. “No tengo nada”, reiteré repitiendo mi gesto de que no tenía nada conmigo y que esto era lo normal. “Soy un ciudadano del mundo”, insistí, y ellos, ni cortos ni perezosos siguieron su esquema de seguridad y, así, me aprehendieron en medio del desorden. Me pusieron esposas y me obligaron a acompañarlos. Como a otros cuantos, claro.

Armand, Malato, Mauricius y Pérez Triana ya se habían escabullido. Broutchoux, Émile Chapelier, Peter Mounitch, que viene de Belgrado, Sepp Oerter, Paul Fraubôse y algunos franceses, lo mismo que el joven eslavo que había intervenido para refutar a Lodewijk se quedaron conmigo. Éramos unos diez en el Jardín respondiendo los requisitorios de la gendarmería.

El día que sucedió lo del periódico de la tía Julia, yo no estaba en casa, mijo. Fue Safira, mi hermana, la que me lo contó. Ella acababa de salir del colegio y vio a lo lejos una humareda que ofrecía su señal por encima de los tejados de Pamplona. Salió corriendo hasta allá y llegó cuando las brasas habían consumido casi todo el mobiliario. Habían atentado contra el periódico *El Observador* cuando ni Julia ni ella estaban en la casa.

El taller estaba ubicado en una de las habitaciones de Las Margaritas, la que queda viendo a la calle, junto al zaguán, que alquilábamos a veces en el pasado como local comercial. Sorprendentemente, y a pesar de los años, la abuela, junto con los vecinos, había logrado contener las llamas para que no arrasaran con toda la construcción. Nos hubiéramos quedado sin techo. Los cristales de la ventana estaban rotos, al parecer por acción de los vándalos que habían realizado el atentado, y además de eso, se habían quemado cosas del taller, y se había ahumado buena parte del techo y las paredes del local.

La gente se había congregado en la calle para ver arder lo que quedaba de la máquina tipográfica en la que imprimían *El Observador*. La abuela, bañada en lágrimas, decía que la guerra había llegado, dando con su apariencia misma, llena de hollín y sudor, la imagen misma de la destrucción.

“A mi amigo Juan Moncayo”

Quiero contar una historia, Juan
A tu noble corazón desenfrenado
Tal vez tú y yo no la vivamos
Pero debe de existir en un lugar:

Algún día en esta tierra,
en un tiempo no lejano,
los hombres serán hermanos
ante el sol y las estrellas.

La hermosura que sueñas
para el mundo como yo,
¡Existirá!, ¡Aún mejor!
y será realidad cierta.

Trabajar será reír;
el vecino, un apoyo,
y todos serán el coro,
de la vida y del vivir.

Todos serán productores,
cada cual de lo que quiera,
y en todas las primaveras,
brotarán nuevos amores.

El odio y la violencia
serán cosas del pasado,
todo será solucionado
con el saber de la ciencia.

Por ley, la naturaleza;
a cada cual, lo necesario;
de cada cual, lo acordado
de lo que, en sí, el hombre pueda.

Los niños correrán libres,
los jóvenes hermanados,
unidos con los ancianos,
podrán convivir felices.

Ninguno podrá recordarnos,
y todos tendrán presente
los sueños de nuestras mentes
y el camino que iniciamos.

Lo utópico será lo cierto
aunque parezca imposible,
y no habrá loco posible
ni existirá un hombre preso.

No habrá sitio para el lucro,
ni podrá existir el robo,
pues todo será de todos
y todo estará seguro.

Tú y yo
mezclados ya con la tierra
y los males de esta era
lo veremos con orgullo.

Nuestros días de dura lucha
contra los verdugos del tirano,
también serán recordados,
aunque se confundan con la dicha.

Cuando veamos la blanca nieve
caer sobre la tierra libre,
la contemplaremos felices
con la cara sonriente.

Pero hasta que llegue ese día
juntos hemos de luchar
para poderse lograr
el sueño de hoy, la Anarquía.

(De Augusto Bagase —del 19 de marzo de 1979—.
Poema que me dejó mi amigo File).

Fue entonces cuando, no muy lejos del lugar, empezaron a oírse detonaciones aisladas y consignas contra la gendarmería. Varios de los que habían salido antes, Kropotkin, Malatesta,

Jean-Paul Samson y Pérez Triana agitaban las banderas rojas que, desde la distancia, parecían olas de color cuando la pólvora iluminaba el lugar. Allá lejos, algunos de los nuestros se rebelaban contra la gendarmería con explosiones dinamiteras. Eran como fuegos artificiales en contra de la injusticia.

Safira trató de consolar a la abuela pero poco lograba. La pobre no paraba de preguntar ¿dónde está Julia? Ella no sabía qué responderle, claro, y los curiosos menos. Julia acostumbraba llegar alrededor de las cuatro de la tarde a la casa y eran como las dos. Está en la Normal, abuela; está en la Normal, atinó a decir mi hermana. Y en efecto, mijo, estaba en el trabajo. Las clases no habían terminado y, como mi madre, ella aún estaría dando las suyas. La abuela había apagado, como pudo, las llamas con la ayuda de algunos vecinos. Entre todos lograron sofocarlas con trapos húmedos y baldados de agua. La rapidez con que se descubrió el ataque impidió que el fuego se alimentara con el techo y siguiera hacia el fondo de la casa. Luego Mamaíta misma recogió lo que quedaba del destrozo. Guardó el baúl donde Julia atesoraba sus papeles. Cubierta de hollín y sudor, intentó barrerlo todo y, para cuando los bomberos llegaron, decía Safira, lo peor ya había pasado. Por supuesto, no había el menor rastro de los responsables. Y tampoco es que una autoridad se presentara para

aprehenderlos o iniciar una investigación, mijo. Nada de investigaciones ni nada. Como siempre, las cosas sucedían y ya está. Así era en ese tiempo, y ahora. Nunca se inició una investigación para aclarar los hechos, tampoco un proceso en contra de presuntos responsables de lo que pasó a Julia.

Pamplona, 20 de enero de 1942

El Observador. El periódico del pueblo

Santiago Pérez Triana en el comercio de armas internacional

El dictador Rafael Reyes Prieto sabía perfectamente quién era su diplomático Santiago Pérez Triana y por eso lo envió a Europa con un propósito claro. Su aparente participación en la Conferencia de La Haya le permitiría en realidad concertar el negocio internacional de las armas con las grandes potencias europeas cuando la guerra resultaba inminente. De ahí la exaltada intervención del diplomático designado en Holanda sobre el tema de la limitación de armamentos. Esta era una estrategia más de ventas.

Para la época, la industria armamentística se desarrollaba a pasos agigantados en todo el mundo y Reyes Prieto, tanto como el general Holguín Mallarino y otros generales de la República, querían enfilarse en esta línea comercial. La seguridad de los estados modernos reposaba, sin lugar a dudas, en su poderío bélico y el suministro de armas se erigía así como el campo de los negocios internacionales más importante del planeta.

Como general de la República de Colombia, Reyes Prieto podía hacerse a este nicho comercial y además, previendo las suspicacias políticas, desarrollar un presunto campo estratégico para el país: la comercialización y, por qué no, la producción futura de armas. La misión secreta que le encomendó en 1886 su colega, el otro dictador, Rafael Núñez, de conseguir empréstitos en Francia, así como la embajada en París que le ofreció el sátrapa Miguel Antonio Caro, su experiencia armada en Panamá frente a Estados Unidos y la guerra civil de 1895, en que había resultado victorioso (tanto como su temporada de negocios en México), le habían demostrado la trascendencia de este rubro en las economías particulares y en general en los presupuestos de las naciones modernas. Sobre todo, en los de aquellas en permanente conflicto y en las grandes potencias que ansiaban ampliar sus dominios y usaban las armas como el medio más efectivo de disuasión ante sus enemigos. Sin lugar a dudas el negocio de las armas era el más importante de todos cuantos había en la humanidad y por eso la cuestión se erigía como el gran tema de la II Conferencia Mundial de Paz, como bien lo habían

establecido cada uno de los delegados de La Haya en sus intervenciones.

De tal manera, con el justo aval del dictador y su sobrino Calderón Reyes, el socio Pérez Triana pudo proyectar el negocio común en el dominio bélico al tiempo que aprovechar la plaza diplomática como primer comisionado (por encima del general Holguín Mallarino y de Vargas), con una buena asignación económica del Estado colombiano. En efecto, su condición diplomática le permitió a don Santiaguito impulsar las iniciativas empresariales de Reyes en Francia y tantear oportunidades comerciales en Inglaterra, Italia y España. Así, con tal consigna, desde abril de 1907 Pérez Triana comenzó su labor en Europa. Labor que hizo sucumbir a Marroquín en su tentativa de recuperación del Istmo.

Don Santiaguito en Italia

En primer lugar, el diplomático de marras aprovechó su estancia en la ciudad de Nápoles como plaza privilegiada de acercamiento con agentes reconocidos para la compra y venta de armamento moderno. La cuestión le era hasta placentera. Por una parte, amaba Italia, su delicadeza, su ópera y su *bonna vita*, y por otra, sentía cierta inclinación romántica por el anarquismo, cuya cuna era sin lugar a dudas el maravilloso país mediterráneo. Podía matar dos pájaros de un solo tiro, se dijo. Su propósito principal era entrevistarse con algunos miembros de la

federación anarquista de la ciudad que le pudieran dar razón de clientes interesados en la compra de rifles y armamento de fabricación norteamericana, que a la sazón ya había negociado en New Jersey; y, al mismo tiempo, podía aprovechar la estancia para entrevistarse con algunos tenores de reconocido prestigio que desde sus tiempos en New York le habían ofrecido su calurosa amistad (Caruso, entre ellos). Pérez Triana tenía como misión contactar células extremistas donde se encontraran y las italianas eran las más importantes de Europa. Cierta identificación con la lucha de los anarquistas no estaba demás. Algo artístico tenían ellos que lo llevaba a apoyar la misión, su romanticismo, su idealismo... algo que se hermanaba con su más sofisticado espíritu. En esa misma línea estaba su afición por la música, por la opera, que sin duda le serviría para pasar desapercibido entre las autoridades locales y afianzar, además, ese toque bohemio e iconoclasta adjudicado a su figura. El propio Malatesta había informado en diferentes oportunidades que existía allí, en Campania, la región de la que era oriundo, y especialmente en su capital, Nápoles, una gran tradición cultural y sobre todo anarquista, que iba desde los grupos románticos hasta los terroristas contemporáneos ávidos de nueva tecnología bélica: “los Fanelli, los De Luca, los Cambuzzi, los Tucci, los Palladino, entre otros, fueron los primeros socialistas, los primeros internacionalistas, los primeros anarquistas de Nápoles y de Italia”.

Con el beneplácito de Reyes Prieto, entonces, y mientras empezaban las sesiones de La Haya, Pérez Triana se encaminó

justamente a Nápoles, donde tuvo una gran acogida entre los músicos locales y a la vez en las facciones más extremistas de una llamada revolución armada.

Ya no estamos en el siglo XIX, le decía el jefe a don Santiaguito en algunas de sus cartas, y efectivamente para 1907 las cosas tendían a resolverse en términos de acción militar, más que de diplomacia ideológica o política. Los negocios parecían ir viento en popa en un mundo que comenzaba a vivir a otro ritmo.

En nuestra próxima entrega, precisaremos el tema de los negocios de Reyes y don Santiaguito en Italia. Asimismo, con la asidua colaboración de nuestro amigo Biófilo Panclasta, ofreceremos una visión insólita del comercio bélico internacional, tan caro para el gobierno actual del presidente Alfonso López Pumarejo y su designado Darío Echandía, que han querido la despolitización del ejército y la disminución del pie de fuerza militar.

¡Hacia una revolución social!

Julia Fuentes Calderón

Maestra

Jose y Rosa eran, pues, mis padres en escena. Jose, de unos veintitrés años, encarnaba a Harry Kahn con toda su vehemencia y talento, y Rosa Julia encarnaba a Sarah. Yo era el joven Ronnie y File hacía de Ronnie viejo al final de la obra. Así, mientras en la segunda escena el escritor adolescente se oponía a la desidia de su padre, al final de la obra, en la sexta, el cocinero regresaba de París, maduro y fracasado, a enfrentar a la militante comunista que era su madre. A la postre, yo tenía diecisiete años y el papel del joven Ronnie me caía como anillo al dedo. Lo mismo que a Filemón, que iba por los veinticinco. El parecido entre Filemón y yo provocaba un impacto dramático en el público. Luego de junio de 1986, por la partida de Jose, File interpretó a Harry y yo pasé a interpretar ambos Ronnies, el de las primeras escenas, con juventud y vitalidad, y el de la última escena, un hombre de unos treinta años, vencido por las circunstancias y escéptico respecto de la militancia política.

Los demás personajes del montaje eran Gerardo como Dave Simmonds; Giovanna como Prince Silver, uno de los jóvenes entusiastas de la primera escena; Pedro, en el papel de Monty Blatt; Fernando, en el papel de Hymie Kossof, hermano de Sarah; Magdalena en el papel de la tía Cissie Kahn, hermana de Harry; Lilian, en el papel de Ada, hermana de Ronnie, y Cristina en el papel de Bessie Blatt, la esposa de Monty. La creación

colectiva hizo de *Sopa de pollo con cebada* una experiencia fundamental para el teatro universitario.

Ámsterdam, 1 de septiembre de 1907

Ministro Marceliano Vargas

Palace Hotel – Scheveningen

Estimado amigo:

Soy Panclasta, ciudadano colombiano del que usted ya habrá oído hablar. He sido detenido injustamente en esta ciudad.

Como antiguo oficial de las fuerzas revolucionarias al mando del General Uribe Uribe, le solicito ayuda. También hago esta solicitud a través suyo al general Jorge Holguín (quien me conoció en lo de Panamá y seguro me recuerda) y a Santiago Pérez Triana, delegados colombianos como usted a la Conferencia de La Haya.

Ayudadme a salir de este cautiverio.

Os pido que, como ministros de la República, cumplan con el deber de asegurar mi libertad.

Atentamente,

Lizcano

(como usted prefiere llamarme para relacionar nuestra cultura con el pueblo vasco).

Anoche soñé que me quedaba en España, que en un arranque de nervios decidía que era lo mejor. Me desperté inmediatamente. La decisión hacía parte de un interludio entre sueño y vigilia, claro, pero la sentí posible. Por un rato, me quedé pensando solo en esta idea. Pensé que mi personaje Panclasta debe tener todo el tiempo esta pulsión de abandonar Colombia definitivamente.

Por Facebook:

—Hola Gus, ¿qué tal estás?

—¡¡¡Hola, Pedrinis!!!

—Siento no ir a verte en Barcelona. Además de que no tengo dinero, no tengo los papeles en orden para ir a España.

—Entiendo.

—¿Qué pasó con Barcelona Negra?

—Es largo de explicar... Puras sensaciones.

—Pues por ahora, lo más confiable es este *Facebook*. Luego te llamo por teléfono. Anda: di.

—Un juicio general: es notoria la banalidad abrumadora en que está inmersa la literatura.

—¿Cómo así?

—Aquí todos parecen saber que un libro es un objeto de consumo, está para la compra y hay que venderlo. Para mí esta lógica escueta resulta ofensiva. Yo no vendo libros.

—¡Eres un romántico!

—Nada de ideas, nada de juicios estéticos ni nada de nada... Hemos vendido un 16.2% menos que el año anterior en euros y un 12,4% menos en número de libros, dicen.

—¡Europa es otra cosa!

—El trabajo de los escritores se subordina al interés comercial de las grandes cadenas, y dirigidas estas desde los centros culturales de Europa excluyen a autores de la periferia.

—Gus: debes entender que en una sociedad con sus necesidades elementales satisfechas no se plantea la literatura como medio para cambiarla.

—Pues yo no me acostumbro a ver la literatura como mercancía, y mucho menos como diversión.

—Tampoco es que sea diversión, es solo que se vende.

—Tengo la sensación de que solo quienes vivimos como en otra época, con los acontecimientos sociales aporreándonos la cabeza a diario, hablamos de algo.

—Por ejemplo...

—Pocos hablan de lo que me interesa: de revoluciones, choque de culturas, negocios y crímenes transnacionales, conspiraciones... La guerra yidahista... Y, al final, creo que no me interesa la venta de libros. Lo que me interesa es cambiar el sistema.

—Pero España tiene la crisis.

—Pues aquí no parece. Los restaurantes están llenos.

—Ya sabes: Europa es vacua.

—Eso llevo a pensar...

—Lo siento, tengo que irme. El bebé me necesita.

—Por supuesto. Saludos a Betzy.

—Un abrazo.

—Un abrazo.

Sarah va hacia el aparador y corta pan para hacer sándwiches de queso. Se oye muy lejos a gente cantando: “No pasarán, no pasarán, no pasarán”.

MONTY: ¡Los muchachos! ¡Escuchen! ¿Los oyen? Sarah, eso mismo gritaba el pueblo en Madrid.

PRINCE: No pasaron. ¡Imagínense! Las mujeres y los chicos lanzándose a la calle y haciendo barricadas con sus camas y sus sillas.

DAVE (*tristemente*): Fue una carnicería.

PRINCE: Y después vino la Primera Brigada Internacional.

DAVE: La Édgar André de Alemania, la Comuna de París de Francia, y la Dombrovsky de Polonia.

MONTY: Esperen a que nuestro Dave llegue allí. Les vas a llenar de balas el desayuno, ¿eh, Dave?

...

DAVE: Cuando les preguntaron a tres desertores fascistas cómo habían hecho para llegar a nuestras líneas, dijeron que venían atravesando colinas donde solo quedaban viudas, huérfanos y novias, tantos hombres habían perdido.

MONTY: ¡Así pierdan muchos más!

DAVE (*enojado*): La guerra de España no es un juego de naipes. Cuando se pierde no se paga con monedas. ¡Así pierdan muchos más! ¿Qué forma de hablar es esa? Monty, a veces pienso que lo único que te gusta es la pelea y que algún día te olvidarás del ideal. Odias demasiado. Y no se pueden tener sentimientos fraternales cuando se odia. Hay una sola diferencia entre ellos y nosotros: nosotros sabemos por qué estamos luchando. Es casi como jugar con ventaja.

Ahora Harry vuelve a la cocina para servir el té.

MONTY: ¡Jugar con ventaja, dice! ¡Cuando Alemania e Italia les dan fusiles y tanques y aviones y nuestros muchachos solamente tienen rifles y morteros! ¿Adónde está la ventaja? A eso llamas ventaja, ¿eh?

DAVE: Contra hombres ciegos, la batalla es siempre desigual.

En el Acto primero de *Sopa de pollo con cebada*, Dave Simmons anuncia que irá a la guerra de España. “España es el frente de batalla. España es algo real, por fin”, afirmaba Gerardo en escena, casi profetizando su propio exilio en Barcelona. El personaje dice eso sin saber muy bien lo que significará para su futuro. Dave, que es un pacifista, ni siquiera está seguro de ir a España: “solo sé que si no voy, entonces... bueno, entonces, ¿qué sentido puede darle un hombre a su vida?”, se pregunta; y luego afirma, soñando con un futuro de triunfo de la revolución, un sueño de paz, “Sé que aún no es el momento. Lo sé. Sé que aún hay que pelear. Pero vendrá, vendrá, habrá una larga pausa, y tendrán miedo unos de otros. Sin embargo, creerán que hay que seguir peleando. Esa será la época de los pacifistas. Cuando la gente no pueda ver más allá del miedo”.

¡El miedo! Me pregunto si ahora mismo estamos en esta etapa anunciada por Dave, o si nunca hemos salido de ella en Colombia y ya nos acostumbramos al miedo; si yo mismo intentaba vencerlo al dar ese paso magnífico que representaba la entrada a la famosa Francia en 1996 y no lo logré.

En la puerta leímos: ¡Por bastarda! A ese tipo de insultos, por fortuna, ya la abuela ni le paraba bolas, mijo. Por eso, en lugar de intentar borrar rayones, Mamaíta se encargó de recobrar lo recobrible: algunos libros, ejemplares de *El Observador*, y, sobre todo, su baúl con los papeles de Julia y los de Panclasta, sus diarios, los artículos de prensa, las cartas, los telegramas, que se habían salvado por estar en un rincón que no alcanzaron las llamas. “A empezar de nuevo”, dijo, como decía siempre cuando de cosas graves se trataba. “¿Empezar de nuevo? ¿Qué?”, le espetó Safira. “Pues la vida, mija, la vida que siempre empieza de nuevo”, dizque le contestó la viejita llevando el baúl con dificultad a su habitación.

Entonces, en nuestro montaje de La Tramoya entonábamos el himno de La Internacional:

¡Arriba, parias de la Tierra!
¡En pie, famélica legión!
Atrúena la razón en marcha:
es el fin de la opresión.

Una traducción de la segunda estrofa del original en francés, que empezaba así:

C'est la lutte finale:
Groupons-nous, et demain,
L'Internationale
Sera le genre humain

Debout! les damnés de la terre!
Debout! les forçats de la faim!
La raison tonne en son cratère:
C'est l'éruption de la fin.

Luego venía la entrada emblemática de Harry/Jose enarbolando la bandera roja con la hoz y el martillo:

“¡Vencimos! ¡Muchachos, vencimos! ¡El día es nuestro!”, expresa luego de haber participado, presuntamente, en la barricada en la calle Cable de Londres contra los fascistas.

Para Jose la bandera roja era el aditamento emblemático de la obra.

Esa noche yo no enarbolé siquiera una de las banderas rojas. Fueron los que quedaban libres quienes lo hicieron. Y arengaban que era injusto que nos detuvieran, que nos dejaran libres, que éramos anarquistas, que solo buscábamos el cambio del orden social, que...

El canto de La Internacional sucedía en el Acto primero de la obra, cuando los personajes salen a la calle a oponerse a los Camisas Negras que se quieren tomar la ciudad.

En nuestro contexto de 1985, el himno representaba un canto de oposición a las “fuerzas oscuras”. Por cosas como esta, a la postre estaban eliminando a la Unión Patriótica, la UP, única expresión del Partido Comunista en Colombia. Más de seis mil militantes fueron asesinados durante esos años.

Dada la polarización de las fuerzas políticas La Internacional era un verdadero manifiesto. Tan solo dos meses después del estreno de *Sopa de pollo con cebada* ocurriría el holocausto del Palacio de Justicia.

Pamplona, 20 de noviembre de 1941

El Observador. El periódico del pueblo

Don Santiaguito Pérez Triana: un anarquista de Nápoles

No obstante los prometedores planes de Reyes Prieto, Calderón Reyes y don Santiaguito en Europa, pronto las cosas se salieron de cauce. La clandestinidad de Pérez Triana en Italia no fue tan efectiva como suponían. Desde hacía un tiempo el delegado de la Policía Nacional en Nápoles, el agente Ludovico Martinelli, olía algo raro en el ambiente y por eso indagó en los barrios del sur de la ciudad, donde ya antes se habían desmantelado células terroristas. El 13 de mayo de 1907 rindió un informe detallado de sus pesquisas y hallazgos al gobierno del enano Víctor Manuel III donde se involucraba a un colombiano con bandas criminales de la ciudad. “Existen contactos entre el hampa de ambos países y planean un atentado”. Así, pocos días después, el secretario del Ministerio de Asuntos Extranjeros, Sebastiano di Cuore, ahondó en la información, verificó datos de entrada reciente de extranjeros e inició el proceso por los delitos de comercio de armas e instigación a actos terroristas con nombres propios: Santiago Pérez Triana. A. Don Santiaguito, entre ellos. Infortunadamente, la Orden de Captura contra el colombiano se expidió el 2 de junio del mismo año, cuando el sindicato ya había

abandonado el país con destino al Reino de Holanda y la policía no pudo hacer efectiva la detención. Por tal razón, el mismo funcionario, di Cuore, procedió a notificar la denuncia oficial contra el diplomático ante la propia Conferencia de Paz de Ámsterdam, tildando a don Santiaguito de peligroso anarquista con asuntos pendientes en Nápoles, e instó al gobierno holandés a emprender a la mayor brevedad las diligencias de extradición del acusado a Italia. Di Cuore solicitó formalmente la exclusión de don Santiaguito de la Conferencia de Paz, espacio donde debían tener lugar “solo las personas de bien ajenas a la criminalidad”. Del mismo modo el funcionario italiano comunicó su situación jurídica a las autoridades colombianas que un mes después apenas dieron curso oficial al informe y emitieron una respuesta... (¡Un hombre de tan altas esferas no podía ser un terrorista! Y además, como pocos entendían el italiano en el ministerio... Acaso hay un error... se debe verificar la información a la mayor brevedad). El objetivo del gobierno italiano era emprender una redada internacional para atrapar al sindicado y devolverlo a Italia a responder por sus delitos.

Así se lee en el diario *Niágara Falls Gazette* del estado de New York, el martes 18 junio de ese año de 1907, en primera página: “El gobierno italiano afirma que Pérez Triana es un anarquista en Nápoles” y, en consecuencia, solicitan “retener su escaño en la conferencia”.

En La Haya la información de la prensa norteamericana suscitó más dudas que certezas —como sucede a menudo—. Difícil era creer que el diplomático Pérez Triana fuera un anarquista con objetivos terroristas en Italia. Quizá, de lo que se trataba era de información gestada por enemigos de la diplomacia internacional, acaso por los propios anarquistas napolitanos que debieron dar una falsa versión de la manera misma en que *un* colombiano los abordó hablándoles de negocios bélicos. Tal vez por los norteamericanos molestos por sus críticas a la sanción por deudas internacionales.

Algunos delegados a la Conferencia exigieron investigar a fondo el asunto y llegaron a escribir cables a Roma solicitando información exacta del caso al secretario di Cuore así como al diario norteamericano. Para los representantes de Italia, Portugal y España era necesario profundizar en las acusaciones de Roma puesto que constituían un peligro para la propia dignidad de la Conferencia. Además, algunos delegados propusieron dictar medidas cautelares en lo que atañía a la presencia del bogotano en las sesiones del palacio real y elevar una voz de protesta ante el gobierno colombiano. La cuestión no podía saldarse, como lo querían otros, con el argumento de la animadversión que contra Pérez Triana conservaban los norteamericanos luego de lo ocurrido en el siglo anterior, cuando el colombiano había desfalcado la banca neoyorquina.

El asunto hubiera sido más grave aún de no ser por la pronta intervención del ministro Jhr. Dirk Arnold Willem van Tets van Goudriaan que, acogiendo la solicitud de los demás representantes del gobierno de Colombia, se ingenió la manera de acallar tales voces. Además, ahondar en la denuncia del gobierno italiano implicaba hablar del comercio ilícito de armas en la Conferencia y nadie quería esto. Por su parte, profundizar en la información de un diario extranjero era reconocer la veracidad de los medios sobre este tema y justamente en medio de las sesiones se había manifestado más de una vez, con la reserva del caso, la relatividad de la información que publicaban los mismos (sobre todo la que atañía al comercio internacional de armas). En este último aspecto, Van Tets aprovechó el hecho de que entre los delegados a la Conferencia los diarios norteamericanos no gozaban de gran acogida ni respetabilidad. Su permanente crítica a la política de Eduardo VII en América los hacía proclives a la parcialidad en las noticias. Adicionalmente *Niágara Falls Gazette* no era *The New York Times* ni el *Daily Mail*. A menudo ese diario se ensañaba con asuntos de mediana importancia que afectaban a las monarquías europeas e incluso con chismes de ocasión que aseguraban sus ventas. Atacar a un delegado a la Conferencia de Paz era atacar la labor de Nicolás II y Guillermina en pro de la paz mundial.

De esta manera, tanto la petición del gobierno italiano como la noticia del *Niágara Falls Gazette* pasaron de largo,

y habrían de olvidarse, como ocurrió entonces con muchos asuntos que no se querían discutir en ese “espacio de hipocresía” que, en síntesis, era la Conferencia Mundial de Paz de La Haya.

De nuevo la política ganaba sobre la realidad. Jhr. Dirk Arnold Willem van Tets van Goudriaan logró su objetivo y los intereses velados de la diplomacia mundial se cernieron sobre la contundencia de la realidad.

¡Hacia una revolución social!

Julia Fuentes Calderón

Maestra

El día 18 de octubre de 1907 se firma y clausura la II Conferencia Mundial de Paz de La Haya, sin nada en claro sobre la paz y, acaso, todo claro sobre la guerra y el comercio de armas. En el cierre, Santiago Pérez Triana planteó el gran compromiso que tenían las naciones frente a la paz y manifestó su agradecimiento al “Soberano que nos ha

convocado”, “la Augusta Reina que nos ha dado su generosa hospitalidad, por el ilustre Presidente de los Estados Unidos”. Pero esto no es todo, entre lírico y cínico, agrega:

“He escuchado en el más respetuoso silencio las edificantes discusiones sobre los métodos, reglas y sistemas para el exterminio de los hombres y la destrucción de las cosas materiales, es decir, sobre el arte de la guerra que tan largamente han ocupado la atención de esta Conferencia de la Paz, hecho que, por sí solo, demuestra cuán difícil es establecer la paz entre los hombres.

“Hasta aquí la humanidad ha soñado el sueño rojo de la violencia. Ella ha venido a través de los siglos doblegada bajo el peso de la guerra. Nuestra civilización material moderna ha aumentado los elementos de destrucción. La suavización de la antigua ferocidad obedece generalmente al cálculo que suprime lo que es inútil; eso es táctica, pero no es piedad. En tratándose de la victoria, es lícito ensayarlo todo.

“Por todas partes resuena una queja que parece anunciar el fin de la resignación; la humanidad ya no puede más.

“Desde la eminencia augusta y solitaria de su trono, un poderoso monarca escuchó el rumor sordo, diríamos amenazador, de esta queja. Su alma atormentada por ese dolor infinito ha querido aliviarlo. Esa lágrima de piedad vivirá en la memoria de los hombres en un sentimiento de

gratitud imperecedero; esa lágrima es más preciosa que las prerrogativas dinásticas y que los diamantes de la corona imperial”.

“La tarea de establecer la paz sobre la tierra es ardua y difícil; no puede ser realizada en un día ni por una generación; pero los hombres están acostumbrados a atravesar el valle sombrío de la vida, contentos y satisfechos, con tal que un solo rayo de esperanza ilumine la vía”.

“Esta Segunda Conferencia de la Paz ha mantenido el fuego sagrado de la esperanza en el corazón de los hombres; así ella ha cumplido su deber en la medida de sus fuerzas. Volveremos a nuestros países con la fe robustecida a predicar la palabra de estímulo. Los que aquí hemos representado a la América Latina podremos decirles a nuestros pueblos que hemos tomado nuestro puesto entre las grandes y las antiguas potencias del orbe, que hemos cumplido con nuestro deber y que, de hoy más, se contará con nosotros como elementos útiles en toda labor en pro de la humanidad”.

Santiago Pérez Triana estuvo a cargo de la edición y publicación del *Informe y notas de la Delegación de Colombia en la Segunda Conferencia Mundial de Paz (reunida en La Haya en 1907)*. Seguro su contacto con Lord Ernest Mason Satow le sirvió para culminarlas.

Estamos atrapados en un engaño de siglos... que nos ha impedido ver los verdaderos motivos y las consecuencias de los acontecimientos. Esta especie de velo no es una imposición del destino o de Dios, sino una clara expresión de quienes nos han gobernado desde que América fue invadida y colonizada por los europeos. Despojémonos de esa concepción de la historia que nos hace ver a los descubridores y los conquistadores, a los libertadores y demás próceres de la independencia como seres magnánimos. A tales hombres hay que verlos como fichas de un movimiento social que se apoya en mecanismos de poder que, aunque muy claros, siempre pasan desapercibidos por la educación que se ofrece en este país. La historia no la hacen los héroes ni las guerras, que casi siempre son carnicerías manipuladas, sino las relaciones económicas y los tejidos sociales capaces de configurar la identidad de los pueblos a lo largo de los años.

Pablo Montoya, *Los derrotados*.

Después de lo de España, Dave Simmons tiene que ir también a la Segunda Guerra Mundial a luchar por su país alineado con los aliados. Del 39 al 45 vive el avance del fascismo y su derrota, por lo menos en Alemania e Inglaterra. Cuando por fin regresa a casa quiere olvidar el pasado y fundar su utopía al margen de la sociedad industrial: vivir con su esposa Ada y sus dos hijos en el campo, en Norfolk, donde “hace muebles a mano”, según advierte Sarah.

Hablo de Jerusalem, la última obra de la *Trilogía* de Wesker inicia con la mudanza de la pareja a “una casa en medio del campo en Norfolk” en 1946. “Ada, puedo verte como Miriam en la fuente, y Dave llegará como Moisés y alejará a los extraños, y extraerá el agua que necesites y lo amarás y te casarás con él y le darás un hijo que se llamará Adán, y el hijo crecerá robusto y junto a él la tierra de Israel llegará a ser poderosa...”, afirma el joven Ronnie al principio, en broma y en realidad, aludiendo al origen, al mito hebreo y a su fe en la pareja. No obstante, para 1959, la familia Simmonds tiene que mudarse de nuevo, con la ayuda de Ronnie, como fin de esa feliz historia. “Encontré un local en Londres, en un subsuelo –dice Dave al final de esta obra. –Ahí voy a instalar el taller.... puede que la gente de la ciudad compre muebles. Dicen que en Londres es posible vender cualquier cosa”.

La obra *Roots*, del mismo Arnold Wesker, también está ambientada en Norfolk y cuenta la historia de judíos como Dave y Ada. Evoca esa vida simple del propio escritor con su esposa, Dusty. Él también hacía muebles de madera a mano y

buscaba consolidar una vida sosegada de campo para la familia.

Anoche dormí mejor. Poco a poco el cuerpo se acostumbra a sus nuevas condiciones.

Los orientales afirman que un árbol trasplantado dura más de dieciocho años en acostumbrarse a su nueva tierra.

El filósofo austriaco Otto Weininger señala que en general los judíos buscan la vida tranquila, no sienten la necesidad de la propiedad misma de la tierra como base de la existencia y tienen un gusto especial por los muebles, sobre todo los hechos a mano. No obstante, la comunidad judía prohíbe la venta de la tierra y establece su redistribución cada siete años. El sionismo que persigue la creación de un Estado es solo una vertiente —la menor y la política— de su imaginario social. La comuna (así llaman la forma arcaica de organización social y de ahí la relación que establece el autor entre el judaísmo y lo sucedido en París en 1871) es la base de la legislación mosaica.

Desde hace cuatro años, Pedro vive en el condado de Norfolk, a dos horas de Londres por tren o automóvil. Cuando llegó a Inglaterra vivió primero en Norwich y luego en Harleston, un pueblo cercano, ubicado a cuarenta y cinco minutos de ahí. Yo solo había oído hablar de Norfolk o Norwich en *Sopa de Pollo con cebada*, y creo que él también.

Ronnie menciona Norfolk al hablar del destino de Ada y Dave, “¡Dos judíos en Norfolk!”, dice, vinculando el hecho ficcional con la vida del propio Wesker. Asimismo la obra menciona a Norwich en voz del propio Monty Blatt, el personaje que interpretaba Pedro, en la primera escena del Acto tercero. Dice este personaje que Many, el Rey del Callo, y su esposa, amigos de la familia de hacía años, “solían ir a Norwich a vender sus remedios ‘mágicos’ para los callos. Ella se vestía de enfermera, y llenaban el mostrador de cartas de gente que decía que se había curado”. La cuestión se une, además, con Panclasta, puesto que la referencia de Monty al engaño de Many y su esposa a la gente con sus remedios mágicos —cosa que lógicamente censura Sarah de inmediato— se parece muchísimo a las artimañas derivadas de la “ocupación” de Panclasta y su compañera Julia Ruiz, la pitonisa, cuando vivían en la Carrera 9 No. 4–56, en Bogotá, vendiendo sus propias pócimas a los cándidos compradores. Como *Doctores en ciencias naturales y mentalistas* se presentaban Panclasta y su mujer.

La relación entre Pedro, Monty, Panclasta, Norfolk o Norwich e Inglaterra es extraordinaria. Justamente en estos días de Barcelona Negra, Pedro se trasladó, junto con su esposa, Betzy, y su hija Paula, a Harleston, para recibir allí al segundo bebé, Daniel. Es desde Harleston que me llama por teléfono adonde mi amigo Sebastián, y desde donde me escribe por *Facebook*.

Hay un gran trecho del origen de Pedro en Barrancabermeja (la ciudad de las huelgas del 24 y el 27, la del sindicato petrolero más importante de Colombia), en el departamento de Santander, y su militancia revolucionaria en Colombia, a su vida tranquila y con familia en Norfolk, Inglaterra. En 1985 mi gran amigo representaba nada más ni nada menos que a Monty Blatt en *Sopa de pollo con cebada*: un comunista que empieza combatiendo el sistema y que en la última escena, en 1956, vuelve de visita a casa de los Kahn, con su esposa, “ricamente vestidos—excesivamente bien vestidos—y llenos de fanfarronería y prosperidad”, según dice la acotación del autor, convertido en un escéptico respecto de la revolución y, sobre todo, del Partido Comunista. Entonces, Monty ha dejado el Partido y tiene una verdulería en Manchester. “Un lindo negocito de verdulería en Manchester, nadie sabe que alguna vez fue miembro del Partido, y somos felices. Es mejor que se olvide”, dice su esposa Bessie (¡un nombre casi igual al de la esposa de Pedro!, me dice Gerardo, señalando una casualidad que, una vez percibo, me resulta sorprendente).

En su madurez, Monty “ha perdido contacto con todo el mundo” y se siente en la obligación de explicar su situación a la combatiente Sarah Kahn: “no soy un capitalista —dice—, solo tengo un buen pasar y soy feliz. Bessie va a tener un chico. Trataré de darle lo que pueda, voy a pagarle la educación, la universidad si él quiere, y entonces estaré satisfecho. Créeme Sarah, un hombre no puede hacer nada más. Te doy mi palabra, Sarah, no hay nada mejor en la vida que una casa, algunos amigos y una familia”; a lo que Sarah responde de una manera tajante: “¿Y cuando alguien tira una bomba atómica sobre la familia?”. Entonces, el silencio se impone; y en efecto el silencio se imponía en nuestro montaje, y la situación —como con lo de Ronnie de *cocinero en París*— adquiriría visos de tragedia. La disidencia política se alternaba así con la inminencia de una bomba en la cabeza en una tensión dramática que definía muy bien el propósito del escritor.

A la postre, en 1985, las disidencias políticas respecto del Partido Comunista estaban a la orden del día y las bombas eran cosa común en las calles de Bogotá, Medellín y Colombia entera. Muchos abandonaban el Partido, si es que de verdad alguna vez estuvieron en él, por oportunismo, desinterés en la política o simple y genuino miedo, y denostaban a continuación la Izquierda como opción política para el país (no aglutinaba al ejército de los descontentos que no se veían representados en ella). Hablar de una bomba sobre nuestras familias era, como para aquellos que vivieron la Segunda Guerra Mundial, una inminente posibilidad (ahí estaban aún

Nagasaki e Hiroshima para sustentarlo y entre nosotros las bombas de Pablo Escobar). En la obra, tal intensidad dramática trata de amainarse con la proposición teatral y anecdótica de otro tema. Así, se inicia una dilación de la historia, con la alusión a banalidades como el destino de algunos amigos—incluidos el Rey del Callo y su esposa, que ganan dinero timando a la gente—, para tensarla de nuevo con la sorpresa y la molestia de Sarah por la estafa de los remedios mágicos. “Querida, tú tomas la vida muy en serio. Créeme, esos granjeros sabían muy bien lo que estaban comprando”, le dice Monty a Sarah intentando apaciguar sus ánimos: “Nadie estafa a nadie porque todo el mundo lo sabía”, dice Monty, con lo cual se establece, y definitivamente sin duda alguna, la oposición radical entre ambos personajes y la evolución misma de Monty, que después de haber sido un militante comunista ha llegado a encarnar una clase social en ascenso, identificada con los valores del capitalismo industrial y el engaño comercial. Hasta ese punto ha cambiado.

Lo más importante de esta escena de los prósperos Blatt es, sin embargo, un detalle que posee toda la pertinencia al hablar de Pedro y de Panclasta: cuando Monty Blatt intenta explicar la razón por la cual ya no está en el Partido, su esposa Bessie dice: “Monty, no empieces ahora con la política; Sarah, hazme el favor de no arrastrarle a hablar de política”, a lo que Sarah responde: “La política es la vida, Bessie. Quiero decir, todo lo que sucede en el mundo tiene que ver con la política”. Entonces, con el obvio rechazo de su esposa, Monty insiste en

explicar su situación y pronuncia un soberano discurso a Sarah que deja claro que nada es lo que parece y que si bien el Partido promulgó la necesidad de una lucha común, la realidad de las diferencias internas puso tal presupuesto en entredicho.

Julia Ruiz había logrado adquirir la mística política en su grado exaltado y casi delirante. Y esto fue lo que la condujo a la profesión dentro de cuyo ejercicio pereció. Empezó anunciando que había adquirido cierto poder sobre determinados espíritus y que había dispuesto que algunos centenares de estos protegieran a los jefes liberales. La gente —cómo es de cándido eso que se llama la gente— le creyó y fue a consultarle sus problemas y a pedirle investigaciones sobre su porvenir. Julia tenía, dentro de ese complejo suyo, un gran espíritu compasivo, y asumió su papel de adivinadora por un anhelo instintivo de aliviar algunos de los infinitos males humanos. Porque llevaba un poco de esperanza, tan absurda e ilógica como se quisiese, a uno de esos seres atribulados que llegaban a ella implorando un beneficio de la fortuna para sus sufrimientos atormentados o para sus problemas económicos o domésticos.

(José Antonio Osorio Lizarazo,
El Tiempo, 5 de febrero de 1939).

“¿Pero Dave alguna vez te dijo cómo algunos de los miembros del Partido se negaron a luchar al lado de los trotskistas? Y uno o dos de los trotskistas no regresaron, y no los mataron en el campo de batalla. ¿Y recuerdas a Itzack Pheffer, el escritor soviético-judío? Nos reíamos porque Itzack Pheffer era un hombre gracioso, ja, ja. ¿Dónde está Itzack Pheffer?, solíamos decir. Bien, ahora lo sabemos. ¡Ahora el gran ‘líder’ ha muerto y podemos saber! El comité en pleno de la Liga Judía Anti-Fascista fue fusilado. ¡Fusilado, Sarah! En nuestra patria socialista. Esa era nuestra patria. ¡Y qué patria era para nosotros! En aquel entonces no creíamos esas historias; no era posible que sucedieran allá, en nuestra sexta parte del mundo”.

El colectivo Amantes de Bicicletas de Barcelona constituye una muestra de la conjunción entre deporte y anarquismo: habla de movilidad gratuita; de colectivos solidarios; de la posibilidad de vivir sin dinero y hacer trueques. Dicen que el sistema está agotado, que el capitalismo ha demostrado sus límites y que es un hecho que el hombre no puede ser feliz en él.

“En una bici puedes andar el mundo entero. El Che se hizo el recorrido de América en su moto, pero la bici no necesita ni siquiera gasolina, solo cuenta con la persona”.

La denuncia de Monty Blatt, el personaje de Wesker, del fusilamiento de Itzack Pheffer, el poeta judío asesinado en medio de las purgas de Stalin, y del Comité, justifica con creces su abandono del Partido. Pheffer había sido coronel durante la Segunda Guerra y luego vicepresidente del Comité al que se refiere Monty; y asimismo, como lo señala el personaje, él y los demás integrantes de este organismo fueron fusilados el 12 de agosto de 1952. Al parecer, Sarah no quiere oír nada de esto y la resolución de la obra así lo demostrará; Sarah sigue en el Partido Comunista.

Ahora pienso que Pedro debía resentir más que los demás este discurso. Como Roberto, él sabría de lo que hablaba Monty, y si no, si las palabras del personaje le parecían en esa época una simple disidencia en perjuicio de la izquierda revolucionaria, con el tiempo debió aprender que las cosas no eran en blanco y negro.

Nosotros estábamos en la Colombia de 1985. Independientemente de los argumentos de los comunistas sobre una presunta traición a la patria por parte de esas

víctimas, el hecho histórico de la muerte de los judíos a manos de Stalin tenía el suficiente sustento para llevar al lector y más aún al actor, y a través suyo al espectador de la obra de teatro, a la comprensión íntima de las razones de la deserción de este militante antiguamente consagrado al Partido. Desde tal punto de vista se puede entender la visión de Sarah (quien conserva su ideal comunista) que tiene Monty y que replicará el propio hijo de Sarah, Ronnie, en la escena final, cuando le reproche: “Eres un caso patológico, ¿lo sabes? ¡Todavía estás en el Partido!”. El abandono del Partido Comunista por parte de Monty o de Ronnie obedece justamente a la política soviética de los años cincuenta del siglo XX, al totalitarismo de Stalin y, en síntesis, a lo que sucedía en “nuestra patria socialista”, en esa “sexta parte del mundo” que era Rusia. Mirado desde 1985, desde Colombia, esta perspectiva del marxismo se identificaba entonces con la desilusión de varios militantes de izquierda respecto de la ideología presuntamente revolucionaria que se negaba a ofrecer caminos diferentes a la acción armada. El propio Pedro y varios de nosotros habíamos creído en el comunismo y queríamos seguir creyendo en el socialismo, pero las circunstancias reales nos llevaban a relativizar en pleno las ideologías. Luego de Stalin vino Ceaucescu en Rumanía y Castro en Cuba. Vendrían otros que, de izquierda o derecha, confirmarían los peligros del poder y la vulnerabilidad de las personas en medio de revoluciones y contiendas armadas. Al respecto, claro, no se trataba solo del socialismo soviético, que ya nos había desilusionado a varios, sino del sentido de la revolución en América Latina y lo que

podía significar ser comunista o socialista en la vida cotidiana de una Colombia sumida en la más oscura adscripción al conservadurismo. Además, pertenecer al Partido no implicaba, como hasta cierto punto sucedía en *Sopa de pollo con cebada*, una cuestión ideológica, es decir, de toma de una posición política, sino un peligro inminente de muerte: en ese justo momento estaban cayendo uno a uno los militantes de la Unión Patriótica a manos de nuestros propios Camisas Negras, que efectivamente atiborraban la ciudad. La lucha de La Tramoja entonces era en contra de nuestros fascismos y lógicas bélicas, y ante todo a favor de la libertad individual.

—¿Quiénes fueron entonces?

—Fue un grupo muy nutrido. Yo lo vi. Eran más de veinte camaradas arengando al otro lado del jardín.

—¿Estás seguro de eso?

—En medio de las explosiones dinamiteras podían verse sus caras, Bogdan.

El Festival Barcelona Negra me ha dejado un raro sabor en la boca. Si el propósito de Medellín Negro, el congreso que dirijo

en Medellín, es reflexionar en torno al sentido del crimen en la sociedades contemporáneas, el propósito de Barcelona Negra parece ser difundir los textos para su compra inmediata. Solo se habla de lo hablable; aunque todos se escudan en eso de lo políticamente incorrecto, que es un tópico, ninguno dice más de lo que debe decir para vender su producto. En tal dinámica, he oído lo accesorio, lo circunstancial: la comida de un detective en la novela; la descripción amena de un lugar; la forma en que un libro se volvió película en Hollywood, el humor, etc., etc., y a menudo en catalán, lengua dominante del certamen.

Trato de resumir en una palabra mi percepción global del asunto y solo llego a una: capital. Existe cierta trivialización de la literatura derivada de su condición de mercancía. El entretenimiento y el disfrute que se le atribuyen a la novela negra acaban por banalizar la literatura en general. El festival es una institución en la ciudad. Alguien me ha dicho que empezó como ventana de la novela negra en catalán (de ahí su blog), alternativo entonces, pero se desarrolló al punto que se abrió económicamente al mundo. Todas las librerías se unen ahora para apoyar el certamen e incentivar las ventas en tiempos de crisis. Es un acontecimiento editorial que, en resumidas cuentas, es comercial. Esto a pesar de los escritores que acuden a él, que en su trato personal dan cuenta de una gran prestancia intelectual.

Creo que no es desacertada mi perspectiva de Barcelona Negra. En “Todos tienen un festival policial”, también el escritor Carlos Zanón advierte:

asistimos a una escena en la que hay más festivales de novela negra que poblaciones, más escritores que lectores y menos lectores que colecciones de novela negra.... Los escritores solemos ir sin acompañantes a esos festivales no porque se ligue. Para nada. Aquello tiene más de ejercicio espiritual quizá porque imaginarse una orgía de escritores exniños y niñas acomplejados, feos y resentidos pone menos que un chute de litio. No hay papel más triste que el de acompañante de escritor o escritora.

Los mismos escritores son invitados a los mismos festivales y todos decimos que sí. Parecemos como la caterva de cómicos españoles de los 60 que salían todos en todas las películas de tal modo que a veces me entran ganas de preguntar ¿dónde está Alfredo Landa? o ¿por qué no ha venido Rafaela Aparicio? Siempre hay un grupo de tres a siete argentinos, muchos barceloneses, dos madriles y un canario o un gallego (nunca juntos). Los escritores decimos sí sin saber nunca las condiciones porque se considera de mala educación preguntar. Estas suelen ser prestigio y lectores (o sea gratis), comida y posada. Al llegar te entregan unos vales para canjear en uno o dos restaurantes (de segundo siempre hay escalope o pizza). Si pagan es peor porque tienes que rellenar formularios que

no entiendes y retener IRPF cuando un escritor solo sabe retener envidia o líquidos.

... Los festivales se componen de firmas y mesas redondas, cuadradas y ovaladas. Todas ellas preparadas con el rigor característico del país. Los escritores no tienen ni idea de qué va el tema, el moderador no se ha leído el libro de nadie y el público solo quiere hacer preguntas que son respuestas largas a la misma pregunta, pero la gente sale satisfecha. Es lógico: es difícil que en casa te escuchen 20 minutos sin interrumpirte. Los temas son recurrentes. Si hay mujeres escritoras será *Las Mujeres en la novela negra*. Si hay grupo de escritores de Barcelona, Carvalho cae, así como el *boom nórdico*, el asesino en serie, o *La crisis económica y la novela negra*. Yo he estado en mesas de *La renovación de la novela negra* cuando la edad de los participantes sumaba 607 años y éramos cuatro.

Siempre contemporizas mucho con colegas y lectores. Comes todo lo que te ponen y bebes la mitad de lo que beben los que lo organizan. En realidad, mi deseo de dejar de asistir a algunos de esos festivales no es porque no los disfrute. Es la sospecha de que en realidad este sarampión no es sino un plan de los poetas para que los escritores de negra no tengamos tiempo para escribir nuestros libros y cada vez los acabemos pronto y mal, y restaurar así los Tiempos de Los Sonetos a la Virgen Lunera. No lo desestimo. Pero necesito quitarme. Al menos de uno o dos. A partir de septiembre, sí, necesito un *salinger* ya mismo.

En una cárcel de Ámsterdam, 1 de septiembre de 1907

11 h

Al principio nos llevaron a un calabozo a todos. Broutchoux, que me ha pedido que le llame solo Benoît, Monatte, dos o tres franceses, algunos holandeses y el eslavo. Nos quitaron las pertenencias, incluidos sombreros, carteras, relojes, monedas... y nos distribuyeron algunos uniformes que parecían más bien talegos de lana a rayas gigantes que evidentemente tenían más uso que el esperado: nos servirían luego, en la noche, de mantas para soportar el frío y la humedad de las celdas.

Luego nos separaron. A mí me trajeron a esta prisión de Havenstraat con el eslavo.

Ahora creo que la cosa no estuvo tan mal si comparo esta prisión con las francesas. Parecen más grandes y limpias. Aunque, a diferencia de las galas, la comida es asquerosa.

Como sucede a menudo en Europa, en medio del confinamiento nos permitieron escribir. Acaso porque nuestro delito está asociado a oposición política, o porque somos extranjeros, o porque quieren ocuparnos en algo durante el tiempo libre, ¡vaya uno a saber! Al entrar nos explicaron las

condiciones, pero obviamente muchos no las entendimos. Eran en holandés local. Y, además de que yo no comprendía ni una palabra, me pareció que el guardia hablaba tan de prisa que lo que dijo fue apenas suficiente para las circunstancias. Estábamos justo en el vestíbulo del segundo patio interior al que ya hacía rato habíamos entrado y su propósito era entregarnos al guardia de este, sin dilación alguna.

Al rato, nos trajeron papel y lápiz, y aquí estoy, escribiéndolo todo para la posteridad. Gajes del oficio, me digo.

“Ser perseguido es ser temido. Ser maestro es ser tirano”.

Sebastián y yo vamos a dar una vuelta en bici. La ciudad es otra desde esta perspectiva. Esto ha sido lo único que me ha hecho tomar calor. Disfrutar del sol y ver la ciudad desde la bicicleta me dio paz.

En la noche dormí bien. Tuve sueños tranquilos, con Ángela e Irene.

—¡No quiero llamarme Irene, quiero llamarme Sofía, mamá!

—¿Cómo dices eso? ¡Tu nombre es precioso!

—Pero yo quiero llamarme Sofía, como la princesita...

—Tu nombre es mucho más hermoso que el de la princesa, hija.

—Pero me gusta más Sofía...

—No tienes ni idea de lo que significa tu nombre... Papá y yo lo pensamos mucho antes de escogerlo.

—¿Y qué significa Irene, mamá?

—Irene para los griegos significa *paz*.

El amor es la concreción de los sentidos a un ser escogido.

Amor es gravedad. Atracción. Pesantez. Afinidad.

Siempre fuerza.

Y la fuerza es un concreto de energías en acción.

Biófilo Panclasta.

Hoy he reencontrado a Sergio. Desde que nos conocimos, hace algunos años, en Medellín Negro, estamos en contacto. Su amistad crece con los años.

—¿Volverás?

—¡Qué pregunta! Tengo que hacerlo.

—Pero ustedes siempre están aquí y allá...

—Como tú.

—Yo ya me decidí. Me quedaré en España.

—Pues te deseo lo mejor. Yo vuelvo la próxima semana.

—¿Y en qué van tus libros?

—Estoy obsesionado con una biografía de Biófilo Panclasta.

—El anarquista.

—Sí. Pero eso a nadie le debe interesar, y mucho menos en Colombia.

—No creas. A mí me interesa el personaje... Me gustaría leer el libro, me lo puedes dejar...

Panclasta es una y otra vez detenido, Margarita. El sistema le tiene miedo. Desde Francia hasta Ámsterdam, todos temen su acción. Mucho se dijo de lo ocurrido en el Congreso Anarquista: que todo había sido un montaje del dictador para salvar a Pérez Triana; que Reyes Prieto le emprendió una persecución a Panclasta porque él sabía realmente lo ocurrido en Holanda; que el gobierno en últimas temía que saliera a la luz pública la participación de Pérez Triana en el atentado dinamitero... En fin.

Todo quedó en el olvido. Reyes Prieto se encargó de satanizar su nombre, al tiempo que exaltaba a Pérez Triana, su lacayo. De ahí en adelante el dictador no cesó en su empeño de acabar con Panclasta. En Cartagena, en Colón... en el cuartel de policía de Barranquilla, en Venezuela. Y no fue el único. Panclasta fue expulsado de Curaçao, de República Dominicana en 1910, de Brasil en 1924, incluso de Colombia entera, de San Gil, en 1927, junto con Raúl Mahecha...

Por eso, por lo que él mismo ha vivido y por todo lo que ha visto, a Panclasta lo corroe la injusticia, la persecución y poco a poco cae víctima del alcoholismo. Y con todo y eso, vuelve a ser delegado a un Congreso de Anarquistas en Barcelona, en representación de México... como si lo de Holanda no hubiera sido suficiente, de nuevo en Barcelona, en el 23, en los años

del plomo, de los anarquistas perseguidos. Acaso fue allí donde conoció a Sebastián San Vicente.

2 de septiembre de 1907

17 h

Žerajić es serbobosnio. Me resulta más fácil decir su nombre de pila, Bogdan. Él me ha explicado en un mapa imaginario la ubicación del lugar donde nació, Miljevići, en el centro de la provincia de Bosnia, al Este de Europa. Un lugar estratégico, según dice. Húmedo y rico, posee un clima templado casi todo el año. Llueve siempre y eso asegura la estabilidad de los cultivos. Lugar de paso de turcos, judíos, alemanes o rusos... Hace tiempo Serbia y Bosnia pertenecen al imperio otomano pero quieren anexárselo al austro-húngaro. Los intereses imperialistas, el tratado de 1878 de Berlín o la ocupación de Sarajevo... todo se reúne allí y todo está a punto de explotar, dice. Musulmanes y ortodoxos nos oponemos a cualquier anexión, explica, pero el orden mundial la exige. El propio Rey Pedro I de Serbia intenta unirnos a serbios y bosnios, pero tampoco esto es solución, pues algunos nos oponemos a la monarquía, aunque sea propia, dice.

Los ojos azules de Bogdan se encienden hablando de su tierra, de Miljevići, razón que explica su indignación por lo que allí sucede.

Tratamos de comunicarnos, pero esto se hace muy difícil, no solo por nuestras circunstancias materiales, que son lamentables, sino por la lengua.

La celda está dividida en dos literas separadas por un muro de un metro de altura. Tiene una letrina en el medio, que se vuelve un obstáculo entre los reos. El aislamiento es el objetivo de la distribución del espacio y la letrina permite ahorrar área y agua. Lógicamente está el tema de los olores. El lugar resulta nauseabundo a eso de las 11 de la mañana cuando por orden marcial los hombres vuelven a sus celdas luego del desayuno.

En lo que atañe a la comunicación, en cuanto pronunciamos la primera palabra, bien sea en bosnio, en ruso, en español, o en lo que intentemos relacionarlos, viene un guardia autoritario a exigirnos silencio. Sobre todo en las horas de la noche. Piensan que planeamos una fuga o un atentado terrorista. A esto se suma que Bogdan no habla español y yo no hablo serbio o bosnio; su inglés es correcto y mi ruso pasable, por lo que terminamos hablando más este último, con uno que otro salto en nuestra lengua materna. No es fácil, pero aún así logramos comunicarnos. Yo trato de entenderlo como él a mí, en un diálogo “entre extraterrestres”, y a menudo ambos subimos el tono de la voz creyendo que así lo lograremos. ¡Pero ahí vamos!

Bogdan tendrá unos veinte años y la energía de la juventud. Ha trasegado mucho, al punto que todo le parece “cuestión vivida” (*žive materije* en bosnio, según me escribió en un trozo de papel). Repite esta expresión que para mí es casi incomprensible.

¿Puede existir realmente alguna cuestión vivida?

Por *Facebook*:

—Hola, Gus.

—¡Pedro!

—Tengo muchas ganas de hablar contigo, pero el bebé siempre me exige atención... Betzy no da abasto.

—¿Y cómo está?

—¿El bebé? Bien, afortunadamente. Y la madre, también.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Bien, bien... ¿Qué tal te fue hoy en Barcelona Negra?

—Te diré el promedio de las charlas de los escritores en Barcelona Negra. Uno de los escritores ha dicho: “Mi libro

cuesta 20 euros y seguro que ustedes tienen 20 euros en el bolsillo”. Risas.

—Esto del dinero es cosa grave en Europa. Puse un *link* en *Facebook* de un documental de la BBC sobre la economía en UK. ¡Espero que lo veas! Tiene subtítulos en inglés, lo cual ayuda a entenderlo mejor. El dinero, siempre el dinero...

—¿De qué va?

—¿Qué?

—El documental...

—Pues sirve para entender lo que está pasando con la economía mundial y lo que nos espera. Los bancos y los grandes capitalistas descubrieron, en la década de los ochenta del siglo pasado, que la manera más efectiva de evitar que la gente participe en huelgas no es con la implementación de la represión policial, sino con algo más sofisticado: los préstamos bancarios. La idea es: “préstales dinero para mantenerlos endeudados y nunca irán a la huelga”. Así lo afirma el profesor David Graeber, economista de la London School of Economics: “Lo que se ve en ese período es una serie de políticas gubernamentales bastante intencionales que están diseñadas para garantizar que la mayoría de la gente esté en deuda. Si usted tiene una hipoteca, no se puede ir a la huelga. Así que fue una política hacer que la gente se endeudara, esto reducirá

la cantidad de huelgas, mantendrá bajos los salarios, y controlará la inflación”.

—Terrible...

—Graeber me ha abierto los ojos sobre varios temas.

—Por ejemplo...

—En muy resumidas cuentas resulta que UK se ha convertido en el paraíso de los multimillonarios y al mismo tiempo en la sociedad más inequitativa de Europa.

—¿Más que Colombia?

—Aquí los ricos tienen una tarifa plana de treinta mil libras anuales de impuestos. Lo que ellos se gastan en una fiesta.

—Y entonces...

—Eso lo hicieron para atraer a los ricos a UK con la idea de que invirtieran y crearan riqueza para todos.

—Lo mismo de siempre.

—Pues el resultado ha sido el opuesto: no han generado riqueza sino que se han dedicado a comprar propiedades para especular. Lo que está pasando en Londres es alarmante, están tumbando las casas para construir edificios que valen 6.5 millones de libras cada uno.

—¿Sí?

—Gus, tengo que ir con el bebé, ahora.

—¡Un abrazo!

—Un abrazo.

—El sistema entero depende de una red de vigilancia sustentada en millares de jóvenes reclutados para la gendarmería. Ellos no saben para qué se hace la guerra y, como todos, tienen necesidades. Se ven impelidos a vigilar, aprehender, reprimir y castigar a sus semejantes para ganar algo de dinero, comer y, sobre todo, dar satisfacción al capital. En la misma línea se está fraguando la guerra. Jóvenes de distintos orígenes se enfrentarán por los intereses de los monarcas y la *buržoazija* o, dicho de otro modo, la burguesía capitalista.

—¿La burguesía capitalista? Es la terminología de la Goldman... Me haces pensar en lo que está ocurriendo en América, en la burguesía de Estados Unidos.

—Creo que justamente por el desarrollo de la burguesía en Estados Unidos es que allá se entiende todo lo que tiene que ver con la guerra; y, claro, como hay más conocimiento del asunto, el movimiento social es más fuerte.

—¿Más fuerte?

—Los *wobblies* de la Primera Convención Anual de la Industrial Workers of the World, la IWW, han buscado que el pueblo se una como clase y en cooperación internacional se oponga al capital. Están en contra de la guerra, pues esta “significa una lucha entre los capitalistas para ver quién se vuelve más rico”. El egoísmo burgués es peor que el feudal.

—Tenemos que ir allá, a Estados Unidos, entonces, mi querido Bogdan.

—Pues a mí no me gustaría. No es mi mundo. Y creo que no nos sería fácil... Además está lo del dinero. ¿Tienes?

—No, claro. Pero, por lo que me dices, es un hecho que los *wobblies* nos podrían ayudar, y sobre todo, explicar quiénes le hacen el contrapeso a la monarquía, y por lo tanto, el nombre de los capitalistas modernos que quieren la guerra.

—Los guerreristas.

—Sí, eso es: los guerreristas.

—¡*Žive materije!*

Conozco casi todos los países de Europa, pero de una manera muy superficial, por cuanto las persecuciones que sufría, el temor que en los espíritus achatados despierta todo lo atrevidamente nuevo, mi situación económica doliente, y hasta la disparidad de opiniones con mis coasociados, me impedían viajar de otro modo que como un fugitivo.

(Extracto de carta de Panclasta a Aurelio de Castro de 1910, publicado en el periódico *El Pueblo*, N° 219).

Reino de Holanda

Ámsterdam, 4 de septiembre de 1907 a las 10 h

Ministerie van Buitenlandse Zaken

Bezuidenhoutseweg 67. 2594 AC La Haya

Corps de Maréchaussée. Penitentiare

Havenstraat 6. 1075 PR

A Joost van Oosten

Comisario

Proceda a dejar en libertad a Vicente Lizcano, a. Panclasta, ciudadano colombiano.

Firmado:

Jhr. Dirk Arnold Willem van Tets van Goudriaan.
Minister van Buitenlandse zaken.

Ministro de Su Majestad Guillermina de Holanda.

—Y bueno... ¿Te has dormido al fin? Panclasta... ¡Panclasta!

—En últimas creo que todo lo que hemos hablado se resume en la cuestión de las armas.

—¡Pensé que te habías quedado dormido!

—Por eso los verdaderos anarquistas hablamos de antimilitarismo. Existe una relación entre armas y capital.

—Dicho así, las cosas resultan de una sencillez... ¿Cómo se dice? ¿*Evidentan*?

—Evidente, Bogdan. Una sencillez evidente.

—Y entonces... ¡Cómo no se han dado cuenta todos, *mijo*! ¿Se tiene que sufrir la privación de la libertad para entender situación tan simple?

—Es lo mismo en Venezuela, en Francia o en Rusia. Los ricos quieren guerra y los demás viven aletargados por cuestiones como la sobrevivencia o el hambre. Así se moviliza el capital.

—Te digo que jamás lo había visto tan claro como eso.

—¡Como el agua!

—Por eso las monarquías imperiales se han extendido al punto de hacer del mundo entero su dominio. Pocos entienden las cosas y los que las han de entender no quieren los cambios. Francisco Javier busca anexarnos a nosotros, a Bosnia y Herzegovina, al imperio austro-húngaro en perjuicio de nuestros derechos más elementales. No le importan nada nuestras costumbres eslavas, nuestra identidad, nuestra *jezik*... es decir, nuestra lengua. Lo que quiere es la tierra, el capital. Como los demás monarcas de Europa, el archiduque quiere hacer de nuestro pueblo un negocio más.

—El capital.

—Por nuestra parte, nosotros queremos una Yugoslavia unida, y luchamos por lograrlo.

—Esa sería una buena razón para eliminarlo.

—¿Al Archiduque?

—Claro.

—Es verdad, camarada.

—¿Ese es... tu proyecto?

—Pues... Hasta ahora, sí. Estaba convencido de eso, Panclasta. No sé si deba decírtelo, pero con lo del subcongreso te tengo confianza.

—Eliminar al rey... ¡Quieres eliminar al rey!

—Aunque... lo de la otra noche me ha hecho dudar, *mijo*. No es cualquier cosa. Supongo que tendré que pensarlo un tiempo.

De *El Correo Nacional*, Bogotá, No. 4034, 14 de diciembre, 1907, pág. 2:

El Ministro de Relaciones Exteriores de Holanda, Jhr. Dirk Arnold Willem van Tets van Goudriaan. Minister van Buitenlandse zaken. Ministro de Su Majestad Guillermina de Holanda,... no es el tipo del holandés clásico que se forjan los que conocen la Holanda por las relaciones de los viajeros o por los cuadros llamados interiores holandeses, tan populares y conocidos.... es un hombre muy alto, pálido, distinguido y elegante. Su fisonomía es fresca, juvenil, pero enmarcada con cabellos y barbas blanquísimos. Sus ojos azules y profundos revelan al hombre político y al caballero lleno de benevolencia y cortesía. Hay un gran contraste entre la gravedad de su fisonomía y la dulzura de sus palabras.... Sin entrar en la biografía de este eminente hombre público, solo diré que es padre del mozo más alto y de las dos muchachas más lindas de Holanda.

Marceliano Vargas

El editor Carlos Pujol nos contacta —a los responsables del Congreso Internacional de Literatura Medellín Negro— por correo electrónico:

De: Carlos Pujol
Fecha: 8 de febrero de 2015, 6:38
Asunto: Medellín Negro Editorial Al revés
Para: congresoliteraturaudea@gmail.com

Queridos amigos,

Os escribo este correo transoceánico casi como si fuera un mensaje en una botella y con la esperanza de que alguien lo recoja. No temáis romper la botella para leer lo que pone. Es de un whisky español –toma oxímoron– realmente malo.

Acaba de terminar la semana de novela negra de Barcelona y he sabido de vuestra existencia. Estoy muy interesado en leer autores vuestros de novela negra que podáis recomendarme, con la intención de estudiar su publicación aquí en España.

Con un cordialísimo saludo,

Carlos Pujol

—¡Oh! ¿Te has dormido al fin?

—Tú haces parte del plan, ¿verdad?

—Como tú.

—No. Yo no. Hasta ahora lo del plan había sido una especulación de mi parte.

—¿Especulación?

—Imaginación.

—¡Oh! ¡*Mašta*!

—Lo concluí a partir de la realidad. Luego de una serie de atentados en contra de los monarcas no había otra respuesta.

—¿Entonces...?

—Yo no hago parte de nada. Mi país apenas aparece en los mapas.

—Pues te lo diré claro. Lo que has imaginado es verdad.

—¿Verdad?

—Existe un plan, un plan Europa, como dices. No sé si se llama así o si eres tú quien lo ha llamado así. Yo sé del Kosovo tiranicidio, el plan para mi país. Existe un plan, un proyecto...

—Con eso se asegurará la guerra.

—Como dijiste en el Congreso, ¿eliminar la monarquía implica la guerra?

—Así lo creo. Y tú debes saber cómo funciona ese plan.

—¿Cómo?

—Sí, cómo. ¡Ahora el dormido eres tú! ¿Cómo funciona el Kosovo tiranicidio ese?

—Existe un comité que tiene como misión ordenar, planear y ejecutar a los monarcas.

—Pero... ¿quiénes conforman ese comité?

—Eso no lo sé, por supuesto. Acaso los *wobblies* lo sepan. Yo solo sé del “Kosovo tiranicidio”.

—¿Un plan para *tu país*? Entonces, ¿el plan va por países?

—No es exactamente así. De hecho Kosovo no es un país... o por lo menos no ahora. Como dices, no aparece en los mapas.

—Entonces...

—En cada lugar, un método. Por eso, dicen que el plan incluye eliminar al arzobispo de México; a Fallières, en Francia; a Gregorio María Aguirre García O.F.M., cardenal arzobispo de

Toledo; y a León Daudet. No todos son reyes, y no todo va por países.

—Eliminar monárquicos en todo caso.

—Tampoco... Fallières, ¿sabes? Está en la lista. Dudó de la expulsión del país de los pretendientes al trono de Francia.

—Un tibio.

—¿Tibio?

—Que no decide.

—¡Ah! Pues eso.

—En Argentina, atentaron contra el presidente, y en Colombia, contra el dictador Reyes Prieto. A los culpables de este último los condenaron a muerte.

—Mejor para el comité: no hablaron.

—¡Siempre me pregunté si detrás suyo había un plan internacional!

—Puede ser...

—Y tú... entonces tú tienes el encargo de eliminar a Francisco Javier.

—¿Al archiduque?

—Pues, claro. Al archiduque. ¡No te duermas, mijo!

—Pues, te repito: no debería decírtelo, pero así es.

—Y... ¿la guerra, camarada? ¿Quieres la guerra?

—¿La guerra?

—Por lo que hablamos anoche, la cuestión es clara: se tiene que escoger de dos males el menor.

—¿El menor?

—Sí, Bogdan. ¿Me oyes? ¿Has pensado cuál es el mal menor?

—Quiero pensar en el asunto, pero estoy cansado, *mijo*. Cambiar el orden social o favorecer la guerra no son temas triviales. Resulta difícil decidir....

—¡Bien difícil!

—En todo caso, recuerda esta palabra, camarada: *sloboda*, en bosnio; *Freedom*, en inglés. Es nuestra clave. Acaso esta palabra te pueda ayudar alguna vez a reconocer el Comité Internacional.

00098665.

Ámsterdam, 11 de diciembre de 1907

Reino de Holanda

Corps de Maréchaussée

Havenstraat 6. 1075 PR

A Gobierno colombiano.

Vicente Lizcano abandonó Holanda el 9 de diciembre de 1907.
Autoridades aduaneras informan su salida a Francia.

Lizcano había salido de prisión el día 1 de septiembre.

Obtuvo el aval diplomático de Marceliano Vargas, ministro de Colombia presente en Holanda en la Conferencia, según informó él mismo al Jefe de Policía de La Haya.

Firmado:

A. Joost van Oosten

Comisario

Sobre la aprehensión y liberación de Panclasta en Ámsterdam en 1907 escribió José Antonio Osorio Lizarazo en *El Tiempo*, el 12 de febrero de 1939:

La policía holandesa disolvió el Congreso... Hubo algún atentado dinamitero. La policía intervino y apresó a los promotores principales del motín. Panclasta, anarquista, fue a la cárcel. Las noticias de información, supremamente deficientes en esa época, se limitaron a traer hasta este altiplano que sustenta nuestra ciudad una noticia lacónica. “El delegado de Colombia en Holanda fue reducido a prisión”. El presidente de Colombia, general Reyes, se puso en movimiento, dio las órdenes del caso y, persuadido de que era el burgués Pérez Triana el perseguido de los agentes del orden, e ignorando hasta la existencia del anarquista Panclasta, emprendió la reclamación diplomática contra tamaña violación del derecho internacional. Jamás perdonó el general Reyes a Panclasta esta situación que el magnate consideró ridícula, y a lo largo de su vida tuvo oportunidades para demostrar el resentimiento perpetuo que esto le produjo. Porque a él no le importaba que Panclasta se hubiera podrido en la cárcel. Posiblemente lo deseaba. Panclasta era anarquista y se había unido a toda esa chusma de harapientos, de criminales y de rufianes que estaban tratando de asesinar

a su majestad imperial Alejandro de Rusia, derruir los tronos y los gobiernos que significaban la civilización y poner en vigencia todas las teorías monstruosas del judío barbado que se llamaba Carlos Marx.

Pamplona, 20 de diciembre de 1941

El Observador. El periódico del pueblo

El atentado dinamitero y la reclamación diplomática de Rafael Reyes Prieto en 1907

Una vez que el dictador Rafael Reyes Prieto se enteró de la aprehensión de un delegado colombiano en Ámsterdam, no dudó un instante que fuera Santiago Pérez Triana. Además de que sabía exactamente de su misión, pues se la había encomendado él mismo, creyó que en desarrollo de ella su pupilo bien había podido caer en desgracia semejante.

Reyes Prieto sabía, claro, que era posible en las circunstancias del agente su manipulación de armas o explosivos y que en tal sentido un enfrentamiento con oficiales de la gendarmería

holandesa bien podía haberse producido. Estos pudieron haberse enterado de un modo u otro de sus asuntos. Por ello en un primer momento las autoridades colombianas no manifestaron interés alguno relativo a esclarecer su identidad a fin de solicitar la liberación. Daban por sentado que se trataba de Pérez Triana. Su reacción inmediata fue entonces argüir ante el ministro Jhr. Dirk Arnold Willem van Tets van Goudriaan que Pérez Triana era una persona de bien, hijo de un expresidente, hombre dedicado al comercio del té, y que era una locura implicarlo en asuntos anarquistas que le eran evidentemente extraños. Procedieron, entonces, con la premura del caso, y por orden del Presidente, a solicitar que se le dejara en libertad sobre la base de la confianza entre los estados y el principio del buen crédito de un ciudadano que avalaba su gobierno, contando con la buena fortuna, además, de que, de acuerdo con la información telegráfica, Pérez Triana *no opuso resistencia*, hecho que permitía inferir su subordinación a la ley.

La acción terrorista del 31 de agosto de 1907 ponía en evidencia otra vez la verdadera naturaleza del diplomático. Por eso se hizo imperioso para Reyes Prieto salvarlo de lo que sería, esta vez sí, su ruina y la suya propia. El presidente tuvo que tragarse entonces lo que le quedara de decencia, pasar por encima de la honorabilidad de su investidura y pedirle de nuevo al ministro van Tets van Goudriaan la prudente intervención en el asunto de *Niágara Falls Gazette*. Y como no podía hacerlo directamente, tuvo que recurrir a uno de sus lacayos, el segundo (a Holguín, como colega del Ejército, no le iba ofrecer esta efectiva coartada de presión

que bien podía usar como peldaño de ascenso en el futuro), a quien le encomendó rápidamente la tarea en una misiva secreta.

Así pues, de visita en casa de Van Tets, con los hermosos rubios de sus hijos presentes, el delegado Marceliano Vargas señaló la “trivialidad” de lo sucedido, cosa de dejar pasar, ministro... fruto de la irreflexión y la emoción ideológica de este buen muchacho... “Si se deja pasar lo ocurrido, sin pena ni gloria” (“*Laisser passer*”, le mandó a decir el dictador), como con lo del diario *Niágara Falls Gazette*, Pérez Triana aprendería la lección y, por su invaluable decisión, recobraría su libertad e incluso podía seguir apoyándolo en la Conferencia, en el molesto asunto del tribunal de arbitraje que buscaban los norteamericanos, por ejemplo... El presidente Reyes Prieto lo entendía así, “como demócrata y hombre pluralista que era”, y, en síntesis, porque “Santiaguito era como un hijo para él”.

Con el tiempo, el ministro van Tets, el de cabellos y barbas blanquísimos, tomaría el asunto de forma jocosa y lo sintetizaría así refiriéndose al pobre inocente de Panclasta, que resultó pagando los platos rotos: “Un pobre de esos apenas justificará la atención de la prensa”.

¡Hacia una revolución social!

Julia Fuentes Calderón

Maestra

VIII. PARÍS, OTRA VEZ

*He dormido bajo el dosel dorado de hetairas
soñadoras y he tiritado en noches de miseria a las
márgenes mustias del Plata y del Sena.*

Biófilo Panclasta

République Française

París, 15 de diciembre de 1907. 23:20 h

Préfecture de Police de Paris

La Conciergerie

Hoy, a las 21 h, Vicente Lizcano, a. Panclasta, ciudadano colombiano, fue detenido en la Rue Pigalle, a la altura de la Rue Blanche, en la intersección. El individuo arengaba en contra de la injusticia y llamaba a la movilización general. Al ser inquirido, se constató que carecía de documentos y solo tenía en su poder una botella de Beaujolais.

Una vez verificada su identidad por una muestra dactilar, se estableció que Lizcano no tenía permiso de autoridad competente para entrar al país. Esto de acuerdo con disposición del 25 de julio del presente año, que se anexa a este cuaderno para conocimiento judicial.

En tal oportunidad, Lizcano fue expulsado del país después de ser aprehendido y encarcelado como consecuencia de una disputa en el *Restaurante Lhérot*, 1, rue d'Eupatoria, XX arrondissement. Allí se negó a hacer el pago correspondiente al consumo de una cena y armó una trifulca arguyendo en su lengua que tenía hambre y que no tuvo más salida que pedir comida en el restaurante.

En esta resolución se estableció la expulsión del sindicato de La France y la prohibición de entrar al país sin orden de autoridad competente.

Se formaliza así la detención de Lizcano, a. Panclasta, por cuatro meses, en el calabozo de La Conciergerie, y se dispone que

inmediatamente cumplida la pena se proceda a su expulsión definitiva del país. Esta se deberá cumplir, a más tardar, el día 16 de abril del próximo año, 1908.

Una diligencia especial verificará su desplazamiento a las fronteras de La France junto con otros condenados a pena semejante.

Se le permitirán visitas hasta el día domingo 11 de abril a las 10 a.m.

Firmado:

Capitán Claude Binoche

Sellos de notificaciones

—¿Cómo así, Panclasta? ¿Otra vez?

—Lo mismo de siempre, ya sabes. Como dicen tus colegas, soy el eterno prisionero.

—De verdad que es eterno. Mírese aquí hablando conmigo como si nada. Y en la prisión.

—Ya saldré, y hablaremos como se debe. No es justo que siempre nos encontremos en estas condiciones.

—Por supuesto que no. No es justo que yo solo sienta su sufrimiento, su dolor, su exclusión...

—¡Ay, miyo! Esa es la vida.

—Vuestra literatura es de lo mejor que se está haciendo. ¡De verdad!

—Te lo agradezco. ¿Y podríamos, sobre esa base, hacer algo en conjunto?

—Como te dije, estoy interesado en leer algunos libros de vuestra colección de novela negra.

—Novela de crímenes.

—¡Ah! Así la llamáis.

—Pues sí... Es necesario hablar de otra forma de este tipo de novela, ¿verdad?

—Puedes tener razón.

—Te dejo aquí algunos de nuestros libros, *Aves hambrientas*, de Luis Alejandro Vinatea...

—¿Es bueno?

—A mí me ha gustado mucho. El Jurado, Javier Chiabrando del Festival Azabache, David Knutson, de Xavier University, y Selnich Vivas Hurtado, un colega de la Universidad, lo alabó. Habla sobre el mercado de pesca en el Perú durante los años ochenta del siglo XX. Y aquí está *La ropa del muerto*, que acabamos de publicar, de Fabio Lannutti, una excelente historia de migración.

—Es un libro grueso, ¿no?

—Sí. Sucede en medio de la Guerra Civil española y la historia llega hasta la Argentina de Perón.

—Interesante.

—Con seguridad una reedición tendría acogida aquí en España.

—Pues... te repito: a mí me cautivan los colombianos. Este año publicamos aquí a una autora colombiana que vive en Suiza, María Clara Rueda, y que a lo mejor os gustaría conocer. Es extraordinaria.

—Me encantaría.

—Por ahora te puedes llevar estos libros de nuestra editorial, de Jordi Ledesma, de Alexis Ravelo y, acaso conoces este, de Víctor del Árbol, *La tristeza del samurái*. Espero que te gusten.

—Gracias.

—Con todo gusto.

—También te dejo mi novela *Desaparición*.

—¡Ah! ¡Tú también escribes!

—Sí, y ahora estoy obsesionado con la historia de Panclasta, uno de los principales (y pocos) anarquistas colombianos.

—Te interesa el tema político y tal.

—Mucho. Y quisiera publicar el libro en España.

—Pues acaso podemos hacerlo juntos. Esto de lo negro político está bien... si quieres, déjame la novela... ¿Cómo se llama?

—Amantes y destructores.

La Conciergerie

París, 16 de diciembre de 1907

M. Jean Grave

Le Temps Nouveaux

4, Rue Broca

París (Ve)

Mi estimado camarada:

De nuevo me veo en la penosa situación de pedirle su ayuda para superar este *impasse* de mi detención carcelaria en este país.

Fui aprehendido injustamente. Solo caminaba por la calle.

Considero totalmente indebido que no se me deje caminar por París, la ciudad de la libertad.

Luego de lo sucedido en Ámsterdam y tras varios intentos de afianzar mis relaciones allí, tuve que salir de Holanda y venir a esta ciudad.

L e ruego se digne activar los contactos necesarios con el fin de devolverme la libertad.

Se lo agradeceré toda la vida.

¡Viva la revolución social!

Vicente Lizcano

a. Panclasta

La Conciergerie

París, 16 de diciembre de 1907

M. Charles Malato

71, Rue Flandre, XIXème

Querido camarada:

De nuevo me veo en la penosa situación de pedirle su ayuda para superar este *impasse* de mi detención carcelaria en este país.

Fui aprehendido injustamente. Solo caminaba por la calle.

Considero totalmente injusto que no se me deje caminar por París, la ciudad de la libertad.

Luego de lo sucedido en Ámsterdam y de intentar afianzar mis relaciones allí, tuve que salir de Holanda y volver a esta ciudad.

No creo en fronteras. Estas se han erigido para limitar la libertad de los hombres. Usted tampoco debe creer en ellas, ¿verdad?

L e ruego se digne activar los contactos necesarios con el fin de devolverme la libertad. Acaso la Federación Anarquista de Francia podría ayudarme en este trance; o bien, uno de los camaradas de *Le Temps Nouveaux*, Jean Grave sobre todo.

Se lo agradeceré toda la vida.

¡Viva la revolución social!

Vicente Lizcano

a. Panclasta

La Conciergerie

París, 16 de diciembre de 1907

M. Marceliano Vargas

33 Rue d'Italy

París (Veme)

Estimado Paisano:

Soy Panclasta, ciudadano colombiano que usted ya conoce, pues le ha ayudado en otros momentos de crisis.

Espero que al recibir esta ya se encuentre en París y yo tenga la fortuna de contar con usted en la ciudad.

Luego de lo sucedido en Ámsterdam, tuve que salir de Holanda y volver a la Ciudad Luz.

Quisiera ahorrarme en esta detalles de lo ocurrido al final del Congreso Anarquista, pero le ruego que no se deje influir por las

noticias que reciba de terceras personas. Una cosa sí deseo afirmarle, y espero que confíe en mi palabra: yo no tuve nada que ver con el ataque dinamitero de la noche del 31 de agosto pasado.

Ayer fui aprehendido injustamente, cuando caminaba por la calle rumbo a Montmartre.

De nuevo, me veo en la penosa situación de pedirle su ayuda para superar este *impasse* de mi detención.

¿Podría usted activar los contactos necesarios con el fin de devolverme la libertad?

Sé que con su apoyo personal y aquel del Gobierno de la República podría conseguirse este propósito.

Lizcano (del pueblo vasco).

Para culminar Barcelona Negra, se ha invitado a los escritores y al público en general a compartir mejillones en la *Librería Negra y Criminal* de la calle de la Sal, 5.

Luego de la mesa redonda con Juan Ramón Biedma, Juan Bolea, Cristina Higuera, Marcelo Lujan y Félix G. Modroño, nos encaminamos a la librería. El paseo incluye una agradable conversación sobre Medellín Negro: los invito al certamen y difundo nuestro trabajo en Colombia respecto de la novela de crímenes. Les dejo libros y alguna papelería.

Hablo especialmente con Lorenzo Silva que se ha unido a la marcha. Está con su pequeño hijo. Hablamos de los privilegios de ser padre y de otros asuntos mientras caminamos a la librería.

—Ojalá pudieras venir a Medellín este año.

—Para mí sería un gusto.

—El tema del próximo congreso será la memoria del crimen... cómo se elaboran los discursos de consignación de la criminalidad, cuál ha sido el origen del crimen, social o individual, cuál es el valor del recuerdo o del olvido en las sociedades modernas... Imagino que tendrás que decir mucho al respecto.

—Puedo preparar algo, claro.

—Serás bienvenido.

—Y... ¿cómo están las cosas por allá en Medellín?

—La ciudad ha cambiado, claro; aunque persisten problemas muy graves, como en el país en general.

—¿Te da miedo vivir allí? ¿Temes que te pase algo a ti o a tu familia?

—Siempre.

París, 19 de diciembre de 1907

Camarada Vicente Lizcano:

Lamento mucho su situación, pero esta vez no cuento con los medios posibles para ayudarle en su cautiverio.

Espero que usted encuentre otro camino para solucionar este lío.

Camarada en combate,

Charles Malato

¡Viva la revolución social!

La Conciergerie

París, 21 de diciembre de 1907

Camarada Charles Malato

Lamento importunarle de nuevo.

No tengo a nadie más en París, y menos una persona que hable bien mi lengua como usted y, ante todo, a quien pueda comunicar la hondura de mi dolor.

Siento como si el olvido generalizado fuera la regla del sistema.

Penosamente le reitero mi solicitud de hace unos días.

Requiero su ayuda.

El frío de este lugar me llega hasta los huesos.

Le agradeceré su solidaridad toda la vida.

¡Viva la revolución social!

Vicente Lizcano

a. Panclasta

Musclos i signatures reúne a los escritores en una “tradición literaria y gastronómica” de la *Librería Negra y Criminal*: al mismo tiempo que se comparten los mejillones, se busca vender sus libros y ofrecer sus autógrafos. En la calle, en medio del frío, que al parecer solo a mí afecta, se disponen unas cuantas mesas y en ellas, frente a los escritores, se muestra una considerable cantidad de sus libros, que los asistentes pueden ir ojeando, comentando y en todo caso comprando. Esto al tiempo que se comparten *las tapas*, como dicen acá. Yo intento seleccionar libros para comprar, pero en un momento dado desisto: prefiero quedarme en un corrillo con calor propio conversando con Andreu Martín, Marcelo Luján, Willy y Laura, que ya han firmado sus libros. Las ventas están en su cúspide en la librería y, por lo tanto, hay una fila larguísima que no quiero hacer.

Mientras hablamos, se acercan a nuestro grupo Dani El Rojo, Tatiana Goranzky y otros que tampoco quieren perder la oportunidad de charlar. Así, formamos una especie de círculo cálido que evalúa los distintos temas del festival. Barcelona, en efecto, se ha constituido como la capital europea del género, dicen, a pesar de que en la mesa redonda “Nuevas geografías criminales”, Nieves Abarca, Vicente Garrido, Willy y Zygmunt Miloszewski hablaron de ciudades y regiones como San Francisco, Varsovia, La Coruña y Valencia, que también son

importantes para el género de la novela de crímenes actual. Barcelona se lleva el premio, de acuerdo con Camarasa: “Si, al terminar enero, oyes hablar de crímenes de papel, de libros que entusiasman, es que estás en Barcelona y por sus calles se celebra BCNegra, el festival de invierno de la novela negrocriminal europea” (leo el programa). Aunque al principio el festival se dedicaba a la novela catalana, dice Martín, con el tiempo se ha abierto a toda la novela negra, de cualquier origen o idioma. En cualquier caso, concluimos, la presencia de las luminarias, la intervención de Perry y Giménez Bartlett, por ejemplo, y los festivales del mundo entero, incluido Medellín Negro, los premios, etc., etc., permiten confirmar la vitalidad del género y de la industria editorial que lo dinamiza.

No obstante, “si Barcelona es la capital negrocriminal europea, en Latinoamérica este título corresponde a Buenos Aires”, afirman Tatiana y Marcelo, conforme a lo concluido en la mesa “Con B de Buenos Aires, con B de Barcelona”, donde participó Tatiana junto con Mallo, con moderación de Matías Néspolo. Ahí está Buenos Aires Negra, BAN, para confirmarlo; y Azabache, en Mar del Plata, coordinado por Javier Chiabrando, y ahora Córdoba Mata, con Fernando López, para reforzar la idea de la importancia de Argentina en este tipo de eventos. “Ojalá Medellín Negro haga parte de esta ola hacia América Latina”, agrego entusiasmado.

El tema de la geografía se impuso y, justamente, para desarrollarlo, pregunté por la mesa “Los fronterizos”, que me atraía y a la que desgraciadamente no pude asistir. En esta

participaron Alejandro Corral, Marcos Chicot, Augusto Cruz y Milo J. Krmpotić, con moderación de Álvaro Colomer. Sobre ella me dicen, y contrario a lo que yo esperaba, que se habló de la hibridación del género: “Son novelas contaminadas por la esencia negrocriminal”, dijo Martín usando de nuevo la palabra emblemática del encuentro y de Paco Camarasa: una síntesis que aproxima la novela negra y la novela de crímenes de la que yo prefiero hablar. “En nuestro género, las fronteras son permeables, a diferencia de las de la vida real, altas y coronadas por cuchillas, que no nos gustan y que impiden el paso a personas, pero no a mercancías y capitales”, anunciaba el programa.

También hablamos de la mesa redonda “Los hipócritas espías, infiltrados, traidores y agentes dobles o triples”, en que los escritores José Luis Caballero, Antonio Manzanera y Fernando Rueda, con la moderación de Jordi Bordas, hablaron de los cien años del inicio de la Primera Guerra Mundial, “un conflicto bélico con el que nació un género literario: las historias de espionaje”, según señalaba la presentación del encuentro. A mí me apasiona el tema, sobre todo porque –como dice también la programación– “Un siglo más tarde, sigue plenamente vigente, aunque adaptado a las nuevas realidades nacidas después del fin de la guerra fría y la caída del Muro de Berlín”. Me pregunto si Panclasta podría ser catalogado en un momento dado como espía durante la preguerra, a principios del siglo XX, y si una novela sobre su vida cabría en esta clasificación.

Finalmente, les pregunto a todos por la mesa redonda “Economía criminal de la ciudad”, pues no sé por qué supongo que desarrolló la relación entre la comercialización del libro dedicado al crimen y el gran tema del capital. Viéndolo bien, tal vez por la misma presentación del evento que decía: “Blanqueo de dinero, explotación laboral, negocios ilegales... Tras las fachadas de algunos comercios que han sustituido a las tiendas de toda la vida se desarrolla en ocasiones una economía que escapa a las regulaciones legales”. A pesar de mi curiosidad, me quedó sin saber cómo se desarrolló la mesa: ninguno asistió a ella.

París, 30 de diciembre de 1907

Camarada Vicente Lizcano:

Una vez conocida su situación personal, por delegación de Monsieur Jean Grave (a quien usted también envió misiva) y de la Federación, le transmito nuestra solidaridad, mi propia evaluación de los hechos y posibles soluciones. De los camaradas *Le Temps Nouveaux*, recibo una instrucción semejante.

Personalmente, creo que usted ha actuado en su propio perjuicio. Somos almas sufrientes sin derecho a dar la oportunidad a un Estado injusto de perseguirnos. Usted, desgraciadamente dio tal oportunidad y no es al Estado sino a

usted mismo a quien se le debe endilgar responsabilidad. Somos libres de actuar, es verdad, pero esta libertad requiere también la responsabilidad de hacerlo dentro de las pautas del sentido común y la cordura.

Por lo anterior, solo puedo recomendarle una cosa que, por extravagante que parezca, acaso le resulte posible. Los camaradas y mi persona no vemos más salida.

Con toda la reserva del caso, le aconsejamos que se dirija, a través de una completa misiva personal, a Monsieur le Journaliste Dominique Meunier a la dirección que le anexo a este mensaje. Él es corresponsal de *La France de Bordeaux et du Sud-Ouest, Journal Quotidien International*, de tendencia boulangista, es decir, opositora a la Tercera República, pero que, por esa misma razón, podría, si se es optimista, lograr cierta ascendencia en el Primer Ministro, Monsieur George Clemenceau, y llevar a su libertad. Quizá Meunier sea la persona indicada para realizar la diligencia que usted a mí me pide en su carta anterior y obtener un avance considerable en su situación, y, por ahí mismo, en la situación general de los camaradas anarquistas de La France que permanecen en prisión. Exponer su caso será exponer la situación de todos los revolucionarios en esta reivindicación internacional que es nuestro objetivo.

Por mi parte considero esta empresa tan difícil e incómoda para un nacional que debo negarme a emprenderla por mis propios medios; en su lugar (porque no es mi intención abandonarlo a su suerte), recurriría a esa persona que bien puede ayudarle

conforme a las pautas que liberalmente le estoy señalando, y más aún teniendo en cuenta que usted es extranjero y *La France de Bordeaux* cuida de consolidar su imagen de periódico defensor de los derechos de los ciudadanos en el mundo entero.

He tomado en cuenta, además, que Monsieur Meunier es un atento lector de literatura española, cosa que le puede ayudar con las comunicaciones del caso en la bella lengua de Cervantes. Según usted mismo advierte, resulta necesario en este trance encontrar un alma identificada con nuestras expresiones lingüísticas del dolor.

Espero entonces éxito en esta empresa.

Y le ruego que no haga mención alguna de mi nombre o el de los camaradas de la Federación en estas diligencias.

¡Por la revolución social!

Su camarada,

Charles Malato

Ahí, frente a la *Librería Negra y Criminal* de la Calle de la Sal, 5, hablamos además del tema de la distribución y venta del libro del género en Barcelona y de la necesidad de traer libros de “Hispanoamérica”. Aunque los argentinos cada vez más se posicionan en España —explico—, es un hecho que los escritores de Colombia o Perú, Guatemala o Ecuador, para poner solo unos ejemplos, apenas tienen difusión en España.

—En pleno siglo XXI resulta inconcebible que los libros primordialmente circulen en un solo sentido, de Europa a Latinoamérica, y no en todos los sentidos, como deberían promover los verdaderos gestores culturales. Lo que se considera Literatura todavía queda a merced de empresas editoriales europeas y las leyes implacables de mercado central. En espacios como este, de Barcelona Negra, al igual que en Buenos Aires Negro, Medellín Negro o la Semana Negra de Gijón, por mencionar algunos certámenes, difícilmente se encuentran “autores periféricos” pues estos no cuentan con la maquinaria editorial de los centros culturales y merecerían difusión en ámbitos más amplios. Lo que se dice literatura me parece así un negocio más de los dueños del capital en esos centros culturales que otra cosa, dinámica que demuestra la persistencia misma del antiguo coloniaje. Las grandes editoriales en lengua castellana son españolas.

La cuestión, al parecer, no resulta problemática para mis contertulios. Pocos la comentan. No es problema para Europa, en todo caso, y “eso es lo que hay”, dice alguno.

El hecho me hace recordar una conversación que tuve hace poco más de un año con María Pizarro, editora de Iberoamericana–Vervuert, después del lanzamiento de uno de mis libros en Madrid. Mientras yo lamentaba la poca difusión que tenían los autores latinoamericanos en España y, al mismo tiempo, la presencia abrumadora de autores españoles en Colombia, ella afirmaba que esto ocurría por nuestra propia voluntad, que si el mercado latinoamericano no se encargaba de difundir por sí mismo sus autores, España no podía correr con tal responsabilidad. En un mercado global no existen cláusulas de privilegio, todos somos iguales, decía Leñero en el avión. “¡Sálvese quien pueda!”, agrego yo. Recuerdo además una discusión que tuve también por ese entonces, a finales de 2013, con el gerente de Ediciones B–Colombia en la que yo solicitaba a la editorial que se esforzara en la distribución de nuestros títulos en España. Quería asegurar que la difusión que hacíamos en los certámenes europeos se viera respaldada por una buena distribución aquí. La respuesta fue tajante: esa distribución no depende de nosotros. El criterio para hacerla depende exclusivamente de los ejecutivos de la editorial en España. La teoría de Pizarro, sin duda, ponía todo el peso y la responsabilidad de la poca difusión de autores latinoamericanos –como yo mismo supuse antes– en el país periférico cuando todavía depende de los centros culturales.

Sobre esa perspectiva, me pregunto, ¿qué incidencia real pueden tener intelectuales periféricos como Panclasta o como yo en el orden mundial? ¿Es posible lograr desde la literatura de los márgenes una revolución cultural? ¿Tiene algún lugar la crítica al orden mundial desde América Latina? ¿Un libro como el que proyecto sobre Panclasta podría llegar al mercado internacional? Pujol ya lo dijo: “¡Vuestros libros son excelentes pero no llegan al mercado!”. Ojalá ahora, en el siglo XXI, eso pueda cambiar.

La Conciergerie

París, 30 de diciembre de 1907

Compañero Marceliano Vargas

33 Rue d'Italy

París (Veme)

Estimado Paisano:

Lamento importunarlo de nuevo. Usted dirá que soy un molesto y, sin duda, tendrá razón. Sin embargo, le ruego que tenga en cuenta que no tengo a nadie más en París, y menos que hable mi lengua.

Amigos a los que he recurrido en otra ocasión, como Mauricius, Broutchoux o Monatte, de quienes seguro usted habrá oído hablar, sin duda estarán haciendo lo propio para ayudarme pero en sus circunstancias la agencia puede resultar imposible. Ellos mismos son perseguidos en este país y por tanto su condición no es la más favorable.

Por eso, de nuevo le ruego: ¡Ayúdeme a salir de este duro cautiverio!

Si le contara un día de mi vida en esta prisión, con seguridad usted se solidarizaría conmigo y vendría de inmediato en mi rescate.

La jornada empieza a las 4 horas de la madrugada, cuando nos llevan a hacer una fila al frío inclemente, y termina a las 12 de la noche, cuando apagan las bujías y nos obligan a dormir. Contamos con tres comidas humildes (por no decir horribles servidas en un trasto asqueroso) y, luego de varias formaciones sin ton ni son en el patio, un breve espacio para leer o escribir en una sala común, helada y sombría, que hace de biblioteca. Algunos reciben visitas en un puesto minúsculo, al lado de comedor, si tienen este privilegio. Yo no lo he disfrutado. Luego del almuerzo nos dan media hora más de lectura si lo solicitamos

y nos tiran algunos libros viejos o revistas de cualquier cosa para entretenernos. En medio del frío, apenas se puede leer y quienes no cuentan con una bujía no pueden hacerlo.

Escribir es privilegio de pocos. Yo, gracias a un guardia de origen argelino que se ha condolido de mi suerte, lo he podido hacer y por tal gracia del destino he podido trazar esta misiva. Un privilegio que, repito, muchos no tienen, no solo por falta de oportunidad sino por incapacidad, pues la mayoría no sabe leer ni escribir.

Otras muchas son mis cuitas que no alcanzo a transmitirle, no por falta de deseo sino de papel. Este es el único con que cuento y ya ve usted el estado.

Le pido entonces que, como Ministro de la República y sobre todo amigo, se digne adelantar lo pertinente y abogar por mi libertad, injustamente vulnerada por las autoridades de este país. Yo soy un ciudadano como vosotros los diplomáticos del país y merezco esa libertad.

Lizcano (el vasco).

PD: Espero que le haya llegado mi carta anterior, y discúlpeme si lo importuno. No es mi intención. Le hablo desde mi situación crítica.

Luego de *Musclos i signatures* vamos a comer en uno de los restaurantes vecinos, el *Can Ramonet*. Una cazuela de mariscos, que es la especialidad de la zona.

Me despido así, en medio de una opípara cena, de estos nuevos amigos.

Andreu Martín, muy amablemente, me deja su novela *Cabaret Pompeya*, con un recordatorio de la charla que mantuvimos la primera vez que nos vimos: “Para Gustavo, con el placer de hablar de anarquismos y policías y clases de delincuentes en una divertida conferencia ética de Barcelona Negra 2015”.

Abrazo a Willy, Marcelo, el Quijote rojo... A todos. Especialmente, me despido de Laura, a quien siento muy cercana. Me recuerda a mi camarada Marisol. Tienen algo que las identifica: su calidez, su delicadeza natural, su profundidad... Puede ser que haya identidades cósmicas unidas por claves atemporales, identidades espirituales que sobrepasen el tiempo o el espacio y un día puedan encontrarse. Tal vez... Nuestra amistad se hizo rápida como la vida de hoy; en tan poco tiempo podemos hablar de nuestras hijas, de nuestras preocupaciones, de esa velocidad de nuestras vidas. Recuerdo las fotos que me hizo en Mar del

Plata y nuestras primeras charlas. Acaso nos veremos en otro espacio como el festival de Barcelona, en Gijón de este año, por ejemplo. Ojalá. —¡Quedo pendiente de tu libro!, dice. —Gracias, amable camarada, le respondo.

La Conciergerie

París, 3 de enero de 1908

Periodista Dominique Meunier

La France de Bordeaux et du Sud-Ouest, Journal Quotidien International

5, Rue Contrescarpe. Bourdeaux

Estimado periodista:

Mi nombre es Panclasta. Soy anarquista y como tal he liderado huelgas, manifestaciones y procesos revolucionarios, tanto en mi

país, Colombia, como en Venezuela, España, Ecuador, Argentina y Holanda.

Hace casi un mes fui aprehendido injustamente por la policía francesa. Como cualquier turista de esta Ciudad Luz, solo caminaba por la calle Pigalle rumbo a Montmartre, transmitiendo mi mensaje revolucionario a quienes pudieran entenderme, y sin más fui aprehendido y llevado a la cárcel principal de la ciudad el 15 de diciembre pasado.

Por supuesto, tal detención me parece injusta como injusta la decisión de un juez que hace un tiempo ordenó mi expulsión de La France.

La France es la tierra de la libertad; París es la ciudad de todos.

Yo soy un hombre comprometido con la libertad y sobre todo con los ideales revolucionarios de los oprimidos. Desde mis años de juventud, en mi país, he luchado por ellos y he apoyado a quienes persiguen un cambio social. Para demostrar esto, le envío como anexo a este mensaje la nota periodística del diario *La Protesta*, de Buenos Aires, donde se me reconoce en todas mis calidades revolucionarias.

En tal virtud, fui invitado a Holanda por el camarada Pietr Kropotkin y, en tal condición, fui uno de los delegados en el Congreso Anarquista en Ámsterdam del pasado mes de agosto. De allí, por motivos ajenos a mi voluntad, tuve que salir los

primeros días de diciembre y venir a esta ciudad, cuna de la libertad, adonde mis amigos Armand y Monatte, entre otros.

Considero entonces totalmente injusto que no se me deje caminar por las calles de París con base en una indigna decisión de hace más de seis meses de la que ahora no quiero ni acordarme.

Estimaré mucho su ayuda para superar este *impasse* de mi detención, pues hasta este momento no cuento con persona alguna en este país que me tienda la mano, y mucho menos se solidarice con mis cuitas en esta hermosa lengua de los grandes poetas del Siglo de Oro.

Si usted puede hacer algo por mí, se lo agradeceré toda la vida.

¡Viva la revolución social!

Vicente Lizcano

a. Panclasta

París, 15 de noviembre de 1907

Señor Lizcano:

Acabo de regresar a Francia. Mil asuntos requirieron mi presencia en Holanda.

A poco, me he enterado de su asunto.

Veré si está en mis manos la manera de ayudarlo. Aunque en este momento no puedo prometerle gran cosa. Las relaciones entre Colombia y Francia no pasan por su mejor momento, y usted entenderá por qué.

El general Rafael Reyes Prieto ha ordenado a sus representantes diplomáticos mantener la distancia con el primer ministro Clemenceau. Aunque nunca fue probada su intervención en la secesión de Panamá, nuestro presidente guarda sus resquemores. Últimamente la crisis marroquí lo ha incomodado profundamente, sobre todo por informaciones de su colaborador y amigo Santiago Pérez Triana, que en la Conferencia de Paz de La Haya se manifestó radicalmente contra la voluntad imperial de Clemenceau que, desde su punto de vista, no es más que otra muestra de su política intervencionista desde hace algunos años. Además de los bombardeos a algunos puertos del país africano, ya Clemenceau había logrado la triple alianza con Inglaterra y Rusia, conductas ambas que le parecen a nuestro presidente imperialistas e hipócritas, con un evidente sabor expansionista que no se compadecen con los valores

democráticos de la América Latina. En cuanto a lo primero, mientras el primer ministro galo mantiene sus tropas en el África del Norte, insiste a los ingleses en que no conquista Marruecos. ¿No es esta una prueba fehaciente de su hipocresía? En cuanto a lo segundo, Clemenceau se alía con el Zar de Rusia cuando ha dicho públicamente que se opone a la monarquía y a la explotación de los campesinos en ese país. Al respecto, ya me dirá usted, como anarquista, lo desafortunado de esta decisión. Con razón ha expresado nuestro querido Pérez Triana su rechazo a la política del Primer Ministro que, por si fuera poco, ha truncado algunos negocios que venían desarrollándose tranquilamente entre La France y nuestro país. El hecho de que Clemenceau no haya contado con nuestro apoyo para la dotación de uniformes o el suministro de algún armamento de base para las brigadas móviles de policía es una muestra más de su desatinada política internacional. Bien ha hecho, desde mi humilde punto de vista, el general Reyes Prieto en distanciarse de Clemenceau, puesto que de lo que se trata ahora es de defender los valores continentales de América y, en particular, los intereses comerciales colombianos en un momento en que todo parece favorecer aquellos de las potencias. El presidente, general Rafael Reyes Prieto, sí sabe de estos asuntos e intenta, con nuestro apoyo diplomático, conducirlos de la mejor manera, o, si podemos, asumirlos en nuestro beneficio. Ya mi colega, el ilustre general Jorge Holguín, me ha manifestado su aquiescencia con tal disposición, que califica de admirable, y la necesidad de nuestra férrea voluntad de desarrollarla como política diplomática. La

Patria y Nuestro Señor habrán de agradecerse al Presidente, pues todo resulta en beneficio evidente de nuestro pueblo.

A nuestro general Reyes Prieto el primer ministro de Francia le parece, en fin, un falso profeta de la República y su contacto con él le resulta por lo menos inapropiado en este momento político. Los norteamericanos como los alemanes están a la saga de las acciones diplomáticas de los países suramericanos en medio del juego internacional y desde su punto de vista no resulta atinado mostrarse a favor del régimen de Clemenceau.

Esperamos en todo caso que la situación cambie lo antes posible. La France ha demostrado antes su orgullo y *savoir faire* y esta administración parece cada vez más la excepción.

Entre tanto, como le dije, intentaré lo que pueda por usted. No queremos que la comunidad internacional piense que abandonamos a su destino a uno de nuestros ciudadanos, incluso aquel que, como usted, es un duro crítico de nuestro gobierno.

Aunque me imagino que ya ha tocado otras puertas, la mía se le mantendrá abierta mientras yo pueda apoyarlo y Dios me lo permita.

Saludo cordial,

Marceliano Vargas

PD: Le envío algunos francos por lo que pueda ofrecérsele en prisión.

El 16 de marzo de 1919 los anarquistas promovieron un mitin de artesanos en Bogotá. Protestaban contra la compra de diez mil uniformes de cuartel y la importación de Francia del mismo número de botas militares, todo por la suma de sesenta mil pesos oro. Alegaban que en el país se elaboraban esos mismos artículos de igual o mejor calidad. Nadie pensaba en esa época en la inutilidad del gasto, por supuesto, pero así pasó, Margarita. ¡Dizque los oficiales y la tropa carecían de uniformes adecuados, ja! El objeto, sin embargo, no era el avituallamiento, dicen, sino ¡la gala de la próxima conmemoración de los cien años de la Batalla de Boyacá!, parafernalia que se ha mantenido incólume hasta hoy, hija, ¡igualitica! En esa oportunidad el presidente Marco Fidel Suárez, “el campanero de la Unión conservadora”, como se decía a sí mismo el pobre, había planeado el consabido desfile del Ejército para su solaz y el de las “buenas gentes”. ¡Qué estupidez! Pero bueno... sigo: la historia oficial afirma que el 15 de marzo, en sesión del Consejo de Ministros, se había decidido no aprobar el tal contrato de los necesarísimos uniformes del Ejército, pero no obstante la manifestación planeada no se canceló, se llevó a cabo, hija. Así como lo oyes. El descontento era entonces más grande que lo de los uniformes, una verdadera protesta por lo que consideraban el desconocimiento de sus derechos o su situación precaria. En encendida arenga, se dirigió a los manifestantes el director

de *La Gaceta Republicana*, el capitán Alberto Manrique Páramo: que es necesaria la desmovilización, que se vayan a sus casas... Pero nada. El pueblo seguía ahí. Los manifestantes se dirigieron entonces al Palacio Presidencial donde exigieron la presencia del presidente *en uno de los balcones*, no sé de qué casa, pues no la conozco, pero así pidieron... y el bueno de Marco Fidel Suárez salió entonces al tal balcón (ignoro como te digo de qué edificio) y les leyó la contestación a su manifiesto en contra de lo de los benditos uniformes. Se dice que “llovía a cántaros y el presidente no logró hacerse oír entre los gritos de los manifestantes”. Por eso, hizo subir a los organizadores del mitin a los salones de Palacio para explicarles que el decreto había sido derogado y que ya no había motivo de protesta, pero la multitud estaba cansada de eso y más y empezó a gritar consignas en contra del gobierno y vivas al Partido Liberal y al Partido Socialista, ¡figúrate!. Así, dicen, se enardecieron los ánimos y los organizadores ya no pudieron controlar a los manifestantes, que empezaron a tirar piedras y “otros artefactos”, dicen, que yo no sé qué serían. Se dice, eso sí, que los reclamantes enfurecidos atacaron a los soldados, que uno de los guardias recibió una pedrada en la cara y empezó a sangrar... ¡Vaya una a saber! Lo importante del asunto es que se oyó una descarga de armas de fuego y a continuación hubo varios muertos. Lo de siempre. Luego, ni el general Pedro Sicard Briceño, ni el capitán A. Tamayo o el general Juan F. Urdaneta, que participaron en los hechos, asumieron la responsabilidad, hija. *El Espectador* afirmó que el ministro de Gobierno, Marcelino Arango, había ordenado la

matanza, razón por la cual este demandó por calumnia a Luis Eduardo Nieto Caballero y Luis Cano, directores del diario bogotano. Meses después, los sindicatos, fueron sobreseídos. Al parecer, tenían la razón. Al final la bendita conmemoración se llevó a cabo, como cada año, el 7 de agosto, con los mismos uniformes con que los pobrecitos militares contaban, unos puros chiriles, feos y arrugados. ¿Qué opinas?

Mercredi, 25 janvier 1908

La France de Bordeaux et du Sud-Ouest,

<i>Journal</i>	<i>Quotidien</i>	<i>International</i>
(22 Éditions par jour)		

Les nouveaux Épaves

Hace unos años, en 1866, Charles Baudelaire escribía en “Sur le tasse en prison. D’Eugène Delacroix”:

Le poète au cachot, débraillé, maladif,
Roulant un manuscrit sous son pied convulsif,
Mesure d’un regard que la terreur enflamme...

Ce rêveur que l'horreur de son logis réveille,
Voilà bien ton emblème, Âme aux songes obscurs,
Que le Réel étouffe entre ses quatre murs!

Efectivamente, tenía razón nuestro poeta parisino, y el dolor de la prisión del poeta es semejante a aquel del revolucionario confinado.

Hoy, en los albores del siglo XX, el colombiano Vicente Lizcano, más conocido como Panclasta, puede ser considerado ese *épave* que definía el poeta, un revolucionario como no hay otro, encerrado en las cuatro paredes de La Concergerie. Su discurso a una manada de oidores, entre españoles y sudamericanos, provocó hace unos días (que ya son semanas) la reacción injusta de las autoridades que no tuvieron empacho en llevarlo a prisión.

Procedente de Holanda, del Congreso de Anarquistas, Lizcano llegó a París hace pocos días y fue detenido por llamar a la movilización social en Pigalle.

Con su largo y ondulado cabello negro, unas barbas hasta el tórax al estilo de Pedro Kropotkin y una mirada de lince ruso, Lizcano prefiere que le llamen Panclasta, seudónimo que quiere decir destructor de todas las cosas. Con tal perfil, este hombre constituye hoy por hoy el prototipo del anarquista moderno, ejemplo de propaganda teórica y acción revolucionaria.

Nuestro país debería estar orgulloso de que Panclasta nos honrara con su visita y no avergonzado por mantenerlo en prisión por una orden impropia de nuestra eximia república.

George Clemenceau, Primer Ministro y Jefe de Gobierno francés, debe permitirle a Panclasta, el líder social, quedarse en nuestro suelo, en libertad, y con la acogida que merece. Él mismo cumplió una labor revolucionaria durante la Comuna del 71, apoyó la amnistía a los prisioneros de tal movimiento social y debe comprender la labor de líderes excepcionales como Panclasta.

Con tal propósito publicamos esta breve reseña y exhortamos al señor Primer Ministro de la República Francesa a otorgar la libertad a este líder revolucionario.

¡Así lo exigimos!

Dominique Meunier

Journaliste

Me encuentro de nuevo en la *Librería Negra y Criminal* de la calle de la Sal, 5, ubicada en el barrio La Barceloneta, un barrio marinero del siglo XVIII que se fundó en terrenos ganados al mar de lo que era la isla de Maïans, según me explica Paco

Camarasa, mi anfitrión. La estructura del barrio corresponde al espíritu de la Ilustración, pues se divide en calles perfectamente alineadas, algunas fábricas y viviendas unifamiliares con acceso a dos calles. La librería se ubica en una de esas casas. Es pequeña, solo dos espacios de unos cuarenta metros cuadrados, con una especie de gruta interior en la mitad, que servía antes como bodega para guardar mercancías. En estas casas vivían, según entiendo, las familias de estibadores o cargueros de los grandes buques que salían o zarpaban de la ciudad. Justo por la época de Panclasta, algunos de estos hombres se turnaban el sueño: uno dormía cuando el otro salía a trabajar y viceversa. De ahí que la estancia parezca demasiado pequeña para una familia o en todo caso para adultos con niños. Paco me explica entonces que eran más bien casas de estos marineros solitarios que vivían de paso y pernoctaban allí para luego salir a trabajar y pasar temporadas muy largas fuera de la ciudad.

A la derecha de la entrada, Paco tiene su escritorio, atiborrado de libros, por supuesto, y con algunas piezas de decoración que incluyen un gato en cerámica del primer festival BCNegra 2005, un zapato de tacón, de una diva fantástica de *film noire*, singulares copas, entre otras cosas. Atrás, una bodega y una cocina aparecen atiborradas de libros en cajas que aún no han sido catalogados o habrán de devolverse porque no se vendieron durante el festival (los de Medellín Negro que le dejé en depósito, incluidos). La música ambiental es maravillosa y, en medio de sus tonadas, escucho

la voz baja y quebrada de Paco que responde algunas llamadas telefónicas y hace parte del ambiente. ¡Qué hermoso es este idioma!, pienso al oírlo hablar en catalán.

Nuestro encuentro es bastante emotivo y se desarrolla dentro de la tranquilidad necesaria para hablar y compartir puntos de vista acerca de lo ocurrido durante la semana pasada. Al calor de una copa, él me cuenta del origen de la librería, de los escritores que han pasado por allí, fotografiados con su camiseta, de Barcelona Negra 2015, de lo que podríamos hacer en el futuro, con Medellín Negro como aliado, y de muchos temas más. Paco teme que deba cerrar su librería. Poco vende en estos últimos tiempos, pues las cadenas comerciales ofrecen lo mismo que él y se han extendido por la ciudad al punto de acabar con los pocos libreros que quedan. “La novela negra inició como una oposición al sistema y al mercado editorial. Ahora es literatura masiva, la que se vende y consume por todos”.

El pueblo almacena odios en su alma, los pensadores redentoras ideas en sus cerebros; los artistas, sentimientos de amor en sus imaginaciones; el pueblo sufre, sufre y calla con esa mansedumbre del mar en bonanza; cualquiera

barquilla lo domina, mas un día se enfurece, se desborda y nada, ni nadie puede resistir sus embates.

Biófilo Panclasta

Paco se interesa por mi trabajo en Medellín y busca los libros de autores que me pueden servir para un capítulo de mi investigación dedicado a la novela de crímenes en España. Me he decantado por cuatro, que él verifica si están aquí en la *Librería Negra y Criminal: La verdad sobre el caso savolta*, de Eduardo Mendoza, que empecé a leer hace años no sé dónde pero nunca lo encontré para comprarlo en Colombia; *Con todo el odio de nuestro corazón*, de Fernando Cámara; *Ajuste de cuentas*, de Benjamín Prado; y *Las niñas perdidas*, de Cristina Fallarás. No tenía *Las cinco muertes del barón airado*, de Jorge Navarro Pérez. De una manera u otra creo que estos libros aluden al gran tema que me interesa, el de los escritores que ponen en tela de juicio los conceptos tradicionales de democracia, Estado o ley.

París, 30 de enero de 1908

Monsieur

Vicente Lizcano, a. Panclasta

En respuesta a la información del artículo “Les Épaves”, publicado en *La France de Bordeaux et du Sud-Ouest* el pasado 25 de enero, me permito enviarle esta carta de desagravio con copia al periódico.

En primer lugar, reciba nuestras excusas por la detención de que fue objeto en días pasados. Como entenderá, existía una orden judicial anterior que impedía su entrada a nuestro país. Lo ideal hubiera sido contar con el visto bueno de la Prefecture Municipal de París para tal retorno.

No obstante lo anterior, y dada su importancia para la causa revolucionaria, el gobierno de la República Francesa se condeue de su situación y reconoce su condición de luchador por la libertad. Sabemos de su oposición a las monarquías, al imperialismo norteamericano y, sobre todo, a la injusticia social que aqueja nuestros estados.

En consecuencia, por disposición del Primer Ministro y Jefe de Gobierno, se procederá a expedir el decreto de indulto correspondiente con el fin de disponer su entrada oficial en Francia, documento que se publicará próximamente en el *Diario Oficial* y que le envío como anexo a este mensaje.

El gobierno le ofrece, además, diez francos diarios mientras dure su estadía en nuestro país, como indemnización por los daños ocasionados y por sus servicios prestados a Francia.

Copio este mensaje a *La France de Bordeaux et du Sud-Ouest*, así como a Jean Grave y al gobierno de Colombia para su conocimiento.

Un cordial saludo,

George Benjamin Clemenceau

Primer Ministro y Jefe de Gobierno

República Francesa

Hoy me encuentro con Gerardo y Filemón, mis colegas de La Tramoya. Caminamos por el barrio gótico. Los abrazo con gran afecto. Su amistad es tan entrañable como la de Pedro, que me ha llamado desde Inglaterra, rigurosamente, a casa de Sebastián, o se ha comunicado conmigo a través de *Facebook*. La Tramoya aún nos une a todos. A pesar de los años, sigue siendo nuestro lazo de referencia.

Hablamos nuevamente de nuestro tiempo compartido en el teatro y de nuestros camaradas dispersos por el mundo. Como Rosa Julia, con quien me comunico siempre. Gerardo nos cuenta que ella ha elogiado nuestras fotos en *Facebook* (que él publicó el mismo día de la conferencia en la Casa de América) y que Marco Tulio nos envía su saludo. Aunque quiso sumarse al encuentro, sus circunstancias en Madrid se lo impidieron. Un día deberíamos encontrarnos todos, dice File, y volver a montar *Sopa de pollo con cebada*. ¡Qué maravilloso sería eso!

París, 2 de febrero de 1908

Primer Ministro

George Clemenceau

Palacio del Eliseo

Estimado Primer Ministro:

Hasta ahora me he caracterizado por contar con independencia absoluta respecto de todos los gobiernos. Mi pluma o mi voz han sido perseguidas por ellos, pero no se han entregado nunca ni se acallarán por sus dádivas.

Solo quiero la libertad que me ofrece, y un salvoconducto, si he de pedirle algo, a fin de seguir mi camino por Europa, primero a Italia, a ver a mi admirado escritor Máximo Gorki, y luego a Rusia, a seguir mi periplo revolucionario.

Dada la importancia del asunto que nos concierne, en su caso, le solicito, además, la publicación de su respuesta a esta en su periódico *L'Aurore*, al que le profeso un gran respeto.

Rechazo obviamente su ofrecimiento de diez francos diarios como indemnización del gobierno francés. No creo en sentido estricto que mi persona haya ofrecido servicio alguno a Francia más que difundir sus ideales libertarios.

¡Viva la revolución social!

Su amigo,

Panclasta

19 h

Cena de despedida en casa de Sebastián y Rosa. Hablamos de su vida sencilla, de las bicicletas, del trabajo de Rosa. Me cuentan que se mudarán de Poblenou a El Rabal, donde puede ser más barata la vida. “Podemos vivir de manera más simple, movilizarnos en bicicleta, viajar...”. Los padres de Rosa les alquilarán su apartamento allá. Ellos mismos, y Rosa cuando era muy pequeña, vivieron allí. Ella apenas se acuerda.

Yo celebro que Rosa tenga padres y así se lo manifiesto durante la cena. Los míos se fueron hace años.

Los padres son una raíz y, para el caso, una identidad. Ser catalán con padres de El Rabal no es cualquier cosa. La revolución social me parece el trasfondo mismo de su identidad.

París, 5 de febrero de 1908

Monsieur

Vicente Lizcano, a. Panclasta:

En respuesta a su carta del 2 de febrero pasado, le respondo lo siguiente.

Su entereza es de admirar.

Nuestro ofrecimiento no era una dádiva.

Por supuesto que se dispuso su libertad inmediata y el salvoconducto que le permitirá seguir su camino por Europa en su periplo revolucionario. Espero que para cuando reciba esta ya estén finalizando los trámites.

Conforme con su voluntad, copio este mensaje y envió su carta a los responsables de la edición del periódico *L'Aurore*, a fin de proceder a su publicación en breve.

En lo que atañe a su negativa respecto de los diez francos diarios como subvención del gobierno francés, le manifiesto que en efecto usted ha ofrecido un gran servicio a la Francia al comunicar su ideal revolucionario, a pleno pulmón, en el espacio público de nuestra ciudad. Fue así como se iniciaron los grandes cambios en la república francesa. Jean-Paul Marat y Simone Évrard eran, como usted, agitadores callejeros.

Quedaremos dispuestos en amistad.

Su amigo,

George Benjamin Clemenceau

Primer Ministro y Jefe de Gobierno

República Francesa

CC: *La France de Bordeaux et du Sud-Ouest*; *L'Aurore*; M. Jean Grave, Directeur du *Le Temps Nouveaux*; Gobierno de Colombia; M. Marceliano Vargas

En menos de veinticuatro horas estaré de nuevo en Medellín, junto a Ángela e Irene. Cada día las extraño más. Quisiera que todos estuviéramos juntos en España. De no ser por ellas... o por Ligia, mi hermana, por mi familia, por Martha Patricia, creo que no volvería a Colombia. Siento emoción por volver a casa pero también miedo, mucho miedo. Los años y mi hija me han llevado a temer por nuestro destino. Como el

Panclasta de 1907, yo, en 2015, he perdido la esperanza en Colombia y siento los riesgos que implica vivir allá. ¿Cómo podría mantenerla cuando ciento ocho años después todo sigue igual? Anhele esa revolución social de los anarquistas, pero al mismo tiempo sé que es una lejana utopía. Si en Colombia aún no se acepta el liberalismo como ideología, mucho menos se asimilaría una doctrina libertaria. Quien se atreva a difundirla o a vivir conforme a sus pautas se arriesgará a la desaparición o el destierro. No hay vías distintas a las oficiales porque el sistema ha masificado la enajenación. Incluso la intimidad, la familia, los lazos locales y las redes sociales están determinados por estructuras arcaicas que se niegan al cambio. Como decía Stirner en 1844, la visión conservadora, reaccionaria, domina hasta las más profundas acciones y emociones y poco espacio hay para la libertad que es la substancia del individuo.

Al volver solo aspiro a “cultivar nuestra huerta”, como Cándido. Creo que en Colombia difícilmente podría aspirar a algo más.

“No existimos. Estamos en la cabeza de una niña que está jugando, papá.”

Irene

7 de febrero de 1908

République Française

Préfecture de Police de Paris

La Conciergerie

Por disposición especial del Primer Ministro y Jefe de Gobierno de la República Francesa, Monsieur George Clemenceau, la Policía de la República Francesa dispone:

1. Ordenar la libertad del señor Vicente Lizcano, a. Panclasta, ciudadano colombiano;
2. Autorizar su estancia en el país hasta el día 30 de mayo de 1908;

3. Como consecuencia de lo anterior, disponer que el 1 de junio de 1908 una diligencia verifique el desplazamiento del señor Vicente Lizcano a la frontera con España, país de entrada a Europa que le otorgó el visado al susodicho conforme a sus documentos de identificación.

Fírmese, notifíquese y cúmplase.

Firmado: George Barbier

- ¿Llevas solo esta valija?
- Es más que suficiente, ¿no crees?
- ¿Y esa mochila?
- Tiene los papeles de Panclasta.
- ¿Puedes guardarla en la valija?
- No. Necesito tenerla a mano.

—Pues... dame acá, entonces. Yo la llevo. Debemos caminar hasta el metro.

—Gracias. ¡Vamos!

Con el propósito de quitárselo de encima, Margarita, o de obtener su apoyo, que no era gran cosa, a Panclasta le ofrecieron sus dádivas. No fue solo el presidente de Francia, ni algunos áulicos del poder, o los rusos. Cada uno a su manera quería congraciarse con la oposición, cooptarla. Por allá en el 38, Eduardo Santos Montejo, el presidente de este país, le ofreció la jefatura del Instituto Nacional de Cárceles, ¿te imaginas? Él se lo tomó a broma, claro; y como broma se lo habrá propuesto el cretino de la *Gran Pausa*, como le decían entonces a su gobierno por haber suspendido la Revolución en Marcha, de López Pumarejo. Panclasta ya estaba viejo pero conocía las prisiones del país y acaso podría administrarlas en su favor, pensaría Santos Montejo. De ahí debió surgir la propuesta. “Conozco a Eduardo Santos y somos amigos desde la época en que él redactaba en Tunja *La Linterna*”, me dijo Vicente, pero el de *La Linterna* era su hermano Enrique, que sí apoyó la Revolución en Marcha de López Pumarejo, sin pausas ni nada, le contesté. Bueno... la revolución del primer gobierno, porque el segundo, gracias a su hijo “don Alfonsito” López Michelsen, una especie de Pérez Triana actualizado, fue

un gobierno lamentable. Pero ya conoces a Panclasta, hija: ¡50% y 50% entre la verdad y la invención! Lo de las prisiones en Colombia sí se lo creí. Se las conocía todas, desde Cartagena hasta Bogotá, pasando por Bucaramanga o San Gil.

París, 15 de febrero de 1908

10 h. Durante una manifestación en La Bastille:

—No hay más camino que eliminar las cabezas visibles de los estados, de la represión...

—Sí. ¡Adelante! Aunque... a fin de eliminar los privilegios, debe acabar la monarquía y establecerse un sistema igualitario en toda Europa, colega.

—Así es.

—¿Y la guerra, camarada?

—¡Quién la quiere!

—Algunos.

—Quién quiere el fin de la monarquía, quiere la guerra.

– Yo prometo, aquí, oponerme a ella.

“¿Puedes creer que me lo haya propuesto?”, me pregunta Panclasta, otra vez, en medio de sus disquisiciones. “Santos Montejo no es cualquier uña de gato”, dice. “Yo nunca se lo pude creer”, le digo. Entonces, díque le respondió al presidente de Colombia: “Yo que he sido un despojo de las cárceles, ¿aceptar un puesto de carcelero, cuando soy enemigo de todos los gobiernos por el hecho de tener cárceles?” Esto sí que es para no creer, hija. Con todo y lo que yo piense, un puestico público le hubiera ahorrado los padecimientos que sufrió el pobre de ahí en adelante, Margarita. Un puestico público que le asegurara comida diaria. Panclasta se vanagloriaba de haber sido contertulio político de los jefes liberales y un privilegiado intelectual de la Revolución en Marcha de López Pumarejo, pero aquí lo ves: esmirriado y muerto de hambre, sin una pensión siquiera. Jamás tomó en serio que en Colombia no se puede ser nadie si no se cuenta con el apoyo de los Santos y los Ospina y los Calderón y... Ya sabes. Un rígido sistema de castas perdura entre nosotros. De esto hablaba Julia cuando denunciaba los privilegios. Por eso, por no aceptar ofrecimientos como este de Santos Montejo, Panclasta terminó en la pobreza en Bogotá y luego en una verdadera inopia en Bucaramanga, y finalmente aquí, de vuelta, en el ancianato de caridad de Pamplona. Esto es lo que

se debe aprender de su historia, y que nuestros hijos no la repitan. ¿Lo oyes bien, Margarita? Que tú o tus hijos no repitan la historia. Si nos tomamos muy en serio a nosotros mismos, podemos morir como mártires.

Justo celebrando su libertad, el viernes 20 de marzo de 1908 en París, Panclasta conoce a Inessa Armand, líder de la revolución rusa. Ella hacía parte de los conjurados que fueron llevados a prisión en las colonias penales de Siberia por oponerse a la tiranía pero logró expatriarse y llegar a *La France Libre*. Hija de teatreros y maestra, Inessa supo descubrir de inmediato la condición histriónica de Panclasta. Percibió este espíritu gracias al montaje que él representó en el restaurante *Le Petit Bistrot* una vez fue requerido para pagar la cuenta. Se trataba de una mesa de seis comensales y cada uno había sacado lo suyo para pagar. Aunque no obtuvo el éxito esperado, el esfuerzo le mereció su reconocimiento. Ella estaba en una mesa vecina y se dio cuenta de todo. De inmediato se aprestó a acercarse a la mesa, fingir que Panclasta era conocido suyo, saldar la sexta parte de la deuda y evitar así el escándalo y la consecuente prisión.

Luego de solucionado el atasco, ella invitó al colombiano a un café en el Boulevard de Clichy cerca de Pigalle, en el *Berlin*. Y lo que comenzó como un breve acercamiento por solidaridad

teatral, devino en una profunda comunión espiritual. Tan intenso fue el encuentro que en un momento dado ella le confió que antes de abordar la mesa de Panclasta y los cinco comensales franceses, se informó con uno de sus acompañantes de la identidad de su posible protegido, un *colombien anarchiste*, según le dijo el colega con el que se encontraba. Esto le pareció un verdadero exotismo, no tanto por lo de *anarchiste*, había muchos en la ciudad, sino por eso de *colombien*. *Où est cette nation... La Colombié as tu dit?*, inquirió entonces. La cuestión de la nacionalidad, de la condición política y el presunto engaño a la hora de pagar la comida se debieron sazonar con la apariencia donjuanesca de Panclasta, su mirada socarrona y su aire de vividor y bohemio. Con una cola de caballo larguísima y ese corbatín de utilería que parecía más un moño de regalo que un verdadero atuendo masculino, Panclasta le debió resultar atractivo, o por lo menos peculiar, exótico.

El reconocimiento de una naturaleza semejante y la condición de exiliados en París debieron hacer de aquel encuentro inusitado un motor eficiente para los proyectos comunes. Panclasta venía expelido de su país, de Venezuela, de Holanda... en fin, en poco tiempo le informó su situación a ella. Armand había logrado huir de Rusia luego de que fuera condenada al destierro en Mezén y tenía a la policía tras suyo por conspirar en Francia en contra de la tiranía del Zar. El hecho le recordó a Panclasta la princesa que conoció en Buenos Aires, los anarquistas rusos en Argentina y su amigo Ghiraldo, que

luchaban todos por una causa común. Cuando Inessa hablaba, el mundo le parecía la dimensión misma de estos desterrados. Rusia, siempre Rusia, decía la princesa a propósito del origen del movimiento, lo mismo que la Armand.

Inessa pretendía coordinar las células revolucionarias para la liberación del pueblo eslavo y todo apoyo, de donde viniese, era bien recibido, dijo.

Sin saberlo del todo, a pesar de los informes mutuos con que pudieran contar cada uno de estos personajes, Panclasta e Inessa construyeron desde aquel día el primer escalón que los llevaría al importante objetivo que se habían puesto —cada uno dentro de sus difíciles circunstancias— como meta: propiciar la revolución.

Benoît Broutchoux ha escrito en *La vie chère*:

Non, nous ne voulons pas la guerre; des deux côtés du Rhin les ouvriers ne veulent pas s'entr'égorgner pour satisfaire les convoitises de leurs maîtres. La seule guerre qui soit légitime, c'est celle qui donnera la paix universelle, c'est la guerre des exploités du monde entier contre leurs exploiters, c'est la Révolution sociale.

Almuerzo con los camaradas de La Tramoya. Nuestro encuentro en el casco antiguo es verdaderamente un acontecimiento y yo siento como si los tres quisiéramos extenderlo en el tiempo lo máximo posible. Sabemos que es una oportunidad excepcional y que bien puede, como en el pasado, ser la única, o que, si tenemos suerte, a lo mejor pueda repetirse años después. La última en Bogotá fue hace dos años, cuando File y Rosa Julia volvieron luego de años de exilio, pero Gerardo o Pedro no estaban presentes.

Abrazos reiterados, conversación vertiginosa, locuacidad, sonrisas y expresiones de solidaridad. Una especie de retorno a las épocas de *Sopa de pollo*, en que éramos tan felices. El hecho de que mencionemos la obra, el nombre del grupo, los nombres de los integrantes a menudo son muestras de eso.

Panclasta le confirmó a Inessa que él hacía parte de ese grupo de anarquistas de la ciudad con que ella lo había visto, *Les causeries populaires*. Luego de su llegada de Holanda, el reputado Émile Armand lo había introducido a él y, entre todos, Paraf-Javal, Alberto Libertad... contemplaban la posibilidad de emprender planes de envergadura. Él había conocido a Armand en Ámsterdam y habían hecho buenas migas al oponerse al discurso de Malatesta. Este grupo, que incluye a Benoit, Monatte y Mauricius, es una disidencia de la

federación central, la de Grave o Malato, y cree más en el individualismo libertario que en el anarcosindicalismo, en la acción directa por encima de la organización. Ella, sin dudarlo, le dice que sabe a lo que se refiere, que le han informado de los conflictos del Congreso de Ámsterdam, del enfrentamiento de los individualistas y los sindicalistas y cooperativistas. Desde su punto de vista, sin embargo, las acciones de los anarquistas franceses, sean de una u otra facción, se dirigen contra el establishment nacional, este es su sesgo; que si quiere apoyar una verdadera revolución a favor de la humanidad entera, de América Latina incluida o el África, lo mejor es encontrarse con sus pares rusos, los bolcheviques, que ya están trabajando en ese sentido.

Inessa le insistió en que, como *colombien*, lo mejor era afiliarse a esta columna revolucionaria y luchar por el movimiento en Rusia. “Basta ya de ideas, camarada”, le expresó; “son necesarias las grandes revoluciones”, las mundiales.

Panclasta escuchó a la líder bolchevique con atención y llegó a considerar la posibilidad de apoyar ese propósito, no tanto por convicción como por necesidad. Ella habló tangencialmente del apoyo económico que tal propuesta integraba y esto le resultó, además de una opción política cercana a sus “ideas”, una garantía económica vital en momentos en que esto le era urgente: estaba cansado de

buscar cada noche dónde dormir, mendigando por doquier el sucio metal y el hambre siempre acechaba. A diferencia de Armand, Malato, Grave y los franceses en general, él no contaba con familiares o amigos que le tendieran la mano, tampoco una compañera como la princesa, ni mucho menos. Aleyda, una de las chicas de Pigalle, había sido apenas un desahogo en las frías noches de invierno, lo mismo que Amélie, la bailarina, que una o dos veces lo había recibido en su *chambre de bonne* “sin compromiso”. Ninguna estaba en condiciones de darle el sostén necesario en estos tiempos de crisis. La opción de solucionar en algo las carencias se le presentó entonces como una salida oportuna a su situación. Las grandes respuestas para la humanidad podrían esperar un poco.

—Si Jose o Marisol nos vieran no nos creerían.

—Es increíble encontrarnos aquí, en España.

—¡En la Barcelona revolucionaria!

—Con el espíritu de la libertad que ellos predicaban...

París, 6 de abril de 1908

Desde que quedé libre, Malato se ha venido distanciando de mí. Incluso... —quiero expresarlo solo aquí, en este cuaderno confidente—, creo que ha desarrollado por mí cierta envidia. No quiero ser injusto con este sobreviviente de Nueva Caledonia, este antimonárquico, pero quiero señalar este hecho y, acaso, escribiendo, encontrar su causa. Para esto sirve el cuaderno, ¿no? Probablemente su actitud se deba al apoyo que obtuve del primer ministro Clemenceau, o a mi carta rechazando su dinero, puede ser (¿perjudicaría así a los demás anarquistas presos?); o, tal vez, el apoyo inusitado de Meunier y por lo tanto de los boulangistas lo revuelve, él mismo no se lo debía creer cuando me propuso que lo buscara; o quizá por mi amistad con Inessa... de la cual ya le habrán contado; pensará acaso que es una traición a los anarquistas... puede ser. Y todo puede confluir. Me extraña en todo caso su talante: me evita, no ha querido encontrarse conmigo a pesar de que yo le he dejado notas en la revista y en su casa. La dependienta de *Les temps nouveaux* me ha dicho que se las ha entregado pero que no envía respuesta. No sé qué podrá pasar con él. Ya Grave me había sugerido, de una manera muy sutil, que el hombre es... una “persona especial”, que tiene sus ideas del anarquismo y de la acción social que lleva directamente a la vida... que por eso a veces parece “temperamental”. Subrayó el hecho de que es el único del grupo que mantiene un estrecho vínculo con los camaradas españoles, que a veces siente que prefiere España a su tierra, que...

Por eso y por otras razones he llegado a creer que Malato piensa que yo le puedo quitar el liderazgo que ha alcanzado en España con lo de su participación en lo de Alfonso XIII. Aunque diga que no tiene nada que ver con esto, en España no piensan lo mismo. Allá es todo un referente del anarquismo, al punto que lo consideran uno de los suyos. De pronto él cree que yo quiero desplazarlo, consolidarme como el líder hispanoamericano del movimiento, cosa que, de verdad, está lejos de mi interés. Por supuesto, figurar no es mi intención. No sufro del “ansia de figurar” de la que habla Armand. Y esto parece ser muy importante para los camaradas franceses. Al principio creí que Grave quería delegar sus asuntos en él, en Malato, pero ahora pienso que era Malato quien quería posesionarse de mis presuntos objetivos: Colombia, Argentina, México, América Latina... y España, todo esto es, desde el punto de vista de Europa, una región por conquistar con nuestros principios, pensará él. ¡Qué tontería! Los camaradas tienden a dividirse aquí espacios geográficos de influencia ideológica que a mí me tienen sin cuidado. España es el trofeo del Sur, se vincula con América Latina y los intelectuales franceses quieren el talego completo. Yo estoy lejos de pensar así, pero debo tener en cuenta el hecho. No estoy aquí para subordinarme a nadie y mucho menos por mi origen. Tampoco a imponerme por lo mismo.

Con esa perspectiva, entiendo ahora lo sucedido en Ámsterdam: su rechazo a mi proposición en el subcongreso. Siento que las cosas entre nosotros han cambiado desde ese

día y poco a poco han venido desmejorando. En ese momento me sorprendió mucho que él, justamente él, se opusiera a plantear las cosas a partir de la defensa o el rechazo a la monarquía o a la guerra. Cualquiera hubiera pensado que se manifestaría en contra. Su amistad con Malatesta pudo llevarle a eso. En todo caso, el hecho me lleva a pensar hoy que, por un interés personal, él estaba a favor de la guerra pero no quería admitirlo públicamente. Esto puede ser. Ya no estamos en 1871 y él ha cambiado de intereses. Su edad, o bien, la excesiva importancia que ha terminado por darle a su vida profesional puede haberlo llevado a eso.

Al almuerzo, Gerardo y Filemón invitaron a Erika, una ingeniera colombiana, y su hijo. Ella es amiga de Gerardo. La encontraron por casualidad cuando venían al restaurante y no dudaron en invitarla. Además, consideraron importante que yo la conociera. Ya bastante les había inquirido sobre colombianos con cáncer.

Erika lleva en Barcelona unos diez años. Se defiende coordinando el alquiler de pisos de veraneantes que salen de la ciudad en vacaciones. Con esto se mantienen ella y el niño, que permanece en silencio a lo largo del encuentro.

Érika habla de su tratamiento. Hace varios meses recibe quimioterapia y está cansada del asunto. “Se me complica cada vez más concentrarme en el trabajo”, dice. “Pero sé que tengo que trabajar, que si no, no tendré de qué vivir, que debo pagar el alquiler, la alimentación, los gastos de la educación de Daniel... A veces quiero volver, pero sé que allá todo sería más difícil. No podría recibir la quimio... Muchos han regresado por la crisis pero yo no me veo allá”.

Con Malato no llevo muy buenas relaciones. Le retiré la amistad desde un día en que dijo esta frase respecto a mí: “Panclasta no es un anarquista. Es un personalista feroz que desobedeciéndolo todo, quiere dominarnos”.

Biófilo Panclasta

Hay gente que regresa a Colombia, quienes tienen esperanza, quienes creen. Pedro mismo me ha hablado de Carlos Gaviria, quien, a pesar de todo, volvió; de Santiago Gamboa, de Juan Gabriel Vásquez, de Pablo Montoya... y la lista es muy larga.

Me escribe por *Facebook*:

— Me hubiera gustado mucho que hubieras conocido a una médica colombiana que estudió un tiempo en Salamanca. Ella decía que no cambiaba a Colombia por nada. Trabajaba en la prevención del cáncer de mama allá, y a quienes nos queríamos quedar aquí, en Europa, nos decía: quédense aquí, sí, quédense que ustedes no nos hacen falta para nada. Quédense que gente sobra en Colombia. Por supuesto, lo decía con dolor, con una trágica ironía. Para ella, como para mí o para ti es doloroso saber que la gente se está yendo, que el país se está cayendo y que todos quieren salir a como dé lugar.

— Bueno. Tú, sabiamente, le hiciste caso, Pedrinis. Y tienes razón. Mira que por esa buena decisión tus hijos tendrán una vida normal. Eso es lo que queremos muchos: una vida normal.

—No era eso a lo que me refería. Sé que escribes con ironía. En parte no dejo de sentirme un traidor de mi país por no tener las agallas para volver.

—Y yo creo que no leíste muy bien lo que te escribí la otra vez: ¡el hermano de la secretaria de mi Facultad lo trozaron en pedacitos! Léelo y reflexiona. Después de extorsionar a la familia prometiéndole su libertad, lo trozaron en pedacitos que le enviaron en una bolsa plástica para la basura.

Sucedió en el romántico *Café du Lyon*. El decorado con los espejos *avant-garde* y los muebles *art nouveau* hicieron de la reunión un cuadro de Henri de Toulouse-Lautrec. Algunos avisos de la pared anunciaban, entre otras cosas, café colombiano. ¡Qué exotismo! Frente a una taza de humeante café, Inessa nos explicó a uno y a otros la necesidad de unirse y apoyar primeramente la revolución en Rusia para luego buscar la revolución mundial de los trabajadores. “Todos los revolucionarios del mundo tenemos que luchar por la liberación del pueblo ruso”, dijo. “El terreno está preparado desde hace años —agregó— y doy fe de que hace dos años el pueblo está a punto de dar la estocada final a la tiranía. La revolución pende de un hilo. Luego de eso, vendrán como hongos las revoluciones en el resto del mundo; en Europa y Estados Unidos, primero, y luego en América Latina y África. ¡Todos debemos unirnos!”.

Su condición de secretaria del Comité de Relaciones Exteriores de los bolcheviques le ha permitido tener contacto con las células revolucionarias en París y, en especial, coordinar los apoyos clandestinos en Francia. Trabaja en armonía con exiliados judíos en Inglaterra y Estados Unidos y su gestión es tan eficaz como la de Gorki en Italia. Al escucharla todos creen que es posible la revolución social en Rusia.

Vamos hacia El Prat.

Corremos como bestias que lleva el diablo por el metro y luego por corredores, escaleras, túneles...

—Si tengo suerte, llegaré justo a la hora de embarque.

—Vamos bien...

—He pisado una mierda de perro.

—Dicen que trae suerte, señala el colega.

— No puedo quitarme la mierda del zapato.

Inessa Armand apenas se sorprende de que conozca a uno de sus congregados: a Monsieur K.

— ¿Ya os conocíais?

— Sí. Grave nos presentó.

— ¿Grave?

— Sí. De *Les Temps Nouveaux*.

— No me lo habías dicho, Vladimir.

– No lo consideraré oportuno, querida. Ya sabes: trabajamos en la clandestinidad.

– Tiene usted razón, Monsieur K. O... ¿quiere que le llame por su nombre de pila? ¿Vladimir?

– Haga como guste. Lo importante es su labor en la célula.

– ¿La célula?

– Vladimir está empeñado en formar a algunos combatientes en un comité especial, para llevar a cabo su plan más importante.

– ¿Su plan?

– Sí. Es necesario acabar con todas las monarquías de Europa.

– Me suena conocido, camarada. Ya habíamos hablado del asunto.

– ¿Se lo habías dicho?

– Por supuesto, querida. La primera regla es comunicar nuestros objetivos a los cuadros confiables.

– Vladimir está empeñado en esto. Su hermano murió al intentarlo y él ha querido continuar su misión.

– ¿Su hermano? ¿Usted tenía un hermano que quiso eliminar monarcas, Vladimir? Esa vez que nos encontramos no lo mencionó.

– No hace falta repetirlo. Querida: no es necesario que vayas por ahí contando mi historia.

– No es cualquier historia, Monsieur Vladimir.

–Claro que no.

– Camarada Panclasta: fue justo esa razón por la cual me interesé por su proyecto.

– ¿Es mi proyecto?

– Pero... ¿de qué hablan ustedes dos? Háblenlo para todos. Todos los demás quieren participar de la conversación. Y les solicito que no hablen más en ruso. Solo Martov y yo los entendemos. Los demás se quedan en blanco. ¿No es verdad, muchachos?

– *Pardon, camarades!* Camarada Panclasta, integrémonos al grupo.

– Es lo mejor, claro.

En *Sopa de pollo con cebada*, Marisol se desempeñaba como asistente de vestuario y maquillaje y coordinadora de la música de la obra. Transformaba nuestra apariencia con una rapidez vertiginosa y gracias a su labor y a nuestra actuación lográbamos parecer otras personas muy distintas a las que éramos en realidad. Para la última escena, a mí me aumentaba la edad en quince años, de tal suerte que del Ronnie adolescente, con sueños y esperanza, me convertía en un hombre mayor decepcionado y sin fe siquiera en la literatura, todo gracias a la apariencia personal. Lo mismo que hacía con los demás actores de la obra: maquillarlos como a londinenses de los años cuarenta, envejecerlos sin consideración. ¡Qué curioso! Nos mostraba en 1985 como somos ahora en 2015. Nos ofrecía nuestra imagen del futuro.

En cuanto a la música, fue ella, mi querida camarada Marisol, la que consiguió los himnos de la Internacional, las cortinas melódicas de época y en general la música incidental de la obra: la Sinfonía No. 5 de Beethoven, con que iniciaba el Acto segundo, y la Sinfonía No. 1, *Cebilidache*, de Johannes Brahms, para la última escena que grabó exprofeso para el grupo en el casete correspondiente. En medio de acordes que disminuían o aumentaban el volumen, ella lograba transmitir la emoción justa de la obra al público y en especial en esa última escena que resultaba apoteósica, al punto que implantó en mí un curioso recuerdo donde puede más una melodía que las palabras.

Al final de cada representación, Marisol era además la encargada de liderar un proceso de reflexión en torno a nuestra experiencia artística. Era el momento de encauzar emociones y sensaciones de los actores, el campo privilegiado de su condición de artista, a fin de prever el éxito de las representaciones futuras.

Con la devoción y la disciplina en todas estas actividades, Marisol demostraba su compromiso con el teatro, que identificaba con una intensidad vital semejante a la de Jose o Rosa Julia.

– ¿Credenciales?

– Tú debes demostrar que estás a la altura de los acontecimientos, del plan que tú mismo propusiste.

– ¿Qué quieren entonces, Monsieur K? ¿o Vladimir?

– ¿No lo sabes?

– Lo mío son las ideas, proyectos de choque.

– No es suficiente, camarada Panclasta. ¡Debes actuar! ¡Como todos! Ya sabes que la acción es la base del movimiento.

– ¿La acción? ¿Qué acción, camarada?

– Es tu plan. Debes concretarlo.

– ¿Concretarlo?

– Deja las evasivas, camarada. Es el momento. Todo confluye hacia un mismo objetivo y tú sabes claramente cuál es. ¿Recuerdas? Tu objetivo.

– ¡Quisiera hablar con el Comité!

– Te lo he dicho, camarada Panclasta. Para lograrlo, son necesarias las pruebas. Y sabes cuál es la tuya.

– ¿La mía?

– Por supuesto. Todos colaboramos para lograr el objetivo que nos trazamos. Tú también debes hacerlo.

– Dilo de una vez, Martov. ¿Cuál es mi prueba?

– El Zar de todas las Rusias.

– ¿El Zar de Rusia? Pero... ¿por qué yo? Debe haber miles de rusos que quisieran hacerlo con sus propias manos. El tirano ha hecho de todos los rusos un enemigo.

– Por eso mismo queremos que seas tú. No queremos dejarle este objetivo a uno de nuestros apasionados camaradas. La historia nos ha demostrado que la acción por la simple pasión lleva a la derrota.

– ¿Lo dices por lo que sucedió con tu hermano?

– Tú lo sabes, también. Has estudiado con tesón el tema. Además, es tu plan, ¿verdad? Queremos que el verdugo sea el estratega. Luego seguirán los monarcas de Bulgaria, Portugal, España... ya sabes.

– Era solo una idea.

– De las ideas surgen las acciones, mi querido camarada. Esta es la lógica misma del marxismo.

– Pero...

– Y una vez lo logres, podrás acceder al Comité, como quieres; y con el tiempo, al poder.

– ¿Al poder?

– Por supuesto. De esto se trata, ¿verdad, camarada? ¡Quieres el poder como todos! Como yo mismo, como Trotsky, como Stalin. Por eso apoyas nuestra revolución, ¿verdad?

– No. Yo no...

—Es un gusto contar con tu compañía. Nunca pensé que te animaras a venir conmigo hasta el aeropuerto.

—No es nada.

—Este trayecto es estresante para mí... me da por pensar cosas horribles. El temor a volver me lleva a eso.

—¿Terminará alguna vez la guerra en Colombia?

—Dudo que podamos vivir una vida normal, que será esta otra generación perdida en las cepas de la violencia.

—¿Y qué es Paz, mamá?

—Lo contrario a la guerra.

—¿Y qué es la guerra?

—El fin de la sensibilidad.

—¿Sensibilidad?

—La guerra es furia, es rabia, es odio... Es cuando hay peleas y destrucción... incluso muertos.

—¿Cómo en las historias de los superhéroes?

—Sí. Exactamente. La guerra ocurre cuando dejamos de sentir y pensar en los otros, cuando nos encerramos en nuestras ideas o deseos y pensamos que somos más fuertes o más inteligentes, o mejores, o más buenos que los demás. Eso nos vuelve soberbios y hace que queramos tener el poder, mandar.

Marisol quería que La Tramoya continuara a pesar de la muerte de Jose, y luego de Filemón lideró el proyecto. Ella creía que justo en memoria de Rey el grupo debía salir adelante y obtener un espacio en el medio teatral de la ciudad. La emigración de Rosa Julia, la deserción de Filemón, derivada esta de sus múltiples compromisos laborales y sus necesidades económicas, como de Lilián, Marco Tulio, Tarazona y otros, cada uno con sus razones, constituyeron duros golpes a La Tramoya pero, desde su metafísico punto de vista, pruebas ante las cuales debíamos insistir. Los que quedábamos debíamos luchar por este sueño de la vida teatral y sacar adelante propuestas artísticas de gran contenido político. Esta era una impronta que nos habían dejado los camaradas y debíamos hacer honor a ella.

Así pues, ya por nuestra cuenta, como un grupo autónomo, esto es, por fuera de la Universidad, empezamos el montaje de *Anamorfosis*, una obra que representaba las consecuencias de la Guerra de los Mil días y la secesión de Panamá en la vida cotidiana de una familia, una obra que yo iba escribiendo en función del trabajo simultáneo de creación colectiva del grupo.

Así decía Marisol en su parlamento principal, como Ana, en medio de la lucidez y la locura propias del personaje:

Ascio: en realidad no hay ardillas. Solo dragones disfrazados de dulzura. Quizá tú hayas logrado retirar el antifaz. Yo no. Ahora no sé siquiera si hay algo debajo de él. De pronto yo misma soy solo lo visible, lo tangible. Tal vez no merezco escritura y tu empeño de contar mi historia sobra. ¿Quién lo sabe? ¿Y qué si así lo es? ¿Acaso lo esencial es tan importante? No. O peor aún: no lo sé. Todo adquirió una nueva perspectiva entonces. Todo pertenecía a alguien. Unos y otros se lo disputaban; peleaban por su dominio. Incluso América o el país. Yo no quería ser de nadie, corresponder a alguien. Deseaba el desarraigo, la nada.

Bogotá, 2 de mayo de 1908

Señor

George Benjamin Clemenceau

Primer Ministro y Jefe de Gobierno

Gobierno de Francia

Asunto: Solicitud de destierro de Francia del ciudadano colombiano Vicente Lizcano, a. Panclasta.

Estimado señor:

Por medio de la presente respetuosamente elevamos ante Usted una queja diplomática, en los mejores términos y con las mejores intenciones, por el reconocimiento oficial rendido al señor Vicente Lizcano, a. Panclasta, en pasados días, llamado “revolucionario que le ha prestado un gran servicio a La Francia” por parte de su gobierno y, en particular, por liberalidad de Su Eminencia, Primer Ministro y Jefe de Gobierno, señor George Benjamin Clemenceau.

Manifestamos nuestra sorpresa y molestia frente a tal decisión, que consideramos opuesta a Derecho. En realidad, el señor Vicente Lizcano, anarquista de profesión, es un peligro público para cualquier república. En Colombia tiene cargos por Traición a la patria, Sedición y Reunión con fines de desestabilización política del sistema. También en Venezuela, Ecuador o Argentina cuenta con investigaciones pendientes derivadas de su conducta en las instancias judiciales. Y el problema no es solo americano. También en Europa el susodicho tiene un prontuario que impide de suyo reconocimientos oficiales.

En Holanda Lizcano fue detenido como responsable de un atentado dinamitero el día 31 de agosto del año pasado, según consta en copia transcrita de la decisión del gobierno de Su Majestad Guillermina que anexamos para su conocimiento.

La cantidad de causas pendientes, así como las detenciones periódicas de que ha sido sujeto Lizcano demuestran el grado de peligrosidad de este individuo para cualquier sociedad.

Solicitamos por lo anterior que dispongan cuanto antes lo necesario para la deportación del apodado Panclasta a Colombia, a fin de permitir el eficaz desarrollo del trámite de los procesos judiciales nos. 44439907; 300303000; 44888474, entre otros, en su contra.

Las autoridades estarán esperándolo en nuestras fronteras para conducirlo directamente a prisión.

Quedo pendiente de su respuesta.

Gral. Rafael Reyes Prieto

Presidente

República de Colombia

París, 3 de junio de 1908

10 h.

Seis, siete, ocho...diez francos.

Apenas tengo para comer. Ser evadido de la justicia me impide hacer algo para ganar lo de la comida. Y la situación no parece que vaya a cambiar.

Como el viernes no me presenté ante las autoridades, desde ahora quedo a merced de los rusos.

Solo tenía dos opciones: salir de Francia o continuar con lo mío.

Los rusos me ofrecieron apoyo, papeles con los que puedo movilizarme un tiempo, una mesada, un lugar... ropa.

Inessa y K me hablan de apoyar la revolución, de concretar mis propios planes antimonárquicos.

Yo tengo hambre siempre.

Me pregunto qué puedo hacer yo, Vicente, por los rusos. ¡Un simple colombiano!

K se niega a llevarme con el Comité arguyendo que aún no he presentado las credenciales correspondientes para ser reconocido por el movimiento. ¡Credenciales! Si no asesinas, no eres nadie. Igual que en mi país. Por su parte, Inessa cree fervientemente que yo apoyo la revolución y quiero vincularme a ella aquí en París y más tarde en Moscú o en San Petersburgo en su proyecto de una huelga general.

12 h

El último trozo de fromage... un poco de pan y beuajolais agrio. Y el frío que no cesa. Y sigo dale que dale al tema. Me siento un traidor. Y no es solo cuestión de sobrevivencia. La revolución rusa que he impulsado en presencia de ellos

palidece al lado de lo que cada vez más se va configurando como mi único objetivo: evitar la guerra. De esto no he hablado ni una sola palabra. Solo sé que es lo que debo intentar.

22 h

Inessa estuvo de acuerdo con que visitara pronto a Gorki. Hace años quiero conocerlo, escuchar sus percepciones de todo esto, sus ideas del arte o la literatura, su compromiso con los pobres. Con esto iniciaré la ejecución de los planes revolucionarios y, cosa curiosa, de mi propio proyecto.

Fue Inessa Armand la que llevó al colombiano ante los bolcheviques exiliados. De aquí surgieron los contactos de Panclasta con Alexis Peskhov. Hacía rato el colombiano había querido comunicarse con el maestro ruso y para su suerte las cosas progresaron en este sentido.

Algunas cartas y estuvo arreglado el encuentro. Inessa, solícita, le prestó su ayuda en esto y en lo que de ahí devino. Le facilitó el dinero para el viaje.

Además, oficialmente Panclasta debía salir de Francia a finales de mayo. Nuevos documentos de identificación le serían entregados entonces. Solo entonces.

Así las cosas... ¿Qué otra salida había para él que apoyar la misión de Inessa y, en general, de los rusos? Este era el único medio para volver a Francia y lograr lo que se había erigido como su nuevo objetivo: descubrir el Comité y, con suerte, impedir la guerra.

IX. UNA TEMPORADA EN CAPRI

La vida es el alma de la literatura moderna. Por eso, Gorki, D'Annunzio, Zamacois, son los autores del día. Por eso Zola es el padre del realismo, que no es una escuela literaria, sino la escuela de la vida.

Biófilo Panclasta.

I.

A finales de junio de 1908, en Capri, se encontraron dos hermanos espirituales: Alexis Peskhov, a. Maksim Gorki o

Máximo Gorki, y Vicente Lizcano, a. Panclasta. Peshkov es escritor y político ruso y lucha por la revolución en su país. Lizcano cree en cambiar el orden mundial, evitar la guerra y propiciar la libertad individual en América Latina. Gorki recibe a los revolucionarios del mundo, juega ajedrez con ellos y, al mismo tiempo, escribe su obra *La madre*; Panclasta quiere acabar con la monarquía, al tiempo que intenta evitar la guerra, y escribe cartas a todo el mundo con el propósito de mantenerse libre para lograrlo. Gorki cuenta ya con *Pequeños burgueses* y *Los bajos fondos*, obras teatrales naturalistas con numerosos personajes que conservan igual importancia a través de la acción. Panclasta ha escrito su diario, algunos poemas y esas cartas pidiendo ayuda, recursos, apoyo, cualquier cosa, pues no podría llevar a buen término su objetivo en cautiverio y sin el sucio metal de la burguesía. Las obras del ruso habían sido llevadas a escena por el Teatro de Arte de Moscú; las ideas de Panclasta viajarían de generación en generación, de voz en voz, casi a modo de secreto.

Un día de julio, luego de una partida de ajedrez en que Gorki salió victorioso con un rápido jaque al rey, ambos hombres pasearon por la playa. Gorki llevaba su camisa negra, la de las Dumas, las asambleas legislativas derivadas de la revolución de 1905; Panclasta, su camisa blanca y su sombrero calabrés. Varios biógrafos han asegurado que mientras caminaban Panclasta recogía conchas, liberaba cangrejos atrapados entre las rocas y lanzaba guijarros desde los acantilados.

II.

La isla de Capri, en Italia, es, desde el siglo XIX, en la república romana, un veraneadero de turistas de todo el mundo. Ubicada en el mar Tirreno, al sur del golfo de Nápoles, a pocos kilómetros de la ciudad, la isla es famosa por su belleza y aire propicio para la salud y el bienestar, sobre todo de ricos burgueses del continente europeo e intelectuales rusos que para beneficiar su salud se han afincado allí o pasan sus vacaciones estivales.

La casa de Gorki está justo en el monte Solaro, donde se encuentran otras villas de gran belleza y desde donde se observan los hermosos atardeceres tirrenos. Cerca de las ruinas del antiguo imperio, el lugar se presta para la reflexión y el descanso de los sabios, *il dolce fare niente*, según dice el camarada ruso. Estos sabios pueden pensar entonces en la medida de sus objetivos estéticos, producir sus grandes obras y al mismo tiempo solazarse con la belleza del lugar, que resulta majestuosa y propia para estas lides. En este sentido, desde el siglo pasado, un precursor del anarquismo moderno y del ocio creativo, Jean-Jacques Bouchard, estableció el carácter entre vacacional y literario de la isla, y desde entonces miles de librepensadores de cierta categoría han escogido este lugar como domicilio edificante.

La literatura en efecto confluyó en este interés con obras como *Entdeckung der Blauen Grotte auf der Insel Capri*, de August Kopisch, en la que el gran poeta alemán describe su

estancia en 1826 en la isla y su (re)descubrimiento de la Gruta Azul, según dice un catálogo de la época con gran acogida entre los turistas.

III.

En un momento dado, cerca el arrecife, Panclasta se inclina, toma un cangrejo aprisionado por una piedra y lo deja en libertad.

—Pero tú, Panclasta— dijo Gorki —que amas hasta este punto la vida, mereces mejor llamarte Biófilo.

—¿Biófilo?

—Eres en realidad amorador de todas las cosas.

—Biófilo Panclasta. Anarquista. Suena bien.

—Biófilo Panclasta, el que ama la vida y el que lo destroza todo. ¡Vaya paradoja!

—Sí, es una paradoja, maestro. Y creo que se acerca muchísimo a lo que en verdad soy.

—Espero, sin embargo, que este nombre no te impida actuar, que no te haga ir hacia delante y retroceder, es decir, que no te haga quedarte quieto cuando las circunstancias te obliguen a actuar.

—¿Qué quiere decir usted, maestro?

—Que lo que hagas con la mano derecha no lo borres con la izquierda... que por amar y destruir al mismo tiempo no te quedes en el limbo donde no pasa nada. Observa tú mismo al cangrejo que has liberado: avanza hacia atrás y queda como en suspenso. Es la corriente al fin la que determina su destino.

—Pero con rapidez. Como Colombia entera, maestro— dijo Panclasta inmerso en una especie de epifanía por las palabras del artista.

IV.

Gorki le aconsejó a Panclasta que fuera a Rusia a apoyar la revolución; que hacía un tiempo Lenin venía expresándole su voluntad de acoger extranjeros para su proyecto y con seguridad, una vez en el país, lo recibiría allí gustoso y le ofrecería alguna tarea trascendental. Una carta de recomendación suya sería suficiente. Lenin no solo requería el apoyo incondicional de los exiliados del mundo entero, sino que eran necesarios todos aquellos hombres de buena voluntad que llevaran en su pecho la llama de la libertad.

—Sobre todo los alemanes, ¿verdad?

—¿Los alemanes?

—Sí, claro, maestro. En París solo se habla del necesario apoyo alemán a la revolución.

—Puede ser, Biófilo. El apoyo alemán contribuiría en el objetivo de la paz para Rusia.

—Y el Káiser estaría supremamente complacido...

—Quizá.

—Solo Alemania puede detener la guerra.

—O provocarla, hijo, o provocarla... Con ellos cualquier cosa es posible. Desde que los alemanes se opusieron sistemáticamente a las huelgas de masas e intentaron declarar los sindicatos organizaciones neutras, cualquier cosa puede pasar.

V.

Desde la terraza de la villa se divisa el continente. La belleza del océano y el atardecer aclaran las ideas y donan al espíritu la sensibilidad y ligereza propia de las revelaciones. Otra partida de ajedrez en que gana el maestro lleva al colombiano a pensar en la muerte de los reyes.

—Y usted, maestro: ¿sabe algo del plan contra las monarquías?

—¿El plan?

—Existe un evidente complot para eliminarlas.

—Pues eso me parece el obvio resultado de las nuevas ideas. Todos queremos acabar con los privilegios. Ya todos saben que los reyes no son los representantes de Dios en la tierra.

—Pero eso supone la guerra.

—¿La guerra?

—Sí. Atacar la monarquía es azuzar el fuego para la guerra, es decir, favorecer los intereses de los nuevos capitalistas.

—¡De dónde has sacado eso, mi buen Biófilo! ¿Tú crees que nosotros luchamos en contra del Zar para favorecer el capital? En Rusia la tiranía se ha ensañado en contra del pueblo.

—Perdóneme, Alexis, pero ¿usted no cree que lo que hay detrás de toda esta lucha es la ambición de poder de una nueva élite con sus propios intereses y ambiciones?

—Mi querido amigo: de lo único que te puedo hablar es de una masa envilecida por la opresión del Zar. Una vez triunfe la revolución, la tierra será de todos y todos podremos satisfacer nuestras más elementales necesidades.

—Pues yo quisiera pensar que así son las cosas, que el gran propósito universal sea la satisfacción de las necesidades de todas las personas...

—Así es, hijo, la revolución llevará a la justicia social.

—Yo, que soy hombre de sueños, quiero contar con eso.

VI.

Isla de franceses e ingleses, Capri fue devuelta a los borbones y luego, en los años setenta del siglo XIX, al gobierno italiano que tuvo el privilegio de recibir en sus playas a celebridades como la reina Victoria de Baden de Suecia, Fernando I de Bulgaria, los artistas John Singer Sargent y Frank Hyde, Stalin, Lenin y ahora a Alexis Peskhof y Biófilo Panclasta. De más está decir que el propio Santiago Pérez Triana fue en el año 1910 uno de los visitantes asiduos de sus playas. La ruta de Nápoles a la isla de la cabra hace parte del encanto de una temporada turística. Un ferri atraviesa el mar desde el continente y desde ahí el viajero alcanza a divisar el Vesubio, las islas vecinas y algunos cayos.

VII.

—Aunque... las cosas no son gratis, Biófilo. Entre tanto, es necesario buscar el apoyo económico suficiente para lograr el éxito de la revolución. De esto quería hablar contigo hace rato, cuando empezamos con las disquisiciones. Inessa me ha informado de tus propósitos, también del plan antimonárquico de Vladimir y tu lugar en él.

Entonces, en medio de una partida de ajedrez, Gorki le explicó a Panclasta la idea de las expropiaciones. Era necesario quitarle el vil metal a los burgueses para dárselo a los revolucionarios. Justo aquí, en Capri, Koba–Stalin había rendido cuentas a Lenin y Gorki de los montos recogidos durante el último año en el mundo entero. El líder del Comité había insistido ese día en que era necesario seguir con este método si se quería tener éxito con la revolución. Sin duda, con las expropiaciones y el apoyo de los emigrantes judíos de Estados Unidos o Inglaterra, ingentes recursos llegarían a las arcas de este Comité que tenía como propósito principal sostener el proceso revolucionario que sin duda culminaría con la eliminación del Zar y, en general, de la familia Romanov. Luego, la incautación del capital monárquico, es decir, su cofre real, permitiría saldar algunas deudas.

Al escuchar esto, Panclasta se quedó conmocionado. De nuevo confirmaba sus sospechas del complot contra los monarcas y lo que de ahí sobrevenía. Tuvo entonces que hacer un gran esfuerzo para continuar el juego. Concluyó justo en

ese instante que no le quedaba más que fortalecer su propia política interior: fingir su adhesión al plan y escuchar con aplomo las resoluciones correspondientes a su acción revolucionaria. Suspender luego su ejecución y cumplir su misión antibélica. No veía otro camino para seguir al corriente de los acontecimientos y tratar de evitar así la gran conflagración que al parecer se avecinaba con el conocimiento de todos, incluidos los comunistas, que acaso fueran los que más la quisieran. Paradójicamente, comprendió que solo involucrándose de lleno con el proyecto de la revolución en Rusia podía llegar al Comité Internacional que buscaba asesinar a los monarcas e intentar detener el plan armado. Si se desataba una conflagración, pensaba Panclasta, esta cobraría un número ingente de vidas y supondría el establecimiento de un orden todavía más injusto para los más pobres, que serían los damnificados de la lucha y padecerían en directo la muerte y la miseria. Este objetivo se le configuró en toda su contundencia al escuchar de labios de Gorki los inusitados mecanismos económicos con que los revolucionarios pretendían hacerse al poder en Rusia.

Quizá —se le ocurrió en ese mismo instante en que eliminaba la reina de Gorki— había descubierto al fin a los nuevos capitalistas que buscaban desplazar a los monarcas de Europa, justamente a los que querían la guerra. Ya Malatesta había dicho que “la expropiación, el robo, para llamar a las cosas por su nombre, con fines revolucionarios, es un acto de guerra al que nada se puede oponer desde el punto de vista de la

moralidad, por discutible que sea desde el punto de vista de la oportunidad y la táctica. Teóricamente no parece que pueda haber duda sobre el derecho a adoptar, en una guerra justa, todos los medios aptos para facilitar y asegurar la victoria”. De esto se trataba hoy por hoy la estrategia del poder, de acudir a todos los medios para concretar una sustitución económica de capitales.

Fue entonces que adivinó, como en una nueva epifanía tirrena, el significado de todo lo ocurrido durante la visita al maestro ruso. Lo del cangrejo, su bautizo como Biófilo o su asunción simbólica como “hijo” putativo de Gorki. Lo que él y sus colegas rusos tenían era discípulos, no colegas mayores de edad con sus propias percepciones políticas. Tal vez por esto, por la seguridad de sus propios juicios, logró quedar en tablas con este hábil jugador de ajedrez.

—Has aprendido mucho del juego en muy poco tiempo— reconoció el famoso escritor bebiendo su vaso de whisky.

Al ofrecerle a Biófilo Panclasta su copa, este ya había decidido su próximo movimiento. —No, gracias, dijo.

X. ¡A RUSIA, CAMARADA!

Si Rusia pasó del absolutismo zarista al comunismo fue porque este satisface las necesidades económicas de la vida.

Biófilo Panclasta.

Temía que llegaríamos tarde, pero no es así. Tenemos tiempo aún para tomar un café. Son las 13 h y el ingreso a la sala de espera será a las 14:15.

Varios españoles van a Colombia y esto se nota a simple vista. Algunos irán de vacaciones (siempre es barata “Hispanoamérica”) y unos pocos a trabajar, pues con lo de la

crisis en España, la “confianza inversionista” de Uribe Vélez y la “prosperidad” de Santos Calderón la migración aumenta.

Con toda esta gente, el avión estará repleto.

Cada mañana, entre el humo y el olor a aceite del barrio obrero, la sirena de la fábrica mugía y temblaba. Y de las casuchas grises salían apresuradamente, como cucarachas asustadas, gentes hoscas, con el cansancio todavía en los músculos. En el aire frío del amanecer, iban por las callejuelas sin pavimentar hacia la alta jaula de piedra que, serena e indiferente, los esperaba con sus innumerables ojos, cuadrados y viscosos. Se oía el chapoteo de los pasos en el fango. Las exclamaciones roncas de las voces dormidas se encontraban unas con otras: injurias soeces desgarraban el aire. Había también otros sonidos: el ruido sordo de las máquinas, el silbido del vapor. Sombrías y adustas, las altas chimeneas negras se perfilaban, dominando el barrio como gruesas columnas.

Alexis Peskhov, a. Maksim Gorki,
La Madre.

En el Prat.

Por teléfono:

—Gustavo, no me gustó para nada tu charla en la Casa de América.

—Lo imaginaba.

—Si me invitas a una charla de literatura y te limitas a aspectos sociológicos me sentiré defraudado.

—El tema era la violencia en Colombia.

—Debe existir una diferencia entre una charla de literatura y una política o sociológica. A una charla va gente de todo tipo: desocupados y gente muy inteligente. A esta última no le puedes salir con informaciones estadísticas de los desaparecidos diarios.

—Pedro, en Colombia estamos en una situación extrema.

—Pero tú hablas de literatura.

—No sé cuál es la diferencia.

—Pareces un sindicalista. Y tú como escritor o académico tienes la obligación de hablar como tal y no como ese sindicalista promedio de cualquier empresa nacional. Es decir, tu discurso tiene que tener un nivel alto. Si tú me dices algo

que yo puedo escuchar de cualquier militante de izquierda promedio, entonces no te tomaré en serio.

—Eso no lo tomaré como insulto. Como decía Sarah Kahn, “para qué sirve un socialista si uno no tiene calor humano”. Tu rechazo y caricaturización de la Izquierda me tienen harto, Pedro. Mira tu subestimación de los sindicalistas. Solo aquí, en Barcelona, comprendí que este es tu tono desde hace tiempo. Esta descalificación tuya de todo lo que te huele a Izquierda te lleva ya a los predios de los neoliberales. Hablando con Gerardo me di cuenta de que has tenido el cambio radical de Monty: de la militancia a la verdulería en Manchester. Y es una pena. Tú sabes que solo un pensamiento libertario le hace bien a Colombia y a la humanidad.

—Tú no fuiste a estudiar en París para llegar a impresionar al público con lo de los 35 desaparecidos diarios, que te repito, toda persona medianamente intelectual lo sabe. Cada ONG, como AI o AWR, tiene y difunde informes sobre la situación de los derechos humanos en todos los países. Lo que pasa es que no encajas bien las críticas.

—Eso que te parece a ti que “todo el mundo lo sabe”, no lo sabe nadie, o peor: los que lo saben —como tú— lo empequeñecen. La publicidad le ha ganado a la realidad, Pedro. A los colombianos y a todos les ha calado más el programa de la prosperidad democrática de Juan Manuel Santos Calderón que la verdad. Así lo sentí en esa mesa redonda, y así lo sintieron mis colegas, Laura y Sergio. Por

favor, no hagas parte de toda esa masa que considera que no debemos hablar mal de Colombia y evitar la mención de las cosas espantosas que allí suceden.

—Deja el populismo barato que por eso es que nosotros mismos nos volvemos un estereotipo cuando salimos al exterior.

—Pedro: hacemos parte de una comunidad. Aunque no queramos, somos colombianos. Si algo he aprendido en este viaje es que Gerardo, Filemón, tú y por lo menos diez personas más que he visto, somos uno, y todos ellos soy yo. Todos somos exiliados, todos somos expelidos por un sistema al que no le importa nada la gente. Deberíamos hablar como un grupo y no como individuos. De esto hablaba Lukács como conciencia de clase. Y lo peor: lo que veo es que cada uno de ustedes los exiliados se toma como una isla, y yo también me he tomado como una isla hasta ahora. Pero somos lo mismo, Pedro. El grado de marginamiento de Filemón o de Gerardo hace parte de mí. Yo también he sido expelido por Colombia, como tú, como todos, como Jose, Marisol o Rosa Julia. Como te digo, pude ver a otros tantos colombianos que están sobreviviendo, que les toca sufrir para vivir, que han dejado su carrera, que han tenido que dedicarse a cocinar, a lavar platos, cuidar viejitos o hacer lo que salga... en fin, tú sabes más de eso que yo, pues trabajaste con inmigrantes en Madrid. Monty podía tener razón cuando abandonó el Partido, pero no es nuestra razón. Pensar en ideologías no soluciona nada. Por mi parte, solo denuncio. El dolor, el crimen... Y no lo hago por

demagogia. Yo no hago publicidad. Yo hablo de la realidad. Y frente a lo que pasa en ese país de mierda, de pura mierda, me tiene ya sin cuidado la literatura, que en esta real mierda puede llegar a ser otra forma de publicidad.

Luego de su entrevista con Gorki, y con el acuerdo de Vladimir, ya en París el Comité concreta la misión de Panclasta: marchar al San Petersburgo de la revolución frustrada de 1905, la capital del imperio ruso. Su acción tiene allí tres objetivos íntimamente relacionados: el primero, la identificación de los altos burgueses de la ciudad a fin de proceder con nuevas expropiaciones; el segundo, suministrar el apoyo necesario para las huelgas generales; y, el tercero, derivado de los anteriores, preparar el terreno para la eliminación del Zar. Su dominio del ruso, el español materno y el francés aprendido en París le habían llevado a una condición privilegiada dentro del Comité. Vladimir estuvo de acuerdo con Inessa en que la habilidad del colombiano en asuntos de estrategia sumada a esas competencias lingüísticas serían herramientas de gran utilidad para el Partido en Rusia.

En tal sentido Panclasta siguió una a una las instrucciones de Inessa y Vladimir.

Para la misión contaría con el apoyo de Yuli Martov, ese antiguo combatiente de los hechos de 1905 que tan leal era a Inessa. Él se encargaría de concretar tareas *in situ*.

Así pues, el Comité concluyó que lo mejor era que Panclasta se encaminara a Rusia con esa misión secreta y esto le cayó al colombiano como anillo al dedo. Además de que la orden suponía una mayor asignación mensual para sus gastos (que le aseguraba la comida y que no era despreciable), paradójicamente constituía el medio más expedito para concretar su objetivo filantrópico. De acuerdo con su propósito personal, ir a Rusia le permitiría acceder al Comité tiranocida y torpedear su plan, es decir, cumplir su propia tarea de evitar la guerra. Poco a poco esto se le había impuesto como su misión, su meta esencial en la vida, lo que lo definía ahora en su exacta naturaleza como Biófilo Panclasta. Por encima incluso de acabar con las monarquías europeas, evitar la guerra que se avecinaba. Si Rusia era el corazón de todo el movimiento, solo allí podía identificar al fin ese comité y polarizar su acción regicida.

A veces, la madre se quedaba sorprendida ante los accesos de júbilo ensordecedor y comunicativo que se apoderaba súbitamente de los jóvenes. De ordinario, esto ocurría las noches que leían en los periódicos

informaciones concernientes a los trabajadores extranjeros.

Entonces, todos los ojos brillaban de alegría, todos se convertían, cosa extraña, en seres felices, como criaturas; reían con risa clara y satisfecha, se daban amistosos golpes en el hombro...

—¡Qué chicos, los obreros alemanes! —gritaba alguno a quien la alegría parecía emborrachar.

—¡Vivan los obreros de Italia! —gritaron otra vez.

Y cuando enviaban estas aclamaciones a lo lejos, a amigos que no los conocían ni podían comprender su lengua, parecían seguros de que estos desconocidos oirían y entenderían su entusiasmo.

El Pequeño Ruso, brillantes los ojos, lleno de un amor que abrazaba a todos los seres, declaraba:

—Estaría bien escribirles, ¿no? ¡Para que sepan que en Rusia tienen amigos que profesan la misma fe que ellos, que viven para los mismos objetivos y que se alegran de sus victorias!

Y todos, la mirada soñadora y la sonrisa en los labios, hablaban largamente de los franceses, los ingleses, los suecos, como de amigos personales, seres próximos, a

quienes estimaban, cuyas alegrías compartían y cuyas penas sentían.

Alexis Peskhov, a. Maksim Gorki,
La Madre.

El Grupo Libertario Vía Libre es una agrupación política revolucionaria de tendencia comunista libertaria que actúa en la ciudad de Bogotá, Colombia. La organización, nacida en junio de 2010, se propone aportar desde una perspectiva anarco-comunista a la lucha de clases y las luchas de otros sectores sociales oprimidos de la región y el mundo.... Por tal razón promueve prácticas sociales como la horizontalidad, el clasismo, la acción directa y la organización de base entre l@s oprimidas, con miras a generar procesos de Autogestión social y construcción de Poder Obrero y Popular que avancen hacia la Revolución Social de signo anticapitalista y por esa vía a una sociedad libre e igualitaria.

Para Vía Libre hay que defender la legitimidad de la huelga, especialmente el bloqueo de las carreteras principales como la principal forma de lucha y violencia política popular como una herramienta de auto-defensa, ya que busca la participación de las comunidades locales, la proyección de la organización y el control colectivo de acción directa dispuesta por la base para

contener sus efectos negativos por esa misma base, mientras que al mismo tiempo ayudará a diversificar el repertorio de acciones para la eventual respuesta.

La Mesa de Interlocución y Acuerdo, MIA, se compone de sectores independientes no organizados y de los dirigentes de la Federación Nacional Sindical Unitaria Agropecuaria, FENSUAGRO, que es un miembro de la Marcha Patriótica y Dignidad Campesina (papa, arroz, cebolla y café cultivadores) influenciado por el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR. Incluye trabajadores de la salud organizados bajo la Asociación Nacional Sindical de Trabajadores y Servidores Públicos de la Salud y Seguridad Social Integral y Servicios Complementarios de Colombia, ANTHOC; del sector del aceite; maestros de escuelas públicas por la Federación Colombiana de Educadores, FECODE, la federación sindical más importante de Colombia, y la Mesa Amplia Nacional Estudiantil, MANE, en defensa de la Ley Alternativa de Educación Superior.

Siguiendo el plan encomendado por el Comité, Panclasta llegó a Rusia a mediados de julio de 1908. El salvoconducto que hace tiempo le expidió el Primer Ministro y Jefe de Gobierno de la República Francesa, Georges Clemenceau, fue recibido por los controladores del tren sin problema alguno. Aunque las

fechas ya se habían cumplido, el documento en sí tenía connotación diplomática. La firma del Jefe de Gobierno galo era más que un visado, le otorgaba una singular condición consular en Europa, por lo menos durante el lapso del viaje. De tal manera, los documentos falsos con que contaba, los suministrados por Inessa que tenía preparados en el otro bolsillo, no fueron necesarios. Con el mismo salvoconducto el temido paso por Alemania había ocurrido sin pena ni gloria. Apenas percibió la frontera a través de la cortina del compartimiento. Luego había dormido buena parte del recorrido en ese país. Ya en Rusia, un oficial muy amable, en su lengua ancestral, le había solicitado de nuevo su identificación y el boleto, pero vista la firma del Primer Ministro francés le había deseado, con toda la formalidad del caso, un buen viaje a las Rusias. El verano estaba en su apogeo y San Petersburgo era el mejor lugar para disfrutarlo, dijo al tiempo que ofrecía un solemne saludo marcial.

—Tendremos la victoria porque estamos con los trabajadores —dijo Sofía con fuerza y seguridad—. El pueblo decide; con él todo es realizable. Solamente hay que despertar su conciencia, que no tiene libertad para desarrollarse...

...

Sofía se puso a hablar de la lucha de los pueblos del mundo, por su derecho a la vida, de las antiguas luchas de los campesinos alemanes, de las desgracias de los irlandeses, de las grandes hazañas de los obreros franceses en sus continuas batallas por la libertad.

...

La voz un poco ronca de Sofía sonaba dulcemente, una voz que parecía venir del pasado, que despertaba esperanzas e inspiraba confianza, y el auditorio escuchaba en silencio la historia de sus hermanos por el espíritu. Miraban el delgado y pálido rostro de la mujer. Y una luz más viva iluminaba para ellos la causa sagrada de todos los pueblos del mundo, la lucha sin fin por la libertad. Cada uno encontraba de nuevo sus aspiraciones, sus pensamientos, en un pasado remoto, cubierto de un velo sombrío, ensangrentado, entre otros pueblos desconocidos, se integraba en el mundo por el corazón y el pensamiento, apercibiendo ya, en aquel universo, amigos que desde hacía ya mucho tiempo habían decidido, unánimes y firmes, instaurar la justicia sobre la tierra, santificando su resolución con innumerables sufrimientos, vertiendo ríos de su sangre por el triunfo de una vida nueva, clara y alegre. El sentimiento del parentesco espiritual con todos ellos se elevaba y crecía; un corazón nuevo nacía sobre la tierra,

lleno de una ardiente ansia de comprender todo y reunir todo en sí mismo.

Alexis Peskhov, a. Maksim Gorki,
La Madre.

El resto de pasajeros parecen nacionales. Varios viajan con niños. Una pareja a mi lado cuida al suyo, que es la imagen misma de su padre, un hombre moreno de fuerte contextura.

Yo aún me debato entre subir al avión o quedarme. Ocho millones de emigrados, una persona desaparecida cada media hora, una mujer violada cada veinte minutos. Un país donde los jóvenes humildes son asesinados a cambio de dádivas como un día libre, el ascenso de un escalafón o el reconocimiento de una carrera militar. Un país del que huyen los intelectuales, perseguidos por sus ideas; en el que los jóvenes tienen que irse para lograr un mejor futuro o en el que las mujeres prefieren prostituirse en las calles de Madrid o Barcelona a seguir sufriendo los vejámenes nacionales. Un país donde los niños piden limosna en todos los acentos, donde los campesinos son desplazados y se mueren de hambre, donde la multitud errante se ha hecho tan numerosa que describe un éxodo como los de naciones en la Biblia. Un país donde se ha duplicado el presupuesto de la guerra en los últimos diez años

para llegar a la suma de 24 billones de pesos anuales. Un país donde, en 2010, la Fuerza Pública contaba con 426.014 efectivos –vaya denominación para seres humanos–, y a la fecha tiene más de medio millón de personas destinadas en su mayoría a proteger a las transnacionales y a los ricos. Un país donde las agencias de seguridad de los militares en retiro contratan una mano de obra ingente para suministrar celadores en todo el territorio nacional. Un país agredido de seguridad, de vigilancia inocua, de persecución efectiva. Un país donde las cárceles hacían a miles de personas en circunstancias inhumanas. Un país donde el servicio médico apenas puede con los pacientes con cáncer. Un país donde la gente se muere en la puerta de los hospitales esperando que la dejen entrar, en el “corredor de la muerte”, dicen. ¿Un país así invita a sus nacionales a regresar? Contrario a las campañas publicitarias de los aviones de Avianca, si pudiera escoger realmente como un extranjero sabría que en Colombia no hay riesgo de que te quieras quedar.

Nosotros, obreros; nosotros, cuyo trabajo ha creado todo, desde las máquinas gigantescas hasta los juguetes de los niños; nosotros, a quienes se ha privado del derecho de luchar por nuestra dignidad humana, y cada uno se arroga el privilegio de hacer de nosotros instrumentos para alcanzar su objetivo, nosotros queremos ahora tener la

libertad suficiente para que, con el tiempo, nos sea posible conquistar el poder. Nuestra consigna es sencilla: ¡abajo la propiedad privada! Todos los medios de producción para el pueblo. Todo el poder para el pueblo. Trabajo obligatorio para todos. Podéis ver que no somos sediciosos.

Alexis Peskhov, a. Maksim Gorki,
La Madre.

Una vez en la ciudad, instalado en el Hotel Nevsky que le había recomendado el Comité a Panclasta, él se dispuso a encontrar a los nihilistas. La tarea dispuesta por el camarada Martov hacía parte del protocolo de su acción en Petersburgo pero, además, le atraía soberanamente. Bastante había leído a los escritores rusos para entender que ellos habían fraguado desde hacía años lo que estaba pasando y él tendría el privilegio de conocerlos en su propio mundo. Algunos nombres como el del pedagogo Sologub, que vivía en la ciudad, Chirikov, que tenía gran éxito y era reconocido en Francia, Bunin, que le había dado la espalda al marxismo, Kuprin que ahora mismo estaba aquí o Andreiev, de quien le había hablado Gorki, como Bogdánov, le interesaban sobremanera. Había en el imperio un verdadero movimiento intelectual que

sin duda marcaba los acontecimientos y determinaba a su vez la cultura mundial, tanto como sus procesos libertarios.

El regreso es más pesado que la partida, y también más largo.

Al emprender el viaje uno tiene energía, expectativa, ilusión. Al volver ya todo eso se ha acabado. Queremos reencontrar a nuestros seres queridos, descansar, retomar la rutina. Dormir en nuestra cama, con nuestra propia almohada...

Yo quiero estar con Irene y con Ángela... Aunque temo estar en Colombia, y perderme —o morirme— en medio de la supervivencia diaria.

En todo viaje hay el contraste auténtico del pesar, que pone en el alma el abandono de lo que hemos poseído, y el ansía vehemente de poseer lo que anhelamos.

Biófilo Panclasta

Nuestras ideas progresan en claridad, se apoderan de la masa del pueblo y la organizan con vistas a la lucha por la libertad. La conciencia de la gran misión de la clase obrera une a todos los trabajadores del mundo en una sola alma, y no podéis detener el proceso de renovación de la vida, más que con la crueldad y el cinismo. Pero el cinismo es patente y la crueldad engendra la cólera. Y las manos que hoy nos estrangulan, estrecharán muy pronto las nuestras en fraternal saludo. Vuestra energía es la energía mecánica del aumento del oro, y os une en grupos condenados a devorarse mutuamente. Nuestra energía es la fuerza viva de la conciencia, siempre creciente de la solidaridad entre todos los obreros. Todo lo que hacéis es criminal, porque solo va encaminado a esclavizar a los hombres. Nuestra labor liberará al mundo de los fantasmas y los monstruos engendrados por vuestra mentira, vuestro odio, vuestra avaricia, y destinados a aterrar al pueblo. Habéis arrancado el hombre a la vida y lo habéis aplastado. El socialismo agrupa a todo el universo destruido por vosotros en un solo ser grandioso, y triunfará.

La Madre.

La búsqueda de los nihilistas no fue nada fácil. Existía una cantidad significativa de grupos de trascendencia política y la

policía estaba alerta frente a cualquier brote de opositores del Zar. Siempre estaba la horca esperando a quien diera un paso en falso y nadie quería hablar ni parecer integrante de una de las múltiples células revolucionarias. Los bolcheviques, los marxistas, los mencheviques, los anarquistas, los nihilistas, incluso los monárquicos, conservadores, liberales burgueses, socialistas, librepensadores o masones, los que aún hacían parte de la Boyeváya Organizátsiya, etc., etc., todos parecían vivir al margen de un sistema que expelía la oposición. Panclasta apenas podía acercarse a alguno de ellos y no tocar sensibilidades. Nadie llevaba letrero de una cosa u otra en el pecho, ni mucho menos, y cualquier palabra o movimiento podía ser tomado como sospechoso por la Ojrana.

Recorrer la ciudad buscando a este o aquel personaje referido por Inessa o Monsieur K era más que difícil. A esto se sumaba la especificidad de la tarea. Contactar camaradas de acción se dificultaba muchísimo. Las cartas de presentación ante simpatizantes ideológicos no eran garantía de nada puesto que en cuanto encontraba una dirección y preguntaba por su inquilino le respondían que aquel se había trasladado de domicilio, lo había abandonado y, en todo caso, sus vecinos desconocían su paradero. Cuando encontraba a alguno, le resultaba difícil la comunicación: o el ruso que hablaba no servía de mucho, o el otro no quería soltar prenda. Y así, de nuevo a andar por las calles de la ciudad.

No encontró entonces a los Turgueniev, los Dostoievski, los Tolstoi o alguien por el estilo. En su lugar, se encontró con

algunos estudiantes adeptos a los sóviets en uno de los cafés en que estuvo, pero rápidamente se decepcionó de ellos, pues por su condición pequeñoburguesa no se comprometían del todo con la acción directa o, desde su particular punto de vista, con la prevención de la guerra internacional, que sin lugar a dudas no era el objetivo de nadie en la Rusia zarista. Eran ellos quienes principalmente reprobaban el poder del Zar y querían su muerte, pero no pensaban ni por un segundo en la guerra que se podía venir encima por tal acontecimiento o en la lógica de la violencia mundial que el hecho establecería.

Justamente, gracias a Sergei, uno de esos estudiantes, con quien se transó en una discusión en torno al objetivo social del teatro, por fin logró entrevistarse con los bolcheviques de los que le habló K, los de la calle Arbat, a quienes les entregó sus cartas de presentación y les informó del lugar donde se encontraría a fin de precisar tareas. De ahí en adelante no le quedaba, según concluía, más que esperar. De acuerdo con las instrucciones de Martov, serían ellos los que se pondrían en contacto con él, le pondrían al tanto de la situación en el país, le darían nombres y, en consecuencia, determinarían la estrategia a seguir.

Este margen de espera le sirvió para cavilar sobre su nueva situación.

Este archivo de Julia que conservó mi familia en el baúl de la abuela debe quedarse en España. Yo dudo que de vuelta quiera escribir sobre Panclasta. Creo que ya ha sido suficiente. No quiero volver a Colombia con este peso auestas.

Traté de ordenarlo todo, pero la fragmentación de la información respecto de Panclasta hace imposible abordar su legado de una forma sistemática. Acaso Osorio Lizarazo tenía razón: puede ser imposible culminar una novela sobre este anarquista colombiano. “Nada se puede decir con certeza de él”, concluyó el propio Montaña Ibáñez.

Con el apoyo económico del Comité, ya podía respirar tranquilo. Por lo menos en lo que a necesidades diarias correspondía. Incluso compró un gabán negro de segunda en una prendería, con lo que se despojó al fin del abrigo de Figueroa, unos zapatos de duro cuero, que le resultaron justos para su talla, y una camisa blanca, como siempre, pero a la usanza de los burgueses del lugar, con cuello pajarito, según atisbó como usanza desde su arribo. Por puro sentimentalismo conservó el corbatín bermejo que había adquirido en Argentina, que asumía ya como un talismán de la suerte y un recordatorio del profundo amor de la princesa. En momentos como este, mientras lo anudaba la echaba de menos (ella lo hacía mejor). Mucho más, sin duda, ahora que se encontraba entre los suyos.

Se fijó entonces una rutina que le ayudaba a ir pasando los días mientras esperaba alguna respuesta de los bolcheviques: comía tres veces al día, bebía buen vino y en la tarde se paseaba en uno de los tranvías que circulaban por la ciudad. Quería conocerla de cerca. Sus palacios, los templos ortodoxos, sus amplias avenidas, los canales, las islas...

Las llamadas “Noches blancas” —un fenómeno atmosférico que ocurría a partir de las últimas semanas de junio— eran algo digno de aprovechar. Los rusos salían en manadas a las calles a celebrar la luz y el sol que faltaban el resto del año con una botella de vodka en las manos. Panclasta mismo se animó a dar un paseo en un carruaje de alquiler una de esas noches suspendidas en el crepúsculo, como jamás pensó en su vida, lo que le permitió sentir por primera vez el alborozo del bienestar burgués, esa extraña sensación, extremadamente cálida y sensual, del confort que había sentido en casa de Gorki, en la Isla de Capri, en la Italia adorada de Pérez Triana, donde se podía pensar mientras uno se divertía.

A la primera oportunidad, cenó en debida forma en uno de los restaurantes del centro de la ciudad, el *Na Zdorovie* y, al salir, tomó uno de los carruajes dispuesto para los comensales que iban camino al hotel. Por la circunstancia extraña de su espíritu, quiso darse ese lujo. Si tenía suerte y cupido se atravesaba por el canal Fontanka, bien podía acabarse la mesada en una sola noche. Sentía que esta sería la única vez que podría acceder a las princesas rusas, que le resultaban

desde su llegada a San Petersburgo de una belleza y de una disponibilidad soberanas.

—¿Quieres volver?

— Colombia es un tren sin carrilera, una devastación sin nombre, un error. Un vientre fértil golpeado por sus padres, una dulce ruina. Se ve desde la distancia como un barco a la deriva, como una isla seca en medio del apocalipsis. Tiene el norte en el centro y botas en la cabeza. Se mueve como un monstruo de otra época, sin ojos y hacia atrás. Se estaciona en el olvido y se rebela a morir. Una noche oscura es su vida, impenetrable para los demás; se debate tiernamente entre estertores y agonías para dejarle lo mejor a los yanquis y troyanos.

Las cartas me sirvieron mucho, sobre todo las de los sobres marcados con París, Colombia, Holanda, Rusia... aunque algunas están incompletas, como las que escribió desde la prisión en Barranquilla al periodista Aurelio de Castro y no se enviaron al destinatario. Sus diarios —cuadernos de las colecciones “República”, con un cóndor imponente montado

en una bandera de Colombia, “Bolívar”, con la imagen del militar rodeado por la misma bandera, o del “Ministerio de Instrucción y Salubridad Públicas”, con el escudo nacional—resultan fundamentales para conocer al personaje, pero son de difícil lectura al ojo moderno. El papel es frágil y amarillento y la tinta ha ido desapareciendo. Además, estos cuadernos son pocos y están desordenados; a veces carecen de fechas o tienen apuntes de diversos temas, extractos de libros o artículos, sin ningún referente. En nada se parecen, supongo, a los diarios meticulosos y constantes de Anaïs Nin. Yo traté de darles un orden, pero terminé por entender que lo escrito frente a lo vivido es muy poco. A menudo puede más la consignación de opiniones que el relato de los hechos. Una cosa semejante me pasó con las copias de *El Observador*. Los números conservados en debida forma son pocos. Gracias a ellos he tenido una visión, hasta cierto punto integral, de la perspectiva de Julia respecto de la historia y, en particular, de lo sucedido con Panclasta en Ámsterdam y en Pamplona. No obstante, los primeros números están apelmazados en una bolsa. Faltan muchos y los pocos que hay están carcomidos y resquebrajados por la humedad. Si los hubiera tenido todos me hubieran dado una idea de la evolución del pensamiento de Panclasta. Supongo que, como me dijo mi madre, muchos papeles se vieron afectados con el incendio de la casa de Mamaíta. Y, al parecer, de modo definitivo. En 2003, cuando fui a la ciudad, tuve la esperanza de encontrar otros ejemplares, pero nadie da cuenta de la colección y el responsable de la biblioteca de la Casa Arzobispal (la “más

completa de la ciudad”, dicen) me informó que buena parte del patrimonio periodístico de Pamplona se quemó en un incendio que sufrió el edificio en los años ochenta del siglo pasado. Las calamidades, por lo visto, no fueron exclusivas de mi familia... Otros documentos como discursos militares (“Los problemas Nacionales”, de Uribe Uribe, entre otros), fichas con citas de libros, apuntes sobre la campaña del mismo Uribe Uribe, así como publicaciones de la imprenta de la diócesis de Pamplona (*Bosquejos* entre ellas), cuentas y cuadernos para “Escuelas primarias” y algunos ejemplares de *Revista de revistas*, de Venezuela, están guardados en otra bolsa cuyo contenido podría clasificarse siempre de mejor manera. También hay aquí un pequeño cuadernillo, con una estampa de un escudo y la palabra “Empire” en el lomo y un “Memorándum” que contiene buena parte de los aforismos, lemas y pensamientos de Panclasta. Este último documento fue una brújula para mi trabajo, pues se convirtió en una especie de diccionario de Panclasta. A pesar de su brevedad, ofrece luz respecto de su pensamiento. Estos aforismos se pueden usar como epígrafes de cada uno de los capítulos.

En esas circunstancias, cada vez le quedaba más claro a Panclasta que debía cumplir, de la manera más inusitada, una doble acción. Como los espías del siglo XIX a los que se refirió alguna vez Ceccarelli, debía trabajar en dos frentes

antagónicos que poco a poco serían excluyentes y deberían tender a solucionarse por sí mismos (en esto tenía fe): en primer lugar, a órdenes de los revolucionarios, que buscaban eliminar al Zar y concretar así su idea del cambio del orden social; y, por otro lado, en observancia de sus principios morales, debía evitar la guerra y el gran número de víctimas que de ello podrían derivar, cuestión ética a la que había accedido como objetivo fundamental de su vida. En medio de la clandestinidad, en uno u otro frente, estos eran los caminos que se le habían planteado desde hacía rato en su destino y no estaba la situación como para eludirlos. La cuestión se presentaba entonces con una claridad meridiana. Si los nihilistas se encontraban en la fase intelectual de la oposición al régimen, los bolcheviques buscaban la acción inmediata y contaban con la base material de las expropiaciones. Vladimir y Koba–Stalin lo sabían. Con tal infraestructura les resultaría posible cambiar la realidad ahí mismo, o por lo menos, cambiar su realidad nacional. El hecho devendría con toda certeza en transformación del sistema económico. Todo a través de la guerra. Lo suyo, por el contrario, era la paz.

Las pocas fotos, que están en otra bolsa, están desteñidas. Ignoro el nombre de los personajes que aparecen en ellas pero pueden resultar de interés para futuros investigadores. Son imágenes precisas de la época. En general, el gorgojo y las

vicisitudes de los documentos afectan su naturaleza, pero algo puede salvar un investigador juicioso.

Por mi parte, de no ser por los testimonios de oídas que recibí, a los cuales les doy total crédito, no habría podido ordenar tanto material y ofrecer una idea justa del personaje. Las historias de mi abuela, principalmente las de mi madre, y de toda mi familia, me ayudaron a construir la columna vertebral que soporta los datos y las referencias sugeridos. Hice un gran esfuerzo para ello recordando mi propia experiencia vital.

Con todo, he hecho lo que he podido, pero no veo un destino efectivo, ni para este material, ni para mi novela.

En últimas, ignoro si estos papeles interesen a alguien.

¿Saldrá a la luz todo esto algún día? O, acaso, como por un sortilegio, todo siga en el misterio.

He hecho lo que he creído correcto, me he dedicado de lleno a Panclasta, hasta el punto en que he llegado a exponer aspectos de mi propia vida que hubiera preferido guardar en secreto. El paralelo de nuestras vidas me pareció el método para entender al personaje.

Ahora pienso que si me detengo a pensar más en esto puedo llegar a quemarlo todo... Lo mejor es dejar todo en manos de alguien que lo aprecie y, si es el caso, pueda llevarlo a buen término.

Санкт–Петербург, 18 январь 1908

Informe del agente Yuli Martov a la Secretaría del Comité de Relaciones Exteriores Bolchevique sobre la acción del camarada Biófilo Panclasta en la tarea de identificación de objetivos burgueses

Panclasta es uno de los pocos hombres que puede establecer la relación entre los burgueses, “Les bourgeois bien nourris”, según dice, del Restaurante *Na Zdorovie*, y el hambre en Colombia, España o Etiopía. Entre la buena comida de unos y la pobreza de los demás. “Hay ricos porque hay pobres”, dice a menudo. “La comida abunda aquí, la carne rebosa en las carnicerías. Pero cada plato servido en este restaurante es un insulto a los hambreados del mundo. Cada puro humeando en sus bocas, una bofetada a los pobres de la periferia universal. Imperios y colonias. Este es el mundo. Inconscientes y murientes”.

Por supuesto, de esto no tenían consciencia los comensales de las 14 h en el Boulevard Petrográdskaia Storóná. Ni puñetera idea. Ni siquiera tenían idea de que existiera un más allá de Moscú, o

de París, Londres o Viena, donde pasan sus ociosos días. El *Na Zdorovie* de Petrográdskaia Storóná y Bolshoi Prospekt era el mundo. San Petersburgo es la ventana del país a Occidente, dicen. El *Petit Paris*, la realidad. Vicente se queda mirándolos desde su rincón de resentimiento y ellos ni lo advierten. “Tengo un hambre que me arruga el estómago”, dice a cada rato. Sentado en una banca, bajo un castaño deshojado, observa la realidad como por primera vez. ¿Los burgueses? No parecen tan malos como dicen. Pero ni siquiera cuando va a pedirles un kopek o un poco de tabaco lo toman en cuenta. Él se queda mirándoles la levita oscura, la camisa de pajarito, el paraguas adosado de la dama y, en fin, “la belleza de la burguesía”, como dice a menudo. Un carruaje a la espera de la pareja. Él, como el mundo del que venimos, es transparente. Ni belleza ni nada. Un abrigo raído, zuecos de palo, bombacho hecho jirones... Tiene hambre este día de enero y siempre. “Ni lo singular ni lo general se ve. Ni la pobreza de un hombre ni la de la humanidad”, dice. Somos el blanco del paisaje. De cerca y de lejos no contiene nada. Montones de muertos de hambre como nosotros merodean por ahí y los burgueses del boulevard no nos ven. Él puede mascullar esta y otras cosas suyas y a nadie le importa un rábano. Yo le hago coro al punto que reímos. Él lo hace en su lengua primitiva. Yo en mi ruso ancestral, que tampoco les importa un bledo. La Ojrana solo repara en nosotros cuando se presenta un motín, que tampoco es frecuente. “La plebe se mantiene tranquila porque sabe lo que le viene encima si provoca algún problema”, masculla. La gendarmería reacciona de inmediato a cualquier peligro. Un amago de robo o ataque directo y a la cana con el matrero. Sí. Ya

lo sabemos. Así, pues, todo está en orden. El orden del desorden, cuchicheamos nosotros; el orden de los explotadores. El desorden de la patria, la familia y el Estado. Falsedades de un mundo de fronteras sin solidaridad. De ahí la relación entre los comensales del mediodía petersburgués y el hambre universal, digo yo. Cómo no la ven ellos. Él, de aquí para allá, con un cacho de tabaco en la boca, observando a los señores de los restaurantes, muriéndose de hambre. ¡Qué ciegos son estos burgueses al no ver el negro sobre el blanco! Pero, sobre todo: “¡Qué ciegos los campesinos que mantienen esta Rusia estamental y anacrónica del siglo XVIII que se niega a llegar al XX! Tenemos que convencerlos de la injusticia universal”. Así sermonea el colombiano. Es necesario hablarles en su idioma de naciones apabulladas por el dios capital, de explotación del hombre por el hombre, de pobres que trabajan por los privilegios de unos pocos. “El enemigo universal del dinero es el minotauro a destruir. ¡No solo en Rusia sino en el mundo entero!”, masculla. ¡Qué perogrullada es esto para nosotros, pero qué difícil transmitirlo a quienes no tienen asegurado ni su pan diario! “El hambre lleva a que el hombre solo piense en lo inmediato”, explica Panclasta. “Al final son tan ciegos los campesinos como los burgueses de gruesos puros”. “Valiente revolución podemos lograr con eso. De no ser por dos o tres ilustrados, pequeñoburgueses, dice, o personas como nosotros, que tuvimos la desgracia o el privilegio de abrir los ojos a la realidad, nada pasaría”. El mundo es otro desde entonces. Rusia y Europa. Y América Latina, que es lo más importante para él, va cambiando. “El final de las monarquías es una necesidad

mundial”, reniega. Aunque la mayoría no lo entienda. La solidaridad internacional empieza por comprender la injusticia de los privilegios. La persistencia del *Ancién Régime* es aquello contra lo cual se deben enfilar todas las armas. Ese día de noviembre un burgués se acercó y nos dejó algunas sobras y un poco de vino. En la mesa de los ricos quedaban migajas para los pobres, dice Martí al otro lado del mundo...

Aún sin registrarme, pienso en la entrada misma a Colombia, en las filas de gente presentando el pasaporte en Bogotá para obtener el sello, en la autoridades aduaneras escrutando las miradas, los movimientos, las formas de caminar sobre todo. A aquel que dude al dar un paso, lo requisarán.

Luego tendré que esperar la conexión de Bogotá a Medellín, pero ya reinará a mi alrededor el miedo, el caos, lo que llamo la anomia: la corrupción del Estado, el militarismo, la indiferencia de las clases medias, la banalidad colombiana...

Somos el segundo país más feliz de la tierra, refunfuño: los desaparecidos, los desplazados, los falsos positivos, el Escuadrón Móvil Antidisturbios de la Policía Nacional de Colombia, ESMAD, las bases militares norteamericanas, el Cuerpo Élite de Objetivos de Alto Valor en Medellín, por

mencionar solo algunos motivos de ignominia, no menguan esta felicidad. La felicidad de la ignorancia.

Después de nuestra última representación de *Sopa de pollo con cebada* nos reunimos todos los del grupo en una habitación del Hotel Colonial de Duitama, en 1986. La función, como otras anteriores, había sido un éxito, y después de la comida, como hacíamos siempre, nos reunimos en la habitación de uno de los actores para oír música, bailar y celebrar el acontecimiento. En esta ocasión, era la habitación de Rosa Julia, La Actriz. Aunque, a diferencia de celebraciones anteriores, además de esa energía común en nosotros, teníamos un sentido extraño de fracaso. Era la fiesta de esta noche a la vez una despedida y un encuentro. Bailando al ritmo del *reggae*, no olvidábamos ese particular hecho. Esta era la última noche de un sueño. Y como al final de una ilusión teníamos consciencia de que nos encontrábamos próximos a despertar y empezar a vivir la vigilia de una vida real sin teatro y sin arte. La realidad llena de ocupaciones reales como una oficina de abogados, una sala de redacción, un periódico cualquiera, un juzgado penal... Esta noche debíamos aprovechar lo que restaba de ese sueño artístico, sentirlo hasta en sus últimos destellos. Esa era la consigna implícita.

En el baño, como inmerso en otra dimensión, yo mismo observaba la imagen de Rosa Julia presta a darse una ducha. Era esta una imagen onírica. Yo la miraba mientras se acercaba al agua que caía hirviente y pensaba que esto serviría como metáfora de algo. Poco a poco ella introducía sus pies, sus manos, sus brazos para comprobar la altísima temperatura. Al rato, como en esos sueños en que la imagen se disipa, el baño quedó vaporizado y la perdí de vista por completo. Solo oía cómo se interrumpía el chorro y ella misma emitía un grito, no sabía si de dolor por una quemadura, de burla o, bien, de histeria. Ella parecía dominada por el licor, el cansancio derivado de la función, la decepción ante el inminente fin de La Tramoya, y su energía teatral caóticamente desplegada, todo esto que le impedía preocuparse por lo que llamaba efectos secundarios...

Roberto entró al baño e intentó detener la intención suicida de Rosa Julia. A mí me parecía que lo suyo era más amenaza lúdica que una intención efectiva. Pero allá él, pensé. Además, poco a poco en el baño ya no se advertía nada. Sus gritos habían terminado, como si se hubiera quedado dormida, y en la habitación ocurrían demasiadas cosas como para intentar detener su flujo en un simple foco de atención. ¡Cómo intentar detener la profusión por un particular! Yo, cuando menos, no lo hacía...

Reino de Rusia

Санкт-Петербург, 30 Июнь 1909

Ojrana

El ciudadano colombiano Vicente Lizcano, a. Biófilo Panclasta, ha sido detenido en Dvortsóvaya náberezhnaya.

Testigos afirman que participó activamente en la huelga de estibadores del 18 de julio pasado con el fin de turbar el régimen del Zar.

El sindicato iba disfrazado de burgués, con paletó y bombín.

Dijo que iba camino a la Perspectiva Nevsky con el fin de recoger una alforja de víveres.

Falso.

Los testigos afirman que en realidad distribuía propaganda subversiva e iba arengando entre los huelguistas.

El agente encubierto “Pavlev” lo capturó. Lo puso a órdenes de la 2ª agencia del distrito IV.

Se deja el sindicato a órdenes del comisario general.

Mikhail Plushenko

Comandante

—¿Otra vez en prisión, Panclasta?

—Ahí lo ves, mijo. Como un karma.

—¿Karma?

—Sí. Una mala energía que me devuelve siempre a una prisión.

—Mala energía, no, Panclasta. Su ideal... Ese es el que lo lleva a estar entre rejas.

—No creo, Gustavo. Es más bien como un tipo de suerte o sino, como si no hubiera resuelto algo en vidas anteriores y debiera intentar resolverlo en esta. El efecto de una causa, dicen; una retribución.

—¿Retribución?

—Por algo que hice o dejé de hacer en otra vida.

—Pues no sé, Panclasta. Yo no creo en causas y efectos metafísicos. Pocas veces la vida tiene esa mecánica. Creo en la singularidad de nuestros actos. No más.

—Eso es peor, mijo. Es demasiada responsabilidad para uno solo.

—Pues también Stirner creía eso.

—Deja a Stirner fuera de esto, carajo. ¡Estamos en Colombia!

—Se equivoca. Usted está en una cárcel en Rusia y yo en España.

—¡Tú sabes a lo que me refiero, mijo! Siempre estamos en Colombia. A pesar de todo lo que hagamos. Es imposible dejarla, ¡la tenemos pegada!

—En eso tiene razón. Por más que uno quiera es imposible abandonarla... A lo que me refería es a que acaso usted sea la reencarnación de Stirner y de ahí lo del karma, ¿no le parece?

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Pfff! Vuélvete serio.

—Usted fue el que habló de karma y de otras vidas...

—No es lo mismo, mijo. Es como si yo dijera que tú pagas lo que yo hice o dejé de hacer. Tú eres tú y yo soy yo. Y ya. Solo intento comunicarme contigo en el futuro y explicar esto de las prisiones.

—¡Ja! Pues ahí estamos bien, Panclasta, porque lo mío es adivinar el pasado. Imaginar las razones para que usted llegue siempre a una prisión, ¿no?

—¿Las causas?

—Ahora es usted el que bromea.

—Tú lo has dicho...

—Lo que intento es terminar mi novela y eso me lleva a la lógica. De no ser por eso, creería en su capacidad de encarnación.

—¡Ah, pues diste en el clavo! Por eso nos hemos encontrado.

Salí del baño vaporoso a la habitación donde estaban los demás. Algunos cantaban, otros bailaban al ritmo de la música, otros bebían, otros fumaban... Todos estaban festejando una función como cualquier otra, pero con un ingrediente: era la última de nuestra historia teatral. Teníamos todos (todo el grupo de teatro La Tramoya) una sensación de fin y, por lo tanto, de despedida, que era necesario amainar con la alegría de la celebración. Porque como su nombre lo indicara —y luego habríamos de darnos cuenta— nuestro grupo era exactamente una tramoya, es decir, una especie de máquina trasera que llevaba a cabo las mutaciones y transformaciones en el teatro, pero a la vez un aparataje detrás de escena sin mayor reconocimiento. A pesar de todos nuestros esfuerzos, nuestro grupo parecía ser exactamente “eso que no se ve”, aquello que no estaría presente en un contexto público. Como la tramoya, en otro sentido, un verdadero enredo hecho con maña: sin conciencia alguna (pese a los buenos propósitos), sin un

vínculo real con el mundo teatral de la ciudad, sin existencia oficial en un medio artístico que exigía abolengos y pergaminos. Nosotros éramos gente común en el espacio cultural de los elegidos, como se concibe la cultura misma en Colombia.

A Siberia fue a parar, condenado a trabajos forzados. Junto con Martov, Panclasta es desterrado por tres años.

Esa noche, pensábamos que el fin era definitivo y que no habríamos de intentarlo más. Amábamos demasiado el teatro como para continuar asumiéndolo como un *hobby* universitario sin trascendencia social. Por eso tomábamos esta noche como la última del grupo, tratando de hacerla lo más memorable y digna posible, como pensábamos que se merecía una buena defunción. Esta noche habíamos decidido, por votación, que la función representada sería la última como grupo universitario y como grupo alguno. Queríamos morir dignamente, respetar el teatro, el arte.

Era el fin mismo de un grupo que nos había dado especiales satisfacciones. Estaba claro que era el fracaso de un sueño. De pronto las cosas estuvieron definidas por las circunstancias. De hecho todo se había resuelto solo. Por el momento ninguno quería pensar en el destino del grupo o sus implicaciones individuales. Nuestra vida de ahí en adelante, nuestra relación futura con el teatro, todas esas cosas eran demasiado importantes para definir las en una sola noche. Mucho menos queríamos dejar pasar la fiesta en que se había convertido la despedida. Porque era ante todo una despedida y por tanto una última vez, y pretendíamos aprovecharla en todo su esplendor, asimilarlo todo allí, como una noche artística.

Panclasta y Martov, junto con otros desterrados, fueron a parar en la aldea esteparia Shuskenskoide.

Y junto al Círculo Ártico, en Turujansk, Panclasta funge de profesor de español con el fin de ganar una rebaja de pena. Así, en medio del confinamiento, enseña su lengua a un grupo de penados.

Entre los viajeros de este vuelo, quizá, haya muchos colombianos exiliados que viajan con la idea de que ya es tiempo de regresar a su patria. La crisis económica en España ha afectado todos los sectores, y a los inmigrantes les ha dado aún más duro. Algunos han vivido los desahucios y persisten en quedarse; otros no han encontrado más que el retorno para eludir obligaciones. Aunque entreguen su piso deben seguir pagando la deuda y pocos quieren trabajar para eso. Entre la hipoteca de un piso en ese caso inexistente, un nuevo alquiler y otros gastos ineludibles como el transporte o los servicios públicos muy pocos tienen para comer.

Y justamente en Siberia, enseñando español en Turujansk, Panclasta oye hablar de una gran bola de fuego que explotó en el aire y cayó a la tierra el pasado mes de junio de 1908. Según dicen, una gran masa naranja y luego rojiza cayó a pocos kilómetros de donde él está. Nadie ha podido acercarse al lugar, pero decenas de conjeturas se cuecen al respecto. Algunos aseguran que tembló la tierra tras el incidente; otros hablan de un rayo de la muerte, un cometa o un meteorito venido de quién sabe dónde. Panclasta no deja de pensar que pudo ser una gran bomba que dio inicio, sin que él lo supiese, a la guerra. Su angustia le hace especular que el fin puede llegar mientras él se congela en un lugar remoto de Siberia.

Más que nunca, se dice, necesita salir de esta estepa para lograr su objetivo personal, detener esta guerra.

Hoy no tengo mayores expectativas ni con España ni con mi propio país. Ni para adelante ni para atrás, como el cangrejo. España me ofrece sus festivales, sus espacios culturales... pero también su crisis.

Sé lo que queda de grato de La Tramoya.

Sé lo que queda de mí.

En las camas, cada uno conseguía un lugar. Algunos bailaban sobre ellas, como yo, y fumaban o bebían. Yo, rítmicamente, los observaba. Quería bailar, y, al mismo tiempo, suspender el momento vivido en mi mente, grabar cada una de las actitudes de mis “camaradas”. Sus rostros, sus cuerpos, sus manos, sus voces. Tal vez pensaba que nunca los volvería a ver, o por lo menos nunca así como los veía hoy: felices y transparentes. Quería retenerlos a todos en mi mente, hacer sus retratos con lo mejor de sí, lo más distintivo de cada uno, reunirlos en un

instante poético que con el tiempo, quizá, pudiera llegar a escribir.

Magdalena, nuestra singular tía Cissie, observaba aún más. Acurrucada, protegida con un gabán negro, con un sombrero antiguo, de velo y flores, observaba con suma atención. Como descubridora. Era como una imagen extraña de otra dimensión. Era una imagen oscura, atemporal y, en cierto modo, fiscalizadora. Permanecía mirando, consciente, expectante, siempre al margen. Ni siquiera seguía el ritmo de la música, como yo, aunque quisiera. Estaba estupefacta ante el desorden. Reflexionaba su juicio sobre lo ocurrido frente a ella: la conducta de Martha Patricia, de Giovanna y Pedro, de Marisol y los demás tramoyistas que jugaban, saltaban, reían, lanzando de un lado a otro las almohadas, los colchones, las frazadas, y, según la propia Magdalena diría luego, “todo lo que poseyera aptitud de volar”. Incluso Pedro resultó lanzado. Y todos reíamos... Magdalena podía ver más que otros. Podía interiorizar más que otros. De alguna manera pienso que mi percepción de esos otros siempre estuvo mediada por sus ojos avizores, por su capacidad de ver poéticamente a quien amaba.

En Shuskenskoide, Panclasta tiene un encuentro inusitado. Uno de los más impactantes de su vida, sin duda.

El colombiano no tenía ni idea de que, en su ausencia, el Comandante K había regresado de incógnito a Rusia y que en desarrollo de sus actividades subversivas había sido detenido y condenado como él a trabajos forzados en Siberia.

El encuentro fue entrañable. A pesar de la distancia ideológica que se había fundado entre los dos hombres en los encuentros anteriores, allí, en plena estepa helada, surgió una fraternidad entre ellos que solo el sufrimiento ante la injusticia humana puede forjar. Esa tarde Vladimir Ilich dejó la pala que tenía entre sus manos clavada en la tierra y traspasando una multitud de reos y la ventisca propia del lugar, por encima de los numerosos obstáculos humanos o geológicos, llegó a abrazar a su amigo colombiano que estaba al otro lado de la llanura. Lo había reconocido, era él, el camarada Panclasta. Este, lógicamente, se sorprendió de tal efusión y tomó solo unos segundos para reconocer a tan amable colega de presidio que así lo envolvía. Se sumó entonces a la fuerza de su abrazo, en medio del llanto, y de sus sentimientos hasta que los duros guardias del lugar los separaron hostilmente. Estaban en la Rusia helada, despótica y arcaica y un abrazo de amigos era una imposible licencia de la que no podían disfrutar.

La tía Julia terminó en lo que había de terminar dadas sus circunstancias, mijo. La historia lo toma a uno como ejemplo.

Luego de una estúpida discusión por un dinero que le había sacado Arturo de la cartera, su marido la mató a puntapiés. El reclamo de Julia por unos pesos le sirvió a él como pretexto para iniciar la agresión hacía rato cantada. Julia estaba en el tercer mes de su tercer embarazo. Mi hermana presencié el hecho, pues para entonces las familias vivían juntas. Ese día, aparte de Arturo, el feminicida, solo estaba ella en la casa. Mi padre trabajaba en la selva y mi hermano había sido internado en un seminario para que fuera cura. Yo estaba en el colegio, mijo. Fue Safira la que vio todo. Arturo la mató y se marchó luego de que lo hizo. Dejó a sus hijos y se perdió de la ciudad. Eso ocurrió por allá en 1942, como en una novela negra. Desde entonces, a su manera, la abuela Margarita vio por todos nosotros. Mamá tuvo que trabajar más y más para asegurar nuestra subsistencia y mi padre vino cada vez menos. La abuela vivió pendiente de nosotros hasta su muerte en 1958.

No puedo dejar de comparar sus prisiones de Francia, Rusia u Holanda con lo que significa la prisión en Colombia por estos años, Panclasta. Usted está en Siberia, hace trabajos forzados, pero puede llevar una vida... intelectual, por decir lo menos. Luego de esos trabajos a la intemperie, con una mesa de trabajo, un cuaderno y un lápiz, usted escribe lo que le pasa o envía cartas pidiendo solidaridad con su causa. Algunos de sus panegiristas afirman incluso que escribió en la mesa en que

también Lenin consignó lo suyo sobre el materialismo. Quizá. Además, luego de las duras labores, le dejan un tiempo para los tales cursos de español para sus compañeros de pesadumbre. Y esto no es la excepción. También Vladimir, Monsieur K, cuenta con estos derechos. Trabaja duro en la estepa, pero tiene tiempo para escribir cartas a Inessa, al Comité, al Zar aun, y reunirse con sus camaradas de presidio. Entonces, algunos compañeros de calvario le expresan su solidaridad a él y su apoyo a la causa revolucionaria que se cuece en Europa. Incluso unos guardias armados le manifiestan esta esperanza en secreto. “Estamos esperando la señal que nos anuncie que es el momento de la movilización”, le dicen, y también usted alienta estas esperanzas. Saben que la injusticia tiene los días contados, que la persecución, el destierro, la pena capital tienen fecha de vencimiento.

En 1933, José Antonio Osorio Lizarazo contó que, desesperados por su aislamiento en Siberia, Panclasta y Vladimir decidieron huir. Yo leí esta historia, hijo, y por eso te la cuento, para que tú la confirmes o la refutes si algún día te da por investigar la vida de este anarquista colombiano. En el baúl tendrás papeles de sobra para esto. Que huyeron juntos, que compartieron un par de zapatos en París, que lucharon juntos... Con Panclasta todo es así, mijo, entre mito y realidad,

50% y 50%, como decía Mamaíta. Yo lo creo y, al parecer Osorio Lizarazo también lo hizo.

A pesar de que todos dicen que nadie escapa de Siberia porque huir por esos parajes es muerte segura, ambos hombres se aventuraron a hacerlo. Primero la libertad que el miedo a la muerte, como dice el himno anarquista: “Si tu existencia es un mundo de penas, antes que esclavo prefiere morir”. Ya se lo había enseñado Inessa a Vladimir y la princesa a Panclasta. La huida representaba una esperanza para la humanidad. Si ellos recobraban su libertad, el discurso revolucionario podía llegar a Europa, a América Latina, a la Argentina; con suerte, a Colombia, a Chinácota o a Pamplona. Y la guerra, quizá, se podía evitar. No intentarlo, al menos, sería aceptar el fracaso de la revolución. Así, junto con Martov y Nikolái Siljak, un soldado amotinado y un exmiembro del sóviet de San Petersburgo, se animaron a huir de Siberia. Caminaron días, semanas... meses en medio del frío y la soledad, con la muerte como única aliada. Superando toda vigilancia se hicieron a la aventura.

En un paraje de la huida, pidieron a un barquero que los cruzara al otro lado del río Lena. Luego retomaron la marcha. Caminaron por las estepas rusas y atravesaron los montes Yablonoi. Con soberana dificultad, como en una novela de Tolstoi o Gorki, llegaron a Mongolia, donde recibieron la ayuda de una tribu nómada que los acogió en sus primitivas yurtas. Esto le contaba a Julia.

Por poco, Julia no pudo ser enterrada como es debido, hija. El cura Afanador y Cadena se oponía. “No era hija legítima... y hablaba demasiado”, dijo. Fue gracias a Teo que pudieron llevarse a cabo las exequias y luego el entierro en El Humilladero el 22 de febrero, adonde iría a parar el propio Panclasta solo unos días después, el 1 de marzo de 1942.

Asistieron muchas personas del pueblo. Nos dimos cuenta entonces del gran impacto que tenían sus clases y sus escritos. *El Observador* se había convertido, sin que supiéramos, en la voz de cada uno de ellos, en la voz *del pueblo*. Aún pienso que hubiera sido maravilloso que Julia lo hubiera sabido antes. Quizá habría tenido la fuerza suficiente para dejar a Arturo que, a fin de cuentas, no era más que un mantenido.

Antonio Gramsci estuvo confinado en la isla de Ústica, Italia, desde 1926 hasta su muerte en 1937. Fue detenido por conspiración contra los poderes del Estado, incitación a la guerra civil y al odio de clase, apología de actos criminales y propaganda subversiva. Como prisionero político, Gramsci tuvo ciertos derechos que parecerían imposibles a los perseguidos de hoy, o por lo menos a los prisioneros

colombianos del siglo XXI. Lo mismo que Monsieur K y Panclasta. Baste leer las *Cartas de la cárcel*, publicadas en 1947, para tener una imagen de lo que era el confinamiento en la Italia de los años veinte. Gramsci fue detenido como consecuencia de una orden judicial, lo que ya sería un privilegio en estas épocas colombianas. En la Colombia del siglo XXI Gramsci, Vladimir o Panclasta podrían haber sido sencillamente desaparecidos, o bien, eliminados como los militantes de la Unión Patriótica, UP, durante los años ochenta del siglo XX. Ahí están Manuel Cepeda Vargas, Miguel Ángel Díaz, Hernán Calderón, Marco Fidel Castro, Carlos Darío Cruz, Leonel Forero, José Rafael Reyes, Darío Henao, Albeiro Bustamante, Félix H. Sáenz, Paulino Chacón, Sandra Rondón, José Eugenio Pinilla, Adela Acevedo, Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo Ossa, Carlos Kovacs, Luz Marina Ramírez, Pedro Sandoval, María C. Bolívar, Tarcisio Medina Charry, Teófilo Forero, José Antequera, María Mercedes Méndez, entre muchos otros, para sustentarlo. Listas extensas de líderes políticos sacrificados respaldarían esta apreciación. Y no solo de la UP: Héctor Abad Gómez, Jesús María Valle, Luis Fernando Vélez, Mauro Hoyos, Luis Carlos Galán, Pizarro y muchísimas víctimas más pueden confirmarlo. Y eso, que es fundamental, no es todo: en Rusia, como en la Italia de principios del siglo XX, estos personajes fueron aislados geográficamente pero conservaron derechos tales como el acceso a la correspondencia (revisada, eso es cierto, pero posible) con sus colegas, familiares (Tatiana, la cuñada de Gramsci, es una destinataria privilegiada de sus cartas; Inessa

se comunica con Vladimir) o amigos; obtener un auxilio monetario para los gastos elementales en el contexto del retiro (comida, aseo personal, periódicos...) y como el aislamiento se verificaba en el marco de una comunidad primitiva del país, podían socializar con esta, transmitirle sus conocimientos, promover su progreso y mejoramiento cultural. Tanto como lo hicieron los Malato y la propia Louise Michel en Nueva Caledonia en el siglo XIX. Panclasta puede ofrecer sus clases de español a la comunidad, lo mismo que la socialización de sus lecturas o la circulación de sus libros, como Lenin y Gramsci. El propio Rassinier pudo recibir paquetes de comida que le enviaba su esposa al campo de concentración de Buchenwald durante la dictadura nazi.

Los regímenes europeos eran autoritarios, eso no puede negarse, pero jamás podrían compararse en “indulgencia” con aquel que permite el hacinamiento del 52% de las cárceles colombianas de hoy, donde el comercio de armas es la ley; donde los presos pueden ser picados en pedacitos para tirarlos en las alcantarillas y los que queden con vida tienen que pagar para dormir, pagar para comer o pagar para no ser atacado por los combos que dominan el penal; lugares donde se cuece en vivo el crimen, donde las enfermedades de todo tipo son el caldo de cultivo para el marginamiento y la definitiva exclusión social, donde no hay esperanza y donde no llega la justicia, ni siquiera divina. Cárceles que no cumplen el objetivo teórico de resocializar o mejorar al individuo. Y lo peor de todo: cárceles donde no entran los verdaderos delincuentes: políticos,

ministros, alcaldes y hasta expresidentes que a pesar de las pruebas de sus crímenes mantienen su estatus o, en el peor de los casos, se exilian como refugiados políticos para no pagar sus condenas con el beneplácito de naciones cómplices. Aquellos que, como en la época de Panclasta, evaden o compran una mediocre justicia.

Yo solo imagino las circunstancias extremas de la hazaña, mijo: frío, tempestades, oscuridad... todo lo que no conocía Panclasta, ni esperaba en su vida. Su mundo hasta entonces había sido tropical, bárbaro pero tropical. Incluso el clima de Argentina le había parecido benigno. Rusia era otra cosa. Era otro mundo, el *otro* mundo. En circunstancias extremas de frío polar, los fugitivos tenían que esforzarse para estar en movimiento y mantener la cabeza seca a riesgo de sufrir una meningitis. ¡El frío, siempre el frío! Vladimir no paraba de señalarlo y de insistir en que todos conservaran la cabeza cubierta, sobre todo en parajes donde la nieve no cesaba. Entonces el hombre iba revisando de uno en uno la posición del *treuj*, el gorro ruso que baja hasta las orejas, y hacía los cambios pertinentes. Apretaba con fuerza el nudo que se hacía en la nuca y reiteraba la necesidad de tenerlo pegado al cuello con el propósito de que la humedad no penetrara en el cuero cabelludo. Entonces retomaban la marcha cantando una de las canciones en español, aprendidas en el cursillo de Panclasta: *Mambrú se fue a la guerra, qué dolor, qué dolor, qué*

pena. Mambrú se fue a la guerra, no sé cuando vendrá. Do re mí, do re fa, no sé cuándo vendrá.

Regresé definitivamente a Colombia en abril de 2003. Venía de Salamanca hacia Bogotá. Había obtenido el doctorado en España y arreglado mis asuntos en París, donde logré pocos días antes la *Carte de Séjour* para todo el año. Dentro de mis previsiones no descartaba un eventual retorno a La France. ¡Uno nunca sabe lo que puede pasar. Lo mejor es aferrarse al bejuco hasta tanto aparezca uno nuevo!, dicen los indígenas y me había dicho mi propia madre cuando le informé mi retorno.

Entonces los pasajeros prorrumpieron en aplausos cuando el avión tocó tierra. Algunos cantaron el himno nacional y varios lloraron. Muchos estaban realmente felices de volver, aunque fuera por vacaciones, por un mes, por la vida entera. Era la época en que aún no había crisis en España, la época en que era posible un “sueño español”, una vida en Europa; y acaso el retorno era otra cosa.

Yo no aplaudí. Solo sentí un hueco inmenso en el vientre que no supe si fue producto de la emoción de reencontrar a mi madre y a Ángela, o del miedo al regreso a la Colombia que tan bien conocía.

Pamplona, 20 de febrero de 1942

El Observador. El periódico del pueblo

La inminencia de las fuerzas oscuras

Hace varios años la oposición ideológica está dada por liberales y conservadores en todo el mundo. Unos que quieren mantener el sistema y otros que buscan cambiarlo. Y si el fascismo que lo defiende ha remontado en la Europa de hoy, la izquierda parece languidecer frente a su temible y evidente poder. En este panorama, algunos queremos su renacimiento conforme a los antiguos ideales republicanos que, aunque tienen espacios comunes con el liberalismo, trascienden sus fronteras e incluyen una gran revolución mundial de excluidos, explotados y humillados.

En Colombia también hablamos de esto y lamentamos infinito que los espacios ganados por el pueblo en años anteriores sean borrados de cuajo por el poder de unos cuantos que son sus enemigos. El liberalismo solo no puede dar la batalla.

Hace poco, en 1936, Alfonso López Pumarejo habló de revolución y su discurso logró aglutinar distintas fuerzas vivas que

habían sido silenciadas, desaparecidas o sencillamente eliminadas durante buena parte de nuestra historia republicana. Por desgracia, hemos comprobado la fugacidad del tal propósito. Poco a poco, las fuerzas oscuras han recobrado su poder y atacado con vehemencia este ideal. Como sucede en el mundo europeo, tales fuerzas ganan cada vez más terreno. En Alemania, el hoy temido Adolf Hitler aglutina todos los poderes, en Italia el horrible Mussolini campea, y en España, Franco se impone como tirano cruel sobre todos los ciudadanos. Estos hombres constituyen dictaduras terribles que ilustran los excesos del modelo fascista.

Entre nosotros, valga decirlo, no hay cambios de nombres. Pasamos de ese López Pumarejo progresista y democrático al que hoy nos gobierna: pusilánime y entreguista. Presionado y hostigado por el adalid de nuestro propio fascismo, Laureano Gómez, y por el ejército nacional, que bien lejos está de protegernos a los ciudadanos como es debido, vemos a un López atemorizado, arrepentido, devuelto infamemente a su clase social, cediendo en todo caso ante los intereses de esas fuerzas oscuras.

Hoy Colombia como el mundo se debate entonces entre dos modelos y el presidente se desliza de forma rápida y dramática hacia la derecha y el contubernio reaccionario. Si hace poco quiso disminuir el pie de fuerza del ejército e investigar a sus mandos por conspirar en perjuicio de la república, hoy ofrece sus dádivas a la marina y el reconocimiento a los altos oficiales; si ayer estableció reformas laborales y favoreció el sindicalismo y la

huelga, hoy declara la guerra a las potencias del eje; si antaño estableció la jornada laboral de nueve horas, ahora suscribe un tratado de apoyo militar con Estados Unidos a cambio de la soberanía nacional. Y para qué hablar en detalle.

Como en otros casos de nuestra historia, la conducta del hijo del presidente, don Alfonsito, que aprovecha su condición de delfín para enriquecerse o sacarle jugo a los holandeses en medio de la guerra, constituye solo una prueba más del viraje político del liberalismo.

De la tradición de Manuel Murillo Toro y José Manuel Marroquín Ricaurte, el presidente Alfonso López ha escogido esta última línea política y delinea así el camino futuro para el país y su segura dependencia de la potencia norteamericana. Se suma con esto a nuestra nefanda tradición conservadora de dar la espalda al pueblo y sojuzgarse al poder imperial de una potencia extranjera.

¡Qué poca dignidad queda en el país!

¡Hacia una revolución social!

Julia Fuentes Calderón

Maestra

Ambos han convenido el uso de los zapatos a unas horas determinadas y a Panclasta le ha correspondido el día. Inessa viene a verlos e invitarlos a una copa, pero es Vladimir quien tiene el derecho a los zapatos. Así, salen ellos, juntos, como una pareja que se reencuentra, mientras Panclasta se queda escribiendo algunas cartas.

Dos hombres, dos botas con cubierta de piel de conejo dentro, remendadas. Ni Kropotkin se lo hubiera imaginado. En tiempo de crisis, apego, solidaridad. El frío afuera, el cansancio dentro y la necesidad en medio. Aunque luego de Siberia, París parece un lujo. Allá y aquí ambos conservaron la solidaridad que simbolizan ahora sus zapatos. Lucharon por una causa y esto lo explica todo. Si se quiere finiquitar el *Ancién Régime*, deben compartirse hasta los zapatos, dicen. Turnárselos. En la calle, Vladimir los usa cuatro horas al día y Panclasta otras cuatro. En casa, ambos los toman de acuerdo con las necesidades: Panclasta los usa para ir al váter; Vladimir para salir al corredor a fumarse un cigarro. En las noches, si alguno los quiere usar puede hacerlo con el consentimiento del otro. Aunque poco salen. Apenas cuentan con el dinero suficiente para una copa o un poco de tabaco. Aún no tienen el auxilio del Comité de apoyo para los revolucionarios y los gastos aumentan. El alquiler son 10 francos; la comida, 10; el transporte unos 5. Les quedan solo 5 de lo que habían reunido en Rusia y lo que Inessa les dejó la última vez que vino. Ni un franco entonces para los zapatos. Nomás. Y no es fácil

mantener el espíritu en alto sin comida, sin zapatos propios. Además, el objetivo de los exiliados rusos aquí —y Panclasta ya hace parte de esa nómina— es reactivar el ideal revolucionario entre los camaradas de la ciudad y organizar una célula subversiva. Reactivar la acción en Francia. Frente a eso, no hay dolor individual que valga. Algunos perdieron la fe con la aprehensión de Vladimir y eso no es fácil de remediar. Eludir a la policía y lograr el objetivo resulta vital. Vladimir debe hablar con los exiliados rusos, nihilistas en su mayoría, y con los del Este, mientras Panclasta tiene que contactar a los españoles y a los latinoamericanos que encuentre durante el día. Todos parecen reacios a actuar pero una vez los impulsas lo hacen. Quieren hacer algo por Rusia y por sus países organizándose aquí en París. Desde Francia pueden intentar el cambio global, piensan. Vladimir confía en esto.

Al mediodía los camaradas comparten un pan de centeno y un poco de beaujolais que ha traído Inessa. También las informaciones recolectadas. El plan avanza a pesar de lo de los zapatos. No es fácil cambiar milenios de historia y los obstáculos aumentan cada día. La monarquía está en el alma de Europa; los rusos ven en el Zar un familiar, un padre, lamenta Vladimir. Creen que es Dios en la tierra, agrega Inessa. Solo Francia ha cambiado y ha hecho un corte de franela en su historia. Con eso inició su tiempo moderno: un tiempo derivado de la voluntad humana. Dios es una de esas nociones arcaicas que deben desaparecer a fin de ofrecer un lugar a la libertad, agrega Panclasta. En esto están de acuerdo Vladimir

e Inessa a pesar de su origen judío. Marx tiene razón al hablar del materialismo histórico, la vida debe ser responsabilidad del hombre, dice el colombiano. Debe dejarse a Dios a un lado; dejar que él se ocupe de lo suyo, y nosotros a lo nuestro. “Sin amigos, sin Dios, sin cadenas / yo desprecio la negra tiranía / y la necia congoja de mis penas”. *Changer la vie*, recita del poeta de Charleville. Hoy la bandera universal está doblada y es necesario ondearla de nuevo. Vladimir, Inessa y Panclasta lo saben.

Dos zapatos para dos hombres. Los comparten pero no saben a quién le quedarán. Al final, uno de los dos debe quedárselos. Lenin o yo, piensa Panclasta. El marxismo o el anarquismo. En Siberia se había planteado la oposición y ahora esta tiene que resolverse.

Mi madre, Margarita, murió en 2004, justo un año después de mi regreso a Colombia, el 24 de marzo. Mi madre, poderosa, que se había casado en 1950, tuvo la bicoca de nueve hijos y quedó viuda en 1970. En ese entonces, recuerdo, no teníamos qué comer. Tuvimos que huir a Bogotá a buscarnos la vida.

– Volveremos a Rusia en abril y eliminaremos al Zar.

– Eso provocará la guerra, Vladimir.

– ¡Y dale! ¿Eres promonárquico o qué?

– Nada de eso. Lo que pasa es que en Holanda entendí que todo responde a un plan.

– ¿Un plan?

– Existe un Comité que busca eliminar a los monarcas de Europa y así provocar la guerra.

– Lo mismo de antes, Panclasta. Ya lo habías dicho, no es nuevo. Lo nuevo es que ahora todos quieren la muerte del Zar, Panclasta. Eso no responde a un plan determinado, sino a la voluntad general. El pueblo ya no resiste más la opresión.

– ¿Y has pensado quiénes reemplazarán al rey? O mejor: ¿quiénes quieren reemplazar al Zar en Rusia?

– El pueblo.

– ¿El pueblo? La Duma ha sido constantemente atacada, y no solo por el Zar.

– Es la burguesía la que quiere el poder. Por eso debemos fortalecer los sóviets, es decir, el poder de los trabajadores.

– No lo sé... No estoy seguro de eso. Solo trato de dirimir una cuestión de la que apenas tengo conjeturas.

– ¿Y quieres que por tus conjeturas yo no vuelva a Rusia a cumplir la misión de eliminar al Zar?

– Lo que quiero es evitar una guerra.

– Si ha de ser, será.

– Pues creo que los bolcheviques pueden evitarla, evitando la muerte del Zar.

– Eso es imposible. La tiranía debe terminar.

– ¿Pero no es posible generar un cambio social sin eliminar al Zar?

– Creo que al final has sacado el cobre. Al principio tú defendías esta idea pero te has echado para atrás. Tienes miedo. Como los burgueses, quieres reformas y no revolución. Te repito: tú fuiste el de la idea de eliminar a los monarcas de Europa.

– No soy un burgués, lo sabes. Solo quiero que el mundo no se meta en una guerra que nos perjudicará a todos.

– ¿A todos? ¿Eres tan cándido como para pensar que una guerra en Europa puede afectar a los tuyos?

– Por supuesto, Vladimir. Lo que pase aquí nos afectará a todos. El capitalismo es mundial, tú lo sabes; lo has dicho.

– Pero Panclasta... si tu país está muy lejos.

– Tú has hablado de imperialismo. Y de colonias... De la revolución para todo el mundo. Tú sabes que son los países imperiales los que se niegan a la revolución, y solo quieren explotar cada día más sus colonias. Yo sé que esto es verdad, lo viví.

– Pues mi deber es velar por los trabajadores rusos. Abogar por un gran Partido Comunista que dirija el destino de Rusia en su beneficio. Acaso esto tenga efectos en Alemania, o en Polonia, no sé. Yo mismo lo deseo. Sin embargo, esto no se puede prever y en realidad no es lo que me interesa.

– Lo que hagas con los bolcheviques tendrá consecuencias en mi país y en toda América Latina. Inessa está de acuerdo conmigo. Si hay revolución en Rusia, habrá revolución en todo el mundo. A eso yo agrego: si hay guerra en Europa, habrá guerra en todo el mundo. Ya no será la guerra de Rusia con el Japón, será la guerra de las monarquías y el gran capital y eso nos afectará a todos porque ellos se apoyarán en sus colonias para vencer. Nos saquearán hasta lo imposible.

– Lo mío es Rusia. Yo no soy responsable de lo que suceda en Alemania, y en Colombia mucho menos.

Todos encontrábamos en este espacio de La Tramoya un sentido. Poco a poco el grupo construyó, tanto colectiva como individualmente, una concepción de vida, de solidaridad y creación. Ese gran sentido que se mantuvo por años con un buen número de funciones de *Sopa de pollo con cebada* y perduraría por siempre en nuestras vidas. Con todas sus excentricidades, Rosa Julia, Jose, Pedro, Marisol, Lilián o Martha Patricia significaron para mí un mundo de excitación y extrañeza. Queriéndolo o no cada uno de ellos me induciría poco a poco y difícilmente a ese mundo de la adultez y el teatro, de una forma paulatina y a veces dolorosa, de un modo iniciático, por decirlo en palabras de Jose. A su suicidio siguió la marcha de Gerardo a España y el exilio de Rosa Julia en República Dominicana. Los demás fuimos disgregándonos como por desbandada. Giovanna, nuestra Prince Silver, desapareció de nuestras vidas. Lilián, Ada Kahn, empezó a trabajar como abogada en el Ministerio del Medio Ambiente y abandonó el teatro. Magdalena marchó a Bélgica y luego a España a hacer su doctorado y poco nos vimos de ahí en adelante. Pedro y yo vinimos a España. A nuestro modo, todos conservamos un lazo fundamental que no habría de romperse nunca. Digo esto ahora porque luego comprendí que ese mundo de todos era uno y que a mí también me pertenecía, aunque me alejara al mismo tiempo de los otros.

Alguna vez leí que los artistas son extraños de la especie humana. Ignoro si yo mismo poseía de antemano esa

extrañeza propia del artista, en forma latente, y al compartirla con ellos solo la reconocía. O si, por el contrario, ellos me mostraron la suya y me la obsequiaron para que yo tuviera contacto con esa extrañeza. El hecho es que el descubrimiento mismo fue impactante. Hoy lo fundamental es que, en efecto, ha llegado a ser el de ellos y el mío un mundo, un solo mundo que nos pertenece a todos, constituido de fragmentos de sentido y desde sitios muy apartados del planeta o la memoria.

Mucho después Biófilo Panclasta volvió a la Argentina, Margarita, a mediados de los años veinte. Quiso reencontrar a la princesa y a los amigos de *La Comparsita*. Había pasado todas las pruebas del mundo, había sufrido todas las prisiones y decepciones y ya no tenía nada más que hacer que recoger algunos frutos. Justo en Buenos Aires se encontró con eso, un fruto, es decir, con su hijo, el hijo de la princesa. Mejor dicho, allí mismo se enteró de que tenía un hijo y quiso recobrar el tiempo perdido, quedarse y aprovechar su compañía, hacerse una vida de nuevo en Argentina. Tener una familia. Cinco largos meses gastó en una dura jornada a pie a todo lo largo de la América del Sur y por fin se encontró con ella.

En principio su plan no era familiar, claro está, sino político. Era iniciar una expropiación en la Argentina a su manera; es decir, robar a los ricos para ayudar a los pobres, como Robín

Hood. Esta sí que es una historia, Margarita, o un buen rumor, ya verás. Panclasta y Buenaventura Durruti, el mecánico español, robarían un banco con el propósito de apoyar la labor de los antimonárquicos y los presos anarquistas en España. El anarquismo era verdaderamente internacional y esta era una primera empresa para demostrarlo. Además la comunidad judía de Buenos Aires constituía una fuente efectiva de apoyo para las causas en Europa. Podía ser. Acaso esta haya sido otra de las invenciones de Panclasta como lo de Lenin, pero a mí me convenció. Sobre todo por lo de su reencuentro con la princesa.

Con el alias de “Sánchez”, Panclasta ayudó a asaltar el Banco de la Provincia de Buenos Aires, nada menos que el de la calle San Martín del centro de la capital. ¡Así como lo oyes! Panclasta quería unirse a la causa de los españoles contra la dictadura, pero al mismo tiempo hacerse un dinerito y quedarse con lo que intentó que fuera su familia: la rusa y el joven Olaffson Panclasta. El plan parecía una locura, pero funcionó. El asalto tuvo éxito. No obstante, él no pudo quedarse por allá. Dos semanas después de su llegada a Buenos Aires fue deportado, acusado de actividades subversivas contra el gobierno argentino. Esto tenía más de pasado que de presente, claro, y la princesa ya no pudo, o no quiso, hacer nada para ayudarlo. Como no se le pudo comprobar nada de lo del asunto del banco, arguyeron su vieja actividad en la FORA como argumento para la deportación. Ya no estaba Figueroa en el poder y la princesa no tenía intención

de hacer más por él. Panclasta tuvo que huir entonces y se refugió en el Brasil, donde por un tiempo las autoridades toleraron su presencia, bajo vigilancia, claro.

Biófilo tiene una cita con un miembro del aparato clandestino de los bolcheviques que opera en París. Si tiene suerte, este le proporcionará un nuevo pasaporte falso con el que intentará, además de permanecer en Francia el tiempo que sea necesario, burlar a la policía secreta una vez vuelva a Rusia como le ha encomendado Vladimir. Este documento es necesario también para obtener el apoyo económico que asigna Koba-Stalin a quienes siguen el ideal de la revolución a través del Comité de Apoyo a Revolucionarios. Inessa, que lo organiza todo en el extranjero, le informa que el hombre estará en *Les Halles*, en la fuente *Les Innocents*. Irá vestido de amarillo. Ella ha suscrito una nota muy breve de apoyo a esta diligencia, pero “solo debes mostrarla si resulta estrictamente necesario”, le advierte.

El plan es, efectivamente, que Panclasta permanezca en Francia con el apoyo del CAR y desde aquí, en un primer tiempo, trabaje por la revolución rusa. Esto le han asignado Inessa y Vladimir. ¡La revolución está de un cacho!, dicen. Luego vendrá lo del atentado a Nicolás II. Por su parte, Panclasta los ha convencido de que seguirá el plan y el propio

consejo de Gorki y se mantendrá fiel a su palabra de apoyar la revolución con todo lo que esto signifique. Así, cuando sea el momento oportuno, iré a Moscú con la intención de concretar el objetivo antimonárquico. Esto es justamente lo que les ha dicho y a lo que se ha comprometido. “Tenemos que lograr una revolución planetaria que acabe con el capitalismo y devuelva a los seres humanos su verdadera naturaleza”.

—Ya no es como antes, Vicente.

—No quiero que sea como antes.

—Ya no trabajo, ¿sabes? Y Samuel ya no vive aquí. Tiene su propia familia.

—¿Tiene hijos?

—Dos. Trabaja duro.

—¿Dónde?

—En una librería. Es un gran lector. Quiere ser escritor. Samuel Olaffson Panclasta, recuérdalo bien. Oirás hablar de él. Quiere denunciar la persecución de la que hemos sido víctimas.

—¿La persecución de la que *hemos* sido víctimas?

—Sí. Le he dicho que tú también eres judío.

—¿Judío?

—Sí. Es mejor así.

—Tú sabrás... ¿Puedes darle esto de mi parte?

—¿No lo verás?

—¿Tú qué crees?

—Puedes hacerlo, si quieres.

—Han pasado muchos años, princesa...

—Pero...

—Pero nosotros... ¿Podemos empezar de nuevo?

—Ya no es como antes, Panclasta.

—No me importa.

—No te acostumbrarías...

—¿Y Figueroa?

—No seas desgraciado. ¿No dices que quieres que las cosas sean diferentes?

—Solo preguntaba por él. Fue muy importante... para el país y para ti, Natasha.

—Ahora es ministro de la Corte. Dejó de apoyarme poco tiempo después de que te fuiste. Luego del atentado, no quiso volver a verme.

—¿El atentado?

—¿No lo sabes?

—No.

—Poco tiempo después de que te fueras, uno de la FORA quiso asesinarlo; y aunque no tuvo éxito, sus amigos lo convencieron de que yo tenía algo que ver con el asunto... ¡Ah! No seas ingenuo y no hagas esa cara: jamás hubiera atentado contra su vida. Él siempre me ayudó, y le debía cierta gratitud. Era un buen hombre.

—¿Y sabes el nombre del responsable y qué pasó con él?

—Francisco Solano se llama. Todo el mundo sabe de él.

—Yo no.

—Se volvió un personaje. Era un jovencito. Después del atentado, fue detenido rápidamente y condenado a veinte años de prisión.

—¿Veinte años?

—No te aflijas. Pronto se escapó junto con Planas.

—¿Planas?

—Sí, Planas, el catalán. Tú lo conocías.

—¡Ah! El que trabajaba en *La Protesta*. El que intentó matar al presidente Quintana poco antes de que yo me fuera...

—Sí. El que despidieron de *La Protesta*...

—¿Se volaron juntos?

—Sí. También por eso se hicieron héroes. Dicen que Radowitzky, el ruso que mató a Falcón, les ayudó. Eso alimentó el mito.

—¿Falcón?

—Sí. Ramón Falcón, el jefe de policía. El que mataron durante la Semana Roja, en 1909. ¿De verdad no te enteraste de nada de esto?

—No.

—¿Tú lo conocías?

—¿A quién?... ¿A Falcón? No.

—No, al anarquista que atentó contra Figueroa. Todos venían al Club. Como tú, claro. Venían a la milonga a *La Comparsita*. Y

el Planas, ¿Te acuerdas? Me parece verlo, con su gabán negro y su acento español... Intentó que lo declararan loco, pero no lo consiguió. ¡Vamos! No tenía un pelo de loco.

—Pero... ¿lo conocías?

—Un poco. Era amigo de Radowitzky.

—Y a ese Radowitzky...

—¿Qué?

—¿También lo conocías?

—Como a los demás exiliados, Panclasta. Como a Karaschin, a Mijin, a Ragapeloff, Sagarín, Scutz...

—¿Los conocías a todos ya cuando estábamos juntos?

—¿Pero qué pregunta es esa?

—¿Los conocías?

—Por supuesto. De Rusia. Todos habíamos emigrado perseguidos por el régimen. Yo te conté la historia del Domingo Rojo.

—La historia de siempre.

—La que no quiero recordar.

—Entonces yo tenía la razón...

—¿La razón? ¿A propósito de qué?

—Había un plan.

—¿Un plan?

—Sí. El Plan Europa. Por años traté de investigar y, acaso, de prevenir sus efectos. Un plan que a nadie le importó, claro. Un plan que yo presentía pero que no pude comprobar jamás.

—No sé a qué te refieres.

—Nadie me creyó. Y vino la guerra.

—Lo mismo de siempre contigo, mi querido Panclasta. Eres como Andrómaca, lo profetizas todo y nadie te cree. Vas al futuro y vuelves y a nadie le importa. Luego vienen las cosas, y dale: ¡Panclasta tenía la razón! ¡Panclasta tenía la razón!

—¡No te burles!

—No lo hago, así son las cosas.

—¿Puedo quedarme?

—No.

—Dale el dinero a Samuel, entonces.

—De acuerdo.

Marisol está empeñada en que La Tramoya persista a pesar de que *Sopa de pollo con cebada* se haya acabado. Dice que no podemos dejar de lado todas las cosas que hemos logrado durante este tiempo, que la experiencia que hemos obtenido en el teatro no puede olvidarse, que aún quedamos Pedro, Martha Patricia, las chicas nuevas, Carolina y Nohora, ella y yo. Mi obra *Anamorfosis* nos une ahora. Tenemos que luchar. *Anamorfosis* es la nueva *Sopa de pollo con cebada*.

No obstante el compromiso con Inessa y Vladimir, Panclasta insiste en su propio objetivo secreto, que ha terminado por convertirse en obsesión: impedir la guerra. Esto se ha configurado incluso por encima de los intereses rusos. El colombiano nunca pensó que la FORA, el Congreso Anarquista, Siberia y su experiencia en París lo llevaran por este camino, pero sencillamente pasó. Desde su llegada a Europa su pensamiento fue siguiendo una verdadera evolución, por no decir una inversión: llegó a Ámsterdam con la idea personal de promover un gran movimiento en contra de la monarquía y se encontró con la inminencia de la guerra que ya se percibía

como polen en el ambiente. Así, se vio impelido a defender a los reyes. La realidad le mostró entonces que su objetivo tiranocida tenía un efecto contraproducente e inesperado, paradójico: la guerra. Entonces tuvo que seguir una nueva ruta de vida, optar por el mal menor, como decía a menudo, y encauzarse hacia la paz. Entre la voluntad de cambio del sistema y evitar la muerte de muchos, debía decidir, sin duda, lo último. Lejos estaban sus pretensiones radicales de hace un tiempo, lejos el antimonarquismo a ultranza. El peligro de toda una generación le exigía una nueva perspectiva del cambio social.

Luego de mucho intentarlo, el montaje de *Anamorfosis* estuvo listo para el estreno que sería en los primeros días de marzo de 1991 en nuestro flamante local de La Tramoya, muy cerca de la que fue la casa de Panclasta y Julia, “Los Doctores”, en Bogotá. Al parecer, como lo había propuesto Marisol, el empeño tenía éxito y La Tramoya renacía de sus cenizas.

Así pues, nos disponíamos, con todas las fuerzas de nuestro nuevo sueño, a inaugurar la sede del grupo de teatro La Tramoya de La Candelaria, el dieciocho de marzo, día de la Commune, con la representación de nuestra obra. Esta era una denuncia del imperialismo norteamericano a propósito del

Istmo de Panamá y la relación entre el capitalismo occidental y la guerra de los mil días que habían hecho del país una república bananera. Todo en el marco de la vida de una singular familia de la región.

“Yo no soy un terrorista en el sentido explosivo del vocablo. Fui terrorista cuando tenía la pasión y el fuego de los iniciados. Pero el evolucionismo me ha enseñado que el crimen aislado no funda nada y que solo es eficaz la propaganda con la pluma y la palabra”.

(Biófilo Panclasta,

El Republicano, 10 de febrero de 1911).

Todavía en el Prat.

Idas y retornos a España. Reflexiones determinadas por la evolución misma de las ideas. El conocimiento que gira en torno a sí mismo. El conocimiento que determina el pensamiento: la producción de nuevas ideas. La ignorancia fija

límites infranqueables, impide las nuevas ideas y así el movimiento que supone la evolución.

—Siempre puedes elegir.

—¿Elegir?

—Ahora mismo puedes quedarte, renunciar a todo...

—¿Qué dices? ¿No subir al avión? Yo no resistiría ser un emigrante sin papeles... Además, no podría vivir sin Ángela ni Irene. Ni podría abandonar a Ligia, a mi familia... a mis amigos. ¡Me moriría!

—Aquí podrías acabar tu novela, publicarla... Iniciar una nueva vida, Gustavo. Con el tiempo obtendrías los papeles y podrías traer a tu familia.

—No puedo. Ángela e Irene me esperan. Acaso, si estuviéramos los tres no lo dudaría. Como en la película de Kheiron: *Nous trois ou rien*. Debo regresar.

Creo que fue el origen de Julia lo que determinó su fin, hijo. Mi madre nunca habló del asunto, y Mamaíta menos, pero a mí se me hace que esta fue la razón de todo. El pueblo no le perdonaba que ella fuera hija natural (como Panclasta), y

mucho menos que en sus últimos escritos se adjudicara el apellido de su padre públicamente. Las malas lenguas habían llegado a afirmar que era hija de Panclasta y que por eso lo visitaba tanto en el ancianato y le dio por escribir un segundo apellido que ella misma se había adjudicado con el propósito de acallar los rumores. Una infamia, mijo, una pura infamia. Ella apreciaba a Panclasta y para la época su interés en él desbordó toda razón, pero eso no tenía nada que ver con lo que decían: Julia estaba harta de la discriminación de que era víctima y pronto comprendió, a través de Panclasta, que su caso no era excepcional. Cada visita al ancianato le daba una idea. De ahí que hubiera empezado a firmar Julia Fuentes *Calderón*, con el apellido de su padre luego del de Mamaíta. Quería denunciar desde sí misma la discriminación. En Pamplona se le segregaba por bastarda, pero esta era solo otra forma de exclusión: se desdeñaba a las mujeres por mujeres, a los pobres por pobres, a los indígenas por indígenas, a los negros por ser negros y así infinitamente... al pueblo por pueblo. Cada quien podía encontrarse en un rubro discriminable. Al fin ella llegó a la conclusión de que la cuestión de su origen no era su culpa, si había de existir alguna culpa era la del padre, que había aprovechado su condición y su linaje y la inocencia de su madre; que en este sistema estaba muy establecido quién merecía respeto y quién no, y en tal medida quién podía tener una vida social, acceder a la educación, a un puesto público, lograr un matrimonio, ser titular de una propiedad, tener derechos ciudadanos o siquiera vivir en paz, sin que nadie le jodiera la vida, ni siquiera el marido, que era la

muestra más palpable del dominio. Ella comprendió esto y mucho más, y comprendió entonces la importancia de Panclasta, del anarquismo, mijo, de la revolución; la importancia de este hombre que era otro de los discriminados del sistema, Gustavo, su víctima desde hacía años. Así emprendió lo de *El Observador, el periódico del pueblo*, por oposición a *La voz del pueblo* de Francisco Pérez “Mamatoco”, el periódico de la intolerancia, y quiso reivindicar a Biófilo, hablar de él, hablar de lo sucedido en su vida, del Congreso Anarquista de 1907, que era algo así como hablar del diablo en medio de la catedral, del tema de las armas, que estaba literalmente prohibido entonces, de los privilegios, de los partidos... Y a partir de ahí y de sus propias opiniones, hablar de los límites de su sociedad, injusta, estamental, soberanamente clasista, donde se mantenían incólumes los privilegios de unos sobre otros.

El encuentro es en *Les Innocents* de *Les Halles*. El hombre le hará algunas preguntas, pero ya sabe cómo contestarlas: su fin es la revolución en Rusia; su propósito es permanecer en Francia para fortalecer los mecanismos —con la prensa, con los exiliados, con George Clemenceau— y lograrlo luego en Rusia. Este propósito no resultará excepcional, pues todos los rusos exiliados quieren la revolución. Todos ellos ya tienen definido este plan. Lo que resta es organizar al conjunto de los demás

inmigrantes a fin de conseguirlo. En París, los revolucionarios rusos cuentan con el apoyo de todas las minorías, los judíos, los latinoamericanos o los nacionalistas serbios. Y, aunque él es colombiano, puede argüir, además, que su país ha sufrido el imperialismo yanqui, que incluso él mismo estuvo en Siberia, víctima de la tiranía, y tuvo que vivir en Turujansk. Si las cosas se ponen difíciles, puede afirmar que cuenta con el apoyo de Inessa, la líder de los exiliados rusos. Entonces, si la necesidad apremia exhibirá su nota de presentación. Aunque Vladimir no le pudo emitir su aval (resultaba muy peligroso para todos que algún agente secreto o un infiltrado se enterara de su presencia en la ciudad), sin duda esta última sería suficiente. Todos confían en Inessa, como él mismo, como cualquier inmigrante en París que la ve como su amiga y protectora. Ella ha demostrado con creces su compromiso con la causa y con aquellos que han sido perseguidos y puedan apoyar la Rusia libre. Todos creen que ese puede ser el principio de una transformación mundial.

Hace veinte años no tenía consciencia de los problemas colombianos, ahora tengo certeza de los problemas occidentales. La crisis de mi país me lleva a plantear esas nuevas ideas globales.

—Es el último llamado. Debes elegir.

—Te agradezco que me hayas acompañado hasta aquí, colega. Amable colega... Me voy, pero este talego lleno de papeles te lo dejo a ti. ¡Utilízalo como quieras... o como puedas!

En *Les Halles* hay mucha gente al mediodía y nadie se percatará de la entrevista.

Panclasta pasa desapercibido para las autoridades, pues de tanto trasegar en el peligro ha aprendido como hacerlo. Además, es la hora en que puede salir a la calle puesto que cuenta con los zapatos y se hace menos sospechoso. Hay mucha gente en el mercado, dice Inessa, y nadie reparara en ti. Aunque sea a pleno día.

— La policía solicita documentos sobre todo en la noche. Pero pronto contarás con la autorización para estar en Francia— agregó Vladimir.

Si con la princesa no pudo concretar nada, en Bogotá, en 1934, encontró a Julia Ruiz, una exmonja Balbina, la “Hermana Balbina”, como le decían; la pitonisa, además de *actriz de calle*, según se autodenominaba; una revolucionaria que representaba a Sofía, una mujer sin ningún tapujo o prejuicio,

que hizo lo suyo en “los distintos campos de la expresión cultural en Colombia y el mundo”, dicen. Denostada hasta la locura, “lisiada para el amor”, como alguna vez la llamó el propio Panclasta, esa supuesta adivinadora, pitonisa, tuvo a bien protegerlo desde 1934. Entonces trabajaron como doctores en las artes mentalistas. Ambos aseguraban que era posible comunicarse con personas del futuro.

— No me has contado lo que pasó con tu hermano Alexander Ulianov— dice Panclasta cambiando de tema, tratando de moderar el tono de la conversación y sustraer de K valiosa información.

— Ya no tiene importancia.

— Ahora es que la tiene, Vladimir. Lo sabes.

— Fue hace mucho...

— No lo suficiente para que lo hayas olvidado, ¿verdad?

— Juré vengarlo.

— Él hacía parte del plan.

— ¿El plan?

– Sí. Como en los demás casos, el Comité le encomendó eliminar a Alejandro III, ¿no es cierto?

– No. No hay ningún plan, Panclasta. Esa es tu idea, el proyecto que inventaste y del cual eres ahora responsable. Además...

– Dime la verdad, Vladimir. Tu hermano hacía parte del plan y fue fusilado luego de la acción.

– No. Aleksandr no ejecutó la acción.

– ¿Cómo?

– Fue el cerebro, pero no la ejecutó. Las investigaciones demostraron que hubo traición y que la policía se enteró antes. Entonces fueron en busca de Aleksandr y él aceptó ser el autor intelectual del atentado pero él no lo ejecutó...

– Entonces... ¿quién hizo el atentado?

– No lo sé a ciencia cierta. Acaso fue Naródnaya Volya la responsable. No fue el Comité, como dices. Ellos, *La voluntad del pueblo*, para que entiendas, se encargaron de planearlo todo.

– Sé a lo que te refieres, camarada. Pero... ¿me vas a decir entonces que Naródnaya Volya seguía actuando en 1887? ¿Sus actividades clandestinas no habían terminado con lo del atentado a Alejandro II?

– Te equivocas, Panclasta. El comité de Naródnaya Volya siguió empeñado en eliminar a los monarcas, y mi hermano, mi dulce e inteligente Aleksandr Ilich, era uno de sus dirigentes.

– Entonces... ¡Era anarquista! Y en efecto tuvo participación en el atentado.

– No. ¡Era revolucionario! Quiso acabar con el tirano, quiso liberar a Rusia de la injusticia, pero, te repito, no ejecutó la acción.

– Pues su destino es el mismo que el de los anarquistas.

– Te repito: él no era anarquista. No quiero ni siquiera que lo digas.

– Pues fue fusilado como uno de ellos, Vladimir. “Creo en el terror sistemático”, dijo ante el tribunal. “La inteligencia ‘físicamente débil’ primero debe derrocar a la autocracia por medio del terror. Entonces la clase obrera podrá entrar en la arena política”. Esto fue lo que dijo el diario que tú mismo conservas. Inessa me lo mostró ese día en que hablamos del asunto, ¿recuerdas?

La muerte de Julia Ruiz, la actriz compañera del anarquista colombiano, en 1939, fue la más sentida de su vida, miyo. Incluso, entre los papeles de Julia hay un artículo sobre ella, que le entregó el mismo Biófilo, según me dijo mi tía, y que me imagino que guardó desde esa época. El autor, recuerdo, era José Antonio Osorio Lizarazo, el escritor de *La casa de vecindad*, uno de los libros de la biblioteca de la abuela.

El 5 de febrero de 1939, en el periódico *El Tiempo*, José Antonio Osorio Lizarazo hizo una semblanza de la compañera de Panclasta titulada “La vida misteriosa y sencilla de Julia Ruiz”, donde expuso su evolución de religiosa a pitonisa y su relación con Biófilo Panclasta en el 34.

“Traficaba primero con muebles usados y después con todo lo que podía ser remotamente comprable o vendible”, dice Osorio Lizarazo.

Y, como para demostrar el desconocimiento de la actividad política y las circunstancias del escritor ruso Máximo Gorki en Capri, señaló a modo de comparación: “Gozaba de su miseria a la manera gorkiana”.

De más está recordar en este punto la desilusión de Panclasta respecto de las “condiciones burguesas del escritor en Italia” y lo lejos que podría estar Gorki de Julia, su mujer.

No obstante, en tales términos continúa Osorio Lizarazo en su paralelo con la tal miseria gorkiana de Julia Ruiz: “Jamás prestó sobre prenda ni ejerció la usura, porque era dadivosa y manirrota con quien quería pedirle algo. Tenía reducidas sus necesidades a lo mínimo, y le quedaban centavos para acrecentar los recursos del fondo liberal cuya recolección estuvo en su apogeo por aquellos tiempos en que se hizo presidente el general Ospina”. Otro general, Pedro Nel Ospina, hijo este de Mariano Ospina Rodríguez, presidente de Colombia entre 1856 y 1857, y tío del Mariano Ospina que fue Presidente después —¡cómo no!— en el 1946, y de los presidentes Ospinas que vendrán *in saecula saeculorum* como ocurre siempre en esta oligarquía colombiana. Alhajas como Reyes Prieto que iba de guerra en guerra procurándose lo suyo; como Córdova, el héroe de Ayacucho, Jorge Holguín Mallarino, el otro presidente; o como el General Eduardo Bonitto Vega, que le hizo el golpe a López Pumarejo en marzo de 1943. Mira cómo se da la historia a punta de crímenes, mijo, como en una novela negra.

En *Les Halles*, el mercado está en plena efervescencia. Muy de mañana han llegado los proveedores de carne y verduras, y a la altura de las diez llegan los artesanos con sus escobas, canastos, estropajos y otras lindezas. “El vientre de París”, piensa Panclasta cuando ve cómo los vendedores de hortalizas atienden a los compradores: las dependientas de restaurantes, las empleadas domésticas de las casas burguesas, las madres

de familia humildes que intentan obtener una rebaja, los campesinos que vienen a proveerse de verduras que no producen. Incluso mendigos, maleantes, los necesitados van de un lado para otro tratando de ganarse un rezago de los alimentos que se exhiben, un tomate tirado por ahí, un mendrugo de pan, un poco de queso. Casi todo puede comerse si se pica en pedacitos. Al lado de los toldillos de comestibles, productores rurales de utensilios de hierro o cobre intentan agregar su mercancía a la cesta de los variados compradores. Al parecer, les resulta difícil porque una olla, una sartén o cubiertos de palo no son necesidades diarias. No como el pan que ofrecen en sus canastos dos jovencitos que más bien parecen monigotes sucios. Una mujer, con una cofia amarilla, muy vistosa, trata de ganarse su sitio frente al vendedor de alcachofas. Insiste en obtener un mejor precio y Panclasta se queda mirándola. El amarillo no es un color común en este espacio. Ella ni se inmuta, claro. Tampoco el hombre que le vende, ni el niño que lo acompaña. Este tiene unos ocho años y se queda observando la conversación entre los adultos. Es muy moreno y Panclasta piensa que es árabe, pero podría ser un colombiano cualquiera, de Pamplona o Barranquilla. Sus ojos almendrados y sus cejas pobladísimas le recuerdan a los oriundos de su país. Él se hace sus propios ensueños imaginando al niño en un cuento oriental. Aladino, dice casi para que el pequeño lo escuche. Pero nada: el niño está pendiente de su padre, de iguales rasgos, y de la mujer de la cofia amarilla que está a punto de ganar en la prueba de resistencia comercial en torno al precio. Siempre el pueblo

tratando de ahorrar, de sacarle jugo al centavo, piensa Panclasta; como siempre, como hace siglos, como mi madre. Panclasta recuerda su infancia en Chinácota, su miseria y el trabajo en el río. Cuántas veces tuvo que ayudar a su madre a exprimir la ropa mojada, ponerla a secar al sol, esperar en una piedra cualquiera a que escurriera. Su madre cantaba para que la espera se hiciera llevadera, para hacer del trabajo un juego infantil para Vicente... *A la lleva, lleva de pan y canela, dame un besito y vete pa'la escuela... Si no quieres ir, acuéstate a dormir...*

— Camarada, irrumpe una voz.

¿Puede ser? Un acento extraño pero conocido. Un hombre de camisa amarilla.

—Camarada colombiano.

—¿Camarada?

—Pero... ¿Qué haces por París?

El niño al fin cambia de foco de atención. Se voltea para observar al hombre alto que emite este saludo como si fuera un anuncio público. Un hombre joven, blanco, robusto, de rasgos eslavos.

—¡Bogdan! ¡Bogdan Žerajić!

Ambos derraman lágrimas de felicidad en medio del abrazo. El niño viene a su lado y quiere participar del encuentro. Los hombres lo acogen con templanza.

—¿Puede ser tanta dicha?

—¡Dicha!

— *Plaisir*.

— *Plaisir*, es verdad. Después de tanto trasegar... Un *plaisir*.

—Un abrazo, camarada. ¡Un abrazo!

—Pero... si eres *el ruso*.

—¡Qué va! Esto es de paso, mi estimado. Tuve que buscarme un trabajo y nada más se me apareció. No todos saben ruso, serbio, bosnio, inglés... y, con tu ayuda muy preciada, español. La causa requiere políglotas. Aunque ahora hablo también el esperanto, que no es lo mismo.

—Pero, bueno... ¡Tendrás muchas cosas que contarme!

—¡Y tú! Estás tan flaco como una lombriz. ¡Y esa gran cabellera tuya! Lo que habrás pasado en estos dos años. Ya eras flaco antes, ahora apenas te ves.

—La causa requiere ayuno, también.

—Sé a lo que te refieres, *mijo*. Así decías, ¿verdad?

—Sí, mijo. Me conmueve que lo recuerdes.

—Jamás olvido a los amigos y las buenas prisiones.

—¡Ja! Por lo menos nos daban de comer y nos daban pluma y papel. Aquí son tacaños.

—Los franceses son tacaños, *mijo*. Eso todo el mundo lo sabe. “Poco y al final”, dicen.

Marisol murió el 20 de febrero de 1993. Fue en un accidente de tránsito en Bogotá. O por lo menos eso dijo el hombre que la acompañaba: un ferviente de la Era de Acuario. Marisol, la que me presentó a Nin, murió con uno de sus libros en las manos, un *Diario*, el segundo, que yo guardo celosamente. Su padre me lo entregó el mismo día del accidente. Llevaba su sangre. Nunca pude reponerme de su partida.

Creo que ese día, ahí enfrente de su cadáver, en la Clínica Shaio a la que fue conducida de inmediato, Pedro y yo decidimos terminar con el sueño del teatro.

Mantengo su retrato en mi biblioteca. Aparece muy joven y contenta. Su imagen se destiñe a diario.

Algunos años después de la muerte de mi querida camarada, me fui de Colombia, en 1995. Obtuve la beca para estudiar en Salamanca. Luego, un poco más tarde, Pedro logró el apoyo del Instituto Caro y Cuervo y la Universidad de Salamanca para hacer el mismo doctorado allá. Ya habían emigrado Gerardo, Magdalena, Rosa Julia y Marco Tulio.

Finalmente, huyó del país File. El último. Todos creíamos que él jamás abandonaría Colombia, puesto que tenía cierta seguridad laboral en la Universidad Externado y defendía a capa y espada el país; decía que este merecía una oportunidad, que había que luchar por él, que no todos podíamos irnos. Como Martha Patricia, que sí continuó trabajando allí.

Pamplona, 3 de enero de 1942

Mijita Julia:

Parece que fue ayer que te tuve entre mis brazos. Eras un bebé entonces, llena de energía y ganas de invertir el mundo... como tu

madre, que todo lo quiere y lo busca... como tu abuela, que luchó para que ustedes fueran libres...

Ligero de equipaje siempre fui. No tengo nada más que esta humanidad que ya me sobra y con suerte quedará depositada en El Humilladero, según afirmo aquí como voluntad expresa.

Te dejo en un talego lo poco de algún interés que he conservado en este trasegar apasionante y sin sentido que ha sido mi senda humana: cartas, recortes de periódicos, diarios, telegramas, dos o tres libros que sabrás valorar,... “basurita de uno”, como he dicho a menudo. Has demostrado siempre tanto interés en mi persona que acaso todo esto te pueda servir para armarte un bosquejo de lo que he sido, si eres tan humilde como para recibirlo.

Te agradezco inmensamente la compañía y la solidaridad de estos años.

Tu padrino que te quiere,

¡Viva la revolución social!

Biófilo Panclasta

Ambos decidieron lo que debían hacer. En la fuente *Les Innocents*, la decisión vino como efecto fatal de distintas causas, como un designio. Si para Bodgan la orden era eliminar al Archiduque y para Panclasta al Zar, lo mejor era cumplir el plan, dijo el eslavo; o, para el caso, fingir que se cumple, agregó Panclasta, y dar por este medio con los responsables del propio plan.

—El Comité Internacional busca eliminar a Fernando I de Bulgaria; a Eduardo VII, emperador de Inglaterra y, por lo tanto, de la India, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Terranova, Sudáfrica y el Estado Libre Irlandés; a Víctor Manuel III, rey de Italia; a Carlos I de Portugal; al rey de Egipto...

—¡Vaya tarea! Ese plan requiere una gran infraestructura, Bodgan. Sin duda, los jefes estarán en el lugar de los hechos, o bien habrán designado a quienes verifiquen su ejecución.

—Usualmente hacen presencia a fin de asegurar resultados —afirmó el eslavo mientras se dirigían a un escampado, en medio del mercado, no fuera que los escucharan. Ambos miraban cautelosamente a todos lados.

—En otros casos en que yo participé fue así— agregó Bodgan. —Una vez perpetrado el hecho, habiéndolo presenciado como testigos privilegiados, los del Comité se encargaron de borrar

las pruebas e, incluso, de asesinar *in situ* al sicario. Cuentan siempre con la organización para el efecto. Lo ideal es dejar el sitio limpio, dicen.

—Así lo hicieron en Monza, y en Teherán. No dejaron huella, mijo.

—Aprovechan la conmoción y la complicidad de la propia guardia real o de la gendarmería apóstata para lograrlo. Las cosas suceden y después nada de rastros. En algunos casos, los menos, los abogados y fariseos inventan luego lo de la enajenación mental que sustenta cualquier conducta...

Barcelona–Bogotá

15 h

El Estado como tal es lo que interesa; sobre todo en lo que atañe a sus límites dentro de la idea de justicia. ¿Puede el Estado cumplir ese ideal? ¿Puede el Estado equilibrar las diferentes fuerzas sociales? A menudo se olvida que el Estado surgió, que no es connatural a la cultura como se ha querido presentar, y que puede desaparecer: su condición represiva y clasista lleva a pensar en esta última posibilidad con expectativa. Así como vino se puede ir y ya está. Formas comunitarias pueden emerger entonces en su lugar. Formas

locales. La abstracción del Estado se identifica con el paternalismo. Eliminar ambos es darle vía a la libertad. El espíritu religioso al que obedece puede sustituirse por el imaginario laico que lleva tanto tiempo intentando abrirse espacio. Matar al padre es una consigna de más de cien años. Fuera de Dios debería existir el hombre.

“No se quiere admitir la abstracción, cuando es la abstracción la que otorga su verdadera consagración a todo saber concreto; pues solo mediante la abstracción se mata a la materia y se la transforma en espíritu, mientras que al hombre se le da la verdadera y última liberación. Solo en la abstracción está la libertad; el hombre libre es solo aquel que ha superado lo dado y ha reunido en la unidad de su Yo incluso lo que se le haya sonsacado a fuerza de preguntas”, decía Stirner.

La fotografía de 1985 del grupo La Tramoya, de Dago García, estuvo por varios años en la oficina de Bienestar de la Universidad Externado de Colombia, por lo menos hasta que se jubiló su director, Gustavo Silva. Luego se inició una remodelación y terminó en casa de Martha Patricia, en 2009. Esta foto se realizó al final de una de nuestras representaciones en Bogotá, en un festival de teatro, en el teatro mismo de la Universidad, recién remodelado también, si mal no recuerdo.

En ella estábamos los integrantes del grupo entonces, excepto Jose Rey, que brilla por su ausencia: Rosa Julia, La Actriz, abajo, observándose la mano derecha; Filemón, en el papel de Harry, simbólicamente en el centro del grupo; Jorge Plata, el director general del grupo, abajo, con gafas; Roberto, el director del montaje, al lado izquierdo sonriendo, como un librepensador del siglo XIX; Gerardo, en su papel de Dave Simmons, que va a la guerra en España, abajo a la derecha; Pedro, mi gran amigo de siempre, a la postre en el papel de Monty Blatt, de pie a la derecha, de blanco; Fernando, en el papel del tío Hymie Kossof, el hermano de Sarah, el más alto a la derecha, que perseveraría en su vocación artística con gran éxito en la televisión; Magdalena, la tía Cissie Kahn, la hermana de Harry, dirigente sindical, con su apariencia de mujer de edad, a la izquierda, junto a Roberto; mi gran amiga Marisol, la morena y pequeña, debajo de Fernando; Martha Patricia, que me ha acompañado desde entonces a lo largo de la vida, de pie al lado de Pedro; Cristina, en el papel de Bessie Blatt, al lado izquierdo de File (ignoro su destino); Lilián, en el papel de Ada, mi hermana decepcionada del comunismo, junto a Gerardo, a la postre su novio; Giovanna, que hizo el papel de Prince Silver, al lado de Pedro, también entonces su novio; Marco Tulio, que hizo el papel de Monty en las últimas representaciones, encabezando la fotografía (otro de los exiliados en España); Nurlian, antigua Normalista (¿exiliada en Brasil?), y Denisse (de quien he perdido el rastro), que nos acompañaban como asistentes de vestuario, abajo; junto a estas últimas, Juan Esteban, el director de luces (¿exiliado?); Tarazona, otro

asistente del montaje y Panclasta de corazón, y el segundo Juan Esteban, arriba, al lado izquierdo de Marco Tulio, asistente de escenografía. Conmigo, que estoy detrás de Nurlian, se completa el grupo de veinte personas unidas para llevar adelante una obra que, en primera instancia, parecía imposible; un ladrillo, como decíamos nosotros irónicamente, un montaje muy difícil de realizar, donde pasaban los años, se reemplazaba la escenografía cuatro veces; se cambiaba unas cuatro veces el vestuario, el maquillaje y los accesorios, las luces, etc. Un drama que, en su más pura esencia, nos significó trabajo, luchas, encuentros de egos, negociaciones, etc., y que solo por eso amerita su exaltación. Un montaje que tuvo más de cincuenta representaciones y fue un éxito total en lo que concierne al teatro universitario de esos años. Detrás, los telones negros que servían para vestir las paredes reales y algunos cuadros de la última escena (grabados de época donados por Lilián para la ambientación del espacio); y a la izquierda, una de las sillas de la mesa del comedor de los Kahn, el lugar de la tía Cissie por antonomasia. Esos elementos irían perdiéndose en el tiempo y agrandándose en el recuerdo de cada uno de nosotros.

Muchísimos años después intentaríamos repetir la imagen con una nueva fotografía en que faltarían algunos por las razones más humanas: porque nos habían dejado definitivamente, porque ya no estaban en Colombia o por otras muchísimas causas que yo no sé.

En “La lechuza y el palomar”, de Esopo, se narra la historia de una lechuza muy lista que pintarrajeada de blanco se mezcló con las palomas para recibir periódicamente el alimento. Un día, sin embargo, cuando se le escapó una palabra, las palomas se dieron cuenta de su condición y no dudaron en echarla a picotazos del palomar. La lechuza decidió entonces regresar con sus compañeras, pero al llegar estas la tomaron por paloma diciendo que su apariencia de lechuza era solo un disfraz. “Ahora ni paloma ni lechuza. ¡No soy más que un pájaro sin familia!”, concluyó, y tuvo que vivir errante y en soledad el resto de sus días.

No pudo desembarcar en Colombia, hija. El dictador Reyes Prieto le había tendido una trampa y no lo dejó entrar. Al volver de Europa, su país le negó la entrada. ¿Te imaginas, Margarita? No hay nada más ruin que impedir a un hombre entrar en su propio país. Esto hizo el dictador. No lo dejó entrar porque era anarquista. La realidad es que le había hecho una celada, lo tenía entre ojos desde lo de Holanda, por el asunto de Santiago Pérez Triana, y quería la venganza. Tal vez por esto el dictador, además de haber pedido su repatriación, llegó a expedir un decreto de prohibición de entrar al país individuos de ideas radicales.

Amparado en su decreto, el dictador Rafael Reyes Prieto impartió órdenes terminantes a la policía para que impidiera el desembarco de Panclasta en Puerto Colombia, cerca de Barranquilla.

Las autoridades locales, Benjamín Herrera Cortés, Jefe Militar de la frontera, entre ellas, estaban en el puerto y en medio de gritos le exigían que se fuera. Entonces, Biófilo se lanzó al mar y ganó a nado la costa en medio de una balacera inaudita; “como protesta contra el destino mismo que me obligara a nacer en un país donde pensar es un crimen, quise arrojarme al mar para de este modo obligar al gobernador De La Vega a hacerse responsable de un acto que ejecutaba sin conciencia”, dijo. “¡Sus ideas son un crimen!”, le había gritado aquel. Entonces vino el fuego de los fusiles y bayonetas pretorianas que le causaron más de veinte heridas que no dudaba en exhibir en testimonio de la ignominia.

Así entró Vicente maltrecho y clandestino a su “patria”.

Es que... así somos los colombianos: nos empeñamos en caerles bien a los poderosos o a los extranjeros y le hacemos la vida imposible a nuestros compatriotas. Fue lo mismo que le pasó a Julia, hija. Todos se ensañaron contra ella. Quiso denunciar las injusticias y resultó sacrificada.

Ha llegado la hora. Luego de todos los preparativos, de los que no tenía consciencia de que lo fueran, están ahí, en medio de la calle Kapetanovina de Mostar. Panclasta con su colega Bogdan Žerajić. Es el día de apertura del Parlamento austro-húngaro. Sin duda, el plan incluye el impacto publicitario que permitirá a la muchedumbre tomar consciencia de la situación. Es un hecho la anexión de la provincia al imperio y aquí está el archiduque de Austria-Este para demostrarlo y oficializar la claudicación en medio de la gran pompa. Con toda su comitiva, y con la estúpida condesa Sophie Chotek vestida de gala, Francisco Fernando está en la ciudad haciendo espectáculo del triunfo. En el acto, el general Marijan Varešanin, gobernador de Bosnia y Herzegovina, encarna la entrega cobarde al invasor. Su uniforme de comandante de la 15a división con sus estrellas en el cuello y las seis medallas en el pecho son más un embozo que un orgullo. Su penacho, los guantes blancos o los pantalones ajustados parecen los de un monigote, los de un soldadito de plomo subyugado por el boato. Su estúpida sonrisa lo delata bajo el bigote caricaturesco, tanto como su posición: su genuflexión se suma a la cabeza baja, a la mirada sojuzgada, a la palabra servil.

Frente a ellos, al otro lado de la calle, entre la multitud, están Bodgan y Panclasta. Han planeado su acción desde el día en que se reencontraron en *Les Halles*. Confían solo en ellos mismos y en su suerte. Saben que esta es la única oportunidad para esclarecer lo que hay detrás del plan, o por lo menos para

intentarlo, en un último esfuerzo desesperado por evitar la guerra. Y aunque su propio designio es difícil de concretar, confían en conseguirlo. Es Bodgan quien tiene más fe en esto y ha convencido apasionadamente a su amigo colombiano.

La multitud vitorea al enemigo, sin conciencia, sin conocimiento de lo que sucede. Está el lobo en la casa de la abuela y nadie se opone; por el contrario, lo celebra. Eleva las manos con júbilo y se deja obnubilar por la presencia de los monarcas. Como en la Edad Media, es su apariencia buena parte de su poder: el uniforme reluciente del tirano, con sus estrellas y medallas de aparentes triunfos bélicos; el porte regio de la consorte, con su vestido blanco de encajes deslumbrantes; el penacho del opresor y el tocado de la dama, la belleza, en fin, de ambos, que revela a ojos vistas la impostura del poder por encima de la miseria y el sufrimiento de los subyugados. ¿Podrían otros personajes representar con más precisión el colofón de las reivindicaciones de los anarquistas?, se pregunta Panclasta justo cuando su amigo le hace el gesto de que ha llegado la hora.

Bodgan y Panclasta atraviesan la calle. Se abren paso entre la multitud. Esta les ayuda a empujar a quienes se aglomeran a la entrada del Parlamento y poco a poco llegan al cinturón de seguridad del archiduque. Son cinco gendarmes que se han apostado alrededor del grupo político y hacen nutrida la comitiva. Miran a todos lados como vigilando el entorno, pero, a la vez, en un ademán inocuo, sin mirar nada. Parecen demasiado desprevenidos a ojos de Panclasta, pues, según se

ve, descartan un peligro determinado o una acción precisa por evitar. A lo mejor, ya están cansados de un trabajo inútil o injusto. Proteger los privilegios no es nada plausible. Tal vez, por esta evidente razón, Bodgan se decide a avanzar por el centro del cortejo hacia Francisco Fernando. El movimiento resulta tan natural, cree Panclasta, que ninguno del séquito reacciona. De todas maneras nadie espera nada. Ni siquiera los custodios oficiales. El momento es una fiesta. El hombre se dirige al archiduque. Los guardias apenas lo advierten, pues lo hace rápida y contundentemente. Así, y una vez está en el centro de la comitiva, de inmediato, a ojos de todo el mundo, saca su revólver y en cuestión de segundos lo dirige a los monarcas que están justo enfrente suyo. Nadie hace nada. La guardia está estupefacta. Igual ocurre con la pareja imperial que está de frente al arma, a un metro, por mucho. Ellos miran sorprendidos. También, en cuestión de segundos, ante todos, ante Panclasta, Bodgan vira la pistola negra en la que todos los ojos ya están posados esperando lo peor hacia el Jefe mismo de las tropas militares, hacia el general Varešanin. Le descarga cinco disparos a mansalva. Es entonces cuando los estúpidos gendarmes reaccionan. Ya está. Se dirigen al opresor. El plan ha sido consumado.

En su inicial confusión, Panclasta lo entiende así. De ahí en adelante de lo que se trata es de observar. Fríamente. Como lo habían pensado. Como dijo Bogdan que debía hacer. Es la hora del Comité. Por fin sabrán quiénes ordenaban los regicidios, quiénes personifican las fuerzas que pretenden la guerra.

Alguna cara reconocible habrá. Sobrepassando la convulsión del momento, hay que observar. Qué pasa alrededor, cómo reaccionan los del sequito real, la guardia pretoriana, la guardia personal...

Sin embargo, Panclasta apenas puede creer lo que ocurre. El propio Bodgan vira de nuevo su brazo armado y, a la vista de todos, dirige su mano derecha del revólver contra sí mismo: grita *sloboda* y descarga la última bala en su cabeza.

EL CAMINO DE VUELTA

Vengo de todas y de ninguna parte.

Biófilo Panclasta

Barcelona, 14 de febrero de 2015

Amable camarada:

Dejo en tus manos este texto que pretendió ser una novela con todos sus anexos e incongruencias. Espero que gracias a tu gentil agencia algún día pueda salir a la luz pública si resulta de interés para alguna editorial española, europea o norteamericana. Dudo que sea colombiana.

No creo pertinente volver a Colombia con estos papeles y mucho menos poner en peligro el legado de Panclasta que por años cuidó mi familia y que hoy por hoy puede resultar incómodo

para el sistema y peligroso para mí. No estamos allí como para hablar de estos asuntos y tener estos papeles. Sobre todo si uno tiene una familia.

Te agradezco que abogues por la publicación de lo que consideres pertinente o, en su defecto, que sirvas de albacea de este patrimonio nacional colombiano hasta que corran mejores vientos.

Estoy presto a completar lo que se requiera de este libro. Confío en que un cuidadoso proceso editorial pueda llevarlo a buen término.

Un abrazo de gratitud por el apoyo,

Gustavo Isaías Forero Quintero

Bogotá, 8 de mayo de 1936

Al presidente Alfonso López, leal, humana y dignamente.

Mi pluma siempre amarga para los hombres no escribe apologías, ni cartas de cortesía, ni de aplausos... Pero no porque

un hombre digno de mi admiración y aprecio ocupe un cargo elevado o posea glorias y riquezas, dejo de tratarlo, de escribirle o de importunarlo.

...

Yo fui el primer colombiano que enarboló la roja enseña de las reivindicaciones sociales.... Desde hace años, yo amplié la admonición de Marx y he exclamado: ¡Revolucionarios de todos los ideales, uníos!

... partí para Caracas, pero fui detenido y hube de regresar del Táchira, por carecer de pasaporte que no obtuve, por mi habitual penuria, diogenética y bohémica.... Pero obtenido por todos los medios áticos posibles, mi pasaporte, me encaminaré a Caracas,...

... temo que caiga bajo las sanciones que contra los izquierdistas se han dictado en Venezuela,...

Mas, una respuesta de su parte a esta misiva, alejaría el temor que se pudiera abrigar de que mis ideales pueden ser una amenaza para el orden social, para el gobierno.

... le ruego que dé a esta misiva, no honrosa pero sí honrada, una respuesta cuyo mérito estriba en ser suya.

Y aún cuando yo no puedo ofrecerle la adhesión de mis ideales a su política de “selección y aún revolucionaria”, mi actitud de luchador, que en la más avanzada de las vanguardias

revolucionarias combate contra todas las reacciones, iniquidades y prejuicios, consolida vuestro “frente único”, síntesis roja de los revolucionarios de todos los ideales y partidos.

... soy vuestro leal coluchador y estimulado coopensador.

Biófilo Panclasta

Mira los ires y venires de Panclasta, Margarita: estuvo en España, Francia, Holanda... y decidió cruzar la frontera venezolana, a fin de apoyar las incursiones de los generales Peñalosa, Matamoros y Arévalo Cédelo contra el tirano Gómez. Por esto cayó en las garras de la “sagrada” policía gomecista, que lo llevó al Castillo de San Carlos, de donde solo al cabo de siete años logró fugarse. Huyó entonces como de Siberia, por la selva, y se alimentó de raíces y lagartos, dicen.

Volvió luego a Bogotá, miserable.

Bogotá, 13 de mayo de 1936

Señor Biófilo Panclasta:

En respuesta a su atenta carta,... me place transmitir a Ud. los agradecimientos del Señor Presidente por los conceptos que Ud. expresa de cordial amistad para él y de simpatía para su gobierno, no obstante las ideas filosóficas y políticas que Ud. profesa.

Cree el señor presidente que por parte de las autoridades colombianas Ud. no tendrá dificultades para el viaje que proyecta hacer a la vecina República de Venezuela y, no siéndole a él posible escribirle personalmente me ha encargado que lo haga en su nombre.

Sin otro particular me suscribo su atento servidor.

Ricardo Bonilla Gutiérrez

Secretario privado

Al poco tiempo de su llegada al Brasil, estalló una huelga en las zonas cafeteras del interior del país y Panclasta resultó implicado. Se señaló como organizador y se le internó, con

quinientos cabecillas más del movimiento, en una cárcel de la selva amazónica.

Ignoro qué pasó con su familia argentina, pero lo que sí sé es que el hombre intentó organizar allí, en Brasil, una comuna sin ley, sin autoridad, ni conceptos de propiedad ni poderes judiciales.

Bogotá, 13 de noviembre de 1936

Presidente Alfonso López

S.M.

Coopensador y coluchador mío:

Yo no escribo ni visito jamás a presidentes, magantes, pastores. Pero tampoco dejo de querer, admirar, defender a quienes son dignos de solidaridad mental, aun estos se hallen en cumbres inaccesibles.

Así, yo no tengo vacilación en dirigirme a usted, no obstante su altura, porque hoy más que nunca, merece y necesita de la solidaridad de todos los que han ansias de libertad y de justicia.

En efecto, contra su gobierno, como contra el de Azaña, se confabulan todas las fuerzas reaccionarias y no cuenta con otros defensores, que los abnegados y sinceros rojos.

Rojos al fuego, puesto que esos dichos rojos viejos, como la estatua de Lot, mirando el pasado se petrificaron.

...

Hoy, las luchas humanas no tienen sino un solo supremo objetivo: “La conquista del pan”.

...

Los insurgentes traidores nacionalistas de España, en nombre de la autoridad y del orden se rebelan contra un gobierno legalmente constituido. Y en nombre de la patria, traicionan su historia, su vida, su porvenir, coaligándose con enemigos ancestrales como los moros y usurpadores del mundo como Italia y Alemania.

Y en nombre de Jesucristo y del catolicismo se confabulan con enemigos tradicionales de Jesús y del cristianismo como son los mahometanos, los cuales mantuvieron a Iberia setecientos años bajo el imperio del Corán.

En Colombia un partido o partida simiesca, como todo fascismo, espera o esperaba la victoria faciera de España para asaltar al gobierno.

Yo, anarquista por naturaleza, según el grafólogo C.S. Hernández, y “el primero que trajo a Colombia esas ideas”, según Frailejón, a pesar de mi alejamiento de todo gobierno, le di el aviso...

Porque desde 1928 fundé aquí “el Centro de Unión y Acción Revolucionaria”, cuyo lema era ¡Revolucionarios de todos los ideales, uníos!

Porque desde 1908 en Barcelona, Bordeaux, Bilbao, París, Ámsterdam, en mis conferencias y discursos decía a socialistas, sindicalistas y anarquistas: “Nuestra lucha debe ser la aplicación práctica de nuestros ideales, progresivamente, según las circunstancias y los hombres lo permitan”.

Y porque yo no defendía un gobierno sino un ideal revolucionario, encarnado en la persona de Alfonso López, lo cual no es raro, puesto que quienes han dado su apoyo decisivo, eficaz, heroico al gobierno de España, han sido los anarquistas.

Y del mismo modo que los anarquistas que salvan a España y al mundo de la barbarie no defienden gobiernos, ni hombres, sino ideales, yo no aspiro sino a un puesto en la vanguardia de los leales a la civilización, ¡a la libertad! De los gobiernos yo no he comido otro pan que el amargo de las cárceles.

...

El actual gobierno de Venezuela quiere reparar en lo posible los crímenes que la dictadura anterior causó.

... necesito publicar mis libros sobre Gomezuela y Godombia y no tengo más recursos que recoger heces del fango que dejó el sátrapa maldito.

...

Pero no he podido salir.... carezco de pasaporte.

Porque en Colombia se me niega hasta el talego del mendigo y el bastón del peregrino.... Colombia no ha sido para mí madre sino madrastra.

Para mí, es una sima agónica, de donde ni siquiera puedo salir para realizar el entristeciente pensamiento de Bolívar: “Aquí lo mejor es emigrar”.

De Caracas pasaré a España.

De aquí a Rusia.

...

En consecuencia, existiendo como existe en el Ministerio de Guerra un certificado de un pasaporte que como coronel a servicio de la República me expidiera en enero de 1904 el entonces Ministro de Guerra, General Alfredo Vásquez Cobo, yo

creo que el Ministerio podría otorgarme un pasaporte o cosa similar que me permitiera salir de este abismo.

Ma santé est en vous, salvadme.

—Y enviándole la expresión más alta de mi gratitud por este bien salvador, soy de usted, solitario amigo pro “libertad y justicia”y
¡Au Revoir!

Biófilo Panclasta

EPÍLOGO

Y no creáis que es Europa un foco revolucionario mundial. No señor. La Argentina: he aquí la nación de los proscritos.

Europa se cree el ombligo del mundo, fatal provincianismo europeo: considerar el resto barbarie. Si todos los hombres son iguales, los realmente iguales resultan siendo los europeos. Evidentemente, los demás no son tan iguales y su sufrimiento resulta connatural a su barbarie. Los pobres están condenados al dolor. Esto no se discute. Así es el mundo. Están ellos, los iguales, y los otros. Los valores europeos se exportan, pero no son admitidos por ellos para los demás. La India no puede discutir el poder de la Reina. Tampoco el Congo o Somalia. La geografía no se comprende en términos de igualdad.

El Imperio austro-húngaro se ha querido imponer a las minorías étnicas como Serbia. Este pueblo no aguanta más y busca la emancipación.

(De carta de Biófilo desde el cuartel de policía de Barranquilla a Aurelio de Castro)

Ni Jose, ni Willy, ni otros son Panclasta, o por lo menos no la persona más importante que en toda la labor de este libro me recordaba al líder anarquista, la sombra de la sombra, como dice Taibo II. Era mi propio padre. Biófilo es un amigo, es un padre, un hijo... Biófilo es a quien buscaba y a quien he encontrado. Tanto buscar y en general uno tiene al lado lo que le es fundamental. La gente envidia lo vecino; todos deseamos lo que vemos. Al principio de todo esto creía que Biófilo era un personaje, una inspiración. Ahora sé, además, que era él, aunque él también soy yo.

Recuerdo la apostura decimonónica de mi padre, su traje completo, su sombrero calabrés, su gomina, su mirada de lince... Recuerdo sus denuncias de la corrupción, sus luchas sociales, sus intenciones de cambio en Pamplona, sus manos, grandísimas a mis ojos, llenas de generosidad y trabajo, lo que me contaban de él mi madre, mis hermanos, sus amigos, la gente que lo conocía y admiraba.

Mi padre, un odontólogo, y un líder social, cayó en un precipicio yendo de Pamplona a Arboledas. Panclasta lo anunció en 1936, previendo entre otros muchísimos el accidente de personas como él: “De Pamplona a Chitagá, su estrecha abismal y tortuosa carretera, no tiene sino peligro; y es desde que se sale hasta que se llega. Parece que los carros que por allí transitan desafían las fauces del abismo.

Cinco días antes de que yo pasara, se despeñó por ella un bus, muriendo despedazados todos los pasajeros. Y lo más raro es que casos como este no ocurren todos los días”.

Treinta y cuatro años después las cosas seguían igual. Y fue mi padre uno de los que viajaba en un bus como esos en un día como esos de los que hablaba Panclasta. Era 1970. Volvía a casa a reencontrar a su mujer y a sus nueve hijos.

Para su entierro solo recibimos despojos del cuerpo en una bolsa de basura.

Yo recuerdo a mi padre permanentemente por la fotografía que mamá mantuvo luego sobre la mesa de noche, la que tengo ahora sobre la mía. El día de esta fotografía mi padre tenía corbata roja y delgada, la camisa blanca y el traje oscuro.

Luego de lo de mi padre vinieron los años más duros: mi madre buscando trabajo, mi madre emigrando a Bogotá con sus hijos a cuestas escarbando un mejor futuro.

La muerte del Archiduque Francisco Fernando y su esposa Sofía Chotek a mano del anarquista Gavrilo Princip el 28 de junio de 1914, cuatro años después del atentado perpetrado por Bodgan y Panclasta, fue el pretexto que condujo a la Primera Guerra Mundial.

La noche antes del crimen Princip visitó la tumba de Bogdan Žerajić.

Algunos anarquistas se opusieron a la guerra. Kropotkin como Christiaan Gerardus Cornelissen, Jean Grave y Charles Malato, entre otros, firmaron el *Manifiesto de los 16* dando su apoyo a los Aliados.

En la Tercera Internacional de 1919, organizada por Lenin y los bolcheviques en Petrogrado, no hubo anarquistas.

¡Lenin dispuso la muerte del Zar Nicolás II y su familia, y de veinte mil anarquistas! Una vez en el poder, cambió su nombre Vladimir por Nicolás, Nicolás Lenin.

“Lenin quiso llevar a la práctica los ideales, lo que a mí me pareció insensato, pues considero que el hombre debe vivir de ideales y no de hechos. ¿Qué queda de un ideal cuando está reducido a un hecho práctico? ¿Cómo se puede seguir luchando por él? El error filosófico del comunismo radica en

que como ideal es perfecto, pero como hecho práctico es imposible. Mientras sea ideal es necesario luchar por él. Cuando sea un hecho es necesario combatirlo. Y además, reducido a hecho práctico el comunismo, que es UNA ambición suprema de los proletarios, estrangula la libertad, que es la ambición suprema del hombre. Por eso soy anarquista: porque coloco la libertad sobre todas las condiciones de la vida humana”, dijo Panclasta.

Fin



ACERCA DEL AUTOR

Gustavo Isaías Forero Quintero nació en Pamplona, departamento de Norte de Santander, Colombia, en 1967. Hijo del odontólogo Jorge Alirio Forero Rincón (1926-1970), uno de los fundadores de la Universidad de Pamplona en 1960, y de Zaida Margarita Quintero Fuentes (1929-2004), sobrina del poeta Teodoro Gutiérrez Calderón (1890-1968), es el menor de nueve hermanos, incluido Jorge Enrique Forero (autor de *Historias entre el amor y la muerte*, *Cuentos íntimos* y la novela *El Tesoro*). Como consecuencia de la muerte del padre en un accidente automovilístico y las dificultades económicas derivadas del suceso, en 1974 la familia tuvo que trasladarse a Bogotá, donde resintió su vulnerable condición de migrante interno: de la provincia a

la ciudad. En 1975, Forero ingresó en el Liceo de Colombia, colegio dirigido por el pedagogo pamplonés Ernesto Villamizar Daza, y en 1983 culminó su educación media en el colegio Santo Tomás de Aquino, donde nació su interés por el teatro y los deportes. En 1984 inició sus estudios de Derecho en la Universidad Externado de Colombia (culminados en 1988), con profesores como Fernando Hinestrosa Forero, Alfonso Reyes Echandía (a quien le dedicó un sentido homenaje en 2014), Carlos Medellín o Emiro Sandoval.

En ese mismo espacio académico de la Universidad Externado el escritor Gustavo Forero se vinculó al grupo de teatro universitario La Tramoya (donde poco antes había participado el poeta Raúl Gómez Jattin y el dramaturgo Carlos José Reyes), dirigido entonces por el escritor y actor Jorge Plata Saray del Teatro Libre de Bogotá, TLB. Allí participó en los montajes *El pagador de promesas* (1984), del brasileño Alfredo Dias Gomes, *Sopa de pollo con cebada*, de Arnold Wesker (1985-1991), *Tres sombreros de copa*, de Miguel Mihura (1990) y *El Rinoceronte*, de Eugene Ionesco (1991), que obtuvieron diversos premios en festivales nacionales. Tales experiencias le permitirían explorar el género dramático como se advierte en sus obras *La maleta negra* (1990) y *Anamorfosis* (1991), obra esta última de la que se inició el montaje en 1991, suspendido por la muerte de la actriz Marisol Meneses (1993), amiga entrañable del escritor.

En 1985, como consecuencia de la Toma y Retoma del Palacio de Justicia los días 5 y 6 de noviembre, la vida de Forero dio un vuelco. Fruto de esta dolorosa experiencia y de su investigación sobre lo ocurrido, años después escribió su novela *Desaparición* (2013) sobre el drama de los desaparecidos en Colombia, con personajes históricos reconocibles.

En 1987, Forero inició sus estudios de Filología en la Universidad Nacional de Colombia, y en 1988, cuando se abrió el programa de Literatura en la misma universidad, fue el primer estudiante inscrito. Con las dificultades propias de la universidad y distintos movimientos estudiantiles en los cuales participó, obtuvo el curioso diploma de Literato en 1994. Profesores como David Jiménez, Luz Mery Giraldo, Fabio Jurado, Diógenes Fajardo o Harold Alvarado lo acompañaron en esta etapa.

En la Universidad Nacional pudo tener contacto, además, con los escritores Nahúm Montt, Selnich Vivas, Miguel Ángel Manrique, Luis Noriega o Henry Benjumea.

Desde entonces, la experiencia laboral de Forero es bastante singular: empezó como profesor en una guardería, continuó como Juez del municipio de Anapoima, departamento de Cundinamarca, y Oficial Mayor de un juzgado penal de Bogotá. Luego fue profesor del Colegio Los Nogales, fundado y dirigido por Luisa Pizano, y más tarde, en 1995, se desempeñó como asistente de Ignacio Chaves

Cuevas, director del Instituto Caro y Cuervo. Allí vivió de cerca el trabajo y la publicación del Diccionario de construcción y régimen de la lengua Castellana iniciado por Rufino José Cuervo en 1872 (Premio Príncipe de Asturias de 1999).

En 1995, entre más de doscientos aspirantes, Forero obtuvo la Beca de estudios superiores de la Agencia Española de Cooperación Internacional, AECl, para iniciar su doctorado en la Universidad de Salamanca. Allí, con el apoyo de Carmen Ruiz Barrionuevo, con calificación Cum Laude, culminó su tesis, publicada años después, *El mito del mestizaje en la novela histórica de Germán Espinosa* (2006), que incluye una extensa entrevista realizada al escritor cartagenero. En tal espacio académico, Forero tuvo el gusto de conocer a escritores como Jorge Volpi o Ignacio Padilla.

Luego, en París, donde trabajó como profesor de la Éducation Nationale, bajo la dirección del profesor Jean Paul Duviols, en La Sorbonne (Paris IV), Forero culminó el Diplome de Études Approfondies, DEA, con un análisis y la propuesta de reedición de la novela *Xicotencatl*, de autor anónimo, publicada años más tarde por la editorial alemana Vervuert (2013).

De su etapa en Europa y otros países, pueden mencionarse algunos cuentos: “Maktub”, especialmente, donde el escritor da cuenta de su experiencia en Marruecos; “Parqué”, sobre el poder omnímodo de los militares en un

mundo sin ley; “Pentágono”, sobre la delincuencia urbana; y “Nuevayor”, sobre los mitos populares de las comunas de Medellín.

En 2003, de regreso a Colombia, el profesor Forero trabajó en las universidades Externado, Distrital, Javeriana y La Sabana, de Bogotá. Principalmente en la Universidad Autónoma de Colombia, donde creó el pregrado de Estudios Literarios en 2006 que tiene como objetivo “la democratización de la literatura”: por mucho tiempo Colombia ha reservado el campo literario a élites de poder y dados los cambios globales y nacionales resultaba necesario abrirlo a estratos populares.

Al final de ese mismo año, por concurso de méritos, Forero obtuvo la plaza de profesor en la Universidad de Antioquia donde tuvo la fortuna de trabajar junto a los profesores Pablo Montoya, Juan Guillermo Gómez, Olga Vallejo, Edwin Carvajal, Édison Neira, Juan Fernando Taborda, María Osorio, Mario Botero, Sophie von Werden, Selnich Vivas o Ana María Agudelo, entre otros. Allí inició su proyecto de investigación “La anomia en la novela de crímenes”, que le valió, en 2014, el Premio a la Investigación Universidad de Antioquia por su trabajo La anomia en las novelas de crímenes en Colombia (publicado en 2013) y, en 2016, el Premio a la Investigación de Mayor Impacto de Sapiensa, entidad de la Alcaldía de Medellín, por su trabajo La novela de crímenes en América Latina: un espacio de anomia social (publicado en 2017).

Como profesor de la Universidad de Antioquia, y en desarrollo de la misma investigación, Forero inició el proyecto de Extensión Medellín Negro que, desde 2010, cuenta cada año con un congreso internacional de gran éxito. A este han asistido escritores del mundo entero como Renée Ferrer (Paraguay), Bernard Minier y Sebastián Rutés (Francia), Cristina Fallarás y Lorenzo Silva (España), Guillermo Orsi, Javier Chiabrando y Mempo Giardinelli (Argentina), Enrique Serna y Élmer Mendoza (México), Amir Valle, Rebeca Murga y Lorenzo Lunar (Cuba), José Gai (Chile), Gisa Kloenne (Alemania), Ramón Díaz Eterovic (Chile), Gonzalo Lema (Bolivia) y Luis Pulido Ritter (Panamá), entre otros, así como los colombianos Santiago Gamboa, Mario Mendoza, Darío Jaramillo, Sergio Álvarez, Gonzalo España, Pablo Montoya, José Libardo Porras, Selnich Vivas y Alfredo Molano. Asimismo, el evento contó con académicos como Shelley Godsland (Reino Unido), Jaime Galgani (Chile), Alejandro Herrero-Olaizola (Estados Unidos), David Knutson (Estados Unidos), María Eugenia Ludueña (Argentina) y Clemens Franklen (Chile), entre otros.

Entre los libros de reflexión teórica con sello Medellín Negro, compendiados y editados por Forero están: Crimen y control social. Enfoques desde la literatura (Medellín: Universidad de Antioquia, 2012); Trece formas de entender la novela negra. La voz de los creadores y la crítica literaria (Bogotá: Planeta, 2012); Novela negra y otros crímenes. La visión de escritores y críticos (Bogotá: Planeta, 2013);

Víctimas, novela y realidad del crimen (Bogotá: Planeta, 2014); Fronteras del crimen. Globalización y literatura (Bogotá: Planeta, 2015); Memoria de crímenes. Literatura, medios audiovisuales y testimonios (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2017); Justicia y paz en la novela de crímenes (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2018); y República, violencia y género en la novela de crímenes (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2019).

Por su parte, el proyecto Medellín Negro cuenta con una colección dirigida y editada por Forero con los relatos Los cautivos del Fuerte Apache y Año Nuevo (Bogotá: Ediciones B, 2012), de Julio Alberto Balcázar Centeno e Inés Lucía Blackie, respectivamente; y Después de Isabel, el infierno y ¿Alguien ha visto el entierro de un chino? (Bogotá: Ediciones B, 2012), de Emilio Restrepo; y las novelas Desaparición (Bogotá: Ediciones B, 2012), de su autoría; Aves hambrientas (Bogotá: Ediciones B, 2013), de Luis Alejandro Vinatea Arana, Premio del Concurso de Novela de Crímenes Medellín Negro 2013; Finales para Aluna (Bogotá: Ediciones B, 2013), de Selnich Vivas; Toda la ceguera del mundo (Bogotá: Ediciones B, 2014), de Néstor Ponce; La ropa del muerto (Bogotá: Planeta, 2014), de Fabio J. Lannutti, y Resnik (Bogotá: Planeta, 2015), de Pablo Yoiris, ganadoras de las cuarta y quinta versiones del Concurso de Novela de Crímenes Medellín Negro; y El tren de la ausencia, de Joaquín Guerrero-Casasola y Gómez (Bogotá: Random House Mondadori, 2016), Premio del Concurso de Novela de

Crímenes Medellín Negro 2016; La doble espiral, de Pacho Restrepo (Bogotá: Random House Mondadori, 2017), Premio del Concurso de Novela de Crímenes Medellín Negro 2017, y El tiempo del ruido, de Juan David Aguilar Ariza (Bogotá: Random House Mondadori, 2018), Premio del Concurso de Novela de Crímenes Medellín Negro 2018.

En 2019, Forero culminó su novela Amantes y destructores. Una historia del Anarquismo (Berlín: Ilíada, 2019) que, sobre la base de la teoría de la fragmentariedad del autor, recrea la hipótesis de que desde Holanda, Biófilo Panclasta (1879-1943), anarquista colombiano, quiso ejecutar un plan antimonárquico: eliminar los reyes de Europa con el fin de concretar los valores republicanos y oponerse al imperio del gran capital. La novela da cuenta del destino de una familia colombiana y, aquí, de la experiencia del investigador/narrador/escritor en 2015, un alter ego de Panclasta, cuando es invitado al Festival Barcelona Negra 2015, donde se reúnen los autores contemporáneos del género para discutir sobre la función de novela negra en el contexto de los conflictos entre hemisferios y, sobre todo, de Europa y la Daesh.

En 2020, Forero publica la tercera parte de su macro investigación sobre la anomia en la literatura: Capitalismo, crisis y Anarquismo en la novela de crímenes del siglo XXI en España (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2020).

En 2021, el grupo editorial madrileño Tierra Trivium publica su novela *El Innombrable* inspirada en los movimientos sociales y, en particular, en el Paro Cívico Nacional de 1977. En un contexto de Paro general como el que vive Colombia durante esta época, su crítica a la acción de las fuerzas armadas en una democracia constituye una muestra más de la poética del autor, relacionada esta con la clásica idea de la función social del escritor que a Forero le ha sido tan cara en su trabajo creativo. El libro ofrece una relectura de la historia de Colombia, desde el siglo XIX hasta esa fecha emblemática para el país, el 14 de septiembre de 1977, en medio de la presidencia de Alfonso López Michelsen, cuando distintas fuerzas se enfrentan en un segundo Bogotazo.

Luego de lo anterior, en 2023, el escritor Gustavo Forero publica su cuarta novela, *A la intemperie* (Distrito 93), sobre el exilio, el desarraigo y el éxodo de pueblos subalternos en la contemporaneidad. Vivir fuera de Colombia y comprender desde otra perspectiva los efectos del narcotráfico y el capitalismo salvaje de Occidente le inspiraron esta novela que transcurre en Colombia, Francia, España, Marruecos y Argelia.